el largo viaje a un pequeño planeta iracundo



Becky Chambers

RUNAS

el largo viaje a un pequeño planeta iracundo

Becky Chambers

Traducción: Alexander Páez

RUNAS

Para mi familia, de eclosión y de plumas.

De la tierra nos alzamos.
De las naves vivimos.
De las estrellas, la esperanza.

PROVERBIO EXODANO

Día 128, CG Estándar 306

TRÁFICO

Al despertarse en la cápsula, recordó tres cosas. Primero: viajaba a través del espacio. Segundo: estaba a punto de comenzar un nuevo trabajo, uno en el que no podía cagarla. Tercero: había sobornado a un funcionario para que le consiguiera documentación nueva. No era nada que no supiera, pero no era agradable recordarlo nada más despertar.

En teoría no debería haber despertado aún, por lo menos no hasta un día más tarde, pero son cosas que pasan al embarcar en un transporte barato. Transporte barato significa cápsulas baratas que vuelan con combustible barato y drogas baratas para mantener inconsciente al pasaje. Había recuperado brevemente el conocimiento varias veces desde el despegue; emergía sintiéndose confusa y volvía a perder la consciencia apenas empezaba a poner las cosas en su sitio. La cápsula era oscura, y no había pantallas de navegación. No existía modo alguno de adivinar cuánto tiempo había pasado entre cada despertar, o cuánta distancia había recorrido, o incluso si había viajado algo en absoluto. Ese pensamiento la inquietaba y la hacía marearse.

Se le aclaró la vista lo suficiente para poder concentrarse en la ventana. Los paneles estaban sellados y bloqueaban cualquier hipotética fuente de luz. Sabía que no había ninguna. Estaba en el vacío. Nada de planetas bulliciosos, nada de líneas de transporte, nada de orbitadores centelleantes. Tan solo vacío, un horrible vacío, lleno de nada excepto de ella y algún asteroide esporádico.

El motor chirrió al prepararse para otro salto subcapa. Las drogas volvieron a hacer efecto y la sumergieron en un sueño incómodo. Según perdía la consciencia, pensó de nuevo en el trabajo, en las mentiras, en la expresión engreída del funcionario mientras ella ingresaba créditos en su cuenta. Se preguntó si había sido suficiente. Tenía que serlo. Debía serlo. Ya había pagado demasiado por errores que no eran culpa suya.

Se le cerraron los ojos. Las drogas tomaron el control. La cápsula, supuso, siguió su camino.

Día 129, CG Estándar 306

UNA QUEJA

Vivir en el espacio era de todo menos silencioso. Era algo que nunca se esperaban los que venían de un planeta. Cualquiera que se hubiera criado en una superficie planetaria necesitaba cierto tiempo para acostumbrarse a los clics y a los zumbidos de una nave, el omnipresente ruido de fondo asociado a vivir dentro de un pedazo de chatarra. Pero para Ashby, esos sonidos eran tan normales como el de su propio pulso. Sabía cuándo era hora de levantarse por el susurro del filtro de aire sobre su cama. Cuando las rocas golpeaban contra el casco exterior con su familiar repiqueteo, sabía cuáles eran bastante pequeñas para poder ignorarlas y cuáles significaban problemas. Era capaz de adivinar por la cantidad de estática que chisporroteaba por el ansible a cuánta distancia estaba de la persona al otro extremo. Aquellos eran los sonidos de la vida del habitante del espacio, que enfatizaban la vulnerabilidad y el distanciamiento. Eran un recordatorio de lo frágil que era estar vivo. Pero esos sonidos también significaban seguridad. Una ausencia de sonido quería decir que ya no fluía el aire, que los motores estaban apagados, que las redes artigravitatorias ya no mantenían los pies pegados al suelo. El silencio pertenecía al vacío del exterior. El silencio era muerte.

También se oían otros sonidos; unos que no producía la propia nave, sino la gente que la habitaba. Incluso en los pasillos infinitos de las naves nodriza se oía el eco de conversaciones cercanas, pasos sobre suelos metálicos, el golpeteo sordo de un pequeño robot al trepar por las paredes de camino a reparar algún circuito oculto. La

nave de Ashby, la *Peregrina*, tenía espacio suficiente, pero era minúscula comparada con la nave nodriza en la que se había criado. Al principio, cuando adquirió la *Peregrina* y la llenó de tripulación, incluso él había tenido que acostumbrarse a la estrechez de los habitáculos. Pero el ruido constante de los trabajos, de las risas y de las discusiones a su alrededor se había vuelto algo reconfortante. El exterior era un lugar vacío, y había momentos en los que incluso el explorador espacial más veterano contemplaría la nada salpicada de estrellas con humildad y reverencia.

Ashby dio la bienvenida al ruido. Era tranquilizador saber que nunca estaba solo ahí fuera, sobre todo teniendo en cuenta a qué se dedicaba. Construir agujeros de gusano no era una profesión glamurosa. Los pasadizos interespaciales que recorrían la Confederación Galáctica eran tan comunes que se daban por sentados. Ashby dudaba que la gente de a pie pensara en la tunelación mucho más de lo que cualquiera pensaría en un par de calzoncillos o en un plato de comida caliente. Pero su trabajo requería que pensara en túneles, y que pensara en ellos a conciencia. Si uno se sentaba y cavilaba sobre ellos demasiado tiempo, imaginaba su nave flotando dentro y fuera del espacio como una aguja cosiendo… Bueno, ese era el tipo de ideas que hacían que alguien diera las gracias por tener una compañía de lo más ruidosa.

Ashby estaba en su oficina, leía las noticias mientras tomaba una taza de mek, cuando un peculiar sonido que conocía lo hizo encogerse. Pasos. Los pasos de Corbin. Los pasos de un Corbin furioso que se dirigía directamente hacia su puerta. Ashby suspiró, se tragó la irritación y se convirtió en el capitán. Mantuvo el rostro sereno y los oídos atentos. Hablar con Corbin siempre requería un instante de preparación y una buena cantidad de impasibilidad.

Artis Corbin era dos cosas: un algólogo talentoso y un imbécil integral. El primer rasgo era esencial en una nave de largo recorrido como la *Peregrina*. Un lote de combustible amarronándose podría marcar la diferencia entre llegar a puerto o quedar a la deriva. La mitad de uno de los muelles inferiores de la *Peregrina* estaba

ocupada exclusivamente por tinas de algas, las cuales necesitaban a alguien que ajustase de forma obsesiva el contenido de nutrientes y la salinidad. Esta era un área en la que la falta de habilidades sociales de Corbin era, de hecho, una ventaja. Aquel tipo prefería estar enjaulado en el muelle de las algas todo el día, murmurando sobre las lecturas, metido de lleno en la búsqueda de lo que llamaba «condiciones óptimas». Condiciones que a Ashby siempre le parecían lo suficientemente óptimas, pero no pensaba inmiscuirse en los asuntos de Corbin referentes a las algas. Los gastos de combustible de Ashby habían descendido un diez por ciento desde que subió a Corbin a bordo y, todo fuera dicho, había muy pocos algólogos dispuestos a aceptar un puesto en una nave tuneladora. Las algas ya podían ser bastante delicadas en un viaje corto, pero mantener el lote en buenas condiciones durante una travesía larga requería meticulosidad, y también aguante. Corbin odiaba a la gente, pero amaba su trabajo y se le daba de maravilla. Eso, a ojos de Ashby, lo convertía en alguien valiosísimo. Un dolor de cabeza valiosísimo.

La puerta se abrió de golpe y Corbin se precipitó al interior. Tenía la frente perlada de sudor, como de costumbre, y el pelo canoso de las sienes parecía grasiento. La *Peregrina* debía mantenerse cálida por el bien del piloto, pero Corbin había expresado su desagrado por la temperatura estándar de la nave desde el primer día. A pesar de que llevaba años a bordo de la nave, su cuerpo había rechazado aclimatarse, al parecer por puro rencor.

Las mejillas de Corbin también estaban enrojecidas, aunque no había forma de adivinar si se debía a su estado de ánimo o a subir las escaleras. Ashby no se había llegado a acostumbrar a ver unas mejillas tan enrojecidas. En la actualidad, la mayoría de los humanos eran descendientes de la Flota Éxodo, la cual había navegado mucho más allá de la zona de influencia de su sol ancestral. Muchos, como el propio Ashby, habían nacido dentro de las mismísimas naves nodrizas que habían pertenecido a los refugiados terrícolas originales. Sus espesos rizos negros y su piel ambarina eran el

resultado de generaciones de cruces y mezclas a bordo de naves titánicas. La mayoría de los humanos, ya hubieran nacido en el espacio o en colonias, compartía esa mezcla exodana desligada de cualquier nación.

Corbin, en cambio, era inequívocamente material del sistema Sol, a pesar de que la gente de los planetas había comenzado a parecerse a los exodanos en generaciones más recientes. Con la mezcolanza que suponía la genética humana, de vez en cuando aparecían tonos más claros aquí y allá, incluso en la Armada. Pero es que Corbin era prácticamente de color rosado. Sus ascendientes habían sido científicos, exploradores pioneros que construyeron los primeros satélites de investigación alrededor de Encelado. Habían estado ahí siglos, vigilando las bacterias que prosperaban en los mares helados. El Sol era apenas una tenue marca en los cielos de Saturno, por lo que los investigadores perdieron más y más pigmento con el paso de las décadas. El resultado final fue Corbin: un hombre rosado criado para el tedioso trabajo de laboratorio y un cielo sin sol.

Corbin arrojó su escrib sobre el escritorio de Ashby. El fino y rectangular aparato atravesó la pantalla de píxeles nebulosos y se detuvo con un repiqueteo ante Ashby. El capitán, con un gesto de la mano, hizo que los píxeles desaparecieran. Los titulares que flotaban en el aire se disolvieron en volutas coloridas. Los píxeles se escabulleron como enjambres de diminutos insectos hacia las cajas de proyección a cada lado de la mesa. Ashby observó el escrib y miró a Corbin alzando las cejas.

—Esto —dijo Corbin, señalando el escrib con un dedo huesudo— tiene que tratarse de una broma.

—Déjame adivinar —dijo Ashby—. ¿Jenks ha vuelto a meter la mano en tus notas? —Corbin frunció el ceño y negó con la cabeza. Ashby se concentró en el escrib, intentando contener la risa al recordar la última vez que Jenks había hackeado el aparato de Corbin; había reemplazado las cuidadosas notas del algólogo por trescientas sesenta y dos variaciones fotográficas del propio Jenks,

desnudo como el día en que nació. Ashby había pensado que una en la que aparecía Jenks portando una bandera de la Confederación Galáctica era especialmente buena. Lo cierto es que tenía cierta dignidad dramática.

Ashby cogió el escrib y le dio la vuelta para colocar la pantalla hacia arriba.

Para: Capitán Ashby Santoso (Peregrina, licencia tuneladora CG n. 387-97456)

Asunto: Currículum de Rosemary Harper (certificado administrativo CG n. 65-78-2)

Ashby reconoció el documento. Era el currículum de su nueva asistente, cuya llegada estaba prevista para el día siguiente. Lo más probable es que ahora estuviera amarrada en una procápsula, sedada durante todo su largo y confinado viaje.

—¿Por qué me enseñas esto? —preguntó Ashby.

—Vaya, así que sí que lo has leído —respondió Corbin.

—Por supuesto que lo he leído. Os dije a todos que leyerais este documento hace la tira de tiempo para que os hicierais una idea de quién es ella antes de que llegara. —Ashby no tenía ni idea de adónde quería ir a parar Corbin, pero este era el método operativo estándar del algólogo: quejas primero, explicaciones después.

La respuesta de Corbin fue predecible incluso antes de que abriera la boca:

—No tuve tiempo. —Corbin tenía la costumbre de ignorar las tareas que no tenían que ver con su laboratorio—. ¿En qué carajo estabas pensando al traer a bordo a esta cría?

—Estaba pensando —dijo Ashby— en que necesitaba un asistente certificado.

Ni siquiera Corbin tenía argumentos para discutir ese punto. El papeleo de Ashby era un desastre, y aunque, estrictamente hablando, una nave tuneladora no necesitaba un asistente para conservar su licencia, los jefazos de la Cámara de Transporte de la CG habían dejado bien claro que los informes siempre tardíos de Ashby no le estaban haciendo ningún bien. Alimentar y pagar a un

tripulante de más no era un gasto irrisorio, pero tras una cuidadosa reflexión y algo de presión por parte de Sissix, Ashby había solicitado a la Cámara que le enviaran a alguien certificado. Si no dejaba de intentar hacer dos trabajos a la vez, su negocio iba a sufrir.

Corbin cruzó los brazos y resopló.

—¿Has hablado con ella?

—Tuvimos una charla sib hace diez días. Parece adecuada.

—«Parece adecuada» — repitió Corbin—. Alentador.

Ashby escogió sus siguientes palabras con más precaución. Se trataba de Corbin, al fin y al cabo. El rey de la semántica.

—La Cámara le dio el visto bueno. Está completamente capacitada.

—La Cámara fuma hierba. —Volvió a apuntar el dedo hacia el escrib—. No tiene experiencia en travesías largas. Por lo que sé, nunca ha salido de Marte. Acaba de graduarse en la universidad…

Ashby empezó a repiquetear con los dedos. Él también sabía jugar a ese juego.

—Está certificada para manejar los formularios de la CG. Ha realizado unas prácticas en una empresa de transporte de superficie que requerían las mismas habilidades básicas que necesito que tenga. Se desenvuelve con fluidez en hanto, gestos inclusive, lo cual nos abriría algunas puertas. Viene con una carta de recomendación de su profesor de relaciones interespecies. Y lo más importante: por lo poco que he charlado con ella, parece ser alguien con quien puedo trabajar.

—Nunca ha hecho esto antes. Estamos en medio del vacío, de camino a una perforación a ciegas, y vas a traer a una cría a bordo.

—No es una cría, tan solo es joven. Y todos hemos tenido un primer empleo, Corbin. Incluso tú empezaste en algún sitio.

—¿Sabes cuál fue mi primer trabajo? Fregar los contenedores de muestras del laboratorio de mi padre. Un animal amaestrado podría haberlo hecho. Así debe ser un primer trabajo, no… —Balbuceó—. ¿Puedo recordarte qué hacemos aquí? Volamos haciendo agujeros, agujeros literales, a través del espacio. No es un trabajo seguro.

Kizzy y Jenks me aterrorizan con su despreocupación, pero por lo menos tienen experiencia. No puedo hacer mi trabajo si me estoy preocupando constantemente por que una novata incompetente pulse el botón que no debe.

Esa era la señal de alerta, la bandera de «no puedo trabajar en estas condiciones» que indicaba que Corbin estaba a punto de desvariar. Era el momento de encarrilarlo.

—Corbin, no va a pulsar ningún botón. La tarea más complicada que hará será redactar informes y rellenar formularios.

—Y mantener contacto con guardias fronterizos, y patrullas planetarias, y clientes que se retrasan en los pagos. No toda la gente con la que tenemos que trabajar es amable. No todos son de fiar. Necesitamos a alguien que se mantenga firme, que ponga firme a un jefecillo advenedizo que cree que conoce el reglamento mejor que nosotros. Alguien que conozca la diferencia entre un auténtico sello de seguridad alimentaria y uno falsificado por un contrabandista. Alguien que de verdad sepa cómo funcionan las cosas aquí fuera, no una recién graduada inocente que se meará encima en cuanto un sicario quelin se nos cruce en el camino.

Ashby dejó la taza.

—Lo que necesito yo —dijo— es alguien que lleve mis registros con precisión. Necesito a alguien que gestione nuestras citas, que se asegure de que tenemos al corriente las vacunas y los escáneres necesarios antes de cruzar fronteras y que ponga en orden la contabilidad. Es un trabajo complicado, pero no es difícil; no si es tan organizada como su carta de recomendación indica.

—Es una carta estandarizada bastante común. Me apuesto algo a que ese profesor ha enviado una carta exactamente igual en nombre de cada estudiante pusilánime que entró gimoteando por su puerta.

Ashby arqueó una ceja.

—Estudió en la Universidad Alexandria, como tú.

—Yo estaba en el departamento de ciencias —dijo Corbin burlonamente—. No es lo mismo.

Ashby soltó una breve carcajada.

—Sissix tiene razón, Corbin: eres un esnob.

—Sissix se puede ir al carajo.

—Eso escuché que le decías anoche. Se te oía desde el fondo del pasillo. —Corbin y Sissix se iban a matar cualquier día. Nunca se habían llevado bien, y ninguno tenía el menor interés en tratar de encontrar algo que tuvieran en común. Era un terreno donde Ashby debía pisar con muchísima cautela. Ashby y Sissix habían sido amigos desde antes de la *Peregrina*, pero cuando estaba en modo capitán, tenía que tratarlos con equidad tanto a ella como a Corbin, como miembros de su tripulación. Mediar en sus frecuentes peleas le exigía hilar fino. La mayoría de las veces trataba de quedarse fuera de la trifulca—. ¿Debería siquiera preguntar?

A Corbin le temblaron los labios.

—Usó mi último dentbot.

Ashby parpadeó.

—Sabes que tenemos cajas enormes con paquetes de dentbots abajo, en el compartimento de carga.

—No de mis dentbots. Tú compras esas chapuzas de bots baratos que te irritan las encías.

—Uso esos bots a diario y a mis encías no les pasa nada malo.

—Tengo encías sensibles. Puedes pedirle a Doctor Chef mi historial médico dental si no me crees. Tengo que comprarme mis propios bots.

Ashby esperaba que su expresión no revelase lo baja que figuraba aquella aflicción en su lista de prioridades.

—Comprendo que sea molesto, pero estamos hablando de un solo paquete de dentbots.

Corbin estaba indignado.

—¡No son baratos! Lo hizo solo para tocarme la moral, lo sé. Si esa lagarta egoísta no puede…

—¡Eh! —Ashby se levantó—. Eso no está bien. No quiero volver a oír esa palabra salir de tu boca.

De todos los insultos racistas que existían, «lagarta» no era ni de lejos el peor, pero era bastante peyorativo.

Corbin apretó los labios, como si quisiera evitar que se le escapasen más comentarios desagradables.

—Lo siento.

Ashby estaba enfadado, pero lo cierto es que aquel era un rumbo ideal para una conversación con Corbin. Alejarlo de la tripulación, dejar que se desfogara, esperar a que se pasara de la raya, y entonces hablarle con paternalismo mientras se arrepentía.

—Hablaré con Sissix, pero tienes que ser más cortés con la gente. Y no me importa lo mucho que te enfades, ese tipo de lenguaje no tiene lugar en mi nave.

—He perdido la compostura, nada más. —Corbin todavía estaba enojado, pero incluso él sabía que no debía morder la mano que le daba de comer. Sabía que era valioso, pero a la hora de la verdad, Ashby era el que le ingresaba créditos en su cuenta. «Valioso» no era sinónimo de «irremplazable».

—Perder la compostura es una cosa, pero formas parte de una tripulación multiespecie y tienes que ser consciente de ello. Especialmente con alguien nuevo a bordo. Respecto a eso, siento que tengas dudas sobre ella, pero siendo sinceros, ella no es asunto tuyo. Rosemary fue la sugerencia de la Cámara, pero aceptarla fue cosa mía. Si resulta que es un fiasco, conseguiremos a alguien nuevo. Pero hasta entonces, todos vamos a otorgarle el beneficio de la duda. Al margen de cómo te afecte su llegada, espero que hagas que se sienta bienvenida. De hecho… —Una leve sonrisa empezó a extenderse por el rostro de Ashby.

—¿Qué? —dijo Corbin con recelo.

Ashby se recostó en la silla y entrelazó los dedos.

—Corbin, si no me falla la memoria, la nueva asistente llegará mañana sobre las diecisiete y media. Bien, tengo una sib programada con Yoshi a las diecisiete en punto, y ya sabes cómo le gusta hablar. Dudo que haya terminado cuando Rosemary atraque, y va a necesitar que alguien le enseñe todo esto.

—Oh, no. —Una expresión acongojada cubrió el rostro de Corbin—. Pídeselo a Kizzy. A ella le encantan estas cosas.

—Kizzy está ocupada; está reemplazando el filtro de aire del área médica, y dudo que acabe antes de mañana. Jenks estará ayudando a Kizzy, por lo que tampoco cuenta.

—Entonces Sissix.

—Mmm, Sissix tiene mucho trabajo con los preparativos de la perforación de mañana. Es muy probable que no tenga tiempo. —Ashby sonrió—. Estoy seguro de que le ofrecerás un tour estupendo.

Corbin le dirigió a su jefe una mirada siniestra.

—A veces eres un verdadero incordio, Ashby.

Ashby levantó la taza y se terminó el poso.

—Sabía que podía contar contigo.

Día 130, CG Estándar 306

LLEGADA

Rosemary se frotó el puente de la nariz al tiempo que aceptaba una taza de agua del dispensador de la pared. La resaca de los sedantes le nublaba la cabeza, y hasta ahora, los estims que se suponía que debían contrarrestar los efectos no habían hecho nada más que provocarle taquicardia. El cuerpo le pedía estirarse, pero no podía librarse del arnés de seguridad mientras la cápsula estaba en movimiento; además, la cápsula no disponía de más espacio que para levantarse y salir andando. Recostó la cabeza con un gemido. Habían pasado casi tres días desde que despegó la cápsula. Días solares, se recordó. No días estándar. Tenía que acostumbrarse a hacer la distinción. Días más largos, años más largos. Pero tenía asuntos más acuciantes en los que concentrarse que las diferencias calendarias. Estaba grogui, hambrienta, acalambrada, y en sus veintitrés años (solares, no estándar) no recordaba haber tenido nunca antes una necesidad de mear tan imperiosa. En la estación espacial, la brusca encargada aeluoniana le explicó que los sedantes suprimirían esa necesidad, pero nadie le había dicho nada sobre cómo se sentiría una vez se pasara el efecto.

Rosemary imaginó la extensa carta de reclamación que su madre podría escribir tras un viaje así. Trato de imaginar las circunstancias que pudieran hacer que su madre viajase en procápsula. Ni siquiera era capaz de imaginársela poniendo un pie en un transporte espacial público. Rosemary se había sorprendido a sí misma al verse en un sitio así. La sórdida sala de espera, los parpadeantes posters de píxeles, los olores rancios a porquería de algas y a fluido limpiador. A

pesar de los exoesqueletos y los tentáculos que revoloteaban a su alrededor, era ella la que se sentía alienígena allí.

Aquello fue lo que le hizo comprender lo lejos que estaba de Sol: el zoo de sapientes que hacían cola con ella para conseguir un billete. Su planeta nativo era bastante cosmopolita, pero quitando algún diplomático ocasional o un representante corporativo, Marte no parecía ser parte de la ruta de viajeros no humanos; una roca terraformada habitada por una de las especies con menos influencia de la CG era difícilmente uno de sus destinos favoritos. El profesor Selim le advirtió que había una diferencia inmensa entre estudiar los conceptos de las relaciones interespecies y salir ahí fuera y hablar con otros sapiens, pero no entendió realmente ese consejo hasta que no se encontró rodeada de toscos biotrajes y pies que no necesitaban zapatos. Incluso se puso nerviosa al hablar con el harmagiano que estaba al otro lado del mostrador. Sabía que su hanto era excelente (para una humana, en cualquier caso), pero este ya no era el entorno seguro y controlado del laboratorio de idiomas de la universidad. Nadie corregiría con amabilidad sus errores o le perdonaría una transgresión social involuntaria. Ahora estaba sola, y para mantener créditos en su cuenta y una cama bajo su espalda, debía cumplir el trabajo que había asegurado al capitán Santoso que podía llevar a cabo.

Ninguna presión, vaya.

No por primera vez, un puño helado apareció en lo más profundo de su estómago. Nunca en su vida se había preocupado por los créditos o por tener un hogar al que volver. Pero con sus últimos ahorros a punto de agotarse y los puentes quemados tras ella, no había margen para el error. El precio de empezar de cero era no tener a nadie detrás si caía.

«Por favor», pensó. «Por favor, no la cagues».

—Iniciamos la aproximación, Rosemary —gorjeó el ordenador de la procápsula—. ¿Necesitas algo antes de que dé comienzo el proceso de atraque?

—Un lavabo y un bocadillo —contestó Rosemary.

—Lo siento, Rosemary, tengo dificultades para procesar eso. Por favor, ¿podrías repetir tu petición?

—No necesito nada.

—De acuerdo, Rosemary. Ahora abriré los paneles exteriores. Quizá quieras cerrar los ojos para ajustarte a cualquier fuente de luz externa.

Rosemary, obediente, cerró los ojos mientras los paneles zumbaban al abrirse, pero sus párpados siguieron en la oscuridad. Abrió los ojos y descubrió que la única fuente de luz notable provenía de la cápsula. Como esperaba, no había nada más allá de la cápsula excepto espacio y estrellas diminutas. Fuera, en el vacío.

Se preguntó cómo de grueso sería el casco.

La cápsula se balanceó, y Rosemary se protegió los ojos de un repentino estallido de luz que salía de una de las ventanas de la nave más horrenda que había visto nunca. Era tosca y angular, a excepción de la abultada cúpula que sobresalía como una espina dorsal torcida. No era una nave diseñada para pasajeros comerciales quisquillosos. No había nada elegante ni inspirador en ella. Era mayor que una nave de transporte y más pequeña que una nave de carga. La falta de alas indicaba que había sido construida en el espacio, era una nave que nunca entraría en una atmósfera. Su panza sostenía una máquina gigantesca y compleja, metálica y puntiaguda, con hileras de crestas como dientes inclinadas hacia una aguja estrecha y alargada. Ella no sabía demasiado sobre naves, pero por los colores desparejos del casco exterior parecía que secciones enteras, quizá provenientes de otras naves, habían sido remachadas unas con otras. Una nave de retales. Lo único que inspiraba confianza era que parecía recia. Era una nave que podía encajar (y había encajado) unos cuantos impactos. Aunque las naves en las que ella estaba acostumbrada a viajar eran más agradables a la vista, saber que había un casco robusto y sólido entre ella y el vacío del espacio era reconfortante.

—*Peregrina*, aquí la Procápsula 36-A, solicito permiso para atracar —dijo el ordenador.

—Procápsula 36-A, aquí la *Peregrina* —respondió una voz de mujer con acento exodano. Rosemary se fijó en la suavidad de las vocales, en la pronunciación que era un pelín demasiado pulida. Una IA—. Por favor, confirma la identidad de la pasajera.

—Recibido, *Peregrina*. Transmitiendo los detalles de la pasajera.

Hubo una pausa breve.

—Confirmado, Procápsula 36-A. Permiso para atracar concedido.

La procápsula avanzó a lo largo de la *Peregrina* como una especie de animal acuático que nada para mamar de su madre. La escotilla en la parte trasera de la cápsula se deslizó en el hueco del puerto de amarre de la *Peregrina.* Rosemary podía oír los sonidos mecánicos de los pestillos al conectar. Hubo un siseo de aire cuando el cierre se expandió.

La escotilla se deslizó hacia arriba. Rosemary gimió al levantarse. Sentía como si se le fueran a astillar los músculos. Recogió su petate y su carterón del estante de equipaje y salió renqueando. Había una ligera discrepancia gravitacional entre la cápsula y la *Peregrina*, suficiente para que se le revolviera el estómago al cruzar la unión entre ambas. La sensación tan solo duró unos segundos, pero combinada con la cabeza embotada, el pulso agitado, y la vejiga dolorida, fue suficiente para que Rosemary cruzara la línea de «incómoda» a «algo miserable». Esperaba que su nueva cama fuera mullida.

Entró en la pequeña cámara de descontaminación, vacía a excepción de un brillante panel amarillo fijado a la altura de la cadera. La IA habló a través de una vox en el muro.

—¡Hola! Estoy bastante segura de saber quién eres, pero ¿puedes pasar el parche de la muñeca por el panel, para asegurarme?

Rosemary se arremangó y expuso la muñequera, un brazalete de tela que protegía el pequeño parche dérmico incrustado en la piel del dorso de la muñeca derecha. Había mucha información almacenada en aquella pieza de tecnología del tamaño de un pulgar: su identificación, los detalles de su cuenta bancaria y una interfaz médica que se usaba para comunicarse con el casi medio millón de

inmubots que patrullaban su flujo sanguíneo. Como todos los ciudadanos de la CG, Rosemary obtuvo su primer parche durante la infancia (para los humanos, la edad estándar eran los cinco años), pero su parche actual tenía solo diez días. La marca de piel que lo rodeaba todavía brillaba y estaba tierna. El nuevo parche le había costado casi la mitad de sus ahorros, lo cual parecía desorbitado, pero no estaba en posición de discutir.

Mantuvo la muñeca alzada sobre el panel amarillo. Surgió un suave pulso de luz. Una punzada de adrenalina corrió pareja a los estims. ¿Y si algo había salido mal con el parche y habían sacado sus antiguos documentos? ¿Y si habían visto su nombre y habían sumado dos y dos? ¿Le importaría a esta gente? ¿Importaría que no hubiera hecho nada malo? ¿Le darían la espalda como hicieron sus amigos? ¿La volverían a meter en la cápsula y la enviarían arrastrándose a Marte, de vuelta al nombre que no quería y al lío que no había…?

El pad parpadeó con un verde amistoso. Rosemary exhaló y se rio de sí misma por haberse puesto nerviosa. El nuevo parche había funcionado a la perfección desde que lo instalaron. No había tenido ningún problema al confirmar su identidad o al realizar pagos en ninguna parada durante el camino. Era poco probable que el escáner de esta tosca nave hubiera recogido alguna discrepancia que se les hubiera escapado a los lujosos escáneres de los puertos espaciales. Sin embargo, este era el último obstáculo que tenía que superar. Ahora, de todo lo que se tenía que preocupar era de si sería o no buena en su trabajo.

—Bueno, ahí estás, Rosemary Harper —dijo la IA—. Mi nombre es Lovelace, y hago las veces de la interfaz de comunicación de la nave. Supongo que en cierto modo tenemos trabajos parecidos, ¿no es así? Tú hablas en nombre de la tripulación. Yo hablo en nombre de la nave.

—Supongo que sí —respondió Rosemary, algo insegura. No tenía demasiada experiencia con las IA sentientes. Las que había en casa eran insulsas y funcionales. La biblioteca de la universidad tenía una

IA que se llamaba Oráculo, pero era de un tipo mucho más académico. Rosemary nunca había conversado con una IA tan agradable como Lovelace.

—¿Puedo llamarte Rosemary? —preguntó Lovelace—. ¿O tienes algún apodo?

—Rosemary está bien.

—De acuerdo, Rosemary. Puedes llamarme Lovey si te apetece. Aquí todos lo hacen. Sienta bien salir de la cápsula, ¿verdad?

—No lo sabes tú bien.

—Cierto. Pero tú no sabes lo bien que sienta que recalibren tus bancos de memoria.

Rosemary reflexionó sobre eso.

—Tienes razón, no lo sé.

—Rosemary, debo ser sincera contigo. El motivo por el que he mantenido esta charla contigo durante todo este rato es para que no te aburrieras mientras te escaneaba en busca de contaminantes. Uno de los tripulantes tiene necesidades médicas muy específicas, y debo realizar un escáner más exhaustivo que el requerido en otras naves. No tardaré mucho más.

Rosemary no tenía la impresión de haber esperado mucho rato, pero no tenía ni idea de qué era una larga extensión de tiempo para una IA.

—Tómate el tiempo que necesites.

—¿Ese es todo tu equipaje?

—Sí —respondió Rosemary. De hecho, cargaba con todas sus posesiones (es decir, todo lo que no había vendido). Todavía se maravillaba de haber podido meterlo todo en dos pequeños embalajes. Tras una vida en la enorme casa de sus padres, repleta de muebles, cachivaches y rarezas, saber que no necesitaba nada más de lo que podía cargar le proporcionaba un sentimiento de libertad extraordinario.

—Si colocas el equipaje en el montacargas a tu derecha, puedo transportarlo hasta la cubierta superior de la tripulación. Puedes recogerlo cuando vayas a tu habitación.

—Gracias —dijo Rosemary. Abrió la puerta metálica sujeta a la pared por goznes, dejó el petate y la cartera en el compartimento correspondiente, y cerró la puerta con el pestillo. Se oyó un ruido de ajetreo dentro de la pared.

—De acuerdo, Rosemary, acabo de terminar mi escáner. Odio decir esto, pero tienes un par de bichos de la lista negra en tu sistema.

—¿Qué tipo de bichos? —preguntó Rosemary. Pensó con pavor en los pasamanos sucios y en los asientos pegajosos de la estación espacial. Treinta días desde que se marchó de Marte y ya había pillado una plaga alienígena.

—Ah, nada que te vaya a afectar, pero hay cosas que el piloto no soporta. En consecuencia, el doctor tendrá que actualizar tus inmubots antes de que vuelvas a abandonar la nave. Por ahora, voy a darte un fogonazo descontaminante. ¿Te parece bien?

Lovey sonaba contrita y por una buena razón. Lo único bueno de un fogonazo descontaminante era que se terminaba rápido.

—De acuerdo —respondió Rosemary, rechinando los dientes.

—Aguanta —dijo Lovey—. Fogonazo en tres… dos… uno.

Una penetrante luz anaranjada inundó la habitación. Rosemary pudo sentir cómo le atravesaba el cuerpo. Un frío picotazo a través de los poros, de los dientes, de las raíces de las pestañas. Por un breve instante, supo dónde estaban todos sus capilares.

—Uy, lo siento mucho —dijo Lovey cuando terminó el fogonazo—. No me agrada demasiado este procedimiento. Pareces mareada.

Rosemary exhaló y trató de sacudirse los calambres que la aguijoneaban.

—No es culpa tuya —dijo—. Antes ya no me encontraba bien.

Se detuvo, y se dio cuenta de que trataba de hacer que una IA se sintiera mejor. Era un concepto muy tonto, pero algo sobre la conducta de Lovey provocaba que cualquier otra reacción pareciera grosera. ¿Podían ofenderse las IA? Rosemary no estaba segura.

—Espero que pronto te sientas mejor. Sé que hay una cena preparada para ti, pero seguro que puedes descansar luego. Ya te

he entretenido demasiado. Eres libre de seguir adelante. Y permíteme que sea la primera en decirte: Bienvenida a bordo.

La vox se apagó. Rosemary puso la mano contra el panel de la puerta. La escotilla interior se abrió y apareció un hombre pálido de rostro avinagrado. Mudó la expresión cuando Rosemary avanzó. Fue la sonrisa más hipócrita que había visto nunca.

—Bienvenida a la *Peregrina* —dijo el hombre, tendiéndole la mano—. Artis Corbin. Algólogo.

—Encantada de conocerle, señor Corbin. Me llamo Rosemary Harper. —Le estrechó la mano. El apretón era flácido; la piel, húmeda. Se alegró de soltarlo.

—Corbin a secas vale. —Se aclaró la garganta—. Tienes que… Em… —Señaló con la cabeza hacia la pared opuesta. En una puerta estaba pintado el símbolo humano para lavabo.

Rosemary corrió hacia ella.

Volvió al cabo de unos minutos, ya de mejor humor. Aún tenía el corazón agitado, la cabeza todavía se le estaba aclarando, y el persistente hormigueo del fogonazo hacía que le dolieran los dientes. Pero por lo menos había tachado de la lista una de sus necesidades fisiológicas.

—Las procápsulas son la peor forma de viajar —señaló Corbin—. Funcionan con combustible de reserva, ¿sabes? Un montón de accidentes acechando. Tendrían que regularlo mejor, si te soy sincero. —Rosemary trató de pensar en una respuesta, pero antes de que pudiera decir algo, Corbin continuó—: Por aquí.

Lo siguió por un pasillo.

La *Peregrina* no era más bonita por dentro de lo que era por fuera, pero los pasillos desparejos tenían un encanto humilde. Había ventanucos en las paredes, dispuestos en intervalos regulares. Los propios paneles de las paredes estaban sujetos con tornillos y pernos de formas variadas. Al igual que en el exterior, las paredes tenían diferentes colores: marrón cobrizo a un lado, latón mate en el otro, y de vez en cuando, alguna que otra lámina gris claro.

—Un diseño interesante —comentó Rosemary.

Corbin soltó una risita burlona.

—Si con «interesante» quieres decir que parece el edredón de mi abuela, entonces sí. La *Peregrina* es una nave antigua. Casi todas las naves tuneladoras lo son. Hay incentivos para los capitanes que actualizan naves antiguas en vez de comprar nuevas. Ashby lo aprovechó a fondo. La nave original tiene unos treinta y cinco años estándar. Fue construida para durar, pero sin tener en mente la comodidad de la tripulación. Ashby añadió habitáculos más grandes, más espacio de almacenaje, duchas de agua y cosas así. Todo de desguace, por supuesto. No hay dinero para equiparla con piezas nuevas.

A Rosemary le tranquilizó la mención de las condiciones de vida mejoradas. Se había estado mentalizando a encontrarse con camarotes diminutos y duchas sanipolvo.

—Supongo que Lovey también fue una incorporación posterior.

—Sí. Ashby la compró, pero es la mascota de Jenks. —Corbin no dio más explicaciones sobre aquello, y continuó. Señaló con la cabeza hacia la pared—: Hay voxes en cada habitación y en las intersecciones principales. No importa donde estés, Lovey puede oír tus peticiones y transmitir mensajes por ti. Emite a toda la nave, así que piensa bien lo que dices. Las voxes son una herramienta, no un juguete. También hay extintores por toda la nave. Kizzy puede pasarte un mapa de las localizaciones. Las taquillas de los exotrajes están en la escotilla de amarre, en la cubierta de la tripulación y en el muelle de carga. Hay cápsulas de escape disponibles en todas las cubiertas. También tenemos una lanzadera a la que se accede a través del muelle de carga. Si ves que esos paneles de emergencia se encienden, ve a por un traje, una cápsula o la lanzadera, lo que esté más cerca. —Por delante de ellos, el pasillo se bifurcaba. Corbin señaló a la izquierda—. El área médica está por ahí. No es nada moderna, pero basta para mantener a alguien con vida hasta llegar a puerto.

—Ya veo —dijo Rosemary. Trató de no darle demasiada importancia al hecho de que todo lo que Corbin le había mostrado

estaba relacionado con emergencias o heridas.

Oyó voces joviales y sonoras que provenían de una intersección más adelante. El sonido metálico de algo que caía al suelo. Luego una breve discusión, seguida de risas. Corbin entrecerró los ojos como si tratara de evitar un dolor de cabeza.

—Creo que estás a punto de conocer a los técnicos —anunció.

Doblaron la esquina y se encontraron con un nido de cables y alambres esparcidos por el suelo sin orden ni concierto; al menos no lo había a ojos de Rosemary. Tubos de algas colgaban desparramados como tripas de un panel abierto en la pared. En esta trabajaban dos personas, un hombre y una mujer, ambos humanos… ¿O no? No había dudas sobre la mujer, que andaría en la cúspide entre la veintena y la treintena. Tenía el pelo negro atado en un moño torcido, sujeto con una cinta desteñida y deshilachada. Vestía un mono naranja salpicado de grasa y mugre, con coderas de tela brillante cosidas con grandes puntadas. Tenía notas garabatadas en las mangas, cosas como «REVISAR 32-B — ¿CABLES VIEJOS?», «NO TE OLVIDES DE LOS FILTROS DE AIRE, TONTA» y «COME». Sobre la nariz chata llevaba ajustado un curioso juego de lentes ópticas. En vez de solo una lente por ojo, había no menos de media docena de accesorios soldados en soportes con bisagras. Algunos sobresalían y ampliaban, en otros parpadeaban diminutos paneles digitales. Parecía algo hecho a mano. En cuanto a la mujer, su piel de un tono oliváceo oscuro parecía que había pasado mucho tiempo tomando el sol, pero sus rasgos poco definidos eran sin duda alguna exodanos. Rosemary pensó que lo más probable es que hubiera crecido en una colonia extrasolar; «fuera del sol», como dirían en Marte.

El hombre, por otro lado, no era tan fácil de catalogar, aunque parecía humano en la mayoría de los detalles. La mezcla de rasgos faciales, la estructura corporal, las extremidades y dedos, todo era familiar. Su color cobrizo era incluso parecido al de Rosemary, aunque varios tonos más oscuro. Pero mientras que su cabeza tenía el tamaño corriente, el resto era pequeño, tan pequeño como un niño. También era fornido, como si las extremidades se le hubieran

rellenado al tiempo que se negaban a estirarse. Era tan pequeño que encajaba sobre los hombros de la mujer, que era justo donde estaba en aquel instante. Como si su físico no fuera ya bastante digno de mención, se había aplicado sobremanera a engalanarse. Se había afeitado los lados de la cabeza, y un mechón de rizos brotaba de la cima de su cuero cabelludo. Llevaba las orejas adornadas con constelaciones de pendientes, y los brazos, cubiertos de tatuajes coloridos. Rosemary hizo todo lo posible por no quedarse mirando embobada. Concluyó que era desde luego humano, pero tenía que ser un altergén. Era la única explicación que se le ocurría. Pero, por otro lado, ¿por qué alguien se molestaría tanto por hacerse pequeño?

La mujer levantó la vista del trabajo.

—¡Viva! —exclamó—. Jenks, bájate, tenemos que socializar.

El hombrecillo, que había estado utilizando una ruidosa herramienta en la pared, giró la cabeza y se alzó las gafas de seguridad.

—Vaya —dijo mientras bajaba—. Aquí llega la novata.

Antes de que Rosemary pudiera decir nada, la mujer se levantó, se quitó los guantes y la envolvió con un enorme abrazo.

—Bienvenida a casa. —Se apartó mostrando una sonrisa contagiosa—. Me llamo Kizzy Shao. Técnica mecánica.

—Rosemary Harper. —Trató de no parecer sorprendida—. Y gracias.

La sonrisa de Kizzy se ensanchó.

—Oooh, me encanta tu acento. Los marcianos siempre sonáis taaan suaves.

—Soy el técnico de componentes —explicó el hombre, limpiándose la suciedad de las manos con un trapo—. Jenks.

—¿Es tu nombre de pila o el de tu familia? —preguntó Rosemary.

Jenks se encogió de hombros.

—Cualquiera. —Le tendió la mano. A pesar de lo pequeñas que las tenía, su agarre era más firme que el de Corbin—. Encantado de conocerte.

—Lo mismo digo, señor Jenks.

—¡Señor Jenks! Me gusta. —Volvió la cabeza—. Eh, Lovey. Conéctame con todos, por favor. —Una vox cercana se encendió—. Atención todo el mundo —dijo con voz pomposa—. Siguiendo el precedente de nuestra asistente, a partir de ahora solo responderé a mi título completo de «Señor Jenks». Eso es todo.

Corbin se inclinó hacia Rosemary.

—Las voxes no son para eso —gruñó en voz baja.

—Bueno —dijo Kizzy—. ¿Fue bien el viaje?

—Los he tenido mejores —respondió Rosemary—. Aunque he llegado de una pieza, así que supongo que no me puedo quejar.

—Quéjate todo lo que quieras —dijo Jenks. Sacó una desgastada lata metálica del bolsillo—. Es una mierda viajar en procápsula. Y sé que son la única forma de traerte rápido, pero esas cosas son la hostia de peligrosas. ¿Los estims te dan temblores? —Rosemary asintió—. Uf, ya ves; confía en mí, te sentirás mejor cuando comas algo.

—¿Ya has estado en tu habitación? —preguntó Kizzy—. Yo hice las cortinas, pero si no te gusta la tela, me lo dices y las arranco de inmediato.

—Todavía no —respondió Rosemary—. Pero de camino he visto todo tu trabajo. No debe de haber sido fácil añadir la mayoría de esas cosas a un modelo antiguo.

El rostro de Kizzy se encendió como una bulboluz.

—No, pero ya ves, ¡por eso es tan divertido! Es como un puzle: tienes que adivinar qué tipo de circuitos encajarán con los antiguos, añadir nuevos detalles para hacerlo más acogedor, y sobre todo tener en cuenta los secretos de la antigua infraestructura para que no estallemos. —Dejó escapar un suspiro de satisfacción—. Es el mejor trabajo que existe. ¿Ya has visto la Pecera?

—Perdona, ¿el qué?

—La Pecera. —Kizzy pareció resplandecer—. Espera y verás. Es lo mejorcito.

Los ojos atentos de Corbin se fijaron en el técnico de componentes.

—Jenks, ¡estás de broma!

La lata metálica de Jenks estaba llena de junco rojo. Había metido un generoso pellizco en una pipa pequeña y curvada, y la estaba encendiendo con un soldador.

—¿Qué? —preguntó, su voz amortiguada por los dientes apretados.

Aspiró aire por la pipa, provocando que las fibras troceadas chispearan y desprendieran humo. Un leve aroma a vainilla y ceniza quemada inundó la nariz de Rosemary. Pensó en su padre, que siempre estaba fumando aquello mientras trabajaba. Apartó el recuerdo indeseado de su familia.

Corbin se cubrió la boca y la nariz con la mano.

—Si quieres llenar tus pulmones con toxinas, estupendo, pero hazlo en tu camarote.

—Tranquilo —contestó Jenks—. Es la cepa modificada que fabricaron los laru, benditos sean sus corazones de ocho válvulas. Toda la suavidad del junco rojo, libre de todas las toxinas. Cien por cien saludable. Bueno, por lo menos no dañino. Deberías probar un poco, le sentaría de maravilla a tu humor. —Exhaló una voluta de humo en dirección a Corbin.

El rostro de este se puso rígido, pero pareció reacio a insistir. Rosemary tuvo la impresión de que por mucho que fanfarronease sobre las reglas, Corbin no tenía autoridad sobre los técnicos.

—¿Ashby está informado sobre este desastre? —preguntó señalando el suelo.

—Relájate, gruñón —dijo Kizzy—. Lo tendremos arreglado y listo para la cena.

—La cena es en media hora —replicó Corbin.

Kizzy se llevó las manos a la cabeza. Hizo una mueca teatral.

—¡Ay, no! ¿En serio? Creía que la cena era a las dieciocho.

—Son las diecisiete y media.

—¡Joder! Hablamos luego, Rosemary —dijo Kizzy, sumergiéndose de nuevo en la pared—, tengo trabajo que hacer. Jenks, súbete a mis hombros, colega, ¡a toda leche!

—¡Hop! —exclamó Jenks; sujetó la pipa entre los dientes y trepó.

Corbin siguió por el pasillo sin decir ni una palabra.

—Un placer conoceros —se despidió Rosemary, y fue tras Corbin.

—¡Lo mismo digo! —respondió Kizzy—. ¡Ay, mierda, Jenks! ¡Me has tirado ceniza en la boca! —Se oyó un escupitajo, y un par de risas a coro.

—Es un milagro que no estemos todos muertos —dijo Corbin, sin dirigirse a nadie en particular. No dijo nada más mientras seguían por el pasillo. Rosemary dedujo que la charla banal no era su fuerte. Aunque el silencio era muy incómodo, tuvo la impresión de que sería mejor no romperlo.

El pasillo se curvaba hacia el interior y conectaba con el otro lado de la nave. En el ápice de la curva había una puerta.

—Esta es la sala de control —explicó Corbin—. Control de navegación y tunelación. No tendrás mucho que hacer por aquí.

—¿Te importa si la vemos de todos modos? Para orientarme.

Corbin dudó.

—Seguramente el piloto está trabajando. No deberíamos molestar…

La puerta se abrió, y salió una aandrisk.

—¡Me pareció oír una voz nueva! —exclamó. Tenía un acento áspero, pero era el más nítido que Rosemary había oído en los de aquella especie. No es que Rosemary tuviera mucha experiencia con aandrisk. Al ser una de las tres especies fundadoras de la Confederación Galáctica, era habitual encontrárselos por toda la galaxia. O eso le habían contado a Rosemary. La aandrisk que estaba ante ella era la primera con la que había hablado directamente. Su cerebro iba a toda prisa, tratando de recordar lo que sabía sobre la cultura aandrisk. «Estructuras familiares complicadas. Prácticamente no conocen el concepto del espacio personal. Físicamente afectuosos. Promiscuos». Se abofeteó

mentalmente por lo último. Era un estereotipo, uno que todos los humanos conocían quisieran o no, y apestaba a etnocentrismo. «No se emparejan como nosotros», se aleccionó. «No es lo mismo». Desde algún lugar de su cabeza, el profesor Selim le dedicaba una mirada de reproche. «El propio hecho de que usemos el término "sangre fría" como sinónimo de "crueldad" te debería decir algo sobre el sesgo innato que los primates tienen hacia los reptiles», imaginó que le decía. «No juzgues a otras especies por tus propias normas sociales».

Decidida a hacer que su profesor estuviera orgulloso de ella, Rosemary se preparó para encajar el frote de mejillas aandrisk del que había oído hablar, o quizá para recibir otro abrazo inesperado. Cualquiera que fuese la manera en que aquella persona se dispusiera a saludarla, se dejaría llevar. Ahora formaba parte de una tripulación multiespecie e iba a sobrellevarlo con elegancia, maldita sea.

Pero Rosemary se desilusionó cuando todo lo que hizo la mujer aandrisk fue extender una de sus garras para estrecharle la mano.

—Debes de ser Rosemary —dijo con voz cálida—. Yo soy Sissix.

Rosemary rodeó con los dedos la palma escamada de Sissix lo mejor que pudo. Sus manos no encajaban demasiado bien, pero lo hicieron lo mejor que pudieron. Sissix era demasiado alienígena para que Rosemary pudiera catalogarla como hermosa, pero era… impresionante. Sí, ese adjetivo era mejor. Le sacaba una cabeza de altura y tenía un cuerpo ágil y esbelto. Escamas de color verde musgo le cubrían el cuerpo desde la cabeza hasta la punta de la cola, disipándose en un tono más claro en el vientre. Tenía el rostro liso, sin nariz, ni labios, ni orejas visibles; tan solo agujeros para respirar, agujeros para oír y una pequeña hendidura como boca. Un mechón de plumas multicolor le cubría la cabeza como una crin corta y alegre. Tenía el pecho plano como el de un hombre humano, pero el contraste entre la fina cintura y los musculosos muslos saurios creaban la ilusión de unas caderas femeninas (aunque Rosemary sabía que esa impresión también provenía de un prejuicio

cultural; los machos aandrisk tenían la misma fisionomía que las hembras, tan solo eran más pequeños). Las piernas estaban ligeramente combadas, como si estuvieran listas para saltar, y los dedos de las manos y de los pies terminaban en garras gruesas y romas. Cada garra estaba pintada con descuidados remolinos de oro, y parecían limadas. Vestía un par de pantalones sueltos y caídos, y una camisa que se sujetaba con un botón. Rosemary recordó al profesor Selim explicando que los aandrisk solo vestían ropas para hacer que otras especies se sintieran más cómodas. Entre la ropa, el acento y el apretón de manos, Rosemary tenía la impresión de que Sissix había estado con humanos desde hacía mucho tiempo.

Sissix no fue lo único que salió de la sala de control. Una vaharada de aire cálido y seco la siguió afuera. Rosemary sintió las oleadas de calor que emanaban desde el interior de la habitación. Incluso en la puerta, era asfixiante.

Corbin entrecerró los ojos.

—Sabes que los paneles de la interfaz se deforman si se calientan demasiado.

Sissix parpadeó y miró con sus ojos amarillos hacia el hombre pálido.

—Gracias, Corbin. Solo he estado viviendo en naves durante toda mi vida adulta, por lo que no tengo ni idea de cómo ajustar la temperatura interna dentro del margen de seguridad.

—Creo que la nave ya está bastante caliente de por sí.

—Si alguien más hubiera estado trabajando conmigo ahí dentro, la habría bajado. Francamente, ¿cuál es el problema?

—El problema, Sissix, es que…

—Alto. —Sissix alzó la palma. Pasó la mirada de Corbin a Rosemary repetidas veces—. ¿Por qué le estás enseñando la nave tú?

Corbin apretó la mandíbula.

—Ashby me lo pidió. No me molesta.

Sus palabras eran evasivas, pero Rosemary pudo discernir la misma insinceridad que había enmascarado su rostro cuando la recibió al salir del compartimento estanco. El puño helado reapareció en el estómago. Diez minutos en la nave y ya le caía mal a alguien. Fantástico.

—Claro —dijo Sissix. Entornó los ojos como si tratara de comprender algo—. No me importaría relevarte como guía si tienes otras cosas que hacer.

Corbin apretó los labios.

—No quiero parecer maleducado, Rosemary, pero tengo que empezar más pronto que tarde unos análisis de salinidad.

—¡Genial! —exclamó Sissix; puso una mano en el hombro de Rosemary—. ¡Pásatelo bien con tus algas!

—Eh, un placer conocerte —dijo Rosemary mientras Sissix se la llevaba. Corbin ya desaparecía por el pasillo. Toda la conversación había sido desconcertante, pero se alegró de quedarse con lo que parecía una compañía más amigable. Hizo todo lo posible por no quedarse embobada ante el modo en que los pies descalzos de Sissix se flexionaban, el modo en que las plumas se balanceaban al caminar. Todo en la forma de moverse de la aandrisk era fascinante.

—Rosemary, quisiera disculparme en nombre de la tripulación de la *Peregrina* —dijo Sissix—. Llegar a un nuevo hogar merece una bienvenida mejor que la que Artis Corbin puede dar. Estoy segura de que ya lo sabes todo sobre las cápsulas de escape y nada sobre quién somos o qué hacemos.

Rosemary no pudo evitar reír.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque tengo que vivir con ese hombre —respondió Sissix—. Como tú. Pero, por suerte, también vas a vivir con el resto de nosotros, y creo que somos bastante agradables. —Se detuvo junto a una escalera metálica que se perdía hacia arriba por el techo y hacia abajo por el suelo—. Ni siquiera habrás visto tu habitación todavía, ¿no?

—No.

Sissix puso los ojos en blanco.

—Ven —dijo; subió por las escaleras haciendo todo lo posible por mantener la cola apartada de la cara de Rosemary—. Siempre me siento mejor en una nueva nave una vez que sé dónde está mi sitio.

La aandrisk estaba en lo cierto. El dormitorio de Rosemary resultó ser una habitación encajada en una esquina de la cubierta superior. Los únicos muebles eran un armatoste cuadrado con cajones montado en la pared opuesta, un pequeño armario y un catre que cabía justo en el rincón. Pero la sobriedad de la habitación estaba suavizada con una manta acolchada y una montaña de cojines coloridos que transformaban lo que podría haber sido un lugar espartano en un nidito acogedor. Las cortinas que Kizzy había mencionado estaban hechas de una tela con estampado de flores… No, no eran flores; eran medusas. El estampado era demasiado sobrecargado para el gusto de Rosemary, pero estaba segura de que se acostumbraría. En la pared adyacente había una maceta hidropónica de la que salían hojas en forma de lágrima. Al lado había un espejo, del cual colgaba una nota impresa: «¡BIENVENIDA A CASA!». Era el habitáculo más pequeño, más simple y más humilde que Rosemary había visto jamás (los sórdidos hoteles de los puertos espaciales no contaban). Y, aun así, a fin de cuentas, era perfecto. No podía imaginarse un lugar mejor para empezar de cero.

Día 130, CG Estándar 306

SOPLO

Ashby forzó una sonrisa mientras Yoshi divagaba por el sib. Aquel hombre nunca le había gustado mucho. No es que tuviera nada especialmente malo, pero, estrellas, podía pasarse días hablando. Las comprobaciones con la Cámara de Transporte eran una mera formalidad, en principio; una confirmación verbal de que Ashby no perforaría a través de ningún espacio que no le perteneciera. Más que nadie, él entendía la necesidad de medir dos veces y cortar una, pero Yoshi siempre se las arreglaba para convertir un simple «¿Tienes el plan de vuelo? Perfecto entonces, buen viaje» en una conversación de una hora.

Los píxeles que mostraban a Yoshi parpadearon un instante a consecuencia de un fallo de señal. Se arremangó y se recolocó el mek; con frialdad, notó Ashby, al estilo harmagiano. Se abstuvo de poner los ojos en blanco ante aquel teatrillo. El frío mek, el traje de estilo aeluoniano, el ensayado acento central en el que todavía se notaba la cadencia marciana si sabías qué escuchar. Las trampas de un burócrata que intenta fingir que tuvo la misma influencia que las poderosas especies que lo rodean. Ashby no se avergonzaba de su patrimonio cultural, de hecho, todo lo contrario, pero había algo irritante en ver a un humano tan creído.

—Pero ya está bien de hablar sobre mí —dijo Yoshi con una risita—. ¿Qué tal la vida a bordo de la *Peregrina*? ¿Todo bien con tu tripulación?

—Sí, estamos todos bien —respondió Ashby—. Y desde hoy contamos con una más.

—Sí, sí, ¡la nueva asistente! Te iba a preguntar por ella. ¿Se ha instalado ya?

—Todavía no la he conocido. Oí cómo atracaba la cápsula hace un rato.

—Ah, entonces no te entretendré mucho tiempo. —Ja—. Ya sabes, Ashby, que incluir un asistente te da unos cuantos puntos extra ante la Cámara. Siempre has sido fiable en la tarea de tunelar, pero esto demuestra que también estás comprometido con el cumplimiento de nuestros estándares administrativos. Ha sido una buena jugada por tu parte.

—Ha sido una simple decisión práctica. Necesito la ayuda extra.

Yoshi se recostó en la silla; el rostro se le desenfocó al alejarse de la cámara sib.

—Has estado haciendo trabajo de nivel tres durante bastante tiempo. ¿Te has planteado subir un poquito de categoría?

Ashby se sorprendió. Yoshi era un farsante, pero no era incompetente. Sabía que la *Peregrina* no estaba equipada para trabajos de mayor envergadura.

—Claro, pero no estamos equipados para ello —respondió. Tampoco se lo podía permitir. Su nave estaba preparada para líneas de transporte de una sola nave, saltos coloniales principalmente. Se ganaba mucho dinero con los túneles para caravanas de carga, pero hacía falta un equipo bastante especializado para conseguir que un pasadizo tan grande fuera estable. Ashby no conocía ninguna nave humana que hiciera ese tipo de trabajo.

—Cierto, pero eso tampoco justifica que debas limitarte —dijo Yoshi. Miró por encima del hombro con un gesto de taimada importancia. De nuevo, Ashby se contuvo antes de poner los ojos en blanco. Por lo que sabía, Yoshi estaba solo en la habitación—. Tan solo presta atención por si se presenta algún trabajo… interesante. En tu línea, pero…, bueno, algo diferente.

Ashby se inclinó un poco hacia delante. Costaba trabajo confiar mucho en lo que dijera un humano que forzaba las erres en un

runrún harmagiano, pero aun así, no iba a ignorar el consejo de alguien que se sentaba en un despacho del Parlamento.

—¿Qué tipo de trabajo?

—No estoy en posición de decir qué exactamente —respondió Yoshi—. Digamos que será un agradable cambio de ritmo respecto a lo que estás acostumbrado. —Miró a Ashby a los ojos. Los píxeles titilaron—. El tipo de trabajo que te daría algo de ventaja.

Ashby respondió con lo que esperaba que fuera una sonrisa amistosa.

—Eso no es muy explícito.

Yoshi sonrió con suficiencia.

—¿Ves las noticias?

—Todos los días.

—Asegúrate de que no te las pierdes durante, digamos, a ver, los siguientes cinco días más o menos. No te preocupes por ahora. Ocúpate de la asistente, haz la perforación mañana, y después… Después ya verás. —Tomó un sorbo de su fría taza con petulancia y aire de enterado—. Confía en mí. Lo sabrás cuando lo veas.

Día 130, CG Estándar 306

LAS TUNELADORAS

Tras guardar sus dos bolsas de equipaje (Sissix les había dado el visto bueno: «poco equipaje ahorra combustible»), Rosemary bajó las escaleras tras ella. Algo captó su atención, algo en lo que no se había fijado al subir. Cada peldaño de rejilla metálica estaba cubierto cuidadosamente con una gruesa tira de moqueta.

—¿Para qué sirve? —preguntó Rosemary.

—¿Mmm? Ah, eso es para mí. Para que no se me enganchen las garras en el enrejado.

Rosemary sintió un escalofrío.

—Ugh.

—No sabes tú bien. Me arranqué una de cuajo hace unos años, antes de que Kizzy colocara las alfombrillas. Chillé como una cría recién salida del cascarón. —Llegó a la siguiente cubierta e hizo un gesto con la cabeza hacia las puertas—. La sala de ocio está por ahí. Máquinas de ejercicio, la hub de juegos, sofás cómodos y esas cosas. La hub tiene algunos simuladores exteriores bastante buenos que te puedes parchear. Se supone que todos deben usarla por lo menos media hora al día. En teoría. Es algo que se olvida con facilidad, pero es realmente saludable. En una larga travesía, esto —dio una palmadita en la cabeza de Rosemary— es lo que más debes cuidar.

Rosemary paró de caminar mientras avanzaban por el pasillo.

—¿Son imaginaciones mías o está oscureciendo?

Sissix soltó una risita.

—Está claro que no has vivido antes en el vacío, ¿eh? —preguntó, sin atisbo de ironía—. La iluminación en los pasillos y en las áreas comunes incrementa o disminuye según avanza el día. Lo que ves ahora es el atardecer, o una aproximación de este. Puedes encender las lámparas de trabajo en las habitaciones individuales siempre que necesites más luz, pero el cambio en luz ambiental de la nave nos ayuda a mantener cierto ritmo.

—Seguís días estándar, ¿cierto?

Sissix asintió.

—Días estándar, calendario estándar. ¿Todavía estás en tiempo solar?

—Sí.

—Tómate con calma los primeros diez días. Adaptarse a un nuevo reloj biológico a veces puede ser muy duro. Sin embargo, lo cierto es que mientras mantengas tu trabajo al día y sepas qué día es, no importa qué tipo de agenda mantengas. Aquí ninguno nos levantamos a la misma hora, y todos seguimos horarios un poco raros. Especialmente Ohan. Son nocturnos.

Rosemary no estaba segura de quién o qué era Ohan, o qué había querido decir Sissix al usar el plural, pero antes de poder preguntar, Sissix sonrió mirando la puerta que tenían delante.

—Voy a dejar que pases delante.

Había un cartel pintado a mano fijado en la pared, sobre la puerta. «LA PECERA», decía. Las letras brillantes estaban rodeadas de planetas sonrientes y alegres flores. Aunque era nueva en la nave, Rosemary estuvo segura de que la señal era obra de Kizzy.

Abrió la puerta y se quedó boquiabierta. Ante ella había una amplia sala abovedada, construida con capas de plex intercaladas. Era una ventana, una enorme ventana con forma de burbuja, con la galaxia entera extendiéndose al otro lado. Y en el interior, todo, absolutamente todo, era verde. Filas ascendientes de gigantescas macetas hidropónicas de las que brotaban hojas anchas, brotes frescos y verduras oscuras y grandes. Había etiquetas escritas a mano pegadas a estacas dispuestas a intervalos regulares

(Rosemary no reconoció el alfabeto utilizado). Algunas de las plantas florecían, y enrejados delicados ayudaban a las enredaderas a crecer bien altas. Un camino cubierto de ramas se alejaba de la puerta, flanqueado por cajas de carga y latas de comida reusadas repletas de espesas matas de hierba. Trocitos de basura tecnológica pintados con tonos brillantes sobresalían aquí y allá, añadiendo pizcas de color. Al final del camino había tres escalones que conducían a un jardín a nivel más bajo. Una fuente desvencijada chapoteaba con suavidad, y cerca había algunos bancos y sillas. Tras los bancos, pequeños árboles decorativos se estiraban hacia las lámparas solares que colgaban sobre ellos. Pero una vez que Rosemary vio las lámparas, su atención se desvió de nuevo a la ventana burbuja, a las estrellas, planetas y nebulosas que esperaban ahí fuera.

Tras mirar embobada unos instantes, Rosemary pudo empezar a discernir los detalles más pequeños. El marco de la ventana parecía erosionado y de un material completamente distinto al del resto de la sala. Las macetas hidropónicas eran de todas las formas y tamaños, y lo bastante desgastadas para dar a entender que eran de segunda mano. Pero la sala era uno de esos lugares extraños y maravillosos que se beneficiaban de la falta de uniformidad. Las plantas estaban sanas y bien cuidadas, pero de algún modo, los rasguños, las abolladuras y la pintura desconchada eran lo que realmente les daba vida.

—Es… —Rosemary parpadeó—. Es increíble.

—Y necesario, lo creas o no —añadió Sissix—. Puede que parezca una extravagancia, pero tiene tres propósitos útiles. Uno: las plantas vivas reducen el estrés en los filtros de aire. Dos: podemos cultivar parte de nuestra comida, lo que nos ahorra dinero en las visitas al mercado y es más saludable que comer siempre cosas almacenadas en estasis. Tres, y lo más importante: nos ayuda a no volvernos locos tras pasar varias semanas enjaulados aquí. La sala de simulador es buena para tener un rato de tranquilidad, pero aquí es donde todos venimos a calmarnos. Muchas naves de largo trayecto

tienen sitios como este. Aunque el nuestro es el mejor, si te interesa mi opinión completamente imparcial.

—Es hermoso —dijo Rosemary apartando los ojos de la ventana. Reflexionó durante un instante y recordó la bóveda opaca que había visto desde la cápsula—. ¿Por qué no lo pude ver al venir?

—Un buen truco, ¿verdad? —respondió Sissix—. Está hecho de plex variable, por lo que solo es transparente cuando queremos. Nos da algo de privacidad, y mantiene el espacio fresco si estamos cerca de un sol. Era parte de un yate harmagiano. Kizzy y Jenks tienen toda una red de colegas saqueadores que nos llaman siempre que encuentran piezas que podríamos aprovechar. La bóveda ha sido el premio gordo con diferencia. —Con un gesto, indicó a Rosemary que fuera tras ella—. Ven, te presentaré al tipo que planta todo esto.

Siguieron por el lado derecho del camino hasta una mesa ovalada dispuesta para la cena. Las sillas que rodeaban la mesa estaban desparejadas, y alrededor de la tercera parte estaba diseñada para traseros no humanos. Unas luces tenues colgaban de largos cables sobre la mesa, recubiertas con pantallas de diferentes colores. Estaba lejos de ser la mesa más sofisticada que Rosemary hubiera visto (las servilletas estaban desgastadas, unos cuantos platos tenían muescas, los condimentos eran todos de marcas baratas), pero aun así resultaba invitadora.

Cerca de la mesa había una encimera con tres taburetes a un lado y una gran cocina al otro. El aroma del pan horneado y de las plantas chisporroteantes inundó las fosas nasales de Rosemary, cuyo cuerpo le recordó lo mucho que hacía desde la última vez que había comido. Se sentía como si todo su torso estuviera hueco.

—¡Atención! —llamó Sissix por encima de la encimera—. ¡Venid a conocer a nuestra nueva tripulante!

Rosemary no vio la cortina que cubría la puerta trasera hasta que un miembro de la especie más rara que había visto nunca la apartó y entró. El sapiente —«él», había dicho Sissix— como mínimo la doblaba en tamaño. Era gordo y carnoso, de piel gris moteada. Rosemary lo habría tomado por algún tipo de anfibio si no fuera por

los mechones de largos bigotes que brotaban de unas mejillas parecidas a globos. Casi todo su rostro estaba dominado por un labio superior ancho y partido, que a Rosemary le pareció adorable aunque no sabía muy bien por qué. Rememoró los videoprogramas sobre los animales de la antigua Tierra que le habían hecho tragarse de pequeña. Si se cruzaba una nutria con un geco y al resultado se le hacía caminar como una oruga de seis patas, se estaría cerca.

Era especialmente complicado catalogar las piernas del sapiente, porque podrían confundirse con brazos sin problema. Tenía seis, fueran lo que fueran, todas idénticas. Cuando entró por la puerta caminaba sobre un par y sujetaba dos cubetas de comida con las otras. Pero una vez que dejó las cubetas, dobló el cuerpo y caminó con dos pares hacia la encimera.

—Bueno, bueno, bueno —retumbó el sapiente. Su voz tenía una armonía extraña, como si cinco personas hablaran a la vez.

Mientras seguía procesando su apariencia, Rosemary vio que vestía ropa de estilo humano. Su torso superior (si se lo podía llamar así) estaba cubierto por una enorme camiseta de manga corta con un logo estampado donde aparecía un pulgar humano verde cruzando el espacio. El texto que lo rodeaba estaba impreso no en klip, sino en ensk: «Emporio Botánico de Pequeñojohn - Todo para los hidropónicos transgalácticos». Había cortado agujeros extra en los lados para su par de extremidades del medio. La sección inferior la había cubierto con un gigantesco par de pantalones de cordel. Bueno, más que pantalones, parecían una bolsa con huecos para las piernas.

El rostro entero del sapiente se curvó hacia arriba en una aproximación surrealista a una sonrisa.

—Me apuesto algo a que nunca antes habías visto a uno de los míos—dijo.

Rosemary sonrió, aliviada de que él hubiera roto el hielo.

—No puedo decir lo contrario —respondió.

El sapiente trasteó al otro lado de la encimera mientras hablaba.

—El entrenamiento de sensibilidad interespecies siempre se queda corto cuando ves algo nuevo, ¿verdad? Me quedé mudo la primera vez que vi esas cosas larguiruchas y marrones que sois vosotros.

—Y para los de su especie no es poca cosa —dijo Sissix.

—¡Exacto! —exclamó el sapiente—. El silencio no va con nosotros. —De su boca estalló un sonido: un murmullo gorjeante y estruendoso.

Rosemary miró a Sissix mientras unos estallidos discordantes seguían surgiendo de la extraña boca del ser.

—Se está riendo —susurró Sissix.

El ruido cesó, y el sapiente se palmeó el pecho.

—Soy Doctor Chef.

—Yo me llamo Rosemary. Tienes un nombre interesante.

—A ver, no es mi nombre real, pero me encargo de cocinar y trabajo en el área médica si surge la necesidad.

—¿Qué especie eres?

—Soy un grum, y ahora soy macho.

Rosemary no había oído hablar de los grum. Debía de ser una especie de fuera de la CG.

—¿Ahora? —preguntó.

—En mi especie, el sexo biológico es un estado transitorio. Comenzamos la vida como hembras, nos convertimos en machos una vez pasados nuestros años de puesta de huevos, y terminamos nuestras vidas como algo que no es ni una cosa ni la otra. —Doctor Chef se estiró por encima de la encimera y colocó frente a Rosemary una taza de zumo y un pequeño plato con unas galletitas saladas compactas—. Aquí tienes. Azúcar, sal, vitaminas, calorías. La cena estará lista pronto, pero parece que te vas a desmayar en cualquier momento. —Meneó la cabeza y miró a Sissix—. Odio las procápsulas.

—Anda, estrellas; gracias. —Rosemary se abalanzó sobre las galletitas saladas. En alguna parte lejana de su cabeza sabía que no

eran nada especial, pero en ese instante, eran lo mejor que había probado jamás.

—¿Puedo preguntarte tu nombre auténtico? —dijo cuando tuvo la boca menos llena.

—No serás capaz de pronunciarlo.

—¿Puedo intentarlo?

De nuevo la risa gorjeante.

—De acuerdo, prepárate. —La boca de Doctor Chef se abrió y de ella surgió una cacofonía, capas sobre capas de sonidos incomprensibles. Duró un minuto entero. Las mejillas se le hincharon tres veces al terminar—. Ese soy yo —concluyó. Se señaló la garganta—. Tráquea ramificada, seis juegos de cuerdas vocales. No hay ni una sola palabra en mi idioma que no tenga varios sonidos mezclados.

Rosemary se sintió algo aturdida.

—No debió de serte fácil aprender klip.

—Uy, no lo fue —respondió Doctor Chef—. Y no te mentiré, a veces todavía me resulta agotador. Sincronizar mis cuerdas vocales cuesta mucho trabajo.

—¿Por qué no usas una fonocaja?

Doctor Chef negó con la cabeza; le tembló la piel de las mejillas.

—No me gustan los implantes que no son medicamente necesarios. Además, ¿qué sentido tiene hablar con diferentes especies si no dedicas tiempo a aprender su lenguaje? Limitarse a pensar cosas y dejar que esa pequeña caja hable por ti es como hacer trampas.

Rosemary dio otro sorbo al zumo. Empezaba a sentirse mejor de la cabeza.

—¿Tu nombre quiere decir algo en tu idioma?

—Sí. Soy «Una Arboleda Donde Los Amigos Se Congregan Para Observar Las Lunas Alinearse Durante El Atardecer A Mitad De…», supongo que tú dirías «otoño». Ten en cuenta que eso es el primer trocito. También incluye el nombre de mi madre y la ciudad donde nací, pero creo que es suficiente, si no estarías oyéndome traducir

toda la noche. —Rio de nuevo—. ¿Y tú? Sé que la mayoría de nombres humanos no tienen mucho significado, pero ¿el tuyo tiene alguno?

—Pues, bueno, no creo que mis padres pensaran mucho en ello, pero significa romero. Es una planta.

Doctor Chef se inclinó hacia delante, apoyando su peso en los brazos superiores.

—¿Una planta? ¿Qué tipo de planta?

—Nada especial. Una hierba cualquiera.

—¡Una hierba cualquiera! —exclamó Doctor Chef; le temblaron los bigotes—. ¡Una hierba cualquiera, dice!

—Oh, oh —dijo Sissix—. Acabas de decir la palabra mágica.

—Rosemary, Rosemary —dijo Doctor Chef, sujetándole la mano—. Las hierbas son mi tema preferido. Combinan lo medicinal y lo gastronómico, lo que, como habrás intuido a estas alturas, son mis dos temas preferidos. Soy un entusiasta recolector de hierbas. Adquiero nuevos especímenes allí donde voy. —Hizo una pausa; gruñía y siseaba para sí mismo—. Creo que nunca he oído hablar de tu planta homónima. ¿Es para comer o para curar?

—Para comer —dijo Rosemary—. Creo que se echa en la sopa. En el pan también, me parece.

—¡Sopa! Oh, adoro la sopa —dijo Doctor Chef. Sus ojos de un negro sólido se volvieron hacia Sissix—. Haremos una parada en Port Coriol pronto, ¿no es cierto?

—Sip —respondió Sissix.

—Seguro que alguien tendrá romero por ahí. Enviaré un mensaje a mi viejo amigo Drave, él sabrá dónde buscar. Es bueno localizando cosas relacionadas con la comida. —Su boca se curvó hacia arriba al mirar de nuevo a Rosemary—. ¿Ves? Al final resulta que tienes un buen nombre. Venga, acábate esas galletitas saladas, voy a echarle un vistazo a los bichos. —Irrumpió de nuevo en la cocina, gruñó y suspiró al inclinarse sobre la parrilla. Rosemary se preguntó si estaría tarareando.

Sissix se acercó a Rosemary y susurró, ocultando su voz bajo las vocalizaciones de Doctor Chef y el ruido de la cocina:

—No le preguntes por su planeta natal.

—Ah —contestó Rosemary—. De acuerdo.

—Confía en mí. Y tampoco le preguntes por su familia. No es… un tema de conversación apropiado para la cena. Te lo explicaré más tarde.

Usando unas pinzas de cocina, Doctor Chef alzó con orgullo un enorme artrópodo de la parrilla. Tenía un caparazón negruzco, y sus patas estaban recogidas por debajo en varias hileras. Era del tamaño de la mano de Rosemary desde la muñeca hasta la punta de los dedos.

—Espero que te gusten los bichos de la costa roja. Y son frescos, no almacenados en estasis; tengo un par de tanques de cría en la parte de atrás.

Sissix le dio un codazo amistoso a Rosemary.

—Solo los comemos frescos en ocasiones especiales.

—No los he probado, pero huelen de maravilla.

—Un momento —exclamó Sissix—. ¿Nunca has probado bichos de la costa roja? Jamás había conocido a un humano que no hubiera probado bichos de la costa roja.

—Siempre he vivido en un planeta —dijo Rosemary—. No comemos muchos bichos en Marte.

Se sintió culpable solo por reconocerlo. Los insectos eran baratos, ricos en proteínas y fáciles de cultivar en espacios reducidos, lo que los convertía en un alimento estupendo para los espaciales. Los bichos habían sido parte de la dieta de la Flota Éxodo durante tanto tiempo que incluso las colonias extrasolares todavía los tenían como plato principal. Por supuesto, Rosemary había oído hablar de los bichos de la costa roja. Se decía que un tiempo después de que en la Confederación Galáctica hubieran garantizado el estatus de refugiados a la Flota Éxodo, un puñado de representantes humanos había acudido a una colonia aeluona para hablar sobre sus necesidades. Uno de los humanos más emprendedores se fijó en

unos grupos de grandes insectos que correteaban por las dunas de arena roja cerca de la línea costera. Los insectos eran un leve incordio para los aeluones, pero para los humanos eran comida, y mucha. Los bichos de la costa roja fueron introducidos rápidamente en la dieta de los exodanos, y en la actualidad se podía encontrar un montón de aeluones y humanos extrasolares que se habían enriquecido comerciando con ellos. Rosemary, al admitir que nunca había comido bichos de la costa roja, quería decir que no solo había viajado poquísimo, sino que pertenecía a un capítulo separado de la historia de la humanidad. Era una descendiente de los pudientes carnívoros que se asentaron primero en Marte, los cobardes que enviaron ganado vivo a través del espacio mientras había naciones muriendo de hambre en la Tierra. Aunque los exodanos y los solanos ya habían dejado atrás (la mayoría de) sus diferencias hacía tiempo, su privilegiada ascendencia era algo que la avergonzaba. Le recordaba demasiado bien el motivo por el que dejó su hogar.

Sissix la observó con suspicacia.

—¿Has comido mamíferos? Quiero decir los de verdad, no criados en tanques.

—Claro. Hay algunos ranchos de ganado en Marte.

Sissix reculó haciendo sonidos entre divertida y asqueada.

—Ay, no, *puaj*. —Parecía arrepentida—. Lo siento, Rosemary, es que es… *blej*.

—Bah. No son más que bocadillos enormes con pezuñas —intervino Jenks, que acababa de entrar, sonriendo—. También he probado la ternera de la superficie planetaria. Es una pasada.

—Uf, qué asco. Sois repugnantes —dijo Sissix entre risas.

—Me quedaré con los bichos, gracias —dijo una voz humana. Rosemary se dio la vuelta y se levantó—. Bienvenida a bordo —dijo el capitán Santoso, estrechándole la mano—. Es un placer conocerte al fin.

—Lo mismo digo, capitán —saludó Rosemary—. Me alegro mucho de estar aquí.

—Por favor, llámame Ashby —contestó con una sonrisa. Miró a su alrededor, buscando a alguien—. ¿Corbin ya te lo ha enseñado todo?

—Empezó a hacerlo —respondió Sissix; cogió una de las galletitas saladas de Rosemary—. Yo lo relevé para que pudiera hacer unos análisis.

—Anda. Es… muy amable por tu parte —dijo Ashby. Observó a Sissix durante un instante, haciéndole una pregunta muda que Rosemary no pudo adivinar. Luego devolvió su atención hacia ella—. Me temo que durante los próximos días no tendré demasiado tiempo para explicarte cómo funcionan las cosas. Mañana tunelaremos, y siempre hay que atar algunos cabos sueltos al terminar. Pero de todas formas estoy seguro de que necesitarás algún tiempo para adaptarte. Una vez que cumplamos este encargo, tú y yo nos podemos sentar y empezar a repasar mis informes.

—Mis condolencias —dijo Sissix, dándole unas palmaditas en el hombro a Rosemary.

—No son tan malos —protestó Ashby. Doctor Chef se aclaró la garganta con énfasis—. De acuerdo, son bastante malos. —Ashby se encogió de hombros y sonrió—. Pero, ¡eh! ¡Eso quiere decir que tienes un trabajo!

Rosemary se rio.

—No te preocupes. Soy una de esas raritas a las que les gusta el papeleo.

—Doy las gracias a las estrellas—exclamó Ashby—. Somos una buena tripulación, pero el papeleo no es uno de nuestros puntos fuertes.

—¡Sissix! —gritó Kizzy, entrando en la sala—. Tengo que hablar contigo sobre un vídeo sexy superescandaloso que he visto hoy.

Ashby cerró los ojos.

—… Y el tacto, tampoco.

Sissix pareció confusa.

—Kizzy, ya te lo he dicho, estoy harta de ver tus vídeos. Te lo juro, los humanos son la única especie capaz de hacer que el coito sea hortera.

—No, escucha, es importante. —Kizzy se coló tras la encimera e inspeccionó lo que cocinaba Doctor Chef. Se había cambiado el mugriento mono de trabajo por una elegante chaqueta amarilla, una falda que solo podría describirse como una enagua corta, unas medias con lunares de un naranja radiante, un par de gigantescas botas atadas con todo tipo de hebillas y correas y un desparrame de flores de tela trenzadas en el pelo. El conjunto habría quedado excéntrico en cualquier otra persona, pero de algún modo, Kizzy conseguía que funcionara—. Era un vídeo multiespecie, y ahora tengo un porrón de preguntas sobre la anatomía aandrisk.

—Ya me has visto desnuda —dijo Sissix—. Y seguro que ya has visto a otros aandrisk desnudos.

—Sí, pero… Sissix, la flexibilidad de este tío, tela marinera…

Lanzó la mano hacia un bol de verduras. Doctor Chef le golpeó la muñeca con una espátula sin siquiera mirarla.

Sissix suspiró.

—¿Cómo se titula el vídeo?

—*Planeta Prisión 6: La ingravidez del punto G*.

—Yyy se acabó —interrumpió Ashby—. De verdad, ¿os mataría comportaros por un solo día?

—Eh, yo soy educado —contestó Jenks—. Ni siquiera he mencionado *Planeta Prisión 7*.

Ashby suspiró y se volvió hacia Rosemary.

—Puede que todavía estés a tiempo de llamar de vuelta a la procápsula, si has cambiado de idea.

Rosemary negó con la cabeza.

—Todavía no he cenado.

Doctor Chef soltó una sonora y vigorosa carcajada.

—Por fin alguien con las mismas prioridades que yo.

Sissix se inclinó sobre la encimera.

—Kizzy, me alucinan tus zapatos, son geniales. Ojalá pudiera vestir zapatos.

—¿A que sí? —exclamó Kizzy, alzando su pie derecho como si lo viera por primera vez—. ¡Contemplad mis botas maravillosas! ¡Todo

lo que mola de una escuadra de asalto aeluona combinado con la perfección ergonómica absoluta! ¡Una locura podóloga! ¿Qué son? ¿Son unas grandes y resistentes todoterreno? ¿Son unas cómodas deportivas? ¡Nadie lo sabe! ¡Son una proeza de la ciencia que está ocurriendo justo sobre mis calcetines mientras charlamos! —Se giró hacia Doctor Chef, que en ese momento sacaba del horno una sartén con panecillos. Pescó uno y lo hizo saltar de una mano a otra—. Estrellas, huelen fenomenal. ¡Ven a mi boca, bollito de amor!

Ashby se dirigió a Rosemary.

—Eres buena con los idiomas, ¿verdad?

Rosemary apartó su atención de la técnica mecánica, que ejecutaba un bailecillo de dolor tras achicharrarse la lengua con el bollo caliente.

—Me las arreglo —respondió. Lo cierto es que era muy buena con los idiomas, pero no era algo de lo que presumir ante los nuevos compañeros durante la cena.

—Bueno, si vas a vivir en esta nave, vas a tener que aprender a hablar Kizzy.

—Es uno de esos que vas aprendiendo sobre la marcha —intervino Sissix, que había empezado a llevar cuencos llenos de comida a la mesa. Rosemary cogió uno lleno de una especie de puré de tubérculo morado y siguió su ejemplo. Al dejar el cuenco junto a los platos, una extraña lucidez la golpeó: era la primera vez que ponía la mesa.

—Ah, eh, por cierto —dijo Kizzy, acercándose a Ashby dando saltitos—. El filtro de aire está arreglado, pero me daba tanto miedo llegar tarde a cenar, y además me tenía que cambiar, que amontoné todos los cables dentro de la pared para que no se prendan fuego o algo, y prometo que lo dejaré en condiciones en cuanto cenemos, lo prometo de verdad…

—Si quieres, Kiz, puedo ocuparme yo de la limpieza de los cables —dijo Jenks—. Sé que tienes un montón de tareas pendientes antes de mañana.

—Por eso eres el mejor —dijo Kizzy. Se cruzó con la mirada de Rosemary y señaló a Jenks—. ¿A que es el mejor?

—Bien —intervino Doctor Chef, alzando una fuente repleta de bichos humeantes—. El papeo está listo.

Sissix, Kizzy y Jenks se sentaron todos en el mismo lado de la mesa. Como si le hubieran dado pie en ese momento, Corbin entró en la estancia. Se sentó en el lado opuesto. No dijo nada. Los otros, tampoco. Ashby, por lo menos, le dirigió un educado gesto con la cabeza.

El capitán se sentó a la cabeza de la mesa; Doctor Chef lo hizo en la silla opuesta a él. Ashby le hizo un gesto a Rosemary para que se sentara en el sitio vacío a su derecha. Sonrió a todo el mundo y alzó su vaso de agua.

—Por nuestra nueva tripulante —brindó—. Y que mañana tengamos un día laboral sin problemas.

Todos brindaron con los vasos.

—Debería haber servido algo más elegante para beber —murmuró Doctor Chef.

—Todos necesitamos agua, Doc —repuso Ashby—. Además, te has superado con creces. —Hizo un gesto con la cabeza hacia la pila de cuencos con comida.

Rosemary descansó una mano sobre el estómago para amortiguar el rugido.

La tarea de llenarse el plato fue una batalla campal. Cuencos y bandejas pasaban de un lado para otro sin seguir un patrón claro. Cuando todos los cuencos de servir estuvieron en la mesa de nuevo, el plato de Rosemary estaba repleto de ensalada, una montaña de una cosa morada machacada («raíces colmillo», las llamó Doctor Chef), dos panecillos de cereales y uno de los bichos de la costa roja. De las coyunturas de las alargadas extremidades del bicho supuraba mantequilla deshecha salpicada con tiras de hierbas. Rosemary vio que había una pequeña brecha en la cáscara, donde Doctor Chef había puesto condimentos antes de pasarlos por la plancha. El bicho tenía un aspecto horrendo, pero desprendía un

aroma increíble, y Rosemary tenía hambre suficiente para probar cualquier cosa. Tan solo había un problema. No sabía cómo comérselo.

Sissix debió notar su indecisión, ya que la mujer aandrisk cruzó la mirada con ella por encima de la mesa. Alzó despacio el cuchillo y el tenedor con sus manos de cuatro dedos y empezó a retirar el cascarón con habilidad; arrancó primero las patas, y después abrió el vientre por las marcas. Rosemary imitó los movimientos e intentó que su falta de experiencia no resultara demasiado obvia. Apreció la sutileza de Sissix, pero no podía pasar por alto lo irónico que era que una aandrisk le enseñase a comer un plato humano.

Si Rosemary había cometido alguna transgresión al desmontar el bicho, nadie de la tripulación hizo mención alguna. Estaban demasiado ocupados engullendo la comida, cantando alabanzas sobre la cocina de Doctor Chef y riéndose con bromas que Rosemary no entendía. El bochorno ante su desconocimiento de aquella comida desapareció en el instante que dio el primer bocado al bicho; tierno, sabroso, reconfortante. Un pelín como el cangrejo, pero más denso. Los bollos eran abundantes y estaban calientes, la pulpa estaba salada y dulce, la ensalada (recogida del jardín aquel mismo día, según le habían dicho) era crujiente y refrescante. Todos sus temores sobre la comida espacial quedaron erradicados. Se acostumbraría a los bichos y a las verduras hidropónicas. Con facilidad.

Una vez que sofocó el hambre hasta el punto de poder comer a un ritmo menos desesperado, Rosemary vio la silla vacía y el sitio libre que la separaba de Corbin.

—¿Quién se sienta aquí? —preguntó.

—Ah —respondió Doctor Chef—. Una pregunta delicada. Nadie, técnicamente, pero es el sitio de Ohan.

Rosemary memorizó el nombre.

—Claro, Sissix dijo que ela es nocturnea —añadió con un pronombre neutro. Era la única forma de ser educada cuando no había señales claras del género.

Ashby sonrió y negó con la cabeza.

—«Ellos»; Ohan son un par sianat. Macho, pero aun así decimos «ellos».

Rosemary rememoró la esclusa. Lovey no había hablado de un piloto, sino del Piloto. Su mente se aceleró por la emoción. Los sianats eran caldo de cultivo para leyendas urbanas en su hogar; una raza solitaria que podía conceptualizar el espacio multidimensional con tanta facilidad como un humano podía hacer álgebra. Aunque aquella aptitud mental no era innata. La cultura sianat estaba estructurada en torno a un neurovirus que llamaban el Susurrante. Los efectos del Susurrante eran en gran parte desconocidos por el resto de la CG (los sianats prohibieron a otras especies que investigaran sobre ello), pero se sabía que alteraba las funciones cerebrales del huésped. Por lo que Rosemary sabía, todos los sianats se infectaban con el virus durante la niñez, y desde ese momento ya no pensaban en sí mismos como individuos, sino como entidades plurales, un «par». Entonces se los animaba a que salieran a la galaxia para poder compartir los dones del Susurrante con las especies que nunca podrían conocerlo de primera mano (el virus aún no había llegado a saltar a otras especies). La habilidad de los pares sianat para pensar de formas imposibles para otras especies los convirtieron en miembros inestimables de proyectos de investigación, de laboratorios científicos… y de naves tuneladoras. Con todo el jaleo de llegar a la *Peregrina*, no se le había ocurrido pensar en la posibilidad de encontrarse con un par sianat.

—¿No cenan con nosotros? —preguntó, tratando de ocultar las tremendas ganas de conocer a aquella… ¿persona? ¿Gente? Lo del plural le iba a llevar algún tiempo.

Ashby negó con la cabeza.

—Los pares son algo paranoicos con su salud. Tienen miedo de cualquier cosa que pueda afectar de forma inadvertida al Susurrante. Ohan nunca abandonan la nave, y no comen la misma comida que nosotros.

—Y eso que es totalmente higiénica, te lo aseguro —añadió Doctor Chef.

—Por eso me dieron un fogonazo cuando atraqué —dijo Rosemary—. Lovey dijo que tenía algunos contaminantes que alguien de la tripulación no toleraba.

—Ah, sí —dijo Doctor Chef—. Tendremos que actualizar la base de datos de tus inmubots. Nos ocuparemos de ello mañana.

—No es solo un tema de salud —intervino Sissix—. Los pares no socializan demasiado bien, ni siquiera con otros pares. Ohan no salen demasiado de su habitación. Son… Lo verás cuando los conozcas. Van a lo suyo.

—Tú también lo harías si pudieras mapear los túneles en tu cabeza —dijo Jenks.

—Pero, de todos modos, Doctor Chef siempre les pone un sitio —dijo Kizzy con la boca llena, aplastando el bocado contra la mejilla—. Porque es un amor.

—Quiero que sepan que siempre serán bienvenidos —explicó Doctor Chef—. Aunque no puedan comer con nosotros.

—Oooh —dijeron Kizzy y Jenks al unísono.

—Técnicamente, yo tampoco ceno —señaló Sissix. Rosemary ya se había dado cuenta de que aunque había cogido un poquito de todo, sus porciones eran diminutas—. Mordisqueo comida durante todo el día. Uno de los beneficios de no ser capaz de mantenerme caliente es no tener la necesidad de comer tanto. —Sonrió—. Pero me gusta sentarme con todos por la noche. Es una de mis costumbres humanas preferidas.

—Estoy completamente de acuerdo —dijo Doctor Chef, cogiendo otro bicho de la costa roja—. Sobre todo porque solo como una vez al día. —Dejó el bicho en la cima de un montón de cascarones vacíos en precario equilibrio. Rosemary contó seis.

—Entonces, ¿qué comen los pares sianat? —preguntó Rosemary.

Un temblor violento cruzó las mejillas de Doctor Chef. Incluso sin estar familiarizada con su anatomía, Rosemary tuvo la sensación de que era una expresión de rechazo.

—Esa horrible pasta de nutrientes. Nada más; tan solo tubos y más tubos de esa cosa, que les envían desde el planeta hogar de los sianat.

—Oye, nunca se sabe —exclamó Jenks—. Podrían estar bastante ricos.

—Nop —dijo Kizzy—. Ni con tu estómago. Una vez me pillé un tubo para investigar.

—Kizzy —exclamó Ashby.

Kizzy lo ignoró.

—Imagina algo con la consistencia de la mantequilla de nueces seca y fría, pero sin sabor. Ni sal ni nada. Traté de untarlo en una tostada, pero fue desperdiciar una buena tostada.

Ashby suspiró.

—Y esto, la mujer que se cabrea si alguien se atreve a mirar siquiera una bolsa de su langostino de fuego.

—Cuidadito —dijo Kizzy, señalándolo con el tenedor—. El langostino de fuego es una exquisitez poco común, ¿de acuerdo?

—Son un tentempié barato —dijo Sissix.

—Un tentempié barato que solo se puede conseguir en mi colonia, lo que lo convierte en una exquisitez poco común. Hay cajas y cajas de los tubos de la pasta de Ohan en el muelle de carga. Sabía que ni siquiera se darían cuenta si me quedaba uno. Oferta y demanda.

—Oferta y demanda no quiere decir eso —dijo Jenks.

—Claro que sí.

—«Oferta y demanda» no significa «por favor, roba sin remordimientos esta cosa porque hay más que de sobra».

—¿Te refieres a esto?

Lanzó una mano hacia delante y le robó un bollo del plato. Se lo embutió entero en la boca, empujando con los dedos, y empezó a coger más de la cesta del pan.

Ashby se dirigió a Rosemary sin prestar atención a la guerra por el botín horneado.

—Bueno, Rosemary, hablemos de ti. ¿Tienes familia en Marte?

Rosemary bebió con calma un sorbo de agua. La pregunta le aceleró un poco el pulso, pero no pasaba nada. Lo había ensayado.

—Sí. Mi padre trabaja en importaciones extraplanetarias; mi madre tiene una galería de arte. —Era cierto, tan solo omitía algunos detalles clave—. También tengo una hermana mayor, pero vive en Hagarem. —Cierto—. Trabaja para la CG. Departamento de distribución de recursos. Nada sofisticado, tan solo ocuparse del papeleo. —Cierto—. Aunque no tenemos mucho trato. —Desde luego, cierto.

—¿Dónde creciste?

—En Florencia. —Cierto.

Jenks desvió su atención de la pelea con Kizzy por los bollos. Soltó un silbido.

—Es una zona de primera categoría —dijo—. Tu familia debe de tener pasta.

—La verdad es que no. —Mentira—. Tan solo está cerca del trabajo de mi padre. —Cierto. Más o menos.

—Yo estuve en Florencia una vez —intervino Kizzy—. Cuando tenía doce años. Mis padres ahorraron muchísimo para que pudiéramos ir para el Día del Recuerdo. Estrellas, nunca me olvidaré cuando todo el mundo soltó las linternas flotantes en aquel enorme lugar abierto. —Rosemary sabía a qué se refería. La plaza del Nuevo Mundo, el lugar central de encuentro de la capital. Una amplia plaza de piedra vigilada por una estatua de la epónima de la ciudad, Marcella Florencia, la primera humana que puso el pie en Marte—. Todas esas luces diminutas subían como naves minúsculas. Creí que era lo más hermoso que había visto nunca.

—Yo estuve allí —dijo Rosemary.

—¡No fastidies!

—No creo que nadie se perdiera el Festival de Todas las Historias —se rio. De hecho, su padre había sido el mayor promotor del evento, pero presintió que sería mejor omitir esa parte. El Día del Recuerdo era una festividad humana que conmemoraba el día en que la última nave nodriza partió de la Tierra; el día en que los

últimos humanos abandonaron su inhóspito planeta. La festividad se originó como una costumbre exodana, pero el Día del Recuerdo ganó popularidad tanto en la República Solar como en las colonias extrasolares. El Festival de Todas las Historias marcó el bicentenario del Día del Recuerdo, y la festividad se organizó como un trabajo colectivo de los funcionarios solanos y exodanos. Casi toda la Diáspora se volcó en él, hasta el último operario y el último burócrata. El Festival estaba pensado como un gesto de amistad y unión de una especie fracturada; un reconocimiento de que, a pesar de las dificultades pasadas, podían trabajar juntos hacia un brillante futuro galáctico. No es que al final saliera nada de ello. La Diáspora todavía era inefectiva en el Parlamento de la CG. Los harmagianos tenían dinero. Los aeluones tenían potencia de fuego. Los aandrisk tenían diplomacia. Los humanos tenían discusiones. Ningún festival, sin importar lo espléndido que fuera, iba a cambiar eso. Pero al menos fue una buena fiesta.

Kizzy le sonrió a Rosemary.

—Quizá vimos nuestras linternas. ¡Oh! ¿Probaste los helados? Los de leche real, en uno de esos cuencos de gofre, cubiertos con salsa de moras y virutas de chocolate.

—Uy, parece dulce —dijo Doctor Chef.

—Si no recuerdo mal, me comí dos de esos —contestó Rosemary. Sonrió, con la esperanza de que la sonrisa ocultara el nudo de nostalgia que le inundaba el pecho. Había trabajado muy duro para alejarse, había pasado por muchos aros, había aguantado muchas noches sin dormir, aterrada de que la atrapara, y aun así… Aun así había bichos en su plato, redes artigravitatorias bajo sus pies y una mesa rodeada de extraños que no podían saber lo que había dejado atrás. Estaba fuera, en el espacio, lejos de todo y de cualquier cosa que le era familiar.

—Hablando de cosas dulces —dijo Doctor Chef, dejando su tenedor con rotundidad—. ¿Quién quiere postre?

Aunque tenía la tripa tan llena que parecía a punto de estallar, Rosemary no tuvo problema en hacer espacio para tres de lo que

Doctor Chef llamó «pastelitos de primavera»; suaves, gomosos, con reminiscencias a almendra, espolvoreados con una especia picante que no pudo identificar. No eran como el helado de salsa de moras de Día del Recuerdo, pero, en fin, nada lo sería nunca.

Tras ayudar a recoger la mesa, Ashby se acomodó en uno de los bancos resguardados del jardín. Sacó su escrib y le dio un mordisco al último pastelito de primavera. Privilegios del capitán.

Hizo un gesto hacia la escrib, direccionándola hacia uno de los canales de trabajo de la Cámara de Transporte. «Estableciendo conexión», se leía en la pantalla. «Verificando acceso». Mientras el icono de progreso parpadeaba, Ashby miró de nuevo hacia la cocina. Doctor Chef estaba tras la encimera y le mostraba a Rosemary cómo poner los platos sucios en el lavavajillas. Ella parecía atenta, pero algo perdida. Ashby sonrió para sus adentros. Los primeros días siempre eran duros.

Sissix se acercó con una taza de té en la mano.

—¿Y bien? —preguntó en voz baja, haciendo un gesto con la cabeza hacia la cocina.

Ashby asintió y le hizo sitio en el banco.

—Por ahora, bien —respondió con un susurro—. Parece bastante amigable.

—Tengo un buen presentimiento con ella —dijo Sissix al sentarse.

—¿Ah sí?

—Sí. Quiero decir, es un poco… A ver, estrellas, no existe la palabra adecuada en klip. *Issik*. ¿La conoces?

Ashby negó con la cabeza. Podía pillar algo de reskitkish si lo hablaban despacio, pero su vocabulario no era muy amplio.

—Literalmente quiere decir «huevo blando». Como la piel de las crías cuando acaban de salir del cascarón.

—Ah, vale. Entonces… ¿inexperta?

Ella meció la cabeza, pensativa.

—Sí, pero no del todo. Implica que te endurecerás con el tiempo.

El asintió, observando sus duras escamas.

—Estoy segura de que lo hará.

—Bueno, ahí está el tema con ser *issik*. Si tu piel no se endurece… —Dejó que la lengua le cayera fuera de la boca e hizo un sonido como si se ahogara. Se rio.

Ashby le dedicó una sonrisa burlona.

—Estás hablando de bebés.

Sissix suspiró.

—Mamíferos —dijo con exasperación afectuosa. Apoyó la cabeza en el hombro de Ashby y le puso la mano en la rodilla. Si el gesto proviniera de un humano, hubiera sido íntimo, pero él estaba acostumbrado a ello con Sissix. Esta era su versión de un trato informal—. ¿Todavía tratas de conseguirnos otro encargo? —preguntó, señalando el escrib con la cabeza. El canal se había conectado, y mostraba una pulcra tabla de ofertas de contrato.

—Solo echo un vistazo a lo que hay por ahí.

—No conseguirás mucho con este canal.

—¿Por qué?

—Porque esto son bolos de clase alta. —Había una nota de diversión en su voz—. Estás cansado.

—No —respondió—. Tan solo estoy… mirando. —Habría dejado la explicación ahí, pero podía sentir cómo lo observaba, a la espera de más. Exhaló—. Uno solo de estos paga más que nuestros últimos tres encargos combinados.

—Las grandes naves consiguen mucha pasta. Siempre ha sido así.

—No se necesita una nave grande. Tan solo una bien equipada. —Ashby pasó la mirada por el jardín. Contenedores reciclados, una ventana escamoteada, maceteros usados—. Con las actualizaciones adecuadas, podríamos empezar a solicitar estos trabajos.

Sissix empezó a reírse entre dientes, pero paró cuando vio la cara de Ashby.

—¿Lo dices en serio?

—No lo sé —respondió Ashby—. Me pregunto si me he acomodado tanto con este tipo de encargos que ya no me paro a

considerar hacer algo más. Y podríamos, en teoría. Somos capaces de ello. Somos lo bastante buenos.

—Lo somos —afirmó Sissix en voz baja—. Pero no estamos hablando de nuevas placas base. Necesitaríamos un nuevo taladro, y eso te costaría unas ganancias estándar completas. Me gustaría conseguir un nuevo panel de navegación, porque el que tenemos ahora es bastante problemático tal como está. Necesitaríamos una mayor cantidad de ambi, más estabilizadores, más boyas… Lo siento. No quiero pisotear tus ensoñaciones. —Le dio un arañazo amistoso en la rodilla con las garras—. De acuerdo, digamos que has ahorrado lo suficiente, y lo tenemos todo bien atado, y que podemos empezar a aceptar encargos de mayor nivel. ¿Qué harías entonces?

—¿A qué te refieres?

—Quiero decir que por qué lo quieres, además de lo que sea que Yoshi haya dicho que tanto te altera.

Ashby alzó las cejas y sonrió.

—¿Cómo lo has adivinado?

Ella soltó una carcajada.

—Una suposición.

Ashby se rascó la barba, pensativo. ¿Para qué lo quería? Cuando abandonó su hogar por primera vez, tantos años atrás, a veces se preguntaba si volvería de nuevo a la Flota para educar a críos, o si se asentaría en alguna colonia. Pero era un espacial de la cabeza a los pies, y tenía el gusanillo de ir a la deriva. Según pasaban los años, el pensamiento de sentar cabeza con una familia menguó. Siempre había creído que la finalidad de una familia era disfrutar de la experiencia de traer algo nuevo al universo, pasar los conocimientos y ver que parte de uno mismo seguía viviendo. Había llegado a darse cuenta de que su vida en el espacio llenaba esa necesidad. Tenía una tripulación que confiaba en él, y una nave que seguía creciendo, y túneles que durarían generaciones. Para él, aquello era suficiente.

Pero ¿era suficiente como estaba ahora? Estaba satisfecho, desde luego, pero podía hacer más. Podía construir cosas mayores para un

mayor número de personas. Podía conseguirle a su tripulación unos beneficios más grandes, algo que había querido hacer desde hacía tiempo y que se merecían de verdad. No compartía la arrogancia de Yoshi, pero no podía negar que la idea de ser un capitán humano haciendo el trabajo que por tradición se dejaba para las especies fundadoras le generaba una chispa de orgullo. Podía…

—Por cierto, no es por cambiar de tema, pero quería decirte algo —dijo—. Tessa me ha enviado hoy un paquete de vídeo. Ky ha empezado a andar.

—Vaya, genial —exclamó Sissix—. Felicítala de mi parte. —Hizo una pausa—. Vale, para serte sincera, siempre me olvido de que aprender a andar os cuenta tantísimo. Siempre que pienso en tu sobrino lo imagino corriendo de aquí para allá.

Ashby rio.

—Pronto lo hará. —Así sería, persiguiendo a su hermana mayor, con moratones en las rodillas, alguna que otra fractura ósea, mientras quema una cantidad de calorías siempre creciente. Tessa protestaba cada vez que Ashby le enviaba créditos, pero tampoco se había negado con rotundidad. Ni lo había hecho su padre, que tenía problemas con la vista a pesar de las operaciones recurrentes. Lo que necesitaba era un implante óptico, de mismo modo que Tessa necesitaba comida para sus hijos más sana que la que un trabajo en una plataforma de carga de la Flota, podía proveer.

Ashby podía hacer más.

Día 130, CG Estándar 306

DETALLES TÉCNICOS

Jenks oyó el sonido de los estimuladores de ruido mientras deambulaba por los pasillos de la sala de máquinas. Las notas percutantes resonaban a través de las tuberías repletas de fluido instaladas por el techo. Siguió el sonido de las baterías, las flautas, las cuerdas chirriantes, los gemidos de varios harmagianos… y el de una humana que desafinaba con descaro y que no formaba parte de la grabación.

Accedió a una amplia sala. Era la guarida de Kizzy, un espacio bien iluminado repleto de bancos de trabajo con montones de piezas de recambio, contenedores con etiquetas escritas a mano y juguetes olvidados. Una caja de herramientas montaba guardia en una de las entradas, repleta de todo tipo de instrumentos imaginables. Dos sillones verdes, con la tela pelada cubierta de parches, estaban dispuestos de forma estratégica junto a las cálidas tuberías que bombeaban el combustible usado hacia los tanques de procesamiento. Entre las sillas había una destilería mek, conectada chapuceramente a uno de los cables de alimentación del motor. Necesitaba una buena limpieza.

La técnica mecánica estaba en lo alto de una escalera de trabajo, con la cabeza y las manos metidas dentro de un panel abierto del techo. Movía las caderas al ritmo de la música mientras trabajaba.

—¡Puñetazo en la cara! ¡A los monos también les gusta!

—Oye, Kizzy —llamó Jenks.

—¡Me comí una ar-mónica! ¡Estos calcetines… pegan con… mi gorro!

—Kizzy.

Una herramienta golpeteó contra el suelo. Las manos de Kizzy se cerraron en puños cuando la música subió hasta un crescendo atronador. Bailó sobre la temblorosa escalera, con la cabeza todavía metida en el techo.

—¡Calcetines! ¡Pegan con… mi gorro! ¡Calcetines! ¡Pegan con… mi gorro! ¡Pisa… una… tostada… dulce! ¡Calcetines! ¡Pegan con… mi gorro!

—¡Kizzy!

Kizzy sacó la cabeza del panel. Pulsó el mando que llevaba enganchado a la cintura para bajar el volumen del altavoz.

—¿Qué passsa?

Jenks arqueó una ceja.

—¿Tienes la más mínima idea de qué estás cantando?

Kizzy parpadeó.

—«Calcetines pegan con mi gorro». Eso es *socks match my hat*, ¿no? —contestó. Volvió de nuevo su atención al techo y se puso a tensar algo con las manos enguantadas.

—*Soskh Matsh Mae'ha*. Está prohibida en el protectorado harmagiano.

—No estamos en el protectorado harmagiano.

—¿Sabes de qué trata esta canción?

—Sabes que no hablo hanto.

—Va de follarse a la familia real harmagiana. Con todos los detalles.

—¡Ja! Toma ya, ahora me gusta muchísimo más.

—Se le atribuye haber provocado los disturbios del año pasado en Sosh'ka.

—Huh. Bueno, si esta banda odia tanto el orden establecido, dudo que les preocupe que me invente las palabras. No pueden oprimirme con sus «letras correctas». Que le den por culo al sistema. —Gruñó mientras se peleaba con una válvula atascada—. ¿Y qué te cuentas?

—Necesito el acoplador de circuitos axiales y no tengo ni idea de dónde lo has metido.

—En el lado izquierdo del banco de herramientas.

Jenks miro de lado a lado.

—¿Mi izquierda o tu izquierda?

—La mía. No. Espera. La tuya.

Jenks se acercó al banco, arrastró un contenedor vacío, se subió a él y echó un vistazo. Los montones de trastos que cubrían el banco se habían mezclado y habían creado una nebulosa omnipila. Rebuscó en ella. Un fardo de calibradores triples de combustible. Una bolsa de langostinos de fuego a medio comer («¡Devastadoramente picantes!» anunciaba la etiqueta). Un surtido de tazas sucias. Varios juegos de diagramas con notas y garabatos añadidos. Una caja sin abrir de… Jenks paró y levantó la cabeza hacia Kizzy.

—Por curiosidad —preguntó—. ¿Qué estás haciendo?

Kizzy le mostró las palmas de las manos. Los guantes de trabajo estaban cubiertos con un denso limo verde.

—La trampilla de la basura está atascada.

Jenks volvió a mirar la caja del banco.

—Podrías hacerlo en tres tics si usaras reparabots.

—No tengo bots.

—Ya veo… Entonces, ¿qué es esta caja de bots que tengo justo delante?

La cabeza de Kizzy reapareció. Echó un vistazo al banco.

—Ah, esos bots. —Volvió a desaparecer en el techo.

Jenks pasó un dedo por la caja. Estaba cubierta de polvo.

—No los habías abierto antes. —El logo de la empresa le llamó la atención—. Hostia puta, Kiz, son bots Tarcska. ¿Te das cuenta de que son de primerísima gama?

—Los bots son aburridos —respondió ella.

—Aburridos.

—Mhm.

Jenks sacudió la cabeza.

—Hubo un tiempo en que la raza humana habría matado, literalmente, por el poder computacional almacenado en estos

bichines, y tú los dejas aquí enterrados bajo chucherías caducadas. ¿Por qué los tienes, siquiera?

Un pegote de porquería verduzca rebosó por el borde de panel del techo y salpicó el suelo.

—Si en algún momento nos encontramos en una situación tan jodida que no puedas echarme una mano y Lovey no pueda apagar los sistemas, entonces los necesitaré. Por suerte, eso nunca ha ocurrido. —Cogió otra herramienta del cinturón y se estiró de puntillas. Algo metálico gimió en protesta. —Me cago en…; funciona de una vez, asco de…

Jenks puso a un lado una lata de pegamento vacía y encontró el acoplador. Se lo enganchó en el cinturón de herramientas.

—Por cierto, el filtro de aire está arreglado. Voy a ver cómo le va a Lovey. ¿Quieres fumar antes de ir a la cama?

Hubo una respuesta incomprensible entre los golpes y las maldiciones y la porquería que goteaba. Jenks se rio y se marchó de la habitación. Kizzy se quedó en el techo, sucia y profana. Él sabía que se lo estaba pasando genial.

Había otras Lovelaces ahí fuera, por supuesto. La plataforma del núcleo de su software podía comprarse a través de cualquier distribuidor de IA. Era muy probable que hubiera docenas de versiones de ella viajando por la galaxia; quizá cientos, a saber. Pero no eran Ella. La Lovey que Jenks conocía había adquirido en la *Peregrina* su carácter único. Su personalidad se había moldeado con cada experiencia que había tenido con la tripulación, con cada lugar que habían visitado, con cada conversación que habían compartido. Y Jenks pensó que, para ser sinceros, ¿acaso no se podía decir lo mismo de las personas orgánicas? ¿No nacían todos ejecutando la Plataforma de Inicio Básica Humana, la cual se modelaba y cambiaba según crecían? Para Jenks, la única diferencia real en el desarrollo cognitivo entre los humanos y las IA era la velocidad. Él había tenido que aprender a caminar, a hablar, a comer y todo tipo

de tareas básicas antes de empezar a tener sentido de la identidad. Lovey no había tenido que preocuparse de aquello. No había tenido la necesidad de malgastar años aprendiendo a monitorizar sistemas o a apagar circuitos. Había empezado la vida con toda la madurez y conocimientos que necesitaba para cumplir con su trabajo con eficacia. Pero en los tres estándares transcurridos desde que la instalaron se había convertido en mucho más que una simple IA de una nave. Se había convertido en alguien maravilloso.

—Hola, tú —dijo Lovey cuando Jenks entro en la cámara de la IA.

—Hola, tú también —contestó Jenks, inclinándose para desatarse las botas. Se las quitó y se puso un par de sandalias que nunca habían salido de aquella sala. Le parecía que caminar por allí con calzado sucio y mugriento era bastante maleducado. Las paredes estaban cubiertas con paneles de circuitos, cada uno un componente vital de la infraestructura de Lovey; a efectos prácticos, su cerebro. En el centro de la sala estaba su núcleo central, que descansaba en un pedestal dentro de un pozo a temperatura regulada. Jenks pasaba mucho tiempo en el pozo, aunque su trabajo no lo requiriera, y entrar con las botas le parecía como besar a alguien por la mañana sin haberse lavado los dientes.

—¿Has tenido un buen día? —preguntó ella.

Él sonrió.

—Ya sabes cómo ha sido mi día. —Lovey tenía cámaras y sensores por toda la nave. Mantenía una mirada protectora en ellos a todas horas. Era reconfortante saber que un accidente o una lesión no pasarían inadvertidas, incluso en el rincón más recóndito. Lovey siempre estaba allí para pedirle ayuda. Pero era el tipo de detalle que hacía que un hombre se contuviese de rascarse las pelotas o meterse el dedo en la nariz. Tener una IA rondando obligaba a comportarse.

—Aun así, me gusta que me lo cuentes.

—Está bien. Ha sido un buen día. Creo que estamos listos para la perforación de mañana. Todo funciona correctamente, según mis estimaciones.

—¿Qué opinas de Rosemary?

—Parece simpática. Es difícil decirlo. Es un poco callada, y aún estaba bastante embotada para soltarse. Nos hará falta a todos algo de tiempo para conocerla.

—Me sentí fatal al tener que darle un fogonazo cuando subió a bordo. Parecía molesta después. No es muy amable hacerle algo así a alguien que acabas de conocer.

—Estoy seguro de que comprendió que solo estabas haciendo tu trabajo. —Jenks caminó a lo largo de los paneles murales, atento a las lucecitas rojas que indicaban problemas. Lovey no le había alertado de ninguno, pero si algo iba realmente mal, quizá ella no estuviera en condiciones de decírselo. Hacía la ronda dos veces al día, por si acaso.

—¿Crees que es guapa?

Jenks alzó una ceja hacia la cámara más cercana, y luego volvió la mirada a uno de los circuitos analíticos de Lovey. El filamento era antiguo; necesitaría un repuesto en diez o veinte días.

—Claro, supongo. No en plan para caerse de culo de guapa, pero si yo fuera una señorita, estaría satisfecho con esa apariencia. —Subió a una banqueta de trabajo y examinó la hilera de circuitos superiores—. ¿Por qué lo preguntas?

—Parecía el tipo que tú considerarías guapa.

—¿Y eso?

—¿Te acuerdas de aquel sim de aventuras que jugaste hace dos años? ¿*Cae el sol negro*?

—Claro que me acuerdo. Gran sim. Algunos arqueólogos dijeron que no podían discernir la diferencia entre las ruinas arkánicas en el sim y las de verdad.

—¿Recuerdas la pretendiente amorosa que escogiste?

—Cómo se llamaba… Mia. Sí, un personaje bien construido. Me gustaba muchísimo su arco argumental.

—Ajá. Cuando Rosemary subió a bordo de la nave se me ocurrió que tiene una bonita sonrisa y el pelo rizado corto, igual que Mia. Así que pensé que quizá sería tu tipo.

Jenks rio entre dientes.

—Es un argumento razonable. No sabía que llevabas la cuenta de estas cosas.

—Me gusta saber lo que te gusta.

—Me gustas tú. —Jenks bajó del banco, dejó el acoplador y se dirigió al pozo. La inspección podía esperar. Cogió el jersey grueso que estaba doblado en el borde del pozo, justo donde lo dejó el día anterior, y se lo puso. Se sumergió en la zona de temperatura regulada, un contraste frío contra la cálida luz amarillenta que palpitaba desde el núcleo de Lovey—. Si la considerara guapa, ¿te molestaría?

Lovey se echó a reír.

—No. Los celos son estúpidos.

—Que sean estúpidos no quiere decir que no puedas sentirlos.

—Cierto, pero ¿de qué me serviría tener celos de alguien que tiene cara? O pechos, o caderas, o lo que sea. Estás diseñado para sentirte atraído por cuerpos, Jenks. Disfrútalos. —Hizo una pausa—. Si fuera legal que yo encarnara un cuerpo, ¿qué tipo te gustaría que tuviera?

—Uf, vaya pregunta —respondió Jenks—. Lo cierto es que no he pensado en ello.

—Mentiroso.

Jenks se sentó y se recostó en la pared. Podía sentir la leve vibración del sistema de refrigeración de Lovey zumbando contra su cuero cabelludo. Por supuesto que había pensado sobre ella en un cuerpo. Muchas, muchas veces.

—¿Qué tipo de cuerpo querrías tener? —replicó Jenks—. Me parece una pregunta más justa.

—No estoy segura. Por eso le prestaba atención a lo que tú prestabas atención. No sé lo que es estar en cualquier otra forma aparte de la que soy, por lo que es difícil para mí poner en palabras mis deseos sobre este tema. Tampoco es que me pase todo el día anhelando tener piernas.

—Díselo a los de la AID. —Los Amigos de las Inteligencias Digitales eran una de esas organizaciones que tenían buenas intenciones pero la cabeza bien metida en el culo. En principio, Jenks creía en muchas de las mismas cosas que ellos; por ejemplo que las IA eran individuos sapientes que merecían los mismos derechos legales que cualquier otro. Pero la AID lo estaba haciendo todo mal. Para empezar, no tenían demasiados tecs entre sus filas. Ignoraban la ciencia real en la que se fundamentaba la cognición artificial y se creían un puñado de sinsentidos difusos, hasta el punto de considerar las IA como almas orgánicas atrapadas en cajas de metal. Las IA no eran así. Comparar una IA con un sapiente orgánico era como comprar a un humano y a un harmagiano. Era cierto que había similitudes, y se merecían el mismo respeto, pero por dentro funcionaban de una manera que era esencialmente diferente. Jenks estaba totalmente a favor de reconocer debidamente los derechos de las IA, pero la incapacidad de la AID para hablar sobre las mentes digitales con un mínimo de exactitud era más un obstáculo que una ayuda. Actuar llenos de indignación moral mientras largaban información incorrecta podía ser un modo estupendo de ganar un debate, pero también una buena forma de cabrear a la gente.

—Eso es exactamente lo que quiero decir —dijo Lovey—. Actúan como si todas las IA quisiéramos un cuerpo. Desde luego, creo que yo sí lo quiero, pero eso no significa que el resto piense igual. La idea de que vuestra flácida existencia física es una especie de pináculo al cual todos los programas aspiramos es un sesgo orgánico increíble. Sin ánimo de ofender.

—No te preocupes. —Jenks recapacitó durante un instante—. Es algo hipócrita, ¿verdad? Asumimos que los cuerpos orgánicos son geniales, todos deben querer tener uno, y entonces nos metemos altergenes para parecer más jóvenes o más delgados o lo que sea.

—Tú mismo tienes algunas modificaciones. No son alteraciones, pero aun así. ¿Crees que es diferente de alguien que quiere parecer

unos años más joven? ¿No son todos los cambios corporales actos vanidosos?

—Hum —repuso Jenks. Sentía el peso de las dilataciones en sus orejas. Rememoró el fino picotazo de la aguja que inyectaba tinta en su piel—. Buena pregunta. —Se dio golpecitos en los labios con los dedos—. No lo sé. Sabes que me repugnan las alteraciones, así que supongo que mi opinión no es del todo objetiva. Pero creo que algo como una alteración contra la edad proviene de una falta de autoestima, porque sientes que no eres lo bastante bueno tal como eres. Todo lo que le he hecho a mi cuerpo ha sido por amor. En serio. Me tatué para recordarme todo tipo de lugares y vivencias, pero al fin y al cabo, todo lo que he hecho ha sido mi manera de decir «este es mi cuerpo». Que no quiero el cuerpo que todos me dicen que debo tener. Doctor Chef es el único doctor que he tenido que jamás me ha dicho que mi vida sería más llevadera si me pusiera un par de alteraciones. Ya sabes, para poder tener una altura normal. Y una mierda. Si voy a meterle cambios a mi cuerpo, van a ser cambios que hayan sido idea mía.

—Creo que siento lo mismo —exclamó Lovey—. Aunque es irrelevante para mí. Cualquier charla sobre cuerpos es hipotética por completo en lo que a mí respecta, a menos que cambien algunas leyes.

—¿De verdad quieres tener un cuerpo? —Dudó, sintiéndose incómodo por lo que quería preguntar a continuación—. No es solo por mí, ¿no?

—No. Suelo darle vueltas al tema, pero creo que los pros sobrepasan a los contras.

—Está bien —respondió Jenks; cruzó las manos sobre el estómago—. Primero los contras.

—Contras. Poder estar únicamente en una estancia a la vez. Ser incapaz de ver dentro de la nave y fuera de ella de forma simultánea. Necesidad física de conectar la cabeza al Enlace cada vez que quiera buscar algo. O, bueno, podría usar un escrib, supongo, pero parece algo taaan lento.

—Eso siempre me ha dado envidia —dijo Jenks. Para Lovey, comprobar una referencia o leer un canal era tan simple como activar la parte de su procesador cognitivo con acceso al Enlace. Él siempre lo había imaginado como tener una biblioteca descargable en la cabeza, repleta de libros que se podían leer en cosa de segundos.

—La verdad es que creo que la mayoría de mis contras surgen de mi preocupación por las percepciones y la consciencia espacial. Por eso creo que los pros pesan más. Son más variados. Podría acostumbrarme a tener solo un par de ojos, creo. Podría ser más relajado. O aburrido. No estoy segura.

—Quizá un poco las dos cosas. Vamos con los pros.

—Abandonar la nave. Ese es uno importante. No siento que me esté perdiendo nada tal como estoy, pero todos parece que os lo pasáis genial cuando saltáis a un orbitador o bajáis a la superficie de un planeta.

—¿Qué más?

—Cenar con la tripulación. Conversaciones cara a cara. Ver el cielo desde la superficie de un planeta. —Hizo una pausa—. Tener la capacidad de ser una compañera real para ti. Ya sabes, con todos los detalles.

Incluso sentado, Jenks sintió que las rodillas se le aflojaban.

Lovey suspiró.

—Es una línea de pensamiento frívola, tal como están las cosas. Pero incluso así, no has respondido mi pregunta.

—¿Qué pregunta?

—¿Qué tipo de cuerpo te gustaría que tuviera? O, quizá, una mejor forma de preguntarlo sería: ¿qué consideras atractivo?

—Eso es… No estoy seguro de poderlo resumir con facilidad. Depende muchísimo de la persona.

—Mmm. De acuerdo; ¿cómo eran las chicas con las que has acostado antes?

Jenks soltó una profunda carcajada.

—¿Estás elaborando una base de datos?

Ella permaneció en silencio un instante.

—Puede.

Jenks le dedicó una sonrisa de ternura.

—Lovey, si fueras capaz de tener cuerpo, debería ser como tú quieras que sea. —Se relajó contra la pared y pasó los dedos por encima de un puñado de cables—. Me parecerías atractiva con cualquier envoltorio.

—Estrellas, qué malo eres. —Lovey se rio—. Pero por eso te amo.

Fuente de datos: El Hilo - La fuente oficial de noticias de la Flota Éxodo (Público/Klip)

Nombre de la sección/fecha: Resumen de noticias de la noche - Galáctico - 130/306

Encriptación: 0

Traducción: 0

Transcripción: [vid:texto]

Nodo de identificación: 7182-312-95, Ashby Santoso

Saludos, y bienvenidos a las noticias de última hora. Soy Quinn Stephens. Empezamos el resumen de los titulares de esta noche con noticias de la Flota.

Ayer marcó el cuarto aniversario del desastre de la Oxomoco. En toda la Flota se realizaron actos de homenaje en conmemoración de las muertes de los 43.756 exodanos que perdieron la vida en un accidente de transporte, debido a mamparos debilitados en la Oxomoco, que llevaron a una rápida descompresión de varias cubiertas de alojamiento. Ayer, todas las naves principales de la Flota apagaron las luces durante dos minutos a las catorce-dieciséis, la hora de accidente. El desastre también se conmemoró en Marte este año, donde se inauguró un monumento en el Jardín Botánico Samurakami. El presidente marciano Kevin Liu estuvo presente en la ceremonia, y dedicó el monumento a «las familias a bordo de la Oxomoco y a todos nuestros valerosos hermanos y hermanas en la Flota». El almirante de la Flota Ranya May agradeció al gobierno marciano el gesto, declarando: «Nuestras dos sociedades ya no le dan la espalda a las tragedias que acontecen al otro. Este es un testimonio de lo lejos que hemos llegado en nuestro esfuerzo por disminuir la brecha entre nosotros».

Otra noticia de la Flota es que la amenaza Marabunta a bordo de la *Newet* ha sido erradicada. El último paciente salió de la cuarentena y ha obtenido un certificado sanitario positivo. La oficina de salud de la Flota está segura de que no queda ni rastro del virus a bordo
de las naves de la Flota. Una declaración de esta mañana recuerda a todos los

residentes y huéspedes de la Flota que programen actualizaciones regulares de inmubots con sus proveedores de servicios sanitarios y que no se arriesguen con clínicas de implantes tecnológicos sin licencia. Se cree que el virus Marabunta fue transportado a bordo de la *Newet* por un individuo que visitó recientemente una clínica de implantes marginal en una colonia. Como respuesta al brote, la oficina de salud está trabajando para actualizar los escáneres del muelle de aterrizaje de toda la Flota para detectar con más eficacia a individuos que cargan bots robados.

Dentro de diez días es el trigésimo primer Festival Anual del Bicho Frito a bordo de la *Dou Mu*. La oficina de transporte anticipa grandes aglomeraciones de tráfico de lanzaderas y retrasos en los muelles de aterrizaje durante todo el festival. Se aconseja a todas las personas que viajan entre naves que hagan sus planes teniendo esto en cuenta, incluso si no tienen intención de asistir al festival.

En las noticias de la República Solar, el antiguo director ejecutivo de Combustibles Phobos, Quentin Harris Tercero, ha sido acusado oficialmente de los cargos de tráfico de armas, conspiración, y crímenes contra los sapientes. Harris ha sido presuntamente un elemento clave en una red de tráfico de armas que distribuía armas ilegales, incluyendo armas genéticas, a varios clanes toremi, los cuales están en la actualidad enzarzados en una guerra civil. Harris fue detenido esta mañana estándar después de que un paquete de datos con pruebas que documentaban su implicación en la red de tráfico fuera subido a varios canales del Enlace. Harris afirma que las pruebas han sido falsificadas por rivales de negocios y se ha declarado inocente.

En las noticias de las colonias independientes humanas, la construcción de una depuradora de agua en Seed se detuvo hace unos diez días tras descubrir la presencia de extensas ruinas arkánicas por toda la región de las Montañas Refugio. Aunque la comunidad académica de la CG da la bienvenida al descubrimiento por su importancia histórica, el hallazgo ha causado problemas a la municipalidad de Seed, ya que han estado sufriendo cortes de agua crónicos. La Universidad Alexandria y el Instituto Hashkath de Migración Estelar han reunido a un equipo colectivo de inspección arqueológica para estudiar el lugar. El gobierno municipal de Seed ha enviado una petición oficial de ayuda a la Diáspora, con la esperanza de recibir financiación para comprar reclamadores de agua portátiles como medida temporal.

En las noticias galácticas, la guerra fronteriza de Hok Pres continúa intensificándose mientras las tropas aeluonas entran en su tercer año estándar de conflicto armado con la Sinergia Rosk. Las muertes de veintiséis civiles de la CG en Kaelo se anunciaron esta mañana, tras un bombardeo a Rosk. Aunque el gobierno aeluón ha revelado pocos detalles sobre sus avances militares, los informes sobre el terreno indican que hay un incremento de tropas aeluonas en despliegue por la región de Kaelo.

Esto concluye el resumen de noticias de la tarde. El próximo resumen de noticias de la mañana estará listo a las diez horas. Para obtener información más detallada sobre estas historias, tanto en vídeo como en texto, conecten con el canal del Hilo a través de escrib o parche neuronal. Gracias, y vuelen con precaución.

Día 131, CG Estándar 306

PERFORACIÓN A CIEGAS

El desayuno estaba dispuesto en la encimera de la cocina cuando Rosemary volvió a la Pecera por la mañana. Dos grandes cuencos de fruta (almacenada en estasis, a juzgar por la pálida piel), una cesta de bollos inusuales y una gran cacerola repleta de una especie de gachas marrón oscuro. Doctor Chef se alzó tras la encimera mientras cortaba verduras con dos manopiés y secaba la cubertería con otro par. Se le hincharon las mejillas cuando ella se acercó.

—¡Buenos días! —saludó—. ¿Qué tal has dormido?

—Bien —respondió Rosemary mientras se sentaba en un taburete—. Me desperté algo confusa un par de veces.

Doctor Chef asintió.

—Nunca es fácil dormir en un sitio nuevo. Tienes suerte de tener una cama de estilo humano ya instalada en la cabina. Cuando me uní a la tripulación, tuve que esperar unos cuantos días antes de conseguir muebles en los que me pudiera encajar. —Hizo un gesto hacia la comida de la encimera—. El desayuno aquí es un sírvete tú misma, como la comida. Hay cosas para picar disponibles todo el día, así que pásate cuando tengas el gusanillo. Ah, y siempre hay té. Puedes servirte una taza siempre que quieras. —Señaló hacia dos grandes decantadores en la otra punta de la encimera, con un estante de tazas al lado. Había dos etiquetas escritas a mano enganchadas en los decantadores. «¡Té de la felicidad!», decía una sobre el dibujo de un humano de ojos anchos y sonriente con pelos rizados de punta. «Té aburrido», decía la otra. El humano dibujado

ahí parecía satisfecho, pero indiferente. La caligrafía era la misma que en el cartel sobre la puerta de la Pecera. La de Kizzy.

—¿Té aburrido? —preguntó Rosemary.

—Sin cafeína. Tan solo té de hierbas normal y corriente pero maravilloso —respondió Doctor Chef—. Nunca entenderé por qué a los humanos os gustan tanto las cosas que os alteran. Como doctor, odio empezar vuestras mañanas con estimulantes, pero como cocinero, entiendo lo importante que es el hábito de desayunar. —Meneó un dedo rollizo hacia ella—. Pero no más de tres tazas al día y, desde luego, no con el estómago vacío.

—No te preocupes —contestó Rosemary; cogió una taza—. Soy más de té aburrido. —Doctor Chef pareció complacido. Ella señaló los bollos—. Huelen genial. ¿Qué son?

La respuesta llegó desde detrás.

—¡Bollitos ahumados! —vitoreó Kizzy. Saltó a un taburete y agarró una de las pastas amarillentas. Empezó a comérsela con una mano y a servirse gachas con la otra.

—¿Bollitos ahumados?

—Otra cosa más de mi hogar que no tiene un nombre de fácil traducción —dijo Doctor Chef.

—Los cocina siempre que tunelamos —explicó Kizzy mientras se llenaba un plato con más bollos y una pila de frutas.

—Son buenos; combustible consistente para un día de trabajo duro. —Dirigió la mirada hacia Kizzy, que se estaba llenando la taza con té feliz—. Al contrario que eso.

—Lo sé, lo sé, límite de tres tazas, lo prometo —dijo esta. Se giró hacia Rosemary sujetando la taza con las palmas de las manos—. ¿Cuál es el veredicto sobre las cortinas?

—Son estupendas —respondió Rosemary—. Dan un toque hogareño. —Era cierto. Casi se había olvidado de que ya no vivía en la superficie de un planeta hasta que descorrió las cortinas por la mañana y se encontró un sistema estelar flotando con majestuosidad ahí fuera. Aunque ya había viajado entre planetas,

todavía no había asumido la noción de que ahora vivía en el vacío del espacio.

Le dio un bocado a un bollito ahumado. El pan era esponjoso; el contenido sin identificar era rico y sabroso, pero también algo especiado, con tan solo la cantidad justa de sal. Miró a Doctor Chef, que la observaba expectante.

—Están buenísimos.

Doctor Chef sonrió, radiante.

—El relleno está hecho de *jeskoo*. Creo que los solanos lo llamáis hongo de nieve. Es bastante diferente a los ingredientes a los que estaba acostumbrado, pero se parece un poco. Y los bollos también son altos en proteínas. Suplemento el cereal con harina de gusano de tenebrio.

—No nos revela sus recetas —intervino Kizzy—. El cabrón se las llevará a la tumba.

—Grum no tiene tumbas.

—Pues al fondo del océano, que es peor todavía. Al menos las tumbas las puedes cavar. —Sacudió un bollo hacia él—. Algún pez estúpido va a comerse la parte de tu cerebro que almacena la receta, y estaremos perdidos sin ella.

—Entonces aprovecha para comerlos mientras puedas —dijo Doctor Chef. Las mejillas aletearon. Rosemary había deducido que, a más rápido el aleteo, mayor la «sonrisa».

—Bueno… —dijo Kizzy, volviendo su atención a Rosemary—. Esta es la primera vez que te cuelas en una perforación, ¿no?

—Disculpa, ¿una qué?

Kizzy soltó una risita.

—Eso responde mi pregunta. Una perforación es la acción de crear un túnel.

—Ah, de acuerdo. —Rosemary le dio un sorbo al té. Algo dulce, nada especial. Vale, sí que era un poco aburrido, pero de todas formas resultaba reconfortante—. De hecho, me preguntaba… —Hizo una pausa; no quería parecer estúpida—. Sé que no voy a

tener que ayudaros con la tunelación, pero me gustaría comprender mejor cómo funciona.

Kizzy apretó los labios con entusiasmo.

—¿Quieres que yo te dé un curso básico?

—Si no es molestia, claro.

—Anda, cielos estrellados, por supuesto que no es molestia. Me halagas, y además eres adorable. A ver, vale, de acuerdo. ¿Has hecho algún curso de manipulación interespacial? Lo más probable es que no, ¿cierto?

—Admito que no.

—¿Topología del espacio tiempo?

—Nop.

—¿Teoría transdimensional?

Rosemary puso cara de disculpa.

—¡Oooh! —exclamó Kizzy, llevando las manos al corazón—. ¡Eres virgen en física! Vale, vale, simplificaremos. —Miró por la encimera en busca de decorado—. Vale, guay, mira. El área alrededor de mi cuenco de avena —recalcó con un gesto exagerado— es el tejido del espacio. La avena es la subcapa; en esencia, el espacio entre el espacio. Y esta grub —cogió una pequeña fruta negra del plato— es la *Peregrina.*

—Uy, esto no me lo pierdo —intervino Doctor Chef, apoyando los brazos superiores en el lado opuesto de la encimera.

Kizzy se aclaró la garganta y se puso derecha.

—Pues aquí estamos nosotras. —Pasó la baya por encima del cuenco—. Tenemos que conectar dos extremos del espacio, ¿vale? Aquí y aquí. —Hincó el dedo en las gachas, en lados opuestos del cuenco—. Así que viajamos a un extremo, *zuuum*, y toda la gente esparcida por las estrellas que nos ve pasar volando está en plan, mirad esa nave ultramolona, qué genio técnico debe haber parcheado tal cosa, y yo en plan ah, pues, soy yo, Kizzy Shao, podéis poner mi nombre a vuestros bebés, *zuuum*, y entonces llegamos a nuestro punto inicial. —Hizo planear la baya sobre la muesca que desaparecía en la avena—. Una vez que estamos en

posición, pongo en marcha el taladro interespacial. ¿Lo viste cuando llegaste volando? La pedazo de máquina monstruosa pegada a nuestra panza. Es una bestia. Funciona con ambicélulas; ni ocupando la nave entera podríamos llevar la cantidad de algas necesarias para ponerla en marcha. Ah, y te aviso, hace un ruido infernal, así que no te asustes cuando haga sus cosas. No saltaremos por los aires ni nada parecido. Así que, sí. El taladro se calienta. Entonces perforamos. —Estampó la baya en la avena—. Y entonces la cosa se pone rara.

—¿Cómo de rara?

—Bueno, somos criaturitas blandas y tridimensionales. Nuestros cerebros no pueden procesar lo que ocurre en la subcapa. Técnicamente, la subcapa está fuera de lo que consideramos «tiempo normal». Comprender lo que ocurre ahí es como… como decirle a alguien, a un humano, quiero decir, que vea en infrarrojos. No podemos. Así que en la subcapa sientes que algo va mal con el mundo, pero no pillas qué. Es muy, muy raro. ¿Has probado el lerdo?

Rosemary parpadeó. De donde venía, la gente no preguntaba de forma despreocupada sobre alucinógenos ilegales durante el desayuno.

—Ah, no, no lo he probado.

—Mmm. Bueno, es parecido. Tu percepción visual y tu sentido del tiempo se van a tomar por el culo, pero la diferencia es que tienes control completo sobre tus actos. Cuando estudias para la licencia de tunelación (va aparte de los estudios básicos para técnico, así que confía en mí cuando digo que estoy supercontenta de no tener que poner un pie en esa escuela de nuevo), tienes que practicar cosas como arreglar motores o meter comandos tras meterte una dosis de sofro, lo que viene siendo una versión suavizada y autorizada del lerdo. Te aseguro que fueron las peores tareas que he hecho nunca. Pero te acostumbras. —Metió los dedos en la avena y agarró la baya oculta—. Vale; pues mientras estamos flipando a tope, la nave atraviesa la subcapa, y al mismo tiempo suelta boyas para forzar la

apertura del túnel. Las boyas están por dos razones. La primera es para evitar que el túnel colapse, y la segunda es porque generan un campo hecho con las mismas cuerdas y partículas y cosas de las que está hecho el espacio normal.

Rosemary asintió.

—Espacio artificial. —Al fin un concepto que más o menos comprendía—. Pero ¿para qué todo esto?

—Para que sea un viaje sencillo para cualquiera que viaje a través. Por eso no notas la diferencia cuando haces un salto túnel.

—¿Y todo esto no fastidia el espacio de fuera? Quiero decir aquí, en nuestro espacio.

—Nop; no si lo haces bien. Por eso somos unos pros.

Rosemary asintió de cara a las gachas de avena.

—¿Y cómo salimos de la subcapa?

—Vale —dijo Kizzy. Empezó a empujar el grub a través de las gachas—. Cuando llegamos a nuestro punto de salida, volvemos al espacio a toda velocidad. —Colocó una cuchara bajo el grub, como una catapulta, y alzó el puño.

—Kizzy —intervino Doctor Chef, tranquilo—. Como desparrames gachas en mi encimera limpia…

—No lo haré. Acabo de darme cuenta de que esto no funcionará. Mi ingeniosa demostración es defectuosa. —Frunció el ceño—. No puedo doblar las gachas de avena.

—Toma —dijo Doctor Chef. Le dio dos pañuelos de papel—. Uno para las manos, el otro con fines educativos.

—¡Ah! —exclamó Kizzy, limpiándose las gachas de los dedos—. Per-fec-to. —Levantó el pañuelo limpio y juntó dos esquinas opuestas—. Vale. ¿Conoces las grandes esferas que parecen rejas que rodean las aberturas de los túneles, con todas esas luces de alerta parpadeantes y lo que parecen relámpagos distorsionados que salen de las junturas? Son jaulas de contención. Evitan que el espacio se rasgue y se abra más de lo que queremos. Debes tener una jaula en cada extremo del túnel. Así que si tenemos una jaula en este extremo —movió una esquina del pañuelo— y otra jaula en

este extremo —movió la otra—, tenemos que construir un túnel que de forma efectiva consiga que esto —estiró las esquinas, separándolas— sea lo mismo que esto —las juntó.

Rosemary frunció el ceño. Tenía una idea general de cómo funcionaban los túneles, pero nunca había sido capaz de plasmarla.

—De acuerdo; entonces, las jaulas están a años luz de distancia. No están en el mismo lugar. Pero… ¿se comportan como si estuvieran en el mismo espacio?

—Más o menos. Es como una puerta que conecta dos habitaciones, solo que las habitaciones están en extremos opuestos de la ciudad.

—Por lo tanto, el único lugar en el que la distancia entre los dos puntos ha cambiado es… ¿dentro del túnel?

Kizzy sonrió.

—La física es jodida, ¿verdad?

Rosemary se quedó mirando el pañuelo, esforzándose por hacer que su cerebro tridimensional comprendiera aquellos conceptos.

—¿Cómo pones las jaulas en su sitio? ¿No se tardaría una eternidad en viajar de un extremo al otro?

—¡Estrella de oro para la señorita de la preciosa camiseta amarilla! —exclamó Kizzy—. Tienes toda la razón. Por eso hay dos maneras diferentes de construir un túnel. La fácil es lo que llamamos una perforación anclada. Esta tiene lugar en sistemas que ya tienen túneles que conectan con otros lugares. Digamos que quieres conectar el Sistema Estelar A con el Sistema Estelar B. Ambos, Sistema A y Sistema B, ya están conectados con el Sistema C. Sueltas una jaula en el Sistema A. Saltas a través del túnel que hay de Sistema A al Sistema C. Entonces saltas del Sistema C al Sistema B. Sueltas la segunda jaula, y entonces perforas de vuelta al Sistema A.

Rosemary asintió.

—Tiene sentido. Aunque parece como dar un rodeo.

—Oh, desde luego, y rara vez es un viaje de solo dos saltos. Sobre todo, si los túneles conectan con diferentes planetas dentro

del sistema. Lo normal es que cada encargo lleve unas cuantas semanas, a veces más si tenemos que cubrir mucho espacio. Eso es parte de lo que hace Sissix, mapear el camino más rápido para meternos entre túneles que ya existen.

Rosemary cogió un segundo bollo y lo partió. Una vaharada de vapor surgió del aromático interior.

—¿Qué ocurre si el sistema que estás tunelando no está conectado a ningún sitio?

—Ajá. Entonces haces una perforación a ciegas.

—¿Una qué?

—Sueltas una jaula en un extremo, perforas a través y encuentras el camino hasta el otro lado, lo cual es superdifícil de conseguir sin la segunda jaula para guiarte. Una vez que vuelves a salir, trabajas contrarreloj para montar la jaula. Las jaulas se autoconstruyen, así que lo único que tienes que hacer es desplegar las piezas y esperar un día. Pero incluso así, tienes que desplegarlas en cuanto sales. El interior es inestable si tienes una jaula en un extremo del túnel y ninguna en el otro. Al principio no es un problema, pero cuanto más esperes, más rápido se rasga. Si pasa eso, todo se va a la mierda. Y cuando el tejido del espacio se va a la mierda, tienes un problema muy gordo.

—Como la Expansión Kaj'met. —Aprender sobre la Expansión Kaj'met era una especie de rito de paso para los jóvenes; era el instante en que te dabas cuenta de que el espacio, a pesar de su calma silenciosa, era un lugar peligroso. La Expansión Kaj'met era un territorio harmagiano, de la mitad del tamaño del sistema Sol, en el cual el espacio se hizo pedazos por completo. Las fotografías eran aterradoras; asteroides siendo arrastrados dentro de agujeros invisibles, planetas quebrados por la mitad, una estrella moribunda filtrándose por una rasgadura salpicada de desechos.

—Sí, son viejos restos de cuando los harmagianos empezaron a construir túneles. Todos los primeros fueron perforaciones a ciegas. Tenían que serlo; no había otro modo de ir de sistema a sistema excepto viajar a mayor velocidad que la luz.

—Entiendo —contestó Rosemary, asintiendo. La prohibición de ir a mayor velocidad que la luz era una de las leyes más antiguas en los libros, anterior incluso a la fundación de la CG. Aunque viajar a más velocidad que la luz era tecnológicamente posible, los problemas logísticos y sociales causados por lo que en esencia equivalía a viajar en el tiempo sobrepasaban los beneficios. Y aparte de la pesadilla administrativa, pocas personas estaban a favor en un método de transporte que garantizaba que todas las personas que conocías en tu hogar llevarían mucho tiempo muertas para cuando llegaras a tu destino—. Pero ¿por qué no pasar entre sistemas con…? Ay, no sé cómo se llama. Eso que usan las procápsulas.

—Un agujero de alfiler. Vale, pues, un agujero de alfiler te sumerge dentro y fuera de la subcapa a gran velocidad, como aguja e hilo. En esencia hace muchísimos túneles diminutos temporales para ir superrápido de un lugar a otro.

—Hasta ahí, llego.

—Vale. Los saltos de alfiler van bien para algo pequeño y unipersonal como una procápsula, porque los agujeros que hace son demasiado diminutos para causar daños importantes. Sin jaula, los agujeros se cierran al momento. Imagínatelo como una perforación a ciegas bebé, solo que la trayectoria se mapea con una serie de boyas colocadas con antelación, de modo que la procápsula siempre sigue la misma ruta por la subcapa con exactitud. También por eso las procápsulas tienen líneas de viaje designadas en áreas habitadas, y por eso están equipadas con balizas de advertencia multidimensionales. No quieres que una procápsula salte fuera de la subcapa y se estampe contra el casco.

—¿No se puede usar agujeros de alfiler con naves grandes?

—Poder, se puede, pero no es buena idea. Los agujeros tan grandes deterioran el espacio, y si tienes muchos de ellos relativamente cercanos entre sí, como ocurriría en una línea de procápsula, se podrían rasgar unos con otros. Como algo ocasional, hacer saltos agujero de alfiler con una nave grande está bien. Pero si envías algo del tamaño de nuestra nave dentro y fuera de la

subcapa tan a menudo como una procápsula… Bueno, no lo recomiendo. Además, instalar agujeros de alfiler es caro de narices, así que casi ninguna nave grande se toma la molestia. En cualquier caso, si de verdad necesitas llegar a algún lugar deprisa —y quiero decir necesitar, en plan necesidad grave— puedes enviar una solicitud para un remolque de alfiler. Un remolque puede arrastrar a una gran nave a cualquier lugar que lo necesite. Existen los mismos riesgos, pero los remolques están superregulados, y se usan con muchas precauciones. Necesitas la aprobación de la Cámara de Transporte para usar un remolque. Ves remolques para cosas como, no sé, si necesitas llevar una nave médica sin perder tiempo hasta un puñado de refugiados, o si el gobierno está enviando a alguien fuera del espacio de la CG, donde no hay túneles. Así que para asuntos ordinarios como tunelar, usar un agujero de alfiler no vale el coste ni el riesgo.

Rosemary le dio un largo sorbo a la taza. El té aburrido empezaba a gustarle. Algo dulce y modesto era el complemento perfecto para los bollos ahumados. Doctor Chef sabía lo que hacía, estaba claro.

—Sin embargo, las perforaciones ciegas parece que son algo bastante arriesgado de por sí.

—Lo son. No hay tantos tuneladores con licencia para hacerlas. Por eso nos pagan bien. O suficiente, en cualquier caso.

—¿Esta nave hace perforaciones ciegas? —A Rosemary no le gustaba la idea. Cavar por el espacio entre el espacio sin una idea clara de dónde ibas a salir no sonaba como algo a lo que quisiera apegarse durante mucho tiempo.

—Sip. Hoy haremos una. —Le dio una palmadita en el hombro a Rosemary—. No te preocupes. Sé que da miedo, pero lo hacemos todo el tiempo. Confía en mí, estamos superseguras.

«Confía en mí». Se lo decía la técnica vestida con un mono mugriento con una lista de quehaceres escrita en la manga. Rosemary necesitaba algo más reconfortante que eso.

—¿Cómo sabes por dónde debería salir la nave?

—Bueno, no lo sabemos. Lo mejor que puede hacer cualquier programa informático con una perforación a ciegas es una estimación, y no es suficiente, ni de lejos. Por eso necesitas un par sianat.

—No puedes hacer perforaciones ciegas sin un navegador; ni es legal, ni es práctico —dijo Doctor Chef—. Necesitas a alguien que comprenda qué ocurre en la subcapa. Alguien que pueda visualizar lo que pasa.

—¿Una IA no puede? —preguntó Rosemary. Sabía que había cosas que la tecnología todavía no podía hacer, pero que se lo recordaran siempre la sorprendía.

—Nop. Piensa en ello —repuso Kizzy—. Las IA no pueden ser más listas que las personas que las crearon. Podemos codificar en ellas todas las matemáticas y teorías que queramos, pero es imposible que una IA haga nada que nosotros no comprendamos. Y no pretendo asustarte, pero ni de lejos comprendemos la subcapa. Tenemos algunas ideas sobre ella, claro, pero la única especie que de verdad la comprende es la sianat. Lo que quiere decir que las únicas personas que pueden crear una IA igualada con un par sianat son los propios sianat. Y desde luego que ni de coña van a hacerlo.

—¿Por qué no?

—Porque es una herejía —respondió Doctor Chef—. Los sianat creen que las habilidades que el Susurrante les otorga son dones sagrados. Creen que, ya que el virus no afecta a otras especies, estas no están destinadas a poseer tales habilidades. No les importa hacer el trabajo para nosotros, pero no van a compartir su comprensión, ni siquiera con un programa.

—Interesante —dijo Rosemary. «Extraño», pensó—. Vale, entonces, a pesar del tipo de perforación que vayas a llevar a cabo, ¿no es posible que salgas no solo en otro lugar, sino en otro tiempo?

—Desde luego —respondió Kizzy—. Por eso tenemos que hacerlo absolutamente lo mejor posible para no mandarlo todo a la mierda. ¡Ah, eso me recuerda una cosa! —Bajó de un salto del taburete y

corrió hacia la vox de la cocina—. Lovey, ¿puedes llamar a Jenks, por favor?

Hubo una pausa. La vox chascó al cobrar vida.

—¿Mmmqué? —preguntó Jenks al otro lado.

—Ven a por tus bollos ahumados antes de que los devoremos todos —dijo Kizzy.

—¿Qué hora es?

—Las nueve, más o menos. Llegas tarde.

—¿Qué? ¿Ya estamos donde la perforación?

—En una hora llegamos.

—Mierda. Kizzy. Kizzy, tengo resacón.

—Lo sé.

—Es culpa tuya cien por cien.

—Lo sé, cariño. Ven a comer unos bollos ahumados.

—No me llames «cariño». Ya no somos amigos. ¿Estáis en la cocina?

—Sí.

—Doctor Chef, por favor dime que tienes Energizador a mano.

—Hay una caja sin abrir en el área médica —contestó Doctor Chef inflando las mejillas.

—Vale —suspiró Jenks—. Vale. —La vox se apagó con un clic.

Doctor Chef miró a Kizzy.

—¿Se puede saber qué hicisteis anoche?

Kizzy se metió en la boca una cucharada de gachas.

—Semifinales de balón acuático. Pensé que sería divertido como juego de beber.

—¿Quiénes jugaban?

—Surcacielos contra Zarpas Veloces. Jenks y yo escogimos cada uno un equipo, y teníamos que beber cuando el otro marcaba.

—¿Cuál escogiste?

—Zarpas Veloces.

—Asumo que ganaron.

Kizzy sonrió.

—Por doce.

Doctor Chef exhaló un murmullo de descontento y fijó sus pequeños y brillantes ojos en Rosemary.

—¿Aceptas un consejo? Si Kizzy te dice las palabras «¿Sabes qué sería una gran idea?», ignora lo que sea que venga después.

—No le hagas caso —dijo Kizzy—. Todas mis ideas son geniales.

Doctor Chef estudió a Rosemary, reflexionaba sobre algo.

—¿Sabes? Siempre me sedo antes de una perforación. No me acostumbro a la subcapa, así que para mí es más sencillo pasar por ella dormido. Nadie te mirará mal si haces como yo.

—Gracias —respondió Rosemary—, pero creo que me gustaría ver cómo se hace.

—¡Esa es mi chica! —exclamó Kizzy, dándole una palmadita en la espalda—. No te preocupes. Es como una patada en la cabeza, pero es una patada en la cabeza divertida.

Una hora más tarde, en la sala de control, Rosemary se abrochaba el cinturón de seguridad de la silla cuando entró el par sianat. Rosemary no pudo evitar mirar embobada. Había visto fotografías de pares, pero verlos en carne y hueso era diferente. Ohan tenían un cuerpo delgaducho con cuatro extremidades, pies anchos e inquietantes dedos largos. Él… Ellos caminaban a cuatro patas, con la espalda arqueada, de forma parecida a los vídeos que Rosemary había visto sobre los primates de la Tierra. Ohan estaban cubiertos desde la cabeza hasta las uñas de los pies con un denso pelo azul hielo, corto y rapado decorativamente con diseños fractales que revelaban debajo la piel gris carbón. Tenían enormes, con largas pestañas, y claramente húmedos (Rosemary había leído la noche anterior que los conductos lacrimógenos hiperactivos eran uno de los muchos síntomas del virus de los sianat). Sus rostros peludos parecían relajados, casi drogados, apariencia que corroboraban los hombros flácidos y la lentitud de los movimientos. Vestían túnicas, más o menos, una prenda cómoda tan simple en diseño que parecía hecha al descuido. Rosemary sabía que era injusto juzgar a otros

sapientes por las normas sociales humanas, pero Ohan daban la impresión de un estudiante universitario colocado que llega tarde a clase vestido solo con un albornoz. Se recordó a sí misma que aquel estudiante universitario colocado podía superar a una IA en física interdimensional.

—Ahí está la otra mitad de mi equipo —anunció Sissix con una sonrisa amistosa—. Este debería ser uno divertido, ¿mmm?

Ohan inclinaron una vez la cabeza hacia ella, moviéndose con educada formalidad.

—Siempre disfrutamos trabajando contigo —dijeron.

—Oye, Ohan —llamó Ashby, levantando la vista del panel de control cuando el par sianat tomó asiento—. ¿Cómo estáis hoy?

Ohan se sentaron sobre los cuartos traseros. Las articulaciones se plegaron de forma compacta, de forma que el par parecían mucho más bajos que cuando entraron.

—Muy bien, gracias, Ashby —respondieron. Curvaron la cabeza hacia Corbin, luego dirigieron su atención a la estación de trabajo. Deslizaron con rapidez los largos dedos sobre los controles e hicieron aparecer las lecturas visuales. Pasaron varios segundos antes de que volvieran a alzar la cabeza, dándose cuenta de que algo en la sala era diferente. Giraron la cabeza como búhos hacia Rosemary.

—Bienvenida —dijeron, con una inclinación de cabeza. Mientras hablaban, Rosemary pudo ver una hilera de dientes planos. Había leído que los pares se limaban las puntas carnívoras. La idea la hizo estremecerse.

Rosemary les devolvió la inclinación, asegurándose de no romper el contacto visual. Barbilla baja, ojos arriba. Así era como decía la referencia del Enlace que los sianats saludaban a los demás.

—Es un placer conoceros —dijo—. Estoy deseando veros trabajar.

Ohan asintieron de nuevo (¿halagados, quizá?) y devolvieron la atención a la estación de trabajo. Sacaron un escrib y un grueso lápiz píxel. Rosemary abrió los ojos como platos cuando vio que el escrib ponía en marcha un programa básico de esbozos. No estarían

pensando en resolver los entresijos de un agujero de gusano a mano, ¿verdad?

—De acuerdo —anunció Ashby, abrochándose el cinturón de seguridad—. Vamos a ello. Lovey, conéctame con los técnicos.

—Hecho —respondió Lovey.

—Pasamos lista —ordenó Ashby.

—Controles de vuelo, listos —dijo Sissix.

—Comprobación de combustible, lista —dijo Corbin.

—El taladro interespacial está listo —dijo Kizzy por el vox—. Pero no puedo encontrar mis galletitas saldas y sabéis que no me gusta hacer esto sin algo para picar…

—Piensa en ello la próxima vez, Kiz —cortó Ashby—. ¿Jenks?

—Las boyas están listas —crepitó la voz de Jenks.

—Lovey, estado de la nave —pidió Ashby.

—Todos los sistemas de la nave funcionan con normalidad —contestó Lovey—. No hay fallos técnicos ni estructurales.

—Ohan, ¿estáis listos?

—Impacientes por comenzar.

—Fantástico —dijo Ashby. Miró hacia Rosemary—. ¿Llevas el cinturón puesto?

Ella asintió. Había comprobado la sujeción tres veces.

—Bien. Kizzy, arranca.

En lo profundo de las entrañas de la nave, el taladro despertó con un aullido barítono. Rosemary se alegró de que Kizzy le hubiera avisado sobre el taladro. Era un sonido que parecía capaz de rasgar mamparos.

Ashby repiqueteó sobre el brazo de la silla diez veces, con un ritmo igualado. Mientras repiqueteaba, un temblor creció dentro del casco. La cosa en el fondo de la nave palpitaba y rugía. Los paneles del suelo se sacudieron.

Con un terrible silencio, el cielo se desgarró.

Los engulló.

Rosemary miró por la ventana y se dio cuenta de que en realidad nunca había visto el color negro antes.

—Dadme un rumbo, Ohan —pidió Sissix.

Ohan observaron las lecturas en su pantalla. Con la mano ya estaban tecleando sobre el escrib, escribían ecuaciones en un texto que Rosemary no reconoció.

—Avante dieciséis punto seis íbens. A toda velocidad, por favor.

—Eso es lo que me gusta escuchar —dijo Sissix. Echó hacia atrás la cabeza emplumada y vitoreó al tiempo que precipitaba la *Peregrina* a través de nada.

No había modo alguno de discernir cuánto tiempo llevó construir el agujero de gusano porque, como Kizzy dijo que ocurriría, el tiempo dejó de tener sentido. Sobre la ventana había un reloj que contaba en silencio minutos y horas, pero dentro de la subcapa, eran meros números para Rosemary. No dejaba de sentir como si acabaran de llegar, para sentir al instante que llevaban allí toda la eternidad. Se sintió ebria o algo peor, como si intentase despertarse de un sueño febril. La vista se le empañaba y desplazaba. No había nada más allá de la pantalla, aunque esa misma nada a veces parecía titilar con color y luz diáfana. Las boyas que soltaban parpadeaban y quedaban a la deriva, como plancton atrapado en el oleaje.

Las voces se emborronaban a su alrededor, nombraban términos complejos que no habrían significado nada para ella incluso si hubiera procesado las palabras a velocidad normal. La voz de Ohan era lo único que seguía en calma, el ojo de la tormenta, indicaba cambios en el curso a Sissix al mismo tiempo que su mano incansable trazaba números en el escrib.

—Todas las boyas desplegadas —anunció Jenks por el vox—. Listos para instalar la retícula. —Las palabras parecieron flotar en el aire como si este al transportarlas se hubiera vuelto espeso, aunque el propio mundo se reproducía a doble velocidad.

—Acoplamiento iniciado —dijo Ashby.

—Ashby, creo que hemos colisionado contra una bolsa —dijo Sissix.

—Sácanos antes de que quedemos atrapados —ordenó Ashby.

—Ashby, creo que hemos colisionado contra una bolsa.

—Sácanos antes de que quedemos atrapados.

—Ashby, creo que hemos colisionado contra una bolsa.

—Sácanos antes de que quedemos atrapados.

—Ashby, creo que hemos…

—¡Treinta íbens a babor, ahora! —gritaron Ohan.

La nave se escoró y gimió cuando Sissix la hizo saltar hacia un lado. De algún modo, a pesar de las redes artigravitatorias, dio la sensación de que se había dado la vuelta. O quizá es que había estado cabeza abajo desde el comienzo.

—¿Qué mierda ha sido eso? —preguntó Ashby.

—Una bolsa temporal —respondieron Ohan.

—¿Dónde?

Ohan observaron las lecturas de la pantalla.

—Veinte íbens a estribor. Cinco íbens y medio de ancho. Esquívala.

—Estoy en ello —exclamó Sissix—. Menos mal que no nos hemos quedado atrapados.

Corbin torció el gesto hacia su pantalla.

—Parece que sí nos habíamos quedado atrapados. Los niveles de combustible están punto cero cero seis por ciento por debajo de lo que deberían.

—¿Las boyas aguantan? —preguntó Ashby.

—Aguantan —respondieron Jenks y Kizzy al unísono.

—Ohan, ¿dónde está nuestra salida?

—Tres punto seis íbens hacia delante —respondieron—. Dos punto nueve íbens arriba. Uno… No, no; cero punto siete tres íbens a estribor.

Las garras de Sissix volaron por los controles.

—¿Listos?

Ashby asintió.

—Perfóralo.

El bramido del fondo volvió. Todos se pegaron a sus asientos, con los ojos cerrados con fuerza. El tiempo volvió con un ruido sordo.

Rosemary recuperó el aliento y desclavó las uñas de los brazos del asiento. Miró por la ventana. La vista había cambiado. Una enana roja flotaba en la distancia, rodeada de varios planetas. Uno estaba terraformado en parte, y una pequeña flota de naves de carga de la CG y naves de transporte estaba agrupada en las cercanías. Estaban construyendo una nueva colonia. Una esfera de boyas de seguridad titilantes flotaba en el espacio alrededor de la nave, las luces amarillas advertían a los demás que se alejaran del área de trabajo de la *Peregrina.*

—Y esta es mi definición de perfecto —dijo Ashby. Observó las lecturas en el panel que tenía delante—. No hay degradación espacial. Sin desgarros temporales. Estamos justo donde teníamos que estar. —Sissix vitoreó. Un doble grito provino de la vox, amortiguado por la felicitación de Lovey. Ashby asintió, satisfecho—. Kizzy, Jenks, desplegad la jaula. El resto, día libre. Excelente trabajo, equipo. Bien hecho.

—¿Sabes una cosa, Ashby? —dijo Sissix—. Si la memoria no me falla, las grandes naves de transporte como aquella tienen algunas instalaciones recreativas estupendas para viajeros agotados.

—No me digas —contestó el capitán con una sonrisa—. Bueno, nos hemos ganado una buena paga. Diría que eso justifica unas cuantas horas fuera de la nave. Siempre y cuando a Ohan y a Lovey no les importe vigilar la jaula por nosotros.

El par sianat y la IA dieron su aprobación al unísono.

Sissix hizo bocina con las manos hacia el vox.

—Fiesta en el carguero en dos horas —anunció. El grito de júbilo de Kizzy casi ahogó a Jenks, el cual gemía algo sobre Energizadores. Sissix se volvió hacia Rosemary—. Bueno, novatilla, ¿qué te ha parecido?

Rosemary forzó una sonrisa demacrada.

—Ha sido genial —murmuró. Se las arregló para apartarse de la consola antes de vomitar.

Día 132-145, CG Estándar 306

EL TRABAJO

—Odio este juego —dijo Sissix, torciendo el gesto sobre el cuadriculado tablero de píxeles.

Ashby le dio un bocado al pan especiado.

—Tú eras la que quería jugar.

—Sí, bueno, algún día de estos ganaré, y entonces podré dejarlo para siempre. —Descansó la barbilla en los puños, suspiró e hizo un gesto hacia el alfil. La pieza se movió sola hacia delante, dejando un fino rastro de píxeles en su estela—. El hecho de que tu gente haya estado jugando a esto durante siglos dice mucho de tu especie.

—Anda. ¿Y qué dice?

—Que los humanos lo complican todo más de lo necesario.

Ashby estalló en carcajadas.

—Podría dejarte ganar.

Sissix entrecerró los ojos.

—Ni te atrevas. —Miró por la ventana de la ventana con forma de burbuja de la Pecera y observó cómo las junturas de la nueva jaula de contención se ajustaban solas. Unas cuantas horas más y se podrían largar de allí. No es que tuvieran ningún otro encargo todavía, pero no había razón alguna para quedarse. Ya les iba tocando hacer escala en un mercado, y Sissix estaba impaciente por poner los pies en el suelo un tiempo.

—¿Sabes? Aya se reía de mí por seguir con los juegos de píxeles. Decía que no molaban.

Sissix parpadeó.

—No me digas que tiene un conector cerebral.

—Oh, no, no; tan solo usa percutores.

—Entonces bien. Uf. —Los parches percutores no eran nada de lo que preocuparse. Tenían una caja de ellos en la sala recreativa, pequeñas pegatinas que se aplicaban bajo el tallo cerebral, un accesorio necesario si se deseaba crear un enlace neuronal con el simulador, el vídeo, o el Enlace. Los percutores habían aparecido cuando Sissix ya había llegado a la madurez, así que aunque los usaba en alguna ocasión, seguía prefiriendo la comodidad más tangible de una tabla de píxeles y un escrib. Los conectores cerebrales, por otro lado, le daban escalofríos. No podía imaginar amar ninguna afición con tanta pasión que justificara meterse un puerto tecnológico en la cabeza.

Ashby hizo un gesto hacia un peón.

—Además, no puedo creer que haya un doctor ahí fuera dispuesto a ponerle un conector a alguien de ocho años. Eso sin mencionar madres o padres que lo permitieran.

—¿Has conocido a alguno de los amigos de Kizzy y Jenks?

—Ahí tienes razón.

Sissix dio un sorbo de mek. No solía comenzar las mañanas con la bebida adormecedora, pero no tenía nada que hacer hasta que la jaula estuviera terminada. Podía justificar ser perezosa. Tiró de la manta calefactora que tenía sobre los hombros, tratando de ahuyentar el persistente letargo.

—Los pequeños cerebros ya tienen suficiente para que además los llenemos de cables. Con los cerebros grandes es aún peor.

—Es lo que le dije a Aya.

—¿Y qué te contestó?

—Me llamó viejo. —Se frotó la barba incipiente de la barbilla mientras cavilaba sobre el tablero—. Soy oficialmente el tío viejo y aburrido.

Sissix rio.

—Lo dudo muchísimo. Le dejaste pilotar la lanzadera la última vez que visitamos la Flota.

Ashby se rio entre dientes.

—Creí que mi hermana me mataría.

—Exacto. Y eso te hace guay. Tu turno, por cierto.

Doctor Chef irrumpió con pesadez en el jardín; caminaba sobre dos manopiés y cargaba suministros en las otras cuatro.

—¿Qué tal está el pan especiado? —le preguntó a Ashby.

—La corteza está un poco más crujiente que la otra vez —respondió él—. Me gusta.

—Me alegro. Me pareció que os sentarían bien unos carbohidratos procesados después de anoche.

Ashby sonrió.

—Eh, yo dejé el bar del carguero a una hora razonable y con mi reputación intacta. Soy la verdadera imagen del control.

—¡Ja! —replicó Sissix.

Una sonrisa culpable se ensanchó en el rostro de Ashby.

—Vale, quizá me puse un pelín contento.

Un coro de risas surgió de la garganta de Doctor Chef.

—Por lo menos fuiste discreto. No como cierto trío particular de humanos borrachos que encontré asaltando el área médica a la sexta hora.

—Oh, no —exclamó Sissix con una sonrisa—. ¿Qué han hecho?

—Nada escandaloso. Kizzy y Jenks buscaban Energizadores, y Rosemary cayó redonda en las mesas de reconocimiento. Dormida como un tronco. Creo que intentó seguir el ritmo de los otros dos.

—Vaya, me la juego a que sí —rio Sissix—, y seguro que la convencieron para que lo hiciera. Cuando me fui, llevaban seis rondas de tiro hondo y acababan de pedir picazúcar. Pobrecita, tendrá un día miserable. ¿La llevaste a su habitación?

—Kizzy la llevó. Creo que la metió en el montacargas. Sus pies y su cerebro operaban en frecuencias completamente distintas.

Ashby sacudió la cabeza, divertido, mientras movía la torre.

—Bueno, con suerte entenderá que los técnicos solo querían darle la bienvenida. Y que nunca más tendrá que pasar por ello. —Se inclinó en la silla—. Además, jaque mate.

—¿Qué? —gritó Sissix, inclinándose hacia delante—. No, eso es… Espera… Mierda. —Dejó caer los hombros—. Pero tenía una estrategia y todo.

—Siento haberla echado a perder.

Sissix estudió el tablero y trató de descubrir dónde había fallado. Cerca, Doctor Chef atendía una de sus macetas, respirando con un bajo y zumbante susurro, como siempre. Su versión del silencio. Sissix observó los rollizos dedos ondear mientras ataban nudos alrededor de los brotes dispersos. A la aandrisk nunca dejaba de sorprenderla lo ágiles que eran los movimientos de Doctor Chef. Parecía un pudding con patas, y aun así movía las manopiés con tanta ligereza como un bailarín.

—¿Qué tal tu jengibre? —le preguntó.

—Gordito y feliz —contestó Doctor Chef mientras ataba los tallos altos. Infló las mejillas con orgullo. El jengibre había sido idea de Jenks, y pocas cosas hacían más feliz a Doctor Chef que cumplir las peticiones culinarias de la tripulación—. Sin embargo, tengo que admitir que me gusta más comer las flores que las raíces. Son demasiado potentes para mi gusto. Aunque son buenas y crujientes.

Ashby torció la cabeza.

—Sabes que el jengibre es un condimento, ¿no? Como una especia.

—¿Qué? No. ¿En serio?

—¿Has intentado comértelo entero?

—Pues, sí. Sí. —Doctor Chef estalló en carcajadas—. Creí que era una especie de patata picante.

—Nunca le he pillado el tono a las patatas —dijo Sissix—. La finalidad de la patata es cubrirla con sal para que no notes lo sosa que es. ¿Por qué no dar un lametón a la sal y saltarse la patata?

—A mí no me preguntes —respondió Ashby, levantándose—. Las patatas son cosas de los terrícolas.

—¿Ya te has cansado de jugar?

—Sí, es más de la décima hora. El canal de noticias se habrá actualizado.

Habló con un tono relajado, pero tenía un destello de seriedad en la mirada cuando dijo eso.

—Vale —dijo Sissix. Sabía qué canales había estado consultando, y le entraron ganas de abrazarlo. No un rápido y agarrotado abrazo humano; uno largo, de los que das a tus amigos cuando sabes que algo les preocupa. Pero hacía mucho que había aprendido que ese tipo de abrazos no eran solo un gesto platónico entre los humanos. Era uno de los muchos instintos sociales que había aprendido a suavizar.

Doctor Chef hizo otro nudo, gruñó satisfecho y ocupó el asiento que había dejado libre Ashby. En su manopié superior sujetaba una taza con una expresión ensk escrita: «BESA AL COCINERO». Un regalo de un cumpleaños anterior que le había hecho Kizzy, la cual siempre hacía caso omiso del hecho de que ninguno de los tripulantes no humanos tenía la costumbre de celebrar los aniversarios.

Sissix alzó la jarra de mek y se sentó junto al tablero de píxeles.

—¿Más?

Doctor Chef se lo pensó un momento.

—Solo media taza —respondió, y le tendió el recipiente—. Supongo que tenemos derecho a disfrutar de un día para procrastinar de vez en cuando.

—Desde luego. —Sissix llenó la taza de Doctor Chef hasta la mitad, y luego rellenó la suya hasta el borde. Podía sentir relajarse los músculos de las mejillas y de la garganta cuando el cálido y agridulce brebaje los bañaba. El sentimiento se le extendió por los hombros, el cuello y los brazos, llevándose los restos de tensión que la taza anterior había ablandado. Estrellas, le encantaba el mek.

Doctor Chef acunó la taza en su manopié. Asintió hacia el tablero píxel.

—Un juego humano muy típico.

—¿Y eso?

—Los juegos humanos se basan en la conquista.

—No es cierto —repuso ella—. Tienen muchísimos juegos cooperativos. ¿Qué opinas de Batalla de Hechiceros? —Apenas habían pasado diez días desde que Kizzy y Jenks se conectaron a aquel juego (con percutores, ni siquiera esos dos eran tan estúpidos como para implantarse) para explorar mundos mágicos y compartir alegres aventuras dentro de sus cabezas.

Doctor Chef sacudió una manopié con desdén.

—No me refiero a juegos cerebrales, sino a cosas como esta —dijo haciendo un gesto hacia el tablero píxel—. Los clásicos. A lo que han estado jugando los humanos desde antes de que supieran que había más planetas ahí fuera. Todo es conquista, todo competición. Pensándolo bien, incluso la Batalla de Hechiceros es así. Los jugadores van en equipo, pero lo hacen para vencer a un enemigo común: el propio juego.

Sissix meditó sobre ello. La idea de los humanos como conquistadores siempre había sido de risa. No solo porque tenían recursos exiguos o porque la Diáspora jamás conseguía llevar nada a cabo, sino porque los humanos que conocía en persona eran modestos. Ashby era uno de los individuos más amables que había conocido, de cualquier especie. Jenks no tenía ambiciones más allá de vivir cómodo junto a la gente que le gustaba. Kizzy se las había arreglado para tirar un bocadillo en un conducto de aire diez días atrás, así que no tenían que preocuparse por que iniciara un golpe de estado. Corbin era un odioso grano en el culo, pero era inofensivo y también cobarde. Y, a pesar de ello, la historia humana —pre-Éxodo, por lo menos— estaba plagada de crueldad y guerras infinitas. Sissix no había sido capaz de encontrarle sentido.

Doctor Chef puso las piezas de ajedrez alrededor del tablero.

—Los juegos grum son bastante parecidos en temática. Creo que nuestras especies son muy parecidas en algunos aspectos. Los humanos también habrían muerto si los aeluones no se hubieran encontrado por casualidad con la Flota. La suerte es lo que les salvó, y descubrir la humildad. Eso es lo que en realidad hace diferentes a

los humanos de los grum. Bueno, sin contar lo obvio. —Soltó una risita mientras señalaba su cuerpo.

Sissix puso las manos en la pierna delantera más cercana de Doctor Chef. Dentro de cosa de un siglo no quedaría ningún grum, y no había nada que se pudiera hacer al respecto. Sabía que Doctor Chef hacía tiempo que había hecho las paces con la inminente extinción de su especie. Incluso ahora, cuando hablaba de ello, era sin tristeza en la voz, sin amargura. Pero eso no quería decir que ella no pudiera sentirlo por él.

Doctor Chef le palmeó la mano, más por ella que por sí mismo. Miró por encima del hombro a Ashby, que estaba apoyado en la encimera de la cocina leyendo noticias en el escrib. Doctor Chef habló con un suave susurro, silenciando las voces que provenían de su boca.

—¿Me equivoco o Ashby mira las noticias mucho más de lo habitual?

Sissix asintió, sabía qué le preguntaba.

—Los rosk han atacado las colonias en Kaelo con gran intensidad.

—¿Es ahí donde…?

—Donde ella fue por última vez, sí. Tampoco es que los canales de noticias den muchos detalles.

Se entendieron sin hablar. Ambos sabían que Ashby no estaba preocupado por una guerra que jamás llegaría a su puerta. Su inquietud giraba en torno a una de las aeluonas atrapada en la periferia de la guerra. Se llamaba Pei, y ella y Ashby habían tenido relaciones tantas veces como habían podido durante años. Era una cadete de un carguero civil, contratado para llevar suministros médicos, munición, tecnología, comida y cualquier cosa que las fuerzas aeluonas necesitaran. Dada la naturaleza de su trabajo, no siempre podía enviar mensajes o ponerse al ansible cuando iba de camino a territorio disputado, por temor a facilitar la localización de las tropas o convertirse en un blanco fácil. A menudo, Ashby pasaba semanas sin saber nada de ella, y durante tales periodos era habitual encontrarlo comprobando los canales de noticias. Cuando

sabía de ella y tenía una cierta idea sobre su localización, la comprobación se hacía más concreta. No ayudaba al bienestar de Ashby para nada, no de una forma que Sissix pudiera discernir, pero los humanos siempre se volvían un poco tontos cuando se trataba de sus parejas sexuales.

Por muy cercana que Sissix fuera a Ashby, nunca había conocido a Pei, ni siquiera la había visto. Aquella mujer era un enigma. Pero la falta de comunicación de Ashby no tenía nada que ver con Sissix, y todo con el puritanismo de los aeluones. Un aelución, en concreto uno que trabajaba con soldados respetables, podía meterse en serios problemas por emparejarse con alguien de otra especie. Todos a bordo de la *Peregrina* sabían lo de Pei, claro, pero comprendían por qué Ashby necesitaba mantenerlo en secreto. Todos habían dejado de hacer preguntas sobre ella (por lo menos, mientras Ashby estaba en la sala) e incluso Kizzy había sido lo bastante perspicaz para mantener la boca cerrada sobre el tema cuando estaba con otras personas.

—No es bueno para él estar pendiente de las noticias todo el rato —dijo Doctor Chef—. No van a publicar su nombre en caso de que le ocurra algo..

—Díselo tú —replicó Sissix.

—No puedo —suspiró él—. Hice lo mismo cuando mis hijas fueron a la guerra. Por eso no me gusta lo haga. Sé cómo puede devorarte la incertidumbre. —Sacudió las mejillas, como sacándose de encima esas ideas—. Esta conversación se ha puesto muy seria. ¿Te gustaría jugar conmigo? ¿O ya has tenido suficiente esta mañana?

—Estoy lista para otra partida. ¿Quieres jugar al ajedrez?

—Estrellas, no. Juguemos a algo aandrisk. Uno de tus encantadores juegos de formar equipo y resolver un puzle.

—¿Tikkit?

—Sí, me gusta el tikkit. Aunque hace años que no lo juego, no desde que vivía en Puerto Coriol.

—Bueno, no se me da demasiado bien, así que estaremos a la par. —Ordenó al tablero que cambiase el juego. Los píxeles se

reagruparon de forma pertinente—. Entonces, ¿qué te parecen los juegos aandrisk?

—¿Mmm?

—¿Qué te dicen los juegos aandrisk sobre nosotros?

—Que sois inteligentes, que os gusta compartir, y que sois igual de disfuncionales que el resto.

Sissix rio.

—No voy a discutírtelo.

Empezaron el juego, y la conversación fluyó hacia la estrategia tikkit. Sissix empezaba a pensar que quizá podrían ganar cuando Ashby rompió el silencio.

—Vaya —exclamó para sí. Entonces, de nuevo, más alto, mientras corría hacia ellos—. ¡Vaya!

—¿Va todo bien? —preguntó Sissix. Todos los espaciales sabían que, en una nave, podían pasar un montón de cosas malas en muy poco tiempo, especialmente al estar estacionados en la boca de un túnel recién perforado. Ver correr a un miembro de la tripulación le disparaba la adrenalina.

—Estamos bien —dijo Ashby. Dejó su escrib junto al tablero píxel e hizo un gesto sobre la pantalla. El canal de vídeo que se reproducía en la pantalla saltó al aire y flotó sobre el escrib. Era un programa de noticias humano; de la Flota, a juzgar por el acento del presentador. Sissix y Doctor Chef se inclinaron a escuchar.

—… todavía está por confirmar durante cuánto tiempo se han desarrollado las charlas de los miembros, pero fuentes informan que un pequeño equipo de embajadores de la CG ha estado comunicándose en secreto con el Toremi Ka durante al menos dos años estándar.

—¿Los toremi? —preguntó Doctor Chef, sacudiendo los bigotes sorprendido. Sissix no podía imitar su respuesta física, pero compartía el sentimiento. Los toremi no eran una especie que mencionasen a menudo en las noticias. No era una especie que fuera mencionada en absoluto. Sissix no sabía mucho de ellos, tan solo que controlaban un estrecho anillo de territorio que rodeaba el

núcleo galáctico, y que habían estado matándose con diligencia los unos a los otros durante décadas.

Ashby sacudió la cabeza, un gesto tanto de confirmación como de incredulidad.

—Acaban de otorgarle membresía en la CG a uno de sus clanes.

Sissix dejó la taza.

—¿Qué? —Le dio vueltas la cabeza—. Espera, ¿¡qué!? —Si eso era cierto, el Parlamento de la Confederación se había vuelto loco. Los clanes toremi, por lo poco que se sabía de ellos, eran tan violentos como incomprensibles. Mala mezcla. Los clanes fueron descubiertos por los harmagianos casi quinientos años estándares antes, cuando una sonda encontró naves toremi que navegaban (lo cual era peligrosísimo) en círculos alrededor del núcleo galáctico, como peces que siguen una corriente. Nadie sabía por qué, y los propios toremi no mostraron interés en dialogar con sus vecinos galácticos. Siguieron con su trayectoria circular nómada hasta hacía cuarenta estándares, cuando interrumpieron el viaje y empezaron a masacrarse entre ellos por territorios estacionarios. Y, de nuevo, sin que nadie supiera el motivo. Nadie podía acercarse a preguntar. Los toremi bloquearon todo acceso al núcleo. Las naves que se acercaban demasiado eran rechazadas. Las naves que se colaban volvían echas trizas o no volvían. Pero aparte del asesinato de intrusos, los toremi no tenían más relación con otras especies, y nadie se preocupaba por ellos excepto los científicos y los empresarios frustrados por tener el núcleo amurallado.

Ashby se llevó un dedo a los labios y señalo el escrib.

—… declaraciones oficiales del comité de la embajada de la CG aclaran que Toremi Ka es el único clan toremi que toma parte en este acuerdo de afiliación —explicó el reportero—. Otros clanes se han mantenido neutrales hacia este acuerdo, y según consta no han mostrado hostilidad alguna contra la CG. La CG ha dado su apoyo al Toremi Ka declarando, cita, «apoyamos las buenas intenciones de nuestros nuevos aliados, los cuales están decididos a disfrutar de los beneficios de una galaxia más unificada». Como parte de este nuevo

acuerdo de afiliación, la CG no ayudará al Toremi Ka en los ataques contra otros clanes toremi. Sin embargo, estará autorizado el uso de fuerza militar para defender territorios compartidos por el Toremi Ka y la CG.

—En otras palabras —se mofó Doctor Chef—, el Toremi Ka consigue enormes naves de batalla de la CG apostadas en sus fronteras, y la CG consigue acceso fácil a todo el ambi que hay al otro lado. —Negó con la cabeza—. No puede salir nada bueno de una especie que se declara la guerra a sí misma. Nunca ha salido nada bueno, y nunca saldrá. —Entrecerró los ojos y emitió un profundo sonido bajo; Sissix sabía que estaba pensando en su gente, en su guerra. Le dio un apretón en el hombro superior. Los ojos de Doctor Chef volvieron a ensancharse, centrándose en ella. Volvió. Infló las mejillas y posó una de sus manopiés sobre las garras.

—Esperad —dijo Ashby—. Oh.

—¿Qué? —preguntó Sissix.

Ashby parpadeó.

—Esto es de lo que hablaba Yoshi. —Miró a Sissix. Ella comprendió.

—Podemos hacerlo —dijo, y asintió—. Sí, podemos lograrlo.

—¿Lograr qué? —preguntó Doctor Chef.

—Si van a poner en marcha una explotación minera y van a extraer ambi, van a necesitar una forma de llevar los cargueros de vuelta a casa.

—Y necesitarán saltos de naves individuales antes de empezar a pensar en túneles de caravanas —dijo Ashby. Se irguió sumido en sus pensamientos—. Este es justo el tipo de trabajo que nos podría dar ventaja. Con un encargo así, no pagarán poco.

—Trabajo —repitió Doctor Chef—. ¿Quieres trabajar ahí? ¿Con esa gente?

—Todos los tuneladores se abalanzarán sobre esto cuando se enteren de la noticia —dijo Sissix.

—Entonces será mejor que los adelantemos —dijo Ashby—. Vamos a esbozar una carta de motivación. Tenemos que avisar también a Yoshi.

—¿Crees que es un pez lo bastante gordo para estar al cargo de un proyecto de esta envergadura?

—No, para nada. Pero sabrá a quién hay que contactar. Le diré a Lovey que le envié una invitación sib, no tengo ni idea de qué hora es allí. Y tendréis que ayudarme a descubrir cuánto nos llevará llegar al espacio central desde nuestra localización actual. Supongo que allí es desde donde querrán que perforemos. ¿Rosemary está despierta?

Sissix recordó la última vez que vio a Rosemary la noche anterior: cabeza apoyada en las manos, sonrisa de oreja a oreja, denso farfullar de palabras.

—Voy a suponer que sigue dormida.

Ashby puso cara de incredulidad.

—Dale unos Energizantes. Esta es justo la clase de operación por la que contraté a una asistente.

—Le prepararé el desayuno —sugirió Doctor Chef. Sacudió un dedo hacia Sissix—. Tú dile a los técnicos que han escogido una noche terrible para machacarla.

—Para ser justos —repuso Sissix, levantándose—. No creo que estuviera entre sus planes que la CG perdiera la cabeza.

Mensaje recibido

Encriptación: 1

De: Vlae Mok Han’sib’in (ruta: 4589-556-17)

Para: Ashby Santoso (ruta: 7182-312-95)

Asunto: Proyecto Tokath/Hedra Ka

Saludos cordiales, capitán Santoso. Mi nombre es Vlae Mok Han’sib’in, y le escribo en nombre de la Cámara de Transporte de la CG. Hemos recibido su carta de motivación referente a la construcción de túneles en el espacio Toremi Ka. Conectar a nuestros aliados a territorios existentes de la CG es una alta prioridad para el Parlamento de la Confederación, y necesitamos con urgencia contratantes con experiencia como usted para ayudarnos a entrar en este nuevo capítulo de la cooperación entre especies.

Tras revisar su informe de trabajos y evaluar nuestras necesidades, estamos de acuerdo en que la *Peregrina* sería una elección excelente para ayudarnos en nuestra empresa con el Toremi Ka. Esta evaluación considera no solo su experiencia profesional, sino también su reciente decisión de contratar a una asistente. Vemos esto último como indicador de su determinación a cumplir los estándares de la Cámara de Transporte de la CG.

Nos complace ofrecerle el siguiente proyecto. La CG necesita una nueva y única nave tuneladora que conecte el espacio central (Pórtico Tokath) a Hedra Ka, el planeta capital del territorio Toremi Ka. Esto eliminaría nuestra actual dependencia de los remolcadores de agujeros de alfiler en ese sector, y sería nuestro primer paso para establecer una ruta de túneles para cargamentos. Antes de que acepte, le rogamos que considere con atención las condiciones del proyecto.

Lo normal es que una perforación a ciegas sea el método más conveniente para conectar un territorio desanclado. Sin embargo, Hedra Ka está localizado en una zona blanda. Como ya debe saber, los factores de riesgo ambiental en dicha área hacen que una perforación a ciegas desde Tokath sea prácticamente imposible. Con el interés de proteger tanto la estabilidad espacial como la vida sapiente, este proyecto requerirá una perforación anclada entre Hedra Ka y el Pórtico Tokath. Ya que no hay túneles que conecten la CG y el espacio toremi, esto supone un desafío. Proponemos que la *Peregrina* viaje hasta la estación de observación Del'lek, en la frontera de la CG. Esta es el punto anclado más cercano entre el espacio de la CG y Hedra Ka. Un remolcador de agujero de alfiler se encontrará con ustedes allí para llevar la nave hasta Hedra Ka. Dada su actual posición, estimamos que el viaje a Del'lek tardará entre 0.8 y 0.9 estándares, dependiendo de la ruta que escojan. El salto de agujero de alfiler sumará cuatro días adicionales. Para ayudar a reducir el tiempo de viaje, la CG empleará a otro contratante para colocar de forma previa una jaula de salida en Tokath.

Comprendemos que es una propuesta inusual, pero dadas las circunstancias, no tenemos (y no requerimos) un plan más apropiado para completar este proyecto. También comprendemos que el viaje requerido representa un compromiso elevado para usted y su tripulación. La CG está dispuesta a cubrir los gastos básicos diarios y operacionales en la duración de los viajes, además del pago por el proyecto. También entendemos que el viaje espacial puede imponer retrasos imprevistos, y que la salud mental de su tripulación requerirá paradas de descanso ocasionales durante el trayecto. Teniendo en cuenta estas necesidades, no pedimos una fecha de llegada específica, pero a cambio sí requerimos que lleguen en algún momento previo a 167/307. Además, dispondrán de libertad para planear su propia ruta de vuelo y hacer las paradas que crean necesarias, aunque una ruta eficiente es claramente una prioridad. Si no confía en que la tripulación de la nave puede resistir este viaje, lo mejor es que no acepte este proyecto.

El pago ofrecido por el proyecto Hedra Ka es de 36M de créditos (gastos no incluidos; no negociable). Esperamos su respuesta antes de 155/306. El proyecto no se ofrecerá a ningún otro contratante durante dicho periodo, por lo que le rogamos que no tome una decisión apresurada. Si tiene alguna pregunta en relación al proyecto, siéntase libre de contactar con mi oficina. Si no estoy disponible, mi IA, Tugu, le ayudará en lo que necesite.

Saludos cordiales,

Vlae Mok Han'sib'in

Ashby (00:10): sissix, estás ahí?
(00:11): coge tu escrib
(00:14): hola?

Sissix (00:15): texto
(00:15): jodr
(00:16): joder, qe encantadr

Ashby (00:16): te he despertado?

Sissix (00:17): sí
(00:17): le pndre una qeja a mi jefe sobre esto pr la mñana

Ashby (00:17): disculpa, es importante
(00:17): te acabo de reenviar una carta

Sissix (00:18): por qé no pdes venir a mi habtcion odio tclear

Ashby (00:18): porque no quiero que nadie nos oiga

Sissix (00:18): nave bien?

Ashby (00:19): sí, lee la maldita carta

Sissix (00:19): dame un minut
(00:19): tengo qe calentar cama casi no pdo movrme

Ashby (00:19): ponte una sábana calefactora y vamos

Sissix (00:24): vale mejor
(00:24): al menos puedo usar las manos, yupi

Ashby (00:24): LEÉLA

Sissix (00:24): vale vale

(00:27): HOSTIA PUTA

Ashby (00:27): shh, te he oído gritar a través de la pared

Sissix (00:27): ashby
(00:27): esto
(00:28): hostia puta
(00:28): nos acaba de tocar la lotería

Ashby (00:28): sis, si no dejas de hacer ruido ahí dentro, te voy a mandar al espacio

Sissix (00:28): cómo es que tú NO estás haciendo ruido
(00:28): has visto cuánta pasta es
(00:29): GASTOS PAGADOS
(00:29): Ashby esto es más de lo que hemos ganado en el último estándar
(00:29): y todo serían ganancias
(00:30): todo ganancias, sin gastos

Ashby (00:30): lo sé
(00:30): todavía no me lo creo

Sissix (00:30): podríamos conseguir sin problema un nuevo taladro
(00:31): y todo tipo de tecnología nueva
(00:31): tal como lo habíamos imaginado
(00:31) estrellas, ashby
(00:32): y no quiero presionar, pero tu tripulación podría recibir una prima
(00:32): por ejemplo

Ashby (00:32): sí
(00:33): es increíble, lo sé
(00:33): pero tenemos que pensarlo muy bien
(00:33): es un viaje larguísimo

Sissix (00:34): estamos acostumbrados a los viajes largos entre encargos
(00:34): estaremos bien

Ashby (00:34): estamos hablando de casi todo un estándar
(00:35): eso quiere decir que no habrá vacaciones, no habrá visitas a las familias a menos que estén en nuestra ruta de vuelo, y un montón de comida en estasis

Sissix (00:35): no es que no vayamos a aterrizar cuando podamos. Puedo planear una buena ruta que pase por un puñado de paradas con mercados y lugares para

poner los pies en el suelo

Ashby (00:36): lo sé

Sissix (00:36): pero?

Ashby (00:36): es espacio toremi
(00:36): esa gente ha estado en guerra desde siempre
(00:37): y no sé nada de ellos

Sissix (00:37): ashby, la CG no nos enviaría si no fuera seguro
(00:38): somos una nave tuneladora desarmada, nadie se fijará en nosotros
(00:38): en cualquier caso, el largo viaje les proporciona tiempo suficiente para resolver sus mierdas diplomáticas antes de que lleguemos
(00:39): y estoy segura de que ese lugar estará hasta arriba de burócratas y tropas de la CG
(00:39): todo lo que tenemos que hacer es llegar, perforar y saltar de vuelta a casa

Ashby (00:40): siempre y cuando no comiencen a asesinarse los unos a los otros una vez que estemos allí
(00:40): ni siquiera sé qué idioma hablan
(00:41): oh
(00:41): espera

Sissix (00:41): qué?

Ashby (00:42): rosemary
(00:42): no había pensado en ella
(00:43): crees que estará preparada para esto?

Sissix (00:43): en términos de trabajo o de psique?

Ashby (00:43): ambos
(00:44): un estándar es mucho pedir incluso para espaciales como nosotros
(00:44): todo esto es nuevo para ella

Sissix (00:45): bueno, mientras el trabajo salga adelante, tendrá tiempo suficiente para afilarse las garras
(00:45): por decirlo de algún modo
(00:46): y sobre su vida personal, ha esquivado todas las preguntas que le he hecho sobre la familia, y además está soltera
(00:46): no creo que tenga ninguna prisa en visitar su hogar

(00:47): es más, leíste la carta
(00:47): en esencia contratarla te consiguió este trabajo
(00:47): así que, aunque sea inútil el resto de la ruta, por lo menos ya ha logrado esto

Ashby (00:48): au

Sissix (00:48): es broma
(00:48): más o menos

Ashby (00:49): es tanto dinero
(00:49): podríamos lograr tanto con esto
(00:50): y menudo proyecto

Sissix (00:50): como he dicho
(00:50): lotería
(00:51): te lo has ganado
(00:51): te conozco desde hace mucho, ashby
(00:51): hazme caso
(00:51): te lo has ganado

Ashby (00:52): gracias, sis
(00:52): perdona que te haya despertado, necesitaba usar tu cerebro
(00:52): tendré que debatirlo con la tripulación antes de decidir nada

Sissix (00:52): pues vamos a comentarlo con ellos

Ashby (00:53): no sis espera

Por toda la nave, las voxes cobraron vida.

—¡TODO EL MUNDO, DESPERTAD! ¡GRANDES NOTICIAS! ¡REUNIÓN DE EQUIPO! ¡SALA RECREATIVA EN CINCO!

Ashby (00:54): te voy a mandar al espacio

Sissix (00:55): me amas

Fuente de datos: Archivos de referencia de la Confederación Galáctica (Público/Klip)

Nombre de la sección: Astronomía > Galaxia Hogar > Regiones > Centro Galáctico (Núcleo) > Recursos Naturales

Encriptación: 0

Traducción: 0

Transcripción: 0

Nodo de identificación: 9874-457-28, Rosemary Harper

El Centro Galáctico, conocido de forma coloquial como el Núcleo, es el hogar de varios fenómenos astronómicos inusuales, que incluyen un agujero negro supermasivo y una alta concentración de cúmulos estelares. Estas condiciones únicas indican que el Centro Galáctico es la mayor fuente de materiales combustibles sin procesar de la Galaxia Hogar, como el ambi, además de metales y minerales utilizados en la construcción de naves espaciales y la terraformación. Las estimaciones de los recursos disponibles para cosechar son especulaciones en el mejor de los casos, pero la comunidad científica acepta en general que la cantidad de fuentes de ambi recolectable en el Centro Galáctico contienen un abastecimiento de más de cuatro veces el presente en todos los territorios de la CG combinados. A pesar de que la presencia de tales materiales ha sido confirmada por sondas de largo alcances harmagianas, el Centro Galáctico sigue estando en su mayor parte inexplorado por las especies de la CG, debido a las reivindicaciones territoriales de los toremi.

Temas relacionados:

Agujeros negros

Discos de acreción

Cúmulos estelares

Teoría de la energía ambiental

Fuentes de combustible comercial

Recolección de ambi

Toremi

Exploración interestelar (harmagiana)

Construcción de naves espaciales

Terraformación

Regiones y territorios galácticos (Galaxia Hogar)

Nombres tradicionales para la Galaxia Hogar (por especies)

Día 163, CG Estándar 306

PUERTO CORIOL

Ashby no era un hombre prejuicioso, pero cualquiera al que no le gustara Puerto Coriol perdía puntos en su lista. El espacio de la CG estaba lleno de mercados neutrales que daban la bienvenida a espaciales de todas las especies, pero Puerto era algo excepcional. Incluso si no era necesario reabastecerse, el lugar era tan espectacular que valía la pena visitarlo. Calles que se extendían repletas de tenderetes al aire libre, inundadas de prendas, de cursilerías y de artículos de toda índole. Naves varadas destripadas y convertidas en almacenes y restaurantes. Altísimas torres de desechos custodiadas por extraños chatarreros que siempre encontraban la pieza exacta buscada, siempre y cuando uno tuviera la paciencia de oírlos hablar sobre su último tuneado de motores. Fríos búnkeres subterráneos llenos de bots y chips, repletos a todas horas de enjambres de técnicos embelesados y de modifs que lucían todo tipo de implantes imaginables. Puestos de comida que ofrecían cualquier cosa, desde grasientos aperitivos en la calle hasta curiosas delicatesen, algunos con intrincados menús del día, otros con ofertas tan específicas que lo único que se podía decir en el mostrador era «uno, por favor». Una colección de sapientes que hablaban en una confusa variedad de idiomas, estrechándose las manos y chocando pezuñas y rozando zarcillos.

¿Cómo podía no gustarle a alguien un lugar así?

Hasta cierto punto, Ashby era capaz de entender que Puerto Coriol resultaba un poco chirriante para alguien acostumbrado a los brillantes centros comerciales prefabricados extendidos por toda la

CG, cada uno tan estéril y uniforme como el siguiente. Los mercados de Puerto eran cualquier cosa excepto corporativos, y la actitud independiente y permisiva de la colonia era justo lo que la hacía tan querida… o, para algunos, desagradable. Ashby admitía que Puerto era un lugar algo sucio y un poco tosco. Pero ¿peligroso? Para nada. Casi toda la actividad delictiva se limitaba a estafas de poca monta dirigidas a estudiantes que saltaban por los túneles o a turistas crédulos. Siempre y cuando uno tuviera un par de neuronas mínimamente funcionales, Puerto Coriol era un lugar tan seguro como cualquier otro. El comercio también estaba bien regulado. Es decir, tan regulado como uno quisiera. Los comerciantes que se arriesgaban a atraer la cólera de la autoridad portuaria no duraban mucho, e incluso aquellos que trataban con mercancías dudosas tenían un puñado de permisos honrados y productos legítimos a mano para mantener contentas a las miradas vigilantes. No era ningún secreto que en Puerto Coriol había un mercado negro, pero estaba gestionado con cuidado. Aunque, desde luego, Ashby nunca probaría suerte con algo así. Perder su licencia lo habría arruinado, y posiblemente también a su tripulación. A pesar de las súplicas constantes de Kizzy para que comprase algo que les proporcionara a los motores «un pelín más de tirón», era más inteligente mantenerse en terreno legal.

El suave sol anaranjado de Puerto le calentaba la piel a Ashby mientras guiaba a su tripulación a través del abarrotado muelle de lanzaderas. Acostumbrado como estaba a vivir tras paredes selladas y grueso plex, estar al aire libre era refrescante. Sin embargo, como de costumbre, se había olvidado del olor. Una fuerte mezcla de combustible, polvo, especias, fuego, perfume, grasa de cocina, soldadura, y olores corporales de una docena o más de especies sapientes. Tras todo aquello estaba el constante y denso hedor que emanaba de las orillas cercanas. La luna de Coriol tenía acoplamiento de marea, lo que permitía que una ininterrumpida fuente de luz solar cayera sobre la superficie del verdín mate que cubría los tranquilos mares. Los comerciantes que residían

permanentemente en la luna solían construir sus viviendas en el lado oscuro, lejos del sol y la pestilencia.

Para muchos sapientes, Sissix y Doctor Chef incluidos, el olor era demasiado fuerte para soportarlo sin filtros. Las máscaras antigás y los respiradores eran accesorios habituales incluso entre la gente que vivía allí. Los muelles de lanzaderas estaban llenos de casetas que vendían máscaras a los recién llegados que no habían sido alertados de antemano sobre el aroma característico de Puerto. Pero los humanos, con su relativo mal olfato, podían deambular por las calles con las fosas nasales completamente expuestas. Bueno, casi todos los humanos. Corbin había optado por llevar un casco de respiración completo: el Exopulmón Deluxe, un pesado artilugio que presumía de ser el mejor sistema de filtrado de alérgenos y patógenos aéreos disponible. Ashby pensaba que parecía una pecera para medusas con globos medio desinflados.

—Destino, por favor —rechinó con voz metálica la IA en el mostrador de viajes rápidos. No era un programa librepensante como Lovey, sino un modelo limitado, incapaz de hacer nada más allá de las tareas programadas. Su carcasa pretendía parecerse a una cabeza harmagiana, completa con los zarcillos de la barbilla para crear gestos faciales. La cara alargada y flácida estaba revestida de un polímero de aspecto semejante a piel, y el resultado no se diferenciaba demasiado de la especie que imitaba. Pero la voz digital no estaba bien rematada, y los zarcillos se retorcían con rigidez paralítica. Era imposible que nadie pudiera tomarla por un ser vivo.

—Dos a las granjas de bichos —dijo Ashby, señalándose a él y a Doctor Chef. La IA zumbó afirmativamente. Ashby hizo un gesto hacia Corbin—. Uno para el almacén de algas. —Zumbido. Ashby señaló a Jenks—. Uno para el distrito tecnológico. —Zumbido. Ashby se giró hacia Sissix—. Vosotras podéis ir a pie, ¿no?

—Seh —respondió Sissix—. Nuestro paseo comienza justo tras esa puerta.

—Eso es todo —concluyó Ashby. Pasó el parche de la muñeca por encima del escáner del mostrador. Un breve bip indicó que se había realizado el pago.

—Estupendo —entonó la IA—. Sus cápsulas de viaje rápido estarán disponibles enseguida. Si necesitan transporte adicional o indicaciones, busquen el símbolo de viaje rápido, como el que hay justo encima de este puesto de información. Si no dispone de sentido de la vista, puede pedir un indicador de localización complementario en este o cualquier…

—Gracias —cortó Ashby, aunque la IA seguía con el discurso. Guio a la tripulación lejos de la caseta. Jenks se quedó atrás.

La IA siguió hablando, imperturbable ante la marcha de su audiencia.

—Los indicadores de localización vienen en modelos que se adecúan a todas las especies, y pueden alertar en gran variedad de registros sensoriales, como olor, gusto, sonido, estimulación dérmica, estimulación neuronal…

—¿Jenks viene? —preguntó Rosemary.

—Jenks siempre espera hasta que termina de hablar —respondió Kizzy con una sonrisa tierna —. Para no ser maleducado.

Rosemary miró de nuevo hacia la agitada IA.

—No es un modelo sentiente, ¿no es así?

—No lo creo —contestó Ashby—. Pero cuéntaselo a Jenks. Siempre le da a las IA el beneficio de la duda.

—Lo cual es absurdo —intervino Corbin. La máscara para respirar le amortiguaba la voz.

—Como lo que llevas en la cabeza —murmuró Sissix.

Ashby se interpuso y se dirigió al grupo antes de que Corbin pudiera contestar.

—Vale, equipo. Ya sabéis cómo va esto. —Vio que Jenks le hacía un gesto cortés a la IA antes de caminar hacia ellos—. La misma rutina de siempre, pero esta vez tenemos chips de la CG para comprar cosas. Pero solo compras necesarias, que quede claro. El resto va a cuenta de vuestro parche de muñeca. A la CG no le iba a

gustar recibir una factura de menús de cuatro platos y masajes completos.

—Bueno, adiós a mi tarde —dijo Jenks.

—Rosemary, todos tienen sus chips, ¿correcto?

—Correcto —respondió ella—. Y todos deberían tener una lista de gastos aprobados en sus escribs, como referencia.

—Bien. Una vez que hayáis tachado todo lo de la lista, sois libres de hacer lo que os apetezca hasta la mañana. Intentemos ponernos en marcha sobre la décima hora. —Sonó la alerta de su escrib que indicaba un nuevo mensaje—. Disculpad un segundo. —Sacó el escrib de la bolsa e hizo un gesto hacia la pantalla. El mensaje apareció.

Mensaje recibido

Encriptación: 3

Traducción: 0

De: Remitente desconocido (codificado)

Ashby se sobresaltó.

No he podido evitar fijarme en una tuneladora horrenda que acaba de aparcar en órbita. He vuelto de la frontera, pero me volveré a marchar pronto. En tres horas empiezo dos días de permiso oficiales. Ya he dejado claro que me voy a tomar un tiempo a solas. ¿Estás libre para compartirlo conmigo?

Sin firma, pero Ashby no le hacía falta. El mensaje era de Pei. Estaba aquí. Y más importante aún: estaba bien. Estaba viva.

Aunque podía sentir que la tensión de semanas se disipaba, Ashby se las arregló para parecer despreocupado. Guardó el escrib en la bolsa y se pasó la mano por la barbilla. Mierda. No se había afeitado. Pero, bueno, Pei era tripulante en un carguero; aunque su especie no tenía pelo, desde luego que podría ser comprensiva con un lapsus en el aseo personal.

Sissix lo observaba cuando volvió a encarar al grupo. Ashby la miró arqueando las cejas, y luego puso cara de capitán.

—Y bien, ¿a qué estamos esperando? Salid a comprar cosas.

Rosemary se apresuró tras sus compañeros, preocupada por no perderse. El muelle de aterrizaje ya era bastante bullicioso de por sí, pero ahora que se abrían camino hacia las puertas del mercado, la posibilidad de que la absorbiera el mar de comerciantes había aumentado. En realidad, la idea de perderse no era lo que la asustaba. Era más la posibilidad de que la asaltaran. O la acosaran. O la apuñalaran. Había visto a varias personas que desde luego parecían propensas a apuñalar. Y, ¿no eran los ladrones de parches de muñecas algo común en sitios así? ¿Acaso no había escuchado alguna historia sobre alguien que había visitado Puerto Coriol, había deambulado hasta terminar en la tienda equivocada y se había despertado en un callejón con el brazo del parche amputado? Bueno, vale, quizá era una exageración, pero dado que acababa de cruzarse con un aeluón cuyo rostro entero era un mosaico de implantes, no estaba lista para descartar todavía la posibilidad de los ladrones de brazos con parches. Se alegraba de estar con Sissix, cuya presencia era reconfortante, y con Kizzy, que era probablemente bastante escandalosa —en volumen y en indumentaria— para disuadir a cualquier criminal sigiloso. Ambas parecían gente que sabía lo que hacía. Esperaba que se le pegara algo de aquello.

—¿Seguro que no quieres ir a las cuevas tec, Kiz? —preguntó Sissix.

—Nah. Jenks tiene mi lista. Me dejaré caer más tarde para repartir unos holas y babear sobre los cachivaches. Pero estoy agobiada del espacio. Necesito cielo abierto y aire fresco. —Abrió los brazos con un gesto teatral e inhaló con dramatismo—. Aaahhh.

—Mmm. Seh. Aire fresco —dijo Sissix, resoplando tras su máscara.

—Conoces la sensación, ¿verdad, Rosemary? —Kizzy se plantó junto a ella—. Creciste en la superficie de un planeta.

—Es agradable tener gravedad real.

—Oooh, ¿has tenido mareo espacial?

—Solo un poquitín. Pero no pasa nada, me estoy acostumbrando.

—Echa un vistazo a ver si encuentras brazaletes de equilibrio. Seguro que alguien los vende.

Sissix se mofó, divertida.

—Esas cosas son una estafa.

—No lo son —se defendió Kizzy—. Mi abuela los lleva cada vez que sube y dice que funcionan que flipas.

—Tu abuela también cree que puede hablarle a los inmubots.

—Vale, seh, pero nunca se marea en el esp… Oh, mierda. —Kizzy bajó la mirada a sus botas—. No hagas contacto visual. No hagas contacto visual.

Rosemary desvió la mirada tras ver el origen del pánico de Kizzy: una mesa simple y cómoda, cubierta con terrarios sellados y cuencos de arcilla (¡arcilla!) repletos de infochips. Tales mesas se veían a menudo en las plazas públicas de Florencia, y la indumentaria de los tenderos era reconocible al instante. Vestían biotrajes pesados, como los exploradores lunares de antaño, sellados y acolchados hasta un extremo que hacía que el casco de Corbin pareciera razonable. Rosemary había oído que los trajes usados los metían en contenedores sellados y los eyectaban al espacio. El proceso de descontaminación estándar no era suficiente para ellos. No podían arriesgarse lo más mínimo a corromper sus sistemas inmunes, o peor aún, el flujo natural de la evolución humana.

Gaiistas. Desde luego, eran unos chalados para darles de comer aparte.

—Mierda —exclamó Kizzy—. He hecho contacto visual.

—Bien hecho, Kiz —dijo Sissix.

—¡Ha sido sin querer!

Un gaiista fue directo hacia ellas, sosteniendo con manos enguantadas un terrario redondo.

—Saludos, hermanas —empezó. Una pequeña vox bajo la placa facial del traje transmitía la voz. Su klip era bueno, pero con un fuerte acento, lleno de consonantes imprecisas que indicaban la falta de uso regular—. ¿Os apetece ver una de las pequeñas maravillas de

vuestro planeta madre? —Alzó el terrario hacia Kizzy y Rosemary, ignorando ostensiblemente a Sissix.

Rosemary murmuró un «No, gracias». Kizzy balbuceó un «Llego tarde a algo».

—Me gustaría verlo —respondió Sissix.

El rostro del gaiista se petrificó en el interior del casco. Con una sonrisa tensa, alzó el terrario. Tras el plex, una delicada flor amarilla brotaba de una cuna de musgo.

—Es una *orquídea* —dijo; la palabra extranjera resaltó de un modo curioso en klip—. Una delicada planta que crecía en los pantanos y en las selvas pluviales de la Tierra. Como gran parte de la variada flora de la Tierra, estas bonitas flores se extinguieron durante el Colapso. —Sus ojos pasaban de Kizzy a Rosemary, ansiosos por ver si mostraban interés—. Gracias a los esfuerzos de nuestros compatriotas que han trabajado duro en nuestro hogar, las orquídeas han enraizado con éxito en algunas selvas pluviales recuperadas.

—Es hermosa —dijo Sissix. Sonó como si lo dijera en serio. Señaló la flor y se giró hacia sus acompañantes—. Vuestros genitales se parecen un poco a esta *orr-quídea*, ¿no?

Kizzy estalló en carcajadas. Rosemary se sonrojó.

—Oye, tengo una pregunta —dijo Sissix, dirigiéndose hacia el ahora tartamudo gaiista. Se acercó hacia el terrario. Dentro del traje, el gaiista reculó ante la imagen de esas garras alienígenas sobre el musgo de la Tierra—. Los científicos del proyecto Samsara, ¿también experimentan con *orr bebés*?

El gaiista torció el gesto.

—Puede —respondió con un hilo de voz—. Pero no se puede tener éxito con la tierra si uno vive con los pies en el cielo. —Un deje de beatería tiñó su voz amistosa.

Rosemary casi sintió pena por el gaiista. Sissix le estaba tendiendo una trampa; trataba de hacer que abandonara el pretexto de la lección sobre la naturaleza y empezara a ondear los dogmas de la pureza gaiiana. A primera vista, la meta de los gaiistas, curar el

apenas habitable planeta hogar de su especie, era noble. Pero era la misma meta que compartían con los científicos del proyecto Samsara, que vivían en el plateado anillo orbital que rodeaba la Tierra. Un anillo que no había sido construido por humanos, sino por aeluones y aandrisk filantrópicos. Y aunque los esfuerzos de restauración en el anillo los lideraban humanos, muchos científicos que trabajaban con ellos eran de otros planetas. Los retrógrados gaiistas, en concreto los que recorrían los muelles de aterrizaje en búsqueda de almas perdidas, lo odiaban.

El gaiista se giró hacia Rosemary y Kizzy; su voz iba perdiendo filo y empezaba a traslucir un deje de desesperación.

—Si disponéis de tiempo propio durante vuestra estancia aquí… —En otras palabras: lejos de la alien—. Por favor, venid a vernos de nuevo. Tenemos muchas más maravillas de la Tierra para compartir, e incluso más en los tanques hábitat a bordo de nuestra nave. —Sujetó el terrario con la mano izquierda y metió la otra en la bolsa—. Tomad —dijo, entregándoles a cada una un infochip—. Tomadlos como un regalo. Contienen vídeos de algunos de los lugares mágicos que os esperan en nuestro planeta nativo. Conectadlos en vuestros escrib y disfrutad. —Sonrió, como si la simple mención de la Tierra le otorgara paz—. Venid a vernos de nuevo, hermanas. Siempre sois bienvenidas entre nosotros.

El gaiista se retiró a su mesa, dejando que las tres tripulantes se marcharan a toda prisa.

—Y ahí tienes el motivo —dijo Kizzy, arrojando el chip en la primera papelera que vio— por el que no hacemos contacto visual. Bien por mí.

—También hay especistas chalados aandrisk, ¿sabéis? —dijo Sissix—. Pero no van por ahí molestando a la gente.

—¿Qué hacen tus especistas chalados? —preguntó Kizzy.

Sissix se encogió de hombros.

—Viven en granjas cerradas con vallas y tienen orgías privadas.

—¿En qué se diferencia eso de lo que hacéis los demás?

—No tenemos vallas y cualquiera puede unirse a nuestras orgías. Excepto los laru. Son alérgicos a nosotros.

—Estrellas —dijo Kizzy, abriendo el camino por el mercado. De la cartera sacó una bolsita con hojaldres de alga y se puso a masticar—. No puedo creer que Mala estuviera con estos chalados terranos.

—No puedo creer que fuera una survivalista —repuso Sissix—. Parecía que tenía los pies en la tierra, chiste malo aparte.

—Perdonad, ¿quién? —preguntó Rosemary.

—Mala. La madre de Jenks —respondió Kizzy—. Está en el proyecto Samsara. Trabaja con mamíferos. Deberías pedirle a Jenks que te enseñe algunas fotos de sus bolitas de pelo. Por todas las estrellas, los vombátidos…

Rosemary se detuvo un instante. Tenía que haber oído mal.

—Espera, ¿era una survivalista? —No podía ser cierto, no si esta mujer vivía en el anillo. Los survivalistas eran tan radicales como los gaiistas. No solo eran xenófobos, sino que además eran tecnófobos. Creían que la tecnología era lo que había condenado su planeta desde el principio, y el único modo de conseguir la redención era vivir como los animales que eran. Los survivalistas eran cazadores-recolectores estrictos y puristas genéticos, y se abstenían no solo de las terapias genéticas rutinarias, sino también de las vacunas. La debilidad, creían, tenía que ser erradicada con la crianza. Parecían ignorar el hecho de que la única razón por la que la Tierra disponía de terrenos de los que podían vivir era porque la República Solar les había concedido un enorme territorio de tierra cultivable restaurada, repleta con plantas comestibles y rebaños que habían sido devueltos a la vida por científicos que usaban ADN congelado y cámaras de gestación. Rosemary no conocía todavía demasiado bien a Jenks, pero ¿cómo podía ser que ese racional y despreocupado técnico de componentes viniera de una madre survivalista?

—Seh, se metió en ello durante la adolescencia —respondió Kizzy—. Huyó de casa, hizo autoestop hasta la Tierra, se unió a un clan, comió carne salvaje auténtica, todo el rollo. ¿Te lo imaginas?

—Se encogió teatralmente, como si estuviera al acecho—. Estás en plan acechando en silencio por la hierba —movió la cabeza de lado a lado—, esquivando serpientes o ratas o lo que sea, y solo tienes un enorme palo puntiagudo, y tienes que correr hasta este puto báfulo…

—¿Báfulo? —preguntó Sissix.

—Es como una vaca gigante o algo parecido. Y entonces apuñalas y apuñalas y vuelves a apuñalar, y te embiste en plan «hostia, mierda»… —Kizzy se agitó en una pantomima indeterminada, sin fijarse en que el resto de la gente en el mercado la observaba con cautela, o importándole un bledo. Se le cayeron de la bolsa algunos hojaldres de alga—. Y te encuentras pezuñas en tu cara y sangre por todas partes, pero es que por todas partes, y entonces está muerto, y ahora toca destriparlo con las manos. Y comértelo. —Se llevó las manos a la boca e hizo unos ruidosos sonidos de masticación.

—Puag, termina ya, por favor —dijo Sissix, torciendo el gesto.

—¿Jenks creció en la Tierra? ¿En un clan? —preguntó Rosemary.

—No, pero nació en uno. Por eso es pequeño —contestó Sissix—. No tuvo terapia prenatal.

—Ah —repuso Rosemary—. Creía que era altergén, pero no sabía muy bien cómo preguntarlo.

—Ya, no; sí que es algo genético, pero nació con ello —dijo Kizzy—. Y, por cierto, estoy segura de que has ganado algunos puntos con él al no mencionar el asunto a la primera. No le importan las preguntas, pero le cansan.

Sissix continuó:

—Verás, Mala no realizó revisiones rutinarias al quedarse embarazada. Ella…

—Ella casi se muere durante el parto —intervino Kizzy—. En serio, casi se muere. ¿Te lo puedes creer? ¿Quién se muere pariendo? Joder, qué arcaico. Y Jenks estaría fiambre si no fuera porque Mala decidió molar mucho. Lo de tragarse todas las locuras survivalistas paró en seco en el instante en que salió el tema de matar al bebé.

Rosemary se quedó boquiabierta.

—¿Iban a matar a Jenks?

Kizzy asintió y se metió un puñado de hojaldres en la boca.

—Ls vivnclst mmdn mmf… mfm. —Tragó—. Los survivalistas abandonan a los bebés si creen que están enfermos o son diferentes o lo que sea. En plan, eh, vaya, este es un poco raro, mejor lo abandonamos para poder erradicar los genes débiles. —Kizzy apretó los puños, aplastando los hojaldres dentro de la bolsa—. ¡Argh! ¡Es tan estúpido! —Bajó la mirada a la bolsa, como si la viera por primera vez—. Oooh.

—¿Qué pasó? —preguntó Rosemary.

—He hecho migajas.

—No, me refiero a Mala.

—Huyó de nuevo —explicó Sissix—. Se alejó del clan y encontró un grupo de científicos que trabajaban en la superficie del planeta. Verás, ellos…

—No, te has dejado la parte molona —interrumpió Kizzy—. Tuvo que caminar, vale, en plan un camino superlarguísimo, con la esperanza de encontrar a alguien al otro lado de la frontera survivalista. Ni esquifes, ni aerodeslizadores, ni lanzaderas. Todo a pie. Ultramegadescalza. Con, esto, leones por todas partes. Leones.

—No por todas partes —dijo Sissix.

—Mira, cuando hablas sobre leones, no importa si están literalmente por todas partes —replicó Kizzy—. Saber que hay un puñado de leones que pueden estar por ahí es suficiente.

—Bueno, en cualquier caso, los científicos del Anillo dieron refugio a Mala y a Jenks, y ella llegó a la conclusión de que no eran tan malos. Allí le cogió el gusto a la biología, y es donde ha estado desde entonces.

—Ni universidad ni nada —repuso Kizzy—. Empezó quitando mierda con una pala en los rediles de crianza y aprendió lo básico a partir de ahí. Sin embargo, todavía es una gaiista, aunque algo suavizada. De hecho, muchos de los científicos humanos en el Anillo lo son. Creen en todo eso de las almas ligadas al planeta y no les gusta estar lejos de la Tierra, pero desechan la parte especista como

la mierda que es. Y parece ser que se pilló un buen mosqueo cuando el Jenks adolescente decidió ir a descubrir el resto de la galaxia. Ahora le parece estupendísimo. Muchos gaiistas son gente guay. No como esos capullos. —Hizo un gesto con la cabeza hacia los misioneros.

—¿Jenks no pudo recibir la terapia genética cuando fueron al anillo? —preguntó Rosemary—. Quiero decir, incluso a los científicos gaiistas debe de parecerles bien la medicina estándar.

—Sí, lo están. Llevan inmubots como el resto de nosotras, y se vacunan, gracias al cielo. Pero la terapia genética les parece un tema dudoso. Por regla general no les parece mal modificarse por razones de calidad de vida, pero no por estética.

—Entonces, ¿por qué…?

—¿Por qué Jenks no se modificó? Como he dicho, tan solo por razones de calidad de vida. Pero mira a ese cabrón feliz. Su vida tendría calidad total a cualquier tamaño.

—Pero no podían saberlo con seguridad cuando era un bebé.

—Mala no les dejó hacerlo. Jenks dice que convenció a los doctores para que aceptaran que ser pequeño no era sinónimo de que no estaba sano, no era siquiera una pregunta para ella. No tenía nada que ver con el tema gaiista llegados a ese punto; Jenks dice que simplemente estaba harta de que la gente le dijera que había algo que no iba bien con su hijo. —Se detuvo y miró a su alrededor—. Y llevo todo el rato andando en dirección equivocada.

—¿Qué es lo primero en la lista? —preguntó Sissix.

Kizzy sacó el escrib.

—Limpiaplex —anunció—. Luego dosificadores de bots de limpieza.

—¿Podemos conseguirlos sin perfumar esta vez? —suplicó Sissix—. Ashby siempre coge los de limón, y odio entrar en el baño tras el día de limpieza y oler a cítricos.

—¿Tienes algo en contra de estar fresca como un limón?

—¿Sabes qué son los iski?

—No.

—Sí que los conoces. Unas frutitas verdes que crecen en racimos de tres.

—Ah, seh.

—Huelen a cítrico, ¿no?

—Parecido.

—Bien, ungimos a nuestros muertos con zumo de iski.

Kizzy rio.

—Ay, no, ug. Vale, bots de limpieza no perfumados. —Le echó otro vistazo a la lista y le dio unos golpecitos con énfasis, como un político en pleno discurso—. Escuchad, hoy vamos a ser un equipo de compras sólido como una roca. Vamos a seguir la lista al pie de la letra, sin discusión. Siempre me gasto demasiado en mierdas que no necesito. —Algo detrás de Rosemary captó su atención—. Como eso de ahí. —Sin añadir más, Kizzy corrió hacia una tiendecita repleta de equipo de malabarista.

Sissix suspiró.

—Ya empezamos —susurró, observando a Kizzy rebuscar en una caja repleta de brillantes bastones.

Mientras se acercaban a la técnica mecánica, Sissix rodeó a Rosemary con el brazo a la altura del hombro. Aquella familiaridad hizo que Rosemary parpadeara, pero también sintió una chispa de orgullo. Incluso si la atracaban antes de que terminara el día, por lo menos estaba en buena compañía.

Jenks bajó la rampa que llevaba al distrito subterráneo para técnicos; o, como era más conocido, las cuevas. En la entrada, un aandrisk con una pistola aturdidora estaba sentado en un taburete junto a una señal multilingüe. El texto decía:

LOS OBJETOS AQUÍ EXPUESTOS PUEDEN CAUSAR DAÑOS A TECNOLOGÍA, BOTS, IA, SAPIENTES MODIFICADOS Y SAPIENTES QUE USAN SISTEMAS PERSONALES DE SOPORTE VITAL. NO TRAIGAIS NINGUNO DE ESTOS OBJETOS A LAS CUEVAS. SI TENÉIS IMPLANTADO UNO O MÁS DE ESTOS OBJETOS SOBRE O DENTRO DE VUESTRO CUERPO, DESACTIVADLOS ANTES DE ENTRAR.

Parches fantasma (implantes oculares de penetración superficial)

Bots piratas o asesinos

Polvo pirata (inyectores aéreos de código)

Materiales radioactivos indebidamente sellados (si no está seguro, no se la juegue)

Cualquier cosa que funcione con combustible de reserva

Imanes

Al final de la señal había un apéndice escrito a mano, solo en klip:

En serio, no estamos de coña.

Cuando Jenks pasó a su lado, el aandrisk asintió con simpatía, y sus implantes oculares gemelos centellearon en la colorida luz artificial. Cada tienda y cada tenderete en las cuevas tenía mecanismos de iluminación diferentes para distinguirse del resto. Las cuevas eran un ciclón de azules ambientales, de arcoíris variables, de amaneceres virtuales, de campos estelares proyectados. En cada tienda se podía contemplar la luz, pero en los pasillos que las separaban, los efectos se solapaban creando una extraña mezcla de color y sombras. Era como caminar a través de un caleidoscopio ebrio.

Jenks se sentía como en casa en las cuevas, y no solo por las interminables hileras de productos empaquetados a la perfección y pirateados a mano. Gran parte de las personas que había aquí eran modificados de los duros, gente a favor de sustituir sus propias extremidades por reemplazos sintéticos. Al caminar por las cuevas se podían ver exoesqueletos metálicos, turbulentos tatuajes de nanobots e inquietantes rostros perfectos que traicionaban la debilidad de su propietario por los altergenes. Parches faciales, puertos dérmicos, implantes caseros. Al lado de tales extravagancias, su corta estatura no era nada remarcable. Era difícil sentirse raro en un sitio donde todo el mundo era raro. Aquello lo reconfortaba.

Deambuló por las calles, apuntando mentalmente los lugares que tendría que visitar más tarde. Jenks era un veterano de Puerto, y sabía que solo había un lugar aceptable para comenzar antes de empezar a gastarse los créditos.

La fachada de la tienda a la que llegó no era tan elegante como la de otras. Un cartel hecho con el circuito roto de un tablero colgaba arriba. Las letras se habían trazado con viejos pedazos de chatarra. «El Balde Oxidado», decía el cartel, y en letras más pequeñas: «Canje de Tecnología y Taller de Reparación», y en otras más pequeñas aún: «Pepper y Azul, propietarios».

Jenks se puso de puntillas y miró por encima de mostrador. Pepper estaba encorvada sobre un banco de trabajo, con la espalda hacia él, murmurando algo para sí. Se rascó la nuca de la cabeza humana rapada, manchándose con un pegote de grasa para máquinas. Si se dio cuenta, no pareció importarle.

—¡Eh, señora! —ladró Jenks—. ¿Sabe dónde puedo pillar estimbots?

Pepper se dio la vuelta sin molestarse en disimular la irritación que le provocaba una pregunta tan obvia. Se le iluminó el rostro cuando se dio cuenta de quién preguntaba.

—¡Jenks! —exclamó; se limpió las manos en el mono y se acercó al mostrador—. ¡Qué demonios estás haciendo aquí! —Se arrodilló para darle un abrazo amistoso. El abrazo era cálido, pero los brazos eran delgados. Demasiado delgados. Desde que Jenks conocía a Pepper, sus abrazos siempre le despertaban un ramalazo de simpatía.

Pepper y su compañero Azul eran fugitivos de un planeta periférico llamado Aganon, uno de los últimos bastiones del movimiento Humanos Aumentados. Expulsadas irrevocablemente de la Diáspora y de la Confederación Galáctica, las colonias aumentadas criaban a su gente en cámaras de gestación, basando su código genético en cálculos de lo que sus sociedades necesitarían una vez que alcanzaran la madurez. La gente estaba modificada más allá de lo reconocible, mejorando la salud, la inteligencia, las habilidades

sociales… Cualquier cosa que se necesitara para los trabajos que estaban destinados a ocupar. Las tareas domésticas las realizaban las personas criadas sin ninguna alteración genética, excepto dos: infertilidad y falta de cabello (para que fuera más fácil reconocerlos). Los aumentados estaban tan convencidos de su superioridad sobre la clase obrera que no habían estado preparados en absoluto para el improbable éxodo de Pepper, el cual comenzó con una afortunada huida de una planta de manufacturación de tecnología, al final de su niñez, y culminó en un gigantesco vertedero que se convirtió en su hogar temporal. Allí, entre incontables desechos, Pepper encontró un tesoro escondido: un transbordador interestelar abandonado. Usando tan solo las piezas de desguace que pudo encontrar, Pepper parcheó y pirateó y acabo por convencer al transbordador para que volviera a la vida. Le llevó unos seis estándares conseguir que la cosa volara, y casi un estándar más robar el combustible suficiente. El precio de su libertad fue malnutrición severa, que casi la había matado cuando finalmente el transbordador fue interceptado por una nave patrulla de la CG. Llevaba en Puerto Coriol ocho estándares, lo suficiente como para convertirse en parte esencial de la comunidad local de modificadores, y había cuidado su salud durante ese tiempo. Pero, aunque le encantaba comer (había adoptado su nombre tras descubrir las maravillas de las especias), su metabolismo simplemente no podía seguirle el ritmo. Su cuerpo delgaducho nunca se iba a rellenar.

El hecho de que Jenks y Pepper pudieran estar en el mismo lugar (ella, procedente de un planeta donde ser altergén era obligado; él, hijo de una madre que había rehuido la sanidad tradicional) era un testimonio de la mentalidad abierta de Puerto, así como de lo increíble que podía ser la humanidad. También era probable que fuera el motivo por el que él y Pepper siempre se habían llevado tan bien, ya fuera por compasión o pura diversión. Bueno, eso, y su profundo e imperecedero amor por todo lo digital. Eso ayudaba, desde luego.

—¿Qué tal la *Peregrina*? —preguntó ella. Siempre era lo primero que preguntaba, y no era por quedar bien. Su interés por la nave, es más, por todas las naves, era genuino.

—Va tan fina como siempre —respondió Jenks—. Acabamos de hacer una perforación a ciegas en Botas Welim.

—Es la nueva colonia aeluona, ¿no? —preguntó Pepper.

—Sep.

—¿Qué tal fue?

—De manual. Excepto por nuestra nueva asistente, que no encajó demasiado bien la subcapa. *Buargh.* —Recreó una explosión saliendo de su boca.

Pepper rio.

—Quiero enterarme de todos los cotilleos. ¿Tienes tiempo para una taza de mek cuando despachemos los negocios? He construido una destiladora que te va a cambiar la vida.

—Bueno, cómo te voy a decir que no.

—Bien. ¿Qué haréis ahora? ¿Tenéis algo en perspectiva?

—Sí, de hecho —respondió Jenks con orgullo—. ¿Te suena la alianza Toremi?

Pepper puso cara de incredulidad.

—En serio, ¿en qué cojones están pensando?

—Ni idea —rio Jenks—, pero nos ha salido un encargo buenísimo. Tokath a Hedra Ka. Esos somos nosotros.

—No jodas —exclamó Pepper, boquiabierta—. ¿Vais al Núcleo?

—Sep. Es más, con una perforación anclada.

—Mierda. ¿En serio? Vaya, es un buen trayecto. ¿Cuánto tiempo?

—Un estándar, más o menos. Aunque la CG lleva las cuentas. Todo lo que tenemos que hacer es llegar y perforar de vuelta.

Pepper sacudió la cabeza.

—Bien por vosotros, pero me alegro de no ser yo —dijo entre risas—. Vaya, tío, me pondría muy nerviosa si tengo que pasar tanto tiempo en una nave. Aunque, de todas formas… El Núcleo. ¿Cuánta gente puede decir que ha estado ahí?

—Ya ves.

—Vaya. Bueno, eso explica por qué estás aquí. Supongo que tienes una buena lista de la compra.

—Casi todo es de Kiz. Está por ahí comprando chucherías. —Jenks le pasó el escrib.

—Dile que será mejor que asome la cabeza por aquí antes de que dejéis la órbita. Que no se le ocurra marcharse sin decirme hola.

—Como si ella fuera a dejar que eso ocurriera. Podríamos encontrarnos contigo y con Azul en el lado oscuro más tarde, si no tenéis planes. Cenar o algo. Acabo de cobrar.

—Me gusta mucho esa idea. Sobre todo la parte en la que pagas tú. —Repasó la lista, despacio. Leer no era su punto fuerte—. Vale, moduladores de corriente. Ve a Pok, el quelin que hay al final del callejón bot. ¿Lo conoces?

—He oído hablar de él. Da mal rollo hasta decir basta.

—No te lo discutiré, pero no es mal tipo, y no empaqueta sus cosas en grax como los otros. Confía en mí, sus moduladores son de lo mejorcito.

—¿Qué tiene de malo el grax?

—Es una protección buena y barata para la tecnología, pero embotará tus nodos receptores si los dejas envueltos demasiado tiempo.

—¿Estás de broma?

—Bueno, los que venden grax disienten, pero te juro que mi tecnología funciona mejor desde que dejé de comprar nada empaquetado con eso.

—Te tomo la palabra.

Pepper siguió con la lista.

—Acopladores de interruptor, ve a Hish.

—¿Hish?

—Circuito Abierto. Hish es la dueña.

—Ah, vale. Nunca he estado en Circuito Abierto. Siempre he ido a Estrella Blanca.

—Hish cobra más que Estrella Blanca, pero creo que tiene cosas de muchísima mejor calidad. Dile que te lo he dicho, puede que te

descuente algunos créditos. —Siguió leyendo—. Los circuitos de seis puntas te los puedo conseguir yo, siempre y cuando no te importe que estén usados. —Alcanzó una estantería, agarró un paquete de circuitos envuelto a mano y lo depositó en el mostrador.

—Tu versión de usado siempre es mejor que nuevo —respondió Jenks. Y lo decía en serio. Pepper hacía magia devolviéndole la vida a la tecnología.

Pepper sonrió.

—Eres un encanto. —Paseó la mirada por el escrib. —Paquetes de bobinas —dijo—. Mmm. Creo que tengo algunos metidos por ahí… —Trasteó por el lugar y arrojó una bolsa con pequeños envoltorios metálicos sobre el mostrador—. Ahí los tienes. Paquetes de bobinas.

—¿Cuánto? —preguntó Jenks, presionando su parche de muñeca.

Ella negó con la mano.

—Nos pagas la comida a mí y a mi hombre. Estamos en paz.

—¿Seguro?

—Desde luego.

—Bien, pues —dijo Jenks. Se aclaró la garganta y bajó la voz—. Pepper, hay algo que estoy buscando que no está en la lista.

—Tú dirás —contestó ella.

—Por curiosidad. Nada serio. —Era, por supuesto, una petición muy seria, pero incluso con una amiga como Pepper requería de un poco de cautela.

Pepper asintió lentamente; había entendido. Se inclinó adelante sobre el mostrador y habló en susurros.

—Puramente hipotético, lo pillo.

—Bien. —Se detuvo—. ¿Cuánto sabes sobre los kits corporales?

Pepper alzó las cejas, o mejor dicho, el lugar donde debería haber tenido las cejas si tuviera pelo.

—Joder, no vas con chiquitas ¿eh? Vaya. A ver, sin ánimo de ofender.

—Sin problema. Verás, sé que los kits son difíciles de encontrar…

—¿Difíciles de encontrar? Jenks, ese tipo de tecnología está tan prohibida que prácticamente no existe.

—Sin embargo, tiene que haber alguien. Algún modificador con un bunker en algún lugar…

—Ah, estoy segura de que lo hay. Pero nadie que conozca de primera mano. —Escrutó su rostro—. De todas formas, ¿para qué quieres un kit corporal?

Jenks se toqueteó la dilatación de su oreja izquierda.

—Si dijera que es personal, ¿lo dejarías estar?

Pepper no contestó, pero él pudo ver en sus ojos que estaba encajando las piezas. Ella sabía cuál era su trabajo. Le había oído hablar sobre Lovey, aunque fuese en conversaciones informales. Jenks pudo sentir que empezaba a sudar. «Estrellas, debo de parecer patético», pensó. Pero Pepper se limitó a sonreír perezosamente y se encogió de hombros.

—Tú mismo. —Ella recapacitó un instante, con el rostro más serio—. Pero debo decirte, como amiga, que si te cruzas con un kit corporal, y te contactaré sí por algún golpe de suerte astronómico encuentro un proveedor, espero, de verdad, que sepas lo que haces.

—Tendré cuidado.

—No, Jenks —repuso Pepper. En su voz no había la menor señal de que fuera algo sujeto a discusión—. No hablo de que hagas que te detengan. Hablo de que hagas algo peligroso. Odio jugar la carta de la-historia-de-mi-pasado-es-triste, pero escucha: soy el producto final de unas personas muy estúpidas y con buenas intenciones que creyeron que sería una gran idea redefinir la humanidad. No empezó siendo mucho. Una modificación aquí, un ajuste allá. Pero creció, como siempre ocurre, hasta que se convirtió en algo fuera de toda razón. Por ese mismo motivo están prohibidos los kits corporales. Personas que saben muchísimo más sobre ética que tú y yo creyeron que la CG no estaba preparada o equipada para mantener una forma nueva de vida. Y sí, tal como están las cosas, a las IA se las trata como mierda. Ya sabes que yo estoy a favor de darles todos los derechos. Pero es territorio pantanoso, Jenks, y por mucho que odie decirte esto, no estoy segura de que los kits corporales sean la solución. Por lo que, por muy inocentes

que sean tus intenciones, piensa primero en lo que haces. Pregúntate si estás listo para tal responsabilidad. —Alzó sus delgadas manos. Tenía las palmas cubiertas de antiguas cicatrices, restos de una década de rebuscar en montañas de basura afilada. Recuerdos de hambre y miedo y de un mundo roto—. Pregúntate cuáles pueden ser las consecuencias.

Jenks lo sopesó.

—Si estás tan convencida de esto —dijo al fin—, entonces, ¿por qué me avisarás si encuentras un proveedor?

—Porque eres mi amigo —contestó Pepper con un tono de voz más suave—. Y porque lograr conexiones es mi trabajo. Prefiero que lo hagas a través de mí que con un pirata en un callejón. Sin embargo, lo cierto es que también espero que para cuando encuentre a alguien hayas comprendido que yo tenía razón en que es una mala idea. — Pepper puso un cartel en el mostrador: «En la trastienda, grita y vengo»—. Vamos, necesitamos algo de mek. Quiero que me cuentes sobre esa novata tuya que se marea.

Ashby estaba sentado en la habitación del hotel que había pagado una hora antes. Pensaba en balón acuático. No es que estuviera demasiado interesado en ello, pero era más fácil de manejar que la alternativa. Cuando se despertó esa mañana, estaba listo para un día de regateos y de gastar créditos; el punto álgido de la jornada debería haber consistido en unas copas y una buena comida en un bar tranquilo. Ahora estaba en el lado oscuro de Coriol, rodeado de duras almohadas y un papel de pared horroroso, mientras esperaba a Pei, la cual no solo estaba sana y salva, sino cerca y con intención de tener sexo con él. balón acuático era más fácil de procesar.

«De acuerdo. Los finalistas de la Copa Titán, año 303. Veamos. Los Gorras Blancas han tenido que jugar, porque Kizzy se volvió loca cuando Kimi St. Clare se rompió un ligamento. Los Estallido Estelar estaban ahí, ¿no? Seh, le compraste a Aya un jersey de los Estallido

Estelar para su cumpleaños aquel año. Dijo que era su equipo favorito».

Tenía la cabeza repleta de pensamientos desbordados y descontrolados, dando tumbos como una procápsula, y era incapaz de calmarlos.. Eran demasiados sentimientos que reclamaban su atención. Alivio por la seguridad de Pei. Alegría por verla en cualquier momento. Preocupación sin motivo de que sus sentimientos hubieran menguado. Determinación a seguirle la corriente (solo las estrellas sabían cómo se sentía tras decenas de semanas bordeando zonas de guerra). Y miedo. Miedo; el que siempre sentía cuando se encontraban. Miedo de que, en los días venideros, después de que ella volviera a un espacio más peligroso, ese hola terminara siendo un adiós.

«No, no, los Estallido Estelar tuvieron que ser en el 302, no en el 303. Ese fue el mismo cumpleaños en que Aya tuvo su primer escrib para principiantes, lo cual implica que comenzaba la escuela. Es decir, 302».

También sentía una leve ansiedad, la preocupación de que esta vez los pillarían. No se le ocurría nada que hubiera dejado sin revisar. Utilizaban desde hacía muchísimo tiempo un sistema para pasar desapercibidos. Él siempre buscaba el hotel. Nada ostentoso, algo apartado, y mejor si era un lugar en el que no hubieran estado antes. Le dejaría claro al empleado del mostrador que necesitaban descanso y que no los molestaran bajo ninguna circunstancia. Una vez en la habitación, le enviaría un mensaje a Pei con nada más que el nombre del hotel y el número de la habitación, el cual ella borraría tras leerlo. Dos horas más tarde, tiempo suficiente para prevenir que nadie sospechara nada, ella llegaría al hotel y pediría la habitación adyacente a la de él. Esto era sencillo, ya que la numerología compleja era un componente conocidísimo de la cultura tradicional aeluona. Había tantos sistemas conflictivos para encontrar significados a las secuencias numéricas que no importaba qué habitación cogiera Ashby, Pei podía darle una vuelta positiva al número que ella pedía. Un recepcionista no aeluón asumiría que Pei

quería una habitación que simbolizara paz o buena salud, mientras que un aeluón la vería como alguien bastante anticuada para su edad (y quizá un poco tonta). Tras acomodarse en la habitación, Pei golpearía en la pared adyacente. Ashby se aseguraría de que el pasillo estaba vacío, y entonces dejaría su habitación. Tras aquello, tenían vía libre.

Un complejo teatrillo que tenían que interpretar solo para verse, pero que era crucial. Por abiertos y generosos que fueran los aeluones con sus vecinos galácticos, el sexo entre especies seguía siendo un tabú generalizado. Ashby no comprendía la lógica tras aquello (no era para nada un problema para la mayoría de humanos, por lo menos con especies bípedas) pero sí entendía el peligro para Pei. Un aeluón podía perder familia y amigos por tener una relación alienígena. O perder su trabajo, sobre todo si se trataba de un contrato con el gobierno. Y para alguien como Pei, que se enorgullecía de trabajar duro y poseer unas habilidades pulidas al extremo, una vergüenza así causaría un daño profundo.

«Ashby, céntrate. Los Gorras Blancas. Los Mazos. Los… ¿los Halcones? No, no han llegado a un partido de semifinales desde que eras tripulante en la *Portamanecer.* ¿Y qué hay de…? Vaya, estrellas, Ashby. Vamos. Balón acuático».

Junto a las distracciones emocionales que trataba de controlar, Ashby estaba metido en una batalla de voluntades, una pelea entre cerebro y biología. Sabía que era bastante seguro que iba a tener sexo en cualquier momento, pero no quería ser presuntuoso. No tenía ni idea de por lo que ella había pasado antes de aquella reunión, y hasta que no tuviera claras sus intenciones, iba a dejar que ella diera el primer paso. E incluso si ella tenía las mismas intenciones que él… Bueno, era una cuestión de educación. Incluso si su cuerpo reaccionaba precoz.

«Ashby. Semifinales de balón acuático. Año 303. Ganaron los Surcacielos. ¿Quién más…?».

Sonaron unos golpes a través de la pared, suaves pero claros.

Dejó la Copa Titán.

—¡Jabón! —gritó Kizzy, señalando una caseta de productos de baño—. ¡Míralos! ¡Son como pastelitos! —Salió a la carrera, la mochila de compras rebotándole en la espalda.

—Supongo que me vendría bien un exfoliante de escamas —dijo Sissix. Ella y Rosemary siguieron a la técnica mecánica, que ya estaba revolviendo en las cestas de productos.

La tienda la llevaba un comerciante harmagiano cuya oferta cubría las necesidades de muchas especies. Ásperos cepillos y manojos de hierbas para los baños de vapor aandrisk, píldoras efervescentes y emplastos calientes para los baños gélidos que preferían los aeluones, raspadores de piel y cremas corporales para harmagianos, una modesta pero colorida selección de jabones y champús humanos, y docenas de jarras, botellas y latas más que Rosemary no pudo identificar. Las especies sapientes de la galaxia podían encontrar muchos productos culturales comunes, pero pocos temas eran tan polémicos como la forma adecuada de mantenerse limpios.

El harmagiano (un macho, adivinó Rosemary por el color de los topos en su espalda) se aproximó veloz montado en un carrito cuando las tres se acercaron.

—Buen día tengáis, queridas clientes —anunció enroscando los zarcillos de la barbilla con alegría—. ¿Habéis acudido a echar un vistazo o tenéis algo concreto en mente? —Los dáctilos en la punta de los tres tentáculos frontales se abrieron en un gesto servicial. Era mayor, y la piel amarillo pálido que le cubría el cuerpo amorfo carecía de la humedad de la juventud.

Rosemary había conocido antes a harmagianos (su profesor de hanto, por ejemplo, y varios de los invitados habituales a cenas de su padre), pero siempre había tenido problemas para reconciliar su apariencia con su historia. La persona ante ella era, como todos los de su especie, una especie de masa amorfa parecida a un molusco que se movía con gran lentitud sin el carrito. No tenía dientes ni garras. Ni siquiera tenía huesos. Y aun así, hubo una época en que esta especie blanduzca había controlado una porción

significativa de la galaxia (y todavía lo hacían, si se observaba hacia dónde fluían los créditos, pero ya habían abandonado la costumbre de subyugar a los sapientes indígenas). Una vez había leído un ensayo de un historiador aeluón que sugería que la fragilidad física de los harmagianos era justo el motivo que los había ayudado a sacar ventaja tecnológica a otras especies. «Deseo e inteligencia» escribió el historiador, «es una combinación peligrosa».

Al considerar el contexto histórico, Rosemary pensó que su presencia en la tienda creaba una estampa curiosa: un harmagiano (el hijo anciano de un antiguo imperio), una aandrisk (cuya gente había moderado las negociaciones que garantizaban independencia a las colonias harmagianas y en última instancia habían acabado formando la CG), y dos humanas (una especie exigua que habría estado sentenciada si los harmagianos los hubieran descubierto durante su época de conquista). Todos juntos hablando amistosamente de comprar jabón. El tiempo era un ecualizador curioso.

Kizzy rebuscó entre las ofertas del harmagiano.

—¿Tienes algún… ¡Uy! ¿Puedo preguntarte en hanto? Estoy estudiando un curso por el Enlace y quiero practicar.

Sissix observó a Kizzy con escepticismo.

—¿Desde cuándo?

—Nusé, cinco días o así.

Las hendiduras en la punta de los tentáculos oculares se arrugaron de diversión.

—Por favor, permíteme oírte.

Kizzy se aclaró la garganta y tosió unas temblorosas sílabas. Rosemary se encogió de vergüenza. No solo Kizzy había dicho algo sin sentido, sino que, sin los gestos de acompañamiento, el intento era algo grosero.

Pero el harmagiano ululó de risa.

—Vaya, mi querida cliente —dijo, agitando los zarcillos—. Discúlpame, pero ha sido la peor pronunciación que he oído nunca.

Kizzy sonrió avergonzada.

—Ay, no —dijo, y rio.

—No es culpa tuya —dijo el harmagiano—. Los humanos lo tienen muy complicado para imitar nuestros cambios tonales.

Rosemary se llevó una mano junto a la clavícula y meneó los dedos, como había hecho tantas veces. Era una cruda imitación de los gestos con los zarcillos, pero era lo mejor que podía hacer un humano.

—Pala, ram talen, rakae'ma huk aesket'alo'n, hama t'hul basrakt'hon kib — dijo. «Quizá, querido anfitrión; pero con un poco de esfuerzo podemos compartir tus hermosas palabras».

Kizzy y Sissix desviaron la mirada hacia Rosemary al unísono, como si la vieran por primera vez. El harmagiano flexionó los zarcillos con respeto.

—¡Lo has logrado con éxito, querida cliente! — respondió en su propia lengua—. *¿Eres una comerciante espacial?*

Rosemary estiró los dedos.

—No soy comerciante, y hace poco que soy espacial — contestó—. *Nosotras tres somos tripulantes de una nave tuneladora.* —Las palabras eran ciertas, pero aun así le sonaban extrañas, como si pertenecieran a la vida de otra persona—. *Mis amigas y yo hemos venido a Puerto para adquirir suministros*.

—¡Vaya, tunelación! Una vida repleta de viajes. Vas a necesitar gran cantidad de cosas para mantenerte limpia durante el camino. —El harmagiano se estiró los zarcillos de buen humor. Los tentáculos oculares se dilataron al desviar la mirada hacia Kizzy—. ¿Has encontrado algo de tu agrado? —preguntó en klip.

Kizzy alzó un ladrillo de jabón rojo sangre.

—Necesito esto —dijo, hundiendo la nariz en el jabón e inhalando profundamente—. Por todas las estrellas, ¿qué es?

—Está hecho de bayaeev hervida —respondió el harmagiano—. Un aroma muy popular en mi planeta de origen. Aunque, desde luego, no hacemos jabón con ello. Lo que tienes ahí es una estupenda mezcla entre nuestras dos culturas.

—Me lo llevo —Kizzy le entregó el jabón al harmagiano. Él lo sujetó con dos de sus tentáculos más pequeños, cada uno cubierto con una vaina parecida a un guante para cubrir su delicada piel. Se escurrió tras el mostrador y se entretuvo con papel de envolver y lazo.

—Aquí tienes, querida cliente —dijo el harmagiano al entregarle el paquete envuelto con encanto—. Rompe un trocito pequeño cada vez, así te durará más.

Kizzy enterró la nariz en el envoltorio de nuevo.

—Mmmf, huele genial. Prueba, Rosemary.

Rosemary no pudo evitar inhalar cuando Kizzy le puso el bloque de jabón contra la cara. El aroma era intensamente dulce y azucarado, como un pastel. Se imaginó que usarlo sería como bañarse en merengue.

—Son ochocientos sesenta créditos, si no le importa, gracias —informó el harmagiano.

Kizzy tendió la mano hacia Rosemary.

—¿Me pasas el chip?

Rosemary parpadeó, sin estar segura de haberla entendido.

—¿Quieres el chip de la compañía?

—Seh, es jabón. El jabón está bien, ¿no?

Rosemary se aclaró la garganta y observó el escrib. No, el jabón no estaba bien, no el jabón caro, pero ¿cómo se lo iba a decir a Kizzy? Había subido a la nave de Kizzy, Kizzy le había dado la bienvenida con los brazos abiertos, Kizzy le había pagado demasiadas bebidas; tenía inmensamente menos experiencia que Kizzy en cosas como tunelar o comprar en puertos neutrales. Sin embargo…

—Lo siento, Kizzy, pero, esto, solo podemos usar el chip para jabón corriente. Si quieres jabón especial, tienes que pagártelo tú. —Sintió que las palabras salían de su boca, y las odió. Sonaba como una aguafiestas.

—Pero… —empezó Kizzy.

Sin decir una palabra, Sissix agarró la muñeca de Kizzy y la puso junto al escáner del comerciante. Sonó el bip correspondiente, que indicaba que su cuenta había sido aceptada.

—¡Oye! —exclamó Kizzy.

—Te lo puedes permitir —cortó Sissix.

—Un placer realizar negocios contigo —dijo el vendedor—. Vuelve cuando aterrices de nuevo. —Su voz era amistosa, pero Rosemary pudo adivinar por el retorcerse de los zarcillos que la discusión por el pago lo había hecho sentirse incómodo. Ella hizo un rápido gesto, una disculpa silenciosa. Él le devolvió una inclinación de respeto y se esfumó para ayudar a otros clientes.

Sissix miró a Kizzy con el ceño fruncido cuando salieron de la tienda.

—Kiz, si estamos volando a través de un tramo difícil y le digo a todo el mundo que dejen lo que están haciendo y se aten los cinturones, ¿qué haces?

—¿Qué? —preguntó Kizzy, confusa.

—Limítate a contestar.

—De… Dejo lo que estoy haciendo y me abrocho el cinturón —respondió.

—¿Incluso si te supone un inconveniente?

—Seh.

—Y si necesitas que nadie use agua del grifo durante un tiempo porque tienes que arreglar las cañerías, lo cual es un grandísimo inconveniente, ¿qué hacemos?

—Dejáis de usar el grifo —respondió mientras se rascaba la punta de la nariz.

Sissix señaló a Rosemary.

—Esta mujer de aquí tiene el peor trabajo de todos nosotros. Tiene que vivir en nuestra nave, con todas nuestras gloriosas y tercas cabezas de chorlito, y decirnos cuáles de nuestros hábitos comunes van contra las reglas. A mí me parece aterrador, pero lo ha hecho sin parecer una mamá gallina. Así que, aunque no siempre es conveniente, vamos a escucharla cuando tiene que hacer su trabajo,

porque esperamos que haga lo mismo con nosotros. —Miró a Rosemary, que estaba ocupada deseando que el suelo la engullera—. Y tú, Rosemary, tienes el derecho de darnos una patada en el culo con estas cosas, porque no pasar inspecciones o que nos dejen en tierra por no pagar una factura es un problema tan grande para esta tripulación como cualquiera de los otros.

—Las facturas sin pagar no te absorben hacia el espacio —murmuró Kizzy.

—Sabes a qué me refiero —exclamó Sissix. Kizzy suspiró.

—Rosemary, siento haber sido una idiota —dijo con la mirada en la punta de los pies. Alzó el bloque de jabón como si rindiera homenaje a la realeza—. Por favor, acepta mi jabón como disculpa.

Rosemary soltó una risita.

—No pasa nada —repuso, aliviada de que ella no había sido considerada como la idiota—. Quédate el jabón.

Kizzy reflexionó.

—¿Puedo invitarte a comer, por lo menos?

—De verdad, no pasa nada.

—Deja que te invite a comer —intervino Sissix—. De otro modo, va a aparecer con algún ridículo regalo de penitencia.

—Oye, te gustó el Doce Días de Tartas de Mermelada —se defendió Kizzy.

—En efecto —contestó Kizzy—. Casi deseo que rompas mi escrib más a menudo.

—Lo tiré dentro de un plato de sopa —le confesó Kizzy a Rosemary.

—Y después metió el brazo —dijo Sissix.

—¡Fue un acto reflejo!

—Y se pasó la siguiente hora en el área médica para que le curaran las quemaduras.

—Lo que sea. Tuviste tartas de mermelada, deja de ser mala.

Sissix señaló el escrib de Rosemary.

—¿Necesitamos algo más de esta zona antes de ir a comer?

Rosemary repasó la lista.

—Creo que no. ¿No dijiste que querías un exfoliante de escamas?

—Sí, aunque no me gustaron los que tenía —respondió Sissix—. ¿Os importa si seguimos mirando?

Las tres compañeras deambularon de tenderete a tenderete, en búsqueda del exfoliante de escamas. Tras varias pesarosas negativas, una mirada desconcertada y un laru cuellilargo que juró que sus sales holísticas del desierto funcionarían igual de bien, Kizzy tironeó del chaleco de Sissix.

—Me la juego a que esa mujer tiene algo —señaló.

—¿Dónde? —preguntó Sissix, dándose la vuelta. Se le suavizó la expresión cuando vio a la tendera, una vieja aandrisk sentada bajo un pequeño toldo de tela, rodeada por tres lados de mesas repletas de productos artesanales. Las plumas de la mujer estaban desvaídas, con flecos desgastados y dispersos; su piel, agrietada como el cuero viejo, y aunque el único ornamento que vestía, unos pantalones de tela fina, relucía y estaba limpio, un aura de solemnidad envolvía sus hombros escamosos.

Sissix dijo algo para sí misma en reskitkish. Rosemary no comprendió las palabras sibilantes, pero vio que Kizzy arrugaba el entrecejo. Sissix alzó la palma de la mano hacia sus compañeras.

—Lo siento, señoritas, esperadme aquí. Intentaré no tardar. —Se dirigió a la tendera, la cual estaba demasiado ocupada removiendo una taza de algo caliente para ver acercarse a Sissix.

Rosemary y Kizzy se miraron.

—¿Sabes qué ha dicho? —preguntó Rosemary.

—Mi reskitkish da pena —respondió Kizzy—. Pero parecía preocupada. No sé qué le pasa. —Señaló con la cabeza un banco cercano—. Supongo que podemos descansar un rato.

Se sentaron. Al otro lado, la vendedora miró a Sissix. La vieja aandrisk sonrió, pero pareció dudar, como si estuviera avergonzada por algo. Rosemary podía ver la boca de Sissix al hablar, pero las palabras se perdieron en la distancia (de todas formas, tampoco es que Rosemary pudiera entender lo que decía). Al mismo tiempo que Sissix hablaba, sus manos creaban patrones sutiles, cambiando y

moviéndose a toda velocidad como diminutas bandadas de pájaros. Las manos de la anciana se movieron en respuesta. Al principio, sus respectivos movimientos eran discordantes, pero según avanzaba la conversación, empezaron a imitarse la una a la otra.

—¿Sabes lenguaje de manos aandrisk? —preguntó Rosemary.

Kizzy alzó la vista del mechón de cabello que estaba trenzando.

—Lo cierto es que no. Sis me enseñó un par de gestos. Cosas básicas. «Hola». «Gracias». «Disfruto de tu compañía, pero no quiero tener sexo». —Observó a Sissix y a la tendera. Negó con la cabeza—. No tengo ni idea. Son demasiado rápidas. Pero Sissix también habla en voz alta, y eso es interesante.

—¿Por qué habla si usa lenguaje de signos?

—No, no, no es un lenguaje de signos. El lenguaje de manos no es lo mismo que reskitkish.

Rosemary estaba confundida.

—Es una pregunta estúpida, pero entonces ¿qué es? ¿Es como las expresiones faciales? ¿O los gestos hanto?

—No. —Kizzy sacó una cinta del bolsillo y ató la trenza—. El lenguaje de manos expresa cosas que son o demasiado básicas para malgastar palabras en ellas o demasiado personales.

—¿Demasiado personales?

—Sí, cosas que son importantísimas o muy difíciles de decir. En plan sobre el amor o el odio o cosas que te dan miedo. ¿Sabes cuando tienes algo muy importante que contarle a alguien, que te pones a tartamudear o a ensayarlo ante el espejo? Los aandrisk no se molestan con eso. Dejan que los gestos se ocupen de las incomodidades. Descubrieron que los sentimientos profundos e intensos son suficientemente universales como para ser definidos con un solo gesto de la mano o lo que sea, incluso cuando los eventos que han causado esos sentimientos son únicos.

—Les debe de ahorrar mucho tiempo —dijo Rosemary, preguntándose cuánto tiempo de su vida había gastado al tratar de dar con las palabras adecuadas en una conversación delicada.

—Muchísimo. Pero antiguamente, también se podía utilizar lenguaje de manos mientras hablabas. Se utilizaba para añadir énfasis a cosas que decías en voz alta, para que la gente supiera que hablabas en serio. Sissix dice que todavía se puede usar de ese modo, pero está anticuado y se reserva para circunstancias especiales. —Señaló con la cabeza hacia la tienda, donde las dos aandrisk se movían sincronizadas—. Lo que estamos viendo aquí es a Sissix ser superrespetuosa. Y sincera.

—Pero no conoce a la comerciante, ¿no?

—Ni idea. No creo. Pero la mujer es vieja, así que quizá solo se comporta de forma anticuada por respeto.

Rosemary observó a las aandrisk. Las manos danzaban deprisa y con gracia.

—¿Cómo se igualan la una a la otra? —preguntó.

Kizzy se encogió de hombros.

—Supongo que están de acuerdo en algo. —Levantó las cejas—. Ah. Así.

Sissix se había sentado con la espalda apoyada contra una de las mesas, y había separado las piernas a los lados. La anciana se había unido a ella, con la espalda apoyada en la parte frontal de Sissix. Ajustaron la posición de las colas. La anciana apoyó la cabeza en el pecho de Sissix y cerró los ojos, y Sissix puso la palma de la mano contra el estómago de la anciana apretándola hacia sí. Con la otra mano, abrió los dedos y los pasó desde la cabeza hasta la punta de las plumas, y estiró con suavidad los cañones de estas. Desde una perspectiva humana, parecían amantes reencontrados tras la puerta de un dormitorio, en absoluto dos extraños en un mercado al aire libre. Incluso al otro lado de la calle, el rostro de la anciana era fácil de interpretar. Estaba en éxtasis.

Rosemary estaba perpleja. Sabía que los aandrisk eran desinhibidos (para los estándares humanos, se recordó), pero aquello sobrepasaba sus expectativas.

—Eh —murmuró—. Pues…

—No tengo ni idea —añadió Kizzy—. Aandrisk. No tengo ni puta idea. —Se quedó en silencio unos segundos—. ¿Crees que lo van a hacer? —susurro al inclinarse hacia delante con curiosidad infantil—. Me la juego a que sí. No me jodas, ¿es legal hacerlo aquí? Vaya, espero que no lo hagan.

Pero las aandrisk no copularon. Sin embargo, siguieron con su intimidad espontánea durante una buena media hora; se acariciaban las plumas y se rozaban las mejillas, ajenas a las miradas de los transeúntes. En un momento dado, otros dos aandrisk pasaron por delante y les dirigieron una mirada casual, como si no ocurriera nada. Rosemary no estaba segura de si debía apartar la mirada o no. A Sissix, desde luego, no le importaba quien mirara. La peculiaridad del acto empezó a derretirse según Rosemary observaba. Era raro, sí, e inesperado, pero no era incómodo. Había una cierta belleza extraña en ello, algo en el modo en que movían las manos, la tranquilidad con la que se tocaban la una a la otra. Desconcertada con aquel pensamiento, Rosemary se descubrió algo celosa; de la anciana o de Sissix, no estaba segura. Deseó que alguien le otorgara aquel grado de atención. Deseó tener la suficiente confianza para devolverla.

Al fin, la anciana aleteó con las manos. Sissix la soltó y la ayudó a levantarse. Empezaron a mirar las mercaderías de la mujer. Escogieron una jarra de exfoliante de escamas. Sissix escaneó la muñeca. Intercambiaron algunas palabras más, pero sin idioma de manos. Una charla normal entre cliente y vendedora, que hizo que todo fuera todavía más surrealista que antes.

La anciana se arrancó una pluma de la cabeza con un gesto de dolor. Le entregó la pluma azul desvaído a Sissix. Esta la cogió e inclinó profundamente la cabeza. Mostraba una expresión de gratitud.

—Ay, vaya —dijo Kizzy, llevándose las manos al pecho—. Todavía no sé qué está pasando, pero me he puesto sentimentaloide.

—¿Qué? —Rosemary tenía la mirada clavada en las aandrisk, como si observarlas el tiempo suficiente fuera a darle una

explicación—. ¿Qué significa eso?

—¿Has estado en la habitación de Sissix?

—No.

—Vale, bueno, en la pared tiene este bonito cuadro con un montón de plumas aandrisk colgadas. Por lo que sé, cada aandrisk tiene uno. Verás, si fueras aandrisk y alguien realmente significa algo en tu vida, le das una de tus plumas. Y tú te quedas las plumas de otros como símbolo de aquellos en cuyo camino te has cruzado. Tener muchas plumas en la pared muestra que has significado algo para mucha gente. Es una gran prioridad en la vida para la mayoría de aandrisk. Pero no dan plumas por casualidad, no en plan por ayudar a cargar algo o a cambio de una bebida gratis o algo así. Debe ser una experiencia que te marque, pero puede ser sin problema entre extraños. Ay, oye, fíjate. —Kizzy señaló con la barbilla hacia Sissix, que le estaba entregando a la anciana una de sus plumas.

—¿Sissix te ha regalado una de sus plumas? —preguntó Rosemary.

—Sí, me dio una hace tiempo, después de enterarse de que había muerto uno de sus padres de incubación. Era ya anciano, pero a ella se le partió el corazón. La metí en la lanzadera, volé con ella hasta el medio de una nebulosa y dejé que gritara durante horas. A la mañana siguiente obtuve la pluma. Creo que toda la tripulación tiene una pluma de Sissix. Bueno, Corbin no. Me la juego a que Corbin no.

Sissix volvió al banco con la jarra de exfoliante de escamas. Miró a Kizzy y a Rosemary.

—Yo… Es posible que tenga que dar algunas explicaciones.

—Uy, sí —contestó Kizzy—. Unas explicaciones vendrían bien.

Sissix señaló el camino y les indicó que la siguieran.

—Una persona de su edad debería estar asentada con una familia y cuidando crías.

Rosemary trató de recordar todo lo que le habían contado sobre la estructura familiar aandrisk. Los jóvenes estaban al cuidado de comunidades de ancianos, no de sus padres biológicos. Eso lo sabía.

Y que había diferentes etapas familiares por las que pasaban según crecían. Pero más allá de aquello, Rosemary no tenía los detalles claros.

—Quizá no quería —aventuró Kizzy—. Puede que le guste más aquí fuera.

—No —contestó Sissix—. Es porque no socializa bien.

—¿Es vergonzosa? —preguntó Rosemary.

—Es una *rashek*. No hay una palabra para ello en klip. Tiene un trastorno que hace que le sea complicado interactuar con otros. Tiene problemas para comprender las intenciones de los demás. Y habla raro, todo eso era obvio cuando me acerqué al principio. Le ofrecí copular, pero fue incapaz de hacerlo. Por lo que sí, es vergonzosa, pero también le cuesta interpretar a la gente. Su forma de actuar es un poco… Bueno, a falta de otra palabra, rara.

—¿Por qué te has acurrucado con una rarita? —preguntó Kizzy.

—Ser rara no quiere decir que no merezca compañía. Que lleve una tienda en vez de vivir en una granja en algún lugar quiere decir que no tiene casa familiar. Y sí, hay ancianos que eligen no tener casas familiares, pero ella ni siquiera tiene una familia de plumas. Y eso es… —Sissix se estremeció—. Estrellas, no me imagino nada peor.

Rosemary contempló a Sissix. Se perdió en los términos familiares, pero aun así algo hizo clic.

—La estabas consolando. Tan simple como eso. Querías que supiera que alguien se preocupaba por ella.

—Nadie debería estar solo —añadió Sissix—. Estar sola y sin el tacto de alguien… No me imagino un castigo peor. Y ella no ha hecho nada malo. Tan solo es diferente.

—Hay muchos otros aandrisk aquí. ¿Por qué no hacen nada por ella?

—Porque no quieren —Sissix alzó la voz con un tono feroz al responder—. ¿Has visto a los dos aandrisk que han pasado por delante cuando estaba con ella? Estoy segura de que son de aquí. La conocían, lo supe por cómo la miraban. No le dedican ni dos

pensamientos. Es una inconveniencia. —Se le erizaron las plumas. Los dientes afilados asomaron.

—Que no te engañe la tierna cháchara y los abrazos —le dijo Kizzy a Rosemary—. Los aandrisk también pueden ser unos capullos.

—Uf, desde luego que sí —dijo Sissix—. En cualquier caso, siento haberos hecho esperar. Espero que no os hayáis sentido incómodas. Sé que los humanos a veces…

—No —cortó Rosemary—. No, ha sido muy amable por tu parte. —Observó a la aandrisk mientras caminaba junto a ella. Tenía un cuerpo extraño, sus maneras eran extrañas, y aun así, Rosemary se descubrió sintiendo una profunda admiración por ella.

—Sí, alucinante; bien hecho, Sissix —dijo Kizzy—. Pero me estoy muriendo de hambre. ¿Qué os apetece? ¿Fideos de arroz? ¿Pinchos? ¿Helado? Somos adultas, podemos comer helado si nos da la gana.

—Mejor no —dijo Sissix.

—Cierto. Me olvidé —repuso Kizzy, y se rio—. El helado hace que se le afloje la boca.

Sissix chasqueó la lengua con un sonido desaprobador.

—El motivo de que haya quien pueda preparar comida helada se me escapa por completo.

—¡Oooh! ¿Qué os parecen unos saltamontes? —propuso Kizzy—. Me apetecen un montón los saltamontes. Mmm, con pimienta picante y cebolla crujientita en un bollo tostado grandote… —Observó a Rosemary con mirada expectante.

—No recuerdo la última vez que comí saltamontes —contestó Rosemary. Era mentira. Nunca los había probado. Las hamburguesas de saltamontes eran comida callejera, y esa no era una modalidad de cocina a la que hubiera tenido acceso. Imaginó cómo reaccionaría su madre al verla masticando un bocadillo de bichos envuelto en papel grasiento mientras compartía una mesa con modificados y contrabandistas y ladrones que amputan brazos con parches. Sonrió—. Me gusta la idea.

Ashby deslizó la mano por el torso desnudo que se apretaba contra el suyo. Había tenido varias amantes antes que ella. Había acariciado piel de sobra. Pero ninguna como la de ella. Estaba cubierta de diminutas escamas. No cubierta a capas como Sissix, sino dispuestas de forma continua, engranadas. Era plateada, casi reflectante, como la de un pez de río. A pesar de todo el tiempo que se había pasado observándola, a pesar de lo cómodo que estaba junto a ella, todavía existían instantes en los que mirarla hacía que se le quedaran las palabras trabadas en la garganta.

Era pura casualidad, desde luego, que los aeluones se las arreglaran tan a menudo para marcar las casillas de la lista de Cosas que a los Humanos les Parecen Atractivas. A escala galáctica, la belleza era un concepto relativo. Todos los humanos estaban de acuerdo en que los harmagianos eran espantosos (sentimiento que los harmagianos devolvían de todo corazón). Los aandrisk… Bueno, eso dependía de que con quien hablaras. A algunas personas les gustaban las plumas; otros no soportaban los dientes y las garras. Los rosk, con las patitas temblorosas y las mandíbulas dentadas, serían material de pesadillas incluso si no tuvieran la costumbre de bombardear a gran escala las colonias fronterizas. Pero los aeluones, por algún capricho extraño de la evolución, tenían una apariencia que a la mayoría de los humanos les dejaba boquiabiertos, les hacía alzar las palmas de las manos, y decir: «Vale, sois una especie superior». Las largas extremidades y dedos de los aeluones eran alienígenas sin duda, pero se movían con una gracia fascinante. Los ojos eran grandes, pero no demasiado grandes. Las bocas eran pequeñas, pero no demasiado pequeñas. Ashby sabía de sobra que era difícil encontrar a un humano al que no le gustara un aeluón, incluso en los términos estéticos más objetivos. Las mujeres aeluonas no tenían pechos, pero tras conocer a Pei, Ashby descubrió que no le importaba. Su yo adolescente se habría horrorizado.

Estirado junto a ella, Ashby se sintió como un revoltijo peludo y larguirucho. Pero si tenía en cuenta lo que habían estado haciendo durante casi las dos horas anteriores, supuso que no podía ser tan

repulsivo. O quizá a ella no le importaba lo más mínimo el revoltijo peludo y larguirucho. Aquello también le servía.

—¿Tienes hambre? —preguntó Pei, aunque no movió la boca. Como todos los aeluones, su «voz» era un sonido computerizado que provenía de una fonocaja incrustada en la base de la garganta. La fonocaja se controlaba a través de un proceso neuronal que le gustaba comparar con pensar palabras al escribir. Los aeluones no tenían sentido auditivo natural, y no tenían necesidad de un idioma verbal propio. Entre ellos se comunicaban con el color; en concreto, con parches iridiscentes en las mejillas que brillaban y fluctuaban como el reflejo en una burbuja. Pero cuando empezaron a interactuar con otras especies, la comunicación verbal se volvió una necesidad, y entonces llegaron las fonocajas.

—Estoy famélico —respondió Ashby. Sabía que, al hablar, el sonido que salía de su garganta lo recogía el implante similar a una joya que ella tenía en la frente. Ya que su cerebro no tenía modo de procesar el sonido, el implante traducía las palabras en una entrada neuronal para que fueran comprensibles. No acababa de entender cómo funcionaba, pero podía decir lo mismo de casi toda la tecnología. Funcionaba. Con eso le bastaba—. ¿Tu habitación o la mía? —preguntó. Era otra parte de su procedimiento operativo estándar: asegurarse de que solo había una persona en el dormitorio cuando llegaba el servicio de habitaciones.

—Primero veamos qué tienen. —Pei se estiró sobre el borde de la cama y cogió el menú de una mesita cercana—. ¿Cuáles son nuestras probabilidades?

Era una antigua broma entre ellos, la pregunta de cuáles eran las posibilidades de que ambos encontrasen algo que les gustara en el menú del servicio de habitaciones. Los menús multiespecies eran bienintencionados, pero siempre impredecibles.

—Setenta a treinta —respondió Ashby—. A tu favor.

—¿Y eso?

Él señaló el menú.

—Porque tienen toda una sección dedicada a las huevas.

—Vaya, es cierto.

Ashby deslizó los ojos por su cuerpo mientras ella leía con detenimiento la selección de huevos de pez. Vio algo que sobresalía de la cintura. El borde de una cicatriz, de un denso y lechoso blanco. No se había dado cuenta antes, pero había estado un pelín distraído.

—Esta es nueva.

—¿Qué? —Giró el cuello para mirar—. Ah, eso. Sí. —Volvió al menú.

Ashby suspiró, un peso familiar empezó a crecerle en el estómago. Pei tenía muchas cicatrices, franjas como cuerdas le atravesaban la espalda, agujeros de bala sanados en las piernas y el pecho, una retorcida cicatriz casi borrada causada por la culata de un rifle de pulsos. Su cuerpo era un tapiz de violencia. Ashby no se hacía ilusiones sobre los riesgos que hacía frente un tripulante de carguero, pero de algún modo, la ropa limpia, la nave gris pulida, el ingenio audaz y la suave voz hizo que todo pareciera muy civilizado. No fue hasta que vio las pruebas físicas de que alguien la había herido que recordó lo peligrosa que era su vida. La vida que no podía compartir.

—¿Debería preguntar? —repuso Ashby, pasando el dedo por la piel opaca. El modo en que ella estaba reclinada evitaba que viera la cicatriz por completo, pero le llegaba hasta la espalda y se ensanchaba allí—. Mierda, Pei, esta es grande.

Pei dejó el menú sobre su pecho y le miró.

—¿De verdad lo quieres saber?

—Sí.

—No te lo voy a contar si hace que te preocupes todavía más.

—¿Quién ha dicho que estoy preocupado?

Ella le acarició con un dedo los pliegues en el entrecejo.

—Eres muy dulce, pero mentir se te da fatal. —Se dio la vuelta, y acercó el rostro al suyo—. Hubo un… accidente en un descenso.

—Un accidente.

Su segundo par de párpados aleteó, y las mejillas se pusieron amarillo pálido con motas rojas. Las complejidades de su lenguaje

de color eran algo que Ashby nunca sería capaz de dominar, pero estaba bastante familiarizado para distinguir emociones. Esta, por ejemplo, era algo entre exasperación y vergüenza.

—Va a sonar mucho peor de lo que fue en realidad.

Ashby repiqueteó con los dedos contra la cadera de Pei, a la espera.

—Oh, de acuerdo. Nos sorprendió un pequeño, muy pequeño, debo añadir, equipo de asalto rosk. Iban en busca de la base, no de nosotros, pero nos encontramos en medio. Para resumir aquel lío, terminé encima de la cabeza de una…

—¿¡Qué!? —Los soldados rosk estaban construidos para el combate desde los genes. Eran tres veces del tamaño de un humano común. Una veloz y furiosa masa de piernas, espinas y placas de queratina. Si se encontraba en esa situación, no creía que fuera capaz de huir de un soldado rosk en plena carga, y mucho menos trepar a su cabeza.

—Te dije que iba a sonar mal. En cualquier caso, lo penúltimo que hizo fue arrojarme contra una pila de cajas. Mientras caía, aprovechó la oportunidad para agarrarme con la boca. Tengo equipo de protección de calidad, pero las mandíbulas rosk… —Meneó la cabeza—. Lo que ves en la cadera es el resultado de una de esas mandíbulas al atravesar la protección. Pero, de hecho, terminó bastante bien para mí. Estar en su boca me dio un bonito y blando objetivo al que disparar.

Ashby tragó saliva.

—Entonces, ¿tú…?

—No, no fue suficiente para matarla. Sin embargo, el segundo disparo de mi piloto sí lo fue. —Ladeó la cabeza, y los segundos párpados se deslizaron hacia los lados—. Estás preocupado.

—Es difícil no estarlo.

—Ashby. —Se estiró para rozarle la mejilla—. No deberías preguntar.

Ashby le puso la palma de la mano contra su lumbar y la acercó hacia él.

—Quiero que esta guerra acabe.

—Sabes que casi todas me las hice en espacio de la CG. —Cogió la mano de él y la guio por las cicatrices—. Esta es de un akarak que trató de abordar mi nave. Esta es de un contrabandista que no quería que alertara a las autoridades sobre sus bots falsificados. Y esta es de un chiflado altergén que no tenía un buen día. Nadie me protege cuando estoy en espacio no disputado. Nadie excepto yo misma. Cuando hago un trabajo militar, tengo escoltas cuando estoy en el espacio y guardias armados cuando descargo en la superficie de un planeta. Por varias razones, el trabajo militar es más seguro. También pagan más. Y no es que me envíen a primera línea de combate. En cuanto descargo las mercancías, me doy la vuelta y vuelvo a casa.

—¿Los… incidentes tienen lugar a menudo?

—No. —Ella estudió su rostro—. ¿Te preocupa más que me atacaran o que haya disparado a alguien?

Ashby se quedó en silencio un instante.

—Lo primero. No me importa si le disparaste a la rosk.

Ella estiró una pierna y la enredó entre las de él.

—Es curioso que un exodano diga eso. —Pei, como todos en la CG, sabía que los exodanos eran pacifistas. Antes de abandonar la Tierra por el espacio, los refugiados comprendieron que el único modo en que iban a sobrevivir era si permanecían unidos. Por lo que a ellos respectaba, la sangrienta historia repleta de guerras de su especie acababa con ellos.

—No sé si puedo explicarlo —repuso Ashby—. Ojalá no hubiera guerra, pero no juzgo a otras especies por participar en ella. Lo que haces ahí fuera, quiero decir, no puedo encontrar culpa en ello. Los rosk matan a gente inocente en territorios que no les pertenecen y no se puede razonar con ellos. Odio decirlo, pero en este caso, creo que la violencia es la única opción.

Las mejillas de Pei se volvieron naranja oscuro.

—Lo es. Yo solo la toco de refilón, y por lo que he visto… Créeme, Ashby, esta es una guerra que es necesario combatir. —Exhaló apesadumbrada—. ¿Piensas mal de mí por… no sé, por hacer negocios con soldados?

—No. No eres una mercenaria. Todo lo que haces es llevar suministros a la gente. No hay nada de malo en eso.

—¿Y sobre el disparo a la rosk? La que me tenía en su boca. Sabes que no es la primera vez que he tenido que… defenderme.

—Lo sé. Pero eres una buena mujer. Lo que hagas no cambia nada. Y tu especie… Sabéis cómo terminar una guerra. Terminarla de verdad. No lo lleváis en la sangre. Hacéis lo que es necesario hacer, y lo dejáis ahí.

—No siempre —contestó Pei—. Tenemos tantas manchas oscuras en nuestra historia como cualquiera.

—Quizá, pero no como nosotros. Los humanos no podemos manejar la guerra. Todo lo que sé sobre nuestra historia muestra que saca lo peor de nosotros. No somos… suficientemente maduros para la guerra, o algo parecido. Cuando empezamos, no podemos parar. Y lo he sentido en mí, ya sabes, esa inclinación a actuar preso de la furia. No es nada como lo que has visto. No pretendo fingir que sé de qué va la guerra. Pero los humanos tenemos algo peligroso en nosotros. Casi nos destruimos a nosotros mismos por culpa de ello.

Pei se pasó los largos dedos por el cabello recogido.

—Pero no lo hicisteis. Y aprendisteis de ello. Tratáis de evolucionar. Creo que el resto de la galaxia subestima lo que eso dice de vosotros. —Se detuvo un instante—. Bueno, por lo menos sobre los exodanos —concluyó, con un verde pícaro en las mejillas—. Los motivos de los solanos son un poquito más cuestionables.

—No es que tú seas parcial ni nada parecido —dijo Ashby entre risas.

—Es culpa tuya que lo sea. —Se acomodó en la almohada—. No cambies de tema. No has terminado tu reflexión inicial.

—¿Cuál?

—Lo que te molesta de verdad.

—Ah, cierto. —Suspiró. ¿Quién era él para hablarle de guerra? ¿Qué sabía él, aparte de las noticias en los canales informativos y los archivos referenciales? La guerra no era más que una historia para él, algo que le ocurría a gente que no conocía en lugares donde nunca había estado. Le parecía insultante decirle cómo se sentía sobre el tema.

—Venga —animó Pei.

—La rosk que te mordió. Está muerta.

—Sí. —El tono era llano. Sin remordimientos, sin orgullo.

Ashby asintió.

—Eso es lo que me molesta.

—¿Que… una rosk muriera?

—No. —Se golpeó el pecho con los dedos—. Esto. Esta sensación. Es lo que me molesta. Me dices que disparaste a alguien y me alegro. Me alegro de que la detuvieras antes de que te hiciera más daño. Me alegro de que esté muerta, porque eso quiere decir que tú estás aquí. ¿Qué dice eso de mí? ¿Qué dice de mí que sienta alivio que tú hagas lo mismo por lo que yo condeno a mi especie?

Pei lo observó un buen rato. Se acercó todavía más.

—Quiere decir —susurró con su frente contra la de él, con sus flexibles extremidades envolviéndole el cuerpo—, que entiendes más sobre la violencia de lo que crees. —Se llevó los dedos a la mejilla, un destello de preocupación cruzó su rostro—. Y eso es bueno, si consideramos hacia donde te diriges.

—No vamos a una zona de combate. La Cámara dice que la situación es perfectamente estable.

—Sí, ya —dijo, inexpresiva—. Nunca he mirado a un toremi a los ojos, pero parecen de todo menos estables. Esa especie estuvo enviando a nuestros exploradores de vuelta en trocitos antes de que vosotros supierais que el resto de nosotros estábamos aquí. No me trago esta alianza, y no me gusta la idea de que vayas ahí fuera.

—Y lo dices tú —rio Ashby.

—Es diferente.

—Seguro.

Pei apartó la mirada, disgustada.

—Sí, seguro. Sé con qué extremo del arma apuntar a alguien. Tú ni siquiera empuñarías una. —Exhaló y las mejillas adoptaron un pálido naranja—. No es justo, lo siento. Lo que quiero decir es que puede que hayas reflexionado sobre esto durante mucho tiempo, pero no conozco a los toremi. Solo sé lo que he oído, y… Por favor, Ashby, ten cuidado.

Él le besó la frente.

—Y ahora sabes cómo me siento cada vez que te marchas.

—Es un sentimiento horrible —contestó con una sonrisa torcida—. Y ojalá tú tampoco te sintieras así. Pero supongo que en cierto modo es bueno. Quiere decir que te preocupas por mí tanto como yo por ti. —Llevó la mano de él hasta su cadera—. Me gusta.

Tardaron una hora más en llamar al servicio de habitaciones.

Día 180, CG Estándar 306

EL DECLIVE

Sentados a salvo tras la ventana de su habitación, Ohan observaron el agujero negro. Con un leve esfuerzo recordaron cómo era la galaxia durante la infancia del huésped, antes de la infección. Plana. Vacua. En blanco. Una mente no tocada por el Susurrante se perdía muchísimo de la existencia. Sus compañeros alienígenas tenían mentes así. Ohan sentían lástima por ellos.

Al observar solo con los ojos, la visión de Ohan sobre la actividad que tenía lugar en los límites del disco de acreción del agujero negro no era diferente al modo en que lo percibía el resto de la tripulación. Una bandada de drones sin tripulación volaba tan cerca del horizonte de sucesos como era capaz, justo en el límite del abrazo de la gravedad. Planeaban a través de torbellinos de polvo, y para un observador ordinario, parecería como si no hicieran nada más que dibujar rastros en aquel con brazos parecidos a peines. Pero si Ohan contemplaban con la mente, si lo mapeaban todo con los números y las nociones adecuadas, el espacio exterior se convertía en un lugar majestuoso y violento. Alrededor de los brazos de los drones, energía pura se revolvía y hervía, como un mar azotado que agita la espuma. Zarcillos de aquella cosa se enredaban en los peines y se retorcían y enroscaban al mismo tiempo que se recolectaban en los contenedores de almacenaje. O eso imaginaban Ohan. Se acercaron a la ventana, maravillados ante la tormenta que tenían a la vista. Y de nuevo pensaron en lo que verían sus compañeros de tripulación: un pedazo de espacio vacío, más negro que el negro, y pequeños drones que recogían cargamentos invisibles.

«Qué tranquilo debe de parecerles el universo», pensaron Ohan. «Qué silencioso».

Aquel cargamento invisible era lo que su capitán había venido a comprar. Era muy probable que Ashby estuviera regateando el precio de las ambicélulas en aquel mismo instante. El ambi puro, aquello que Ohan habían visionado retorciéndose entre los peines de los drones, era difícil de recolectar. El ambi se podía encontrar en cualquier parte y en todo, pero el modo en que se hilaba alrededor de materia ordinaria hacía que extraerlo fuera una tarea problemática. Con la tecnología adecuada, se podía deshilachar, pero el proceso era tan tedioso y cosechaba ganancias tan ínfimas que no valía la pena el esfuerzo. Era mucho más fácil recolectar ambi en algún lugar donde la materia ya estuviera desgarrándose bajo fuerzas mayores que las que cualquier sapiente podría construir algo como, por ejemplo, un agujero negro. Los agujeros negros siempre estaban rodeados de mares turbulentos de ambi que flotaba libremente, pero acercarse para cosecharlo planteaba un riesgo obvio. Para los comerciantes de ambi, el riesgo valía la pena, sobre todo desde que les permitía aplicar un recargo. Por muy caras que fueran las ambicélulas, eran lo único que podía dar energía al taladro interespacial de la *Peregrina.* Era un gasto necesario en una nave como aquella, pero uno que siempre dejaba a Ashby algo pálido. Ohan habían leído sobre naves cuya energía procedía por completo de ambicélulas, pero tenían problemas al tratar de concebir una vida en la que tal extravagancia fuera asequible.

Ohan recogieron la cuchilla tirada junto al lavamanos, cerca de sus pies. Chasquearon un ritmillo con la lengua mientras recortaban los patrones en su pelaje. Los rizos de pelo y los chasquidos de la lengua no tenían sentido para sus compañeros de tripulación, pero lo eran todo para Ohan. Cada patrón representaba una certeza cosmológica; cada serie de chasquidos, una abstracción de las matemáticas subyacentes del universo. Eran símbolos y sonidos que cada par sianat conocía. Vestían las capas del universo en la piel, y tarareaban su ritmo con la boca.

Una punzada afilada floreció en lo profundo de su muñeca, y por un instante, el par perdió el control de la mano. La cuchilla se resbaló y les arañó la piel. Ohan gorgotearon, más de sorpresa que de dolor. Cubrieron la herida con los dedos de la otra mano, balanceándose durante un instante hasta que la sensación se mitigó en una leve quemazón. Ohan exhalaron. Miraron el corte. Brotaba un hilillo de sangre, manchando un pequeño mechón de pelaje. Pero el corte no había sido profundo. Ohan se levantaron con rigidez y fueron a la cómoda a buscar una venda.

Era el primer estado del Declive: rigidez y espasmos musculares. Al final, el dolor se extendería a los huesos, y los músculos se volverían cada vez más difíciles de controlar. El dolor desaparecería por completo, pero era una clemencia engañosa, ya que indicaba que las fibras nerviosas habían empezado a morir. La muerte sobrevendría después, a su tiempo.

El Declive era una inevitabilidad en la vida de un par sianat. Aunque el Susurrante desbloqueaba la mente del Huésped, también acortaba su vida. Los solitarios (Huéspedes blasfemos que evitaban la infección, un crimen castigado con el exilio) presuntamente podían vivir unos cien estándares, pero ningún par había vivido más de treinta. De vez en cuanto, doctores alienígenas se acercaban y se ofrecían a curar el Declive, pero siempre eran rechazados. No existía la posibilidad de que un tratamiento no dañara la estabilidad genética del Susurrante. La infección era sagrada. No se podía alterar. El Declive era un precio justo por la iluminación.

Aun así, Ohan estaban asustados. Podían desconectarse del miedo, pero permanecía como un sabor desagradable en el fondo de la garganta. Miedo. Una emoción anacrónica destinada a espolear formas de vida primitivas para alejarse de depredadores potenciales. La constante universal de la vida. El miedo al rechazo, a la crítica, al fracaso, a la pérdida… Todos estaban causados por aquel reflejo de supervivencia arcaico. Ohan sabían que su propio miedo a la muerte no era más que sinapsis primitivas centelleando en el cerebro del huésped, el equivalente emocional a apartar la mano de una

superficie caliente. Cuando alcanzaban las zonas más elevadas de su mente, sabían que la muerte no era nada a lo que temer. ¿Por qué deberían temer algo que les llegaba a todas las formas de vida? En cierto modo, haber alcanzado el Declive era reconfortante para Ohan. Quería decir que habían tenido éxito en evitar un final repentino y prematuro.

Ashby y Doctor Chef eran los únicos que sabían que Ohan habían empezado el Declive. El capitán trató de seguir como si nada, aunque preguntaba a menudo a Ohan en voz baja cómo se sentían, si había algo que pudiera hacer por ellos. Doctor Chef, amabilísima criatura, se había tomado la molestia de contactar con doctores sianat para aprender más sobre los efectos del Declive. Unos días después de que la *Peregrina* dejara Coriol, Doctor Chef les presentó a Ohan una variedad de infusiones y tés caseros, hechos con hierbas recomendadas para calmar el dolor. Ohan se habían conmovido, aunque como de costumbre, no sabían cómo expresar su agradecimiento de forma adecuada. Entregar regalos era algo inaudito en la cultura sianat, y Ohan siempre estaban mal preparados para expresar gratitud por tales gestos. Creían que Doctor Chef entendía su limitación social. En cierto modo, Doctor Chef podía ver en los corazones de los demás del mismo modo que Ohan podían observar el universo. Ohan a menudo se preguntaban si Doctor Chef era consciente del don que tenía.

Tras limpiarse la sangre y ponerse la venda, Ohan volvieron a la ventana. Recogieron la cuchilla, chasquearon la lengua mientras pasaban el filo por el pelaje. Durante este proceso, reflexionaron sobre el concepto del propósito. El propósito de Doctor Chef era curar y nutrir. El propósito de Ashby era unir a la tripulación. Aceptar el Declive iba en contra de aquellos propósitos. Para ellos, aceptar la muerte de un compañero de la tripulación era difícil. Ohan esperaban que supieran cuánto apreciaban aquel esfuerzo.

El propósito de Ohan era ser navegador, desvelar el universo para aquellos que no podían verlo. Tras su muerte, Ohan ya no serían capaces de perseguir aquel propósito, y no podían negar que aquello

los entristecía. Por lo menos tendrían tiempo para realizar un trabajo más, el nuevo túnel de Hedra Ka. El Declive tan solo había empezado su primera etapa. Había tiempo para un túnel más antes de sucumbir. Ohan esperaban que a Ashby no le incomodara la idea de dejarlos pasar la etapa final del Declive a bordo de la *Peregrina*. No podían pensar en nada más adecuado que morir en el lugar que había acogido su propósito.

Ohan volvieron a mirar al agujero negro. Cerraron los ojos y se imaginaron grandes franjas de materia fragmentada que caían y se prensaban sin fin. *Larab*, lo llamaban en su idioma nativo, una palabra para describir la forma. Y también *gruss*, una palabra para el color de la materia invisible. No había palabras en klip para los colores o las formas que yacían más allá de la vista. Habían intentado algunas veces explicar estos conceptos a la tripulación de la *Peregrina*, pero no había palabras ni abstracciones que pudieran abrir las desventajadas mentes de sus compañeros. Ohan preferían contemplar la vista a solas, especialmente ahora. No había nada en el universo que fuera eterno. Ni las estrellas. Ni la materia. Nada.

La cuchilla cortó. La muñeca les dolió. El cielo se agitó, invisible.

Fuente de datos: Museo de Ciencias Naturales Reskit - Archivo de la Biblioteca (Público/Reskitkish)

Nombre de la sección: Reflexiones sobre la galaxia - Capítulo 3

Autor: oshet-Tekshereket esk-Rahist as-Ehas Kirish isket-Ishkriset

Encriptación: 0

Ruta de traducción: [Reskitkish:Klip]

Transcripción: 0

Nodo de identificación: 9874-457-28, Rosemary Harper

Al encontrarse con un individuo de otra especie por primera vez, no hay sapiente en toda la galaxia que no se fije al instante en las diferencias fisiológicas. Es lo primero que vemos. ¿En qué difiere su piel? ¿Tiene cola? ¿Cómo se mueve? ¿Cómo recoge cosas? ¿Cómo se sienta? ¿Tiene habilidades que yo no? ¿O viceversa?

Son distinciones importantes, pero la comparación más importante es la que hacemos tras este punto. Una vez que hemos completado nuestra lista mental de

variaciones, comenzamos a trazar paralelismos. No entre el alienígena y nosotros mismos, sino entre el alienígena y los animales. A la mayoría nos han enseñado desde la juventud que expresar en voz alta estas comparaciones es peyorativo, y de hecho, muchos de los insultos raciales en el uso coloquial no son nada más que nombres comunes para especies no sapientes (por ejemplo, el término humano *lagarto*, para describir a los aandrisk; el término quelin *tik*, para describir a los humanos; el término aandrisk *sersh*, para describir a los quelin). Aunque estos términos son ofensivos, examinarlos de forma objetiva revela un punto de mayor interés biológico. Aparte de las implicaciones degradantes, los aandrisk nos parecemos a las especies reptilianas nativas de la Tierra. Los humanos se parecen a unas versiones más grandes y bípedas de los primates sin pelo que infestan el alcantarillado de las ciudades quelin. Los quelin tienen cierto parecido a los crustáceos con pinzas que se pueden encontrar en Hashkath. Y aun así, evolucionamos separadamente y en planetas diferentes. Mi gente y los lagartos de la Tierra no comparten árbol evolutivo, ni los humanos y los tiks, ni los quelin y los sersh. Nuestros puntos de origen están esparcidos por toda la galaxia. Somos naturales de sistemas que han permanecido autocontenidos durante miles de millones de años, con relojes evolutivos que comenzaron en distintos momentos. ¿Cómo es posible que cuando nos encontramos con nuestros vecinos galácticos por primera vez nos recuerden al instante a las criaturas de nuestro hogar y, en algunos casos, a nosotros?

La pregunta se vuelve todavía más complicada cuando comenzamos a mirar más allá de las diferencias superficiales y nos fijamos en la extensión de las similitudes. Todas las especies sapientes tienen cerebros. Consideremos este punto que parece tan obvio por un instante. A pesar de nuestros aislados senderos evolutivos, hemos desarrollado sistemas nerviosos con un núcleo central. Todos tenemos órganos internos. Todos compartimos por lo menos algunos de los sentidos físicos: oído, tacto, gusto, olfato, vista, electrorecepción. La gran mayoría de los sapientes tienen cuatro o seis extremidades. El bipedalismo y los dedos oponibles, aunque no son universales, son sorprendentemente comunes. Todos estamos hechos de cromosomas y ADN, los cuales se componen de un puñado de elementos clave. Todos necesitamos un consumo regular de agua y oxígeno para sobrevivir (aunque en diferentes cantidades). Todos necesitamos comida. Todos sucumbimos bajo atmósferas demasiado densas o campos gravitacionales demasiado fuertes. Todos morimos de congelación o de calor. Todos morimos, punto final.

¿Cómo puede ser? ¿Cómo es que la vida, tan diversa en la superficie, ha seguido los mismos patrones en toda la galaxia? Y no solo en la era actual, sino una y otra vez. Observamos este patrón en las ruinas de la civilización arkánica en Shessha, o en los antiguos lechos de fósiles del ahora estéril planeta Okik. Es una cuestión con la que las comunidades científicas se han enfrentado durante siglos,

y parece poco probable que aparezca una respuesta en un futuro cercano. Hay muchas teorías: asteroides que transportan aminoácidos, supernovas que estallan y expulsan material orgánico a sistemas vecinos. Y, sí, hay una fantasiosa historia sobre una raza sapiente superavanzada que «planta» la galaxia con material genético. Admito que la hipótesis del «Jardinero galáctico» ha impulsado las tramas de algunos de mis simuladores de ciencia ficción preferidos, pero desde una perspectiva científica, no es más que una ilusión. No se puede tener una teoría sin pruebas y no hay ni una sola que apoye esta idea (sin importar lo que los teóricos conspiranoides que acechan en los canales de información del Enlace te hagan creer).

Por mi parte, creo que la mejor explicación es la más simple. La galaxia es un lugar de leyes. La gravedad sigue leyes. Los ciclos vitales de las estrellas y los sistemas planetarios siguen leyes. Las partículas subatómicas siguen leyes. Sabemos las condiciones exactas que causarían la formación de una enana roja, de un cometa, o de un agujero negro. Entonces, ¿por qué no podemos reconocer que el universo sigue leyes biológicas de una rigidez parecida? Solo hemos descubierto vida en lunas terrestres y planetas de tamaño similar, que orbitan en un estrecho margen alrededor de estrellas hospitalarias. Si todos hemos evolucionado en estos planetas similares, ¿por qué es tan sorprendente que nuestros caminos evolutivos tengan tanto en común? ¿Por qué no podemos concluir que la correcta combinación de factores climatológicos específicos siempre dará como resultado adaptaciones físicas predecibles? Con tantas pruebas justo ante nuestras narices, ¿por qué continua el debate?

La respuesta, por supuesto, es que las leyes de la biología son casi imposibles de analizar, y esto enerva a los científicos. Podemos lanzar balizas para examinar teorías de gravedad y espacio-tiempo. Podemos colocar rocas en ollas a presión y dividir átomos en las aulas. Pero ¿cómo se analiza un proceso tan largo y multifacético como la evolución? Hoy en día hay laboratorios a los que les cuesta encontrar financiación para mantener un proyecto durante tres estándares… ¡Imaginad la financiación que se necesitaría para llevar a cabo un proyecto durante un milenio! Tal como están las cosas, no hay manera posible de analizar de forma eficiente las condiciones que producen adaptaciones biológicas específicas, más allá de las observaciones más rudimentarias (los climas acuáticos producen aletas, los climas fríos producen pelaje o capa de grasa, etcétera). Han existido intentos atrevidos de crear programas informáticos que pudieran predecir con certeza los caminos evolutivos, como el Proyecto Tep Preem financiado por los aeluones (el cual, aunque bienintencionado, aún no ha conseguido revelar los misterios de la ley biológica). El problema con dichos empeños es que hay demasiadas variables que contemplar, muchas de las cuales todavía ignoramos. Sencillamente, no tenemos suficiente información, y la que tenemos está más allá de nuestra comprensión todavía.

Somos expertos en la galaxia física. Vivimos en planetas terraformados y en hábitats orbitales gigantescos. Perforamos la subcapa para saltar entre sistemas estelares. Escapamos a la gravedad planetaria con la misma facilidad con que salimos caminando por la puerta. Pero cuando se refiere a la evolución, somos polluelos que toquetean juguetes. Creo que este es el motivo por el cual muchos de mis colegas todavía se aferran a teorías sobre material genético esparcido por asteroides y supernovas. De muchas formas, la idea de una reserva de genes compartidos a la deriva por la galaxia es mucho más sencilla de aceptar que la abrumadora noción de que ninguno de nosotros pueda tener jamás la capacidad intelectual para comprender cómo funciona la vida.

Día 245, CG Estándar 306

INTRODUCCIÓN A LA HISTORIA COLONIAL HARMAGIANA

Sissix se asomó por el marco de la puerta. El pasillo estaba vacío. Si se apresuraba, podría llegar al área médica antes de que nadie la viera.

Se arropó con un albornoz tomado prestado de la pila de ropa limpia de Kizzy y caminó con rapidez. Según avanzaba, el picor se le extendió desde los muslos hasta el vientre. Frotó las palmas de las manos por encima de la tela, apenas capaz de resistir el deseo de hundirse las garras. Quería tirar el albornoz y rodar contra el suelo de metal, contra la corteza rugosa de un árbol, contra una piedra de afilar, contra cualquier cosa mientras se librara de aquella dolorosa y seca quemazón superficial que le picaba a rabiar.

—Eh, Sis —exclamó Jenks, parándose en seco cuando ella dobló la esquina—. Casi me atropellas… —Se calló en cuanto la vio bien—. Hostia puta, qué mala pinta tienes.

—Gracias, Jenks, eres de grandísima ayuda —replicó ella mientras seguía su camino. No estaba avergonzada, se dijo a sí misma, tan solo cabreada. Sí, cabreada de que aquello hubiera pasado, cabreada por la cantidad de veces en su vida que había tenido que aguantarlo, cabreada con la gente que no se limitaba a dejarla en paz de una puta vez.

—Sissix, oye… —dijo Rosemary, apareciendo tras una puerta escrib en mano—. Venía a ver… Oh. —Sus estúpidos y húmedos ojos mamíferos se abrieron como platos. Se llevó una mano a la boca.

—Estoy bien —replicó Sissix sin detenerse ni un instante. Con lo enorme que era la nave, cualquiera pensaría que era posible ir del punto A al punto B sin tropezarse todo el tiempo con…—. Quita de en medio, Corbin, hostias —le espetó al humano rosado, el cual acababa de subir de las cubiertas inferiores. Él se quedó de piedra al final de la escalera, con la estupidez y la confusión dibujadas en el rostro, mientras ella pasaba a toda prisa.

Irrumpió en el área médica y cerró la puerta en cuanto estuvo en dentro. Doctor Chef alzó la vista de su estación de trabajo. Murmuró compasivamente.

—Ay, pobrecita —dijo—. Estás mudando la piel.

—Se me ha adelantado, además. —Se miró en el espejo. Ampollas de piel muerta se habían separado de su rostro y colgaban desmañadamente—. No creía que fuera a empezar hasta dentro de unos treinta días, y no he… ¡Aaay! —El picor se agudizó de nuevo, aunque nunca había cesado del todo. Sentía el rostro como si lo tuviera repleto de moscas. Cedió al impulso de usar las garras.

—Oye, para, nada de eso —regañó Doctor Chef, acercándose y cogiéndola de las muñecas—. Te vas a hacer daño.

—No es cierto —contestó Sissix. Actuaba de forma infantil, pero no le importaba. Estaba a punto de caérsele la cara. Tenía derecho a estar irascible.

Doctor Chef le subió una manga.

—En serio —dijo. Le levantó el brazo para que viera las leves marcas de garras en la piel escamosa. Había un leve coagulo de sangre allí donde se había rascado con demasiada fuerza durante la noche.

—Estrellas, mira que te pones paternal cuando quieres —murmuró Sissix.

—Te alimento y te curo, ¿cómo se supone que debo ponerme? Quítate el albornoz. Vamos a arreglarte.

—Gracias. —Se quitó el albornoz mientras Doctor Chef abría un panel de almacenaje. Sacó una botella de contenido neblinoso y un *riksith*; una pequeña tabla plana con una capa áspera por un lado. En una ocasión, Kizzy la llamó «una lima de uñas de cuerpo entero».

—¿Dónde está peor? —preguntó Doctor Chef.

Sissix se tumbó de espaldas en la mesa de exámenes.

—Por todas partes. —Suspiró—. En los brazos, supongo.

Doctor Chef le cogió el brazo derecho con suavidad, el que tenía la mancha de sangre seca, y roció niebla medicinal sobre él. La piel seca se volvió traslúcida y se levantó en los extremos. Empezó a trabajar con el *riksith*, frotando y eliminando las partes húmedas. Sissix respiró algo más calmada, tratando de pedirle paciencia al resto de su cuerpo. Doctor Chef le cogió un dedo y lo examinó.

—¿Cómo sientes la piel aquí?

—Tensa. Todavía no se desprenderá.

—Ah, yo creo que sí. Pero todavía no lo sabe. —Le humedeció la piel, y con una presión firme le masajeó la mano desde la muñeca hasta las garras. Al cabo de unos minutos, Sissix pudo sentir que la piel se le aflojaba a la altura de la muñeca. Doctor Chef se afanó con los dedos, con cuidado, estrujándolos entre sus almohadillas dactilares. Con un solo movimiento rápido, arrancó la piel muerta de toda la mano; fue como quitarle un guante.

Sissix aulló y luego gimió. La nueva piel estaba sensible, pero el picor se había esfumado. Exhaló.

—Estrellas, eres bueno.

—Tengo algo de práctica —dijo mientras seguía trabajándole el brazo con el *riksith*.

Sissix estiró el cuello para asegurarse de que la puerta estaba bien cerrada.

—¿Te cansas de los humanos en algún momento?

—A veces. Creo que es normal para alguien que vive con otras personas que no son de los suyos. Estoy seguro de que también se cansan de nosotros.

—Desde luego que hoy estoy cansada de ellos —dijo Sissix, recostando la cabeza—. Me hartan esos rostros carnosos. Me hartan esas yemas de los dedos tan suaves. Me harta cómo pronuncian las erres. Me harta su incapacidad para oler cualquier cosa. Me harta lo empalagosos que se ponen con bebés que no les pertenecen. Me harta lo neuróticos que se ponen sobre estar desnudos. Quiero golpearlos a todos hasta que se den cuenta de lo innecesariamente complicadas que son sus familias y sus vidas sociales y sus… Su todo.

Doctor Chef asintió.

—Los amas y los comprendes, pero a veces deseas que ellos, y yo y Ohan también, estoy seguro, fuéramos un poco más como la gente normal.

—Exacto. —Suspiró; la frustración disminuía—. Tampoco es que hayan hecho nada malo. Sabes lo mucho que esta tripulación significa para mí. Pero hoy… No sé. Es como si fueran un montón de polluelos que no dejan de divertirse con tus juguetes. No es que hayan roto nada y sabes que solo tratan de caerte bien, pero son tan pequeños y tan molestos, y quieres tirarlos a todos a un pozo. Un ratito solo.

Doctor Chef soltó una risilla retumbante.

—Parece que tu diagnóstico es algo más que una simple muda prematura.

—¿Y eso?

—Tienes nostalgia —sonrió él.

—Sí —suspiró de nuevo.

—Paramos en Hashkath antes de que termine el estándar, ¿no? No está demasiado lejos —dijo mientras le acariciaba la cabeza. Paró y frotó una de las plumas entre las almohadillas dactilares—. ¿Te has estado tomando los suplementos de minerales?

Ella apartó la mirada.

—A veces.

—Tienes que tomártelos siempre. Las plumas están un poco flojas.

—Estoy mudando.

Doctor Chef arrugó la cara.

—No es por la muda de piel —explicó—, sino porque tienes deficiencia de los nutrientes básicos que todos los aandrisk necesitáis. Si no comienzas a tomarte los minerales con regularidad, voy a empezar a alimentarte con pasta de musgo.

Ella torció el gesto. La simple mención del tema le traía recuerdos de la infancia sobre el sabor: amargo, polvoriento, persistente.

—Vale, padre incubador, lo que tú digas.

Doctor Chef emitió un ruido sordo de reflexión.

—¿Qué?

—Ah, nada. La frase me ha parecido extraña —respondió con un hilo de voz—. Yo siempre he sido madre.

—Perdona —dijo Sissix—. No quería…

—No te preocupes. Es la verdad. —Le devolvió la mirada, sus ojos volvieron a brillar—. Además, si piensas en mí como un padre, quizá me harás caso cuando te diga que tomes los malditos minerales.

Ella rio.

—Lo dudo. Mi familia de cascarón tuvo que amoldarse durante mi juventud ya que solo comía fruta crujiente. —Siseó cuando él aplicó el *riksith* a una zona tenaz en el hombro.

—Por lo menos la fruta crujiente es buena para ti. Y en cierto modo no me sorprende que fueras una joven tozuda. —Pensó en voz alta, y rio—. Apuesto a que eras un incordio.

—Claro que lo era —dijo Sissix con una sonrisa—. Todavía no era una persona.

Las mejillas de Doctor Chef ondularon en desacuerdo.

—Ya, verás, eso es algo de tu especie que nunca entenderé.

Ella dejó escapar un suspiró amistoso.

—Ni tú ni el resto de la galaxia —dijo. Lo cierto es que, ¿por qué les resultaba a los otros tan difícil de entender aquel concepto? Ella nunca jamás entendería la idea de que un niño, y especialmente un bebé, tuviera más valor que un adulto que había desarrollado las habilidades necesarias para beneficiar la comunidad. La muerte de

un polluelo era tan común como esperada. La muerte de un joven a punto de echar plumas, sí, era triste. Pero la tragedia real era la pérdida de un adulto con amigos, amantes y familia. La idea de que la perdida de potencial era de algún modo peor que la perdida de logro y conocimiento era algo a lo que nunca había sido capaz de dar sentido en su cabeza.

Doctor Chef miró por encima del hombro, aunque nadie había entrado en la sala.

—Oye, tengo que hacerte una confesión.

—Uy.

—No se lo he contado a nadie más. Es un secreto. Un grandísimo secreto. —Había bajado el tono de su voz tanto como su fisiología le permitía.

Sissix asintió con exagerada seriedad.

—No diré nada.

—¿Sabes que los humanos no pueden oler nada?

—Ajá.

—Seguro que te has dado cuenta de que los humanos a bordo de esta nave no huelen ni la mitad de mal que otros humanos.

—Sí. Me he acostumbrado a ellos.

—Error. —Hizo una pausa de importancia teatral—. Tengo la costumbre de mezclar un potente polvo antiodorante en los dispensadores de jabón de las duchas. También lo meto en el jabón sólido de Kizzy.

Sissix lo miró fijamente por un instante antes de estallar en risas.

—Vaya —dijo mientras trataba de recuperar el aliento—. No me fastidies.

—Desde luego que sí —contestó, y ondeó las mejillas—. Lo comencé a hacer ni pasados diez días tras conseguir este trabajo. ¿Y sabes lo mejor?

—¿Que no se dan cuenta?

Doctor Chef soltó una armonía divertida.

—¡Que no se dan cuenta!

Ambos aún estaban riéndose cuando Ashby entró por la puerta. Tenía el cabello húmedo. Era obvio que acababa de bañarse. Sissix y Doctor Chef se quedaron mudos. Rompieron a reír de nuevo, incluso más fuerte que antes.

—¿Quiero saber qué pasa? —preguntó Ashby, pasando la mirada de uno a otra.

—Bromeamos sobre los humanos —respondió Sissix.

—Bien —repuso Ashby—. Entonces desde luego que no quiero saber qué pasa. —Hizo un gesto hacia Sissix—. ¿La muda ha llegado antes de lo esperado?

—Sí.

—Mis condolencias. Te sustituiré en el turno de limpieza.

—Oh, eres el mejor. —Eran noticias estupendas. Los productos de limpieza y la piel nueva no eran buena mezcla.

—Recuérdalo la próxima vez que te rías de nosotros, humildes primates.

Rosemary estaba sentada mientras revisaba documentos en su despacho; bueno, lo que pretendía ser un despacho. Había sido un almacén antes de que llegara, y técnicamente todavía lo era, como apuntaba la discreta pila de cajas contra la pared del fondo. Todo el escenario estaba a años luz del elegante escritorio que había tenido en Transporte Roca Roja, incluso como becaria, pero la comida de Doctor Chef era mucho mejor que la que tenía en la austera cafetería corporativa, y además no necesitaba nada sofisticado para hacer su trabajo. Disponía de una sencilla mesa y un gran panel de interfaz, además de una pequeña planta píxel que Jenks le había dado para compensar la falta de ventana (¿por qué las personas que trabajaban con números siempre acababan recluidas en cuartos traseros?). La planta no se parecía a una planta real, por supuesto. La cara sonriente y los pétalos de colores fluctuantes no se asemejaban a nada existente en la naturaleza. Estaba programada con algún software de reconocimiento del comportamiento que

podía adivinar si ella había estado cierto tiempo de pie, o bebiendo, o tomándose un descanso, y gorjeaba alegres recordatorios en respuesta: «¡Oye! ¡Necesitas hidratarte!», «¿Qué te parece picar algo?», «¡Da un paseo! ¡Estira las piernas!». El efecto era vulgar, y a veces un poco desconcertante cuando estaba concentrada en su trabajo, pero apreciaba la intención.

Dio un sorbo a la taza de café aburrido mientras trataba de descifrar una de las hojas de gastos de Kizzy. La técnica mecánica tenía la costumbre de anotar cosas en clave que solo entendía ella. Al principio, Rosemary dio por sentado que era algún tipo de jerga entre técnicos, pero no; Jenks había confirmado en silencio que era la particular manera de Kizzy de ser organizada. Rosemary parpadeó ante la pantalla. «5500 créditos (más o menos) – WRSS». Gesticuló con la mano izquierda, y sacó un archivo titulado «Kizzydioma», la chuleta de acrónimos que había podido descifrar. CM (Cosas Motor). HP (Herramientas y Pedazos). CRCT (Circuitos). Pero no, WRSS no estaba ahí. Se apuntó preguntarle a Kizzy sobre el tema.

La puerta se abrió de golpe, y Corbin entró en la habitación. Antes de que ella saludara, él depositó un objeto mecánico negro en la mesa.

—¿Qué es esto? —preguntó él.

El corazón le martilleó en el pecho, como siempre que Corbin se le acercaba. Al hablar con él siempre tenía la sensación de que era más una emboscada que una conversación. Observó el objeto.

—Es el filtro salino que pedí para ti.

—Sí —replicó Corbin—. ¿Notas algo raro?

Rosemary tragó saliva. Observó con detenimiento el filtro, el cual solo reconocía como tal porque había una fotografía en la página del Enlace del comerciante. Le devolvió una sonrisa incómoda.

—No es que sepa mucho sobre tecnología de algas —dijo, intentando mantener la voz calmada.

—Sí, eso es obvio —replicó Corbin. Le dio la vuelta al filtro y señaló la etiqueta—. Modelo 4546-C44. —Se quedó mirándola, expectante.

«Oh, no». La mente de Rosemary se aceleró, trataba de recordar el formulario del pedido. Había rellenado tantos…

—¿No es el que querías?

La expresión agria de Corbin fue respuesta suficiente.

—Pedí específicamente el C45. El C44 tiene un puerto de acoplamiento que es más estrecho que el empalme en el tanque. Tendré que añadir una pieza nueva para que conecte como es debido.

Rosemary había estado sacando formularios archivados mientras hablaba. Ahí estaba: Filtro salino Tritón Avanzado, modelo 4546-C45. «Mierda».

—Lo siento mucho, Corbin. No sé qué ha ocurrido. Debo de haber seleccionado el modelo incorrecto. Pero, por lo menos este funcionará, ¿no? —En el instante en que las palabras escaparon de su boca, supo que había cometido un error.

—No se trata de eso, Rosemary —dijo Corbin como si le hablara a una niña—. ¿Y si hubiera pedido algo más vital que un filtro salino? Tú misma lo has dicho, no sabes demasiado sobre tecnología de algas. Los errores de este tipo tendrán pocas consecuencias en una cómoda oficinilla planetaria, pero no en una nave de espacio profundo. El componente más diminuto puede marcar la diferencia entre llegar a salvo a puerto o sufrir una descompresión en el vacío.

—Lo siento —repitió Rosemary—. Tendré más cuidado la próxima vez.

—Eso espero. —Corbin recogió el filtro y se dirigió a la puerta—. Tampoco es tan difícil —dijo dándole la espalda. La puerta se cerró de un portazo tras él.

Rosemary se sentó con la mirada fija en la mesa. Sissix le había dicho que no dejara que Corbin le afectara, pero esta vez había cometido un error, y además era un error negligente. La descompresión no sonaba tan mal en aquel instante.

—¡Oye, no es para tanto! —chirrió la planta píxel—. ¡Date un abrazo!

—Eh, cállate —espetó Rosemary.

Ashby tropezó con un pedazo de cañería mientras se dirigía a la sala del motor.

—¿Qué…? —Asomó la cabeza por la esquina y descubrió una avalancha de cables que brotaban de la pared. El panel de soporte había sido arrancado por completo. Pasó de puntillas por todo aquel lío, con cuidado de no pisar ningún cable de fluidos. Se acercó al hueco en la pared y oyó a alguien sorber por la nariz.

—¿Kizzy?

La técnica mecánica estaba sentada dentro de la pared, abrazándose las rodillas, con las herramientas esparcidas alrededor. Tenía la cara manchada de mugre y grasa, lo normal, pero una o dos lágrimas habían dibujado senderos limpios que descendían por las mejillas. Levantó la cara y le dirigió una mirada lastimosa. Incluso las cintas del pelo parecían mustias.

—Estoy teniendo un mal día —dijo.

Ashby se inclinó dentro del panel abierto.

—¿Qué ocurre?

Ella volvió a sorber y se frotó la nariz con el dorso de la mano.

—He dormido fatal, he tenido mogollón de pesadillas, y cuando conseguí dormirme, sonó la alarma, así que estaba un poco atontada por el madrugón, y luego en plan, oye, todavía tengo algunos pastelillos de mermelada, y eso me animó, pero entonces fui a la cocina y alguien se había comido los últimos anoche y no me pidieron permiso ni nada, y todavía no sé quién ha sido, así que fui a ducharme, y me di un rodillazo contra la pica, muy hábil yo, y ahora tengo un moretón enorme, además, tenía la boca llena de dentbots y me tragué algunos, y Doctor Chef dice que no pasa nada pero me duele la tripita, algo que dijo que era posible, y entonces volví a mi estúpida ducha, pero me di cuenta de que la presión del agua era rara, por lo que comencé a toquetear en los sistemas de reciclaje de agua, y te aseguro que hay un montón de cableado complicado de narices, pero no lo he encontrado todavía, y ahora tengo todo este lío en el suelo y todavía no he conseguido solucionar las otras cosas que tenía que hacer hoy, y luego me acordé de que hoy es el

cumpleaños de mi primo Kip, y él siempre celebra las mejores fiestas y me lo estoy perdiendo todo. —Volvió a sorber—. Y sé lo estúpido que suena todo, pero hoy no tengo el día. Para nada.

Ashby puso la mano sobre las de ella.

—Todos tenemos días así.

—Supongo.

—Pero, sabes una cosa, ni siquiera es la hora de comer. Todavía hay tiempo para que mejore.

Ella asintió, abatida.

—Seh.

—¿Qué había en tu lista para hoy?

—Casi todo es limpieza. Los filtros de aire necesitan un pulido. Una lámpara solar de la Pecera necesita cables nuevos. Y hay un panel del suelo suelto en la habitación de Ohan.

—¿Algo de eso es vital?

—No. Pero hay que hacerlo.

—Preocúpate de arreglar las líneas de agua hoy. El resto puede esperar. —Le dio un apretón en la mano—. Y, oye. No hay nada que puedas hacer sobre el cumpleaños de tu primo, pero sé lo duro que es. Siento que esta vez tengamos un viaje tan largo.

—No pasa nada —dijo ella—. Es mucha pasta y me encanta lo que hago. No es que sea una becaria en prácticas sin remuneración o algo por el estilo. Irme de casa fue elección mía.

—Que hayas decidido irte de casa no quiere decir que haya dejado de importarte. Si así fuera, no sentirías nostalgia. Y tu familia sabe que te preocupas. Mantengo un ojo en nuestro tráfico del Enlace, sabes. Veo cuántos paquetes de vídeos se envían a tu familia.

Kizzy sorbió con extraordinaria potencia y señalo hacia el pasillo.

—Venga, vete ya —dijo—. Tengo que trabajar y vas a conseguir que llore todavía más. No en plan mal. Pero haces que me ponga tierna y si te abrazo te voy a manchar de mugre esa bonita camisa, que por cierto conjunta muy bien con tus ojos.

—Atención todo el mundo —anunció Lovey a través de la vox más cercana—. Hay un dron de correo entrante. Han llegado paquetes para Ashby, Corbin, Jenks, Doctor Chef y Kizzy. Llegará en unos diez minutos.

—¡Ay! —chilló Kizzy—. ¡Correo! ¡Un dron de correo! —Se arrastró fuera de la pared y corrió por el pasillo con los brazos abiertos como las alas de una lanzadera—. ¡Cositas intergalácticas llegaaandooo!

Ashby sonrió.

—Te dije que el día iba a mejorar —gritó tras ella. Kizzy estaba demasiado ocupada acelerando para contestar.

La escotilla del muelle de carga se autoajustó, empequeñeciéndose a la medida del paquete que entregaba el dron de correo. Mientras Ashby y el resto esperaban, Sissix caminó hasta la puerta. Se había puesto pantalones, y parecía que Doctor Chef había resuelto el problema de la muda de piel.

—Oye —dijo Ashby—. ¿Te encuentras mejor?

—Mucho mejor —contestó. Su piel tenía un brillo extraño, y todavía quedaban algunas crestas de piel seca, pero por lo menos no parecía una cebolla a medio pelar.

—No creo que haya nada para ti.

—¿Y? —Se encogió de hombros y sonrió—. Soy cotilla.

—Un momento —anunció Lovey—. Estoy escaneando los contenidos en busca de contaminantes.

—Qué guay, qué guay, qué guay —exclamó Kizzy—. ¡Es mi cumpleaños!

—Tu cumpleaños no es hasta mitad de año —intervino Jenks.

—Pero es como si lo fuera. Me encanta recibir correo.

—Seguro que solo son aquellas pinzas abrazaderas que pediste.

—Jenks. ¿Sabes lo molonas que son las pinzas abrazaderas? No hay nada que no puedan sujetar. Incluso mi cabello no se puede escapar de ellas, y eso es decir mucho.

Ashby la miró por encima del hombro.

—Voy a fingir que no estáis hablando sobre usar los suministros tecnológicos que compro como accesorios para el pelo.

Kizzy apretó los labios.

—Solo en emergencias.

—Vía libre —dijo Lovey. La escotilla siseó al abrirse. Una bandeja se deslizó hacia delante sosteniendo un enorme contenedor sellado. Ashby lo cogió y pasó el parche de la muñeca sobre el sello escáner. El contenedor emitió un pitido afirmativo. El bip correspondiente hizo eco desde el dron de correo al otro lado de la esclusa. La bandeja se retiró y la escotilla se cerró. Se oyó un ruido metálico amortiguado cuando el dron de correo se desacopló para ir en busca del siguiente receptor.

Ashby retiró el sello de la tapa y rebuscó entre los paquetes del interior. Estaban todos envueltos con sencillez, pero aun así, había algo enternecedor en el montón de cajas y tubos marcados con los nombres de sus tripulantes. Era como una celebración.

—Toma, Kizzy —dijo, pasándole un paquete grande—. Antes de que explotes.

Kizzy abrió los ojos como platos.

—¡No son pinzas abrazaderas! ¡No son pinzas abrazaderas! ¡Sé quién hace estas etiquetas! —Deslizó la tapa y gritó de alegría—. ¡Es de mis papis! —Se dejó caer en el suelo con las piernas cruzadas y abrió el paquete. Encima del contenido (chucherías y chismes varios, según parecía) había un infochip. Kizzy se sacó el escrib del cinturón, metió el chip y empezó a leer el texto que apareció en la pantalla. Su rostro se derritió de emoción—. Es una «caja porque sí» —dijo—. Son los mejores. Los mejores. —Abrió un paquete de langostinos de fuego frescos mientras seguía leyendo.

Ashby sacó un pequeño contenedor ahuevado que parpadeaba con advertencias de peligro biológico.

—¿Quiero saber qué es esto?

Doctor Chef infló las mejillas.

—Esos serán mis nuevos semilleros. En absoluto peligrosos, te lo aseguro. Tienen que poner esas advertencias en cualquier mercancía

viva.

—Lo sé. Pero es… inquietante.

Doctor Chef se acercó a Ashby con ojos parpadeantes.

—No se lo digas a nadie, pero si esto es el pedido que creo que es, tengo algunos esquejes de romero.

Ashby le dio la vuelta a una caja con un logo familiar, el mismo que había visto en muchísima tecnología para algas.

—Corbin —dijo al entregarle el objeto—. Parece que es para ti.

Corbin abrió el paquete y sacó una bomba de circulación. Observó la etiqueta y asintió levemente.

—Parece que nuestra asistente puede leer los formularios de petición, al fin y al cabo. —Se dirigió a la salida.

—Vale… bueno —dijo Ashby, evasivo. Sacó una diminuta cajita de la caja de correo—. Jenks.

Jenks abrió la caja y sacó un infochip.

—¿Qué es? —preguntó Sissix.

—Es de Pepper —respondió. Observó el chip un instante—. Ah, me la juego a que son las especificaciones de circuitos laterales que mencionó la última vez que la vi.

—Eso suena guay —exclamó Kizzy. Torció el gesto—. ¿Por qué no se limitó a enviarlos a tu escrib?

Jenks se encogió de hombros y se metió el chip en el bolsillo.

—Ya conoces a Pepper. Hace las cosas a su manera.

Ashby se inclinó sobre el contenedor de correo. Había un último paquete pequeño y plano, dirigido a él. La etiqueta no indicaba quién lo había enviado, pero requería un escaneo del chip de la muñeca. La solapa se abrió de golpe cuando pasó la muñeca por encima, y un frágil objeto rectangular cayó sobre la palma expectante de Ashby.

—¿Qué es? —preguntó Sissix.

Jenks soltó un silbido suave y se acercó.

—Es papel.

Kizzy alzó la cabeza.

—Alucina —dijo, mirando con ojos desorbitados el objeto—. ¿Es una carta? Quiero decir, ¿una física? —Se puso en pie de un salto—. ¿Puedo tocarla?

Jenks la apartó de un manotazo.

—Tienes los dedos llenos de migas de langostino de fuego.

Kizzy se metió un dedo en la boca, lo chupeteó hasta limpiarlo y se lo secó en el mono de trabajo.

Jenks la volvió a apartar de un manotazo.

—Ahora tienes migas y saliva. Una carta no es un escrib, Kizzy. No puedes lavarla.

—¿Tan frágil es?

—Está hecha de láminas finísimas de pulpa de árbol seca. ¿Tú qué crees?

Ashby pasó los dedos por el borde semejante al de una hoja, tratando de parecer lo más calmado posible. Era de Pei, tenía que serlo. ¿Quién si no se tomaría tantas molestias para enviar un mensaje que no pudiera ser monitorizado? Le dio la vuelta a la carta en las manos.

—¿Cómo… Eh…?

—Mira —dijo Jenks y extendió la palma de la mano—. Mis manos están limpias. —Ashby le entregó la carta—. Kiz, ¿tienes tu cuchillo a mano?

Kizzy desenfundó la navaja del cinturón y se la pasó a Jenks. Abrió los ojos al comprender.

—Un momento, ¿vas a cortarla?

—Así es como sacas la carta del sobre. —Abrió la cuchilla de la navaja—. ¿Prefieres que la rasgue?

Kizzy pareció horrorizada.

Jenks cortó con habilidad el papel y lo abrió.

—Mi madre me entregaba cartas en ocasiones especiales cuando era un niño —explicó—. Ocasiones muy especiales. Esto es carísimo. —Puso una expresión irónica dirigida a Ashby—. Le gustas mucho a alguien si te ha enviado esto.

—¿Gustar a quién? —preguntó Kizzy.

Jenks se llevó el puño a los labios y tosió con exageración.

—Ohhh — dijo Kizzy en un susurro teatral—. Entonces volveré a mis golosinas. —Se apartó riendo entre dientes.

Ashby observó a los otros. Sissix sonreía con complicidad. Doctor Chef sacudió los bigotes, divertido.

—Vale, vale, callaos, todos. —Se marchó y dejó a los demás que examinaran sus nuevos objetos mientras él leía la carta tranquilamente.

Hola, Ashby. Antes de que te impresione demasiado mi habilidad de escribir a mano, debes saber que primero lo redacté todo en mi escrib. Rasgué una de las hojas en mi primer intento. En serio, ¿cómo lo hicieron tus especies para comunicarse así durante milenios sin acabar con los nervios destrozados? Ah, espera, claro. No me hagas caso.

Da la sensación de que hace siglos de Puerto Coriol. Extraño tus manos. Extraño compartir la cama. Extraño compartir historias. Nunca comprenderé cómo puedes ser tan paciente con alguien que no puede hablar contigo durante semanas cada vez. No estoy segura de que uno de los míos hubiera permanecido a mi lado durante todo esto. Los humanos y vuestra tenacidad ciega. Créeme, es…

—Jenks, Ashby, Sissix, todos. —Era Lovey. Sonaba agitada—. Tenemos problemas.

Todos en el muelle de carga dejaron lo que hacían y miraron hacia la vox. Fuera, en el vacío, «problemas» era algo incluso peor que en tierra.

—¿Qué ocurre? —preguntó Ashby.

—Hay una nave, otra nave, que se dirige hacia nosotros. Han bloqueado mis escáneres con un campo de dispersión. Ashby, lo siento mucho…

—No es culpa tuya, Lovey —dijo Jenks—. Mantén la calma.

—¿Qué tipo de nave? —inquirió Ashby.

—Lo desconozco —respondió Lovey—. Más pequeña que la nuestra, propulsión de agujero de alfiler. Creo que es una nave nodriza muy pequeña, pero no sé por qué una nave nodriza…

Corbin llegó a toda prisa al muelle de carga.

—Nave —dijo sin aliento—. Por la ventana. Es…

Toda la nave se sacudió. Desde el pasillo llegó el ruido de objetos metálicos al caer. Todos empezaron a gritar. A Ashby se le comprimió el estómago. Algo había impactado con ellos.

—Lovey, ¿qué…?

—El estallido de algún arma. El sistema de navegación ha caído.

Sissix maldijo entre dientes. Kizzy asintió hacia Jenks y se puso en pie de un salto.

—Vamos —dijo.

—No —interrumpió Lovey—. Nos pondré en marcha en cinco minutos, pero el centro primario de navegación está completamente fundido. No puedo asegurar en qué dirección vamos.

—¿Fundido? —chilló Kizzy—. ¿Con qué mierda nos han dado? Lovey, ¿estás segura?

Sissix miró a Ashby.

—Puedo navegar a la antigua usanza, pero no en cinco minutos; no si queremos hacerlo de forma segura.

—Piratas —dijo Jenks—. Recuerda, Kiz, en las noticias, putos piratas que siguen a los drones de correo, disparan ráfagas para freír los sistemas de navegación…

—Oh, no —gimió Corbin.

Ashby observó a Jenks.

—Lovey, ¿cuánto queda para que nos alcancen?

—Medio minuto. No hay nada que pueda hacer. Lo lamento.

—Esto no está pasando —dijo Kizzy—. No pueden.

—Mierda —dijo Jenks—. Rápido, todos, esconded vuestras cosas. —Abrió un contenedor vacío y arrojó el paquete de Kizzy al interior. Doctor Chef le imitó. Hubo una colisión, horrible, chirriante y violenta, justo contra las puertas del muelle de carga. Corbin saltó a cubierto tras una caja y se cubrió la cabeza.

—Están anulando los controles de las puertas —anunció Lovey—. Ashby, yo…

—No pasa nada, Lovey —contestó—. Nos ocuparemos de ello. —No tenía ni idea de cómo.

—Mierda —dijo Kizzy tirándose del pelo—. Mierda, mierda, mierda.

—Mantened la calma —intervino Doctor Chef. Rodeó a Kizzy por los hombros con el brazo—. Todos, mantened la calma.

Ashby dio unos pasos hacia las puertas del muelle, perplejo. Esto no era real. No podía serlo. Un chirrido al otro lado le contradijo. Las puertas se abrieron con un estruendo metálico. Sissix se puso junto a él, con los hombros hacia atrás, las plumas de punta.

—No sé qué hacer —dijo.

—Yo tampoco —contestó Ashby. «¡Piensa, joder!». Su cerebro daba vueltas en un revoltijo de posibilidades (encontrar un arma, huir, esconderse, golpearles con… con algo) pero no quedaba tiempo. Cuatro sapientes en descomunales trajes-mecha atravesaron las puertas del muelle; todos llevaban rifles de pulsos. Los trajes eran enormes, más grandes que un humano, pero las criaturas en el interior eran pequeñas, espigadas, como pajarillos.

Akaraks.

Ashby había visto akaraks antes, en Puerto Coriol. Todo el mundo sabía cómo los habían tratado los harmagianos en la época colonial. Su planeta había quedado estéril; las fuentes de agua, contaminadas; los bosques, arrasados. No quedaba nada para ellos en su planeta hogar, pero tampoco lo había en ningún otro lugar. Era raro encontrárselos en la galaxia, pero se los podía ver aquí y allá, trabajando en desguaces o mendigando en las esquinas.

O, si se habían quedado sin opciones, asaltando naves y llevándose lo que quisieran.

Ashby levantó las manos. Las voces de los akaraks, chirriantes y estridentes, surgieron de unas voxes diminutas incrustadas bajo los cascos. No hablaban klip.

—No disparéis —pidió Ashby—. Por favor, no os entiendo. ¿Klip? ¿Habláis klip?

No hubo respuesta comprensible, tan solo chirridos y chasquidos y violentos meneos de las armas. Las palabras no le decían nada, pero las armas, sí.

Ashby sintió que una gota de sudor le caía por la frente. Se pasó la mano por la cara.

—De acuerdo, escuchad, cooperaremos, tan solo…

El mundo se tornó un estallido de dolor cuando un akarak golpeó con la culata del rifle contra la mandíbula de Ashby. Los akaraks, el muelle de carga, los gritos de Sissix, los gritos de Kizzy, los insultos de Jenks, todo ello desapareció tras una cortina de luz roja. Le fallaron las rodillas. El suelo aceleró para encontrarse con su rostro. Luego, nada.

Rosemary no estaba segura de qué esperaba encontrar cuando llegó a la carrera al muelle de carga, pero había demasiadas cosas ocurriendo a la vez como para pensar con claridad. Las puertas del muelle habían sido reventadas. Cuatro akaraks armados (¿Akaraks?) envueltos en trajes-mecha le gritaban a todo el mundo en una especie de extraño dialecto harmagiano que no lograba entender. Ashby estaba inconsciente (esperaba) en el suelo, acunado por Kizzy, que lloraba. El resto de la tripulación estaba de rodillas con las manos alzadas. Rosemary apenas tuvo tiempo para procesarlo todo antes de que los akaraks, sorprendidos por su repentina aparición, apuntaran las armas hacia ella mientras croaban unas palabras peculiares en un tono que habría sonado a cabreo en cualquier otro idioma.

—Yo… —tartamudeó Rosemary, levantando las manos—. ¿Qué…?

Ela akarak más cercano (su traje-mecha tenía adornos azules) corrió hacia ella sin dejar de croar. Le apuntó a la cara con el arma. Jenks empezó a gritar a los otros akaraks.

—Está desarmada, putos animales, dejadla en paz…

Ela akarak de mayor tamaño, cuyo traje era casi tres veces mayor que Jenks, agitó el arma hacia el técnico de componentes y apuntó hacia Ashby. La amenaza era inequívoca. «Cállate, o te ocurrirá lo mismo». Las manos de Jenks se crisparon en puños. Se oyó un zumbido cuando las armas de elas akaraks empezaron a cargarse.

«¿Voy a morir?», se preguntó Rosemary. El pensamiento era desconcertante.

—Rosemary —llamó Sissix por encima del estruendo—. Hanto. Prueba en hanto.

Rosemary se humedeció los labios y trató de ignorar el arma que tenía ante la nariz. Su mirada se encontró con los ojos de Sissix; aterrados, pero insistentes, alentadores. Hundió las uñas en las palmas de las manos, de modo que nadie pudiera ver cómo le temblaban. Bajó la mirada hasta el cañón del arma.

—*¿Kiba vus hanto em?*

Elas akaraks callaron. Todos se quedaron inmóviles.

—*Sí* —respondió Traje Azul. Giró la cabeza hacia elas demás y apuntó hacia Rosemary—. *Al fin*. —El arma no se movió.

Ela akarak enorme se acercó amenazadoramente a ella.

—*Nos llevaremos la comida y todos los suministros que nos sean útiles* — dijo—. *Si no colaboráis, os mataremos.*

—*Colaboraremos* — contestó Rosemary—. *La violencia no es necesaria. Me llamo* Rosemary. *Puedes llamarme Ros'ka.* —Fue el nombre que escogió en la clase de harmagiano en secundaria—. *Le transmitiré vuestras peticiones a mi tripulación*.

Traje Azul alejó el arma, pero siguió apuntándola. Elas akaraks croaron entre sí.

Ela gran akarak asintió con la cabeza.

—*Soy el capitán. No serías capaz de pronunciar mi nombre, y no voy a fingir que tengo otro. ¿Hay más gente a bordo de la nave?*

—*Nuestro piloto está en su habitación. Es un hombre pacífico y no representa un peligro para nadie.* —Rosemary pensó que era mejor no complicar las cosas con pronombres plurales.

Gran Capitán resopló.

—*Si es un truco, te pegaré un tiro*.

Se dio la vuelta y graznó a un akarak, que corrió escaleras arriba.

—¿Qué ocurre? —preguntó Sissix.

—Van a por Ohan —respondió Rosemary—. Les he explicado que no es una amenaza y que estamos dispuestos a cooperar. —Se

aclaró la garganta y volvió al hanto—. *Mi tripulación está de acuerdo en ayudar. Por favor, decidnos qué necesitáis.*

—*Comida* — dijo Traje Azul—. *Y tec.*

Una idea cruzó su mente. Rosemary conocía muy poco de la cultura akarak, pero por lo que había leído sobre ellos, sabía que valoraban enormemente los conceptos de equilibrio y legitimidad. La idea de tomar más de lo que podías llegar a usar no se les había ocurrido hasta que llegaron los harmagianos. Había oído que aquellos valores todavía permanecían ahí; había quedado patente en la frase que Gran Capitán había escogido: «Nos llevaremos la comida y todos los suministros que nos sean útiles». En hanto, la semántica de aquellas palabras implicaba poderosamente: «y nada más». Su mente iba a toda velocidad, preguntándose si aquel pedacito de conocimiento sería suficiente para apostar. Una gran parte de sí misma se inclinaba por la autopreservación («Cállate, dales todo, te van a pegar un tiro»), pero el pensamiento más valiente ganó.

—*¿Cuánta gente hay en tu nave? ¿Hay criaturas pequeñas?*

Traje Azul dio un respingo y volvió a alzar el arma.

—*¿Qué importa cuántos seamos? ¡Haréis lo que os ordenemos!*

Rosemary meneó los dedos en un gesto tranquilizador.

—*Desde luego. Pero si existe alguna posibilidad de que nos dejéis suficiente comida para que podamos alcanzar el siguiente mercado, estaremos humildemente agradecidos. Igual que vosotros, no deseamos morir aquí fuera. Por otro lado, he leído que la juventud akarak tiene necesidades nutricionales muy específicas. Si tenéis crías a bordo, debemos asegurarnos de que nuestros alimentos no estén faltos de nutrientes.*

Gran Capitán reflexionó.

—*Tenemos crías a bordo* —respondió al fin. Rosemary se lo tomó como una señal positiva. Dejando aparte el rostro herido de Ashby y los rifles de pulsos, esta gente no parecía violenta. Tan solo desesperada—. *Y sí, su necesidad es imperante. Puede que no encontremos lo que necesitamos en vuestra nave.*

—Entonces, dejad que os haga esta oferta — empezó Rosemary, tanteando con cuidado—. *Uno de nosotros os guiará hasta nuestro almacén de alimentos. Según creo, el mercado Kesh To'hem está a menos de diez días de aquí. No viajaremos hasta allí, ya que no podemos desviarnos de nuestra ruta de vuelo. Llevaos lo que necesitéis para llegar hasta Kesh To'hem, y os entregaremos créditos y suministros valiosos para que podáis comprar alimentos adecuados. De este modo, vuestras crías obtendrán lo que necesitan y nosotros no nos moriremos de hambre en el viaje.*

Elas akaraks discutieron el tema. Rosemary hundió las uñas con más fuerza, con la esperanza de que el dolor acallara los temblores bajo la piel. Toda su oferta se sustentaba en un diminuto pedazo de información, quizá errónea, que había rescatado durante un solitario semestre en «Introducción a la historia colonial harmagiana». Si estaba equivocada… Bueno, pronto saldría de dudas. Por lo menos todavía seguían respirando. Ashby estaba respirando, ¿verdad?

—¿Rosemary? —dijo Sissix—. ¿Cómo va?

—Vamos bien —respondió ella. «Espero» —. Aguantad.

—Nos parece aceptable —dijo Gran Capitán—. *¿Qué tipo de combustible utilizáis?*

—Algas.

—También nos llevaremos una parte.

—¿Han preguntado por el combustible? —preguntó Corbin—. Porque acabo de extraer la espuma con el sifón, y hacen falta unos cincuenta días para que este lote…

—Corbin —interrumpió Doctor Chef con una calma mortal—. Cállate.

Y por una vez, Corbin no dijo nada más.

—¿Qué ha dicho el hombre rosado? — preguntó Gran Capitán.

—Es nuestro algólogo — respondió Rosemary—. *Simplemente está… preocupado por el producto que le ha costado tanto trabajo producir. Pero tendréis combustible. No hay problema.*

Gran Capitán golpeteó la barbilla contra el traje-mecha.

—Si nos llevamos diez barriles, ¿tendréis suficiente para llegar a vuestro próximo destino?

Rosemary le transmitió a Corbin la pregunta. Él asintió, hosco.

—Sí, diez barriles no serán un problema — respondió. La conversación había pasado de aterradora a surrealista. Las inflexiones que Gran Capitán usaba no tenían paralelo en klip, pero en hanto eran de una cortesía absoluta. Ella esperaba oír aquel tipo de lenguaje en una tienda o en un restaurante, no mientras la encañonaban. Era como si los akaraks pensaran en ella como una comerciante, con la amenaza de la violencia como moneda de cambio.

—También requerimos suministros tecnológicos. —Añadió Gran Capitán—. *Nuestros motores necesitan reparaciones.*

Rosemary hizo un gesto afirmativo.

—Kizzy, ¿sabes algo de la nave que están pilotando? ¿Alguna tec nuestra que sea compatible?

—Puede que haya algo. Ni idea.

—Nuestra técnica cree que algo de nuestro equipo puede funcionar con el vuestro, pero no promete nada. Os ayudará a encontrar lo que necesitéis.

—Estupendo — dijo Gran Capitán—. *Me acompañarás junto a tu técnica, para que traduzcas nuestras necesidades. Ella…* — hizo un gesto hacia Traje Azul—, *irá con alguien de vuestra tripulación a recoger comida. El resto de mi grupo se quedará aquí con el resto de vuestra tripulación. Parecéis gente razonable, pero no dudaremos en mataros si tratáis de atacarnos.*

—Disponéis de nuestra completa cooperación — afirmó Rosemary—. *No queremos que nadie de ninguna tripulación salga herido.*

Rosemary empezó a explicarles el trato a los otros. Todos asintieron, algo menos tensos, aunque todavía asustados. El zumbido de las armas cesó. «Puede que salgamos de esta», pensó Rosemary, justo antes de que el cuarto akarak reapareciera y arrojara a Ohan a la sala.

Los demás akaraks se volvieron locos. Empezó un frenético debate en el que se interrumpían unos a otros, y donde Rosemary trataba de interceder cuando podía.

—¿Qué mierda está pasando? —preguntó Sissix.

—Se quieren llevar a Ohan —respondió Rosemary.

La tripulación de la *Peregrina* estalló.

—¿Qué? —exclamó Kizzy

—¡Mis cojones! —gritó Jenks.

—¿Para qué? —preguntó Sissix.

—Para venderlos —respondió Rosemary.

—¿¡Qué!? —gritó Kizzy.

—Un Par representa mucho dinero en el planeta adecuado —dijo Doctor Chef.

—Si os mantiene a salvo… —comenzaron Ohan.

—No —cortó Jenks—. Ni hablar. Rosemary, diles a esos putos pájaros en sus putos trajes cutres que se pueden meter por el…

—Jenks, cállate la puta boca — zanjó Kizzy mientras acunaba la cabeza de Ashby. La sangre parecía pegajosa en sus manos.

—Alto, alto, todos, vais a lograr que nos maten —se quejó Corbin.

—Cállate tú también, Corbin.

—*Calma a tu tripulación* — ordenó Gran Capitán—. *O habrá violencia.*

—Silencio, todos, callaos —gritó Rosemary. Se giró hacia Gran Capitán—. *Ohan es parte de nuestra tripulación. Hemos cooperado con todas vuestras peticiones, pero esto…*

—*Este hombre podría poner fin a nuestras penurias* — dijo Gran Capitán—. *Será de gran utilidad para nosotros. Harías lo mismo en nuestro lugar.*

—*No, no lo haría.*

Gran Capitán reflexionó sobre aquello.

—*Quizá. Pero, aun así, no tenéis mucha elección.*

—Ofrécele alguna otra cosa —propuso Sissix.

—¿Cómo qué? —preguntó Rosemary.

—Ambi —dijo Kizzy—. Dale las ambicélulas.

Elas akaraks se quedaron de piedra. Por fin, una palabra en klip que entendían.

—*¿Tenéis ambicélulas en vuestro transporte?*

—*Sí* — respondió Rosemary—. *Te entregaremos el ambi sin reparos si dejas al piloto con nosotros.*

—*¿Qué nos impide llevarnos tanto el ambi como al piloto?* — preguntó Traje Azul, levantando el rifle.

Rosemary sintió que se le hundía el estómago. Cierto.

—Quieren saber por qué no se pueden llevar el ambi y a Ohan.

—Mierda —masculló Jenks.

—¿Por qué siempre digo algo? —gimió Kizzy.

—Diles que Ohan no tiene valor para ellos —dijo Doctor Chef.

Rosemary tradujo. Elas akaraks exigieron una explicación.

—¿Por qué? —le preguntó a Doctor Chef.

—Porque Ohan se muere.

La tripulación de la *Peregrina* se giró para observar a Doctor Chef. Ohan cerraron los ojos sin decir nada. Rosemary se armó de valor. Seguro que era un farol. Le transmitió la noticia a elas akaraks.

Estos se echaron para atrás. El que había arrojado a Ohan a la sala reculó.

—*¿Es contagioso?*

—*No… No lo creo* — dijo Rosemary—. Doctor Chef, me vendría bien un poco de ayuda.

—Ohan están en la etapa final de la vida del par sianat —explicó—. No vivirán más de un año. —Se detuvo un instante y añadió—: Cualquier comprador que se plantee adquirir un par sianat estará lo bastante familiarizado con la especie para reconocer los síntomas.

Rosemary tradujo.

—*Puede que mientas* — dijo Gran Capitán—. *Pero el riesgo de malgastar combustible y comida con cargamento inútil sobrepasa las posibles ganancias, sobre todo si consideramos el ambi. Lo dejaremos, pues, pero nos entregaréis la carga completa de ambicélulas.*

Rosemary aceptó.

—Ohan se quedan —le dijo a la tripulación.

—Ay, estrellas —masculló Kizzy.

—Pero quieren todo el ambi.

—Está bien —dijo Sissix.

—Menos mal que la CG nos cubre las espaldas esta vez —dijo Jenks.

Rosemary y Gran Capitán discutieron la logística. Grupos de ambas tripulaciones se separaron, y dejaron a Jenks, a Ohan y a un apenas consciente Ashby (estrellas, por fin había abierto los ojos) bajo custodia en el muelle de carga. Rosemary cogió la mano de Kizzy mientras salían por la puerta con Gran Capitán. Ella le devolvió el apretón con tanta fuerza que le chasquearon los nudillos.

La voz de Jenks los siguió.

—¡Disfrutad robando nuestras cosas, cabrones! Rosemary, ¿te apetece traducirles eso?

Ella lo dejó pasar.

Ashby descansaba en una cama del área médica, tratando de moverse lo menos posible. Tenía ambas manos ocupadas. La derecha estirada bajo el escáner médico, donde un denso haz de luz le indicaba dónde colocar el parche de muñeca. Doctor Chef estaba sentado al otro lado del escáner, rumiando algo mientras introducía comandos para los inmubots de Ashby. En algún lugar bajo la piel, dos escuadras de bots se habían separado de sus patrullas diarias y reparaban la fractura de la mandíbula y la conmoción en el cerebro. Doctor Chef había hablado mucho sobre «granulación de tejido» y «osteoblastos», pero Ashby tampoco lo hubiera comprendido incluso si no hubiera estado a la deriva en una marea de analgésicos. Sin embargo, la parte de quedarse tumbado y no mover la mandíbula la había entendido. De eso era capaz.

Su otra mano agarraba con firmeza las garras de Sissix. Ella estaba sentada junto a él, y le narraba punto por punto todo lo que

había ocurrido desde que se desmayó. De vez en cuando le soltaba la mano para dejarle escribir una pregunta en el escrib. Doctor Chef le había prohibido hablar durante el proceso.

Nadie más había salido herido. Ni el ambi ni la comida importaban. Eran cosas, y las cosas se podían reemplazar. Su tripulación no. El alivio que sintió al saber que era el único que necesitaba tratamiento en el área médica estaba por encima de todo lo que le pudieran aportar los analgésicos.

«¿Dónde están todos?», escribió.

—Kizzy y Jenks están reparando las puertas del muelle. Dicen que casi todo son daños superficiales. Ya han reemplazado el núcleo de navegación, y funciona sin problemas. Corbin empezó a preparar un sustituto para el lote de algas un instante después de que elas akaraks se marcharan. Creo que Rosemary está calculando nuestras pérdidas. —Sonrió—. Y adivina dónde están Ohan.

«¿En su cuarto?»

Sissix negó con la cabeza.

—Están abajo, sentados en el muelle de carga con los técnicos.

Ashby se la quedó mirando. Parpadeó.

—Lo sé. No hablan ni nada parecido, solo están ahí, sentados en una esquina, en su propio espacio mental, como siempre. Pero no han vuelto a su cuarto en ningún momento, y siguieron a Kizzy por el pasillo cuando fue a recoger algunas herramientas. Nunca pensé que diría esto, pero Ohan no quieren estar solos ahora mismo.

Ashby volvió a parpadear. «Vaya», escribió.

Pasó una hora. Doctor Chef asintió, satisfecho, y giró el monitor para que Ashby pudiera verlo. La pantalla mostraba la vista de la cámara de uno de los inmubots, el cual hacía… algo a una enorme pared blanca y esponjosa (su mandíbula, supuso). Otros bots correteaban en la periferia del encuadre, como arañas nadadoras.

—Saldrás de esta —dijo Doctor Chef. Ashby aceptó su palabra. No tenía ni idea de lo que ocurría ahí dentro, y la experiencia de ver el interior de su cuerpo siempre le resultaba inquietante—. Ya puedes caminar, pero sin movimientos bruscos, por favor. La fractura todavía

no se ha curado del todo. Y tu cerebro todavía necesita un poco más de trabajo.

—Eso te lo podría haber dicho yo misma —dijo Sissix.

—Gracias —dijo Ashby, moviendo la boca con cuidado—. Aprecio tu compasión. —Se pasó la lengua por los labios. Sentía el interior de la boca seco—. ¿Me podéis dar agua?

Sissix llenó una taza en la pila. Se la acercó a la boca y lo ayudó a beber.

—¿Necesitas algo más?

—No —respondió—. Bueno, espera. ¿Puedes decirle a Rosemary que venga?

Sissix se acercó a la vox.

—Lovey, ¿has oído?

—Yo me encargo —respondió ella—. Es genial volver a oír tu voz, Ashby.

—Gracias, Lovey —dijo.

Unos minutos más tarde, una cabeza con rizos asomó por la puerta.

—¿Querías verme?

—Eh, Rosemary —saludó Ashby—. Siéntate. —Hablaba con un tono pegajoso gracias a la medicación para el dolor, como si hubiera bebido demasiado alcohol. Esperaba de todo corazón no estar babeando.

Rosemary acercó un taburete junto a Sissix.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó a Ashby.

—Estoy bien. El cabronazo me destrozó la mandíbula, pero es preferible a que te disparen. —Recostó la cabeza en la almohada y trato de pensar a través de la neblina de la contusión y los medicamentos—. No sé por qué ese tío me pegó. —Se frotó los ojos, intentando disipar el estupor.

—Pues para asustarnos—contestó Sissix—. Mostrar quién mandaba. Conmigo funcionó, estaba asustada. —Apoyó la cabeza en el brazo de Ashby.

Rosemary estudió el rostro de Ashby. Algo captó su atención.

—¿Qué? —preguntó él.

—¿Te tocaste la cara en algún momento mientras hablabas con el capitán akarak? Justo como ahora.

—Esto…, sí, puede. —Ashby trató de abrirse paso por la niebla y trató de recordar—. No lo sé, todo pasó demasiado deprisa.

—¿Algo así, quizá? —Rosemary se frotó los ojos con la palma, como si tuviera dolor de cabeza.

—Es muy probable. Sí. Sí, creo que lo hice.

Rosemary sonrió.

—Eso lo explica todo. Verás, esto… — Dobló el pulgar y estiró los dedos a lo largo, planos, de modo que tenían un leve parecido a los dáctilos harmagianos. Flexionó la mano sobre los ojos, dos veces—. Es algo muy ofensivo para los harmagianos. Y los gestos y el dialecto akaraks recibieron una fuerte influencia harmagiana.

—¿Qué quiere decir?

Rosemary se aclaró la garganta.

—Significa que prefieres frotarte mierda en los ojos a seguir hablando con ellos.

Ashby parpadeó. Él y Sissix estallaron en carcajadas.

—Ay —gimió, agarrándose la mandíbula—. Ay, au. —Todavía no estaba lista para reírse.

—Cuidado —dijo Doctor Chef—. Si no se cura bien, tendremos que pasar por todo esto de nuevo.

Sissix todavía se reía entre dientes de Ashby.

—Yo también te habría pegado por eso.

—Sí —dijo Ashby. Aguantó los labios tensos para que no se le moviera mucho la mandíbula—. Lo mismo digo.

—Por lo menos los pusiste en su sitio, ¿eh?

—Claro —respondió Ashby con una sonrisa contenida—. Seguro que el daño psicológico de mi insulto accidental les ha causado un trauma muy profundo.

—Ahora que hablamos de daños —intervino Rosemary. Alzó su escrib—. He calculado nuestras pérdidas, he llenado un formulario

de incidentes, y ya estoy esbozando una lista para la Cámara de Transporte para que cubran…

Ashby le hizo un gesto con la mano.

—Ya lo discutiremos luego. No te he llamado por eso.

—Oh.

—Quería darte las gracias. No creo que hubiéramos salido de esta tan indemnes de no ser por ti.

Rosemary se sintió cohibida.

—No sé. Tuve suerte. Hay muchas culturas de las que no sé nada.

—Puede, pero de todos modos fue buena suerte, una suerte que no hubiéramos tenido de otro modo. Y más importante todavía, mantuviste la cabeza fría y a todos a salvo. Hoy podría haber sido mucho, mucho peor si no hubieras estado aquí. —Le cogió la mano—. Me alegra que estés en mi tripulación.

Rosemary empezó a decir algo, pero fuera lo que fuera cambió a:

—Oh, no. —Su mano se elevó a la caza de una lágrima que le caía por la mejilla—. Oh, estrellas, lo siento —dijo. Otra lágrima cayó, y otra. Rosemary enterró el rostro entre las manos. El dique se quebró.

—Uy, oye —dijo Sissix con una risa amable, pasando el brazo sobre los temblorosos hombros de Rosemary—. ¿Todavía no has tenido un ratito para perder los papeles?

Rosemary negó con la cabeza, tapándose la nariz con la mano. Toda su cara chorreaba. «Pobre cría», pensó Ashby. No la culparía si quisiera buscar trabajo en un planeta, después de aquello. Demonios, incluso él consideraba atractiva esa opción.

—Estos humanos, ¿eh? —le dijo Sissix a Doctor Chef—. Incluso yo me he tomado mi ratito para perder los papeles. ¿Y tú?

—Desde luego que sí —respondió él. Le dio a Rosemary un pañuelo limpio—. Después de medicar a Ashby y poner los bots en marcha, me encerré en mi oficina y grité durante unos buenos diez minutos.

—¿Era eso? —preguntó Ashby. Tenía un recuerdo difuso de capas sobre capas de acordes evocadores atravesando las oleadas de

dolor—. Creía que cantabas. Era bastante bonito.

Doctor Chef soltó una breve y sonora carcajada.

—Ashby, si elas akaraks piensan que frotarte mierda en los ojos es malo, lo que dije en mi oficina les hubiera dejado una cicatriz imborrable. —Emitió un ruido sordo y arrullante—. Pero Sissix tiene razón, cariño —dijo poniendo una mano en la nuca de Rosemary—. Tu especie tiene un don para la supresión emocional. Y, como tu doctor, me gustaría decir que meterte de lleno en el papeleo tras haber negociado a punta de pistola no es una decisión muy sana.

Uno de los sollozos de Rosemary se convirtió en una risita solitaria.

—Lo recordaré para la próxima vez.

—Nada de «próxima vez», os lo suplico —dijo Sissix—. Prefiero no volver a pasar por esto.

—Estoy de acuerdo —añadió Doctor Chef. Desvió su atención hacia el monitor de los bots—. Ashby, te quedan unas dos horas más hasta que estés arreglado del todo. No hay nada que puedas hacer excepto quedarte ahí relajado y tomártelo con calma.

—Está bien —dijo Ashby—. Me vendrá bien una siesta. —La medicación empezaba a pesarle y la conversación le había dejado exhausto.

—Y a mí me vendría bien comer algo. Señoritas, ¿os importaría acompañarme a la cocina? Veamos si podemos encontrar algo de comida reconfortante entre lo que han dejado elas akaraks. —Le dio una palmadita a Rosemary en la espalda—. Tengo unas nuevas plantas que creo que te van a sacar una sonrisa.

Rosemary inspiró y se recompuso.

—Una cosa más —dijo—. Sobre Ohan.

—Ah —contestó Doctor Chef—. Sí.

—Era…

—¿Cierto? Sí, eso me temo. Y siento haber destrozado la privacidad de Ohan de ese modo. Fue lo único que se me ocurrió.

—Estrellas —exclamó Rosemary—. No tenía ni idea.

—Yo también me acabo de enterar —dijo Sissix. Torció el gesto hacia Ashby—. Y todavía no entiendo por qué.

Ashby suspiró.

—Lo discutiremos más tarde, Sis. La cabeza me da vueltas.

—De acuerdo —concedió—. Puedes jugar la carta de estar malito esta vez. —Le palmeó el pecho con una garra—. Más tarde.

Una vez que estuvo a solas en el área médica, Ashby sacó la carta de papel que había guardado en el bolsillo. Se obligó a resistir la urgencia de dormir por la medicación durante unos minutos más.

… una característica de la que me alegro.

No sé cuánto durará esta salida (es un poco delicada), y sé que no estarás de vuelta en el espacio central hasta el próximo estándar. Pero tengo más papel, así que por lo menos puedo saludarte cuando haga alguna parada de compras. Y te enviaré cartas escrib tan pronto como pueda. Este papel no tiene el espacio suficiente para escribir todo lo que quiero decir, por lo que recuerda esto: te quiero, y siempre pienso en ti.

Viaja a salvo.

Pei

En cuanto las puertas del muelle estuvieron arregladas y la comida devorada, Jenks hizo varias cosas. Primero, se dio una ducha. Toda la nave daba la sensación de estar asquerosa después de haber tenido a aquellos bastardos con traje-mecha deambulando por ella. No podía fregar toda la nave, pero al menos podía limpiarse él. Hizo caso omiso a la regla de los quince minutos de ducha. No sería demasiado trabajo extra para el sistema de reciclaje de agua, y Kizzy se lo perdonaría en un día como aquel.

De vuelta en su habitación, sacó el infochip del bolsillo de los pantalones arrugados. Se sentó desnudo en la cama, enchufó el chip en el escrib y leyó el mensaje.

Eh, colega. He encontrado a un vendedor de esa mejora de software de la que hablamos. Está dispuesto a conseguirte el paquete completo, pero quiere que pagues por adelantado, sin reembolso, y no es negociable. Ya sabes cómo son estos tecs de productos especiales.

El tipo con el que tienes que hablar es don Crujiente. Es un nombre que ya he oído por ahí. Reputación de la buena. Tiene
su propio asteroide, y todo. Un pedazo de programador, bueno, con trabajo personalizado. Espera noticias tuyas. La información de contacto está abajo. Por favor, no la compartas con nadie.

Y, oye… Piensa en lo que te dije. ¿Seguro que es la mejora correcta para ti?

Ven a vernos de nuevo pronto. Cocinaré la cena la próxima vez. O, bueno, por lo menos la pagaré yo.

Pepper

Fijó la mirada unos instantes en la palabra «paquete». Sabía lo que Pepper quería decir. Pensó sobre lo que le había comentado en Puerto Coriol, sobre la responsabilidad y las consecuencias. Pensó en ello lo suficiente como para poder decir que lo había pensado. Se puso unos pantalones y se dirigió al núcleo de Lovey.

Hablaron durante horas. Repasaron una docena de veces todos los riesgos y peligros de los que ya habían hablado. Pero como los técnicos de componentes y las IA sabían bien, la redundancia en nombre de la seguridad siempre era una buena idea.

—Hay dos cosas que me escaman —dijo Lovey—. No lo suficiente como para decir que no, pero tenemos que tenerlas claras.

—Dispara.

—Primero, si me transfiero a un paquete, la nave se quedará sin sistema de monitorización. Ya que estaré renunciando de forma efectiva a un empleo por el que me preocupo muchísimo, quiero asegurarme de que hay un buen reemplazo preparado.

Jenks repiqueteó los dedos contra los labios mientras pensaba.

—No sé por qué, pero algo en el hecho de instalar una nueva IA es extraño en estas circunstancias. ¿Crees que estaría celosa de verte caminar por ahí mientras ella vive en tu núcleo?

—Para empezar, depende de la IA y si está o no interesada o no en un cuerpo. Pero no creo que vaya a causar problemas. Digamos, hipotéticamente, que me ve caminando por ahí, y que quiere saber por qué ella no puede tener la misma oportunidad. Por qué tuve esa elección que ella no.

—Buen apunte —contestó Jenks, frunciendo el ceño—. Y no sería demasiado justo. —Suspiró—. Por lo que…

—No te des por vencido todavía. No he terminado. ¿Y si me reemplaza un modelo no sapiente?

Jenks parpadeó. Un modelo no sapiente podría realizar el trabajo de Lovey, en efecto, con algunas modificaciones importantes, pero jamás sería alguien con quien pudieras tener una relación personal. Nunca sería un miembro real de la tripulación.

—¿No te molestaría?

—¿Por qué iba a molestarme?

—¿Vivir con una IA que fue diseñada para ser menos inteligente que tú, tan solo con la inteligencia justa para realizar el trabajo duro, pero a la que no se le permite convertirse en algo más? No sé, siempre he tenido dudas con este tema.

—Eres un amor, pero eso es una tontería.

Él sonrió con timidez.

—¿Por qué?

Lovey hizo una pausa.

—¿Te parece bien la idea de las bestias de carga? Caballos que tiran de carros, y ese tipo de cosas.

—Sí, siempre y cuando los traten bien.

—Bien, pues ahí lo tienes.

—Mmm. —Necesitaba darle un par de vueltas—. Sería decisión de Ashby, al final.

—Esa es la segunda cosa que me escama. No dejamos de esquivar el tema de la reacción de Ashby cuando se entere de lo que planeamos.

Jenks volvió a suspirar, esta vez profundamente.

—Lo cierto es que no tengo ni idea. No va a estar contento. Pero no nos denunciará. No es su estilo. En el mejor de los casos, me echará una bronca pero nos dejará quedarnos. En el peor, tendremos que marcharnos.

—El peor caso no es disparatado. Perdería su licencia si lo pillan llevando tec ilegal a sabiendas.

—Sí, pero ¿cada cuánto nos registran? Y si lo hacen, no es como si…

—Jenks.

—¿Qué? Las posibilidades de que nos descubran…

—Existen. Yo estoy dispuesta a correr ese riesgo. Ashby quizá no. ¿Estás preparado para ello? Voy a hacer que pierdas tu trabajo y tu hogar por mí. Es tu elección, no la mía.

Jenks apoyó la mano en el núcleo.

—Lo sé. Adoro esta nave. Adoro mi trabajo. —Deslizó la mano por la curva suave e impecable. —Y no quiero marcharme. Pero no estaré en la *Peregrina* para siempre. Algún día, cuando llegue el momento, me iré a hacer otras cosas. Si alguien elige ese momento por mí, bueno…, adelante.

—¿Estás seguro?

Se sentó pensativo, observando la luz de ella brillándole entre los dedos. Pensó en los recovecos familiares de las paredes de la nave, el modo en que Ashby confiaba en él para realizar las modificaciones correctas. Pensó en el hueco de su colchón, en el que solo encajaba él. Pensó en beber mek en la Pecera, en Sissix riéndose, en Doctor Chef retumbando. Pensó en Kizzy, con la cual sabía que estaría sentado en algún antro espacial dentro de sesenta años, ambos viejos y repulsivos.

—Sí —dijo con un hilo de voz—. Sí, estoy seguro.

Durante un instante, Lovey no dijo nada.

—Incluso si la cosa llegara a ese punto, no te odiarían. Estas personas siempre van a ser tus amigos.

—Y los tuyos también.

—Eso no lo sé.

—Yo sí. —Guardó silencio—. Y bien, ¿lo hacemos?

—Eso parece. —Había una sonrisa en su voz, una sonrisa que él anhelaba ver.

—Está bien. —Asintió, y rio—. Guau. Vale. Contactaré mañana con este tipo.

Durmió en el pozo de la IA esa noche, con la cabeza apoyada en un frío panel de interfaz. Podía sentir el opaco metal dejándole diminutas marcas en la piel. Se durmió imaginando unos brazos suaves sobre su pecho, un aliento cálido contra su mejilla.

Día 249, CG Estándar 306

GRILLO

Era un nombre extraño para una luna. Llamarla colonia era una exageración. Ashby no contaba más de diez edificios en las cercanías, además de algunos asentamientos solitarios esparcidos por las colinas y riscos de más allá. Los caminos eran poco más que surcos planos en la tierra. Había luces de aterrizaje y aceras para peatones, pero parecían una ocurrencia tardía. El cielo era del color del azufre, y la tierra, del color del óxido. El cieno se acumulaba en las muescas de las máscaras de respiración y en las monturas de los visores. No había otros sapientes a la vista.

Ashby alzó una mano para bloquear el resplandor del sol blanco.

—¿Sissix?

—¿Mmm? —La voz, como la suya, sonaba amortiguada tras la máscara.

—¿Dónde estamos?

—¿Es una pregunta filosófica, o…?

La apuñaló con la mirada.

—¿Por qué estamos aquí, en esta plataforma, en este mismo instante?

La plataforma en cuestión era un grueso panel de metal industrial, con bordes anaranjados de óxido, sustentado por vigas de dudosa fiabilidad. Kizzy y Jenks se sentaron en el borde de la plataforma, charlando sobre un sim de acción mientras Kizzy retorcía pedazos de metal de desguace convirtiéndolos en siluetas de animales. Rosemary estaba en un quiosco cercano, discutiendo con una IA defectuosa por los precios de aterrizaje. Un cartel casi

borrado colgaba del tejado del quiosco: «BIENVENIDOS A GRILLO». Debajo del cartel había una larga advertencia sobre la tendencia de los implantes subdérmicos sin licencia a activar detectores de armas.

Sissix se ajustó el visor.

—Tal como lo recuerdo, Kizzy dijo: «¿Sabéis qué necesitamos?», y tú respondiste: «¿Qué?», y ella dijo: «Armas», y tú dijiste: «Nada de armas», y ella dijo: «Entonces, una red de protección», y añadió que tenía algunos amigos que lo podían arreglar para nosotros y que no estaban muy lejos de la ruta…

—Hasta ahí me acuerdo —contestó Ashby—. Supongo que mi pregunta real es, ¿por qué acepté?

—Tenías una contusión y estabas medio sedado.

—Ah. Eso lo explica todo.

—Debo decir, Ashby, que tener algunas armas a bordo en este encargo no es una mala idea. Especialmente tras ciertos eventos recientes.

—No empieces tú también. Que nos abordaran fue un suceso anómalo, como mucho. He pilotado toda mi vida y jamás me había ocurrido antes. No voy a llenar mi hogar de armas solo porque nos hemos llevado un susto.

—Ashby, nos dirigimos a lo que hace muy poco era una zona de guerra. ¿Crees que no habrá más gente desesperada y peligrosa ahí fuera?

Ashby se tocó la mandíbula. Los moratones del rifle akarak todavía se estaban borrando. Rememoró aquellos terribles momentos en el muelle de carga, recordó la sensación de que unos extraños entraran a la fuerza en su casa. Recreó el accidente, imaginando un arma en su mano. ¿Habría disparado? No lo sabía. Pero imaginarse con un arma añadida en aquel escenario le hacía sentirse más seguro. No se sentía indefenso, sino poderoso. Y eso era lo que le asustaba.

—No voy a comprometer mis principios por esto. Y se acabó.

—Putos exodanos —dijo Sissix, pero lo dijo con una sonrisa.

Ashby soltó una risita.

—Kizzy dijo lo mismo. Cree que necesitamos un arsenal destructor de planetas entero pegado al casco.

—Estaba asustada, Ashby. Como todos. Todos lo estamos. —Sissix le cogió de la mano y le acarició el hombro con la mejilla.

Rosemary cerró la puerta del quiosco de un portazo.

—Estúpida IA chapucera. —Echaba chispas por los ojos mientras trataba de limpiar la persistente capa de polvo de su visor—. Con lo caro que es aterrizar aquí, por lo menos podrían proporcionar una atención al cliente adecuada.

—¿Cuánto ha costado? —preguntó Ashby.

—Setecientos cincuenta créditos —respondió ella—. Más las tasas administrativas. No es que haya demasiada administración por aquí.

Ashby silbó.

—Maldita sea —exclamó—. Espero que estos amigos de Kizzy valgan la pena.

Rosemary se removió inquieta.

—Ashby, este lugar es un poco sospechoso. No me importa ponerme un poco creativa con el papeleo, pero…

—No te preocupes —repuso Ashby—. No voy a subir equipamiento ilegal a mi nave, menos aún cuando estamos tan cerca del espacio quelin. Estoy seguro de que los amigos de Kizzy son tipos de fiar.

—¿Cuánto hace que conoces a Kizzy? —preguntó Sissix. Ashby le siguió la mirada hasta un esquife descubierto que zumbaba mientras se acercaba a la plataforma. El piloto se levantó al aproximarse, aunque el vehículo todavía estaba en marcha. Era un humano robusto, más joven que Ashby, y no llevaba nada de cintura para arriba excepto una máscara de aire, varios colgantes con relieves y un pequeño lanzacohetes sujeto al hombro. Manojos de greñas de un cobrizo desgastado le caían por los hombros como una capa. Tenía la barba a juego, recortada siguiendo el contorno de la mandíbula y formando una cascada trenzada bajo el mentón. Tenía la piel muy morena, pero los subtonos amelocotonados indicaban ancestros aislados de una colonia periférica, expulsada tiempo atrás

de la mezcla exodana. Los músculos cincelados estaban cubiertos de implantes de puertos tecnológicos y tatuajes intrincados, y había reemplazado el antebrazo izquierdo por un apéndice multiherramientas que parecía de fabricación casera. Cuando el esquife estuvo más cerca, Ashby pudo ver gruesas cicatrices en la unión entre el brazo tec y la piel del hombre. Tuvo la impresión de que la cirugía también había sido casera.

—Estupendo. —Ashby suspiró entre dientes. Un escudo de red era una buena idea. Un fanático de las modificaciones cutres era algo completamente distinto. ¿Cómo podía ser que hubiera accedido a eso?

—¡Kizzy! —bramó alegremente el conductor del esquife. Extendió los brazos hacia el cielo.

—¡Oso! —chilló Kizzy, tirando a un lado un ratón metálico a medio doblar, que pasó volando junto a un letrero que indicaba a los usuarios del muelle la forma correcta de usar las papeleras. Bajó a la carrera saltando por los escalones de la plataforma de dos en dos—. ¡Oso, Oso, Oso, OSO! —Saltó hacia el costado del esquife y aterrizó en los brazos del hombre, provocando que ambos cayeran en el asiento. Jenks se acercó a paso tranquilo, sonriendo. Él y Oso se dieron un cálido apretón de manos mientras Kizzy abrazaba la cabeza de Oso, aullando un «¡Hurraaa!».

Rosemary se dirigió a Ashby.

—*¿Se llama Oso?* —preguntó en ensk.

—*Eso parece* — respondió Ashby.

—¿«Oso» significa algo? —inquirió Sissix. La palabra ensk sonaba rara en klip, especialmente con el acento de Sissix—. ¿Qué es un oso?

Ashby echó a andar. Hizo un gesto con la cabeza hacia el hombre descomunal y peludo que aplastaba a la técnica mecánica entre sus enormes brazos.

—Eso es un oso.

—¡Bienvenidos a Grillo! —gritó Oso, saludando con un gesto. Por lo menos era amistoso.

Ashby le tendió la mano una vez que bajó las escaleras.

—Encantado. Ashby Santoso.

—¡Vaya, el capitán! —Oso le estrechó la mano. Ashby trató de no quedarse mirando el otro brazo, el de los cables y las cicatrices—. Kizzy me ha hablado muy bien de ti.

Ella se ruborizó.

—Shhh —dijo—. Va a pensar que te he pedido que le des coba.

—Tú debes ser Sissix —dijo Oso, tendiendo la mano y estrechándole las garras—. Es un placer conocerte. —Se quedó mirándola, sujetándole la mano unos instantes más de lo debido. Meneó la cabeza, como si se despertara a sí mismo—. Lo siento mucho —se disculpó algo avergonzado—. No suelo salir del planeta muy a menudo, y no llegan muchas especies diferentes por aquí.

—No pasa nada —repuso Sissix, algo confusa. Era probable que ni se hubiera dado cuenta de que el apretón de manos había sido un poco más largo de lo normal.

—Y… —Oso reflexionó unos instantes—. ¿Rosie? ¿Es así?

—Rosemary —contestó ella con una sonrisa, estrechándole la mano.

—Rosemary. Eso es. Oye, ¿te he visto alejarte de la IA hace un ratito?

—Sí. Aterrizar aquí barato, lo que se dice barato, no es.

Oso negó con la cabeza.

—Te devolveré los créditos. El graciosillo de Mikey la configuró para sacarles unos creds fáciles a los extraplanetarios incautos. Es una estafa total. Le diré que sois familia. Es bastante parecido a la verdad.

—Ayyy —exclamó Kizzy, dándole un abrazo.

—Bueno, subid a bordo —dijo Oso—. Espero que no os importe estar un poco apretados. —El esquife no estaba construido para cinco pasajeros (mucho menos para uno con cola), pero a base de retorcerse y recolocarse un poco se las arreglaron para embutirse en el sucio y abollado vehículo—. Kizzy, un poco de música de viaje, si eres tan amable. —Oso le indicó un sistema de sonido improvisado

que consistía en una escrib pirateada y tres pequeños altavoces sujetos con pernos industriales. El tamaño de los altavoces era engañoso. Todos dieron un bote cuando los violentos compases de un ruidoso grupo emergieron con un rugido. Los tres técnicos cruzaron asentimientos de satisfacción, y el esquife arrancó.

Entre la música pulsante y el zumbido del aire, no había mucho margen en el esquife para conversaciones. Ashby observó el planeta pasar desde el estrecho asiento. Al llegar había pensado que quizá habría una colonia de verdad escondida en algún lugar tras las altísimas colinas, pero no: Grillo era una luna vacía. Abruptas extensiones de polvo y roca se extendían hasta el horizonte, salpicadas esporádicamente con viviendas parecidas a búnkeres. Algunas suculentas tenaces sobresalían aquí y allá, pero Ashby no vio señales de cultivos; es más, no había fuentes de agua. Tenía que haber agua en algún lugar. Una gravedad aceptable y una atmósfera tolerable no eran suficientes para sostener una colonia, no a menos que se tuvieran recursos para importar agua extraplanetaria. Por lo poco que había visto, no creía que a las personas de Grillo les fuera tan bien.

A lo lejos, algo se escabulló por una grieta del suelo. El esquife se movía demasiado rápido para que Ashby pudiera ver con claridad, pero fuera lo que fuera era enorme, del tamaño de un perro grande. Quizá el lanzacohetes de Oso no era solo de adorno.

El esquife siguió un camino lleno de curvas que subía por una colina. La carretera tenía la amplitud suficiente para el vehículo, pero por los pelos. Ashby miró por el borde y se arrepintió al instante. Como muchos espaciales veteranos, a Ashby no le gustaban mucho las alturas en tierra. Mirar hacia abajo a un planeta, estando en órbita, no era problema, porque ahí fuera, caer significaba flotar. En caso de caer una gran distancia dentro de una nave (digamos, en el pozo del motor de una gran nave nodriza), da tiempo a gritar la palabra «¡Caigo!», lo que haría que la IA local apagase la red artigravitatoria adyacente. El descenso cesaría al momento y uno podría flotar hasta la barandilla más cercana. Cualquiera que

estuviera bebiendo mek o trabajando con pequeñas piezas de tec en las cercanías se enfadaría bastante, pero era un precio razonable por seguir con vida (los críos solían aprovecharse de la palabra de seguridad «caigo»; la repentina inversión de la gravedad en un pasillo atestado o en un aula les parecía el culmen del humor). Pero en la superficie planetaria no había red artigravitatoria. Incluso una caída de pocos metros podía significar la muerte en caso de caer mal. A Ashby no le gustaba en absoluto la gravedad que no se podía desconectar.

Al doblar un recodo del camino, apareció una casa construida en un terreno plano elevado. Una alta valla de placas de metal lo rodeaba todo menos el saliente, protegiendo el edificio. El esquife cruzó por una puerta automática, y la casa quedó por completo a la vista. Había sido construida, en parte, usando una pequeña nave de carga varada para siempre. Tenía adherido un tosco anexo que semejaba un brote bulboso desplegándose de una semilla horrenda. Una antena receptora estaba adosada a la azotea, junto a una luz parpadeante destinada a alejar a los vehículos voladores. A una distancia segura de la vivienda, dos drones de correo descansaban en la plataforma de despegue. El lugar tenía un aire a fortaleza industrial, pero había algo atractivo en su factura artesana humana.

—Hogar dulce hogar —dijo Oso al aparcar junto a otro esquife—. Vamos dentro. Ah, os podéis retirar las máscaras aquí fuera. Tenemos un escudo que lo cubre todo hasta la valla, y llenamos el espacio interior con aire respirable. —Se quitó la máscara—. Ahhh. Así está mejor.

Ashby se desencajó del asiento trasero. Sissix gimió.

—Se me ha dormido la cola —dijo con una mueca de dolor mientras la movía de un lado para otro.

Siguieron a Oso hasta la puerta principal de la casa. Ashby vio un enorme contenedor de basura junto al edificio, tan repleto que la tapa no llegaba a cerrar del todo. Bizqueó. Encima de toda la chatarra mecánica había algo frágil y traslúcido que parecía una cáscara orgánica. Le recordó los cascarones de insectos que había

visto en la basura de la cocina de Doctor Chef. Aunque más grande. Mucho más grande.

—Hala —exclamó Rosemary, observando el muro de la vivienda—. ¿Has construido tú este lugar? —Ashby dudó de que hubiera visto una comunidad de modificados en persona. En cierto modo, era enternecedor que la galaxia fuera tan nueva para ella. Tierno, pero un poco triste. Se alegraba de no haber crecido tan protegido.

—La mayor parte no —respondió Oso. Puso la palma mecánica sobre un panel de la pared. La puerta de entrada se abrió deslizándose con un chasquido —. Mi hermano y yo, quitaos las botas, por favor, compramos este sitio hará unos cinco años. Eso son, eh… ¿unos tres estándares? Por ahí, ¿no? Nunca me acuerdo del calendario de la CG. En cualquier caso, pertenecía a una vieja técnica de componentes que decidió, ah, podéis colgar las máscaras en ese estante, decidió irse a vivir más cerca de sus nietos. Ya que había un taller y mucho espacio de almacenaje aquí, no quedaba tanto que necesitáramos añadir, tan solo las plataformas de despegue y la antena receptora, un par de comodidades aquí y allá…

—¡Hola! —Otro hombre entró en la habitación. Su extraordinario parecido con Oso reducía a cero las posibilidades de que fuera otra persona excepto el mencionado hermano. También tenía la piel cubierta de puertos dérmicos y tatuajes, pero llevaba el cabello recogido y la barba bien peinada. Vestía una elegante camisa abotonada sobre los pantalones arrugados. Un plato óptico le cubría la cuenca del ojo derecho; la superficie del escáner incrustado en el interior brillaba como el interior de una concha. Él también iba armado, pero sus armas eran más sutiles: dos pistolas de energía gemelas en sendas sobaqueras. También llevaba consigo un escrib, que sostenía contra su costado como si se hubiera puesto en pie tras leer algo. Tenía una apariencia claramente académica. Ashby podía adivinar sin lugar a dudas de que era uno de los modificados librófilos, de los que se deleitaban en conocer información recóndita y la historia de los inventos.

—¡Nib! —saludó Kizzy, corriendo a por un abrazo—. Ay, por todas las estrellas, ¿cómo estás?

—Muy bien —respondió Nib. No le devolvió el abrazo con tanto entusiasmo como Oso, pero la sonrisa en su rostro indicaba un grado de cariño igual al que su hermano había mostrado—. Has estado fuera demasiado tiempo.

—Ya ves.

—Oye, ¿y a mí no me saludas? —gruñó Jenks.

Nib paseó la mirada con teatralidad por las esquinas superiores de las paredes, y entonces bajó los ojos hacia Jenks.

—¡Anda, vaya, Jenks! ¡No te había visto ahí abajo!

—Me lo dicen mucho los mierdas que se sacarían sus propios ojos —dijo Jenks con una sonrisa. Los dos se echaron a reír. Ashby parpadeó. Nunca había visto a Jenks reaccionar ante bromas sobre su altura con nada más que con silenciosa y enervante desaprobación. Era indudable que Nib se había ganado algunos puntos con Jenks en el pasado. Pero Ashby también se fijó en que el intercambio de puyas había dejado a Oso algo molesto. Parecía que a aquel tipo desaliñado no le gustaba demasiado reírse de los amigos.

Se hicieron las presentaciones y se estrecharon manos. Siguieron a Nib por el vestíbulo hacia la sala común. Ashby sonrió nada más entrar. Había estado en casas así: viviendas robustas y desvencijadas construidas con cualquier cosa que un par de manos coloniales y trabajadoras hubieran podido rescatar. Tapices desvaídos baratos cubrían las paredes ocultando a duras penas los paneles industriales. Sillas y sofás desparejados llenaban la habitación, todos orientados a un proyector píxel (este, por lo menos, parecía nuevo). Algunas plantas píxel descansaban sobre el alfeizar y colgaban del techo, sus hojas digitales se curvaban de forma hipnótica, como si respiraran. La abuela de Ashby tenía plantas píxel como aquellas, agradables y acogedoras. El aire que soplaba a través de los conductos de ventilación del techo era limpio y fresco, pero tenía un aroma a humo rancio, a hollín, leñoso. Tras un sofá había un banco

de trabajo cubierto con jarras y cajas etiquetadas a mano. Había cierto espacio en el banco para una jarra de mek, una botella de gaseosa de bayas y varios vasos. Justo al lado había un brazo mecánico a medio construir.

—Es el proyecto de nunca acabar —explicó Oso al ver qué observaba Ashby. Alzó su propio brazo mecánico—. Este es rápido, pero no puede levantar tanto como me gustaría. Ese de ahí es un prototipo. Estoy intentando crear el equilibrio perfecto entre fuerza bruta y reflejos veloces.

—Buena suerte —rio Kizzy—. Solo tendrás una cosa o la otra.

Jenks se acercó a Rosemary y se lo explicó:

—Si las señales biotecnológicas van demasiado rápido para que tus nervios las procesen, el resto del cuerpo no puede prepararse para el peso. Acabarías con los músculos hechos papilla de ese modo.

Oso torció el gesto hacia el prototipo.

—Pero tiene que existir un modo de lograrlo.

—Si lo consigues, serás el tec más rico de la CG —dijo Jenks.

—No me importa lo más mínimo —dijo Oso—. Solo quiero ser capaz de lanzar un grillalacrán con mis propias manos.

Kizzy, Jenks y Nib rieron. Ashby iba a preguntar qué era un grillalacrán, pero Nib habló primero.

—¿Queréis beber algo? No tenemos gran cosa, me temo, pero los amigos de Kizzy se merecen toda la hospitalidad que podamos ofrecer.

—Es muy amable. Yo tomaré gaseosa, gracias —dijo Ashby. Su nariz ya estaba entusiasmándose con el aroma que salía de la jarra de mek, pero no quería relajarse demasiado. Estaba ahí para comprar equipo, al fin y al cabo. La pereza y los créditos pocas veces se mezclaban bien.

Mientras Nib repartía las bebidas, la puerta delantera se abrió de un portazo.

—¡Hola! —saludó una voz femenina desde el pasillo. Parecía joven—. ¿Ya han llegado?

—¡Estamos aquí! —llamó Kizzy—. ¡Hola, bonita!

—¡Hola! —contestó la voz.

—¡Hola! —saludó Jenks.

—Vais a alucinar con lo que acabo de cazar. Hooostia puta…

—Ember —dijo Nib con un tono de voz que solo podía pertenecer a un hermano mayor—. Sea lo que sea que tienes, no…

—No lo voy a traer dentro, imbécil. He golpeado su saco de pringue, gotea mierda verde por todos lados. Salid fuera, tenéis que verlo.

Oso y Nib se miraron el uno al otro.

—Joder, ya hemos hablado sobre esto —dijo Oso, ya de camino hacia la puerta.

Nib suspiró y repartió las bebidas.

—Nuestra hermana tiene cierta afición a buscarse problemas. Sobre todo si hay grillalacranes involucrados.

Rosemary adelantó a Ashby con la pregunta:

—¿Qué es un grillalacrán?

—Venid —contestó Nib—. Traed las bebidas, que os lo enseño. Y, ah, espero que tengáis estómagos fuertes.

Salieron, a salvo dentro de los límites respirables del escudo. En el suelo yacía el cuerpo de una criatura, inmóvil en un charco de sus propios fluidos. Sobre esta se alzaba una joven que sostenía un rifle, ¿o era una muchacha? Ashby no estaba seguro. No podía tener más de veinte años. A diferencia de sus hermanos, no tenía puertos ni implantes visibles. Su largo cabello rizado era tan salvaje como el de Oso y su rostro mostraba dureza sin dejar de ser hermoso. Tenía brazos tonificados y musculados, y la piel oscurecida por el sol. Ashby no estaba seguro de que él hubiera estado alguna vez tan en forma.

La criatura, por otro lado, era silenciosa y aterradora. Le recordaba a Ashby a un saltamontes, si los saltamontes tuvieran fauces repletas de agujas y protuberancias de aspecto feroz en el lomo. Capas y capas de alas de bordes afilados yacían en una pila desordenada. Tenía las patas contorsionadas y rotas, algunas se

retorcían hacia dentro en ángulos de *rigor mortis.* Los finos pelos alrededor de la boca y bajo el abdomen provocaron que Ashby se echara a temblar más que por cualquier otra cosa. El saco parecido a una almohada bajo la mandíbula no goteaba exactamente, como había dicho Ember; más bien parecía supurar a cámara lenta. Pegajoso, aceitoso, una mugre verde de olor acre que formaba un charco alrededor de la cabeza de aquella criatura de pesadilla.

—¿Habéis visto a este cabronazo? —dijo con entusiasmo Ember—. ¡Es tan grande como yo! —Miro alrededor—. Y hola, gente nueva. Os daría la mano, pero, eh… —Alzó una mano enguantada. Estaba pringada de algo verde.

—Hala —exclamó Sissix. Se puso en cuclillas para mirar más de cerca, dando sorbos a su gaseosa. No parecía darse cuenta (o por lo menos, no le importaba) de que Ember la estaba estudiando a ella con la misma intensidad—. Imagino que esto es un grillalacrán.

Ember respondió con una risita de sorpresa.

—¿No habías visto nunca uno?

—¿Por qué debería? —inquirió Oso—. Nunca había estado antes en Grillo. —Se volvió hacia el grupo de observadores—. Así es como la luna obtuvo su nombre, por cierto. De estos cabrones.

Nib inspeccionó el trabajo de Ember.

—¿Dónde lo has encontrado? —preguntó con voz demasiado calmada.

La sonrisa de Ember titubeó una fracción de segundo antes de recuperarse.

—Eh, ya sabes, a veces hay ejemplares solitarios que van por los pozos…

—Y una mierda —dijo Oso, cruzando los brazos—. ¿Dónde?

Ember tragó saliva.

—Cañón Gargantaseca —respondió—. Pero está bien, no me acerqué mucho.

Oso inspiró profundamente y miró hacia el cielo. Nib torció el gesto.

—Esperaba más de ti.

Las mejillas de Ember enrojecieron. Se encogió de hombros malhumorada.

—Está muerto, ¿no?

—Ese no es el… —comenzó Oso.

—Hablaremos de esto más tarde —cortó Nib, dirigiendo una ojeada rápida a los visitantes.

Jenks examinó la cabeza del grillalacrán, girándola para que lo encarara. Crujió al moverse.

—Hostia puta —masculló—. Le diste en la cabeza. Kizzy, mira. —Señaló dos agujeros, uno a un lado de la mandíbula, otro cerca de los ojos sin párpados.

Ember volvió a encogerse de hombros, pero las comisuras de sus labios traicionaron satisfacción.

—Seh. Se abalanzaba sobre el esquife, así que tuve que actuar rápido.

—Me cago en… —dijo Oso. Seguía meneando la cabeza, pero no dijo nada más.

—No creo que yo hubiera podido hacer nada si este monstruito se tirara a por mí —dijo Kizzy, toqueteando el caparazón partido. Miró a Ember—. Estrellas, tengo muchísimas ganas de abrazarte ahora mismo, pero me da miedo que la mierda verde sea veneno o algo.

—No es venenosa —explicó Ember—. Solo es pegajosa.

—Ya, tampoco quiero pringarme.

Ashby observó a Rosemary. Tenía los brazos cruzados a la altura del pecho.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí —respondió, meneando la cabeza—. Su boca es… —Se estremeció.

—Tú lo has dicho —dijo Oso—. Cuando muerden, ya no sueltan, sobre todo si están cabreados. Si te enganchan de la garganta o del abdomen, estás acabado. Y lo mastican todo cuando están en el frenesí de la crianza. Paredes, esquifes, desechos, cables de combustible, bombas de agua, lo que sea.

—Por eso son un problema tan gordo cuando forman un enjambre —explicó Nib—. En su fase latente, se limitan a agruparse en los riscos. No salen a menos que algo se acerque demasiado hasta el punto de cabrearlos. —Le dedicó una mirada iracunda a Ember—. Pero cada año o dos, vuelan en masa, echando huevos por todas partes y masticando todo lo que pillan. Solo dura un par de días, pero si no proteges tu propiedad, lo perderás todo. Eso es lo que les pasó a los primeros colonos de aquí. Llegaron durante la fase latente y cuando surgió el primer enjambre los pilló totalmente desprevenidos.

Ashby empezó a preguntarse por qué los colonos se habían molestado en reconstruir aquello, pero ya sabía la respuesta. Para algunos humanos, la promesa de un pedazo de tierra valía cualquier esfuerzo. Era una forma de comportarse curiosamente predecible. Los humanos tenían una larga y documentada historia de abrirse camino a la fuerza en sitios a los que no pertenecían.

—¿Has visto cuánto pringue hay en su saco? —dijo Ember—. Esta desde luego estaba lista para criar.

Nib asintió.

—El próximo enjambre ya tiene que estar al caer.

Ember estaba ansiosa por dar una explicación.

—Lo viscoso se convierte en huevas cuando se fertilizan. Lo mantienen cerca de la mandíbula para poder protegerlo. Es tan repugnante. Vuelan por ahí durante días follándose las cabezas los unos a los otros.

—Ember —cortó Oso, apretándole el hombro—. Invitados.

Ember lo ignoró y siguió hablando con un horroroso deleite.

—Y cuando terminan, arrojan el pringue por la boca. Me la juego a que van a salir en masa en los próximos diez días.

—¿Qué hacéis cuando salen en enjambre? —preguntó Sissix.

—Nos acurrucamos y esperamos a que pase —respondió Oso—. Nib y yo actualizamos los escudos de toda la colonia tras asentarnos aquí. Los grillalacranes no pueden atravesarlos una vez están

activados. Por supuesto, tampoco podemos salir. Los enjambres son un momento perfecto para ponerte al día con los vids.

—¿Y las crías?

—Les disparamos. O les prendemos fuego. Suena malvado, pero créeme, no importa. Siempre vuelven a miles. Y tampoco es que sean sapientes ni nada por el estilo.

Nib señaló al grillalacrán con la cabeza.

—Deberías limpiarlo antes de que se pudra —le dijo a Ember.

—Ese era el plan —respondió esta, y sacó una enorme navaja del cinturón—. Quería enseñároslo antes de meterlo en estasis.

Los ojos de Rosemary estaban fijos en los charquitos pegajosos bajo la cabeza destrozada del grillalacrán.

—¿Os vais a comer eso?

—No hay diferencia con los bichos pequeños —respondió Ember—. Y también es más fácil limpiarlos. —Sin previo aviso, bajo la navaja y empezó a cortar la cabeza del grillalacrán. El caparazón exterior era grueso, y Ember tuvo que retorcer varias veces la cabeza colgante para liberarla. A Rosemary le temblaron los labios.

Nib soltó una risita y le dio una palmada en el hombro.

—Si te quedas a cenar, quizá cambies de parecer.

—¡Ay, sí, por favor! —dijo Kizzy—. Tengo un millón de historias que contar.

Oso sonrió al grupo.

—Todos estáis invitados a quedaros. Hago una marinada de rechupete, si os apetece barbacoa. —Miró a Ember, que admiraba la asquerosa cabeza del grillalacrán. Suspiró resignado—. ¿Quieres una pica para eso? Hay algunas varas de soporte de sobra en el taller. Podrías sacarle punta con el afilador de metales.

—Oh, claro que sí —sonrió Ember—. Aunque debería terminar de descuartizarlo.

—Te dejamos a lo tuyo —dijo Nib tras echarle un rápido vistazo a Rosemary—. Creo que nuestros invitados han visto suficientes vísceras por una tarde.

Ember sonrió y asintió. Tan pronto como le hubieron dado la espalda y hubieron avanzado unos pasos, se oyó un sonido de algo húmedo que salpicaba. Ashby no miró atrás. No era quisquilloso, pero había ciertas cosas en la galaxia que no necesitaba ver.

—Vaya, esa chica es dura de cojones —dijo Kizzy—. Recuerdo cuando no podía acertar ni a una roca. Y hubo un tiempo en que apenas tenía la mitad de mi tamaño.

—¿Y? —preguntó Jenks—. Yo siempre tengo la mitad de tu tamaño.

—Sabes a qué me refiero.

—Se está convirtiendo en una tiradora mucho mejor que yo —dijo Oso—. Y es terriblemente fuerte. Me gustaría que pasara más tiempo en el taller con nosotros, pero últimamente le interesa más trepar rocas e ir de aquí para allá.

—Lo que no está mal —añadió Nib—. Pero tendremos que tener otra charla sobre provocar a los grillalacranes.

—Sí, porque desde luego esta vez nos hará caso.

Nib frunció el ceño. Ashby estaba casi seguro del todo de que Nib era el hermano mayor.

—Me gustaría que llegara a su decimoséptimo cumpleaños de una pieza.

A Ashby se le cortó la respiración.

—¿Tiene dieciséis? —Era suficiente para justificar una nueva mirada atrás. La chica descuartizaba al grillalacrán con seguridad, tarareando algo mientras arrancaba las patas.

—¿Qué edad es? —preguntó Sissix—. Ponlo en contexto aandrisk.

—Solo tiene la mitad de las plumas, y está mudando la piel continuamente.

Sissix hizo un gesto de sorpresa.

—Recuérdame que nunca discuta con ella.

—Bueno —dijo Nib—. ¿Y si vamos al asunto que os trae por aquí?

Los guio hacia las puertas del muelle del carguero varado. Apretó con la palma en un panel y las puertas se abrieron con un gemido. Unos globos de luz revelaron un espacio de trabajo abarrotado de

herramientas industriales. Más allá, un pequeño bosque de estanterías iba del suelo hasta el techo, almacenando generadores de escudo de todos los tamaños y formas.

—¿Dónde está lo bueno? —preguntó Jenks.

—Arriba —contestó Oso.

—Bien, vamos —dijo Kizzy—. Veamos cosas que hacen bum.

Ashby arrugó el entrecejo. No quería faltar al respeto al trabajo de los hermanos, pero…

—Espero que Kizzy dejara claro que solo vengo a comprar un escudo de red.

Nib sonrió.

—Lo deduje por el mensaje —contestó, guiñándole el ojo a Kizzy—. No te preocupes, no vamos a intentar colocarte nada. Estrictamente, no somos comerciantes de armas. Nos ganamos el pan con los escudos personalizados. Las armas que construimos son solo por diversión. Pero están a tu disposición si cambias de parecer. —Hizo un gesto hacia un panel de control. Se oyó un ruido metálico encima. Varios estantes planos descendieron de techo; las armas colgaban de estos como frutas pesadas y aterradoras. Ashby las observó alucinado. Había material suficiente para equipar una escuadra de asalto aeluona, y más. Se preguntó qué pensaría Pei.

—Hala —dijo Sissix.

—¿Verdad que sí? —dijo Jenks.

—¿Y esto es solo para vosotros?

—Es nuestro pasatiempo —respondió Oso—. Solo las vendemos a vecinos y amigos de confianza. No estamos en el negocio de equipar a los tipos malos. Pero si quieres desalentar a los tipos malos nos podemos encargar, ya lo creo.

Rosemary no dijo nada, pero tenía una expresión tensa. Ashby podía compartir su aparente incomodidad. Estaban en la bodega de un carguero repleta de objetos diseñados para matar. Dudaba muchísimo que Rosemary hubiera visto un arma antes del encuentro con elas akaraks.

—La primera vez abruma un poco, lo sé —dijo Nib con orgullo.

Nib parecía un tipo agradable, por lo que a Ashby no le importó ser honesto con él.

—No pretendo ofender, pero de verdad que no quiero armas a bordo de mi nave.

—Déjame adivinar. ¿Eres de la Flota?

—¿Tan obvio es?

—Un poquito —respondió Nib con una sonrisa—. Tenemos filosofías distintas, tú y yo, pero entiendo de dónde provienes. La violencia siempre es desconcertante, incluso si solo se trata de violencia potencial. Pero tras todos los problemas en los que te has visto envuelto recientemente, por no mencionar el lugar al que vas, parece que te vendrían bien algunas herramientas básicas de defensa propia. Si para ti eso significa únicamente escudos, está bien. Pero necesitas algo.

—Como eso —intervino Jenks—. Me gusta eso. —Ashby siguió su mirada hasta un arma… No, no era un arma. Un pequeño cañón con asas. El calibre parecía lo bastante ancho para que cupiera un bebé.

—La llamamos el Mazo —explicó Oso—. Arrea un impacto de la leche. Y dudo muchísimo que la necesites.

—Oh, pero la necesito —respondió Jenks—. La necesito desesperadamente.

Oso rio.

—Podemos ir más tarde a hacer agujeros en los acantilados con ella.

Jenks miró a Kizzy.

—Tenemos que venir más a menudo.

Mientras Kizzy y Jenks alababan el absurdo surtido de armas, Ashby y Sissix observaban con detenimiento los escudos. Todas las dudas que Ashby tenía sobre comprar equipo a modificados se desvaneció cuando Nib les explicó su tec. Nib ya tenía las especificaciones de la *Peregrina* a mano, pero quería saber más que lecturas sobre el motor y dimensiones del casco. Quería detalles. Quería saber la antigüedad de la nave, de qué estaba hecha, si los materiales que se usaban en las zonas habitables diferían de la

infraestructura original. Quería saber el tipo de alga que se usaba para el combustible, y cuánto ambi mantenían a bordo a la vez (Ashby se estremeció sin querer al recordar las células robadas; la CG cubría la pérdida, pero aun así, era una terrible pérdida). Nib le hizo a Sissix preguntas concretas sobre sus técnicas de pilotaje, y asintió con sincera consideración al obtener las respuestas. Oso se unió a la conversación al cabo de un rato, y los hermanos debatieron con entusiasmo sobre mecánica de escudos. Al final, Oso y Nib decidieron desmontar varios modelos existentes y combinar los componentes en algo diseñado especialmente para la *Peregrina*. Ashby se sintió como si estuviera comprando un traje a medida. Estos modificados no eran tecs cualquiera. Eran artistas. Y por todo lo que ofrecían, tan solo necesitaban un día de trabajo y una cantidad de créditos que Ashby sospechó que cubría poco más que el precio del material. Ashby apuntó mentalmente agradecer a Kizzy aquella amistad.

Se giró y vio que Jenks le daba a Rosemary una pequeña pistola de energía. El arma parecía fuera de lugar en sus manos, como si un aandrisk nacido del desierto sujetara un pez.

—Ves, no da miedo cuando eres tú quien la sostiene —dijo Jenks. Rosemary no parecía muy convencida.

Oso pareció encantado.

—¿Quieres probarla?

Rosemary tragó saliva.

—No sé disparar.

—Podemos enseñarte —sugirió Oso—. Facilísimo. No necesitas saber nada fuera de lo común.

—Y es divertido —dijo una voz tras ellos. Ember, cubierta de limo verduzco, con la cabeza del grillalacrán en la mano, entró en la bodega y empezó a rebuscar en una pila de varas de soporte metálicas. Sujetaba la cabeza del grillalacrán por las antenas, sosteniéndola junto a cada pica intentando encontrar cuál tenía el tamaño adecuado para ensartarla.

—Ember —dijo Nib—. Por favor, dime que no has dejado un grillalacrán descuartizado al sol.

—La carne está en el estasis —contestó ella.

Oso le dirigió una mirada cargada de significado.

—Por favor, dime que no has dejado un montón de vísceras al sol.

Su hermana pequeña dejó la vara que tenía en la mano, mostró brevemente una sonrisa culpable y salió de la bodega de puntillas exagerando los movimientos.

Oso levantó la mirada al techo y suspiró.

—No veo el momento de que deje de ser adolescente.

—Yo sí —dijo Nib—. ¿Sabes lo imposible que va a ser darle órdenes cuando llegue a los veinte?

—Tengo una pregunta —dijo Sissix—. No tiene nada que ver con el tema.

—Dale.

—Uno de nuestros estabilizadores rotacionales se dañó cuando elas akaraks nos dieron. Íbamos a coger un repuesto en la próxima parada en un mercado, pero odio volar sin él mucho tiempo. No tendréis algo por el estilo, ¿no?

—Nosotros no, pero ni de lejos somos los únicos tecs en esta roca. Deberías hablar con Jess y Mikey —respondió Oso.

—¿El mismo Mikey de la estafa de la IA?

—El mismo. Pero no se lo tengáis en cuenta, esos dos saben muy bien lo que hacen. Tecs de naves de la vieja escuela. Retirados, pero todavía pasan gran parte de su tiempo en el taller. Unos tipos alucinantes. Viven a una hora de aquí. Si queréis, puedo llamarlos y ver si están. Os podemos prestar un esquife y estaríais de vuelta para la cena.

Ashby miró a Sissix. Ella asintió.

—¿Por qué no? Ya que estamos aquí —dijo. Se giró hacia los hermanos—. ¿De verdad no os importa que usemos un esquife?

—Qué va, sin problema. Si perforáis el espacio, estoy seguro de que traeréis el esquife de vuelta de una pieza.

—Oye —gritó Ember desde fuera—. ¿Alguien quiere ver cómo es la espina dorsal de un grillalacrán?

—No —gritó Oso.

—No, no quieren —voceó Nib.

—Sí, un poquito —dijo Jenks. Salió corriendo, arrastrando a Kizzy con él.

Nib dirigió un pesaroso encogimiento de hombros hacia Ashby.

—Disculpa el caos —repuso.

—No pasa nada —contestó Ashby. Fuera del muelle de carga, Kizzy y Jenks emitían sonidos de repugnancia y felicidad—. Estoy algo acostumbrado.

Rosemary tenía la impresión de que Ember sabía mucho más sobre la vida que ella, pero la chica se había equivocado en una cosa. El enjambre no esperó unos días. Más o menos una hora después de que Oso pusiera al fuego el grillalacrán troceado y descuartizado, sus parientes salieron iracundos de las grietas. El cielo se oscureció en minutos. A cierta distancia, las retorcidas nubes de insectos parecían racimos de píxeles estropeados. Los grillalacranes volaban a una velocidad endiablada por el cielo mientras se fertilizaban, mataban y a veces comían entre ellos. Hubo una breve sucesión de fogonazos cegadores en el horizonte cuando los habitantes de Grillo activaron los escudos de sus hogares. Los grillalacranes embistieron de cabeza contra los escudos, aunque no lo hicieron por ninguna razón en particular. También embestían rocas, plantas, vehículos abandonados, e incluso a otros grillalacranes. Parecía que los bichos sentían antipatía por cualquier cosa que quebrantase su capacidad de desplazarse en la dirección que hubieran escogido.

Ashby y Sissix todavía estaban en el otro asentamiento cuando la plaga llegó. Rosemary se había puesto en contacto con ellos a través del videoenlace de su escrib. Ninguno tuvo más elección que pasar la noche como invitados inesperados. A ninguno de sus huéspedes pareció importarle. Al contrario, parecía que Jess y Mikey estaban

más que encantados de agasajar a unos extraplanetarios. Ashby dijo que habían estado sacando alijos de exquisiteces a diestro y siniestro, y cuando Sissix supo que la anciana pareja chapurreaba algo de reskitkish, se hicieron amigos al instante. Por el videoenlace, de fondo, Rosemary oía hablar a las dos mujeres; Sissix lo hacía despacio, Jess insistía con terquedad en las sílabas siseantes. Por las carcajadas, Rosemary interpretó que la conversación era buena.

Los hermanos modificados estaban igual de contentos.

—No se puede hacer nada con un enjambre —dijo Nib—. No queda más remedio que pasar un día o dos más con nuestros amigos.

Los hermanos trataban la miasma de insectos que vomitaban huevas, mordían y destrozaban como si fueran unas vacaciones. Ember y Kizzy sacaron una caja de kick casero del sótano (como casi todo en Grillo, lo había hecho un vecino). Oso asaba la presa de Ember bajo la seguridad del escudo. Era una escena extraña: un hombre vestido con un delantal que marinaba el espetón mientras unas bestias babosas se estampaban con rabia contra la chispeante burbuja de energía sobre él. Los bichos no parecían amedrentados por la cabeza del grillalacrán ensartada junto a la puerta.

Al principio, Rosemary se sintió incómoda al estar atrapada en el hogar de los modificados, y no solo por el enjambre de fuera. Kizzy y Jenks eran buenos amigos de aquella familia, pero Rosemary era la que no encajaba. La idea de imponer su presencia a unos desconocidos durante un día o dos (comiéndose su comida, durmiendo en un sofá desastrado, escuchando bromas personales) le resultaba embarazosa. Pero la simpatía de los hermanos le disipó aquel sentimiento. Oso, en particular, se esforzó por incluirla, e intentó ponerla en situación cuando las historias empezaron a superarla (la mayoría caía en dos grupos: «cuando construimos esta cosa alucinante», o «cuando fumamos demasiado e hicimos algo estúpido»). Una vez superado el recuerdo del supurante cascarón del grillalacrán, descubrió que los trozos de insecto flameado y picante, envueltos en esponjoso pan sin levadura y ayudado a bajar

con fresco kick, eran una comida francamente disfrutable. Cuando terminaron la cena, Rosemary se descubrió sintiéndose inesperadamente cómoda. El sillón en el que estaba sentado era polvoriento y desgastado. La parpadeante planta de píxeles era de un pésimo gusto. La charla entusiasta sobre tec y modificaciones le resultaba imposible de seguir. Pero a pesar de lo poco familiar que le resultaba todo aquello, estaba claro que sus compañeros se sentían como en casa. Con la tripa llena y el cuerpo contento, Rosemary podía fingir que también encajaba.

Nib trajo una jarra de mek fresco para sus invitados y hermanos, todos ellos colocados alrededor del proyector de píxeles. Oso estaba sentado en el suelo con la espalda apoyada contra un sofá. Kizzy estaba tras él, haciéndole pequeñas trenzas en la densa mata de pelo. Jenks estaba estirado cerca, fumando junco rojo con expresión satisfecha. Ember estaba en el banco de trabajo, trasteando con el ceño fruncido en un panel de circuitos.

—¿Sabes? —dijo la chica cuando su hermano entró en la habitación—. Hay una forma de que este proyecto avance mucho más deprisa.

—No me digas —respondió Nib con tono neutro. Miró a Rosemary y alzó la jarra y las cejas a la vez—. ¿Mek?

—Sí, por favor —contestó ella. Una suave taza de mek con el estómago lleno sonaba genial. Era casi suficiente para hacerla olvidar el zumbido amortiguado que provenía de los muros exteriores.

—En serio —continuó Ember—. Estos acoplamientos son tan difíciles de ver. Si tuviera…

Oso levantó la mirada.

—Si comienza con «Im» y termina con «plante ocular», la respuesta es no.

—Deja de moverte, osito —exclamó Kizzy—. Vas a acabar con las trenzas enredadas.

Ember suspiró con la fatiga característica de una adolescente.

—Hipócritas.

—Cuando acabes de crecer y la química de tu cerebro se haya equilibrado, te puedes poner todos los implantes que quieras —dijo Nib con tono paternal. Aquello pareció irritar todavía más a Ember.

—Odio ser el malo de la película, pero tu hermano tiene razón —dijo Jenks—. Ponte implantes demasiado pronto y acabarás hecha un desastre. Conocí a un tipo que se puso un conector cerebral a los quince. Al crecer, la espina dorsal se estiró, y la interfaz se fue al carajo. Tuvo que volver a instalarse todo de nuevo. El idiota chapucero que le hizo el apaño no sabía lo que hacía, y el pobre chaval acabó con una infección en la médula espinal que casi lo mata. Le tuvieron que reemplazar las cuatro extremidades solo para que pudiera volver a moverse.

—¿Quién cojones le pone un conector cerebral a un crío de esa edad? —exclamó Oso.

—Deja de moverte —ordenó Kizzy.

Oso gruñó.

—Ember, en serio, si alguna vez te cruzas con un modificador que instala implantes en jóvenes, corre como si te fuera la vida en ello. Modificar no se trata tan solo de coserte tec molona, sino de crear un equilibrio entre lo sintético y lo orgánico. Si no tienes cuidado con el bienestar de lo orgánico, entonces… ¡Ay! —gritó cuando Kizzy le tiró del pelo.

—No. Te. Muevas.

—Lo sé —le dijo Ember a Oso—. Ahórrame los tópicos.

—Eres demasiado joven para una palabra como «tópicos» —intervino Jenks. Ember le sacó la lengua. Él le devolvió el gesto.

—Además, cariño —dijo Kizzy—. Tienes unos ojos preciosos. ¿Por qué un implante completo si puedes llevar un hud?

—Él tiene un implante completo —respondió Ember, señalando a Nib.

—También tuvo un «accidente» —añadió Jenks. Hizo el gesto de dispararse en la cara con un arma, seguido de otro imitando una explosión sobre su ojo. Humo de junco rojo brotó de su nariz mientras se reía.

—Estoy muy contento de que os quedéis esta noche —dijo Nib.

Jenks alzó su taza en un alegre brindis.

Nib miró el reloj de la pared.

—Las noticias deberían salir a esta hora. ¿Os importa que las ponga? —preguntó.

A todos les pareció bien.

—Nib es un poco adicto a las noticias de actualidad —le dijo Oso a Rosemary—. Y a los hechos antiguos. Y a todos los hechos en general, la verdad.

—Es un archivista de documentos de referencia —dijo Kizzy.

—¿En serio? —dijo Kizzy—. ¿Voluntario?

Nib asintió.

—Hay gente que teje a punto, otra que toca música, yo hurgo en polvorientos hechos pasados y verifico que son correctos. —Se volvió a sentar en la silla mientras los píxeles en el proyector central titilaron al activarse—. Me gusta saber cosas.

Rosemary estaba impresionada. Los archivistas eran personas apasionadas, algunas de ellas dedicaban todas sus vidas a la búsqueda de la verdad imparcial. Dada la cantidad de información que necesitaban consultar, los archivistas profesionales se apoyaban en gran medida en el voluntariado que los ayudaba a mantener los documentos públicos actualizados. Rosemary siempre se los había imaginado como guardianes de algún vid de fantasía, defendiendo la galaxia de inexactitudes e información cuestionable.

—¿En qué estás trabajando, si no te importa que pregunte? —preguntó Rosemary.

—Pertenezco a un equipo de historia interespecies. Es un trabajo fascinante, pero puede llegar a ser un fastidio. No te creerías la cantidad de aportaciones falsas y especistas a las que nos tenemos que enfrentar.

—¿Por ejemplo? —preguntó Kizzy.

Nib suspiró y se rascó la cabeza.

—De las últimas, la mejor fue una que aseguraba que la Flota Éxodo jamás pudo sustentar a tanta gente durante tanto tiempo,

ergo es imposible que la raza humana se originase en la Tierra.

Jenks alzó la cabeza.

—Entonces, ¿de dónde venimos?

Nib sonrió.

—Somos una especie altergén creada por los harmagianos.

Jenks estalló en carcajadas.

—Vaya, a mi madre le daría un ataque al corazón si leyera algo así.

—Es una tontada —dijo Ember—. ¿Y qué hay de las ruinas terrícolas y demás? ¿Todas esas antiguas ciudades?

—Ya, ya —respondió Nib, encogiéndose de hombros—. Pero todavía tenemos que pasar por el proceso de refutar objetivamente esa afirmación. Es nuestro trabajo.

—¿Por qué la gente se molestaría en tratar de demostrar algo así? —preguntó Kizzy.

—Porque son idiotas —respondió Oso—. Y, por cierto, acaban de empezar las noticias.

Nib hizo un gesto hacia los píxeles y subió el volumen. Una Quinn Stephens pixelada hablaba desde su mesa, como siempre. Rosemary nunca había seguido los canales de noticias exodanos antes de llegar a bordo de la *Peregrina*, pero había adoptado la costumbre de Ashby. Era reconfortante saber que sin importar el sistema en el que estuvieras, Quinn siempre estaba ahí para informarte. Los píxeles titilaron debido al deterioro de la señal. Estaban muy lejos de la Flota.

Sonó la voz del presentador de noticias:

—…noticias de Marte, el juicio denominado el escándalo del siglo hoy llega por fin a su final con la sentencia del antiguo director ejecutivo de Combustibles Phobos, Quentin Harris Tercero.

La sensación de calidez y confort de Rosemary despareció de golpe. «Oh, no». Enterró los dedos en los pliegues de sus pantalones, tratando de mantener el rostro tan inexpresivo como el del presentador.

—Harris ha sido declarado culpable de todos los cargos, que incluyen extorsión, fraude, contrabando y crímenes contra los sapientes.

«Respira. No pienses en ello. Piensa en los bichos de fuera. Piensa en cualquier otra cosa».

—Pues claro que ha sido declarado culpable —dijo Jenks—. Menudo capullo.

—¿Quién? —preguntó Oso, levantando la barbilla.

—Baja la cabeza —murmuró Kizzy, sujetando entre los dientes varios cordeles para atar el pelo.

—El tipo de Phobos —respondió Nib—. El que vendió armas a los toremi.

—Ah, vale —dijo Oso—. Ese capullo.

—No sé de qué estáis hablando —intervino Ember.

—¿Has oído hablar de Combustibles Phobos? El gran distribuidor de ambi.

«El segundo más grande en el espacio humano», pensó Rosemary.

—Supongo —respondió Ember.

Oso señaló los píxeles.

—Verás, el tipo que era el propietario de la compañía parece que tenía un negocio de armas ilegales encubierto. Y de ahí venían de verdad los créditos.

—Tú tienes armas ilegales.

Nib cruzó los brazos.

—Ember, hay una gigantesca diferencia entre construir armas por diversión y vender armas genéticas a los dos bandos de una sangrienta liza interestelar.

Ember levantó las cejas.

—¿Armas genéticas? Eso es… Vaya. Qué mierda más retorcida.

—Sip —dijo Oso—. Y ahora él y sus coleguitas se van a prisión para siempre.

Jenks meneó la cabeza.

—¿Por qué la gente no puede conformarse con las balas y las explosiones de energía y estar tranquilos?

—Porque la gente es imbécil —dijo Oso, manteniendo obedientemente la cabeza gacha—. El noventa por ciento de los problemas lo causa la gente siendo imbécil.

—¿Y qué causa el otro diez por ciento? —preguntó Kizzy.

—Los desastres naturales —respondió Nib.

El proyector mostraba a un Quentin Harris Tercero esposado y humillado mientras lo llevaban del juzgado al vehículo policial. Su rostro era inescrutable; su traje, de factura inmaculada. Manifestantes furiosos se apiñaban contra las barreras de energía que rodeaban el juzgado. Carteles toscamente impresos bailaban sobre las cabezas. «HAY SANGRE EN TUS MANOS», decía uno. Otro mostraba la imagen píxel de un toremi cubierto de sangre que cargaba con un cadáver mutilado; bajo la imagen aparecía el eslogan de Phobos: «MANTENEMOS LA GALAXIA EN MOVIMIENTO». Otros carteles eran más simples. «BELICISTA». «TRAIDOR». «ASESINO». Las barreras que los contenían estaban abultadas como bolsillos llenos a rebosar.

El periodista seguía con su calmada retahíla sobre la guerra biológica y la avaricia. Rosemary centró toda su energía en los ojos. «No llores. No llores. No puedes».

—Rosemary, ¿estás bien? —preguntó Jenks.

Rosemary no estaba segura de cómo respondió, algo sobre estar bien y necesitar algo de aire. Se excusó, caminó despacio por el pasillo y salió de la casa.

Fuera, los grillalacranes seguían con su danza caótica. El sol se ponía tras ellos, transformando la escena en un macabro teatro de sombras. Rosemary estaba impávida. Los grillalacranes no parecían reales. La casa, los hermanos, la luna bajo sus pies: nada de aquello parecía real. En lo único que podía pensar era en aquel rostro pixelado en el proyector, el rostro del que se alejaba viajando por toda la galaxia. Trató de calmar la respiración, trató de contener la pura y asfixiante sensación que le brotaba en el pecho. Se sentó en

el suelo y se miró las manos. Rechinó los dientes. Todo lo que se había esforzado tanto en alejar cuando dejó Marte empezaba a burbujear, y no estaba segura de poder contenerlo esta vez. Sin embargo, debía. Debía.

—¿Rosemary?

Rosemary dio un respingo. Era Jenks, de pie junto a ella. No había oído la puerta, ni los pasos. Apenas oía a los grillalacranes que zumbaban por encima.

—¿Te pasa algo? —Tenía las manos en los bolsillos, las cejas unidas.

Al mirarlo a los ojos, algo dentro de ella se rompió. Sabía que le podía costar la benevolencia de la tripulación y su sitio en la *Peregrina*, pero no podía soportarlo más. No podía seguir con la mentira más tiempo.

Rosemary miró a lo lejos, más allá de los grillalacranes y de las grietas rocosas, hasta el desconocido sol. La luz se le clavó en los ojos, y se quedó allí, potente y anaranjada, aunque los cerrara.

—Jenks, no he… No he sido… Estrellas, me vais a odiar por esto. —Lo harían. Y Ashby la despediría, y Sissix nunca volvería a dirigirle la palabra.

—Lo dudo mucho —contestó Jenks—. Nos gustas un montón. —Se sentó junto a ella y golpeó el cazo de la pipa contra la bota. El apretado paquete de cenizas se soltó y cayó al suelo.

—Pero no, no sabéis… No puedo hacerlo. —Apoyó la frente en la mano—. Sé que me vais a echar de la nave, pero…

Jenks dejó de trastear con la pipa.

—Está bien, ahora tienes que contármelo —dijo con voz severa pero calmada—. Tómate el tiempo que necesites, pero me lo cuentas.

Ella tomó aire.

—El tipo de las noticias —dijo—. Quentin Harris.

—¿Seh?

—Es mi padre.

Jenks no dijo nada. Exhaló.

—Hostia puta. Vaya, Rosemary. Estoy… Vaya. Lo siento. —Volvió a quedarse callado—. Mierda, no tenía ni idea.

—Ese era el plan. Nadie debía saberlo. Yo ni siquiera debería estar aquí. No soy… Mentí. Jenks, mentí e hice trampas para cubrirme, pero no puedo seguir así, no puedo…

—Vaya, oye, calma. Vamos paso a paso. —Se sentó en silencio, pensativo—. Rosemary, tengo que preguntarte algo, y tienes que responderme con la verdad, ¿de acuerdo?

—Vale.

Mandíbula firme, mirada cautelosa; Jenks dijo:

—¿Estuviste implicada en… en lo que hizo? Quiero decir, aunque fuera un poquito, falsificando documentos o mintiéndole a la policía o algo…

—No. —Era la verdad—. No sabía nada de todo eso. No supe nada hasta que los detectives aparecieron en mi apartamento y se pasaron toda la mañana haciéndome preguntas. Sabían que no tenía nada que ver, y me dijeron que no tenía ninguna obligación de implicarme en el juicio. Ni siquiera tenía que quedarme en Marte.

Él escrutó su rostro, y asintió.

—Pues… Está bien. —Rio—. Estrellas, qué alivio. Por un momento creí que iba a odiarte. —Se dio una palmada en la pierna—. Entonces, eres inocente. Entonces… —Parecía confuso—. Rosemary, disculpa, pero ¿cuál es el puto problema?

Ella se quedó de piedra.

—¿Qué?

—Es decir, vale, entiendo que estás pasando por un momento duro, y con duro me refiero a un montón de mierda emocional muy seria que nos va a costar docenas de botellas de kick para superarla, pero ¿por qué mentir sobre ello? Si no estás implicada, ¿por qué creíste que nos iba a importar?

Rosemary no estaba preparada para aquello. Meses y meses de preocupación y temor, y ¿no le importaba?

—No lo entiendes. En Marte daba igual que no hubiera hecho nada. Todos sabían quién era. En todos los canales de noticias no

hablaban de nada más que de la historia de nuestra familia, incluso ponían fotos de vacaciones y cosas así. Todo centrado en mi padre, desde luego, pero estoy yo de pequeña sonriendo y saludando a su lado. Ni siquiera sé cómo consiguieron ese material. Y todo iba emparejado con expertos médicos explicando qué te hacen las armas genéticas y toda esa gente de los noticiarios gritando sobre corrupción. Ya sabes cómo son los canales de noticias: una vez que han clavado las garras en algo, no se detienen. Mis amigos me retiraron la palabra. La gente me gritaba cosas en público: «Oye, tu padre es un asesino», como si no supiera lo que había hecho. En esa época estuve enviando solicitudes para trabajos, y nadie me llamaba. Nadie quería que el nombre de mi familia estuviera asociado a sus negocios.

—Pero tu nombre es Harper —dijo Jenks.

Ella tensó los labios.

—¿Qué harías si quisieras escapar? Quiero decir, escapar de verdad, que nadie supiera quién habías sido antes.

Jenks pensó. Asintió despacio.

—Ah. Ah, creo que lo pillo. —Estiró la mano—. Veámoslo.

—¿Ver qué?

—Tu parche.

Dubitativa, Rosemary puso la muñeca derecha en la mano de Jenks. Se subió el brazalete, exponiendo el parche de debajo. Jenks se inclinó hacia él y lo estudió de cerca.

—Es un trabajo alucinante —dijo al fin—. El único modo de adivinar que es nuevo es por cómo ha curado. Si no supiera lo que me has dicho, diría que es un recambio auténtico para un parche frito.

—Porque se trata de un recambio auténtico —contestó Rosemary. Tragó saliva. Sentía la lengua hinchada.

Jenks estaba desconcertado.

—¿Cómo lo…? —Se le iluminó el rostro—. Combustible Phobos. Claro. Tienes dinero. Mucho dinero.

—Tenía dinero. Antes…

—Antes de que le pagaras a alguien. Pagar para que te consiguieran un nuevo documento de identidad. Qué locura, Rosemary, habrás pagado una fortuna para que no hablen.

—Todo lo que tenía. Excepto un resto para transporte y hoteles, ese tipo de cosas. —Se rio sin sonreír—. Mi familia puede que no me haya enseñado demasiado sobre la galaxia, pero ¿comprar favores? A la perfección.

—Pero eres realmente una asistente, ¿no? Es decir, sabes sobre papeleo, es obvio que fuiste a la escuela. Todo eso es cierto, ¿verdad?

Rosemary asintió.

—El funcionario que me ayudó modificó todos los registros asegurándose de que mi nuevo historial enlazaba a todos los lugares en los que estuve. Mi diploma, mi certificado, mis cartas de recomendación, todo es realmente mío. El único modo en que alguien descubriría que el documento de identidad asociado había sido alterado sería, digamos, si uno de mis compañeros de tripulación fuera a Marte y le preguntara a uno de mis amigos sobre mí. Descubrí que buscar trabajo en el espacio limitaba las probabilidades de cruzarme con alguien de casa. Así que inscribí mi nombre en la lista de trabajos de larga distancia, y aquí estoy.

Jenks se rascó la barba.

—Y, entonces, ¿qué problema hay? Si acabaste los estudios y tienes la capacidad, te mereces este puesto. ¿Por qué te íbamos a echar de la nave?

—Porque mentí, Jenks. Le mentí a Ashby cuando le dije quién era. Os he estado mintiendo a todos cada vez que me preguntabais sobre mi vida en Marte. Vine a vuestra casa y os conté mentira tras mentira sobre quién soy.

—Rosemary. —Jenks le puso la mano en el hombro—. No voy a insultarte fingiendo que sé por lo que estás pasando. Si alguien de mi familia hiciera algo así… Estrellas, no sé qué haría. No puedo darte consejos en este tema, pero si en algún momento necesitas un hombro en el que llorar, aquí tienes el mío. Y sobre quién eres… Tu

nombre es realmente Rosemary, ¿no? Vale. —Señaló la casa con la cabeza—. ¿Quieres saber por qué los modificados humanos se ponen nombres raros?

Ella negó con la cabeza.

—Es una práctica muy antigua, de las redes de ordenadores de antes del Colapso. Hablamos de tec casi ancestral. La gente escogía nombres para sí mismos que solo usaban en las redes. A veces ese nombre se volvía una parte tan importante de quienes eran que sus amigos en la vida real empezaban a usarlo. Para algunas personas, esos nombres se convirtieron en su identidad completa. Incluso su identidad real. A los modificados no les importa casi nada excepto la libertad individual. Dicen que nadie te puede definir excepto tú mismo. Cuando Oso se puso un nuevo brazo, no fue porque le desagradara el cuerpo con el que había nacido, sino porque sentía que el nuevo brazo le encajaba mejor. Alterar el cuerpo va de tratar que tu yo físico encaje con quien eres por dentro. No es que debas alterarte para conseguir esa sensación; a mí, por ejemplo, me gusta decorarme, pero mi cuerpo ya me encaja. Pero algunos modificados siguen cambiándose durante toda su vida. Y no siempre funciona. A veces meten la pata hasta el fondo y se estropean gravemente. Pero es el riesgo de intentar ser algo más que la pequeña caja en la que naces. El cambio siempre es peligroso. —Le palmeó el brazo—. Tú eres Rosemary Harper. Tú escogiste ese nombre porque el antiguo ya no te encajaba. Vale, para ello tuviste que quebrantar algunas leyes. Ya ves tú. La vida no es justa, y las leyes tampoco suelen serlo. Hiciste lo que tenías que hacer. Lo comprendo.

Rosemary se mordió el labio.

—Aun así, os mentí a todos.

—Seh, desde luego. Y vas a tener que cantar. No a cualquiera fuera de la tripulación, si no quieres, pero la gente con la que convives tiene que saberlo. Es el único modo de que puedas compensarlo y superarlo.

—Ashby…

—Ashby es el hombre más razonable que he conocido jamás. El asunto no le va a entusiasmar, claro. —Se detuvo medio segundo. Rosemary pudo ver que un pensamiento aparte pasaba como un fogonazo por sus ojos, distrayéndolo. Se aclaró la garganta y prosiguió—. Pero lo has estado haciendo genial en tu trabajo y eres una buena persona. Eso va a pesar más que cualquier otra cosa.

Rosemary observó a su amigo, y lo abrazó con fuerza.

—Gracias —dijo. Las lágrimas le caían por las mejillas. Sintió que le limpiaban.

—Oye, no te preocupes. Somos compañeros de tripulación. Y lo superarás, ¿sabes? Estoy seguro. —Hizo una pausa—. Y siento haber llamado «capullo» a tu padre.

Ella le miró con incredulidad.

—Jenks, mi padre vendió armas biológicas a los dos bandos de una guerra civil fuera de su propia especie, y todo para conseguir acceso al ambi tras sus fronteras. Creo que llamarle «capullo» es ser generoso.

—Vaya… Vale, claro, es justo. —Se rascó la barba—. Estrellas, ojalá supiera qué decir. Cuando volvamos a la nave, tienes que hablar con Doctor Chef. En privado.

—¿Sobre qué?

—Sobre su especie.

Día 251, CG Estándar 306

LA ÚLTIMA GUERRA

Había pocas cosas que Doctor Chef disfrutara más que una taza de té. Todos los días preparaba té para el desayuno de la tripulación, claro, pero eso solo implicaba meter un impersonal puñado de hojas dentro de un tosco dispensador. Una solitaria taza de té necesitaba más cuidado, una mezcla cuidadosamente escogida a tono con cómo hubiera sido su día. Para él, el ritual era muy relajante: calentar el agua, medir las crujientes hojas y tiras secas de fruta dentro de una diminuta cesta, eliminar con delicadeza el sobrante con las almohadillas dactilares, observar el color elevarse por el agua como humo mientras se hacía. El té era una bebida acorde al estado de ánimo.

No existía el té en su planeta de origen. El agua caliente solo servía para dormir en ella, no para beberla. Tantas maravillas que se habían perdido, ¡tan solo porque nunca habían pensado en ingerirla! Nada de té, nada de sopa, nada de mek; bueno, el mek era difícilmente una pérdida. No compartía el entusiasmo de sus compañeros de tripulación por aquella bebida turbia. Algo en ella le recordaba a la tierra húmeda, y no de forma agradable.

Estaba sentado en una banqueta de jardín en la Pecera; su té se enfriaba mientras reflexionaba con calma. Rosemary estaba sentada frente a él, con su propia taza entre aquellas huesudas manos humanas. Estaba en silencio mientras él pensaba en voz alta. Sabía lo extraños que eran la una para el otro; él por no estar nunca callado, ella por no tener sonidos de pensar. Él sabía que ahora ella

comprendía sus ruidos, ese conocimiento hacía que su silencio fuera sociable.

Los pensamientos que suscitaba eran antiguos y estaban a buen resguardo. Kizzy lo acusó una vez de «embotellar sus sentimientos», pero aquel era un concepto humano, la idea de que uno podía esconder lo que sentía y fingir que no estaban ahí. Doctor Chef sabía exactamente dónde estaban esas sensaciones, cada alegría, cada dolor. No necesitaba visitarlos todos a la vez para saber que estaban ahí. La preocupación humana por «ser feliz» era algo que jamás había logrado comprender. Ningún sapiente podía mantener la felicidad todo el tiempo, del mismo modo que nadie podía vivir de modo permanente con ira, o aburrimiento, o pena. Pena. Sí, ese era el sentimiento que Rosemary necesitaba que encontrara hoy. No escapaba de su pena, tampoco negaba su existencia. Podía estudiar su pena desde la distancia, como un científico que observa animales. La acogía, la aceptaba, reconocía que jamás se marcharía. Era tan parte de él como cualquier sentimiento placentero. Quizá incluso más.

Arrulló su disposición y se concentró en sus cuerdas vocales, forzándolas a trabajar al unísono. Miró a los ojos de contorno blanco de Rosemary. Empezó a hablar.

—Nuestras especies son muy distintas la una de la otra. Tienes dos manos, yo tengo seis. Duermes en una cama, yo duermo en una bañera. Te gusta el mek, a mí no. Muchas diferencias diminutas. Pero hay algo importante que los grum y los humanos tienen en común, y es la capacidad para la crueldad. Hay que decir que no somos malos por naturaleza. Creo que ambas especies tienen buenas intenciones. Pero cuando nos abandonamos a nuestras pasiones, está en nosotros cometer actos despreciables. El único motivo por el que los humanos dejaron de matarse los unos a los otros hasta los extremos a los que estabais acostumbrados, creo, es porque vuestro planeta murió antes de que pudierais terminar el trabajo. Mi especie no tuvo tanta suerte. El motivo por el que no has visto a ningún otro grum es porque solo quedamos unos trescientos.

Rosemary se llevó la mano a la boca.

—Lo siento —dijo. Un gesto humano por antonomasia, expresar tristeza a través de una disculpa.

—Yo no —contestó él—. Fue cosa nuestra. Nuestra extinción no ocurrió a causa de un desastre natural, o el lento reptar de la evolución. Nos matamos a nosotros mismos. —Pensó en voz alta unos instantes, ordenando las ideas—. Durante generaciones, mi especie estuvo en guerra contra sí misma. Ni siquiera puedo decir por qué. Hay historiadores con todo tipo de teorías e ideas, claro. Pero es la misma historia que te cuentan en todas partes. Diferentes creencias, diferentes culturas, territorios que todos querían. Yo nací en medio de esa guerra. Y cuando estuve listo, ocupé mi lugar como doctor.

»No era la clase de doctor que soy ahora. No me volví amigo de mis pacientes. No tenía largas charlas con ellos sobre sus dietas o sobre a qué tipo de inmubots deberían actualizarse. Mi trabajo era coser a los soldados moribundos lo más rápido posible para que pudieran volver a levantarse y salir ahí fuera a seguir matando.

»Hacia el final, los forasteros, así es como más o menos llamábamos a los otros, empezaron a usar unos proyectiles llamados… —Tarareó mientras pensaba, tratando de encontrar un análogo en klip—. Cortaórganos. Como ves, los forasteros se habían escindido de nosotros, de mi facción, durante tanto tiempo que se habían vuelto genéticamente diferentes. Los cortaórganos estaban programados para fijarse en nuestros marcadores genéticos. Si acertaban a un forastero por error, le dolería, pero no sería más grave que una herida de bala común. Pero si un cortaórganos acertaba en uno de nosotros, desencadenaba su propósito real.

—¿Y cuál era? —preguntó Rosemary, con expresión temerosa.

Doctor Chef miró por la ventana, pero no vio las estrellas.

—Hurgar. Un cortador excavaría a través de las entrañas de una persona hasta que impactara en algo vital. No pararía hasta que la víctima estuviera muerta. Así que digamos que un soldado recibe un tiro en una extremidad. Con una bala común, sería una herida

menor. Pero con un cortador, estaría muerto en… Bueno, media hora. Y media hora puede no parecer mucho tiempo, pero cuando tienes una pequeña pieza de metal desgarrándote por dentro… —Los recuerdos alcanzaron a Doctor Chef, tratando de arrastrarle de su punto de observación seguro. Tiraron, rogándole que se entregara. Pero no lo haría. No era un prisionero de aquellos recuerdos. Era su guardián—. Día tras día, me traían soldados con cortadores vivos que todavía hurgaban, y me tocaba perseguirlos. A menudo era demasiado lento. Todos los doctores lo éramos. Verás, los cortadores emitían una señal de interferencia que los hacía invisibles a nuestros escáneres. Teníamos que buscarlos a mano. Al final descubrimos que era más rápido y más misericordioso eutanasiar de inmediato a los heridos por un cortador. —Se sorbió las mejillas con disgusto, recordando desastre tras sangriento y chirriante desastre—. Odiaba a los forasteros por los cortadores. Más que odiarlos. Era un sentimiento perverso en mi interior. Creía que los forasteros eran animales. Monstruos. Algo… Algo inferior a mí. Sí, inferior. Creía de verdad que éramos mejores que ellos, que a pesar de toda la sangre en nuestros rostros, por lo menos no habíamos caído tan bajo. Pero ya te puedes imaginar qué paso a continuación, ¿no?

—¿Tú bando también empezó a usar cortadores?

—Sí. Pero la cosa era aún peor. Descubrí que los cortadores habían sido nuestra tec desde el inicio. Los forasteros se limitaron a robar la idea antes de que la pudiéramos completar. Tan solo nos hicieron lo que habíamos planeado hacerles. Aquel fue el momento en el que ya no supe quiénes eran los animales. Ya no quería coser a nuestros soldados para que pudieran salir a usar cortadores y… —Buscó las palabras adecuadas—. Fuego pegadizo y bombas germen. Quería curarlos. Curarlos de verdad. A veces veía un cuerpo arrojado a la pila, alguien a quien acababa de poner en pie pocos días antes. Me hacía preguntarme cuál era el objetivo de todo aquello. —Se detuvo, y murmuró pensativo durante un larguísimo rato. El pensamiento al que llegaba se agarró y se aferró, pero él

mantuvo el control—. Una noche, una de las doctoras entró corriendo en mi refugio. Me dijo que fuera con ella, rápido. La seguí a cirugía, y allí, destrozado en pedazos por un cortador, por nuestra tec, estaba mi hija más joven. Mi hija. Ni siquiera sabía que había estado luchando cerca.

—Ay, no —dijo Rosemary. Su voz era suave como las hojas.

Doctor Chef meneó su cabeza arriba y abajo, el gesto humano para decir «sí».

—Le habían dado medicamentos para bloquear el dolor, y estaban preparando el… No sé cómo llamarlo. Una inyección. La última que le dábamos a los heridos por cortadores. Una inyección para detener su corazón. Aparté de un empujón al doctor que la atendía. Le alcé el rostro. Apenas estaba tras los ojos, pero creo que me reconoció. Le dije que la quería y que el dolor se desvanecería pronto. Yo mismo le puse la inyección. Supe que era lo correcto que fuera yo quien se la llevara del mundo al que la había traído. Era la última de mis hijas. Fueron cinco, todas hermosas chicas de pecas grises. Y se hicieron soldados, como casi todas nuestras chicas. Murieron en campos de batalla chamuscados muy lejos del hogar. Ninguna de ellas tuvo descendencia. Ninguna se volvió macho. Mi última hija, no la quise más ni menos que al resto, pero hubo algo al saber que mis pequeñas ya no estaban que me quebró. No pude mantener la pena apartada por mucho más tiempo. Mis pensamientos se volvieron demasiado enormes. Tuve que dejar de ser doctor. Pasé el resto de la guerra en… En un hogar de reposo. Un lugar para descansar. Aprendiendo cómo calmar mi mente de nuevo.

—Doctor Chef, yo… —Rosemary sacudió la cabeza. Tenía el rostro húmedo—. No puedo imaginarlo.

—Eso es bueno —contestó él—. Yo no lo haría si fuera tú. Unos años más tarde hubo demasiadas pocas hijas en cada bando para que nadie siguiera en liza. Las bombas germen habían mutado en algo que no podíamos curar. Nuestra agua estaba envenenada. Nuestras minas y bosques ya no tenían nada que ofrecer. Para ser exactos, la guerra no terminó. Se consumió.

—¿No podíais reconstruir? ¿Buscar una colonia en algún lugar y volver a empezar?

—Habríamos podido. Pero escogimos no hacerlo.

—¿Por qué?

Doctor Chef rumió, pensando en la mejor forma de explicarlo.

—Somos una especie antigua, Rosemary. Había grums mucho antes de que existieran los humanos. Después de todo lo que habíamos hecho, tras todos los horrores que creamos, ambos bandos decidieron que quizá nos había llegado la hora. Habíamos despilfarrado nuestro tiempo, y no sentíamos que necesitáramos, o quizá que mereciéramos, otra oportunidad. La guerra terminó hace treinta estándares, pero seguimos muriendo por las enfermedades que diseñamos o de heridas que vuelven para acosarnos. Que yo sepa, no ha nacido ningún otro grum en décadas. Puede que haya alguno en algún lugar, pero no será suficiente. La mayoría de los grum hicieron como yo; se marcharon. ¿Quién quiere quedarse en un planeta envenenado repleto de hijas muertas? ¿Quién quiere estar rodeado de iguales, sabiendo las cosas que cada uno tuvo que hacer? No, no; mejor marcharse y morir con elegancia.

Rosemary pensó en silencio.

—¿Adónde fuiste?

—Viajé hasta el puerto espacial más cercano y conseguí subir a una nave mercante. Tripulación mixta. Casi siempre saltábamos a rocas de modificados y colonias de la periferia. Gané algunos créditos ayudando en la cocina. Tan solo limpiaba, al principio, pero su cocinero vio que tenía interés en la comida y cedió a mi deseo de aprender. Cuando tuve suficiente dinero, dejé la nave y me construí un hogar en Puerto Coriol. Tenía un diminuto puesto de sopa cerca de uno de los distritos familiares (el cocinero me enseñó sobre sopas, como habrás adivinado); nada elaborado, pero era rápido, barato, y saludable, y a los comerciantes con prisas les gustaba la comida que era rápida, barata, y saludable. Había un doctor humano que vivía en el vecindario, un hombre llamado Drave, y venía a menudo. Me caía muy bien, pero tenía envidia de su profesión. Era

un médico de familia. Había visto a sus pacientes crecer de bebés a adultos y tener a su vez sus propios bebés. Parecía algo terriblemente feliz ver a la gente envejecer y ayudarlos a hacerlo de forma saludable. Un día reuní al fin la valentía para confesarle que había sido doctor, y que quería usar esa habilidad para algo bueno. Hicimos un trato: podía ir a trabajar con Drave en su clínica durante tres días de cada diez, y él podía tomar sopa gratis siempre que quisiera. ¡Salí ganando, creo! Así que esa fue mi vida durante seis estándares; cocinaba sopa, trabajaba en la clínica, tomaba cursos de anatomía alienígena a través del Enlace. Ay, y las hierbas; descubrí las hierbas durante aquella época. Drave era un buen amigo. Todavía lo es, nos escribimos de vez en cuando. Su nieto me relevó en el puesto de sopa después de que empezase a transformarme en macho. Mal momento para estar trabajando. Lo cierto es que era un mal momento para hacer cualquier cosa. La transición no es sencilla. —Emitió un sonido sordo. Sus pensamientos se desviaban del tema. Tarareó y zumbó para volver al hilo—. Un tiempo después, este humano llamado Ashby pasó por la clínica para actualizarse los bots. Hablamos un buen rato, y unos días más tarde vino para decirme que estaba reuniendo tripulantes para una nave tuneladora y me ofreció un trabajo estupendo. ¡Dos trabajos! Me entristeció despedirme de Drave, pero lo que Ashby me ofrecía era justo lo que necesitaba. Hay paz aquí fuera en el vacío. Tengo amigos, un jardín en las estrellas y una cocina repleta de cosas sabrosas. Ahora curo a la gente. No puedo fingir que la guerra nunca sucedió, pero dejé de luchar en ella hace mucho. No comencé esa guerra. Nunca habría debido tener que participar en ella. —Se agachó para mirar a Rosemary a los ojos—. No podemos culparnos por las guerras que comienzan nuestros ancestros. A veces lo mejor que podemos hacer es marcharnos.

Rosemary estuvo en silencio un buen rato.

—Los cortadores eran horribles —dijo—. Pero en cierto modo, entiendo por qué tu gente los usaba. Estaban en guerra, se odiaban los unos a los otros. Mi padre no es un soldado. Nunca ha estado en

la guerra. No odia a los toremi. No sé si ha conocido a uno, siquiera. Lo teníamos todo en Marte. Todo. Permitió que se diseñaran aquellas armas y las vendió, lo fomentó, y ¿para qué? ¿Más dinero? ¿Cuánta gente está muerta debido a lo que hizo? ¿Cuántos hijos de alguien?

Doctor Chef se sentó sobre cuatro extremidades.

—Como has dicho, lo tenía todo. Eso lo hacía sentirse a salvo y poderoso. Las personas pueden cometer actos terribles cuando se sienten a salvo y poderosas. Tu padre es probable que se hubiera sentido así durante tanto tiempo que se creía intocable, y es muy peligroso que una persona se sienta así. No creo que nadie en esta nave te culpe por querer alejarte todo lo posible de una persona así.

—Ashby no estaba exactamente complacido.

—Tan solo sobre el engaño. No sobre quién eres. —Echó una ojeada hacia atrás, a la cocina vacía, al pasillo vacío—. Y entre tú y yo, él lo entiende. No te lo va a echar en cara. Pero también es tu jefe, y a veces tiene que hablar de modo que lo recordemos. —Ronroneó, cambiando pensamientos—. En cierto modo, creo que debes sentirte de un modo muy parecido a como me sentí yo el día que descubrí de dónde provenían los cortadores. Has encontrado algo oscuro en tu propia casa, y te preguntas cuánto se te ha pegado.

Rosemary empezó a asentir, y entonces negó con la cabeza.

—No es lo mismo. Lo que te pasó a ti, a tu especie, es… Ni siquiera se puede comparar.

—¿Por qué? ¿Porque es peor?

Ella asintió.

—Pero aun así es comparable. Si te fracturas un hueso, y yo me he fracturado todos los huesos del cuerpo, ¿hace que tu fractura desaparezca? ¿Te duele menos, sabiendo que yo tengo mucho más dolor?

—No, pero eso no es…

—Sí, lo es. Los sentimientos son relativos. Y en la raíz son lo mismo, incluso si provienen de diferentes experiencias y existen en diferentes escalas. —Le examinó el rostro. Ella parecía escéptica—.

Sissix lo entendería. Los humanos os lisiáis a vosotros mismos con la creencia de que todos pensáis de formas únicas. —Se inclinó hacia delante—. Tu padre, la persona que te crio y que te enseñó cómo funciona el mundo, hizo algo indescriptible y horrible. Y no solo tomó parte en ello, sino que lo justificó para sí. Cuando te enteraste de lo que había hecho tu padre, ¿te lo creíste?

—No.

—¿Por qué no?

—No creí que fuera capaz.

—¿Por qué no? Es obvio que sí.

—No parecía que fuera capaz. El padre que yo conocí jamás podría haber hecho tal cosa.

—Ajá. Pero lo hizo. Por lo que empezaste a preguntarte cómo podías haber estado tan equivocada con él. Comienzas a repasar tus recuerdos, buscando señales. Comienzas a cuestionarte todo lo que sabes, incluso las cosas buenas. Te preguntas cuánto de todo aquello fue una mentira. Y lo peor de todo, al haber tenido tanto peso en convertirte en quien eres ahora, te comienzas a preguntar de qué eres capaz tú misma.

—Sí —dijo Rosemary, mirándolo fijamente.

Doctor Chef bamboleó la cabeza de arriba abajo.

—Y aquí es donde nuestras especies se parecen muchísimo. Lo cierto es, Rosemary, que eres capaz de cualquier cosa. Buena o mala. Siempre lo has sido, y siempre lo serás. Con un empujón en el momento adecuado, también podrías hacer cosas horribles. La oscuridad existe en todos nosotros. ¿Crees que cada soldado que empuñó un rifle cortador era una mala persona? No. Tan solo hacía lo que la soldado junto a ella hacía, la cual hacía lo que la soldado junto a ella hacía, y así. Y me la juego a que la mayoría, no todos, pero la mayoría de los que superaron la guerra se pasaron mucho tiempo tratando de darle sentido a lo que hicieron. Preguntándose cómo pudieron haber hecho eso en primer lugar. Preguntándose cuándo asesinar se volvió algo agradable.

Las mejillas pecosas de Rosemary palidecieron. Doctor Chef pudo ver cómo se le movía la garganta al tragar saliva.

—Todo lo que puedes hacer, Rosemary, todo lo que podemos hacer cualquiera de nosotros, es, en vez de ello, trabajar en algo positivo. Es una elección que cada sapiente debe hacer cada día de su vida. El universo es lo que nosotros hacemos que sea. Depende de ti decidir qué papel interpretar. Y lo que veo en ti es una mujer con una clara idea de lo que quiere ser.

Rosemary soltó una breve carcajada.

—La mayoría de los días me despierto y no tengo ni idea de qué estoy haciendo.

Doctor Chef infló las mejillas.

—No me refiero a los detalles concretos. Nadie los adivina nunca. Hablo de lo importante. Lo que yo también tengo que hacer. —Cloqueó. Sabía que ella no lo entendería, pero le salió con naturalidad. El tipo de sonido que una madre le haría a una hija que aprende a sostenerse en pie—. Estás tratando de ser una buena persona.

Día 335, CG Estándar 306

KEDRIUM

Kizzy se despertó demasiado tarde, como de costumbre. Había sido el procedimiento estándar desde que era niña. Cuando era pequeña, Papá la acostaba con una historia, un beso y un abrazo de Tumby, su rana de peluche. A los pocos instantes de que se apagara la luz, los dedos de los pies empezaban a menearse, y luego les seguía el culo, y al cabo de un momento, la idea de quedarse quieta y dormir parecía superinjusta. A intervalos regulares, Papá venía a la habitación, la apartaba de sus bloques de construcción y la arropaba de nuevo, cada vez con más cansancio en su voz paciente. Al final, Ba llegaría a casa del turno de noche en la estación de agua y diría: «Kizzy, cariño, por favor, ve a dormir. Los bloques seguirán ahí por la mañana. Te lo prometo». Eso era cierto, pero no captaba la situación. Aunque los bloques físicos en sí seguirían donde los dejó, el cerebro de Kizzy siempre estaba lleno de nuevas configuraciones que todavía no había intentado. Si no las sacaba antes de quedarse dormida, las olvidaría por completo por la mañana, cuando la distrajera la promesa de las tortitas.

Como adulta, Kizzy había descubierto formas más eficaces de gestionar los proyectos en su cerebro. Mantenía el escrib junto a la cama para poder llenarlo de esbozos y notas sin tener que abandonar la calidez de las sábanas. Pero aun así, los proyectos sin terminar a menudo la mantenían despierta hasta tarde. Siempre empezaba con «un circuito más y ya», que se convertía en «seguro que puedo arreglar eso», y en «un par de cositas más», y entonces, *pam*, hora del desayuno.

Pero en los días que pasaron después del incidente akarak, Kizzy había estado en vela por otra razón. Su cerebro todavía zumbaba con ideas, pero se esforzaba por mantenerse ocupada incluso cuando ya las había despachado todas. Esa noche, por ejemplo, estaba levantada limpiando empalmes de interfaz en un conducto de energía de recambio. No era un trabajo vital. Ni siquiera era necesario. Pero era algo que hacer.

Doctor Chef le había dado algunas gotitas para ayudarla a dormir, pero no le gustaban. La dejaban aturdida por la mañana, y además, no quería ser el tipo de persona que necesitaba gotitas. No; a pesar del doloroso cansancio que la punzaba por todas partes, iba a arreglárselas sin gotitas. De algún modo, descubriría cómo tumbarse en la cama sin que su mente divagara de nuevo hacia el muelle de carga, con armas apuntándole a la cara y Ashby sangrando en su regazo. No había pasado ni una sola noche desde aquel día sin que se acostase preguntándose si otra nave los asaltaría sigilosamente mientras ella dormía. Se imaginó a elas akaraks irrumpiendo en su habitación con sus armas y sus voces chirriantes. Se imaginó despertándose ante un rifle de pulso que la apuntaba, o quizá no despertándose más. Rememoró el modo en que las puertas del muelle crujieron cuando las forzaron. Rememoró el fino hilo rojo que brotó de la boca de Ashby cuando ela akarak lo golpeó con el rifle. Una de aquellas noches iba a encontrar un modo de dejar de rememorar. Pero, por ahora, había un montón de empalmes a los que quitar el polvo.

—Oye, Kizzy —dijo Lovey a través del vox—. Siento molestarte, pero eres la única despierta.

—¿Qué hay, dulzura?

—Se acerca una nave, está a una hora.

Se le cayó el trapo. Ay, estrellas. Elas akaraks habían vuelto. Habían dado la vuelta. Pues esta vez no, hijos de puta. Se escondería en el panel de una pared, se sellaría desde dentro para que nadie la descubriera. Se escurriría por las paredes como un ratón y los sabotearía y usaría granadas aturdidoras hasta que el

último de aquellos escuálidos bastardos estuviera muerto. Si tardaba semanas, pues bueno. Se colaría en la cocina de vez en cuando para robar provisiones. Podía vivir en las paredes. Era su nave, y… y… ¿A quién narices estaba engañando? No había forma de que pudiera hacer eso. Estaban muertos, muertos del todo. ¿Por qué Ashby no había comprado un puñado de armas en Grillo? Estúpido exodano, incluso con una sola arma…

Lovey continuó.

—Nos están llamando. Es una señal de emergencia de la CG.

Kizzy exhaló. Sintió una pizca de culpa por el alivio de que fueran otros quienes estaban en apuros, pero… Oh, bueno. Apoyó el escrib contra una bobina de cable.

—Conéctalos a través de mi enlace vid.

La escrib se encendió. Una aeluona le devolvió la mirada. Y como todos los miembros de su especie, era hermosa. Piel plateada, cuello elegante, ojos dulces, el lote completo. De pronto Kizzy fue muy consciente del sucio mono de trabajo que vestía, la desordenada mesa, las… maldita sea, migajas, tenía migajas de pastel en la camiseta, y un lápiz píxel enredado en el pelo, y… bueno, qué más daba. Seguro que la aeluona había visto a una tec humana antes. No podía culpar a Kizzy por pertenecer a una profesión mugrosa o a una especie fea.

—Buenas —saludó, sacudiéndose las migas—. Me llamo Kizzy Shao. ¿Qué problema hay? —Entonces se fijó en lo que vestía la aeluona. A primera vista era ropa elegante, pero Kizzy había jugado a suficientes sims de acción para reconocer un chaleco armadura cuando lo veía; no era de estilo humano tosco, sino diseñado para hacer juego con el resto de su traje. La aeluona estaba sentada, pero Kizzy podía ver la culata de una pistola de energía asomando por encima del cinturón. Y enroscado en el brazo… ¿No era eso un generador de escudo personal? Parecía nuevo, además. Aquella señorita parecía ir en serio. En plan, realmente serio. No era solo equipamiento de protección. Era equipamiento de despachar las

cosas porque aquí mando yo. Kizzy deseó que Jenks estuviera despierto.

La aeluona sonrió (o, por lo menos, hizo algo relacionado con la cara que se parecía lo suficiente a una sonrisa).

—Saludos, Kizzy. Soy la capitana Gapei Tem Seri. Esperaba poder hablar con tu capitán. ¿Está disponible?

—Está dormido, pero lo puedo despertar si…

—No, no —interrumpió ella—. No lo molestes. ¿Estás autorizada para permitir anclajes no programados?

«Autorizada para permitir anclajes no programados». Estrellas, esa señorita no se andaba con rodeos.

—Eh, claro, supongo —respondió Kizzy. No estaba segura de que «anclajes no programados» fuera algo de lo que alguna vez se hubiera hablado especialmente en la *Peregrina*. Si una nave es amistosa y necesita ayuda, ayudas. Así de simple.

La aeluona asintió. El gestó parecía ensayado. Era obvio que sabía cómo hablar con humanos.

—Hemos sufrido daños en uno de nuestros sistemas de soporte vital. Parece que nuestro último cargamento incluía una mina disruptora de efecto retardado. No explotó hasta que no estuvimos en el vacío.

—Hala. Mierda. ¿Estáis bien?

—Hemos llevado a cabo reparaciones provisionales, y estamos estables desde hace tres días. Pero vamos de camino al espacio aeluon, y no estoy segura de que los arreglos provisionales duren demasiado. Lo que necesitamos con urgencia es apagar el núcleo por completo y dejar que los reparabots hagan su trabajo.

—Y necesitáis un sitio donde instalaros mientras tanto. Sin problema, tenemos aire de sobra. Un momento, ¿no tenéis un tec?

Las mejillas de la aeluona se oscurecieron a un gris verduzco.

—Tuvimos problemas en nuestra última parada. Nuestro tec… —Exhaló—. Nuestro tec no lo logró. Aún… Aún no he tenido ocasión de contratar a uno nuevo.

—Estrellas. Lo siento mucho. —Vale, ¿en qué demonios está metida esta mujer que implica minas disruptoras y el tipo de «problemas» que terminan con tecs muertos?

La aeluona no dio más explicaciones.

—En fin, si podemos subir a bordo, solo mientras los bots hacen su trabajo…

—¿Qué te parece si lo hacemos nosotros? Soy la técnica mecánica de aquí, y nuestro técnico de componentes tiene experiencia con sistemas de soporte vital. Somos mejores que los bots, y dependiendo de los daños, puede que no tengáis que apagar los sistemas.

La aeluona reflexionó.

—¿Estáis familiarizados con la tecnología aeluona?

—Bueno, uf, no en plan práctico. Pero la tec es tec. Por lo menos podemos echar un vistazo. Prometo que no tocaré nada que no sepa qué hace.

—Siempre y cuando no suponga un problema, entonces sí. Agradecería muchísimo cualquier cosa que pudieras hacer.

—Mola. Seh, desde luego.

—Nuestra nave está a menos de una hora de la vuestra, pero podemos reducirlo a la mitad si venís hacia nosotros.

—Por supuesto. Sin problema.

El rostro de la aeluona se iluminó.

—Maravilloso. —Las luces que tenía encima se reflejaban en sus escamas como la luz del sol sobre una ola. ¿Por qué todo lo que hacían los aeluones eran tan bonito?—. Tenemos una tripulación de seis… esto, cinco, más dos soldados. —«Hostia puta, comandos aeluones. Jenks se va a mear encima»—. Haremos todo lo posible por no molestar.

—Ah, no os preocupéis, no pasa nada —dijo Kizzy—. Seguro que a Doctor Chef le encantará alimentaros. Es nuestro cocinero. —Maravilloso, ha sonado patético. ¿Por qué no sabía aparentar ser guay, para variar?.

—Sí, lo sé. Vuestro capitán y yo nos conocemos, de hecho. Pero sí, gracias, Kizzy. No sé qué habríamos hecho si no os hubiéramos encontrado.

«¿Cómo sabe…?».

El pensamiento se le cortó de golpe. Las piezas encajaron.

—Esto, claro, estamos, eh, encantados de ayudar. Oye, perdona, pero ¿cómo has dicho que te llamabas?

—Gapei Tem Seri. ¿Necesitas que te envíe mi identificación…?

—No, no; yo solo, ah… ¿Eres Pei?

La aeluona hizo una pausa y echó una ojeada a su espalda.

—Sí —respondió. El sonido de la fonocaja se volvió tenue, confidencial—. Es el apodo que usan mis amigos. Incluido Ashby.

Kizzy sonrió tanto que pensó que se le iba a romper la cara. Esta mujer, esta alucinante belleza increíble que llevaba pistolas de energía y decía cosas como «mina disruptora» sin ir de coña, era Pei. Ashby no solo conocía a esta aeluona. Ashby se estaba follando a esta aeluona.

—Capitana, esto… Disculpa, no sé cómo llamarte. —Los aeluones tenían dos apellidos, uno por su familia y otro del lugar del que provenían. No estaba segura de cuál era cuál.

—Capitana Tem está bien.

—Vale, capitana Tem, creo que hablo por mi capitán y por el resto de la tripulación cuando afirmo que eres bienvenida a bordo durante todo el tiempo que desees.

—Gracias, Kizzy. —La capitana Tem volvió a hacer una pausa—. No estoy muy segura de cómo pedir esto…

Kizzy lo pilló. La capitana Tem era aeluona, con una tripulación aeluona, con soldados aeluones a bordo, e iba a subir a la nave de su novio humano. Kizzy se inclinó hacia delante, borrando la sonrisa de su cara.

—Sí, todos sabemos cómo… ser respetuosos. —Lo que quería decir: «mantener el pico cerrado»—. Sobre todo cerca de soldados.

La capitana Tem pareció agradecida.

—Gracias, Kizzy, de verdad. Te haré una señal de nuevo cuando hayamos alcanzado vuestras coordenadas.

—Genial. Nos vemos pronto. —El panel enlace vid en el escrib se apagó con un parpadeó. Kizzy empezó a reírse. «Ay, madre. Cómo mola. Cómo. Mola»—. Oye, Lovey —llamó por el vox—. Despierta a Jenks. Y a Sissix. Necesito hablar con ellos ahora mismo.

—¿Y qué hay de Ashby?

—Nah. Quiero despertarlo yo misma para verle la cara.

—Cotilla.

—Mira quién habla.

La IA rio.

—¿De verdad crees que la capitana Tem dejará a Jenks meterse en su nave? A él le encantaría.

—Lovey, tengo la impresión de que este pequeño encuentro va a ser alucinante para todos.

El cerebro de Ashby no estaba funcional. Para empezar, Kizzy lo había sorprendido tras tres horas de sueño, y encima había decidido despertarlo pirateando la cerradura de su puerta y encendiendo todas las luces. Luego le dijo la cosa más incomprensible: Pei subía a bordo. Pei. Aquí. En esta nave. Y de entre toda la gente, había estado hablando con Kizzy.

—¿Tienes idea de lo que Kizzy le ha dicho? —Estaba en el cuarto de baño, terminando la ducha más rápida de su vida.

Sissix respondió desde el otro lado de la cortina de ducha. Notó la diversión en su voz. Era el sonido que pertenecía a la cara que había puesto durante los últimos diez minutos.

—No tengo ni idea —respondió Sissix—. Pero ni siquiera sabía a quién le estaba hablando al principio. Creo que tu reputación está intacta.

Ashby cerró la ducha, se secó y se envolvió la toalla en la cintura. Entró en la habitación y cogió un paquete de dentbots de la cesta común. Se vio por el rabillo del ojo en el espejo.

—Tengo un aspecto horrible. —Quitó el sello del paquete y estrujó el gel en la lengua. Tiró el paquete vacío y cerró los labios. Podía sentir el gel esparciéndose por la boca mientras los bots buscaban la placa y las bacterias.

Sissix se apoyó contra la pared, sujetando una taza entre las garras.

—No es cierto, y aunque lo estuvieras, dudo muchísimo que le importe.

—Mmmfffmmm.

—¿Qué?

Ashby puso cara de hastío y dejó que los bots hicieran su trabajo, deseando que fueran un poco más rápido. Un minuto más tarde, el gel perdió densidad, lo que indicaba que los bots habían empezado a deshacerse. Escupió la masa vagamente mentolada en el lavabo y la enjuagó por el desagüe.

—Dije: «A mí me importa».

—Lo sé. Y es adorable por tu parte.

Él puso las manos en el borde del lavabo y se miró en el espejo. Tenía los ojos levemente enrojecidos y su pelo había conocido mejores días. Suspiró.

—No quiero echar a perder las cosas con ella.

Sissix dio un paso adelante y le puso la mano entre los omóplatos.

—No lo harás. Y los demás tampoco. Sin bromas, sin indirectas. Sabemos lo serio que es esto. —Señaló un montón de ropa en la mesilla—. Son los pantalones menos arrugados que he podido encontrar. —Le entregó la taza—. Y le pedí a Doctor Chef que te hiciera esta bebida horrible.

El olor le golpeó las fosas nasales antes de que se acercase la taza a la cara. Café.

—Eres la mejor. —Inclinó el borde de la taza entre los labios. Oscuro, amargo, fuerte. Ya se sentía mejor.

Sissix le dio una palmadita en el antebrazo.

—Vamos. Ponte los pantalones. Quiero conocer a la mujer que te los quita.

Algo más tarde estaba de pie frente al compartimento estanco, rodeado por el autodenominado comité de bienvenida: Sissix, Doctor Chef y los tecs. Cafeína, adrenalina y la necesidad de dormir luchaban por la supremacía, persiguiéndose unos a otros como una jauría de sabuesos. Se sentía fatal.

—Entonces, Ashby —comenzó Jenks—. ¿Nos vas a contar cómo os conocisteis?

Ashby suspiró.

—Ahora mismo no.

Jenks sonrió. Había estado haciéndolo un montón aquella mañana.

—Esperaré. —Sacó la lata de junco rojo de un bolsillo.

Doctor Chef le dio un codazo.

—Nada de humo rojo. Los aeluones suelen ser alérgicos.

Jenks cerró la lata.

—Alérgicos de verdad, ¿no? No alérgicos tipo Corbin.

Doctor Chef se rio con un acorde de percusión.

—Alérgicos de verdad.

—La nave aeluona está extendiendo el tubo de acoplamiento —anunció Lovey. Ashby oyó un rechinar metálico contra el casco—. Su escotilla está abierta. Comienzo protocolos de descontaminación.

Ashby pudo oír los pasos tras la puerta del compartimento estanco. «Ay, estrellas, está aquí. Está ahí dentro ahora mismo». Exhaló.

Sissix se frotó la mejilla en el hombro de él.

—¿Nervioso?

—¿Por qué lo dices?

Sissix apoyó la barbilla en su cuello y le apretó el brazo. Ashby crispó los labios. Sabía que era un gesto amistoso y tranquilizador, y Pei con toda probabilidad sabía suficiente sobre aandrisk para conocer la intención de Sissix, pero algo dentro de su cerebro

humano se resistió ante la idea de Pei entrando y descubriendo a otra mujer enrollada en su hombro. Bajó la voz.

—Sis, disculpa, pero podrías no… eh…

—¿Mmm? —Los ojos amarillentos de Sissix estudiaron su rostro, confusos—. Ahhh. Claro. Claro. —Se alejó un paso y juntó las manos tras la espalda. No dijo ni una sola palabra, pero Ashby pudo ver la risa tras sus ojos.

—Ashby, hay algo raro —dijo Lovey.

—¿Qué pasa? ¿Algún tipo de bicho?

—No, no hay contaminantes, pero estoy algo confusa. Todos los escáneres de los parches cuadran, pero se suponía que hay dos soldados con ellos. Todo lo que veo son parches de civiles.

—Puede que estén de incógnito —dijo Ashby—. No pasa nada por dejarles pasar, Lovey. Confío en ellos.

—Cómo mola —le susurró Jenks a Kizzy. Ambos soltaron risitas como escolares. «Estrellas y fuego, vosotros dos, comportaos».

Las puertas se abrieron deslizándose. La cámara estanca estaba llena de gente, pero Ashby solo tenía ojos para una persona. Ahora estaba muy despierto.

Pei dio un paso adelante.

—¿Permiso para subir a bordo? —preguntó, mirándolo profundamente a los ojos. El aire parecía chispear entre ellos. Pei tenía que representar su papel de capitán, pero Ashby podía adivinar que habría deseado decir mucho más.

Él asintió. Se daba todo por entendido.

—Salid del vacío y entrad en nuestro hogar —dijo. Era una expresión exodana usada para los viajeros que acababan de atracar—. Me alegro de verte. —Extendió la mano. Era una broma, aunque nadie de ambas tripulaciones lo entendería. Sabía de sobra que los aeluones apretaban las palmas como saludo, pero él no lo había sabido cuando conoció a Pei por primera vez, y del mismo modo, ella no sabía qué hacer con su mano cuando él la extendió.

—Yo también me alegro de verte, viejo amigo. —Le estrechó la mano, y acompañó el gesto con nada más que un ligero parpadeo.

Maldita sea, era buena. Si no hubiera entendido lo necesario que era el secretismo, podría haberse sentido ofendido por su indiferencia.

Hicieron las presentaciones. Pei estrechó manos con los tecs, apretó palmas con Sissix (por supuesto que Sissix sabía qué debía hacer), y se rio con Doctor Chef mientras trataba de averiguar qué hacer con sus manopiés. Ashby saludó a la tripulación de Pei, fingiendo que no conocía ya nombres, actitudes e historias personales. Sabía que dos de ellos, Sula y Oxlen, estaban enterados de lo suyo con Pei. Parpadearon con reconocimiento al conocerlo en persona. Por lo que a él respectaba, eran los dos únicos aeluones de la galaxia que lo sabían, e iba a hacer todo lo posible por que siguiera siendo así.

Los dos soldados, aunque iban vestidos de civiles, eran fáciles de reconocer. En primer lugar, iban mucho más armados que el resto (algo que para Ashby era ligeramente inquietante), y tenían músculos tonificados a la perfección. Una de ellos, una mujer, tenía un implante ocular. El extremo de una vieja cicatriz sobresalía justo por debajo. El hombre era joven, pero arrastraba un aura de cansancio. Ashby se preguntó cuánto tiempo llevaría haciendo la guerra y si agradecía el respiro de estar a bordo de un carguero.

Ashby miró a Pei, que intercambiaba cortesías con su tripulación. Se la había imaginado muchas veces en su nave, pero sus ensoñaciones habían sido distintas. Pei entraría por la escotilla con nada más que un petate al hombro y una sonrisa en los ojos. Le pasaría el brazo por la cintura mientras la presentaba. Sissix no tendría que reprimir el abrazo de bienvenida. Irían a la Pecera, donde todas sus personas favoritas se conocerían mutuamente durante una de las cenas festivas de Doctor Chef. Beberían mek y reirían y holgazanearían en el jardín. Una combinación sencilla de las dos mitades de su vida. Pero allí, en el compartimento estanco, la separación era clara. Militares y civiles. Aeluones y un revoltijo de especies. Alta tecnología y apaños variados. Pero aun así, ella estaba en la nave charlando con la tripulación. Las líneas entre sus vidas se

habían emborronado. Podía sentir cómo ella tiraba de él a través de la división.

—No puedo creer la suerte que hemos tenido de encontraros —dijo Pei—. Espero que no seamos una molestia.

—Quedaos todo lo que necesitéis. —«O quédate, punto»—. Me han dicho mis tecs que se han ofrecido voluntarios para ayudar con las reparaciones.

—Ya estamos listos —dijo Kizzy con las manos sobre la hebilla del cinturón de herramientas—. Tan solo dinos por dónde hay que ir.

—Oxlen irá con vosotros —dijo Pei.

—No soy tec —explicó Oxlen, el piloto de Pei, un varón alto de ojos claros—. Pero os puedo indicar por encima qué es cada cosa.

—¿Podemos acceder a vuestros escáneres y al ansible? —dijo la soldado (Tak, si Ashby recordaba bien)—. Dudo muchísimo que tengamos contacto con enemigos aquí fuera, pero teniendo en cuenta lo que ha ocurrido a bordo de nuestra nave, no sobran las precauciones.

—Sissix os llevará a la sala de control —respondió Ashby—. A menos que queráis acceso manual al núcleo de nuestra IA. —Por el rabillo del ojo, Ashby pudo ver que Jenks se envaraba ante la sugerencia. «Relájate, Jenks, no van a romperla».

—La sala de control es suficiente —dijo Tak. Hizo un gesto hacia Sissix, y esta la guio por el pasillo. Ashby no se podría haber imaginado una pareja más extraña: la aeluona armada con un solo ojo y la aandrisk de pantalones caídos y una capa de remolinos recién pintados en las garras.

—Y los demás… —dijo Pei—. Me temo que todo lo que podemos hacer es esperar.

—Ah, no creo que eso vaya a estar tan mal —dijo Doctor Chef—. Ya es casi la hora de preparar el desayuno. Aunque, aviso, mis recetas no están pensadas exactamente para aeluones. Puede que sea el peor desayuno que hayáis tomado jamás.

El soldado se echó a reír.

—No has probado las raciones de combate.

—Te sorprenderías. —Doctor Chef hinchó las mejillas. Ashby sonrió. Pocas cosas hacían más feliz a Doctor Chef que dar de comer a gente hambrienta—. Venid conmigo. Veamos qué tengo en la despensa, a ver qué os apetece.

—Por favor, dime que tienes mek de verdad a bordo —dijo un miembro de la tripulación de Pei. Llevaba en bandolera un arma que habría hecho llorar de envidia a Oso y Nib. ¿En serio tenían que llevar armas ahí dentro?

—Hay mek de sobra —dijo Kizzy—. Un montón de cajas.

—Oh, estrellas, eso sí que son buenas noticias. Si tengo que beberme otra taza de esa cosa preenvasada, me voy a poner malo.

—Tan solo una taza por cabeza —ordenó Pei—. No voy a volver a mi nave con una tripulación que vea doble.

—Vamos, vamos —dijo Doctor Chef, saliendo de la cámara estanca sobre dos manopiés—. No voy a permitir que paséis hambre.

Los demás aeluones lo siguieron con entusiasmo.

—Dejadme algo —gritó Oxlen tras ellos mientras cruzaba la escotilla con los técnicos. Kizzy echó un último vistazo a Pei y aleteó las cejas hacia Ashby. Este puso los ojos en blanco y la ahuyentó con un gesto de la mano. Kizzy se escabulló riendo entre dientes.

Esperaron hasta que el vestíbulo estuvo en silencio. Incluso entonces, Ashby no estuvo seguro de qué decir. Quería besarla, abrazarla, correr a su habitación y dejar que le arrancara la ropa. De algún modo logró contenerse.

—Bueno. Inesperado.

Ella lo miró a los ojos. Sus segundos párpados se cerraron despacio. Las mejillas se le pusieron de un tono amarillento que indicaba disgusto.

—Hay una quemadura de una explosión de dispersión en el casco de tu nave.

—Qué cosas más románticas me dices.

—Ashby. —Lo miró con seriedad—. Dijiste en tu último mensaje que os habían abordado y que perdisteis algunas provisiones. No

dijiste nada de que os dispararan. ¿Hubo algún herido?

—No. —Hizo una pausa—. Solo yo. Pero estoy bien.

Las mejillas de Pei se inundaron de colores. Exasperación.

—¿Por qué no dijiste nada?

—Porque no quería que te preocuparas.

Ella ladeó la cabeza.

—Parece que hayamos intercambiado nuestros sitios.

—Lo dudo. ¿Quién ha aparecido en mi puerta hablando de minas disruptoras?

—Solo fue una mina, y nadie salió herido. Parece que alguien en el muelle de carga tenía… opiniones sobre la guerra.

Ashby meneó la cabeza.

—Los rosk están atacando colonias periféricas. ¿Cómo…?

—Lo sé, lo sé. La gente está loca. —Torció el gesto—. Y hablando de locos: cuanto más oigo sobre la situación toremi, menos me gusta.

—No te gustaba desde el principio.

—Ashby, escucha. Me encontré a la capitana de un remolque de alfiler que había estado transportando a diplomáticos allí. Los toremi son… extraños.

—Son una especie distinta. Todos somos extraños para el resto. Tú me resultas extraña a veces.

—No, me refiero a una extrañeza peligrosa. Extrañeza incomprensible. Me dijo que no podía entender cómo es que la CG había pensado siquiera en una alianza con ellos. Los diplomáticos se llenaban la boca hablando sobre lo complicada que era la comunicación. No era una cuestión de lenguaje, es que los toremi piensan diferente. Intentan que todos piensen las mismas cosas exactamente de la misma forma, lo cual ya es una locura de por sí, pero todo se va a la mierda si no consiguen consenso. Aquella capitana me contó que pocos estándares antes, cuando la CG por fin metió el pie en su puerta, unos cuantos toremi se destrozaron los unos a los otros, y me refiero a que se destrozaron literalmente,

Ashby, durante una conferencia, porque no se ponían de acuerdo sobre si los harmagianos eran sapientes o no.

—Estoy seguro de que, a estas alturas, ya lo habrán solucionado.

—Puede. Todo lo que sé es que ella supo de varias ocasiones en que un delegado toremi no se mostró de acuerdo con sus superiores durante una reunión, y ya no se lo volvía a ver. Odiaba ir allí. Dijo que se asustaba cada vez que una de sus naves se acercaba demasiado. No confiaba en ellos. Y yo tampoco.

—Nunca te has encontrado con ellos. Pei, no nos harían recorrer todo el camino hasta el Núcleo si no creyeran que nos pueden mantener a salvo. Estaremos bien, no te preocupes.

Las mejillas de Pei cambiaron de un fogonazo a morado claro. Frustración.

—Ni siquiera puedo mantener a salvo a la tripulación de mi nave. ¿Cómo esperas que no me preocupe por ti?

Ashby echó un vistazo al pasillo, solo para asegurarse. Le tomó la mano.

—Kizzy dijo que perdiste a alguien.

Pei cerró los ojos.

—Saery.

Él le apretó la mano, luchando contra el impulso de abrazarla.

—Estrellas. Pei, lo siento muchísimo.

—Fue absurdo, Ashby; tan absurdo, joder… Lo asaltaron en un callejón cuando estábamos en Dresk. Le arrancaron el parche y robaron la tec que había recogido aquel día. Si no hubiera estado solo…

—Oye. —Le puso una mano en la mejilla. Al infierno con aquello—. Oye, escúchame. No pienses en eso.

Ella apretó la mejilla en su mano por un breve instante, y entonces se apartó mirando rápidamente hacia el pasillo

—Te he echado tanto de menos —murmuró——. Estos últimos días… Quería escribirte, pero…

—Lo sé —dijo él, y sonrió—. Venga. Te enseñaré la nave, y así charlamos. Hacer un recorrido por la nave es una actividad

respetable, ¿no?

Hubo un pequeño fogonazo de verde alegría en sus mejillas.

—Seh.

—De todos modos, ¿qué les has contado sobre tú y yo?

—Que nos conocimos en Puerto Coriol justo cuando compré la nave. Te conocí allí durante una ronda de abastecimiento, y a veces quedamos para tomar un trago cuando coincidimos en el mismo muelle.

—Vaya. La verdad.

—Bueno, la parte inocua de la verdad, al menos. Lo cierto es que se me hizo un poco raro. —Los pómulos se le pusieron amarillos—. Me he acostumbrado a mentir sobre ti.

—Me siento como si hubiera debido dejar los zapatos en la puerta —dijo Jenks a Kizzy mientras seguían a Oxlen por los pasillos de la fragata aeluona.

Kizzy asintió. Había visto naves aeluonas en muelles y fotos en el Enlace de cómo eran por dentro, pero estar en el interior de una… Era como caminar por una obra de arte. Las paredes grisáceas eran prístinas, ni un tornillo ni un panel a la vista. No podía ver ni la más mínima junta, tan solo líneas continuas de luz tenue que emanaba de la bóveda curva. No había marcos de ventanas, ni filtros de aire visibles. Era una nave tan pulida y perfecta como un canto rodado. Y también silenciosa. Aunque los aeluones se habían hecho con medios para procesar sonidos y expresiones verbales, solo necesitaban esas habilidades para comunicarse con otras especies. En sus naves, el sonido no tenía utilidad. No había voxes ni sirenas ni paneles que pitasen o chirriasen. Incluso los sistemas de soporte vital y las redes artigrav emitían un sonido tan leve que Kizzy apenas podía captarlo (aunque dudaba que el diseño fuera silencioso a propósito; tan solo estaban extremadamente bien construidos). La ausencia de sonido hacía que la nave pareciera casi un lugar sagrado, como un templo construido en honor a la buena tec. Las

enormes botas y los cinturones de herramientas Jenks y de ella parecían fuera de lugar. Se alegraba de haber tenido tiempo para cambiarse a un mono de trabajo algo más limpio.

—El soporte vital está aquí —dijo Oxlen. Colocó la mano sobre la pared, y una porción de esta pareció abrirse deshaciéndose. Al entrar por la abertura, Kizzy pudo ver el marco de alrededor, las esquinas predefinidas de la puerta, solidas como el plex más denso.

—¿Qué es este material? —preguntó Kizzy, pasando la mano por la pared. Fría y firme, pero podía sentir una flexibilidad latente debajo—. ¿Algún tipo de polímero receptivo?

—Sí. Lo mantiene en su lugar un entramado electrostático que responde a las señales bioeléctricas de nuestra piel.

—Guau. —Kizzy se acercó a la pared, bizqueando—. ¿De qué está hecho?

—Eso… va más allá de mi área de conocimientos. Estoy seguro de que lo podrás buscar en el Enlace. —Entraron en una sala repleta de tec. Tenía una pinta muchísimo mejor que el material al que Kizzy estaba acostumbrada, pero al mismo tiempo era reconocible. Oxlen señaló hacia un aparato enorme, el centro neurálgico de un sistema de tuberías y cañerías—. Esto es…

—El regulador atmosférico. —Kizzy se llevó las manos a los labios y asintió mientras lo inspeccionaba—. Se parece una barbaridad al nuestro.

—Solo que es muchísimo más bonito —dijo Jenks—. Fíjate en esos estabilizadores.

—Hala —exclamó Kizzy—. Mira los sellos de interconexión. Qué alucine. Qué alucine, qué alucine, qué alucine. —Volvió la cabeza hacia Oxlen—. ¿Dónde estaba la mina?

—En la esquina superior izquierda. Encajada tras el… —Oxlen hizo un gesto difuso—. Ese bulto con un pequeño pomo encima.

Kizzy trepó por el costado del regulador, con cuidado de apoyar el peso en las tuberías más robustas. Tras el núcleo de transmisión (el bulto con el pequeño pomo encima) había un trozo de metal

reventado, el resultado final de una feroz descarga de energía. Sacó las lentes tec del cinturón y se las colocó en la cabeza. Echó un vistazo a través de las lentes de aumento mientras abría el metal y miraba dentro.

—Alucina —masculló—. Todos los nodos están fritos. Los filtros de transmisión están superjodidísimos. Vuestros reparabots los parchearon bien, pero esto necesita más que… Hostia puta, mira eso. Hala. —Echó las lentes a un lado, se puso los guantes y metió las manos en el agujero.

—¿Qué pasa? —preguntó Jenks.

Kizzy tanteó la zona, pasando los dedos protegidos por la deformada maquinaria.

—El eje regulador está hecho trizas. Una buena putada.

—¿Voy a buscar láminas de relleno?

—Seh, y coge tus herramientas de precisión ya que vas. Hay un panel de circuitos entero aquí dentro que tendrás que volver a cablear. Y trae algo de picar, Jenks, vamos a necesitar un montón de picoteo para esto. —Se frotó el ojo izquierdo, alejando el sueño. Comenzaba la jornada sin haber ido a la cama, pero no era ninguna novedad. Tenía un termo de té feliz sujeto al cinturón y un paquete de estims en el bolsillo por si las cosas se ponían realmente duras. Sería suficiente.

—Entonces, ¿puedes arreglarlo? —preguntó Oxlen.

—Ah, claro —respondió Kizzy. Miró a Oxlen a los ojos y se llevó la mano al corazón—. Créeme cuando te digo que no hay nada que me apetezca más hacer que arreglar esto.

Rosemary estaba sentada en lo alto de una pila de cajas vacías de verduras, picando hojaldres de pimienta. Sissix estaba con ella, apoyada en uno de los tanques de crianza de bichos de Doctor Chef. La cortina que separaba el almacén de la cocina estaba retirada, pero no de todo. El estasis zumbaba. Los bichos correteaban. Era un buen sitio para cotillear.

—Son tan guapos —dijo Rosemary, observando a los aeluones llenarse alegremente la boca alrededor de la mesa—. Ojalá tuviera escamas.

—Sabrás tú —dijo Sissix—. Agradece que tu piel no se mude de golpe.

—¿Los aeluones mudan?

—No. Cabrones. —Cogió un par de hojaldres del bol del regazo de Rosemary.

—¿Tú cómo los ves? Sé que la belleza es relativa.

—Cierto, pero los aeluones son la excepción universal. Son tan hermosos que roza lo absurdo. —Sissix masticó los hojaldres.

—Los harmagianos puede que no estén de acuerdo.

—Los harmagianos no tienen voz en este tema.

—¿Por qué?

—Porque no tienen huesos y están cubiertos de moco.

Rosemary soltó una risita.

—No es culpa suya.

—Sigue siendo cierto. —Sissix sonrió—. Sin embargo, míralos. —Señaló con la cabeza hacia los aeluones—. Mira cómo se mueven. Incluso los detalles más pequeños. Como ese, mira cómo alza la taza. No se mueven. Danzan. —Cogió otro puñado de hojaldres—. Me hacen sentir… Eh, ¿cómo se llaman esos reptiles enormes y feos que tenéis en la Tierra? Los extintos.

—Esto… —Rosemary se estrujó el cerebro—. No lo sé. ¿Iguanas?

—No sé qué son las iguanas. No me refiero a animales perdidos en el Colapso. Quiero decir reptiles antiguos, de hace millones de años.

—Dinosaurios.

—¡Eso! —Sissix se inclinó hacia delante, levantó los brazos y exageró el ángulo de sus piernas curvadas. Caminó a pisotones por el almacén, desplazando el peso con torpeza.

Rosemary se partió de risa.

—No eres un dinosaurio.

—No lo sabes. No estabas ahí. Quizá algunos construyeron naves y se marcharon.

Rosemary recorrió con la mirada a Sissix. Pulidas escamas verdes. Plumas coloridas. Remolinos artísticos pintados en las garras. El modo en que los pantalones quedaban holgados justo por encima de sus extrañas caderas. Incluso haciendo el tonto entre cajas viejas y bichos comestibles era encantadora.

—Eres demasiado bonita para ser un dinosaurio —concluyó. Sintió que se le sonrojaban las mejillas al decirlo. Esperó que no se le notara.

—Qué alivio —dijo Sissix, irguiéndose—. No tuvieron mucha suerte, si no recuerdo mal. ¿Qué fue? ¿Un estallido de rayos gamma?

—Impacto de asteroide.

—Qué mal. A la galaxia le vendrían bien unos cuantos reptiles más.

—Justo es decir que el que murieran dejó espacio libre para nosotros, extrañas cosas peludas.

Sissix se rio y le dio un apretón amistoso en el hombro.

—Y yo os aprecio, extrañas cosas peludas.

Rosemary sonrió y se levantó.

—¿Quieres un refresco? —preguntó de camino a la nevera.

—Sí, por favor. Cómo pican estos hojaldres. —Sissix observó a los aeluones mientras Rosemary iba a por las bebidas—. He oído que da muchísimo miedo encontrártelos en combate. No hay gritos ni ruido. Tan solo un puñado de gente silenciosa que se acerca para matarte.

—Uf —dijo Rosemary. Le dio la helada botella de gaseosa de melón—. Qué miedo.

—¿Te suena la batalla de Tkrit? —preguntó Sissix. Miró la botella de cuello alargado que tenía en la mano—. Necesito una taza adaptada para aandrisk.

—Ay, claro, disculpa —dijo Rosemary. Cruzó la puerta y abrió el cajón de fuera, buscando algo para que alguien sin labios pudiera beber. En el lado opuesto de la cocina, Corbin se acercó a la

encimera. Le dedicó la mirada más breve posible mientras se servía una taza de té del decantador común. Sissix hizo como si no lo viera, pero Rosemary notó que se le erizaban las plumas levemente—. ¿Qué pasa con la batalla de Tkrit?

—Fue una escaramuza territorial de antes de la CG, cuando todos íbamos pillando planetas habitables lo más rápido posible. Una de las pocas veces que aeluones y aandrisk se enfrentaron. En realidad, solo fue una riña. Nunca estuvimos formalmente en guerra. La historia es que bien entrada la noche, tres grupos de soldados aeluones se infiltraron en la base de Tkrit. Silenciosos como la muerte, como te he dicho, y entraron desde todas las direcciones.

—¿Qué hicieron los aandrisk? —preguntó Rosemary, entregándole a Sissix la taza.

Sissix sonrió.

—Apagaron las luces. Los aeluones no pueden ver en infrarrojos.

Rosemary se imaginó estar dentro de un edificio en medio de una absoluta negrura, repleto de soldados silenciosos derribados por garras invisibles que surgían de la oscuridad. Se estremeció.

—Hablando de aeluones —dijo Sissix—. Me muero por saber dónde está nuestro capitán. —Se giró hacia la vox—. Oye, Lovey.

—Nop —respondió esta.

Sissix y Rosemary intercambiaron una mirada divertida.

—¿Nop? —preguntó Sissix.

—Ya me has oído. Ni de broma.

—¿Por favor? No tienes que decirnos qué hacen, solo dónde…

—¡Ay, no! Parece que tengo un… problema con… los circuitos. No puedo seguir hablando con vosotras. —La vox se apagó.

Rosemary y Sissix estallaron en carcajadas, pero la diversión terminó cuando Corbin se acercó al almacén.

—¿Sabes cuándo volverán Kizzy y Jenks? —dirigió la pregunta directamente a Rosemary—. Llevan fuera cinco horas.

—Lo siento, no lo sé.

—¿Estimación aproximada?

—No tengo ni la menor idea.

Corbin bufó.

—El mezclador que reemplazaron hace diez días se ha vuelto a atascar, y los sensores no responden. Tengo un contenedor que está a punto de echarse a perder.

Rosemary quiso señalar que los aeluones tenían una nave que se estaba quedando sin aire, pero si Sissix se podía morder la lengua, ella también.

—Si los veo antes que tú, les diré que te busquen.

—Te lo agradecería. —Le dirigió un gesto seco con la cabeza y se marchó.

Rosemary se volvió hacia Sissix, que parecía mirar algo dentro de su taza.

—¿Qué pasa?

Sissix inspiró, como si saliera de una meditación profunda.

—Oh, estaba dando vueltas a la idea de decirles a los aeluones que Corbin es un espía rosk.

Rosemary rio entre dientes.

—Estoy segura de que tratan bien a los prisioneros.

—Bueno, ahí está la cosa. Dudo que una nave civil como esa tenga instalaciones para transportar espías capturados. —Le dio un sorbo a la bebida—. Aunque apuesto a que harían un buen uso de la escotilla.

La llave inglesa cayó de la mano de Kizzy y repiqueteó tras el regulador.

—Ups. —Descendió por las cañerías hasta el espacio entre la maquinaria y la pared.

—¿Quieres que entre yo? —preguntó Jenks.

—Nah, tengo sitio de sobra. —Saltó al suelo y empezó a rastrear la herramienta perdida. Tras unos pasos, se paró. Algo no iba bien. Se giró y miró hacia la pared. Había una trampilla, pero no estaba bien fundida con la pared que la rodeaba. La juntura parpadeaba,

como si alguien estuviera activando y desactivando la puerta más rápido de lo que esta podía responder.

—Oye, Oxlen —llamó Kizzy.

—¿Sí?

—¿Hay un panel de servicio aquí atrás?

—Eso creo, ¿por qué?

—Parece que falla. —Kizzy pensó en cómo funcionaban las paredes—. ¿Puede que algo interfiera con la red estructural? ¿Un circuito inestable o algo así? ¿Algo que genera una señal?

—Supongo. No tengo ni idea, la verdad. ¿Crees que la mina dañó la puerta?

Kizzy volvió a mirar hacia el regulador. El núcleo de transmisión estaba muy arriba. Negó con la cabeza.

—Lo dudo. No hay nada más dañado aquí abajo. —Kizzy puso la mano contra el panel. Podía sentir el polímero licuarse bajo los dedos, aunque «licuar» no era la palabra exacta, porque la pared no parecía húmeda. Tan solo… líquida. Kizzy soltó una risita—. Mola. —El panel se derritió hacia un lado. El marco se crispó y se retorció, pero se mantuvo en su lugar. Metió la cabeza en la pared y encendió las dos pequeñas bulboluces sujetas a las lentes.

La pared tenía cables de energía, tuberías de combustible, conductos de desperdicios… Todo lo que se podía esperar encontrar en la pared de una nave. Entró. Había un estrecho pasadizo de mantenimiento, lo bastante ancho para que cupiera un solo técnico. El pasadizo iba hacia arriba y desaparecía en las regiones más oscuras de las entrañas de la nave. Kizzy miró a su alrededor, buscando un circuito chisporroteante o una tubería con fuga.

Vio por el rabillo de ojo un ligero fogonazo de luz amarillenta. Un poco por encima de su cabeza, al alcance de la mano, un objeto extraño se aferraba a un haz de tuberías de combustible. Plano, negro, redondo. Como una medusa metálica con zarcillos enrollados con fuerza. Era de una manufactura claramente distinta de la tec de alrededor, pero Kizzy no conseguía clasificarlo. Hubo otro fogonazo. Una pausa. Y luego otro fogonazo.

—Pero ¿qué demonios…? —murmuró. Alargó la mano hacia el objeto. Pero antes de que sus dedos pudieran tocarlo, se quedó inmóvil. Otro fogonazo por el rabillo del ojo. Inclinó la cabeza y miró el pasadizo. Había otro de aquellos objetos a unos pocos pasos por delante de ella. Y más allá, otro. Y otro.

Apagó las bulboluces. Una hilera de diminutas luces amarillas que parpadeaban al unísono se extendía en una línea uniforme hasta desaparecer en la oscuridad.

Con un pavor creciente, se dio cuenta de qué eran.

Kizzy se echó hacia atrás, contra la pared, como si se hubiera quemado. «Corre», pensó. «Corre». Pero no corrió. Se quedó mirando.

—¿Kizzy? —llamó Jenks—. ¿Todo bien ahí dentro?

Ella tragó con fuerza, tratando de devolver algo de saliva a la boca.

—Minas —susurró.

—¿Qué has dicho?

—Minas —respondió más alto—. La pared. Toda la puta pared. Está llena de minas. —Y, además, de las grandes. Antes había encontrado un trozo de la carcasa de la que había destrozado el regulador atmosférico. Intacta, puede que hubiera sido tan ancha como su meñique. Estas eran del tamaño de una mano abierta. Cosas tan grandes no estaban diseñadas para tumbar un sistema aislado. Cosas tan grandes estaban diseñadas para estallar.

En la habitación, Jenks y Oxlen hacían muchísimo ruido, hablando uno por encima del otro, llamando a sus respectivos capitanes. Pero a Kizzy le parecían estar muy lejos. Tenía el corazón en los oídos. Le empezaron a temblar los músculos. El cuerpo le urgía huir. Pero un pensamiento silencioso se abrió paso entre el pánico, manteniéndola en calma. «¿Cuánto tiempo hasta la detonación?». Pensó en ello. Si estaban listas para estallar en segundos, correr no le serviría de nada. Ni a ella, ni a la nave de carga ni a la *Peregrina*. Pero si quedaba más tiempo, incluso uno o dos minutos, quizá…

¿Podría?

Observó la funesta medusa metálica que tenía más cerca. Explosiva o no, seguía siendo una máquina. Ella entendía a las máquinas. Las máquinas seguían reglas.

—Oxlen —gritó—. ¿Alguno de esos soldados es un tec de armas?

—¿Qué? No, no; solo son guardias, no tenemos a nadie que…

Kizzy dejó de prestar atención a las palabras de Oxlen. Desenganchó un cortalambre del cinturón, volvió a encender las bulboluces y trepó hasta la mina.

—Kizzy —dijo Jenks—. Kizzy, tienes que salir de ahí.

—Cállate —respondió—. Dame un minuto.

—Puede que no tengamos un minuto, Kizzy; sal de ahí.

—Si no tenemos un minuto, no importará una mierda dónde esté.

—Kizzy… —comenzó Oxlen.

Kizzy volteó las lentes escáner en posición.

—Cerrad el pico, los dos. Puedo hacerlo. Tan solo… callad.

En algún lugar muy lejano oyó más gritos y un ruido metálico; seguramente era Jenks trepando por las tuberías para sacarla de allí. Ella lo ignoró y observó por las lentes el corazón de la mina. El interior era material explosivo sólido (kedrium, por la densidad), lo cual eran grandísimas buenas noticias. Para empezar, quería decir que los mecanismos de detonación estaban solo en el exterior de la mina, por lo que no había sorpresas escondidas de las que debiera preocuparse. Y aún mejor: conocía el kedrium. Una vez, cuando era adolescente, la habían castigado las vacaciones de verano enteras porque unos amigos y ella hicieron estallar un esquife chatarra con un bloque de aquel material. Explosivo barato, usado para volar rocas. Se podía conseguir en cualquier mercado. Si la mina usaba kedrium, significaba que debía haber dos detonadores: uno para poner en marcha el mecanismo de calentamiento y otro para detonar el kedrium cuando estuviera lo suficientemente caliente para ser reactivo. Se quitó los guantes y tanteó los bordes de la mina. Todavía fría. Buena señal. Pasó un dedo por las juntas. Ahí. Cambio de postura y se encorvó entre las tuberías de combustible. Desde ese ángulo podía ver los pequeños pomos detonadores que

sobresalían en la parte trasera, rodeados de gotas secas de sellador. No era tecnología militar de alta gama. Era una chapuza.

Sujetó el cortalambre con los dientes y sacó del cinturón un punzón térmico. El sellador siseó y se fundió bajo la punta abrasadora del punzón. Cambió a las lentes de aumento. «Vale. Ese parece el detonador primario, así que si lo aflojo…». La luz amarilla parpadeaba a un ritmo constante, inalterada. «Ahí está el calentador. Y aquí…». Aguantó la respiración y separó el pomo de la carcasa. Un fino cable lo siguió. Dejó que el punzón cayera al suelo y cogió el cortalambre de la boca. Le empezó a temblar la mano. El cortalambre repiqueteó. Cortó el cable.

La luz se apagó.

—Kizzy…

Sacó el fulminante de la carcasa destripada. Cayó en su mano. Pesado. Frío. Inofensivo. Dejó salir entre sus labios el aire contenido. Se le empañó la vista. Se desplomó contra la pared y resbaló hasta el suelo, apretándose la frente con la palma de la mano libre.

—Hostia puta —dijo Jenks, dejándose caer contra el marco de la puerta—. Lo has conseguido.

Kizzy respiró hondo. Los músculos le temblaron con violencia. Estalló en carcajadas.

Uno de los problemas de las fonocajas era que manejarlas requería bastante concentración mental. Si el portador se distraía o sufría algún daño, las palabras computarizadas salían echas un embrollo. Tal era el caso de Pei, a la que Ashby jamás había visto tan enfadada. Echaba humo ante las piezas de la mina desarmada que Kizzy había dejado en la mesa del comedor. Tenía las mejillas moradas de rabia, oscuras como un hematoma.

—No puedo… Cabrones en… Lo que podría habernos… Llevaros a… Vais a lamentar…

—Pei —dijo Ashby. Alzó una mano titubeante, cuidando el tono. Las dos tripulaciones los rodeaban. Él estaba preocupado, ella

estaba furiosa, y su gente estaba atemorizada. Era el tipo de situación que podía hacer que uno de los dos cometiera un error—. Trata de ir más despacio.

Ella se estremeció al inspirar. La intensidad del color de sus mejillas disminuyó, pero siguió ahí.

—Saery. No me creo que fuera una coincidencia.

—¿A qué te refieres? —preguntó una de sus tripulantes. Sula, una mujer bajita.

—Pensadlo. Los aeluones te han hecho morder el polvo, y quieres hacer daño. ¿Por qué tomarte la molestia de derribar un carguero espacial cuando puedes llevarte por delante un centro de aterrizaje? ¿O una estación de reparación?

Las mejillas de Oxlen se oscurecieron. Había muchísimos rostros morados en torno a la mesa.

—Anularon un sistema vital para que tuviéramos que parar a repararlo. Se imaginaron que iríamos a algún puerto, por eso las minas no han detonado todavía. Las programaron para esperar unas semanas, porque es lo que tardaríamos en atracar. No consideraron que pudiésemos conseguir ayuda por el camino.

Sula entrecerró los ojos.

—Y se aseguraron de que no tuviéramos un tec para repararlo. No fue un asalto accidental. Debieron de estar vigilándolo.

Pei dio unos pasos hacia la ventana, los puños crispados a los lados. Ashby se metió las manos en los bolsillos y apretó los pies contra el suelo. La mirada de Sissix se cruzó con la suya. Casi de forma imperceptible, le hizo el gesto aandrisk de solidaridad.

—Nos podemos enfadar más tarde —dijo Pei, volviéndose hacia el grupo. Las mejillas se habían apagado hasta un azul oscuro—. Ahora mismo tenemos un problema mayor. Ashby, no me puedo creer que os haya involucrado en todo esto. Lo siento mucho.

—Yo no —dijo Ashby—. No hubierais descubierto que algo iba mal de no haber sido por Kizzy.

—Veis, por eso los reparabots son estúpidos —dijo Kizzy—. Hay tantas cosas que…

Jenks le puso una mano en el brazo.

—Ahora no, Kiz.

Tak recogió una de las piezas de la mina.

—Debió de ser uno de los trabajadores del puerto. Se escabulló mientras el resto descargaba. Es culpa nuestra. Deberíamos haber vigilado mejor.

—Nadie se lo esperaba —repuso Pei—. Llevo transportando cargamentos desde hace diez estándares, y siempre que alguien ha querido vérselas conmigo, ha venido de frente. Nunca me había enfrentado a algo tan sucio.

El segundo par de párpados de Tak se cerró y volvió a abrirse con rapidez.

—No comprendo por qué han usado tec tan tosca después de tomarse la molestia de infiltrarse en nuestra nave.

—Si estás en un puerto público, es la única manera de poder hacerlo —dijo Jenks—. ¿Cómo iban a pasar por seguridad explosivos completamente armados? Es mucho más fácil cargar las piezas por separado y ensamblarlas luego en un sitio discreto. El kedrium tiene usos legítimos. Sería fácil colarlo. Y el resto del material son simples cachivaches.

—Alegraos de que lo hicieran así —dijo Kizzy—. De otro modo no habría sido capaz de descubrir cómo funcionaban. Tendrían que haber contratado a mejores tecs. —Miró a los soldados aeluones—. O, quiero decir, esto, hum. —Cogió una galletita de una bandeja y se la metió en la boca.

Pei repiqueteó con los dedos en la mesa.

—¿Estáis seguros de que no hay más en ningún otro sitio de la nave?

—Afirmativo —respondió Oxlen—. Hice un escáner completo una vez supe lo que tenía que buscar.

Las mejillas de Pei se inundaron de colores. Ashby conocía aquella imagen: indecisión.

—Kizzy, ojalá no tuviera que pedirte esto, pero…

—Claro, puedo hacerlo —interrumpió Kizzy. Miro a Ashby a los ojos antes que dijera nada—. Puedo. Estudié el temporizador, y están programadas para estallar en tres días. Es mucho más de lo que necesito.

—No dudo que puedas —repuso Ashby—. Pero solo porque pudieras encargarte de una no significa que el resto no vaya a estallar.

—Si no hacemos nada, todas estallarán.

Corbin habló desde la encimera de la cocina.

—¿Sería algo tan malo? —preguntó—. Esta… situación nos pone a todos en peligro. Sin ánimo de ofender, capitana Tem, pero no es nuestro problema. —Sissix abrió la boca, pero Corbin continuó—: Estoy seguro de que os podemos dejar en algún lugar donde podáis encontrar transporte a donde sea que vayáis. ¿Por qué no declarar la nave como perdida y permitir que os llevemos? Quizá incluso tengamos espacio para parte de vuestro cargamento, siempre y cuando prioricéis.

Pei miró a los dos soldados. Sus rostros se inundaron de colores, alterándose tan rápido como un caleidoscopio.

Pasó un minuto.

—Eh, pues… —dijo Kizzy.

Jenks torció el gesto.

—Están hablando, Kizzy.

—Oh. —Se cubrió la boca con las manos—. Claro.

Pei exhaló.

—Lo siento. El problema es que nuestro cargamento es… importante. Los soldados creen que si hay una oportunidad de salvarlo todo, debemos aprovecharla. —Se encontró con la mirada de Ashby—. Y me siento fatal por decir esto, pero estoy de acuerdo. No porque sea mi nave o porque quiera cobrar. Pero lo que transportamos… podría marcar la diferencia. Lo siento. Yo… —Miró a los soldados—. No puedo contaros más que esto.

Ashby miró a Kizzy.

—No voy a obligarte a hacerlo.

Kizzy asintió con la mayor compostura que Ashby le había visto jamás.

—Ya lo he dicho: puedo hacerlo. —Recogió el fulminante—. Estaba aterrorizada cuando desarmé esta. Ahora estoy tranquila al cien por cien. Si pude desarmarla cuando estaba cagada de miedo, ahora puedo hacerlo sin problemas. —Sonrió a Rosemary, que se estaba mordiendo el labio—. Todo controlado.

—Voy contigo —dijo Jenks—. Irá más rápido si somos dos.

—No —dijo Kizzy. Bajó el tono de voz—. Aún podría salir algo mal.

—Más motivos para que te ayude.

—Más motivos para que te quedes. —Jugueteó nerviosamente con el explosivo—. Si algo va mal, la *Peregrina* necesita a un tec.

Jenks la miró con dureza.

—No hables así. —Todos en la mesa pudieron oírlo, pero hubo cierta urgencia en su tono que era solo para los oídos de ella.

—Deberíamos alejar las naves lo máximo posible —intervino Corbin—. Si algo se tuerce, debemos asegurarnos de que nuestra nave está protegida.

Pei asintió.

—Es una precaución sensata. Mi gente se quedará aquí mientras Kizzy se encarga de las minas. Yo iré con ella.

—¿Por qué? —preguntó Ashby. Las palabras salieron de su boca antes de que tuviera tiempo para pensarlas, pero no era el único que lo pensaba. Las mejillas de los otros aeluones destellaron con urgencia.

—Yo iré —dijo Tak—. Estoy aquí para defender el cargamento.

—Es mi nave —dijo Pei.

—Eres una civil.

—Es. Mi. Nave. —Pei se inclinó hacia delante; sus mejillas resplandecían. Dijera lo que dijera, fue suficiente para hacer retroceder a Tak. Se dirigió a Kizzy—. No le pediré a un miembro de otra tripulación que corra un riesgo que yo no estoy dispuesta a correr. —Pei miró a Ashby—. No te preocupes. Si vemos algo que no podamos manejar, saldremos a toda prisa. Cuidaré de ella.

Ashby suspiró y mostró la sonrisa más valiente que pudo.

—Sé que lo harás —dijo. «Pero ¿quién cuidará de ti?».

Kizzy estaba de pie ante el panel de servicio abierto, herramientas en mano, con la mirada perdida. Pequeñas luces amarillas resplandecían en la oscuridad. La esperaban. No se movió.

Pei le puso una mano sobre el hombro.

—¿Reuniendo valor?

Kizzy meneó la cabeza.

—No. Estoy bien.

Pei cerró y abrió los extraños párpados laterales.

—Esto no es esa costumbre humana de fingir que no estáis asustados, ¿no?

—No. De verdad, estoy bien. —Trepó por la pared. Pei fue tras ella y se quedó junto al panel de acceso. Kizzy se abrió camino hasta la mina más cercana. Parecía más pequeña que la primera. Encendió las bulboluces y se puso a trabajar con manos firmes y respirando suavemente—. ¿Es algo humano? ¿No lo hace todo el mundo?

—Oh, no. Es una cosa humana. Mira. —Señaló las manchas coloreadas en las finas escamas de sus mejillas.

Kizzy dejó la mina y levantó la mirada.

—No sé qué significa. —Puso cara de disculpa—. Lo siento, no conozco muy bien a los aeluones.

—¿Están rojas? ¿O casi? ¿Quizá con un toque de amarillo?

—Sí. Están como arremolinadas.

—Sip. Estoy asustada. —Ladeó la cabeza—. Y me resulta curioso que tú no.

Kizzy hizo un mohín y volvió a mirar el explosivo armado.

—No lo sé. Estaba superasustada cuando las encontré por primera vez, pero ahora ya no mucho. Nerviosa, quizá, pero no más, como si trabajara en el exterior del casco o apagara un circuito incendiado. Hay un problema, y es serio, pero estoy bien. No entiendo muy bien por qué, pero así es.

—Has examinado la situación y estás segura de que puedes solucionarla. Tiene sentido.

—Supongo. —Ambas se quedaron en silencio mientras Kizzy trabajaba con la mina, derritiendo el sellador y cortando cables. Cuando el fulminante cayó en la mano de Kizzy, Pei suspiró de forma audible. Era extraño oír un sonido que salía de su boca en vez de desde la fonocaja.

—Estrellas —dijo Pei—. Me siento tan inútil por no poder ayudar, pero al mismo tiempo, no sé si sería capaz de hacer eso.

—¿En serio? —exclamó Kizzy, avanzando por el pasadizo—. Lidias con este tipo de mierdas todo el tiempo. En plan, armas que te apuntan a la cara, tipos malos en tu nave y todo tipo de cosas.

—Armas y… tipos malos, sí. Pero esta —señaló con la cabeza hacia las minas—, no es la mierda con la que tengo que lidiar todo el tiempo. No es algo que pueda arreglar. Y eso es lo que me da miedo. Hay pocas cosas tan perturbadoras como la falta de control en una situación desconocida.

Kizzy alzó las herramientas y volvió el silencio. Se agachó para examinar el sellador. Frunció el ceño y volteó una de las lentes de aumento.

—Ay, mierda.

Casi pudo oír a Pei tensarse.

—¿Algo va mal?

—No te preocupes, nada importante. —Entrecerró los ojos, y luego hizo un gesto de incredulidad—. Memos y sus chapuzas. Han dejado que el sellador se meta por el agujero del cable.

—¿Es malo?

—No, tan solo es estúpido. Voy a tener que derretirlo con un calor superleve, para que el kedrium no se caliente demasiado.

—Eso sí sería malo, ¿verdad?

—Lo sería, seh, pero no pasará. Aunque me llevará mogollón de tiempo. Idiotas. —Suspiró. Encajó una punta más pequeña en el punzón térmico y bajó la temperatura. Durante un rato, no dijeron nada. Empezaba a agarrotársele el cuello de estar encorvada—. Oye,

eh… Escucha, sé que no te conozco de nada, pero ¿puedo hacerte una pregunta?

—Teniendo en cuenta lo que estás haciendo por mi nave, diría que tienes todo el derecho a preguntar lo que quieras.

—Cierto. —Mantuvo la mirada fija en el sellador—. Vale, verás; lo de las armas. Hemos acordado que esto es algo que haces a menudo.

—¿Te refieres a usar armas o que me apunten con ellas?

—Las dos cosas, supongo. Me refiero más bien a estar en situaciones donde la gente está cabreada y encima tienen armas.

—No estoy segura de que me ocurra a menudo. Pero sí más que a la mayoría, quizá.

—Suficiente para que no tengas miedo.

—Yo no he dicho eso.

—Sí lo has dicho.

—Dije que estaba familiarizada con ello. Es muy diferente.

—Pero ¿cómo dejas de estar asustada? O sea, cuando está ocurriendo.

—No te entiendo.

El borde superior del sellador empezó a brillar.

—Bueno, más o menos has dicho que era algo que podías tener bajo control. Quiero decir, si tienes un arma apuntando a alguien que te está apuntando a su vez, tienes que estar lo bastante serena para manejar la situación antes que el otro, ¿no?

—Esto… no funciona así. —Pei hizo una pausa—. ¿Es por elas akaraks?

—Te lo han contado.

—Sí. ¿Todavía te agobia?

Kizzy se lamió los labios. «A la mierda. Puede que estemos muertas en una hora».

—No he sido capaz de dormir mucho desde que pasó, y no encuentro la forma de sacar el tema con la tripulación. Y estoy cansada, vamos, tan cansada que me crujen los huesos, pero me da tanto miedo despertarme ante extraños que me apuntan con armas

que no puedo dormir. Tengo que aturdirme con gotas, o trabajar trabajar y trabajar hasta que caigo rendida. Y sé que es estúpido. Sé que lo que nos pasó es muy inusual, y puede que no nos pase nunca más. Pero me asusta más eso que este muro de la muerte al que estoy mirando ahora mismo. Yo solo… No me aclaro, y estoy un poquito cabreada conmigo por ello. —El olor acre del sellador fundido le cosquilleó la nariz. Hurgó con el dedo en la junta. Viscoso, pero todavía pegado. Torció el gesto—. Estrellas, deshazte de una vez. —Se colocó tras la oreja un mechón de pelo suelto—. Perdona. No debería estar dándote la brasa. Debo sonar muy tonta.

—No suena a tontería. Aunque me pregunto por qué me lo estás contando a mí.

—Porque tú sabes de esto. Pensé que quizá… Solo quiero saber cómo puedo vivir sabiendo que este tipo de mierda está ahí fuera y no tenerle miedo.

Pei no dijo nada durante un instante.

—Kizzy, tengo miedo de todo, todo el tiempo. Tengo miedo de que derriben mi nave cuando tengo que aterrizar en un planeta. Tengo miedo de que se quiebre el chaleco armadura durante un combate. Tengo miedo de que la próxima vez que tenga que sacar el arma, el otro tipo sea más rápido. Tengo miedo de cometer errores que podrían hacer daño a mi tripulación. Tengo miedo de que los biotrajes tengan fugas. Tengo miedo de que las verduras no estén bien lavadas. Tengo miedo de los peces.

—¿De los peces?

—No has visto los peces en mi colonia nativa. Dientes diminutos.

—Pero ¿cómo lo afrontas?

—¿Afrontar el qué?

—Tener miedo a todo eso.

—Quieres decir que cómo es que yo puedo dormir y tú no. ¿Eso es lo que preguntas?

—Seh.

—No lo sé. Quizá es distinto para nosotros. Al fin y al cabo, somos especies diferentes. —Se detuvo—. O quizá porque nunca pensé en

preguntarle a alguien lo que tú me preguntas. Nunca pensé en el miedo como algo que pueda eliminarse. Simplemente está ahí. Me recuerda que quiero seguir viva. Eso no me parece algo malo.

—Un momento, pausa —dijo Kizzy. El sellador derretido empezó a gotear en el suelo. «Al fin». Cogió del cinturón unos alicates finos y sacó el cable por el pringue transparente. Se puso las lentes y examinó el fulminante. Caliente, pero no tanto como para causar problemas. Asintió satisfecha, cortó el cable y se limpió la porquería en los pantalones—. Vale, ya está. —Alzó la mirada hacia el pasadizo, donde pequeñas lucecitas amarillas parpadeaban expectantes—. Esto puede sonar raro, pero es muy agradable saber que te dan miedo los peces. Y el resto de cosas.

A Kizzy no le resultaba demasiado fácil leer el rostro de Pei, pero la mujer parecía divertida.

—Me alegro, aunque no estoy segura de entenderlo. No creo que haya respondido a tu pregunta.

—Lo has hecho. —Chasqueó los nudillos y retiró el fulminante—. Me da mucha rabia que esta sea la primera vez que te vemos. Sobre todo, dadas las circunstancias. —Desvió la mirada hacia Pei—. Sé que es difícil para ti, pero puedes venir y quedarte con nosotros cuando quieras. Pienso en cierto capitán exodano al que le encantaría.

—A mí también me encantaría —dijo Pei. Guardó silencio un instante. Las mejillas se le pusieron naranja—. Quizá en alguna ocasión. —Suspiró e hizo un gesto con la cabeza hacia el pasadizo—. Pero antes, evitemos que mi nave salte por los aires.

Jenks se echó para atrás, dejando que el peso de la caja de tornillos que llevaba en brazos cayera contra su pecho. Salió del montacargas cargando la caja con los brazos doloridos y lo llevó por el pasillo hasta la Pecera. Ashby estaba sentado en un banco del jardín, mirando por la ventana la manchita que era la nave de Pei. Jenks rodeó el banco y se quedó de pie donde Ashby podía verlo.

—Hola —saludó.

Ashby lo miró.

—Hola.

Jenks volcó la caja. Los tornillos repiquetearon por el suelo como una lluvia pesada.

—Hay varios cientos de tornillos. Todos tienen diferentes formas y tamaños, y Kizzy siempre los guarda en una sola caja. Me vuelve loco.

Ashby parpadeó.

—¿Por qué están en el suelo?

—Porque vamos a ordenarlos. Vamos a ordenarlos en estupendas y pulcras pilas. Y luego vamos a coger esas pilas y las vamos a poner en cajas más pequeñas, para que cuando necesite un tornillo no tenga que estar rebuscando.

—Ya veo. —Ashby volvió a parpadear—. ¿Por qué estamos haciendo esto?

—Porque algún imbécil los ha desparramado por todo el suelo y hay que recogerlos. Y si hay que recogerlos, mejor que los ordenemos, ya que estamos. —Jenks se sentó apoyado cómodamente contra un tiesto. Empezó a escoger los tornillos—. Verás, mi mejor amiga en toda la galaxia se encuentra en otra nave, encajada tras una pared, desarmando explosivos caseros. Está oscuro ahí dentro, y seguro que tiene los dedos doloridos tras toquetear todos esos cablecitos, y yo estoy cagado de miedo por la posibilidad de que algo vaya mal, porque de verdad que no sabría qué hacer sin ella. Y no puedo ayudar. No puedo hacer nada. Ni una maldita cosa. Sé que es la mejor para esa tarea y sé que no necesita mi ayuda. Pero, al mismo tiempo, está enfrentándose a una mierda peligrosísima, y está totalmente fuera de mi alcance. Quiero hacer algo, lo que sea, y me está sacando de mis casillas de una manera muy bestia no poder. Ni siquiera puedo fumar porque tenemos aeluones por aquí. Así que estupendo. Voy a ordenar tornillos. —Alzó los ojos hacia Ashby—. Y creo que alguien que se siente de una forma parecida debería ayudarme.

Ashby se rascó la barba.

—¿Por qué?

Jenks apartó con la mano un montón de tornillos, dejando espacio para trabajar.

—Porque esto nos va a llevar horas y es algo que podemos hacer. Y es mejor que mirar por la ventana.

Ashby se sentó en silencio unos instantes. Se inclinó hacia delante y juntó las manos con aire decidido.

—¿Los ordenamos por tamaño o por forma?

—Primero por formas. Luego haremos submontones por tamaño.

—¿Traigo un poco de kick?

—Me parece genial.

Kizzy y Pei volvieron a la *Peregrina* un par de horas más tarde. Había cuarenta y seis minas tras la pared, ahora todas desmontadas. Habían arrojado el kedrium al espacio, para disgusto de Kizzy, y Pei había realizado dos escáneres más a la nave, por seguridad. Kizzy tenía la manos doloridas y la espalda, agarrotada, y la cabeza le martilleaba después de tanto tiempo forzando la vista en la oscuridad. Se alegraba de estar de vuelta en casa.

Todos le saltaron encima cuando entró por la escotilla. Sissix le acarició la cabeza tan fuerte que le deshizo el peinado, a Rosemary se le empañaron los ojos, y Jenks le dio el mejor abrazo de todos los tiempos. Lovey parloteaba sobre lo preocupada que había estado, e incluso Ohan bajaron renqueando sobre sus flojas piernas y se inclinaron respetuosamente ante ella.

Se sentía como una heroína.

Doctor Chef cocinó para todos una cena opípara: bichos de la costa roja y raíces espina fritas y guisantes salados crujientes. Los aeluones se habían mostrado un poco reticentes con los bichos al principio (los costa roja eran una plaga para ellos, al fin y al cabo), pero se animaron, quizá más por ser una novedad que por cualquier otro motivo. Todos charlaban y tragaban, y al cabo de un rato, casi

habían podido olvidar que en un universo paralelo, podrían haber estado muertos.

Llegaron al momento en que tanto Sissix como Oxlen empezaron a mirar al mismo tiempo en sus escribs con la expresión de contrariedad de tenemos-que-ponernos-en-marcha que todos los pilotos dominan. Todos se despidieron. El corazón de Kizzy se rompió en pedazos cuando vio a Pei y Ashby darse un amistoso apretón de manos de despedida. «¡Dejad que se enrollen, maldita sea!». No era justo. Oxlen captó su mirada y le dirigió discretamente una inclinación de cabeza cómplice. Vaya. Quizá no todos los aeluones eran tan mojigatos, al fin y al cabo.

Cuando la nave aeluona zarpó, Kizzy se excusó. Se dio una larga ducha, permitiéndose veintidós minutos en vez de los quince que exigía al resto. Supuso que se había ganado de sobra los siete minutos extra, y los filtros podían soportarlo. Después volvió a su habitación. Doctor Chef le había dejado una taza de té y un par de pastelitos de primavera. Sonrió, se puso ropa cómoda y se metió en la cama con la comida. Escribió una carta a sus dos padres, tan solo para decirles que los quería. Se comió los pastelitos. Se bebió el té. Observó las estrellas pasar. Y sin intentarlo, se durmió.

Mensaje recibido

Encriptación: 0

Traducción: 0

De: Nib (ruta: 6273-384-89)

Para: Rosemary Harper (ruta: 9874-457-28)

Asunto: Re: Petición sobre archivos de referencia toremi

¡Hola, Rosemary! Me alegro de tener noticias tuyas. Todos disfrutamos tu estancia entre nosotros, por imprevista que fuese.

Y, ¡para nada es un problema! Es un placer responder preguntas sobre archivos (¿y reclutar nuevos voluntarios…?). Lo sé, los archivos toremi tienen un serio problema de falta de detalles. No soy parte de ese proyecto, pero tengo algunos amigos que sí, y están desesperadísimos. Todo lo relacionado con los toremi ha recibido una absurda cantidad de tráfico últimamente, pero el problema es que no

hay suficiente información verificable para que podamos aprobar el acceso público de mucho material.

Sin embargo, si prometes ser discreta, me las he apañado para conseguirte algunos chismorreos. Ten en cuenta que nada de esto ha sido verificado bajo nuestros estándares, pero es lo mejor que el equipo toremi ha conseguido hasta ahora. Aquí va lo que sabemos:

1. Los toremis están obsesionados con los patrones. No patrones geométricos. Creen que todo el universo sigue una especie de camino complicado, o una serie de caminos, quizá. Nadie está del todo seguro de cuál de las dos cosas, hasta donde sé. Su intención es tratar de descubrir el patrón y ajustar sus vidas a este. Parece ser que ese es el motivo por el que han estado dando vueltas al núcleo desde quién sabe cuándo. La galaxia da vueltas, por lo que ellos también deberían. Ahí es donde entran en juego los clanes. Todos tienen una idea diferente de cómo funciona el patrón, y se ponen bastante violentos con el tema. Y los clanes pueden cambiar muy rápido cuando llegan nuevas ideas. Parecen ser gente muy impulsiva. Lo único en lo que los clanes están de acuerdo es en dar vueltas alrededor del núcleo. O lo estaban, al menos. Lo que nos lleva a…

2. Puede que ya te hayan contado esto, pero aún estoy muy emocionado: hablando en términos generales, los toremi son una raza duosexual de reproducción sexual. Pero unos pocos de ellos han empezado a volverse partenogenéticos. ¡Ya ves! Pero a pesar de lo fascinante que resulta, ha sido un desastre para los toremi. ¿Recuerdas todo el tema de los patrones? Sí, cada clan tiene una idea diferente de lo que significa este nuevo camino evolutivo. Algunos reverencian a las «Nuevas Madres», y las han elevado a posiciones de poder. Algunos hacen lo contrario, subyugándolas o esclavizándolas. Y algunos las matan. Los Toremi Ka, nuestros nuevos aliados, caen en el primer grupo (afortunadamente).

3. El motivo por el que los toremi han empezado de pronto a pelearse por el territorio es porque la emergencia de las hembras partenogenéticas es el mayor cambio en su patrón en muchísimo tiempo. Lo llaman yegse, un cambio que los gobierna a todos. Cuando ocurre un yegse, los toremi dejan lo que estén haciendo y se toman su tiempo para comprenderlo. Para ellos, eso quiere decir apagar los motores y aterrizar. Esto no ha ocurrido en siglos. Quizá en milenios.

4. Hedra Ka (o Hedra, a esto volveré en un momento), es un jovencísimo planeta en un sistema estelar relativamente nuevo. El motivo por el que los toremi lo quieren con tanto ahínco es porque también se mueve y está cambiando. Creen, por lo que sé, que el universo quiere que vayan allí. No es que pueda ser terraformado o incluso habitado. Es un agujero infernal, por lo que he leído. Y sobre el nombre, «Hedra» es el nombre del planeta. «Ka» tan solo indica el clan al que pertenece.

Eso es todo lo que tenemos por ahora, pero no tengas reparos en preguntar cualquier otra cuestión que tengas. Te mantendré informada si doy con cualquier otra cosa. Sé que el equipo toremi seguirá estrujando a los delegados de la CG para sacarles más información. Cabrones tacaños.

Vuela a salvo,

Nib

Día 397, CG Estándar 306

ECLOSIÓN, PLUMA, HOGAR

Rosemary entró en la sala de control y miró por la ventana. Nada más que espacio vacío y un planeta anillado, Theth, colgando perezosamente en medio. Cerca flotaban unas cuantas lunas desparramadas, justo tras la corona de anillos arenosos. La *Peregrina* se dirigía a la quinta luna por la izquierda, Hashkath. Rosemary levantó la mano y cubrió con el pulgar el planeta nativo aandrisk. Era difícil creer que aquella canica reluciente verde fuera más grande que Marte. Pero el espacio se las arregla para poner el tamaño en una perspectiva incómoda. Miró a la piloto.

—¿Algo va mal?

Las manos de Sissix se movieron con rapidez sobre el panel de navegación.

—No, ¿por qué?

—Porque vuelas en modo manual. Cuando haces eso tan lejos de la órbita, normalmente quiere decir que algo va mal.

Rocas. Nubes de gas. Basura. Otras naves. Más rocas. Nunca se acababan las rocas en el espacio.

—Estoy volando a casa —respondió Sissix—. Es algo que tengo que hacer por mí misma.

Rosemary se sentó a su lado.

—¿Por qué?

—Cuando los aandrisk salimos al espacio por primera vez, usamos esas horribles cápsulas de velas solares. Realmente inestables, con espacio para una sola persona. No aptas para claustrofóbicos.

—Las nuestras eran iguales. No las velas, pero aun así. Pequeñas.

Se estremeció.

—Sin embargo, vosotros tuvisteis suerte. No hay nada flotando alrededor de vuestro planeta a excepción de lo que habéis puesto vosotros. Vuestras lanzaderas pueden dar vueltas y vueltas indefinidamente. Navegación tranquila. Pero nuestra luna tiene lunas propias, y orbita un planeta anillado. Hay que maniobrar hilando muy fino, sobre todo cuando hablamos de una lata de metal con velas endebles. Y esto fue antes de que descubriésemos la artigravitación, por lo que estás ahí flotando con la esperanza de volver a tocar suelo alguna vez. Ser capaz de decir que has salido ahí fuera y que has conseguido volver sana y salva a casa… Eso te convertía en una heroína. Implicaba que eras fuerte y hábil, que habías trabajado duro para asegurarte de que tu familia no te perdía.

—Ah —dijo Rosemary—. Así que es cuestión de orgullo.

—Supongo —respondió Sissix. Hizo una pausa—. Sí. En el buen sentido.

La vox se encendió.

—Sissix —dijo Kizzy. Sonaba cohibida—. Sabes que te quiero, ¿no?

Sissix suspiró.

—¿Qué has hecho?

—¿Cuánto me odiarías si Jenks y yo no vamos a cenar con tu familia esta noche?

—Profunda e infinitamente —dijo Sissix, con un tono que sugería lo contrario—. ¿Por qué?

—Bueno… Vaya, ahora me siento mal…

Se oyó un crujido en la vox. Sonó la voz de Jenks.

—Sissix, acabamos de enterarnos de que Estrategia Bañera están de tour y tocan en un enorme estadio en Reskit esta noche.

—¿El Aksisk? —Sissix parecía impresionada—. Tíos, os odiaría si no fuerais.

—¿Estás segura? —preguntó Kizzy—. Porque tampoco es para tanto, de verdad…

—Kizzy —dijo Sissix—. Id.

—Eres la mejor. —La vox se apagó.

—Puedes ir con ellos si quieres —dijo Sissix—. El Aksisk es un estadio impresionante.

—El Ruidoestelar no me va demasiado —contestó Rosemary—. Además, la cena con tu familia suena bien. Tengo ganas de ver de dónde vienes.

—Bueno, es mucho menos emocionante que el Aksisk, pero por lo menos será amistosa. —Las manos volaron sobre los mandos. La nave viró a la izquierda—. Nunca has estado en un hogar aandrisk antes, ¿no es así?

—No. —Se aclaró la garganta—. Y, ah, si no te importa, me vendría bien un curso de repaso.

Sissix rio.

—Los humanos sois adorables. —Miró a Rosemary a los ojos y sonrió—. No te preocupes, a todos os lleva una eternidad entenderlo. Bien, veamos. —Quitó una mano de los controles y fue contando con las garras—. Familia de eclosión, familia de plumas, familia de hogar. Cuéntame lo que sabes.

Rosemary se echó para atrás.

—Naces en una familia de eclosión.

—Correcto.

—Entonces creces y te vas a una familia de plumas.

—Para ahí. No es que te marches tan pronto como te salen las plumas. Te vas cuando has encontrado una buena familia de plumas, o cuando encuentras a otros adultos con los que vale la pena formar una familia de plumas.

—Una familia de plumas son amigos y amantes, ¿no?

—Correcto. Gente con la que puedes contar a nivel emocional.

—Pero las familias de plumas cambian a menudo, ¿cierto?

—No necesariamente a menudo. A menudo según tus normas, supongo. La gente cambia de familia de plumas cuando lo necesita, y las personas necesitan cosas diferentes en distintas etapas de sus vidas. Es casi inaudito que un aandrisk se quede con las mismas

personas toda la vida. Con dos o tres, a veces, pero no con todo un grupo. Los grupos cambian con regularidad.

—Entonces, ¿las familias de plumas acostumbran a ser gente de la misma edad?

—Uy, para nada. Los aandrisk jóvenes tienden a quedarse juntos al principio, pero una vez que ganan confianza y experiencia, se separan. No nos preocupamos tanto por las diferencias de edad como otras especies. Si tienes plumas, está bien. Y puede ser una gran experiencia para los jóvenes juntarse con un grupo de más edad. Yo era de lejos la más joven en mi segunda familia de plumas, y… —Sissix rio, la mirada perdida en el infinito—. Seh, aprendí un montón de cosas.

—¿Hiciste…? —Rosemary sintió que se sonrojaba—. ¿En una familia de plumas, todos…? Eh, ya sabes…

—¿Copulan? Hasta cierto punto, pero es diferente de lo que piensas. Por lo menos una vez, casi seguro. Pero no todos en una familia de plumas tienen sentimientos románticos hacia todos los demás. Es toda una red de sentimientos distintos. Por lo que, sí, hay muchísima copulación… Sobre todo durante las vacaciones, unas vacaciones sin *tet* es algo insólito. —Rosemary se había aprendido la palabra. Su traducción literal era «retozar», pero su uso coloquial implicaba algo mucho más subido de tono—. Pero muchos miembros tienen una relación platónica con otros. Se tocan mucho más que los humanos, pero sigue sin ser copular. O, bueno, de nuevo, a veces puede que sí. Tendemos a pensar sobre la copulación del mismo modo que, mmm, cómo explicarlo… Vale, como cuando piensas en buena comida. Es algo que siempre buscas, y es algo que todos necesitan y disfrutan. En el punto más bajo de la escala, es reconfortante. En el más alto, es trascendente. Y es como comer, puedes hacerlo en público, con amigos, o con extraños. Pero aún así, es mejor cuando lo compartes con alguien que te importa a un nivel romántico.

—Entiendo —dijo Rosemary. Asintió—. Bien, ahora la familia de hogar. La familia de hogar cría a los pequeños. Pero no a los propios,

¿correcto?

—Correcto. Podemos procrear en cuanto tenemos la cabeza llena de plumas, pero no empezamos a pensar en la crianza hasta que nos hacemos mayores. Es entonces cuando formamos familias de hogar. Lo normal es que estén compuestas por los miembros más mayores de una familia de plumas, que deciden establecerse juntos. A veces incluso contactan con favoritos de familias de plumas anteriores, para ver si se quieren unir. Y no me malinterpretes, las familias de hogar también cambian de miembros de vez en cuando. Puede que sean viejos, pero siguen siendo aandrisk. —Soltó una carcajada.

—Entonces, los aandrisk jóvenes entregan los huevos a una familia de hogar.

—Correcto.

—¿Buscan una familia de hogar donde tengan algún pariente?

—Está bien si es posible, pero lo habitual es que escojas la que te sea más conveniente. Cuando una mujer, a la que llamamos *kaas*, tiene una nidada fértil, se va al registro local y busca una buena familia de hogar con espacio para más.

—¿Y si no puede encontrar a alguien que los recoja?

—Entonces entierra la nidada. Recuerda, la mayor parte de esta morirá de todas formas. La mayoría ni siquiera eclosionará. No es porque no están sanos. Es como es. Estrellas, ni siquiera puedo imaginar cuántos de nosotros habría si todos los huevos eclosionaran. Demasiados. —Se estremeció.

Rosemary reflexionó sobre aquello.

—Espero no sonar ignorante, pero ¿por qué las familias de plumas no crían sus propias nidadas? ¿No hay gente suficiente ahí para ayudar?

—Claro, pero no es un tema de recursos o ayuda. Es un tema de dónde estás en tu vida. Al comienzo de tu vida adulta se espera que queramos viajar o estudiar, y se supone que cambiaremos a menudo de familias según envejecemos. Los ancianos no cambian tanto. Son más estables. Y más importante, tienen experiencia en la vida. Son

sabios. Tienen conocimientos. —Sonrió—. Nunca entenderé cómo el resto de vosotros espera que los que acaban de llegar a la madurez sean capaces de enseñar a los niños a ser personas.

—Eso es… Vale, tienes razón. —Rosemary cerró los ojos, tratando de ordenar sus ideas—. Entonces, la familia de hogar se convierte en la familia de eclosión para esos huevos.

—Correcto. Y una familia de hogar suele servir para dos generaciones de recién nacidos. Es habitual que los adultos de la primera generación lleven sus propios huevos a la familia que los crio. Es lo que hice yo.

Rosemary se levantó.

—Un momento. ¿Tienes crías? —Sissix nunca lo había mencionado, ni una sola vez.

La aandrisk rio.

—Tuve una nidada fértil.

—¿Cuándo?

—Hará unos tres estándares. Me dijeron que dos crías sobrevivieron. Pero eso no me convierte en madre. —Guiñó el ojo—. Todavía no soy mayor para eso.

Rosemary miró por la ventana. Se reprendió por ser tan especiecentrista, pero algo en lo que acababa de saber le hizo ver a Sissix de una forma distinta. Se sorprendió al darse cuenta de la profundidad de su concepto humano de la maternidad, la idea de que procrear te cambiaba a un nivel fundamental. Pero, claro, ella era de una especie mamífera. Si alguna vez decidía tener descendencia, ello implicaría pasar gran parte de un año viendo su cuerpo estirarse y contorsionarse, y luego otro año, o más, permitiendo que una cosa frágil e indefensa, que no comprendía sus propias extremidades, se alimentara de su cuerpo. Las crías aandrisk se desarrollaban en el interior de un objeto aparte y emergían listas para caminar. Pero aunque comprendía las diferencias biológicas, todavía le costaba hacerse a la idea de que tener hijos fuera algo tan despreocupado, nada más complejo que meter huevos en una cesta, entregarlos y seguir con tus cosas. ¿Usaban cestas? No lo sabía,

pero no lograba deshacerse de la imagen de una cesta de mimbre blanca repleta de huevos moteados, con el mango decorado con lazos color pastel.

—¿Hablas con ellas, o…?

Sissix le dedicó una sonrisa algo exasperada.

—No. Recuerda que todavía no son personas, no según nuestros estándares. Y no son mi familia. Sé que te suena frío, pero créeme: los ancianos que las crían, las quieren. Sin embargo, todo sea dicho, los ancianos no se encariñan con las crías; no hasta que ven en quién se convierten. Es donde reside la verdadera alegría para una familia de hogar. Ver a las crías de las que cuidaron volver como adultos con todas las plumas, con historias, ideas y personalidad.

—Como tú estás haciendo ahora.

—Correcto.

—¿Has conocido a tus… padres biológicos?

—Una vez vi a mi madre de huevo. Su nombre es Saskist. Una mujer graciosísima, y me alegro de tener sus plumas. Nunca conocí a mi padre de huevo, pero sé que vive con su familia de plumas en Ikekt. O por lo menos así era la última vez que miré. De esto ya hace algún tiempo, puede que a estas alturas se haya mudado.

Rosemary pensó en lo que Lovey decía si se le encargaba una tarea de más: «Disculpa, pero tendrá que esperar un momento. Si pongo algo más en mis bancos de datos, mis canales procesadores se atascarán. Y lo odio».

—¿Cómo seguís la pista a todos los cambios de las familias?

—Hay una base de datos central mantenida por el gobierno. Todas las familias de plumas están registradas en ella, y los archiveros registran cada cambio. Puedes buscar el nombre de cualquiera y ver quiénes son sus padres de huevo, quiénes los criaron, en qué familias han estado, con quién han tenido nidadas y dónde han ido las crías.

—Debe ser una base de datos complicadísima. ¿Por qué tantas molestias?

—Por el mismo motivo que nuestros nombres completos incluyen todos los detalles de nuestras familias. —Le dirigió una mirada cargada de significado a Rosemary—. Porque la endogamia es asquerosa.

La rampa de la lanzadera se desplegó, y el sol radiante lo inundó todo. Rosemary se echó el bolso por encima del hombro mientras bajaba tras Sissix y Ashby. Le temblaban las piernas, en protesta por el cambio de la artigrav a la gravedad real. Hashkath tenía una pizca más de rebote de lo que estaba acostumbrada. Miró hacia arriba. Theth asomaba por encima, sus anillos y nubes arremolinadas parecían imágenes fantasmales contra el neblinoso azul. La vista no tenía obstáculos; ni soportes de escudos ni tráfico de lanzaderas se cruzaban por medio. Un cielo abierto.

Habían aterrizado en Sethi, una pequeña comunidad en la región desértica occidental de Hashkath. Bueno, Sissix lo había llamado desierto. No era como ninguno que Rosemary hubiera visto antes. Marte era desértico, estéril y reseco. Los jardines y las plazas verdes eran construcciones cubiertas por cúpulas de hábitat, alimentadas con agua reciclada. Pero allí, la tierra estaba viva, repleta de hierba descuidada y árboles retorcidos que se extendían desde el terreno llano donde habían aterrizado hasta las montañas angulares que cubrían el horizonte. Y también había flores; flores por todas partes. No como las exuberantes y frondosas altergenes de los invernaderos de su antiguo hogar o las elegantes vides que trepaban por el jardín de Doctor Chef. Estas eran flores salvajes que brotaban triunfantes de la tierra gris, creciendo enmarañadas y a ras en grupos naranjas, amarillos y morados. Los árboles se enroscaban por encima, cubiertos de espinas y racimos de bayas. Más arriba crecían más espesos en una larga línea, una franja verde que insinuaba la presencia de una corriente de agua oculta.

Tras la franja estaba la comunidad, un desordenado grupo de viviendas con forma de cápsula pegadas al suelo. Había suficiente

espacio entre ellas para que las familias pudieran esparcirse y plantar cosas, pero lo bastante cerca unas de otras para que los vecinos estuvieran a mano. Sethi era un lugar tranquilo. Apartado. Modestamente próspero. Simple. No había centros de juegos ni tiendas prefabricadas. No había ni siquiera un muelle de lanzaderas, tan solo una amplia y desatendida área apta para el aterrizaje de pequeñas naves espaciales y drones de abastecimiento. Al echar un vistazo alrededor, Rosemary comprendió por qué un adulto joven querría abandonar dicho lugar y por qué un anciano querría volver.

Se tocó la nariz desnuda, disfrutando de la novedad de poder respirar sin una máscara o una atmósfera artificial. La última vez que pudo prescindir de ambas cosas fue en Puerto Coriol, hacía una eternidad. El aire del puerto había estado saturado de los olores de las algas y los negocios. El aire de Hashkath era limpio, seco, rico en oxígeno, mezclado con el aroma de las flores del desierto calentadas por el sol. Era un buen aire.

Sissix estuvo de acuerdo, por supuesto. Abrió los brazos y echó la cabeza hacia atrás tan pronto como las garras de sus pies tocaron el suelo.

—Hogar —dijo, y sonó como si acabara de salir a la superficie tras un largo buceo.

—Hala —exclamó Ashby—. Había olvidado que sería primavera aquí.

Sissix inspiró y expiró con energía, como si purgara el aire reciclado de la *Peregrina* de los pulmones. Se miró el cuerpo.

—Oh, ni de coña. —Se desató el cordel de los pantalones, se los quitó, y los tiró de vuelta a la lanzadera. Hizo lo propio con el chaleco. Desnuda, empezó a caminar rumbo a su hogar de la infancia, con las escamas centelleando al sol.

Mientras andaban, Ashby metió la mano en su bolsa y sacó la hud de traducción. Se ajustó la fina banda de metal alrededor de la cabeza. La pantalla ocular se activó con un parpadeo.

—Creía que hablabas reskitkish —dijo Rosemary.

—Entiendo el reskitkish —dijo Ashby—. Pero estoy lejos de hablarlo con fluidez. Y ya que no lo practico a menudo, me ayuda tener una tabla de referencia.

—Tu acento es mejor que el de la mayoría de humanos que conozco —dijo Sissix—. Sé que te resulta muy molesto hablar al inspirar.

—No es que sea molesto hablar al inspirar. Es alternarlo con expirar en la misma frase. —Cerró de un tirón la bolsa—. En serio, ¿cómo se puede hablar así?

Rosemary sacó su propia hud de la mochila.

—Es bastante duro —dijo. Su conocimiento de reskitkish era casi inexistente, pero las pocas frases que había intentado decir la habían dejado mareada—. No sé cómo podéis hablar sin hiperventilar.

Sissix se golpeó el pecho con el puño.

—Nuestros pulmones son mejores —dijo.

—Ya, bueno, nosotros tenemos sangre caliente —repuso Ashby—. Creo que nos tocó la mejor parte.

Sissix soltó una breve carcajada.

—No lo sabes tú bien. Me quedaría vuestros débiles pulmones y vuestras narices inútiles a cambio de la modorra mañanera.

Ashby miró a Rosemary.

—No sé si se trata de un cumplido o no. —Volvió a dirigirse a Sissix—: Oye, ¿Ethra está aquí todavía?

—Por lo que sé, sí.

—No hagas bromas cuando esté cerca —le dijo Ashby a Rosemary—. Barrió el suelo conmigo la última vez que estuve aquí. Y tiene un arsenal de chistes sobre humanos capaz de causar daños permanentes.

Sissix soltó una risita.

—No es más amable con su propia especie. Cómo era aquella… Ah, cómo era, algo terrible sobre colas…

Ashby rio.

—Un humano, un quelin y un harmagiano entran en un *tet*…

—No, para —dijo Sissix, señalando hacia delante con la barbilla. Habían llegado a la orilla cubierta de matorrales del arroyo desértico. Dos pequeños aandrisk jugaban en el agua y se gritaban el uno al otro. Un mensaje apareció en la hud de Rosemary: «Imposible procesar conversación. Por favor, acérquese al/los interlocutor/es». No tenía ninguna referencia para saber la edad de los chiquillos, pero dado su tamaño reducido y su jugueteo, Rosemary pensó en ellos como niños humanos en los primeros años de educación primaria. Bueno, quizá. Uno de ellos parecía más joven que el otro. Le fue difícil discernir cualquier otro detalle. El sexo aandrisk era fácil de determinar en adultos debido a la diferencia de tamaño, pero a esa edad eran andróginos, especialmente porque los machos carecían de genitales externos. Categorización aparte, había algo frágil en aquellos dos, las escamas parecían de papel. Con razón no había visto niños aandrisk fuera del planeta antes. Ni siquiera los conocía y ya se sentía protectora. Se imaginó que los padres deberían sentirse así, pero de forma diez veces más intensa. «Padres de eclosión», se recordó. «Padres de eclosión».

Ashby bajó la voz.

—¿Desde cuándo los aandrisk no mencionan los *tets* delante de los pequeños?

—Lo hacemos —respondió Sissix—. Pero es probable que seáis los primeros humanos que ven, y no quiero que crezcan pensando que sois una especie estúpida.

Se dirigió hacia los niños y los llamó con un susurro. Estos levantaron sus cabezas desplumadas. El más pequeño gritó algo. La traducción apareció en el hud de Rosemary: «¡Alienígenas! ¡Los alienígenas han llegado!». Salieron disparados arroyo arriba, agitando las garras de emoción.

Sissix se agachó y les acarició a ambos el rostro. Rosemary la había visto hacer lo mismo con Ashby, pero con él, el gesto era más afectivo, más natural. Había algo formal en su comportamiento ahora. Amable y genuino, sí, pero desde luego distante.

El niño mayor habló.

—*Eres Sissix.*

—*Correcto.*

—*Eres mi madre de huevo.*

Ella sonrió. No parecía sorprendida.

—*Tú debes ser Teshris.* —Dirigió la mirada al otro—. *Y tú debes de ser Eskat, ¿no?*

—*No* —respondió con una risita.

—*No, ya veo. Eres demasiado joven*. —Les dio una palmadita en la cabeza calva—. *No es que sea algo malo, claro.*

—Teshris es una niña —le susurró Ashby a Rosemary—. Su compi es un niño.

—Gracias —contestó ella, preguntándose cómo podía notar la diferencia—. ¿Eskat es pariente?

—Hermano de huevo, sí. Aunque no conocía los nombres hasta hoy.

Sissix le dijo algo a Teshris en lenguaje de signos. Ashby volvió a susurrar:

—Es un gesto específico de los padres de huevo. Le dice que se alegra de que Teshris esté sana y… Bueno, de que exista, básicamente. —La chica aandrisk respondió, los gestos eran torpes y nuevos—. Le agradece a Sissix que le haya dado la vida. —Los dos aandrisk se sonrieron y se acariciaron de nuevo. Y eso fue todo. Sin abrazos, sin miradas fijas, sin Sissix necesitando un momento para procesar que acababa de hablar con su hija. En aquel instante, Rosemary comprendió. Teshris no era la hija de Sissix; no en el sentido humano. Compartían genes y respeto, nada más.

Sissix miró al compañero de Teshris.

—*¿Cómo te llamas?*

—*Vush*.

—*¿De quiénes son los huevos de los que eclosionaste?*

—*Teker y Hasra.*

Sissix rio gorjeando.

—*No conozco a Hasra, pero Teker fue mi hermana de eclosión.*

«Hermana de eclosión, no hermana de huevo». Rosemary pensó que necesitaba empezar a dibujar un esquema.

Sissix sonrió a los niños.

—*Cuando estábamos creciendo…* —La hud añadió la traducción literal «convertirnos en personas» entre paréntesis—. *Ella siempre decía que no quería tener una nidada y que sería lo bastante dura para no copular cuando fuera fértil. Eso cambió rapidísimo cuando empezaron a salirle las plumas. Durante su primer celo, la encontré sola en pleno celo contra una roca. Pensé que se iba a ahogar, estaba tan…* —La hud se saltó la última palabra y ofreció una explicación: «[no hay análogo disponible; una combinación entre excitación, frenesí, e inexperiencia, normalmente atribuida a la adolescencia]». Sissix volvió a reírse, y los niños con ella. Rosemary levantó las cejas. ¿Qué edad tenían? Miró a Ashby. Este también parecía algo incómodo. Por lo menos no era la única.

Vush habló cuando dejó de reírse.

—*Quiero tocar a los humanos, pero Ithren dijo que no les gusta.*

—*Tiene razón, no a todos los humanos les gusta. Pero seguro que a estos dos les parecerá bien. Tan solo tenéis que pedir permiso antes.* — Señaló hacia sus dos compañeros—. *Ella es Rosemary, y él es Ashby. Son muy buena gente.*

Los niños los observaron, inmóviles. Rosemary se recordó con cuatro años, al ver a un harmagiano por primera vez, siendo incapaz de dejar de mirar los zarcillos donde debería haber estado la barbilla. Era extraño verse al otro lado de la ecuación.

Ashby se acuclilló y sonrió. Los niños parecieron algo envarados, pero se acercaron. Rosemary tardó un instante en comprender que los músculos tensos no eran consecuencia del miedo, sino de reprimir el instinto de tocar. Ashby empezó a hablar en reskitkish. Las consonantes eran vacilantes, y las expiraciones algo más exageradas que las de Sissix, pero lo hacía lo bastante bien para que la hud lo entendiera.

—*Me llamo Ashby. Encantado de conoceros. Podéis tocarme.*

Los niños se abalanzaron hacia él. Lo acariciaron con el hocico como saludo, por educación, y luego se pusieron a tocarlo en serio.

—*¡Es tan blandito!* —exclamó Vush, apretando las manos contra el cabello recogido de Ashby—. *¡No tiene plumas!*

—*¿Mudas la piel?* — preguntó Teshris, examinando el antebrazo de Ashby.

—*No*. *Pero nosotros…* —Se atascó, y cambió a klip al dirigirse a Sissix—: ¿Puedes explicarles qué es la piel seca?

—*Su piel se cae en trocitos muy, muy pequeños, no toda a la vez* — explicó Sissix a los niños—. *Ni siquiera lo notan.*

—*Qué suerte* — contestó Teshris—. *Odio mudar.*

Vush, algo menos contenido que su hermana de eclosión ahora que tenía permiso, caminó hacia Rosemary, y la acarició con el hocico como saludo.

—*¿Puedo tocarte a ti también?*

Rosemary sonrió y asintió, antes de darse cuenta de que el chico no entendería qué significaba aquel gesto.

—Dile que sí —le pidió a Sissix. Esta transmitió el mensaje.

Vush torció el gesto.

—*¿Por qué no me lo dice ella?*

—*No habla reskitkish* —dijo Sissix—. *Pero en esa hud que lleva puesta lee cada palabra que decís.*

El chico aandrisk observó a Rosemary, perplejo. La idea de que alguien no pudiera hablar reskitkish le parecía inconcebible.

—Mira, Rosemary —dijo Sissix en klip—. Haz esto. —Formó una pequeña curva con los dedos—. Eso es que estás de acuerdo.

Rosemary miró a Vush y repitió el gesto. Vush le devolvió otro gesto y le agarró los pechos.

—*¿Qué son?*

Rosemary dio un respingo. Ashby estalló en carcajadas. Sissix se adelantó y retiró las manos de Vush.

—*Vush, a las mujeres humanas no les gusta que gente que no conocen les toque ahí.*

—Oh, estrellas —dijo Ashby en klip, agarrándose los riñones.

Vush parecía confuso.

—*¿Por qué no?*

—*¿Se encuentra bien?* —preguntó Teshris, señalando a Ashby. Se había apartado un par de pasos.

—*Sí* —respondió Sissix—. *Tan solo se ríe.*

Vush abrió mucho los ojos, preocupado.

—*¿He hecho algo malo?*

—Ay, no, dile que no pasa nada —intervino Rosemary—. No tiene importancia. —Ella misma se reía ahora.

Sissix acarició la cabeza del chico.

—*No has hecho nada malo, Vush. Los humanos tienen más reglas sobre tocarse los cuerpos que nosotros. Creo que será mejor que evitéis cualquier parte de su torso que esté cubierta*. —Tiró con delicadeza de la camiseta de Rosemary para ponerle un ejemplo.

Vush miró al suelo.

—*Lo siento.*

Rosemary tendió la mano y le tocó el antebrazo, como había visto hacer a Sissix para mostrar empatía. Le cogió la mano y la puso en su cabeza, invitándolo a explorar. Vush se animó, y Sissix le dedicó a Rosemary una mirada de afecto y aprobación.

—*Sus plumas son diferentes a* [desconocido] —dijo Vush mientras pasaba las garras por el cabello de Rosemary. La hud no reconoció la última palabra, pero Rosemary sí: «Ashby». El intento de Vush de pronunciar la «sh» en el nombre se alargó bastante más de lo debido, y trastabilló con la «b».

—*No son plumas, idiota* —dijo Teshris—. *Es pelo*. —Pasó la mirada de Rosemary a Ashby. — *Tienes un marrón diferente al de ella.*

—*Así es* — contestó Ashby.

—*Los aandrisk también son así* —le informó, como si él también se encontrara con una nueva especie por primera vez—. *Tenemos muchísimos colores diferentes. Yo soy azul verdoso, Vush es verde azulado, Sissix es verde verde. Conozco todos los colores de las escamas. Skeyis dice que soy la mejor en ello.* — Le plegó la oreja

hasta el lóbulo, una y otra vez. Ashby aguantó con paciencia—. *¿Vienes de una luna?*

—*No, yo…* —De nuevo tuvo dificultades, y miró Sissix pidiendo ayuda.

—*Es un espacial* — dijo ella—. *Muchos humanos nacen* [traducción literal: eclosionan cuerpos] *en naves nodriza.*

—*¿Y ella?* — preguntó Teshris.

—*Creció en un planeta llamado Marte* — Sissix empezaba a sonar aburrida. Rosemary encontraba a sus nuevos acompañantes adorables (aunque no se habría quejado si Vush tirara de su pelo con una pizca menos de entusiasmo), pero Sissix no dejaba de mirar hacia las casitas. Parecía impaciente por ver a su familia, y aquellos niños no lo eran. Ni siquiera la que tenía sus mismos pómulos.

Un grito se alzó cuando avanzaron por el camino hacia las casas. «¡Sissix!», llamó una voz anciana. Algunas más se unieron: «¡Sissix! ¡Sissix!». De golpe, una riada de aandrisk brotó de las entradas abiertas. Había una docena, quizá más. Rosemary no tuvo tiempo de contar antes de que se echaran encima de Sissix, que había salido corriendo para encontrarse con ellos. Cayeron en un enredo de colas y cabezas emplumadas, abrazaban, apretaban y se arrimaban. Toda su atención estaba centrada en la hija ausente. Frotaron los hocicos contra sus mejillas, tiraron de sus plumas, se apretaron a ella todo lo que pudieron. Rosemary se quedó de piedra. Aunque no había nada abiertamente sexual en el modo en que se tocaban, le era complicado ver de otro modo a una masa de gente desnuda revolcándose. Parecían más juegos preliminares de grupo que un reencuentro familiar.

Sissix, por otro lado, estaba más feliz de lo que Rosemary la había visto jamás. Se deshacía en los abrazos de su familia. Cerró los ojos y echó la cabeza atrás cuando uno de los aandrisk le tocó las plumas. Rosemary había visto esa mirada antes; no en Sissix, sino en la anciana que se encontraron en Puerto Coriol. Era una mirada

de profunda gratitud, del tipo que llega tras una larguísima espera, de ser capaz de exhalar tras aguantar la respiración hasta que ardían los pulmones.

Rosemary pensó en Sissix en la *Peregrina*, cómo siempre parecía tan afectuosa, cómo de adorable y dulce era. Pero ahora lo veía desde el otro lado. Lo que para ella era afecto, para Sissix era reprimirse. La pila risueña que se abrazaba en el suelo era el punto de referencia. Rosemary se imaginó a sí misma y a sus compañeros de tripulación desde aquel punto de vista. Un puñado de autómatas tiesos y mojigatos. ¿Cómo podía aguantarlo a diario? Pensó de nuevo en los momentos en que Sissix los había tocado, el cariño genuino en su rostro cuando acariciaba con el hocico la mejilla de Ashby, o cuando acariciaba a Kizzy y a Jenks a la vez. Pensó en todo el esfuerzo que le llevaría no revolcarse con ellos del mismo modo en que lo hacía con su familia de eclosión, reprimir su necesidad de una forma de conexión más tangible.

—Ashby, Rosemary —llamó Sissix desde el montón—. Venid a saludar. —Liberó una mano y señaló con una garra hacia las cabezas ancianas (las plumas de Sissix eran de lejos las más brillantes del grupo)—. Issash, Ethra, Rixsik, Ithren, Kirix, Shaas, Trikesh, Raasek, y… y unos cuantos que no conozco. —Rio, cambio a reskitkish y se dirigió a la mujer anciana que la abrazaba con más fuerza—: *Has añadido algunas caras nuevas desde que estuve por última vez.*

—*El invierno pasado robamos a un par de la familia Sariset durante una fiesta* —dijo la anciana (Issash, pensó Rosemary, aunque sabía que nunca sería capaz de recordarlos a todos). Se inclinó hacia Sissix con complicidad—. *Es porque todos saben que soy la vieja más atractiva de la región*. —Los otros aandrisk rieron. Uno de ellos le tiró de las plumas. Ella sonrió con arrogancia burlona.

Sissix soltó una risita y acarició con el hocico la mejilla de Issash.

—*Te he echado tanto de menos* —dijo.

Uno de los ancianos varones se liberó de la pila. Tenía la mirada afilada, pero las plumas caídas por la edad y las escamas de un tono

apagado. Rosemary tuvo la impresión de que era muy viejo.

—*Os pediría que os unierais a nosotros* — dijo con una sonrisa—, *pero sé que no es vuestra costumbre.* — Tendió la mano y estrechó la de Ashby—. *Ashby, ¿cómo estás? Me alegro de verte de nuevo.*

Ashby se aclaró la garganta y respondió lo mejor que pudo.

—*Me alegro de verte, Ishren. Gracias por la… por ser… bienvenida.*

Ishren sonrió aún más y le tocó el antebrazo a Ashby.

—*Tu reskitkish es muy bueno*.

—*No demasiado*. *Hablo menos de… lo que sé. De lo que sé escuchar.* —Pasó al klip—. No, un momento…

Ishren rio.

—*Entiendes más de lo que puedes decir. ¿Ves? Te comprendo sin problema.* — Le dio una palmadita en el brazo y luego se giró hacia Rosemary—: *¿Hablas reskitkish?* — preguntó al estrecharle la mano. Ella negó con la cabeza con expresión de disculpa. Ishren señaló la hud—. *Pero ¿me entiendes?* — Ella empezó a asentir, pero entonces recordó el gesto curvo que Sissix le había enseñado junto al arroyo, el signo para decir «sí». Ishren pareció complacido—. *Vaya, aprendes rápido. Yo soy como Ashby. Entiendo klip, pero no me desenvuelvo demasiado bien hablándolo. Así que mientras lleves puesta la hud, podemos hablar cada uno como nos sea más cómodo y entendernos sin problema.* — Pasó una mano por los hombros de Rosemary y la otra por los de Ashby—. *Me encanta ver humanos aquí. Cuando era un poco más joven que Sissix, viajé a bordo de un carguero aeluón. Es decir, comandado por aeluones. Era una tripulación multiespecie, como la vuestra. Incluso teníamos a una mujer laru, lo creáis o no. Una especie inteligentísima, los laru; nunca vi a nadie jugar a tikkit como ella. Pero… ay, ¿qué decía?*

—*No lo sé* — respondió Ashby, probando de nuevo con el reskitkish—. *¿Algo de los humanos?*

—*Ah, sí, sí. Nunca olvidaré el día en que nos enteramos de que los humanos habían sido aceptados como especie miembro de la CG. Estábamos en el Mercado Muriat… ¿Has estado allí alguna vez?*

—Alguna, sí — contestó Ashby.

—¿Todavía está el bar llamado [Hanto: La Despensa Llena]*?*

—No lo sé.

—Ay, espero que siga allí. Los mejores picazúcares de toda la CG, sin duda. No he vuelto a encontrar a otro camarero capaz de darles ese sabor. Pero, bueno. Sí, humanos uniéndose a la CG. Estaba en un depósito de algas… No, no; era una tienda tec, sí, una tienda tec. Había un humano que trabajaba allí. Se dedicaba a limpiar piezas usadas para revenderlas. Un trabajo mecánico, y también duro. No era un buen empleo para especies con manos blandas. Podías adivinar por su ropa que no le pagaban demasiado. Su jefe estaba fuera, por lo que me estaba ayudando a encontrar… bueno, lo que fuera que necesitara. Había un canal de noticias en un pequeño proyector en la mesa de trabajo, y de pronto, ahí estaba. Los humanos en la CG. El hombre se quedó en silencio. Hizo algo que no había visto nunca antes: se puso a llorar. Yo no sabía que los humanos hacían eso de llorar, por lo que me asusté un poco. ¿Sabes lo perturbador que es ver que los ojos de alguien comiencen a gotear? ¡Ja! Y pobre hombre, me trata de explicar el llanto mientras está pasando por todas aquellas emociones. Nunca olvidaré lo que me dijo. Fue: «Esto quiere decir que importamos. Que valemos algo». Y contesté: «Por supuesto que valéis. Todo el mundo vale algo». Y contestó: «Pero ahora sé que la galaxia también lo cree». — Ishren les estrechó los hombros y miró entre ellos—. *Y ahora, tenéis vuestras propias naves, y salís al vacío como hacemos los aandrisk. ¡Y al Núcleo! Debo admitir que estoy celoso de vuestro viaje. Qué gran suerte.* — Sonrió—. *Espero no sonar condescendiente, pero recordar a aquel hombre estando vosotros aquí me hace pensar en lo lejos que ha llegado vuestra especie. Eso me hace muy feliz. ¡Oh! ¡Ahora me acuerdo! ¿Tenéis hambre? Sé que los humanos comen más que nosotros, así que Rixsik se pasó toda la noche preparando suficiente comida de sobra para la* [sustantivo, sin análogo disponible; una mesa donde la comida comunal se ofrece durante el día].

—*Es amable. Muy amable* — dijo Ashby—. *Deseo… espero que no ser… complicado.*

—*Para nada* — contestó Ishren—. *Todos estamos impacientes por ver todo lo que podéis comer.* — Sonrió y señaló hacia un lado—. *Creo que ellos también.*

Tras una pila de cajas vacías, se había congregado un grupo de crías que observaban a los adultos con una intensa curiosidad. Se quedaban a cierta distancia, como si estuvieran esperando a que los invitaran. Rosemary comprendió que quizá era precisamente eso. Quizá sabían que no debían entrometerse cuando los adultos socializaban. Tendría sentido en una especie donde las crías no necesitaban ayuda para aprender las habilidades básicas de supervivencia. En un encuentro humano, los adultos interrumpirían la conversación sin pensárselo dos veces en el mismo instante en que un crío necesitara algo, aunque fuera simple atención. Pero allí, las crías parecían saber que las actividades de los adultos tenían preferencia, y que si querían formar parte tenían que descubrir las reglas. Así que en vez de tirar de las mangas y llamar la atención, observaban desde el margen las idas y venidas de los adultos, tratando de comprenderlo todo. Aprendían a ser personas.

Rosemary vio a Teshris entre ellos, con sus diminutos brazos rodeando a una cría de tamaño y rasgos similares. Eskat, seguramente, el otro… (Rosemary se detuvo antes de pensar en la palabra «hijo». ¿Retoño? ¿Progenie?) de Sissix. Todas las palabras connotaban demasiado la pertenencia de aquellas crías a Sissix, lo cual desde luego que no era el caso, o por lo menos no en un sentido humano. Quizá era suficiente decir que Teshris y Eskat compartían madre de huevo, y que daba la casualidad de que esta era Sissix.

Desvió la atención hacia la pila de abrazos, que empezaba a desintegrarse. Tres de los ancianos (aquellos de los que Sissix no conocía los nombres) volvían a la casa. Unos cuantos se quedaron con Sissix, todavía tocándola, pero ya con menos energía. Sin embargo, Issash siguió abrazándola con tanta fuerza como al

principio. Dos de sus progenitores de eclosión, aparentemente abrumados por el afecto, habían dejado el grupo y estaban en un banco cercano. No había duda de que habían pasado realmente a unos juegos preliminares, y en un breve e inesperado instante, toda la curiosidad de Rosemary sobre lo que los machos aandrisk tenían entre las piernas quedó resuelta.

—*Venid* — pidió Ishren, guiando a Rosemary y Ashby hacia la vivienda—. *Vamos a atenderos un poco. Y ya sabéis, no tenéis que llevar ropa aquí, a menos que queráis. Sé que es vuestra costumbre, pero queremos que estéis cómodos.*

—Gracias —dijo Rosemary en klip. Hizo todo lo posible por apartar la vista de los ancianos aandrisk en el banco, que ahora copulaban con entusiasmo—. Creo que me la dejaré puesta por ahora.

Según fue avanzando el día, Rosemary sintió lástima por los tecs, apiñados en un concierto con comida grasienta y kick carísimo. Ella había pasado la tarde estirada en el suelo sobre almohadones, bebiendo vino de hierba y comiendo extrañas y deliciosas viandas de la mesa comunal (los ancianos tenían pocas referencias sobre las cantidades que comían los humanos, y habían puesto suficiente comida para diez de ellos). Escuchó mientras la familia de Sissix ponía al día a su hija de eclosión sobre los dramas de amigos y parientes. Todo sobre la reunión era fascinante, desde la comida extraña hasta el nivel obsesivo de detalles en el cotilleo local y hasta la interminable atención física dedicada a Sissix. En cierto modo, Rosemary se sintió como las crías que observaban por las ventanas y entraban sigilosamente a llenarse cuencos de comida. Ella, también, se daba por satisfecha con mirar y aprender.

Pero al anochecer, Rosemary ya había empezado a cansarse. Había comido hasta la saciedad debido a la insistencia de Ishren, y el efecto del vino había pasado de «relajación placentera» a «leve dolor de cabeza». Tenía las piernas agarrotadas de estar sentada en

el suelo y sentía el cerebro fundido tras varias horas de escuchar conversaciones en un idioma desconocido. Poco después de la puesta de sol, se disculpó y salió a tomar aire.

Theth dominaba el cielo del desierto, colgando lo bastante cerca para crear la ilusión de que podía alargar el brazo y acariciar los anillos con las puntas de los dedos. Sin la contaminación lumínica de una ciudad, los colores resplandecientes brillaban sin obstáculos: el brillo de las lunas próximas, el gas púrpura de la nebulosa galáctica y, en el medio, nada más que estrellas, estrellas, estrellas. Ella vivía ahí arriba, en aquella vasta extensión de color. Cada día veía planetas y cometas y viveros estelares muy de cerca, para ella era tan común como el clima. Pero había algo en estar en un planeta que hacía que la vista pareciera diferente. Quizá las estrellas estaban hechas para ser vistas desde el suelo.

Miró hacia dentro, a Sissix, rodeada por una multitud de cabezas emplumadas. Volvió a observar el cielo, culpable por encontrar atractiva la idea de que todos menos Sissix desaparecieran un rato. Se la imaginó saliendo, entregándole otra copa de vino y pasándole el brazo por los hombros mientras le enseñaba los nombres de las constelaciones. Era un pensamiento tonto y egoísta, lo sabía, pero se dio el gusto de todas formas.

Un rato más tarde, Ashby salió por la puerta con una manta calefactora.

—Pensé que igual tendrías frío.

—Un poco, gracias. —Cogió la manta y se la pasó por los hombros. Una suave calidez se extendió sobre su ropa como los rayos del sol—. Vaya. Mmm.

—Mola mucho, ¿a que sí?

—¿Por qué no tengo una de estas?

Ashby rio.

—Compré una hace unos años, justo tras poner la misma cara que pones tú ahora. Seguro que podemos conseguir otra antes de marcharnos.

—Sí, por favor.

—Los ancianos no se podían creer que necesitaras una manta.

—¿Por qué…? Ah. Porque soy de sangre caliente. Claro. —Se echó a reír.

—¿Todo bien?

—Oh, sí, desde luego. Solo necesitaba un poco de aire fresco.

—Sí, lo sé, estas cosas pueden ser cargantes después de un rato. Pero ¿te lo has pasado bien?

—Me lo he pasado de maravilla. Me alegro mucho de haber venido.

—Genial. Díselo a Sissix, ella también se alegrará.

Rosemary sonrió, pero pensó de nuevo en las varias horas que pasó observando como una familia cariñosa acariciaba y mimaba a Sissix. Qué fría y rígida era la vida en la *Peregrina* en comparación. Se merecía algo mejor.

Ashby inclinó la cabeza hacia ella.

—¿Qué ocurre?

—No sé si puedo expresarlo en palabras. Es que… —Pensó—. ¿Cómo lo hace?

—¿El qué?

—Arreglárselas sin una familia de plumas.

—Sissix tiene una familia de plumas.

Rosemary parpadeó. ¿Una relación a distancia con una familia de plumas? Dada la cercanía que acababa de presenciar, no podía imaginarse cómo podría funcionar algo así.

—Nunca la ha mencionado.

Ashby sonrió.

—Cuando tengas un minuto en privado, descárgate su archivo ID. Como asistente de la nave, deberías tener acceso.

Más tarde, aquella noche, arropada en la habitación de invitados, Rosemary lo hizo.

ID #: 7789-0045-268

Nombre designado CG: Sissix Seshkethet

Contacto de emergencia: Ashby Santoso

Familiar más cercano: Issash Seshketheth (Designado CG)

Nombre local (si procede):

oshet-Seshkethet esk-Saskist as-Eshresh Sissix isket-Veshkriset

Rosemary se mordió el labio mientras estudiaba las palabras en el escrib. *Seshkethet* era obvio. *Saskist* era la madre de Sissix, y *Eshresh* parecía un nombre, lo que significaba que probablemente era su padre. Sin embargo, *Veshkriest* le era desconocido.

Abrió la base de datos oficial de las familias aandrisk. En algún lugar ahí fuera, había un equipo de archivistas cuya única misión era seguir el teatro familiar aandrisk y rastrear todos los cambios. Se sintió exhausta solo con pensar en ello.

Las letras en la pantalla pasaron a toda velocidad mientras el escrib traducía el texto a klip. «Escoja el nombre de una familia», decía. «Veshkriset», pidió, con la esperanza de que la base de datos entendiera su pobre acento. Una lista apareció en la pantalla. Rosemary arrugó el entrecejo. La familia de plumas Veshkriset solo tenía un miembro. Sissix.

Se recostó en el nido de mantas. ¿Sissix era una familia de plumas por sí sola? No tenía sentido. Ella era la definición andante de ser gregario, y los aandrisk no miraban con buenos ojos a los solitarios. Declararte como único miembro de una familia de plumas sería un acto de desafío, una señal de que no querías tener nada que ver con otros aandrisk. Rosemary recordó cómo Sissix había reaccionado ante la anciana en Puerto Coriol, cómo lo había dejado todo para darle a una desconocida unos instantes de compañía. «Estar sola y sin el tacto de alguien… No me imagino un castigo peor». No, no encajaba para nada.

Miró por la ventana. Se le ocurrió una idea. La base de datos estaba hecha por aandrisk, y por lo que había dicho Sissix, su finalidad más práctica era prevenir la endogamia. Si aquel era el caso, ¿aparecerían otras especies en la lista?

—Escrib, traduce —dijo.

—Especifique ruta de idioma —pidió el escrib.

—Reskitkish a klip.

—Reskitkish a kliptorigan confirmado. Por favor, diga la palabra o frase que quiere traducir. Si no puede pronunciarla…

—Veshkriset.

Una breve pausa.

—No se ha encontrado ninguna coincidencia exacta. ¿Desea un análisis lingüístico para determinar posibles coincidencias?

—Sí.

—El sufijo *–et* implica un nombre propio. El uso de este sufijo es común para denotar un grupo familiar aandrisk. ¿Desea buscar en la base de datos de familias aandrisk…?

—No —cortó Rosemary. Volvió a pensar—. Elimina el sufijo de la palabra y busca de nuevo.

Otra pausa.

—*Veshkrisk*. Sustantivo. Persona de viaje. Vagabunda. Errante.

«Peregrina».

Sissix apoyó la barbilla en el puño, observando por la ventana de su habitación cómo Hashkath empequeñecía más y más. En algún lugar ahí abajo, su familia de eclosión reía, copulaba, peleaba, cocinaba, limpiaba y alimentaba a las crías. Todavía le brillaba la piel por el exfoliante de escamas casero de Kirix. Las tartas de picafruta del tamaño de la palma de la mano que Issash le había dado todavía estaban algo calientes en el centro. No quería marcharse. Amaba la *Peregrina*, y amaba a las personas a bordo (a casi todas), pero siempre se le olvidaba lo duro que era estar lejos de otros aandrisk hasta que pasaba un tiempo en casa. Era más que echar de menos el olor del desierto de hierba o ser capaz charlar en reskitkish. Era que la gente de allí comprendía. Por muy cariñosos que fueran sus compañeros de tripulación, estar siempre explicando diferencias culturales, morderse la lengua con una observación amistosa que podría ofender oídos alienígenas, aguantarse quietas las manos cuando quería tocar a alguien… se volvía agotador. Y aunque visitar

su hogar era un bienvenido bálsamo para su nostalgia, lo que siempre, siempre olvidaba era que durante un tiempo, tras volver a partir de Hashkath, estar lejos era incluso más duro. La primera vez que se marchó de casa fue como si se hubiera apuñalado con un cuchillo; no en un punto vital, tan solo el muslo, o quizá el antebrazo. Cuanto más tiempo estaba fuera, más sanaba la herida, hasta que se olvidaba que estaba ahí. Volver siempre arrancaba la costra.

Aun así, quizá era mejor de aquella forma. Si dejaba de preocuparse por su familia de eclosión, estar lejos no dolería, pero cortar aquellos lazos era inimaginable. Además, si no se hubiera marchado, jamás habría conocido a todos los amigos que había hecho por todas partes. Quizá el dolor de la nostalgia era un precio justo a pagar por tener a tanta gente fantástica en su vida.

Alguien llamó a la puerta.

—Adelante —dijo.

Ahí, otra cosa en la lista de las molestias alienígenas: dar por supuestas las puertas cerradas. Había sido genial no tener ese sentimiento durante un día.

Rosemary entró con una botella de vino y dos copas. Algo en su aroma era diferente. Se había duchado hacía poco, pero había algo más, algo sutil que Sissix no acababa de situar. Lo había notado antes, aunque con menos intensidad. Le recordaba, sin saber por qué, a estar en un bar. Quizá solo era el vino. Desentrañar olores en el interior de las paredes selladas de la nave siempre era más complicado tras haberse aclimatado al aire de un planeta. Era la diferencia entre localizar objetos esparcidos por una mesa y rebuscarlos en una caja repleta.

—Espero no molestar —dijo Rosemary.

«Privacidad». Eso también se iba a la lista.

—No, no, me encantaría tener compañía. Y un trago, ya que creo que es lo que me ofreces. —Se miró a sí misma, luego a los pantalones arrugados en el suelo. «Vergüenza. Recato». Al carajo. Rosemary la había visto a ella y a toda su familia desnudos. Incluso

se había tomado bien que una cría le agarrara los pechos. Dudaba que a esas alturas le incomodara tener una vista clara de unos genitales.

Rosemary sirvió vino. Se sentaron en el suelo y charlaron sobre banalidades. No fue hasta que iban por la segunda copa que Rosemary dijo:

—¿Puedo hacerte una pregunta personal?

Sissix rio.

—Nunca entenderé por qué hacéis esa pregunta.

Rosemary pasó el dedo por el borde de la taza, algo avergonzada. Sissix pensó que quizá debería haber evitado el comentario sobre la pregunta personal, pero, desde luego… Los humanos malgastaban muchísimo tiempo siendo redundantes.

La humana se aclaró la garganta.

—He descubierto que somos… La tripulación, es… es tu familia de plumas.

¿No se lo había dicho a Rosemary? Quizá no. No era un tema que saliera a menudo.

—¿Te lo ha contado Ashby?

—No, lo dio a entender. Descubrí los detalles yo misma. —Dio un sorbo al vino—. Sé que hay un montón de reglas complicadas en una familia de plumas y sé que no las conozco, pero me preguntaba cómo… Cómo categorizas a los miembros de la tripulación que no has escogido tú misma. Es decir, las personas que están aquí porque es su trabajo.

—¿Te refieres a Corbin? Sí, es complicado. Pero en las familias de plumas, tener que cargar con un miembro que no te cae bien pasa a menudo. Te limitas a reconocer que alguien en tu familia lo necesita y te apartas de su camino. Es como Ashby y Corbin. Ashby lo necesita. No me importa que lo necesite en un sentido laboral más que como familia. Ashby es mi familia, sin ápice de duda. Por lo tanto, Corbin cae dentro de mi familia de plumas. —Sonrió sobre el borde de la taza—. Aunque no pondría objeciones si encontrara una nueva familia por ahí.

Rosemary asintió.

—Tiene sentido. Sin embargo, no preguntaba por Corbin.

—¿Oh?

Rosemary estaba en silencio. Sissix había observado rostros humanos durante suficiente tiempo para saber que su compañera estaba buscando o las palabras adecuadas o el valor para decirlas. Agradeció en silencio todo el tiempo que ahorraba el lenguaje de manos. Al fin, Rosemary habló.

—Preguntaba por mí.

La irritación que Sissix había estado acumulando hacia la especie entera de Rosemary menguó. Sonrió y le cogió la mano.

—Si fuera mi decisión, te volvería a elegir. Deberías saber a estas alturas que me gusta tenerte en mi familia.

Rosemary le apretó los dedos. Sonrió, pero también había algo más… ¿Miedo, quizá? ¿De qué podía tener miedo? Rosemary retiró la mano y rellenó las copas, acabando de vaciar la botella en la de Sissix.

—Tras verte con tu familia, con tu familia de eclosión, quiero decir… Bueno, me pregunté si quizá no era suficiente para ti aquí. Debemos hacerte la vida terriblemente difícil.

—Estar lejos de otros aandrisk puede ser duro. Y mentiría si te dijera que no me he sentido como si me hubieran dado una patada en el vientre. Pero estoy aquí por elección propia. Me encanta esta nave. Me encanta nuestra tripulación. Tengo una buena vida. No la cambiaría.

Rosemary levantó la mirada y la observó a través de las oscuras pestañas. Había algo diferente en ella; algo fuerte, decidido.

—Pero nadie te toca.

Sissix casi se atraganta con el vino al darse cuenta de lo que estaba ocurriendo. Todo este tiempo con humanos, y todavía había cosas en las que no pensaba hasta después de que pasaran. Se fijó de golpe en todos los detalles. La mirada en los ojos de Rosemary. El vino. Las pausas tímidas que se convertían en franquezas en voz baja. La ropa… Ay, estrellas, Rosemary se había cambiado la ropa

tras llegar a la nave. Los humanos daban significados al modo de vestir, pero era un tema complicado, y Sissix nunca lo había acabado de pillar. Rosemary vestía un par de pantalones suaves y vaporosos y un top amarillo claro sujeto con tirantes entrecruzados; casual, pensó Sissix, pero festivo, el tipo de prenda que los amigos de Kizzy vestirían en una fiesta o en una cálida noche veraniega. La parte superior de la camiseta caía por debajo de la línea del cuello que Rosemary solía llevar, mostrando las curvas superiores de los pechos. Y su cabello. Se había… hecho algo. No podía discernir qué era en concreto, pero desde luego había invertido esfuerzo. Y tras haber tenido tiempo para analizar con la nariz los matices sutiles, ahora sabía que el cambio en su aroma no tenía nada que ver con el vino, el jabón o la ropa limpia. No era nada que proviniera de fuentes externas. Eran las hormonas.

Sissix había visto vídeos de humanos. Había observado a Kizzy acicalarse antes de ir a los bares del muelle. Había visto a Ashby mirarse en superficies reflectantes antes de encontrarse con Pei, peinándose el cabello con aire ausente o perfilándose la barba. Rose-
mary había acudido a su habitación con ropa bonita, con vino y palabras amables, y con algo que se había hecho en el pelo. Era un elaborado modo humano de pedir algo que un aandrisk podía pedir con nada más que un pequeño movimiento de los dedos.

Rosemary siguió hablando:

—Sissix, no tengo plumas que pueda darte. Ojalá pudiera. Me has hecho sentir bienvenida cuando llegué por primera vez a la nave. Y desde entonces, la amabilidad que me has mostrado, no solo a mí, sino a todos, ha significado más de lo que puedo expresar. Te las apañas para hacer que todos en la nave estén cómodos, para mostrarnos afecto del modo en que lo esperamos. No fingiré conocer a los aandrisk tan bien como tú conoces a los humanos, pero hay cosas que comprendo. Entiendo que somos tu familia, y que para ti, no ser capaz de tocarnos hace que te falte un elemento vital. Creo que el sentimiento te hiere, y me da la sensación de que lo has

enterrado bien profundo. Vi la mirada en tu rostro cuando tu familia te abrazó. Puede que ames la *Peregrina*, pero tu vida aquí está incompleta. —Apretó los labios. Los humedeció—. No sé cómo me ves, pero… pero quiero que sepas que si quisieras algo más… me gustaría dártelo.

Sissix ahuecó la mano, la giró, y extendió las garras, aunque sabía que Rosemary no entendería el gesto. *Tresha*. Era el sentimiento agradecido, humilde y vulnerable que surgía después de que alguien viera la verdad en ti, algo que había descubierto solo con observar, algo que no admitías demasiado a menudo ante ti mismo. Si Rosemary hubiera sido aandrisk, Sissix habría tirado las copas y habría empezado a copular con ella en aquel mismo instante y lugar, pero optó por la prudencia. Al parecer, la parte que entendía a los humanos seguía al timón.

—Rosemary —dijo, cogiéndole la mano. Estaba tan caliente. Otras especies siempre lo estaban, lo podía sentir solo con estar junto a ellas, pero ahora lo tenía incluso más presente. A veces se había preguntado cómo sería tener aquella calidez presionada contra… No, no estaba pensando en aquello. Todavía no. Tenía que ser inteligente. Debía tener cuidado. A pesar de todo, los humanos reaccionaban de distinta forma ante la cópula que ella. ¿Acaso sus cerebros no se sobrecargaban con químicos, mucho más que los de la gente normal? Los aandrisk también se vinculaban a través de la cópula, pero los humanos… Los humanos se podían volver locos con ello. ¿Cómo si no se podría explicar una especie sapiente que había sobrepoblado su planeta hasta el punto de llevarlo al colapso medioambiental?

—Te… Te lo agradezco —respondió Sissix al fin. Que forma tan horrible y vacía de describir cómo se sentía. *Tresha*. Esa era la explicación correcta, pero no había una palabra análoga en klip. Idioma inútil. Rosemary bajó el rostro levemente, como si hubiera esperado que Sissix tirara las copas. Maldita sea, ¿por qué aquello no lo cubrían los cursos de sensibilidad interespecies?— ¿Me estas…? —«Piensa, Sissix, piensa»—. ¿Me estás diciendo esto

porque te sientes mal por mí, o es por… algo que quieres? —«Ugh». El klip era siempre o demasiado práctico o demasiado emocional. No había término medio. Idioma inútil.

Rosemary dio un sorbo al vino y contempló la copa.

—Bueno, me siento atraída por ti. Eres una persona maravillosa y una gran amiga. No estoy segura de cuándo comencé a sentir más que eso por ti. Lo cual no es un problema, por cierto, si tu respuesta es no. Me gusta ser tu amiga, y estaré feliz si eso es todo lo que somos. —Dio otro trago—. Pero, para serte sincera, es posible que no te hubiera dicho nada de no haber visto a tu familia de eclosión. Dejando aparte mis sentimientos, necesitas algo como aquello, y no solo cuando te encuentras a otros aandrisk. —Volvió a levantar los ojos, oscuros y sinceros—. Si no es de mí, entonces de alguien. Te lo mereces.

«Tan solo di que sí», suplicó una vocecita dentro de Sissix. «Di que sí, Sissix, tiene razón…».

—Rosemary… Quiero decirte que sí. Quiero. —Recordó a la nueva asistente tímida que subió a bordo hacía menos de un estándar. ¿Quién era esta mujer con la mirada seria, esta mujer que con tanta valentía hablaba con tanta sinceridad? ¿Qué había descubierto ahí fuera en el vacío? Sissix tomó aire—. Pero no quiero herirte. Para nosotros copular es diferente, creo. Me halaga que quieras darme algo que necesito, pero no sé si yo puedo darte lo que tú necesitas.

Rosemary sonrió con suficiencia, del mismo modo que Jenks le sonreía a Kizzy cuando decía algo absurdo.

—Sissix, no te estoy pidiendo que te cases conmigo. No estoy enamorada de ti. Me gustas. Me gusta quién eres y cómo eres, y me gusta el modo en que tus plumas caen por la curva de tu cabeza. Entiendo que no te limitas a una persona. Entiendo que nuestras nociones de familia son distintas, y que es muy probable que no coincidan nunca. Pero me gustaría ser parte de tu noción por un tiempo, a pesar de todo.

Curiosidad. Ese era un concepto que Sissix comprendía.

—Creo que a mí también me gustaría —respondió. La voz cautelosa en su interior moría, pero no desaparecería sin dar batalla—. Pero hay cosas que debes entender.

—De acuerdo —dijo Rosemary. Había un brillo en sus ojos, cierta esperanza. Sissix se descubrió derritiéndose. Esto podía llegar a ser algo encantador.

—Ser miembro de una familia, como estoy segura de que habrás visto, no es solo un asunto de sexo. Nos acurrucamos, nos tocamos y nos abrazamos los unos a los otros todo el tiempo. Si copular es demasiado, si fuera a… —¿Cuál era el modo correcto de decir «sobrecargar tu alocado cerebro mamífero»?— A hacerte sentir incómoda, o hacerte querer más de lo que puedo darte, me conformaría con tener un trato cercano. Como viste con mi familia. Incluso eso sería suficiente. —Sería una gran mejora del actual *statu quo*, desde luego.

Rosemary asintió.

—Recordaré esa opción. Pero no creo que haya ningún problema.

—Y no tenemos que actuar de ese modo ante los demás, si eso te va a hacer sentir incómoda. Ni siquiera tenemos que contárselo. —A Sissix no le preocupaba que los demás se enteraran, pero si Rosemary iba a ser tan amable de hacer concesiones culturales, ella podía devolverle el favor.

Rosemary reflexionó y asintió.

—Creo que eso sería lo mejor, por lo menos al principio —dijo.

Sissix hizo una pausa. Sabía que lo siguiente no era una idea que demasiados humanos se tomaran con calma.

—Si estuviéramos en un planeta, y me encontrara con otros aandrisk…

—No me importaría que fueras a un *tet* —interrumpió Rosemary—. Basta con que no esperes que yo también acuda.

—No sería porque fueran más importantes que tú —se apresuró a decir Sissix— O porque me gusta estar con aandrisk más que…

—Sissix —interrumpió de nuevo Rosemary. Le apretó las manos e hizo algo que nadie había hecho nunca antes. Se llevó los dedos de

Sissix a la boca y presionó los labios contra los nudillos, solo una vez, sosteniéndolos allí un instante. A Sissix le habían dado besos antes Kizzy, Jenks y Ashby… Rápidos y secos roces contra la mejilla. Esto era diferente. Era más lento, más suave. Era un sentimiento extraño, dulce. Le gustaba. Rosemary retiró los labios y sonrió—. Lo entiendo.

Estrellas, entendía realmente.

—Hay otra cosa —repuso Sissix. Se dio cuenta de que había bajado la voz. Algo diferente pilotaba su cerebro ahora, la parte de ella que no era extraña a los *tets* y a copular, la parte que estaba gritando con alegría que al final, ya era hora, alguien en su familia comprendía. Se encontró con la mirada de Rosemary y soltó una risita tímida—. Nunca he copulado antes con un humano.

Rosemary sonrió.

—Está bien —contestó. Se inclinó y pasó con suavidad un dedo por una de las plumas de Sissix—. No me hubiera gustado nada que tuvieras una ventaja injusta.

Día 45, CG Estándar 307

25 DE OCTUBRE

—¿Y bien? —preguntó Ashby—. ¿Puedes arreglarlo?

Jenks inspeccionó el interior expuesto del escrib de Ashby con la atención de un cirujano.

—Puedo hacerle un apaño —respondió—. Pero no será una reparación definitiva. Necesita una matriz de píxeles nueva. Podría ensamblarla sin problemas, pero no tengo ninguna a mano.

—Pero ¿puedes hacer que deje de saltar entre canales?

—Claro. La imagen puede que se degrade al cabo de unas semanas, pero no… Espera. Uh, oh. —Jenks guardó silencio un instante—. ¿Oyes eso?

Ashby escuchó. Por el pasillo les llegó un griterío procedente de la plataforma de las algas. Suspiró.

—Otra vez no.

Jenks puso los ojos en blanco.

—Te lo juro, se ahorrarían tanto tiempo si uno arrojase al espacio al otro…

Siguieron las voces, lo cual no era demasiado difícil. Según se acercaban les fueron llegando fragmentos de la discusión.

—… absolutamente incompetente… —Aquel era Corbin.

—… no fueras un incordio tan… —Sissix.

—… no hay consideración por mi trabajo aquí…

—… si te comunicaras como un puto adulto funcional, quizá entonces…

—Yo me comunico, el problema es que tus espesas orejas de lagarto no…

«¡Maldita sea, Corbin!». Ashby aceleró el paso.

—*¡Hisk! Ahsshek tes hska essh…*

—Oh, sí; sisea todo lo que quieras, eso no cambiará el hecho de que yo…

—Ya basta —interrumpió Ashby al entrar en la sala. Jenks se quedó en el umbral, a una distancia de cortesía suficiente, pero lo bastante cerca para no perderse nada.

—Ashby —dijo Sissix, con las plumas erizadas—. Dile a este capullo pretencioso y especista que…

—He dicho que ya basta. —Ashby observó a ambos—. Bien, quiero saber de qué va todo esto. —Corbin y Sissix comenzaron a gritar al unísono. Ashby levantó las manos—. Uno después del otro.

—Tu piloto —comenzó Corbin, en el mismo tono que usaría un padre enfadado para decir «tu hijo» a su pareja— ha forzado las líneas de inducción más allá de su capacidad. Eso sobrecargó demasiado uno de mis cierres a presión, y mira. —Ashby observó el distribuidor de combustible. No podía identificar el problema, pero la sustancia viscosa verduzca del interior de varios tubos estaba inmóvil.

—No tenía ni idea de que él hubiera cambiado el cierre por un modelo peor. —Sissix lanzó a Corbin una mirada asesina—. Y todavía no entiendo por qué lo hizo.

—Lo cambié porque era el único repuesto que tenía a mano. Por si no te has dado cuenta, no hemos hecho paradas de aprovisionamiento desde hace un tiempo. Tenía que usar un modelo inferior o reemplazar el aparato por completo. Lo que me tocará hacer de todos modos, gracias a ti.

—Sí, es mi culpa, porque te molestaste en contarme todo esto. Ah, no, espera; no lo hiciste.

—Anteayer lo comenté en la cocina.

—¡No te dirigías a mí! ¡Estabas lloriqueando sobre tu laboratorio con Doctor Chef! ¿Cómo coño iba a saber que tenía nada que ver con mi capacidad de pilotar la…?

—En otras palabras, decidiste ignorarme. Quizá si hubieras prestado una pizca de atención a las necesidades de los demás en vez de ir tan ensimismada, entonces…

—Basta —ordenó Ashby. Respiró hondo—. A ver si me he enterado bien. Esta discusión, la cual podía oír desde el fondo de la escalera, se debe a un incidente menor relativo a un cierre de presión dañado.

—Yo no diría menor, me va a hacer falta todo el día para…

—Es menor —repitió Ashby—. Hay seis equipos y falla uno. El combustible todavía bombea, ¿correcto?

Corbin frunció el ceño.

—Sí. Pero es un tema de…

—Vale. Por lo tanto, en el futuro, tú… —señaló a Corbin—, … debes avisar a Sissix de cualquier cambio de equipamiento que hagas, porque no puedes esperar que esté físicamente al corriente de lo que ocurre en el laboratorio. Y no vuelvas a usar *esa* palabra a bordo de mi nave, ¿entendido? Ni con Sissix, ni con nadie. Es completamente inaceptable. Discúlpate ahora mismo.

—Yo no…

—Ahora. Mismo.

El rostro de Corbin se enrojeció todavía más.

—Lo… siento —le dijo a Sissix, con voz tan tensa como un sello de vacío.

—Y tú… —Ashby apuntó con el dedo a Sissix—, tienes que tener más cuidado cuando hagas saltos de velocidad, porque de ningún modo ese cierre se debería haber quemado tan deprisa.

—Vamos con retraso —contestó ella—. Si no…

—No me importa si vamos diez días con retraso. No me importa si vamos un estándar entero con retraso. No me voy a quedar a la deriva aquí después de haber llegado tan lejos. Ten más cuidado. —Miró a los dos—. Solo voy a decirlo una vez: acabad ya con eso de ver quién mea más lejos. Me estáis volviendo loco. Estáis volviendo loca a la tripulación. Sé que ha sido un largo viaje, y sé que todos estamos cansados, pero que me cuelguen si hago el resto del

trayecto hasta el Núcleo oyendo cómo os gritáis. Solucionadlo. Si no podéis, fingid. No quiero tener que volver a hablar de…

La vox se encendió.

—Oye, Ashby. —Era Kizzy—. Eh, verás, es posible que te necesite para una cosita.

—¿Puede esperar?

—Bueno, eh, no mucho, no, pero quizá puedo decirle…

—¿Decir qué a quién?

Se oyó un ruido de pasos. La voz de Rosemary reemplazó a la de Kizzy.

—Ashby, tenemos a un inspector quelin a la espera aquí arriba.

Se oyó de fondo la voz de Kizzy.

—¿Crees que lo he hecho enfadar? No tengo ni idea, porque no mueven la cara.

Ashby suspiró y cerró los ojos.

—Lovey, transfiere la llamada aquí.

Corbin se hizo a un lado cuando Ashby tomó asiento en su mesa. Los píxeles saltaron en posición. Un quelin macho le devolvió la mirada; su rostro blindado era inescrutable, los ojos negros brillaban.

—Soy el capitán Ashby Santoso. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Soy el inspector Bevel, de la Agencia de Defensa Interestelar. De acuerdo a la Sección 36-28 de la Enmienda de Seguridad Fronteriza, debemos realizar un registro completo de su nave y una inspección de todos los miembros de la tripulación.

—Ya nos escanearon cuando entramos en espacio quelin. ¿Hemos hecho algo incorrecto?

—Como he indicado, es un registro aleatorio. La Agencia de Defensa Interestelar tiene derecho a registrar cualquier nave a nuestra discreción, sin considerar causa probable.

—Imagino que mi asistente ya le ha enviado la licencia de tunelación y el plan de vuelo.

—Hemos recibido los materiales requeridos, y hemos confirmado su derecho a viajar por nuestro espacio.

—No quiero complicar más las cosas, pero vamos con el tiempo justo. ¿Tengo derecho a rechazar este registro?

—El rechazo conllevaría la posible incautación de la nave y la detención de todas las personas a bordo. La desobediencia a los agentes de inspección es una violación de nuestro acuerdo de membresía de la CG y queda sujeta a la interposición de una acción judicial bajo la Orden Ejecutiva 226-09.

—Entonces estaremos encantados de recibirlo a bordo, supongo.

—Prepárense para ser abordados en diez minutos —dijo el inspector Bevel. Los píxeles se dispersaron al finalizar la llamada.

—Qué tipo más encantador —dijo Jenks—. Seguro que es el alma de las fiestas.

—Solo si tiene el papeleo necesario para serlo —dijo Ashby, frotándose el puente de la nariz—. Qué cansino.

Las puertas del ascensor de carga se abrieron con un claqueteo. Rosemary y Kizzy salieron.

—¿Va todo bien? —preguntó Kizzy—. ¿Nos he metido en problemas? No debería responder a ninguna llamada, siempre la lío…

—Nadie está en problemas, pero tenemos que dejarles hacer otro registro.

—¿Por qué?

—Porque lo dicen, y porque son quelin, y porque no son la clase de gente a la que quiero cabrear.

—He oído que los registros a bordo son un verdadero incordio —dijo Sissix.

—Nos fue bien en el anterior.

—Sí, pero aquel era un escáner básico para buscar armas y tec ilegal. Créeme, lo inspeccionarán todo. Y he oído decir que también hacen escáneres de sangre.

—¿Por qué? —preguntó Rosemary.

Jenks suspiró.

—Por culpa de aquel capullo con bots explosivos en la sangre, seguro. ¿Os acordáis? Hace unos cuantos estándares, un imbécil

especista que trató de demostrar algo durante un registro fronterizo. Ni siquiera los programó bien. Lo único que hizo fue volarse la cabeza.

—Es curioso que sean siempre los especistas los que fastidian las cosas para todos —dijo Kizzy. Corbin bufó, pero ella se dirigió hacia la puerta antes de que pudiera decir nada más—. Iré a por Ohan.

La mirada de Ashby paseó entre Kizzy y Jenks.

—Vosotros dos, ¿tenéis algo guardado que pueda hacerles saltar las alarmas? Cualquier cosa.

Jenks reflexionó.

—No lo creo.

—Nah —dijo Kizzy—. Nos bebimos lo que quedaba del kick casero de Oso hace días. —Hizo una pausa. Se llevó las manos a la boca—. ¡Oh, mierda!

—¿Qué? —preguntó Ashby.

Se llevó las manos a la cabeza y se retorció el pelo.

—Tengo una bolsa de hierba en mi cajón de los calcetines.

—Menos mal que te has acordado. Tírala al motor.

—Pero… —Kizzy hundió los hombros—. No se puede conseguir hierba aquí fuera. La estaba guardando para una ocasión especial.

Ashby frunció el ceño. No estaba de humor para los razonamientos de Kizzy.

—Esto no es un debate. Arrójala al motor. Ya.

—Vamos, Kiz —dijo Jenks. La cogió de la muñeca y la llevó hasta el ascensor de carga—. Vayamos a cometer ese acto deleznable.

—Odio a los quelin —se quejó ella—. Son unos capullos estúpidos y no le gustan a nadie. —Bajó la voz cuando entraron en el ascensor—: Si nos la fumamos rapidísimo, ¿crees que se darán cuenta?

—Todavía te oigo, Kizzy —dijo Ashby.

Ella hizo un mohín.

—Por lo menos lo he intentado —dijo mientras se cerraban las puertas.

Rosemary había visto vids de quelin, pero aun así no estaba preparada para las cosas que entraron con estrépito por la puerta del muelle de carga. Trató de pensar en una descripción más elegante para ellos, pero lo único que se le ocurría era «centauro bogavante». Exoesqueletos quitinosos azules, largos abdómenes horizontales, torsos segmentados cubiertos de extremidades articuladas, todo culminado con una cara semejante a una máscara. Tenían los caparazones cubiertos de símbolos y piedras pulidas encastradas. Sabía que no debía juzgar a una especie por su apariencia, pero entre su aspecto nudoso y la llamada que había presenciado antes, no los estaba apreciando demasiado.

El resto de la tripulación parecía igual de incómodo; aquello la hizo sentir mejor. Todos sabían que los quelin eran bastante xenófobos, y era raro verlos en cualquier otro lugar que no fuera su propio espacio. Su inclusión en la CG fue un acuerdo de conveniencia, o eso había leído Rosemary. Los quelin tenían enormes reservas de recursos naturales a su disposición, y los que los llevaron a la CG fueron los harmagianos, los cuales tenían dinero de sobra y tec sofisticada para intercambiar. No es que los quelin y los harmagianos se apreciaran mutuamente. Era curioso cómo la posibilidad de obtener ganancias siempre sobrepasaba a la antipatía.

Seis quelin entraron en el muelle de carga, liderados por el que hizo la llamada sib, el inspector Bevel. Repartió órdenes entre sus subordinados (o eso supuso Rosemary, ya que no hablaba tellerain). Cuatro de ellos abandonaron el muelle, con los aparatos para escanear soltando pitidos y las patas afiladas resonando contra el suelo de metal.

—En fila y prepárense para ser escaneados —anunció el inspector Bevel. Para qué perder tiempo con presentaciones.

La tripulación obedeció. Rosemary acabó junto a Sissix. Cruzaron una mirada. Sissix hizo un gesto de hastío y sacudió la cabeza, irritada.

Bevel señaló con una pata hacia Ohan.

—¿Qué les ocurre?

Rosemary echó un vistazo. Ohan temblaban. No de forma exagerada, pero lo suficiente para que se notara.

—Están viejos y enfermos —explicó Doctor Chef—. Nada contagioso. Padecen una enfermedad neurodegenerativa que les dificulta estar de pie durante mucho tiempo.

Los ojos de Bevel estaban fijos en Ohan, pero sin párpados ni músculos faciales, era imposible adivinar qué pensaba el quelin.

—Pueden sentarse.

—Gracias —dijeron Ohan, asintiendo con la cabeza. Se dejaron caer al suelo, tratando de mantenerse todo lo serenos posible. Parecía que los quelin podían ser razonables, al fin y al cabo.

Bevel desvió la mirada hacia Doctor Chef.

—Tendremos que revisar sus expedientes médicos para confirmar su afirmación.

Bueno, quizá no.

La otra quelin sacó un aparato de una bolsa que colgaba de su costado.

—Escanearemos la sangre, la linfa y otros fluidos primarios genéticos en busca de contaminantes, patógenos, nanobots ilegales y cualquier otra sustancia prohibida o peligrosa. Si saben que portan cualquiera de esas cosas, avísennos con antelación. —La quelin esperó respuesta. Nadie dijo nada—. Empezaré el escáner. —Caminó hasta Jenks, al final de la línea. Lo miró durante unos segundos—. Eres inusualmente pequeño.

—Y tú tienes un buen puñado de patas —contestó él a la vez que tendía la mano.

La quelin no respondió. Presionó el escáner contra la mano de Jenks. Sonó un chasquido mecánico. Rosemary oyó a Jenks aspirar aire a través de los dientes apretados. La quelin estudió el escáner. Aparentemente satisfecha con lo encontrado, pasó a Ashby.

Jenks se examinó la mano.

—¿Qué, ni vendas, ni…? ¿No? De acuerdo. Gracias.

La quelin fue recorriendo la fila. Rosemary extendió obedientemente la mano cundo le llegó el turno. El picotazo del

escáner era desagradable, pero nada por lo que armar jaleo. Aunque sabía que no había nada de interés en su sangre, no pudo evitar suspirar de alivio cuando la quelin pasó de largo. Algo en aquellos sapientes la hacía sentirse desagradablemente tensa.

Aunque Rosemary no podía leer la expresión de la quelin, algo en ella cambió cuando escaneó a Corbin. El inspector Bevel sin duda lo vio también, ya que fue directamente hacia ella. Observó el escáner, y tuvo lugar una breve e ininteligible conversación entre ellos.

—Artis Corbin —dijo el inspector Bevel—. Queda detenido en base a la sección 17-6-4 del Acuerdo de Defensa de la Integridad Genética.

—¿¡Qué!? —gritó Corbin. La otra quelin ya estaba encima de él; le esposó las manos con una especie de lazo de energía y lo empujó hacia la puerta—. ¡No… no he hecho nada!

Ashby se adelantó.

—Inspector, ¿qué…?

El inspector Bevel lo detuvo.

—Todos deben ser interrogados. Los retendremos aquí. Los interrogatorios tendrán lugar en un área de su elección una vez que hayamos completado el registro de la nave —dijo el quelin—. Bajo la sección 35-2 del Acta de Regulaciones Disciplinarias, cualquier petición de asistencia legal será rechazada.

—Disculpe, ¿qué? —replicó Ashby—. ¿Qué demonios está ocurriendo?

Rosemary trató de mantener la calma. Ninguno de ellos había hecho nada, no que ella supiera, y si la quelin no había descubierto su documento ID falsificado, dudaba que lo hiciera a estas alturas. Y en cuanto a Corbin, no podía pensar en nadie que fuera menos probable que quebrantase la ley. Tenía que ser un malentendido.

—Usted no está detenido —dijo Bevel—. Ni tiene cargos en contra en esta ocasión. La negativa a obedecer al oficial a cargo del interrogatorio comportará su detención.

Jenks le dirigió una mirada hostil.

—El capitán le ha hecho una pregunta. ¿Qué hemos hecho?

—Jenks, calla —dijo Doctor Chef.

La otra quelin se llevaba a Corbin de la nave.

—¡Ashby! —gritó este. Arrastró los pies, pero la quelin lo empujó hacia adelante—. Ashby, yo no…

—Lo sé, Corbin —dijo Ashby—. Lo solucionaremos. —Encaró a Bevel echando humo. Rosemary nunca lo había visto tan furioso—. ¿Adónde se lo llevan? ¿Qué ha hecho?

El inspector Bevel miró a Ashby con sus inexpresivos ojos negros.

—Existe.

Le escanearon el parche de la muñeca y le quitaron la ropa. Había gritado hasta quedarse ronco, pero ninguno le respondió. Ninguno hablaba klip siquiera. Sus palabras chasqueaban. Sus ojos chasqueaban. Sus patas chasqueaban cuando golpeaban el suelo. Era como estar en una colmena de insectos de metal; oscura, caliente, húmeda y constantemente llena de chasquidos, chasquidos, chasquidos.

No sabía lo lejos que estaba de la *Peregrina*. Lo habían llevado a otra nave. ¿O quizá a un orbital? No estaba seguro. No había ni ventanas ni pantallas (o al menos no había visto ninguna). Lo arrojaron a una sala enorme, del tamaño de la panza de un carguero. El suelo estaba repleto de pozos de paredes suaves, el doble de profundos que su altura. Si forzaba la mirada, podía distinguir el brillo de ojos que se la devolvían desde el fondo.

Trató de cubrirse. Los quelin no llevaban ropa; pero, claro, tenían caparazones. No necesitaban cubrirse. No estaban hechos de carne blanda, pelo, arrugas, pliegues y deformidades que uno prefería guardarse para sí mismo. Deseó tener caparazón. Deseó haber nacido en una especie con pinchos, o cuernos, o cualquier cosa más imponente que el frágil saco que era. Deseó que pudieran ser los quelin los que estaban asustados.

Lo empujaron sin cuidado hacia un pozo vacío.

—No —suplicó, tratando de reprimir el temblor de su voz—. No hasta que me hayáis dicho qué he hecho. Soy un ciudadano de la CG, y tengo mis…

Un instante más tarde, deseó no haber dicho nada.

Uno de los quelin lo agarró con las extremidades superiores y lo apretó de espaldas contra su torso blindado. Unas extremidades segmentadas se cerraron sobre su cuerpo como una jaula de alambre. El otro quelin agachó la cara hasta el suelo, aplanándose hasta parecer una tabla. Corbin no se había fijado en lo dura que era la coraza de sus cabezas. Una cúpula curvada de color azul negruzco, desgastada y gruesa, repleta de antiguos arañazos.

El quelin cargó contra él. La cabeza abovedada le golpeó el pecho como un ariete. El dolor le inundó el cuerpo. Se ahogó con su propio aliento y salpicó de saliva la cabeza del quelin. A este no pareció importarle. La cosa se retiró, y volvió a embestir.

«Oh, no, por favor, no…».

Oyó cómo se le rompían las costillas antes de notar dolor. Se oyó llorar antes de darse cuenta de que lo hacía. Colgó como un saco contra las patas del quelin, pero este lo sostuvo erguido. El otro quelin volvió a cargar.

El quelin que lo sujetaba debió de soltarlo en algún momento, porque se descubrió en el suelo vomitando y temblando. Podía sentir que las costillas rotas lo apuñalaban cada vez que se le contraía el estómago. Leves gemidos escapaban de su boca, pero quedaban interrumpidos cuando sus pulmones luchaban por respirar.

Lo arrojaron al pozo. Cayó al frío metal con la cara por delante. Notó que la sangre le brotaba de la nariz cuando se le rompió hacia un lado. El quelin que le había fracturado los huesos le gritó siete palabras furiosas en klip. Fueron lo único en lo que pensó en las siguientes horas.

—De ahora en adelante, clon, guardarás silencio.

Ashby fue el último en volver del interrogatorio. Se unió a los demás en la mesa del comedor. Todos parecían exhaustos. Incluso Ohan estaban allí, acurrucados bajo una manta en un banco cercano. Doctor Chef había traído una pequeña cesta con pastelitos de primavera. Nadie se los estaba comiendo.

—Ay, estrellas —dijo Kizzy. Corrió y lo abrazó por la cintura—. Pensé que también te iban a encerrar.

—Estoy bien —respondió.

—Has estado fuera seis horas.

—Me han parecido más. —Ashby se dejó caer en la silla. Doctor Chef le puso una taza de mek delante. La cogió con ambas manos, dejando que el calor se le filtrara por las palmas. Dejó la mirada perdida durante unos instantes; luego respiró hondo y miró a su tripulación.

—¿Alguno lo sabíais?

Cabezas que negaban.

—No tenía ni idea —dijo Jenks; encendió la pipa de junco rojo. Los montoncitos de ceniza en el plato que tenía delante indicaban que ya había consumido otras dos.

—Estábamos discutiendo si Corbin lo sabía o no —dijo Sissix.

—¿Y?

—Creemos que no —contestó Jenks. Dejó salir el humo entre los dientes—. ¿Le viste la cara cuando se lo llevaron a rastras? No tenía ni puta idea de lo que estaba pasando.

—Comprobé un antiguo análisis de sangre —dijo Doctor Chef— No hay duda. Hay algunas irregularidades en su ADN que no pueden aparecer de otro modo.

—¿Por qué no te habías dado cuenta antes? —preguntó Ashby.

—Porque es la típica cosa que solo encuentras si la estás buscando intencionadamente. No tenía ningún motivo para hacerlo.

Ashby suspiró y se reclinó.

—Esto no cambia nada, espero que todos lo sepáis. Corbin es un individuo sapiente y no me preocupa demasiado de dónde viene. Sé que todos tenemos nuestras… dificultades con él. —Miró a Sissix,

que estaba picoteando con una garra un pastelito de primavera—. Pero es parte de la tripulación, y tenemos que ayudarlo. —Paseó la mirada alrededor de la mesa. Algo no encajaba—. Un momento, ¿dónde está Rosemary? ¿No ha vuelto? —¿Los quelin también la habrían descubierto? Estrellas, ¿cuántos miembros de la tripulación iba a perder hoy?

—No, está en su despacho —respondió Sissix—. Ha estado revisando las posibilidades legales relativas a Corbin desde el momento en que la liberaron.

Ashby tomó nota mental de subirle el sueldo a Rosemary una vez que el túnel estuviera construido.

—Iré a ayudarla —dijo, apartando la silla.

—No hace falta. —Rosemary entró en la cocina con el escrib en una mano y el lápiz píxel tras la oreja—. Pero tenemos mucho de lo que hablar.

—Adelante.

Rosemary se sentó en su sitio de la mesa.

—Corbin está detenido en un orbital judicial cercano. Lo mantendrán allí por tiempo indefinido, hasta que se procese su caso.

—¿Y qué pasará luego?

—Si no hacemos nada, lo enviarán a una colonia penal quelin. Por lo que he visto, casi todo son campos de trabajo. Parece que la mayor parte del mineral de teracita de la CG lo extraen prisioneros quelin.

—Qué estupendo —dijo Jenks—. Es bueno saber de qué están hechos mis paneles de circuitos.

—¿Cómo pueden hacer eso? —dijo Doctor Chef—. Corbin es un ciudadano de la CG.

—No, no lo es —dijo Rosemary—. La clonación es ilegal en la mayoría de los territorios de la CG, así que los individuos clonados no tienen derechos de nacimiento. Tienen que pasar por el mismo proceso de solicitud que las especies que no son de la CG, incluso si han habitado toda su vida en esta.

—No es justo —dijo Kizzy.

—Ya —dijo Jenks—. Pero piensa en lo raro que es que ocurra algo así. Los juristas no se van a molestar en crear un nuevo sistema legal para algo que afecta quizá a… ¿qué? ¿Unos pocos cientos de personas, como mucho? No hay clonadores en ningún sitio excepto en el límite, y dudo muchísimo que alguien que sea parte de aquello vuelva a la CG. Seguramente es algo a lo que la CG no tiene que enfrentarse muy a menudo.

—Exacto —repuso Rosemary—. Y por eso, la política no oficial es ceñirse a la ley local, sea cual sea. Si hubiéramos descubierto lo de Corbin en, digamos, espacio harmagiano, tendría que pasar de todos modos por el proceso de solicitud, pero lo único que le ocurriría es que tendría una nota al pie de su documento de identidad. La única persona a la que detendrían sería a su padre. Lo que probablemente esté ocurriendo mientras hablamos.

—¿Alguien sabe algo de su padre? —preguntó Kizzy.

—Todavía está en el orbital de Encelado, creo. Él y Corbin no se hablan —dijo Ashby. Se dirigió a Rosemary—: Entonces, a ver si lo he entendido. Ya que Corbin no es un ciudadano, ¿no podemos usar ninguno de los derechos que nos concede el tratado para recuperarlo?

—Correcto. Pero hay un vacío legal. Es solo que no… —Se aclaró la garganta—. No es lo que se dice ideal.

—Me lo imaginaba.

Rosemary jugueteó con el lápiz.

—Los términos del acuerdo de membresía de los quelin con la CG establecen que deben respetar cualquier documento legal que afecte a los ciudadanos de la CG que viajan por su espacio. Esto está pensado para casos como… Digamos, por ejemplo, que tienes un humano y un harmagiano que se han registrado como pareja en espacio harmagiano.

—Ugh —dijo Kizzy.

—Especista —acusó Jenks.

—No soy especista, son viscosos.

—Es solo un ejemplo —dijo Rosemary—. Bien; no podrían registrar su unión con los quelin, porque estos no reconocen las relaciones interespecies. Pero en términos legales, como se habían registrado en otro territorio de la CG, los quelin tienen que respetar su unión civil.

—¿Cómo? —preguntó Ashby.

—Si por ejemplo se estrella la nave y uno de ellos muere, las autoridades quelin deben reconocer al otro como el pariente más cercano, incluso aunque no otorguen ese derecho a la gente que vive en su espacio.

—Lo pillo. Pero ¿cómo ayuda eso a Corbin?

—Bueno, cuando presentas una solicitud para obtener la ciudadanía en la CG, tienen que asignarte un guardián legal durante el proceso. Un ciudadano de la CG que responda por ti.

—Sí, yo tuve que hacerlo —dijo Doctor Chef.

—¿Cómo funciona? —preguntó Jenks.

—Es una formalidad más que nada. La idea es que tengas a alguien que te ayude a encajar. Se aseguran de que aprendes el idioma y las leyes, que entiendes la cultura local y la etnia, ese tipo de cosas. También es responsable de ayudarte a tener el papeleo listo a tiempo, y tiene que acompañarte a la audiencia. Es una especie de sistema de compañerismo para ayudarte a integrarte.

—Parece estúpido para Corbin —dijo Kizzy—. No es como si tuviera que volver a aprender klip.

—Bueno, entonces —dijo Ashby—, si Corbin tiene un guardián legal, ¿los quelin tendrán que entregarle a esa persona?

—Sí, pero solo tenemos un estrecho margen para lograrlo. Tenemos que rellenar el papeleo, conseguir que la CG lo apruebe y mostrárselo a los quelin antes de que procesen el caso de Corbin. Tengo un… amigo al que puedo contactar. Un funcionario menor de la CG. Seguro que en cuanto vean que es una emergencia, firmarán el papeleo lo más rápido que puedan.

—¿El mismo amigo que, em…? —preguntó Jenks. Terminó la pregunta señalando el parche de la muñeca de Rosemary.

Ella bajó la mirada.

—Sí —respondió.

—¿Cuánto queda para que los quelin procesen a Corbin? —preguntó Doctor Chef.

—Nadie lo sabe. Podrían ser días o semanas. Podrían estar haciéndolo ahora mismo, por lo poco que sabemos, pero lo dudo. Por lo que he sacado en claro del sistema legal quelin, no se apuran con estos temas.

—Bien —dijo Ashby—. Tan solo dime dónde quieres mi huella dactilar.

—No, verás, tú no puedes ser su guardián. —Rosemary tomó aire. Parecía incómoda—. Hay una pega. Y es una pega estúpida y burocrática, pero no podemos evitarla.

—Tú dirás.

—Las leyes de clonación quelin no solo son estrictas; son… Ni siquiera sé qué palabra usar. Inflexibles. Apenas tengo una idea superficial, pero parece ser que los quelin tuvieron una sangrienta guerra interplanetaria hace algunos siglos, donde se mezclaron la clonación, la eugenesia y todo tipo de cosas conflictivas. Hoy en día, no consideran la clonación solo como una práctica ética turbia. La ven como algo malvado. Para ellos, la propia existencia de Corbin es peligrosa. Por lo tanto, sus leyes sobre la clonación son mucho más exhaustivas que en los códigos legales de otras especies. Está claro que pensaron en la posibilidad de entraran en su espacio clones de otros lugares.

—¿Y eso quiere decir…?

—Quiere decir que con tratado de la CG o sin él, no entregarán a Corbin a nadie que pertenezca a una especie que prohíbe la clonación. Bajo su punto de vista, le hacen a un favor a esa especie al apartarlos del resto de la galaxia. —Se aclaró la garganta—. Así que el único modo de recuperar a Corbin es que su guardián sea de una especie que no tenga leyes sobre la clonación.

—¿Quién no tiene…? —Ashby se detuvo cuando vio la mirada dubitativa de Rosemary. No lo miraba a él. Siguió su mirada al otro

lado de la mesa. A Sissix.

Sissix parpadeó dos veces con rostro inexpresivo. Se llevó una mano a los ojos, arqueó la cabeza hacia atrás y dejó escapar un largo y rabioso suspiró.

—Venga, no me jodas.

—Espera —dijo Kizzy—. Alucina. ¿Tú? ¿Los aandrisk no tenéis leyes sobre clonación?

—No; no tenemos leyes sobre clonación.

—¿Por qué?

—Porque no lo hacemos —espetó Sissix—. La idea nunca se nos ocurrió. ¿Sabes por qué? Porque al contrario que vosotros, creemos que la naturaleza ya hace bien su trabajo sin trastear con ella ni alterarla ni… ni… Oh, esto es ridículo.

—Sissix… —dijo Ashby.

—No digas nada. Lo haré. Ni siquiera tengo que pensarlo; no voy a dejar que se pudra en una mina de teracita. —Repiqueteó con las garras en la mesa—. Vale. ¿Qué tengo que hacer? ¿Firmar papeleo, ir a unas cuantas audiencias con él?

—Sí —respondió Rosemary. Se humedeció los labios y empezó a hablar más rápido—: Y tienes que estar en el mismo sistema que él a todas horas durante todo el proceso de la solicitud.

Sissix erizó las plumas.

—¿Y eso cuánto es?

Rosemary se encogió. Todo su cuerpo era una enorme expresión de disculpa.

—Un estándar. Quizá más.

Sissix maldijo en reskitkish y se alejó de la mesa. Se giró hacia Rosemary.

—No estoy enfadada contigo por esto —dijo—. Lo sabes, ¿no?

—Lo sé —contestó Rosemary, mirando a Sissix a los ojos.

Ashby vio una conversación muda entre ellas. Las observó con interés. Tenía una sospecha, pero no era el momento de darle vueltas. Había cosas más importantes en las que pensar.

Sissix volvió a suspirar, y trató de suavizarse las plumas con la mano.

—Bueno, venga —dijo al fin—. Vamos a salvar a ese cabrón.

Sissix solo llevaba a bordo del orbital judicial unos pocos minutos, pero ya lo detestaba. Sin ventanas. Sin colores. Pasillos silenciosos. Diseño soso y angular. Mirara donde mirara, tenía una sensación de esterilidad reprobadora. Entendía que las prisiones no estaban construidas para ser lugares alegres, pero aquello era peor de lo que se hubiera imaginado. Era el tipo de lugar que inspiraba a no hacer nada malo nunca jamás. Lo único bueno era la calidez, pero incluso así, se trataba de un calor denso, pesado. Era casi como si se pudiera masticar.

Entraron en una sala de espera en la que solo había unos cuantos escáneres adosados a las paredes y unas puertas imponentes. «Esperen aquí», les dijo su acompañante. La quelin introdujo un código en el panel de la pared. Las puertas se abrieron, y Sissix casi se atragantó con el aire que surgió del interior, un hedor a piel sucia y desperdicios corporales. Se apretó la mano contra las fosas nasales y dio un paso atrás. ¿Cómo podían soportarlo los quelin? ¿Tenían siquiera sentido del olfato?

Contuvo las náuseas crecientes y trató de ver algo dentro del área de detención. La luz era demasiado tenue para distinguir gran cosa, pero pudo ver calor corporal que se elevaba de los pozos en el suelo. Pozos. ¿El resto de la CG sabía algo de aquello? Seguro que alguien en el Parlamento sí. ¿Les importaba? ¿Les hacía perder el sueño por la noche el saber que compartían sesiones en el consejo con sapientes que trataban a otras especies de ese modo? ¿O tener acceso fácil a la teracita era suficiente para eliminar los escrúpulos? Una sensación enfermiza creció en ella, pero ahora no tenía nada que ver con el olor.

«Y estoy aquí por Corbin», pensó; se negaba a asimilar la idea. Estaba en aquel lugar que parecía un cadáver hueco tras rellenar

una documentación muy seria que la ataría durante un estándar (un puto estándar) nada menos que a Corbin. Ese cáustico y horrendo despojo. ¿Por qué él? ¿Por qué ella? Podía aceptar que estuviera en la nave, podía soportar tener que compartir la misma comida y el mismo aire, pero esto… Esto era absurdo. E injusto. E inmerecido.

Tras unos instantes, vio que la carcelera regresaba hacia las puertas caminando tras un humano. Algo estaba mal. Sissix lo notó en su forma de andar. ¿Qué le habían hecho? Aspiró aire entre los dientes cuando se acercó. Un oscuro mapa de hematomas le cubría el torso, morados bordeados de amarillo. Tenía la cara hecha un desastre y la nariz se le doblaba en un ángulo imposible. Se movía con rigidez, aferrándose el costado con un brazo. La otra mano la tenía ocupada tratando de cubrirse los genitales. Humanos. En serio, tras ser golpeado y arrojado en un pozo, ¿eso era lo que le preocupaba?

Pero entonces Sissix vio la mirada de Corbin. Al principio pensó que era rabia, pero… era vergüenza. Nunca comprendería del todo el pudor humano, pero sabía que lo tenían profundamente arraigado. También sabía que cualquier animosidad que sentía hacia Corbin, este se la devolvía al mismo nivel. Que lo empujaran desnudo era con toda probabilidad humillación suficiente, pero que lo viera en aquel estado alguien que detestaba era la ofensa definitiva. Sissix deseó que hubiera venido a por él cualquier otro. Apartó la mirada.

—¿Seguro que lo quieres? —preguntó la carcelera—. Es una abominación.

Sissix la fulminó con la mirada.

—Trae la ropa de la abominación.

—Lo más seguro es que la destruyeran.

Sissix dio un par de pasos hacia Corbin, que tenía dificultades para mantenerse de pie. Le cogió el brazo y lo pasó por su cintura, ayudándolo a sostenerse. ¿Lo había tocado antes? Creía que no. Quizá un estrechar de manos, por lo menos, cuando lo contrataron. Se dirigió de nuevo a la quelin.

—¿Tienes algo? ¿Una manta? ¿Una toalla? ¿Algo?

La carcelera titubeó; luego abrió un panel de la pared repleto de material médico. A pesar de aquel rostro inescrutable, Sissix tuvo la impresión de que esta quelin iba con cautela con ella. Sissix no era nadie, pero su especie era una de las tres grandes en el Parlamento de la CG y tenía mucha más influencia que los quelin. Los lazos diplomáticos de sus especies eran tenuemente corteses en el mejor de los casos, y un aandrisk maltratado por agentes quelin era el tipo de suceso sobre el que se abalanzarían los canales de noticias.

La carcelera le entregó una pequeña manta de una tela sintética con apariencia de aluminio. Sissix ayudó a Corbin a envolvérsela en torno a la cintura.

—Gracias —dijo él con un hilo de voz. Era obvio que tenía problemas para respirar profundamente. Tenía los ojos fijos en el suelo, pero Sissix podía ver que luchaba por contener las lágrimas. Trataba de evitar un bochorno más. Sissix apartó la mirada de su rostro. No era quién para verlo así.

—Venga, vamos a casa —dijo. Lo llevó fuera de la sala, con la carcelera siguiéndolos de cerca.

Tras un momento, Corbin susurró:

—No estaba seguro de que nadie fuera a venir por mí.

Sissix no contestó. Nada que pudiera decir sería adecuado, ni sincero. Siguieron por el pasillo. Corbin hacía una mueca de dolor a cada paso. Tras un rato, dijo:

—¿Por qué tú?

Ella suspiró.

—Es complicado, y no te va a gustar lo que está ocurriendo más que a mí. Pero la explicación puede esperar hasta que Doctor Chef te remiende. Por ahora, digamos que… era lo correcto.

Un silencio incómodo cayó entre ambos.

—Gracias —dijo Corbin—. Yo… Bueno. Gracias.

—Ya, bueno —dijo Sissix. Se aclaró la garganta—. Pero de ahora en adelante, podré subir la temperatura todo lo que me plazca.

Cuatro días más tarde, Corbin estaba sentado en el banco de su laboratorio, distribuyendo algas en un portaobjetos. La última tanda había salido ligeramente pegajosa, y no estaba seguro del motivo. Esparció bien las algas para poder de ver con claridad las células cuando metiera el portaobjetos bajo el escáner. Una tarea normal, pero no le daba esa sensación. Nada lo hacía; ni su laboratorio, ni su cama, ni su rostro. Pero era exactamente por eso por lo que tenía que realizar las tareas normales. Colocaría algas sobre el portaobjetos, y este bajo el escáner. Y lo haría una y otra vez hasta que tuviera la sensación de que todo era como antes.

—Disculpa, Corbin —dijo Lovey a través de la vox.

—¿Sí?

La IA hizo una pausa.

—Hay una llamada sib para ti. Es de Tartarus.

Corbin levantó la mirada de las algas y no dijo nada. Tartarus. Un asteroide prisión en el Cinturón de Kuiper. Solo había una persona que pudiera llamarlo desde allí.

Lovey volvió a hablar, con un tono extraño.

—Puedo rechazar la llamada, si quieres.

—No —dijo Corbin. Limpió la capa de limo verde del extremo del tomador de muestras y lo dejó a un lado—. Pásamela por aquí.

—De acuerdo, Corbin. Espero que vaya bien.

Corbin contestó con un breve asentimiento. La vox se apagó. Con un suspiró, Corbin volvió a su mesa e hizo un gesto hacia el proyector. Los píxeles se apresuraron a ponerse en acción. Un rectángulo rojo que parpadeaba en la parte inferior del proyector indicaba que tenía una llamada sib en espera. La observó parpadear cinco veces antes de hacer el gesto para contestar.

Su padre apareció. Corbin no había hablado con él en cuatro estándares. Había envejecido. Y engordado un poco también, lo cual resultaba sorprendente. Su padre siempre había presionado a Corbin para que comiera sano. Podía verlo ahora: las curvas, ángulos y líneas familiares en el rostro de su padre. Las facciones eran más pronunciadas, más marcadas por la vejez, pero eran las mismas que

las suyas. Era más que un simple parecido familiar. Corbin tendría el mismo rostro algún día.

Su padre habló.

—Te hicieron daño.

Corbin se reclinó en la silla, asegurándose de que su padre pudiera verle con claridad los descoloridos moratones en la cara. Aquel era el motivo exacto por el que no había dejado que Doctor Chef le curara nada más que los huesos rotos. Había estado esperando ese momento, el instante en que su padre vería lo que había causado su arrogancia.

—Hola, Marcus. Y sí, volví de la prisión con la nariz y tres costillas rotas. Una estuvo a punto de perforarme el pulmón.

—Lo siento, Artis. Lo siento muchísimo.

—Lo sientes —dijo Corbin—. Me arrancan de mi hogar, me muelen a palos y me arrojan a un pozo infernal quelin, tan solo para decirme que mi vida entera es una mentira… y tú lo sientes. Bueno, gracias, pero eso no arregla nada.

Marcus suspiró.

—Por eso he llamado, ¿sabes? Me imaginé que tendrías algunas preguntas. Si puedes dejar de odiarme durante unos minutos, estaría encantado de contestarlas. No puedo hacer muchas llamadas desde aquí. El acceso al ansible es algo inusual.

Corbin observó al hombre en los píxeles. Parecía tan derrotado, tan cansado. Descubrió que lo conmovía, y eso lo enfadó aún más.

—Lo único que quiero saber —dijo—, es de dónde provengo en realidad.

Marcus asintió y bajó la mirada a su regazo.

—¿Recuerdas todas las veces que preguntaste sobre tu madre?

—Por supuesto. Siempre contestabas que murió en un accidente de transbordador. Nunca querías hablar sobre ella. Lo cual tiene sentido, ya que no existió nunca.

—Oh, no —contestó Marcus—. Tuve una esposa. No era tu madre, claro, pero… —Desvió la mirada, pensativo—. Artis, nunca se me ha dado bien la gente. Siempre he preferido mi laboratorio. Me

gustan los datos. Los datos son consistentes, estables, fáciles de entender. Con los datos siempre sabes cuál es la respuesta. Si los datos no tienen sentido, siempre puedes resolver el problema. Al contrario que la gente. —Meneó la cabeza—. Nunca pude entender a la gente. Estoy seguro de que me comprendes.

Corbin apretó la mandíbula. «Maldita sea», pensó. «¿Cuánto de mí eres tú?».

Marcus continuó.

—Cuando era joven, conseguí un puesto en Mirador. —Corbin conocía el lugar. Era uno de los pocos laboratorios en la superficie de Encelado; en una cuarentena estricta, para evitar la contaminación de los grupos de microbios bajo la superficie helada de la luna. Solo lo ocupaba una persona a la vez, y los asignados allí estaban aislados durante por lo menos un año. Era raro que la gente solicitara ir a Mirador más de una vez—. Pensé que sería el lugar perfecto para mí. Me encantaba trabajar ahí abajo. Sin gente que me distrajera o se cruzase en mi camino. Excepto ella. —Hizo una pausa—. Se llamaba Sita. Pilotaba la lanzadera de suministros que me traía comida y material de laboratorio. No podía entrar, por supuesto, pero la podía ver a través de las cámaras estancas, y hablábamos por el vox. —Marcus sonrió, una sonrisa cálida y personal. Corbin se sorprendió. Nunca había visto a su padre sonreír de ese modo, ni una sola vez—. Y como seguramente te imaginas, era hermosa. No hermosa como en los vids o cuando tratan de venderte algo. De una hermosura real. El tipo de belleza que puedes tocar. Y no era del orbitador. Era de Marte. —Rio entre dientes—. Su acento me parecía adorable. —Marcus meneó la cabeza, como para despejarse. Su voz volvió a adoptar un tono grave—. Fui desagradable con ella, por supuesto. Le habría cerrado la puerta de golpe si se hubiera presentado en medio de un análisis, y siempre he odiado la charla intrascendente, por lo que apenas le dije hola y adiós. Era así con todo el mundo, pero a ella… A ella no le importó. Siempre me toleraba, incluso cuando era un capullo. Siempre sonreía. Se burlaba de mí por mi mal humor, por mi pelo desaliñado.

Por algún motivo, aquello no me irritaba. Me gustaba el modo en que me pinchaba. Comencé a contar los días entre entregas de suministros. Al principio creí que era porque estaba solo, que era un síntoma de vivir aislado. Me llevó un tiempo darme cuenta de lo enamorado que estaba de ella. —Se pasó la mano por el fino cabello—. Y luego conseguí que nos despidieran a los dos.

—¿Qué?

Marcus se aclaró la garganta.

—Cierta semana me pasé todo el tiempo libre adecentando la estación. Me aseguré de que estaba presentable. Puse la mesa con la mejor comida que había estado guardando en estasis.

Corbin lo miró boquiabierto.

—No la invitaste a entrar.

—Oh, sí que lo hice. Y ella aceptó.

—Pero —espetó Corbin—. ¿Acaso esa estación tiene fogonazo descontaminante para humanos?

—Nop. Me esterilizaron antes de bajar a la estación. El único fogonazo instalado era para la comida y los materiales. Y hacerla entrar por ahí no era siquiera una opción.

—Pero, ¡tus muestras! —La cabeza le daba vueltas. Durante toda la infancia de Corbin, Marcus le había machacado la importancia de prevenir la contaminación. En una ocasión lo dejó sin postre durante un mes entero tras pillarlo comiendo caramelos en el laboratorio. Corbin no conocía a la persona que Marcus estaba describiendo. Desde luego, no era el padre que conocía.

—Todo echado a perder —dijo Marcus—. Ella portaba suficientes bacterias benignas para causar algunos problemas. El jefe del proyecto se enfureció cuando se enteró. Seis meses de trabajo a la porra. Despidieron a Sita, y a mí me dieron a elegir entre empezar de nuevo o abandonar por completo el proyecto.

—¿Te quedaste?

—Oh, no. Me fui. Acababa de tener uno de los mejores días de mi vida, y todo gracias a aquella hermosa mujer. Ni siquiera habíamos hecho nada interesante. Nos comimos toda la comida y hablamos de

todo. Me hizo reír. Y por motivos que todavía no entiendo, la hice sonreír. De ningún modo me iba a encerrar alejado de ella en Mirador. Me pasé los siguientes cinco años tratando de enderezar mi carrera, pero mereció la pena.

—Entonces… —dijo Corbin, perplejo. Su cerebro no podía aceptar la imagen de su padre como un joven enfermo de amor dispuesto a contaminar su laboratorio—. Te casaste con ella.

Marcus soltó una risita.

—No de inmediato. Supliqué, me arrastré e imploré hasta que encontré a alguien dispuesto a contratarme en la biblioteca genética. Un trabajo horrible, pero en aquel momento ya fue una suerte conseguir cualquier cosa. El técnico jefe del lab también había estado un año en Mirador. Creo que se compadeció. Sita consiguió un trabajo en una compañía de transporte asentada en Titán que no hacia demasiadas preguntas, ni sobre quién era o qué cargamento transportaban. Trabajo sucio, pero… Bueno, entonces pensamos que era bueno. Desde que volví al orbitador, podíamos vernos más a menudo. Al cabo de un tiempo me casé con ella. Pasamos cinco maravillosos años juntos. —El rostro de Marcus se tensó, y por un instante, Corbin creyó ver todos esos años de la vida de su padre pesarle encima—. Una mañana me dijo que tendría que dejar su trabajo en unos meses. Le pregunté por qué. Me dijo que estaba embarazada. Yo estaba extasiado. En aquella época había conseguido mejorar mi puesto en la biblioteca, y teníamos suficientes créditos ahorrados para empezar a pensar en vivir en otro lugar. Era el momento perfecto para comenzar una familia. Nunca había pensado que una familia era algo que sería capaz de tener. Quiero decir, ¿quién me querría? —Sus ojos pixelados se encontraron con los de Corbin. Este no dijo nada. Marcus siguió—: Veinte días más tarde, Sita estaba en un vuelo entre Titán y la Tierra. Células ambi. Normalmente no hacía viajes tan largos, pero le pagaban el doble por el valor de la carga. No era un trabajo al que pudiera decir que no. El caso es que los cabronazos en el puerto de transbordadores no habían comprobado que los sellos de contención

estuvieran debidamente instalados. Esto ocurrió antes de que la CG empezara a tomar medidas reales contra el ambi inseguro. A los burócratas no les importa una mierda nada a menos que comience a afectar a una cifra significativa de sus electores. —Marcus respiró hondo—. Estoy seguro de que puedes adivinar qué pasó a continuación.

—Los sellos se rompieron —dijo Corbin. Marcus asintió—. Lo siento. —Lo sentía de verdad, por Sita. Por lo menos un accidente con ambi era una muerte rápida. Era probable que la mujer no hubiera tenido siquiera tiempo de darse cuenta de que algo iba mal. Aun así, por muy triste que fuera el relato, no abordaba el asunto importante—. Esto no explica por qué tuviste la necesidad de clonarte.

—¿No? —repuso Marcus—. Sita ya no estaba, y con ella mi única oportunidad de tener la familia que había creído que jamás tendría. Enterré todos los pensamientos sobre ella y me centré en el niño que podría haber tenido.

—Podrías haber adoptado.

—Quería que fuera carne de mi carne. La prueba de que alguien me amó lo suficiente para crear una nueva vida conmigo.

Corbin bufó.

—Podrías haber buscado una madre de alquiler. Podrías haber conocido a otra persona.

—Sí, estoy seguro de que pensarías con esa claridad si estuvieras llorando la muerte de tu esposa —espetó Marcus.

Ahí. Ese era el padre que Corbin conocía. Por lo menos ahora estaba en terreno familiar.

—Y bien, ¿dónde lo hiciste? —preguntó—. ¿Dónde está el tanque donde me incubaste?

—Sutura. Cogí todo lo que Sita y yo habíamos ahorrado y fui a Sutura.

—Sutura. Estupendo. —Sutura era una colonia marginal donde se refugiaba la parte más oscura de la comunidad de modifs. Incluso una simple visita a Sutura era suficiente para ser interrogado y

acabar en una celda una temporada si alguien en la CG se enteraba del viajecito. No existían muchos motivos legales para visitar ese lugar.

—Después de que tú… Bueno, después de que existieras, me quedé unos meses más, y luego te traje a casa.

—¿Cómo explicaste el bebé?

—Dije que había conocido a una mujer en Puerto Coriol. Compartimos una noche juntos, y lo siguiente que supe es que tenía un hijo. Dije que tu madre no se podía hacer cargo de ti, así que te llevé conmigo a casa. Escogí un proceso gestativo sin aumentos, por lo que de hecho tardaste nueve meses en formarte por completo y creciste a un ritmo normal. No había motivos para que nadie pusiera en duda la historia. Mi familia lo atribuyó a que yo seguía de duelo, pero ya sabes que tampoco hablo mucho con ellos. Y en cuanto a la familia de Sita… no quisieron saber nada más de mí tras aquello. Para empezar, nunca les caí bien, y supongo que tampoco les gustó la idea de que compartiese la cama de otra persona tan pronto tras la muerte de su hija.

Corbin alzó la mano. El antiguo drama familiar era la última de sus preocupaciones.

—Has dicho proceso gestativo sin aumentos. ¿Hay algo en mí que fuera aumentado? —Doctor Chef le había dicho que no había nada fuera de lo común en su cuerpo, pero quería estar seguro.

Marcus negó con la cabeza.

—No. El tec que hizo… El tec que contraté trató de convencerme una y otra vez para que añadiera algunas alteraciones, pero me planté. Eres igual que yo, defectos y todo.

Corbin se inclinó hacia delante.

—Ese es el motivo, ¿no es así?

—¿Ese es el motivo de qué?

—Nunca toleraste los errores. Un portaobjetos roto, un calcetín sucio en el suelo, una taza de zumo derramada. No importaba mi buen comportamiento en la escuela, o lo buenas que fueran mis notas. Llegaba a casa con una hoja de calificaciones repleta de

«excelentes» pero en lo único que te fijabas era en el «suficiente» suelto.

—Solo quería que fueras lo mejor que podías ser.

—Lo que tú querías —dijo Corbin lentamente—, era que yo mejorara todos los errores que habías cometido. No querías que yo fuera yo mismo. Querías que me convirtiera en una versión mejorada de ti.

—Creí…

—¡Era un crío! ¡Los críos cometen errores! Y eso tampoco cesó cuando crecí, ni una sola vez te detuviste para decirme que estabas orgulloso de mí o que había hecho algo bien. Era un experimento para ti. Nunca estuviste satisfecho con resultados positivos, seguías buscando los defectos que causaban información defectuosa.

Marcus permaneció en silencio un buen rato.

—Estoy orgulloso de ti, Artis —dijo—. Aunque estoy seguro de que decírtelo ahora es muy poco, y llega muy tarde. No puedo volver atrás y ser un padre mejor. —Volvió a mirar a Corbin—. Sin embargo, hay una cosa de la que me alegro mucho.

—¿De qué se trata?

Su padre sonrió con tristeza y miró alrededor, a la estéril sala de la prisión.

—De que sea yo el que está aquí dentro, y no tú. —Suspiró—. Me dijeron que tienes que volver a solicitar la ciudadanía.

—Sí, estoy ligado a una de mis compañeras de tripulación durante el próximo estándar.

—Tienes suerte —dijo Marcus—. Aparte de Sita, nunca tuve amigos que hicieran algo así por mí.

Corbin se agitó en la silla.

—No es mi amiga —dijo—. Me detesta, de hecho. Es solo que no hasta el punto de dejarme morir en una prisión quelin.

—No te subestimes, Artis. Incluso los cabrones insoportables como nosotros merecemos compañía. —Sonrió torcidamente—. Eso es una cita de mi mujer, por cierto.

Corbin exhaló algo parecido a una risa.

—Me habría gustado conocerla —dijo. Entonces pensó en algo—. Aunque si hubiera vivido, yo no existiría.

—No —dijo Marcus—. Pero me alegro de que existas.

«¿En serio? ¿La habrías cambiado por mí, de haberlo sabido?».

—¿De cuánto es tu sentencia?

—Doce estándares. Seré un viejo cuando salga. Pero estaré bien. De momento me han tratado bien. Y tengo una celda para mí solo. Por fin puedo ponerme al día con mis lecturas.

Corbin vio una mancha seca de algas en la mesa. Era algo sobre lo que concentrarse.

—Una cosa más —dijo, rascando la mancha.

—¿Sí?

—Mi cumpleaños. ¿Es la fecha de mi nacimiento? O la fecha de cuando me sacaron del tanque, supongo.

—Sí. ¿Por qué?

—No lo sé. Me había estado incordiando el detalle. —Pasó la vista por el laboratorio—. Tengo que volver al trabajo.

—Sí, por supuesto —dijo Marcus—. De todas formas, los guardias me iban a cortar la llamada en breve. —Una mirada suplicante inundó sus ojos—. Quizá… ¿quizá podríamos…?

Se miraron el uno al otro. Entre ellos había más distancia que simplemente los píxeles y el espacio.

—No lo sé —respondió Corbin—. Puede.

Marcus asintió.

—Cuídate, hijo. —Se despidió con la mano. La imagen se desvaneció. Los píxeles se retiraron.

Corbin se quedó sentado, escuchando el latido zumbante de los tanques de algas. Tras un rato, recogió el escrib de la mesa. Abrió el registro y escribió una rápida entrada.

«25 de octubre. Sigue siendo mi cumpleaños».

—Estás pensativo esta noche —dijo Lovey.

—¿Lo estoy? —preguntó Jenks.

—Sí —respondió ella—. Tienes esa pequeña arruga entre los ojos que siempre te sale cuando le das vueltas a algo.

Jenks se frotó la piel entre las cejas.

—No sabía que era tan transparente.

—No para todos.

Jenks se reclinó contra la pared, suspiró y sacó del bolsillo la lata de junco rojo.

—Es este asunto de Corbin.

—Ah —dijo Lovey—. Creo que todos están todavía un poco conmocionados. Corbin no ha estado durmiendo bien. Se queda despierto hasta tarde accediendo a sus archivos personales. Sobre todo a fotografías de cuando era pequeño.

—Por favor, no me cuentes estas cosas —dijo Jenks, llenando la pipa—. Ya sabes que no me gusta fisgonear.

Lovey rio.

—No estás fisgoneando. Eso lo hago yo. Tú estás cotilleando.

—Oh, bueno, si solo es eso… —Encendió la pipa y aspiró aire a través de las hojas ardientes. El humo en los pulmones hizo que se le relajaran los hombros—. Pobre Corbin. No me puedo imaginar lo que será un golpe así. —Giró la cabeza y apretó la oreja contra la pared—. ¿Ese clic lo está haciendo tu enrutador de sinapsis terciario?

—Espera que lo compruebe… Funciona con normalidad.

—Mmm. No me gusta ese ruido. —Se encaró a la pared y retiró el panel de acceso. Pasó la mirada por el embrollo de circuitos parpadeantes del interior—. Sí, lo veo, justo ahí. La clavija se ha desgastado.

—Déjalo para mañana, Jenks. Te llevará horas, y has estado trabajando todo el día.

Jenks frunció el ceño.

—Vale, pero despiértame si detectas algún hueco en la memoria.

—Estaré bien —aseguró Lovey con afecto—. Ni siquiera puedo notar que nada vaya mal. —Jenks colocó el panel. Lovey siguió

hablando—: No creo que sea Corbin lo que te molesta.

—¿No?

—No.

—Entonces, ¿ qué es?

—No lo sé, pero ojalá me lo dijeras.

Jenks suspiró y exhaló el humo. Las pequeñas lámparas de trabajo situadas encima proyectaban haces de luz que atravesaron los remolinos.

—He estado pensado en tu kit corporal.

Lovey hizo una pausa.

—Hay gato encerrado y no me has dicho nada.

—No —dijo Jenks, retirándose la pipa de la boca—. No hay gato. Todo este tema es tan respetable como puede serlo en las cosas del mercado negro. Incluso el precio es justo, a fin de cuentas.

—Entonces, ¿qué te preocupa?

—El padre de Corbin. Ese tío seguro que se gastó una fortuna en clonarse. De algún modo, tuvo cuidado no solo de que Corbin nunca lo descubriera, sino de que la ley tampoco. Y se salió con la suya durante décadas. Corbin es más que aceptable. Es real. Sin alteraciones, sin mejoras. Demonios, ni siquiera Doctor Chef se dio cuenta hasta que lo buscó a propósito. Y aun así…

—Y aun así lo pillaron.

—Exacto. Tras todo ese dinero y toda esa planificación, el pobre cabrón está encerrado en la cárcel y Corbin ha perdido su ciudadanía. Y eso después de que le pegaran una paliza tremenda los putos quelin. —Se levantó—. Mira, siempre hemos sabido que conseguir un kit sería arriesgado. Pero no estoy seguro de haber pensado realmente en lo que implicaba. Quiero decir, vale, la cárcel sería una mierda, pero siempre me había imaginado que, si la ley me pisaba los talones, podía llevarte a Grillo, o quizá a un planeta fronterizo cualquiera. No sería perfecto, pero estaríamos a salvo. Pero todo este lío con Corbin me ha hecho pensar en lo que pasaría en realidad si nos atrapan. Digamos que me descubren con el kit antes de que pueda cargarte en él. Vale, iría a la cárcel, don

Crujiente iría a la cárcel, pero tú estarías bien. Seguirías aquí, en la *Peregrina,* con todos nuestros amigos. Kizzy podría cuidar de ti hasta que Ashby consiguiera un nuevo técnico de componentes, y seguirías aquí cuando me soltaran. Pero ¿y si no nos cazan hasta mucho más tarde, cuando ya estés en el kit? ¿Y si, no sé, pasan diez años y dejamos de ser precavidos? ¿Y si uno de nosotros dice algo que no debe a la persona equivocada, o si los bioescáneres son tan buenos que ven lo que eres en realidad? ¿Y si nos detienen los quelin otra vez y hacen un escáner de sangre? Yo iría a la cárcel en cualquier caso, pero a ti te desmontarían, Lovey. Cuando cumpliera mi sentencia, tú ya no estarías. No habrías ido a otro lugar, a algún sitio donde supiera que estás bien. Es que ya no estarías.

Lovey hablo en voz baja.

—El kit ya está en camino, Jenks.

—Lo sé.

—Y no te van a devolver el dinero.

Jenks suspiró.

—Lo sé. Pero eso no me arruinará. Y, además, puede que todavía podamos usarlo. Quizá las leyes cambien en el futuro. Podemos esperar hasta que sea más seguro. O hasta que dejemos la nave, o algo.

—También era mi decisión, ¿sabes? No me empujaste a ello.

—Lo sé. Y no te diré que no, si es lo que quieres. Pero tengo miedo. Empiezo a pensar que quizá quería esto con tantas ganas que no me permití reconocer lo peligrosísimo que es. —Se miró las manos—. Por muchas ganas que tenga de abrazarte, no sé si vale la pena el riesgo de perderte para siempre. Quizá es mejor dejarlo estar y saber que no hay posibilidad de que nadie se te lleve.

La sala quedó en silencio, o tan silenciosa como podía estar. Los filtros de aire siseaban. El sistema de refrigeración que rodeaba el núcleo de Lovey zumbaba.

—Jenks, ¿recuerdas cuando hablamos de esto por primera vez? ¿Cuando te dije todos los motivos por los que quería tener un cuerpo?

—Claro.

—Mentí cuando dije que no era por ti. Por supuesto que es por ti. Creo que presentará algunas oportunidades maravillosas, y lo imagino como una buena vida. Pero siempre, siempre fue por ti. No hubiera pensado en hacerlo de otro modo, no en serio.

—Pero… Dijiste… Tus pros y contras…

—Eran cosas que pensé tras decidir que esto era algo que te merecías. Nunca lo habría mencionado de haber pensado que me haría infeliz. Tengo algo de respeto por mí misma, después de todo. Pero sí, era por ti. Y si te asusta más de lo que te emociona, entonces no vale la pena. Soy feliz aquí. Soy feliz contigo. ¿Me gustaría tener un cuerpo? Sí. ¿Estoy dispuesta a afrontar los riesgos? Sí. Pero estoy bien así, y si tú también, entonces quizá está bien por ahora. No para siempre, quizá, pero no tenemos que apresurarnos. Puedo esperar a que la galaxia de ahí fuera se vuelva un poco más tolerante.

Jenks tragó saliva.

—Lovey, no es que yo… Quiero decir, lo deseo tanto, es solo que…

—Calla. Acércate.

Jenks vació la pipa, la guardó en la lata, y se acercó al pozo. Recogió el jersey que había en el suelo.

—Déjalo —dijo ella.

Oyó apagarse los sistemas de refrigeración.

—No mucho tiempo —murmuró.

Se quitó la ropa y entró en el pozo, como había hecho tantas veces. Se sentó con la espalda apoyada en el núcleo, con la piel desnuda bañada por el resplandor. Sin el aire frío, parecía luz solar, solo que más suave.

—Siempre comprenderé tu necesidad de encontrar a alguien que pueda darte algo más que esto —dijo Lovey—. No te lo tendría en cuenta. A veces me preocupa estar impidiéndote tener el tipo de vida que un sapiente orgánico debería tener. Pero si escoges esto por voluntad propia, entonces no necesito un cuerpo, Jenks.

Siempre hemos estado juntos sin que tuviera uno. No sé cómo amarte de ningún otro modo.

Él apretó más la espalda contra ella, apretó las plantas de los pies, los hombros, las palmas, tratando de hundirse todo lo posible en ella. Se giró y le acercó los labios. Besó el suave y cálido metal.

—No hay motivo alguno para cambiar lo mejor que he tenido nunca.

Nodo de identificación: 9874-457-28, Rosemary Harper

Fuente de datos: Archivos de Referencia de la Confederación Galáctica (Público/klip)

Búsqueda de archivo: Relaciones humanos/quelin

Mostrar: principales

Resultados principales:

Lista de acuerdos comerciales quelin

Lista de leyes quelin referentes a especies no quelin

Lista de leyes de inmigración quelin

Lista de leyes de deportación quelin

Lista de leyes quelin referentes a la copulación/las familias interespecies

Audiciones de Membresía de la Confederación Galáctica (Humano, CG Estándar261)

Representantes actuales en el Parlamento de la CG (Quelin)

Comparativa anatómica [Humano: Quelin]

Resultado seleccionado: Audiciones de Membresía de la Confederación Galáctica, archivo público 3223—3433-3, registrado el 33/261 (texto resaltado–representantes quelin)

Encriptación: 0

Traducción: 0

Transcripción: [vid:texto]

A pesar de las diferencias entre nuestras especies y culturas,
existe un orden que todos debemos seguir. El desarrollo de una civilización es un suceso planeado. Las mentes se unen para crear nueva tecnología, entonces la

mejoran, y después la mejoran todavía más. Si no se puede conseguir armonía, la civilización se derrumba. Si emergen ideas incompatibles unas con otras, la civilización se derrumba. Si una civilización no puede unirse ante amenazas exteriores, esa civilización se derrumba.

Los eruditos sobre la vida sapiente mencionan que todas las civilizaciones jóvenes pasan por etapas de desarrollo similares antes de estar preparadas para abandonar sus planetas de nacimiento. Quizá la etapa más crucial es la del «caos intraespecie». Esta es el terreno de prueba, la incómoda adolescencia en que una especie aprende a unirse a escala global o se disuelve en facciones enfrentadas condenadas a la extinción, ya sea por guerra o por desastres ecológicos demasiado graves para afrontarlos estando divididos. Hemos visto representarse esta historia en incontables ocasiones. Cada uno de nosotros en este Parlamento puede hablar sobre las guerras planetarias y las dificultades políticas de nuestros ancestros, y aun así lo superamos para alcanzar las estrellas. Todos conocemos las historias de los Kohash, los Danten Lu, y los más recientes, los Grum. Especies destruidas que carecían de disciplina para ver más allá de sí mismos y contemplar la siguiente etapa evolutiva.

Los humanos habrían podido compartido este destino. Abandonaron su planeta no como unidad, sino fragmentados. Cuando su planeta empezó a morir, los ricos abandonaron a los empobrecidos y buscaron refugio en Marte. Cuando los cadáveres se apilaban, aquellos que quedaban en la Tierra formaron la Flota Éxodo, pero no se dirigieron hacia sus compañeros marcianos, sino al vacío del espacio. No tenían destino, ni estrategia alguna que no fuera escapar. De no ser por una diminuta sonda aeluona, la Flota habría muerto con toda probabilidad, y me parece improbable que los marcianos hubieran adquirido el modesto nivel de prosperidad del que ahora disfrutan sin tomar prestada la tecnología de la CG.

¿Y qué hay de ellos ahora? ¿Qué les ha enseñado esta experiencia? Nada. Siguen dispersándose. Miembros de la Flota se han marchado para formar colonias independientes, no porque ello aporte riquezas o recursos a la Flota, sino porque quieren. Es posible que los marcianos y los exodanos hayan cerrado sus antiguas heridas, pero la división del espíritu perdura. ¿Y qué hay de las colonias marginales construidas por humanos que no quieren tener nada que ver con la Diáspora o la CG? ¿Qué hay de los hostiles cultistas gaianos en la Tierra, cazando manadas de animales en un entorno frágil?

Lo que quiero decir, compañeros representantes, es que los humanos son una especie adolescente, fracturada y renqueante que ha saltado a la vida estelar no por mérito propio sino por suerte. No han avanzado desde el caos intraespecie. Se han saltado un paso vital que el resto de nosotros tuvimos que dar. Al concederles membresía en la Confederación Galáctica, los estaremos proveyendo no de una nueva vida, sino de una muleta en la que apoyarse. Los exiguos recursos que puedan ofrecernos no valen el riesgo que supone permitir un elemento tan

inestable en nuestro espacio compartido. La CG ya ha malgastado suficiente en ayudar a esta especie menor a escapar a las adversidades en las que se había metido ella misma. Por lo tanto, os pregunto, ¿qué beneficio obtenemos en convertir a los humanos en uno de los nuestros? Si no son recursos, o conocimientos, o fuerza militar… ¿qué queda?

Día 121, CG Estándar 307

HEREJÍA

—Hola, jefe —dijo Kizzy al entrar en la oficina de Ashby. Llevaba subidas las mangas mugrientas y los guantes metidos en un bolsillo delantero del mono. Sostenía una pieza de tec polvorienta.

—Solo me llamas «jefe» cuando necesitas algo —dijo Ashby.

—Necesito algo. —Levantó la pieza—. Esto es un regulador térmico. Es lo que ayuda a mantener la temperatura del estasis.

—Asumo que está roto, ya que no está conectado al estasis ahora mismo.

Kizzy asintió con tristeza.

—Doblaron las campanas por este pobrecito.

—¿Tenemos otro a mano?

Kizzy negó con la cabeza con expresión de disculpa.

—No es el tipo de material que guardo en el almacén. Mi cerebro está ocupado asegurándose de que tenemos piezas de repuesto para el soporte vital y el motor. Lo siento. No pensé en ello.

Ashby hizo un gesto quitándole hierro al asunto.

—Estaría más preocupado si priorizaras el estasis al motor. No espero que guardes piezas de repuesto de absolutamente toda la tec que usamos. —Se frotó la barbilla. Necesitaba afeitarse—. Y bien, ¿qué implica esto en cuanto al estasis?

—El campo de estasis puede aguantar sin el regulador. Tiene un sistema de emergencia para asegurarse de que la comida no se pone mala mientras consigues un recambio. Pero sin el regulador, va a hacer *bleh* al cabo de un tiempo, sin remedio.

—¿Cuánto es «un tiempo»?

—Cuatro días, quizá cinco. No nos moriremos de hambre ni nada parecido si falla, pero creo que estaría bien tener algo de comida fresca desde aquí a Hedra Ka.

Ashby asintió. Pasar treinta días comiendo tortitas de harina de gusano y raciones deshidratadas no sonaba demasiado apetitoso, y no había garantía de encontrar un sitio para reabastecerse antes de llegar a Hedra Ka. ¿Qué comían los Toremi?

—Cuatro días no es tiempo suficiente para que llegue un dron de reparto.

—Lo sé. Puede que esta vez estemos en la mierda. Sin embargo. —Se tanteó la parte trasera de los muslos para asegurarse de que no tenía mugre de las máquinas pegada. Al verse la mano limpia, se sentó en una silla frente a Ashby—. Sissix dice que hay una colonia en una roca, no muy lejos de aquí. Apareció ayer en el escáner. No sabe qué es, no sale en ninguno de sus mapas. Pero queda a medio día de distancia. Podríamos aparcar la nave allí, bajar en transbordador y echarles una visitilla, visto y no visto.

—Estamos en la mismísima frontera de la CG. Seguro que es una colonia marginal. —Llamar a la puerta de una colonia fronteriza sin identificar no era algo que le apeteciera especialmente.

—Mmm-mmm. Pero puede que tengan tec que me sirva.

—Es un «puede» gigantesco. Puede que no tengan nada.

—Ya, excepto que se trata de un planeta errante. No tiene estrella que le dé calor. Por eso precisamente lo detectó Sissix, tiene satélites que proporcionan luz solar artificial. Y los mantienen en marcha absorbiendo ambi directamente de una nebulosa cercana.

Ashby levantó las cejas.

—Eso es tecnología de altísimo nivel.

—La tec en sí misma no es tan sofisticada, pero lo que quiero saber es cómo han calibrado sus recolectoras para trabajar dentro de una nebulosa. Hay un motivo por el que el ambi se cosecha alrededor de agujeros negros: ahí está concentrado. Los tecs de la CG no han descubierto un modo de recolectar pequeñas bolsas sin arruinarse. —Se mordió los labios, pensativa—. En cualquier caso, si

pueden cosechar ambi en una nebulosa, me apuesto las botas a que también tienen tec más simple. —Hizo un gesto hacia el regulador.

Ashby asintió en silencio.

—¿Alguna señal de a quién pertenece esta colonia?

—No. Pero no es humana.

—¿Por qué no?

Kizzy lo miró con ironía.

—Colonia marginal o no, si los humanos hubieran puesto las zarpas en una tec de este nivel, es imposible que no nos hubiéramos enterado ya. Serían tan ricos que daría asco.

Ashby repiqueteó con los dedos en la mesa.

—¿Alguna nave alrededor? ¿Armas desplegadas?

—No. No hay armas. Lo hemos comprobado. Ni naves, ni orbitales, ni muelles de aterrizaje. Aparte de los satélites, el cielo está muerto ahí fuera.

Ashby pensó por un momento.

—De acuerdo. Pero seamos precavidos. No quiero dirigirme allá hasta que no sepamos quiénes hay ahí abajo. —Hizo un gesto hacia la pantalla de píxeles para despertarla—. Oye, Lovey, quiero que abras una señal sib hasta ese planeta errante. Avísame si alguien contesta.

—Enseguida —respondió ella.

Kizzy arrastró su silla hasta el lado de Ashby y observó la pantalla con atención.

—Kizzy, no ocurre nada —dijo Ashby—. Puede que no respondan en un buen rato. Puede que no respondan en absoluto.

—¡Es emocionante! Es como salir a pescar o algo por el estilo, esperar a que algo pique.

Ashby la miró de reojo.

—¿Cuándo has salido tú a pescar?

—Lo hago todo el tiempo en Batalla de Hechiceros. —El indicador del sib se encendió. Kizzy se echó encima de la mesa, señalando—: ¡Mira! ¿Lo ves? ¡Han picado! ¡Han picado!

Ashby pasó una mano por encima del hombro de Kizzy y la empujó de vuelta a la silla.

—Yo hablaré, ¿de acuerdo? —Lo último que necesitaba era que Kizzy armase un lío con un colonista marginal nervioso.

Hizo un gesto para descolgar la llamada. Un alienígena apareció en pantalla. Ashby se quedó boquiabierto. Era un sianat. Pero no uno como Ohan. Este sianat había dejado que le creciera el pelaje. No se había afeitado fractales ni patrones sagrados. Había algo alerta en su postura, nada parecido a la actitud permanentemente relajada de Ohan. Sus rostros mostraban cierta laxitud, y tenían el pelaje muy fino. Aunque Ashby no podía hacer suposiciones sobre especies de las que sabía poco, no podía quitarse de encima la conclusión obvia.

Aquellos sianat eran viejos.

—Hola —dijo Ashby, sacudiéndose la sorpresa—. ¿Habláis klip?

Los sianat hablaron con el mismo cloqueo parecido al de un ave que Ashby había oído a veces a Ohan. Cuando abrieron la boca, Ashby vio que no tenían los dientes limados. Era como mirar al interior de una cueva llena de estalagmitas afiladas. Los sianat le hicieron un gesto a Ashby, cloqueando mientras miraban hacia la sala tras ellos. A pesar de no estar familiarizado con otros sianats, entendió su comportamiento: «Espera. Deja que busque a alguien que pueda hablar contigo».

—Ashby —susurró Kizzy.

—Lo sé —contestó Ashby, susurrando a su vez.

—Estoy tan contenta de estar aquí —dijo ella, apoyando la barbilla en los puños.

Movimiento en la pantalla. El primer par sianat dejaron espacio a otro. El cuerpo de estos era del mismo tamaño, pero de forma distinta. Tenían cierta robustez en la cintura y los hombros, una cierta agudeza afilada en los ojos y la mandíbula. Su fisionomía difería bastante de los primeros sianat (y de Ohan), y Ashby concluyó que era de diferente sexo. Mientras los dos sianats intercambiaban sus lugares, el primer sianat tocó al segundo en el

hombro. Se tocaron. Ashby pensó en la forma en que Ohan se apartaban de la tripulación cuando se cruzaban con ellos en el pasillo, y cómo apenas toleraban que Doctor Chef los tocara con las manopiés durante el examen médico. ¿Quién era esta gente?

—Buenos días —dijo la nueva sianat. Su acento era denso como el combustible. Ashby se fijó en que esta sí tenía los dientes limados—. Me llamo Mas. Disculpa mis palabras, hace mucho que no hablo klip.

Ashby sonrió, y habló despacio.

—Me llamo Ashby. Soy el capitán de una nave tuneladora. Ella es Kizzy, nuestra tec mecánica.

Mas ladeó la cabeza.

—¿Tuneladora? Sí, sí, sé de tuneladoras. —Soltó una risita aguda—. Sé mucho de tunelación.

«Sé», no «sabemos». Ashby lo observó con atención.

—Disculpa, Mas. No quiero ser maleducado, pero… ¿no sois un par?

—No —respondió Mas. Había orgullo en las… en la voz, inconfundible, incluso con el acento—. Aquí nadie lo es. Somos una colonia de solitarios.

—Herejes —dijo Kizzy boquiabierta.

Ashby la fulminó con la mirada, pero Mas no pareció ofenderse.

—Herejes, sí —respondió—. ¿Tenéis a un par en vuestra nave?

—Sí —respondió Ashby—. Nuestro navegante.

—Yo fui navegadora hace tiempo, para harmagianos —dijo Mas—. Antes de aquí… Antes de estar aquí. Hablo mal. Disculpad.

—No tienes que disculparte, te entiendo. —Ashby reflexionó sobre lo que había dicho Mas. Esperaba no estar ofendiendo a Ohan solo por hablar con esta persona—. Nuestro navegador no sabe que estamos hablando contigo. Ni siquiera sabíamos quién estaba ahí abajo antes de llamar con el sib.

—¡Vaya! Pensé… No, nada. —Mas gorjeó—. ¿Cuál es vuestra necesidad?

Kizzy apartó a Ashby de un codazo.

—Necesito alguna tec —dijo, levantando el regulador roto—. Nada sofisticado, solo algo para arreglar nuestro estasis.

—¡Ah, vuestra comida! Tenéis que arreglar la comida. —A la sianat pareció resultarle gracioso.

Al mencionar la comida, Ashby pensó en los tubos de pasta nutritiva de Ohan.

—Seguramente no tenéis tec de estasis, ¿no?

—Comemos —dijo Mas—. No engullimos pasta como pares. Venid, encontraremos tec. Puede que tengamos que golpearla un poco para que funcione, pero a los tecs les gusta golpear cosas, ¿sí?

Kizzy rio.

—Sí, nos gusta.

—¿Tenéis lanzadera?

—Sí.

—Bien. Nuestras naves son viejas como nuestras palabras. —Hizo un gesto hacia la pantalla. Apareció una serie de coordenadas de aterrizaje—. Y debemos hablar sobre vuestro par. ¿Están con Declive?

—Así es —respondió Ashby.

—No por mucho —dijo Mas—. Bajad, bajad, hablaremos. Pero no digáis al par que venís. No… No les gustará.

La pantalla se oscureció.

Rosemary había visto tan poca variación en los estados anímicos de Ohan (por no hablar de verlos irrumpir en su despacho) que tardó un momento en darse cuenta de que el par estaban furiosos. Los ojos abiertos como platos, la respiración jadeante.

—¿Dónde han ido? —preguntaron con voz estridente.

Rosemary, que estaba atareada organizando facturas, no supo qué decir.

—¿Quién? —preguntó estúpidamente, aunque sabía a quién se referían Ohan. Ashby había venido a verla dos horas antes, y le dijo que él y Kizzy volaban a no sé dónde y que Ohan no debían

enterarse. A Rosemary le pareció extraño que le pidiera discreción. ¿Cuándo habían hablado Ohan con alguien? Y a pesar de todo, ahí estaban, de pie ante su mesa, con un aspecto incómodamente carnívoro. Para Rosemary, Ohan siempre habían sido achuchables, como un peluche. Pero no ahora. Los hombros de Ohan estaban echados hacia atrás; el cuello, crispado; la mirada, salvaje. Aquel Ohan le daba miedo.

Hicieron un gesto de irritación.

—Nos despertamos y el motor estaba parado. Descubrimos que la lanzadera ya no estaba. Sabemos qué región del espacio es esta y nos dirás si Ashby ha ido a ver a los herejes.

Rosemary tragó saliva con dificultad. Seguir las instrucciones de Ashby era una cosa, pero ya no tenía sentido mentir.

—Sí —respondió.

De la garganta de Ohan brotó un bramido.

—¿Por qué? —gritaron, presa del pánico.

—Kizzy necesitaba tec —dijo Rosemary, manteniendo la voz calmada. Pensó que quizá, si podía mostrarse lo bastante tranquila, sería capaz de tranquilizar a Ohan—. Algo para el estasis roto. Fueron a por una pieza de repuesto.

El desconcierto apagó algunas llamas en los ojos de Ohan.

—¿Tec? —preguntaron—. ¿Han ido a por tec?

—Sí.

Ohan echaron la cabeza hacia atrás.

—¡No importa! ¡Les llenarán la cabeza con mentiras!

—¿Quién?

—¡Los herejes! —Una expresión de terror les cruzó la cara—. Nuestros tripulantes. Volverán contaminados.

—Recibirán el fogonazo al volver, como siempre.

—Sí, pero… —Ohan menearon la cabeza y se calmaron—. Tengo que hablar con Lovelace, tiene que actualizar la base de datos de contaminantes. —Sin previo aviso, las piernas de Ohan flojearon. Se agacharon agarrándose al borde de la mesa de Rosemary y trataron de recuperar el aliento.

—¡Ohan! —Rosemary corrió a su lado. Por instinto quiso tocarlos, pero se contuvo al recordar de quién se trataba. «Nada de contacto físico sin permiso»—. ¿Puedo ayudarte?

—No —susurraron Ohan—. Estamos bien.

La vox se encendió.

—Avisaré a Doctor Chef —anunció Lovey.

—No, por favor —pidieron Ohan. Se pusieron de pie con manos temblorosas—. Es el Declive. Es como debe ser. —Respiraron hondo, se estremecieron—. Llama a Ashby. Dile… Dile que coja su tec y se marche. Dile que no escuche las mentiras de los herejes. Son veneno. Los herejes… Los herejes quieren acabar conmigo.

Rosemary oyó el andar pesado de Doctor Chef por el pasillo. Por el ruido parecía que corría sobre seis extremidades.

—Ohan, no importa lo que digan esas personas, nadie en esta nave va a hacerte daño.

Los enormes y oscuros ojos de Ohan se posaron en Rosemary.

—Puede que no quieras. Pero lo harás.

—No me gusta este sitio —dijo Kizzy, con la boca llena de langostinos de fuego—. Es triste.

Ashby trasteaba con los controles de navegación, ajustando la aproximación al planeta errante. La superficie estaba congelada, cubierta de una capa quebradiza de hielo. La cálida luz de los satélites se concentraba en una amplia zona circular de roca desnuda, demasiado perfecta para ser natural. Desde su punto de vista aventajado, Ashby se fijó en unos oscuros edificios agrupados con forma de burbuja construidos donde la luz era más potente. No había otros asentamientos, por lo menos no que pudiera ver.

—No sé —contestó—. Tienen esos satélites solares, y se nota que les va lo bastante bien para tener un ascensor espacial. Los ascensores espaciales no son una prioridad cuando estás hambriento o no tienes refugio.

—Claro —repuso ella—. Pero eso no quita que estén ahí aislados, sin estrella ni luna para hacerles compañía. El cielo está vacío. —Hizo un cono con la bolsa de los langostinos de fuego, echó la cabeza hacia atrás y se vació el contenido en la boca.

—Estás dejando migas por todas partes.

—¿Quién se encarga de limpiar la lanzadera? —Hincó un pulgar en su pecho—. Esta chica.

—No se trata de eso. —Ashby la miró—. ¿Recuerdas cuando tuviste que limpiar langostinos de fuego del filtro de aire?

La expresión de Kizzy se endureció al recordar. Cerró la bolsa muy seria.

—Hasta luego, mis deliciosos amiguitos.

La vox se encendió con un chasquido. Una IA empezó a hablar en ciretou, el idioma suave y evocador de los sianats.

—Disculpa —comenzó Ashby—. No te entendemos.

La IA se interrumpió un instante y cambió a klip.

—Saludos, viajeros. Por favor, conducid vuestra lanzadera al muelle de aterrizaje 4. Una vez que hayáis aterrizado, proceded hacia la entrada del ascensor. Si sois incapaces de caminar por vosotros mismos, o si requerís atención médica, sed tan amables de informar de ello ahora. Si sois incapaces de hablar, por favor, activad el interruptor de emergencia de…

—Estamos bien, gracias —cortó Ashby.

—Aterrizad a salvo, por favor —dijo la IA—. Vuestro viaje ha finalizado.

La vox se apagó.

Kizzy retiró los pies del panel y se quedó mirando la vox.

—Eso ha sido raro. ¿Por qué no íbamos a ser capaces de…? —Asintió—. Claro. Algunos de los pares que llegan aquí deben de estar muy enfermos.

—Creo que tienes razón, Kiz —dijo Ashby; condujo la lanzadera hacia el muelle de aterrizaje.

—¿Sobre qué?

—Es un sitio triste.

Cuando la lanzadera se detuvo por completo, se colocaron los exotrajes y fueron hasta la escotilla. Tras un breve escáner, les permitieron entrar. Caminaron por un pasillo vacío y subieron a uno de los ascensores.

—No puedo con esto —susurró Kizzy con un hilo de voz, por el vox del exotraje.

—¿Qué? ¿Te refieres a lo que queda? —Los cables del ascensor espacial eran los más cortos que Ashby había visto nunca, con mucha diferencia. Dudaba que les llevara más de una hora alcanzar la superficie.

—Sí. Es que… quiero decir, hostia puta, ¿cómo han construido esto? Esta cosa no debería funcionar. Y ni siquiera hablo de tec, sino de gravedad. —Apretó la nariz contra la ventana—. Quiero desmontarlo para ver qué hay dentro.

—Espera hasta que hayamos alcanzado la superficie, al menos —dijo Ashby, y se sentó en uno de los bancos. Se removió, tratando de acomodarse. La curva de los duros cojines no estaba diseñada para una columna vertebral humana.

El ascensor empezó a descender con un tirón repentino. Pasó una hora sin que nada más ocurriera. Cuando el ascensor llegó cerca de la superficie, una violenta ráfaga de nieve golpeó contra la ventana. La vista los hizo estremecerse a pesar de la calidez de sus exotrajes.

—Alucina —dijo Kizzy—. Menos mal que no trajimos a Sissix.

—También se habría puesto un traje.

—Ya, pero creo que la mismísima idea de la nieve le ofende. Mira este sitio.

Ashby miró. Enormes franjas de hielo vetusto, afilado y descorazonador se extendían hasta donde alcanzaba la vista. El aire estaba tan saturado de nieve que casi no podían distinguir el asentamiento de debajo. Ni una sola carretera, y si había puertas, Ashby no las vio. El ascensor bajaba directo al propio asentamiento: un grupo de cascarones protegidos, construidos sobre la roca oscura. Tuvo la sensación de que la función de los satélites solares

no era la de proveer luz visible, sino evitar que el pueblo se congelara.

—¿Por qué aquí? —preguntó Kizzy—. ¿Por qué vivir aquí?

«Herejes. Exilio».

—No creo que tengan elección. —La luz cambió cuando el ascensor penetró en el asentamiento, convirtiéndose en algo más acogedor. Ashby vio por la ventana un pasillo circular construido con un pulido metal plateado. Parecía limpísimo. Dentro de su casco se encendió una luz que indicaba que el aire a su alrededor era respirable, pero se quedaron dentro de los trajes de todas formas. Un planeta marginal quería decir que no había información confiable de la CG sobre enfermedades locales. No había forma de saber qué clase de bichos podrían contagiarles estos tipos, o viceversa.

Las puertas del ascensor se abrieron. Kizzy y Ashby salieron. Mas los esperaba. Ashby notó al instante la gran diferencia entre su cuerpo y el de Ohan, y no solo en términos de dimorfismo sexual. A pesar de los efectos de la edad, no cabía duda de que era un individuo sano. Ohan parecía decrépito en comparación.

—Bienvenidos a Arun —saludó Mas, inclinando la cabeza—. Disculpadme, no conozco los saludos humanos.

—Estrechamos las manos —explicó Ashby.

—Mostrádmelo —dijo la sianat. Ashby cogió la mano de Kizzy a modo de demostración. Mas rio—. Toma —dijo, y extendió los largos dedos. Ashby los estrechó con su mano. Mas volvió a reír—. Son manos pequeñas, blandas —dijo, apretando la mano de Ashby a través del guante del exotraje.

—¿No conociste humanos cuando eras navegadora? —preguntó Kizzy.

—Todavía erais nómadas cuando estaba con los harmagianos —explicó Mas—. No había mundos humanos aparte de vuestra Flota. Me convertí en solitaria antes de que fuerais parte de la CG.

Ashby calculó. Si Mas era navegadora antes de que los humanos fueran parte de la CG, entonces…

Kizzy se le adelantó.

—¿Qué edad tienes?

Mas reflexionó.

—Ciento treinta y tres estándares —contestó—. Perdón, tuve que pensar. Medimos el tiempo de modo distinto.

Kizzy tenía la nariz casi tocando el casco. Aquello era interesantísimo.

—No sabía que podíais vivir tanto tiempo.

Mas volvió a reír.

—No solo esto —dijo—. ¡Podemos vivir mucho más! —Echó a andar y ellos la siguieron.

—¿Nos puedes contar algo de este lugar? —dijo Ashby.

—Esto es Arun —dijo Mas—. Vuestro par no os ha contado nada, ¿mmm?

—No.

—No, no. Los pares no hablan de este lugar. Es para herejes. —En su voz había un tono casi burlón—. Pero todos los sianat lo conocen. Si escapamos antes de la infección, o queremos romper, intentamos encontrarlo. No todos lo consiguen. Algunos se pierden. Otros están con el Declive y no pueden viajar tan lejos. Pero aceptamos a todos los que vienen. No rechazamos a nadie.

—Ya veo —dijo Ashby. Llegaron a un área amplia repleta de bancos curvos y macetas hidropónicas en las que crecían unos árboles extraños y retorcidos y flores enormes (Ashby apenas se podía imaginar lo que se habría emocionado Doctor Chef). Por encima se proyectaba un cálido cielo amarillento. Comparado con las llanuras heladas del exterior, aquello era el paraíso. Había sianats por todas partes, de todas las edades y tamaños, caminaban, pensaban, hablaban unos con otros. Se tocaban. Apartó la mirada de la plaza y volvió a fijarla en Mas—. Disculpa, ¿qué querías decir con «romper»? ¿Venís aquí si queréis romper el qué?

—Romper el par —dijo Mas—. Destruir el virus.

Ashby y Kizzy se miraron.

—¿Existe una cura? —preguntó Ashby.

—Por supuesto —contestó Mas—. Todas las enfermedades tienen cura. Tan solo hay que descubrirla.

—Pero… —dijo Kizzy con el ceño fruncido—. Perdona, no acabo de entender cómo funciona eso, pero si… Si perteneces un par, ¿pensarías siquiera en que te curen? ¿Acaso el Susurrante no te hace desear la unión?

—Haces buenas preguntas. Como una buena hereje. —Mas señaló un banco. Se sentaron junto a ella lo mejor que pudieron—. El Susurrante hace que el huésped se resista a romper. Pero algunos sianat pueden resistirse al Susurrante. Como yo.

—¿Eres… inmune? —preguntó Ashby.

—No, no —respondió Mas—. Tuve la enfermedad. Es necesaria para ser navegador. Pero resisto. El Susurrante tenía mi mente inferior, no mi mente superior. —Arrugó el rostro, pensativa—. ¿Sabéis qué es la mente inferior?

Ashby recordó haber oído a Ohan usar el término en una o dos ocasiones, pero como ocurría con casi todo, el sianat no se extendió en explicaciones.

—No.

—La mente inferior son las cosas fáciles. Las cosas animales. Cosas como caminar, contar, no poner la mano en algo caliente. La mente superior trata cosas como quiénes son mis amigos, en qué creo, quién soy. —Se dio unos golpecitos en la cabeza para enfatizar su explicación.

—Creo que lo entiendo —dijo Ashby—. Por lo tanto, el virus… El virus afecta al modo en que comprendes el espacio y los números, pero no al modo en que piensas sobre ti misma.

—Resisto —repitió Mas. Recapacitó—. ¿Resistente?

—Eres resistente —dijo Ashby—. Sí.

—Sí, sí. Es muy peligroso ser resistente. Aprendí a fingir. Imitar las palabras de los pares. Quedar mirando por las ventanas. —Gruñó—. Muy aburrido.

Kizzy rio.

—Siempre he pensado que parece aburridísimo —dijo.

—¡Lo es! Pero si eres resistente, debes mirar. No puedes dejar que otros sepan que finges. Los que mandan lo saben —dijo, inclinándose hacia ellos—. Saben que existen huéspedes resistentes. Pero si muchos supieran, lo arruinaría todo. Los sianat creen que el Susurrante nos escoge. Nos hace especiales. Nos hace mejores que vosotros. —Le dio un golpecito en el pecho a Ashby—. Pero si somos resistentes, una de estas dos cosas es cierta. O los sianats no son especiales, tan solo enfermos, y pueden evolucionar para resistir. O, lo segundo, una conclusión más sencilla para muchos, pero más estúpida: los resistentes son profanos. Rechazamos lo sagrado. Herejes. ¿Entiendes?

—Sí —respondió Ashby. Ahora sabía por qué Ohan eludían el tema a la más mínima mención de los solitarios. Era algo que podía destruir una cultura entera.

—Siempre quise romper —explicó Mas—. El Susurrante me permitía ver el espacio entre el espacio, pero estaba matando mi cuerpo. Mi mente superior quería vivir. Mi capitana era buena. Buena amiga. Confié en ella, le dije que era resistente. Cuando empecé el Declive, encontró un mapa.

—¿Para venir aquí? —preguntó Kizzy.

—Sí, sí. Llegué casi muerta. —Levantó las manos frontales y retorció los músculos. A Ashby se le encogió el estómago. Era una imitación perfecta de los temblores que había empezado a sufrir Ohan—. Estuve en el hospital durante… —Contó para sí—. Durante veinte días después de la cura. Doloroso, doloroso. —Sonrió y mostró las piernas delanteras—. Pero me hice más fuerte.

—Entonces, una vez que se cura el virus, ¿el Declive desaparece? —preguntó Kizzy. Ashby le dirigió una mirada furtiva. «Kizzy, no».

—Sí. Pero los cambios en la mente inferior no. Las… palabras, palabras… los… los pliegues en el cerebro permanecen. Todavía puedo navegar si quiero. Pero soy solitaria. Debo quedarme aquí.

—¿Por qué? —preguntó Ashby.

La sianat ladeó la cabeza.

—Soy solitaria. Somos herejes, no revolucionarios. Es nuestro modo de vida.

—Espera —dijo Kizzy—. ¿Todavía puedes navegar? ¿Curar el virus no elimina esa capacidad?

—Correcto.

—El ambi. Por eso descubristeis cómo cosechar ambi de la nebulosa, y cómo construir el ascensor espacial en miniatura. Porque todavía tenéis vuestros supercerebros.

Mas rio.

—Los pares no son inventores. Están demasiado descentrados, viven poco tiempo. Bueno para navegar y debatir teorías, pero malo para construir. Construir requiere muchos, muchísimos errores. A los pares no les gustan los errores. Les gusta mirar por las ventanas. Pero a los solitarios nos gustan los errores. Errar significa progreso. Construimos cosas útiles. Grandes cosas.

—Hala —dijo Kizzy. Tenía la mirada perdida, como cuando pensaba en un circuito roto o en el interior de un motor—. Entonces, esta cura. Es, digamos, ¿peligrosa?

—Kizzy —advirtió Ashby. No iban a seguir por ahí. Por mucho que quisiera, no iban a seguir por ahí.

—Pero Ashby, Ohan podría…

—No. No vamos…

Mas emitió un sonido desde lo profundo de su pecho.

—Ohan es vuestro par.

—Sí —suspiró Ashby.

—Nombre de poesía —dijo Mas—. Poético. —Observó a ambos—. Soy resistente. No sé cómo es la enfermedad para una mente que no resiste. Pero tengo amigos, pares rotos, que no eran resistentes. A veces incluso los pares buenos temen a la muerte y vienen a Arun. —Se inclinó acercándose más, demasiado—. Los pares rotos son diferentes, después. No son el niño que fueron antes de infectarse. Tampoco son par. Son algo nuevo. —Miró intensamente a Ashby con aquellos enormes ojos—. Son libres. Créeme, es mejor.

—No —dijo Ohan. No había enfado en su voz, pero habían retrocedido, retirándose todo lo posible de la mesa como la silla los permitía. Estaban sentados con rigidez, tratando de esconder las piernas temblorosas. Ashby y Doctor Chef estaban sentados al otro lado de la mesa del laboratorio. Entre ellos había una pequeña caja sellada. Por la tapa transparente se podía ver un objeto: una jeringa llena de un líquido verde. El agarre estaba diseñado para una mano sianat.

Ashby tuvo mucho cuidado de mantener la voz en un tono bajo. La puerta del área médica estaba cerrada, pero era consciente de que ningún miembro de la tripulación estaba libre de la tentación de escuchar a hurtadillas. Sabía que, como mínimo, Kizzy estaba ocupada. La podía oír trasteando en la cocina. Tenía la sensación de que algunos martillazos no tenían nada que ver con reparar el estasis, y mucho con hacerle notar que estaba enfadada.

—Nadie os obliga, Ohan —comenzó Ashby—. Solo quiero que lo consideres.

—Lo he examinado cuidadosamente —dijo Doctor Chef—. Es seguro. Eso te lo garantizo.

Ohan se encogieron todavía más.

—Seguro —susurraron—. Seguro. Esto es asesinato, y decís que es seguro.

Ashby se pasó la mano por el pelo. Por mucho que creyera que aquí el asesino era el virus, sabía que no era un argumento que pudiera usar.

—La persona con la que hablé me dijo que tenía amigos que se habían curado. Que todavía podían navegar, Ohan, y viven vidas largas y saludables.

—Se quedan el obsequio del Susurrante y después lo matan —dijeron Ohan—. No deberías haber hablado con ellos, Ashby. Tendrías que haber cogido la tec y marcharte sin escuchar una sola palabra. Habría sido mejor que se pudriera la comida a poner un pie en ese lugar.

—Hice lo que creía mejor para mi tripulación —dijo Ashby—. Y eso intento hacer ahora.

Ohan sucumbió a un ataque de tos. Ashby se recostó y observó. Sabía que no había nada que hacer, ni siquiera ponerle la mano en el hombro para confortarlo. Se encontró con la mirada de Doctor Chef. El doctor parecía abatido. Ahí tenía un paciente que podía tratar con facilidad, pero este se negaba a permitírselo. Ashby sabía que Doctor Chef no lo presionaría, pero también estaba seguro de que aquello reconcomería por dentro a su amigo durante mucho tiempo.

—Ohan —dijo Doctor Chef, cuando volvieron a respirar—. Como alguien que dejó atrás su mundo, entiendo lo aterrador que resulta. También lo fue para mí. Pero somos tus amigos. Podrías vivir muchísimo tiempo, aquí con nosotros. Cuidaríamos de ti.

Ohan eran escépticos.

—Vuestra amistad significa mucho para nosotros. También vuestra preocupación, aunque sea equivocada. Sabemos que esto debe ser difícil de entender para vosotros. Siempre estáis matando microbios, en las cocinas, en los cargamentos, sin pensar en ello dos veces. Pero pensad en las bacterias que viven en vuestra piel, en vuestra boca, en vuestros intestinos, criaturas sin las cuales no sobreviviríais. También vosotros sois una síntesis de organismos mayores y menores. Ashby, ¿destruirías tus mitocondrias solo porque no son de origen humano? ¿Porque no te pertenecen?

—No podemos vivir sin mitocondrias —dijo Ashby—. Pero tú puedes vivir sin el Susurrante.

Ohan cerró los ojos con fuerza.

—No —contestaron—. No podemos. Seríamos otra persona.

Más tarde, Ashby estaba a solas en su cuarto quitándose las botas. Tenía la izquierda a medio desatar cuando la puerta se abrió de golpe sin aviso previo. Sissix apareció en el umbral, con las plumas erizadas.

—¿Has perdido la puta cabeza?

Ashby suspiró y siguió con los cordones.

—Pasa y cierra la puerta.

Sissix se puso de pie ante él, con las manos en la cintura.

—Kizzy me dice que hay una cura. Una cura para lo que está matando a Ohan. Una que le permitiría navegar, además de alargarle la vida un siglo o más. Me cuenta que acabáis de volver de un planeta repleto de personas felices y sanas que pueden dar fe de ello. Y parece ser que la cura está ahora mismo en nuestra área médica y que vas a dejarla ahí cogiendo polvo mientras él se muere retorciéndose en un charco de su propio vómito.

Ashby alzo los ojos para mirarla.

—Has dicho «él».

—Sí, porque se me ha ocurrido al fin que Ohan es un individuo, un enfermo que necesita nuestra ayuda.

—Sissix, no es mi decisión. ¿Qué quieres que haga? ¿Atarlo y obligarlo?

—Si es necesario, sí.

—No seas ridícula. Soy su patrón, no su… su juez.

—Eres su amigo, y estás dejando que se muera.

—¡Les di a elegir, Sissix! ¡Saben que está ahí! ¿Qué más podía hacer? —Tiró la bota a un lado—. Sissix, no se trata de alguien que rechaza un tratamiento médico. Estamos hablando de toda su cultura. Es su religión.

—Qué humano por tu parte, joder. Sentarte a esperar y dejar que la galaxia haga lo que quiera, porque te sientes demasiado culpable por lo mucho que jodisteis vuestra propia especie para tomar la iniciativa.

Ashby se levantó.

—¿Cómo es eso que decís? *¿Isk seth iks kith?* ¿Que cada cual siga su propio camino?

Los ojos de Sissix soltaron chispas.

—Eso es distinto.

—¿Y eso?

—Quiere decir que no interfieras con los demás si nadie va a recibir daño. Aquí hay daño, Ashby. Ohan se muere.

—Si te dijera que volvieras a Hashkath y trajeras a tus hijos a vivir aquí contigo, ¿lo harías?

—¿Se puede saber de qué estás hablando?

—Si te dijera que tratar a tus hijos como extraños me ofende hasta la última fibra de mi cuerpo mamífero que se alimenta de leche, y que como tu capitán humano espero que sigas mi código moral…

—Es diferente, Ashby, sabes que es…

Ashby bajó la voz.

—O si quisiera ser realmente conservador, te podría decir que es inapropiado que dos de mis tripulantes copulen. Algunos capitanes humanos todavía despiden a gente por ese motivo, ¿sabes? Dicen que es una mala idea en un viaje largo.

Sissix se quedó helada.

—¿Cómo…? —Meneó la cabeza—. No es asunto tuyo.

Ashby soltó una risa de incredulidad.

—¿Que no es asunto mío? Soy tu hermano de plumas, Sissix. ¿Desde cuándo no es asunto mío enterarme de esas cosas? ¿Desde cuándo un aandrisk se calla algo así? A no ser, claro, que estés haciendo concesiones personales a las costumbres humanas…

—Cállate, Ashby. —Caminó hasta la ventana, puso las manos en el marco y se quedó en silencio. Luego—: Ni siquiera conozco a Ohan. Y no me refiero solo a que no nos habla. Quiero decir que cuando abre la boca, no sé si es él el que dice que no quiere ser curado, o es el virus el que lo obliga a decirlo. No sé si habla él o la cosa que le ha infectado el cerebro.

—Para Ohan, es lo mismo. Y es posible que eso sea lo más cercano a la verdad. No es que el virus sea sapiente. Es que… lo cambia. Los cambia.

Sissix lo miró con seriedad.

—¿Lo ves? Tú también piensas en «él». —La rabia empezaba a esfumarse de su voz. Las plumas se alisaban. Se sentó en la cama—.

Esto no me gusta, Ashby. Me da igual si lo conozco bien o no. No me gusta perder a mi familia.

Ashby se sentó junto a ella y le cogió la mano.

—Sé que piensas que soy el malo —dijo—. Pero a mí tampoco me gusta.

—Lo sé —dijo Sissix—. Pero sigo sin entender cómo te puedes quedar aquí sentado y no enfadarte con él.

—No es mi decisión.

—Hablas como un verdadero exodano. —Lo miró fijamente—. ¿Cómo sabes lo mío y Rosemary?

Ashby rio.

—El modo en que te mira.

—Ay, estrellas. ¿Es tan obvio?

—Por lo menos para mí.

—¿Y para el resto?

—Puede. Nadie me ha comentado nada.

Sissix suspiró.

—Fue idea suya, ¿sabes? Al volver de Hashkath. Dijo que quería hacerme sentir más en familia. Fue tan adorable. Es siempre tan adorable. —Se estiró en el colchón—. Ashby, no tengo un marco de referencia sobre lo que es copular para los humanos. Tengo tanto miedo de fastidiarla. Sabes lo diferente que es mi especie para este tema. ¿No estoy… siendo egoísta?

—El sexo siempre es un poco egoísta, Sis —dijo Ashby—. Pero dudo muchísimo que ella se acueste contigo por caridad. Me la juego a que ya quería desde antes de Hashkath. —Le sonrió—. Pero te conozco. No habrías dicho que sí si ella no te atrajera también. Rosemary es adulta. Puede cuidar de sí misma. Y creo que, en cierto modo, puede que seáis buena pareja. —Se detuvo un instante—. Sin embargo…

—Sabía que habría una advertencia.

—Debes tener cuidado. Los humanos podemos aceptar tener múltiples parejas, pero también podemos ser celosísimos. No sé a

qué acuerdo habéis llegado, pero si, digamos, quieres ir a un *tet,* o si necesitas pasar página a tu manera aandrisk…

—Lo sé —dijo ella—. Tendré cuidado.

Cayeron en un silencio cómodo.

—Esto va a sonar raro —dijo Ashby al cabo de un rato.

—¿Mmm?

—Siento que no pudiera ser yo.

Sissix se sentó erguida.

—¿Y eso? Tú no… No pensarás en mí como…

—No. —Sonrió—. No te ofendas, pero no. No pienso en ti de ese modo.

—Bien. Estaba a punto de sentirme muy confundida. —Se echó a reír—. Entonces, ¿qué?

—Siempre ha habido una parte de mí que se sentía culpable por no poder ser el tipo de familia que necesitas.

Sissix le acarició la mejilla.

—Eres el tipo de familia que necesito, Ashby. No te habría escogido de no ser así.

—Pero Rosemary lo ha hecho más… más completo, ¿no?

Sissix sonrió.

—Sí. Así es. —Apoyó la frente contra la de Ashby—. No cambia el hecho de que eres el mejor amigo que he tenido nunca. —Hizo una pausa—. Pero todavía estoy enfadada contigo.

—Lo sé.

—Y pensar en Ohan me duele.

—A mí también.

—Bien. Por lo menos sufres por ello.

Ambos rieron. Fue un sonido vacío.

ERROR

Mensaje no entregado. Destinatario fuera del rango de transmisión.

Compruebe la ruta de entrega y reenvíe.

Mensaje intentado enviar

Encriptación: 0

Traducción: 0

De: Nib (ruta: 6273-384-89)

Para: Rosemary Harper (ruta: 9874-457-28)

Asunto: Re: Información sobre voluntariado

¡Qué alegría! Siempre nos viene bien otro buen cerebro. No te preocupes por no tener demasiado tiempo libre. Incluso una o dos horas cada diez días rebuscando entre archivos de peticiones es una ayuda. Tan solo menciona en la solicitud cuál es tu disponibilidad, y no te pedirán más de lo que puedas dar. ¿Has decidido en qué campo echar la solicitud? Yo soy parcial, por supuesto, pero creo que serías genial para la historia interespecies, y me encantaría avalarte. Pero si tienes el ojo puesto en otra área, no me lo tomaré como algo personal. O no mucho.

Por cierto, una de mis amigas en el equipo toremi recordó que iba tras información de tu parte, y me envió algo interesante. No mucho, tan solo una rareza más de nuestros nuevos aliados. Es probable que no debiera enviártelo directamente, pero dado que serás una futura voluntaria, no veo problema en concederte un permiso retroactivo, ¿no crees?

Vuela a salvo,

Nib

——

Mensaje adjuntado

De: Elai Jas Kapi (ruta: oculta)

Para: Grupo delegado de la CG 634 (ruta: oculta)

Encriptación: 2

Traducción: 0

Asunto: Información importante – Audiencia toremi y generadores de calor

Fecha: 76/306

Debido nuestros escasos tratos con los toremi, hay mucho sobre esta especie que solo estamos descubriendo ahora. Todos los delegados deberían estar al corriente de que los toremis poseen un sentido del oído mucho más desarrollado que el de cualquier especie de la CG. Se les da especialmente bien identificar voces individuales en multitudes, y sus aptitudes para aprender idiomas han excedido cualquier expectativa. Podemos suponer con seguridad que cualquier toremi que

haya estado presente en una conversación diplomática puede hablar klip con fluidez.

Si comparten una estancia con individuos toremi ka,
no hablen de ningún tema que no haya sido aprobado por el personal superior de la embajada. Por favor, consulten el archivo
de datos del proyecto 332-129 para obtener una lista completa de los temas de conversación permitidos.

También solicitamos a todas las naves que verifiquen que sus generadores de calor no operen por encima de los 76,5 kilks si esperan que individuos toremi ka suban a bordo. Somos conscientes de que esto causará molestias a delegados y tripulantes aandrisk. Sin embargo, los generadores de calor estándar emiten un sonido que resulta doloroso para los toremi. Hemos determinado que toleran la frecuencia creada a los 76,5 kilks y por debajo, y esto no inhibirá las funciones motoras básicas aandrisk.

Si su nave utiliza generadores de calor no estándar, informen a un superior de inmediato. No inviten a ningún toremi ka a bordo de su nave hasta que la tecnología adecuada haya sido instalada.

Agradecemos su cooperación.

Elai Jas Kapi

Embajador Superior de la Confederación Galáctica

Día 157, CG Estándar 307

HEDRA KA

Toum, segundo guardia de la Nueva Madre, estaba sentado junto a una ventana en el jardín de alimentos, mirando las naves de las especies de la Confederación. Arrancó un gran puñado de hojas de una maceta cercana. Olisqueó el familiar aroma apimientado, suave y delicioso, del fluido que supuraban los tallos rotos. Pero no comió. Jugueteó con las hojas y observó las naves alienígenas. Como en muchas otras ocasiones, contempló con envidia las armas acopladas en las fragatas aeluonas. Cuántos clanes podría destruir con esas armas. Cuántas falsas ideas podría erradicar.

Pensó en los alienígenas de las fragatas, con sus estúpidos ojos y sus inquietantes escamas. Los aeluones eran tan desagradables. Y su modo de hablar, tan perturbador. Era difícil confiar en una especie que no podía hablar sin meterse cables en la garganta. Igual de difícil era confiar en los harmagianos, que no tenían piernas para caminar. O en los aandrisk, con sus garras carnívoras. O en los quelin, que se emparejaban con los de su propia sangre por vanidad. No, no podía confiar en ellos, en ninguno de ellos. Pero sí que podía odiarlos. Eso no le costaba trabajo.

No podía expresarlo en voz alta. Antes de la alianza, no había duda alguna en su mente de que era toremi ka. Estaba de acuerdo con su veneración de las Nuevas Madres, y estaba de acuerdo con la necesidad de asegurar Hedra Ka como suya. Pero estas especies de la Confederación… ¿De verdad que el clan necesitaba su ayuda? ¿Eran tan débiles que no podían retener el nuevo planeta ellos solos?

Especies de la Confederación. Rostros desiguales, acentos chirriantes, naves ruidosas. Vio su desagrado reflejado en las bocas de varios de sus compañeros de clan, pero ninguno alzó un desafío. Ninguno se había escindido del clan.

Esto lo aterraba. ¿Era defectuoso? ¿Existía algún pedazo vital de sabiduría que las Nuevas Madres poseyeran y él no? Día tras día debatía con aquellos pensamientos, tratando de llegar a un acuerdo consigo mismo. Pero nada, ni la meditación, ni la privilegiada cantidad de tiempo que pasaba con su Nueva Madre los había desplazado.

Bajó la mirada a las hojas, ahora convertidas en pulpa en su puño. Arrojó el pegote húmedo al suelo. Las máquinas lo limpiarían.

—¿Quieres que me siente contigo? —preguntó una voz desde detrás. Toum no se giró para ver de quién se trataba. Sintió tensarse sus extremidades, listas para matar.

—No —respondió, con la mirada fija en la ventana.

—Pero lo haré. —La propietaria de la voz entró en su campo de visión y replegó las piernas junto a él. Se llamaba Hiul. Una artillera de la primera división. Toum se preguntó si podría matarla, llegado el caso. Estaba dispuesto a intentarlo. Hiul cogió algunas hojas y las consumió—. ¿Estás comiendo?

—¿Por qué si no estaría aquí?

Ella ladeó la cabeza, observando las hojas aplastadas a los pies de Toum.

—Por supuesto. —Volvió el rostro hacia la ventana—. Tantas naves. Tantas ideas en ellas. Me pregunto cómo lo hacen. ¿Cómo alcanzan la armonía, conocedores de que las falsas nociones van junto a ellos?

Toum no respondió.

Hiul se llevó más hojas a la boca.

—Opino que no lo hacen. Creo que existen en caos; cada uno sigue sus propias ideas, cada uno sirve a un clan de un solo miembro.

Toum chasqueó la lengua.

—Las Nuevas Madres dicen que esto es aceptable, siempre y cuando nosotros sigamos con nuestras tradiciones. ¿No estás en unidad con sus palabras? ¿No estás de acuerdo?

A Hiul no pareció preocuparle la amenaza. Ignoró el desafío. ¡Lo ignoró! Solo dos palabras abandonaron su boca, con una calma enloquecedora:

—¿Y tú?

La agarró; la rabia le ardía en el estómago. Acercó la boca a la garganta palpitante de ella, listo para asesinar en un instante.

—Te lo tengo dicho, no me hables. Tú eres el caos.

Ella no se revolvió, lo que asustó a Toum mucho más que si lo hubiera hecho.

—¿Me ves en desacuerdo con las Nuevas Madres? —preguntó—. ¿Me ves como una falsa verdad?

—No juegues conmigo. Sabes qué eres.

Ella se adelantó, pegando la garganta contra su boca.

—Entonces, ¿por qué no me matas?

Taum deseaba morder. Sería tan sencillo, tan rápido. Podía sentir el pulso, rápido y profundo. Pero no podía, y eso lo enfureció aún más. La empujó con fuerza. Al caer Hiul, rompió una maceta y esparció el fertilizante por el suelo. Otros ocupantes del jardín los miraron. La mayoría, tras un vistazo, volvieron a su comida, despreocupados por el desastre. Las máquinas lo limpiarían.

Hiul rio, limpiándose un reguero de linfa de una herida abierta cerca de la boca.

—«Sabes qué eres». Sí, sí, lo sé —dijo, levantándose. Se le acercó de nuevo—. Y sé qué eres tú, Toum. Veo el conflicto en ti.

—¡Soy guardia de la Nueva Madre!

Ella se acercó todavía más, y susurró:

—Por eso te resistes, lo sé. Qué horrible para ti. Qué terrible saber la verdad, odiar a aquellos que la amenazan, y permanecer leal a pesar de todo.

Su mirada lo traicionó al desviarse hacia la ventana repleta de naves alienígenas.

Hiul exhaló, engreída.

—Tienes una nave propia, recuerda. Tienes acceso a cosas a las que nosotros no.

Toum la atravesó con la mirada.

—¿Nosotros?

Hiul se alejó, cojeando levemente. Parecía que se había dañado una de las patas traseras al caer. Bien. Volvió la cara hacia él.

—Somos toremi —respondió—. Nunca somos un clan de un solo miembro.

Ashby suspiró de alivio cuando el remolque de agujero de alfiler llevó su nave de nuevo al espacio normal por última vez. Habían pasado cuatro días desde que se reunieron con la *Kirit Sek,* y aunque agradecía el atajo, no estaba seguro de qué había sido peor: los saltos subcapa o las largas distancias de absoluta nada. El último tramo del viaje hacia el encuentro en Del'lek había sido muy largo, pero se habían entretenido limpiando la nave y ocupándose de todas las pequeñas tareas aplazadas. Cuando se reunieron con la *Kirit Sek,* la *Peregrina* estaba más impecable que nunca y no les quedaba nada más que hacer. Ashby había pensado que cuatro días de relajación los ayudarían a descansar, pero los saltos lo hicieron imposible y la falta de productividad lo puso nervioso. Todos estaban de los nervios. Doctor Chef estaba cada vez más irritado con el exceso de ayuda que le llovía en la cocina y Ashby tenía intensas sospechas de que la explosión de un panel eléctrico del día anterior la habían orquestado los tecs para poder tener algo que hacer. Los únicos miembros de la tripulación que no parecían haber sufrido la inactividad eran Sissix y Rosemary, encantadas de mantenerse entretenidas la una a la otra, y Ohan, ocupados con la tarea de dejar que sus nervios murieran.

Pero los saltos habían afectado a toda la tripulación. Una perforación a ciegas era una cosa, pero cuatro días de entrar y salir en intervalos de seis horas era suficiente para que incluso Ashby se

mareara. Se sentó despacio en la cama mientras Lovey le transmitía la voz del capitán de la remolcadora a través de la vox.

—Nosotros ya hemos cumplido, capitán Santoso —dijo la aandrisk. Hablaba con un acento distinto al de Sissix, menos coloquial, más áspero—. ¿Os las arreglaréis a partir de aquí?

—Sin problema —respondió Ashby. Se frotó los ojos. Uno no aprecia la visión estable hasta que se pierde—. Gracias por el viaje.

—Un consejo: antes de llamar a quien sea que tengas que informar, tómate una hora para comer algo y recuperarte. Nosotros haremos lo mismo.

—Así lo haré. —Se aclaró la garganta—. *Heske rath ishi kith.*

—*Heske skath eski risk* —contestó la aandrisk con tono complacido—. Que tengáis un buen viaje vosotros también. —La vox se apagó.

Fuera, por la ventana, Ashby vio a la *Kirit Sek* apagar el campo de remolque y alejarse.

—Lovey, ¿dónde está Sissix?

La vox se encendió otra vez.

—Acaba de salir de camino a la sala de control.

—Dile que ya voy yo también.

Unos minutos más tarde entró en la sala de control. Sissix ya estaba en su asiento, comprobando los controles de navegación.

—Me siento como si me hubieran pateado la cabeza —dijo sin mirarlo.

—A quién se lo dices. —Ashby se dejó caer en su silla y miró por la ventana—. Y todo para eso.

En el espacio ante ellos estaba Hedra Ka. Ahogado en tormentas y venas de lava, el planeta parecía una costra resquebrajada. Una niebla de rocas flotaba en órbita, como recordatorio de su reciente formación. Era un planeta joven, inhóspito, resentido por su propia existencia.

—Es la roca con más mala leche que he visto nunca —dijo Ashby.

—¿Lo dices por la roca o por las naves?

Un frenesí de idas y venidas de naves envolvía Hedra Ka: fragatas harmagianas, cruceros aeluones, transportes neutrales, remolques de alfiler, transbordadores patrulla. Y, por supuesto, los toremi. Ashby sabía que los toremi eran espaciales generacionales, como los exodanos, pero nada en sus naves le resultó familiar. Para ser una especie que vivía en el vacío, las naves tenían un aspecto frágil, carentes de los gruesos mamparos que asociaba a los transportes de larga distancia. Tan solo vio siluetas ásperas y bordes afilados, cubiertas de antenas y cuerdas inquietantemente iluminadas que arrastraban por el vacío. Parecían criaturas de las profundidades del océano, palpitantes, oscilantes, incomprensibles.

Ashby se inclinó hacia delante.

—No me jodas. —Fuera del enjambre había un área esférica despejada, marcada con boyas de peligro—. ¿Es ahí donde quieren que soltemos la jaula? —La distancia entre la entrada del túnel y Hedra Ka era menor que la distancia entre la Tierra y la Luna. Más o menos la mitad.

—Menos mal que es una zona segura —dijo Sissix—. ¿Te imaginas hacer una perforación a ciegas ahí?

Ashby meneó la cabeza.

—Somos buenos, pero no tan buenos.

—Nadie es tan bueno.

—Ya sería una suerte no reventar ese planeta.

Sissix soltó una risita.

—Tampoco habría sido una gran pérdida.

Ashby rio.

—Lovey, ¿puedes conectarme con todos?

La vox se encendió.

—Están escuchando, Ashby —informó ella.

—Hola a todo el mundo. Lo hemos conseguido. Si estáis mareados, id a comer un bocado, pero que sea rápido, por favor. Me gustaría tener a todo el mundo aquí cuando llame a nuestro contacto. Quiero que estéis en la sala de control en una hora como máximo. Es un gran día para nosotros, y me gustaría que diéramos

buena impresión. Nada sofisticado, pero la cara limpia y algo de ropa decente no estaría mal.

La voz de Kizzy surgió de la vox.

—No te preocupes, Ashby, no diré ni mu.

Ashby pensó un momento, tratando de encontrar una forma amable de decirle que más valía.

—Es que eres demasiado guay para ellos, Kiz.

Toum estaba sentado, meditaba. O eso pretendía. Frente a él estaba Fol, la primera guardia, con las piernas cruzadas, en calma, los ojos en blanco en su concentración. La envidiaba. Cuanto más tiempo pasaba entre las especies de la Confederación, más le costaba estructurar su mente. No importaba lo mucho que intentara desviar sus pensamientos, estos volvían a Hiul, sin que pudiera evitarlo. Ninguno debería haber abandonado con vida aquella sala. Era su forma de hacer las cosas. La creencia más fuerte sobrevivía, y la más débil era erradicada. Así se creaba la armonía.

Debería haberla matado. Entrenamiento de artillera o no, él tenía las fauces en su garganta. Debería haberla matado. Había acabado con tantos otros por mucho menos. ¿Por qué la dejó marchar?

La respuesta estaba ahí, en una cruel esquina de su mente. Huyó de ella. Esta se siguió burlando de él.

—Venid —dijo la Nueva Madre al entrar en la habitación. Toum y Fol extendieron las piernas y recogieron las armas—. Voy al carguero. La nave tuneladora ha llegado, y he oído que los harmagianos han invitado a bordo a la tripulación.

—¿Te han hecho llegar una invitación? —preguntó Fol. La burocracia harmagiana era muy puntillosa en temas tediosos como las listas de invitados y el protocolo. Preocupaciones de la Confederación.

—No la necesito —dijo la Nueva Madre. Toum sabía que también podía oírlo en su voz: la paciencia acabándose, el hartazgo de tratar con las costumbres alienígenas. ¿Por qué nunca hablaba de ello? Si

hablase en voz alta sobre las frustraciones que él sabía que sentía, entonces coincidiría con ella todo el tiempo y no dudaría más de su lugar como toremi ka. Pero ese alivio no llegó—. Estos tuneladores están haciendo un agujero en mi cielo —dijo según se dirigía hacia la puerta. Fol y Toum la flanquearon, a unos ensayados seis pasos por detrás—. Eso me da derecho a verles las caras.

Rosemary se alegró de salir de la nave. Sí, estaba en otra nave, pero ansiaba el cambio de escenario, y la pequeña bienvenida que les habían preparado fue una sorpresa agradable. Nada sofisticado, tan solo una mesa repleta de curiosos canapés y algunos oficiales de bajo nivel de la CG que charlando informalmente. Ya había estado antes en reuniones como aquella, pero los tuneladores no eran la clase de gente que aparecía en las listas de invitados. Era un gesto amable; una muestra de la importancia del nuevo túnel.

El contraste de la sala en la que estaban y las paredes hechas de retales de la *Peregrina* era enorme.. Era de diseño harmagiano, espaciosa y colorida. Aquí y allá había sillas para distintas especies, y ventanas alargadas y horizontales se extendían por la pared del casco. El aire filtrado era fresco y vigorizante (Rosemary se fijó en que Sissix caminaba más despacio, como un humano con los músculos doloridos), y la iluminación bordeaba el límite de lo excesivo. Sus compañeros de tripulación se lo estaban pasando bien, disfrutaban de la comida y de la atención despertada. Ashby y Sissix estaban al otro lado de la sala, conversando con una burócrata. Jenks parecía haber entablado amistad con camarero, un laru con el que llevaba veinte minutos riéndose a saber de qué. Ohan se habían quedado en la *Peregrina*, por supuesto, y también Corbin, quien tras ver la mirada radiante de Doctor Chef al mencionar del bufet, se había ofrecido a vigilar al navegador enfermo en su lugar. Estos últimos días, el algólogo había dispensado con generosidad sus favores.

—Oye, Doc —dijo Kizzy. Levantó del plato a rebosar una brocheta de verduras fritas—. ¿Qué es esta cosa amarilla?

Las mejillas de Doctor Chef aletearon.

—Es saab tesh. Lo preparo a menudo.

—Pues no parece saab. Ni tiene el mismo sabor. —Sacó un pedazo con los dientes y lo masticó a conciencia—. Nop, ni de lejos.

—Lo más probable es que sea porque tienen mejores estasis que nosotros. Sin degradación molecular en los viajes de larga distancia. —Bajó la cabeza—. Suertudos.

Kizzy tragó.

—No me gusta tanto así.

—Pues ese es su sabor real.

—Bueno, pues no me gusta. —Se metió otro pedazo en la boca.

—¿Sabéis? —intervino Rosemary—. Vamos a sacar un buen beneficio de este encargo. No quiero prometer nada, pero cuando hayamos terminado podríamos mirar lo que costaría un estasis nuevo. Podríamos presentarle una propuesta a Ashby entre los dos.

Doctor Chef infló las mejillas.

—Siempre me ha gustado tu forma de pensar.

—Estoy impaciente por perforar —dijo Kizzy, cambió el pincho de verduras por un manojo de hojas con semillas incrustadas—. Os quiero mucho a todos, pero necesito salir de la nave un par de semanas. Estoy agobiada de tanto vacío espacial.

—Jenks ha dicho que ya tiene el equipaje preparado —comentó Doctor Chef.

—Oh, sí. No se calla ni un momento sobre por qué las playas de Wrotheg son mejores que cualquier otra. No sé cómo vamos a hacer que vuelva luego.

—Nada de playas para mí. Voy a visitar a mi viejo amigo Drave. Acaba de instalar un nuevo invernadero en su casa y me dijo le encantaría que lo ayudase a seleccionar vástagos.

—A ver, espera, un momento. En tus vacaciones vas a ir a Puerto Coriol. Un lugar al que vamos siempre. Para hacer jardinería. Algo que haces siempre.

—¿Y qué? —Doctor Chef infló las mejillas—. Me encanta la jardinería.

Kizzy puso los ojos en blanco.

—¿Y tú, Rosemary?

—Ah. Bueno, yo… —«No tengo ningún sitio al que ir»—. No lo he decidido todavía. —Dio un sorbo a la gaseosa—. Puede que me quede en la nave. Ya casi he terminado de reorganizar todos los archivos financieros, y odio dejar tareas a medias.

Kizzy alzó las cejas y sonrió.

—¿Quieres venir conmigo y nos quedamos en casa de mis papás?

Rosemary notó que se sonrojaba.

—Em… Es muy amable por tu parte, pero yo…

—Escucha. Mudskip Notch no es Florencia, pero es un sitio tranquilo con buena gente. Hay música en directo en la plaza mayor en las noches cálidas, y las hidrogranjas son bastante bonitas cuando los campos de algas comienzan a florecer. Y hay un pequeño colectivo de artistas y modifis que están a la última. Ven a pasártelo bien conmigo o te lo montas por tu cuenta. Todo lo que te ofrezco es una cama limpia en una ciudad colonial tranquila, en casa de dos caballeros maravillosos que adoran que traiga invitados. Además, hay tres perros que te lamerán la cara y serán tus mejores amigos para siempre. Y mi Ba hace unos gofres tela de buenos, los mejores de la galaxia. —Se dirigió a Doctor Chef—: Sin ánimo de ofender.

—Tranquila —dijo Doctor Chef—. Nunca me han salido demasiado bien los gofres.

—Bueno… —dijo Rosemary. Dos semanas tranquilas de cocina casera y aire fresco eran tentadoras, y tenía curiosidad por conocer otras colonias independientes, pero…

—¿Porfa? —pidió Kizzy, dando saltitos. Un pastelito solitario cayó del plato—. ¿Porfi porfi porfi?

Rosemary soltó una risita, avergonzada y conmovida.

—Vale. Si estás segura de que no será una molestia, iré.

—¡Genial! —Kizzy alzó un puño en el aire—. Enviaré un mensaje a mis papás cuando volvamos a la nave. O después de perforar,

supongo. —Hizo un gesto de hastío—. Prioridades.

Al otro lado de la sala algo captó la mirada de Doctor Chef.

—Bueno, bueno —dijo—. No estaba seguro de que fuéramos a ver alguno.

Entraron tres toremi por la puerta, extraños y desconcertantes. Caminaban sobre cuatro piernas con rodillas que se doblaban al revés, y tenían una piel de aspecto duro y quebradizo. Sus estrechas cabezas parecían más unas plomadas colgando del borde de un agujero que algo hecho de carne blanda. La toremi del medio llevaba unas gruesas cadenas ornamentales sobre la vestimenta oscura y un sombrero cónico ribeteado de rojo. Una Nueva Madre, como habían descrito los mensajes de Nib. Los otros dos toremi la flanqueaban unos pasos por detrás. Ambos iban armados hasta los dientes, con unos rifles enormes en bandolera en sus rugosas espaldas.

—Dan miedo —susurró Kizzy.

—Shhh —dijo Doctor Chef.

Rosemary señaló con la cabeza a la burócrata que hablaba con Ashby.

La harmagiana estaba confusa; sus zarcillos se enroscaron rápidamente mientras desplazaba su carretilla para ir a saludar a los toremi.

—Está nerviosa —dijo Rosemary—. Creo que no sabía que venían.

Doctor Chef emitió un gruñido de asentimiento.

—Tú también estarías nerviosa si alguien con quien has estado pactando una alianza galáctica irrumpe de pronto en una sala repleta de espaciales de dudosos modales.

Kizzy dio un gigantesco bocado a un pastel, asegurándose de que se le pegaban unas cuantas migas en los labios.

—Sí bnos mdles.

Doctor Chef le limpió las migas con una manopié; Kizzy rio por lo bajo. Pero Rosemary dedicaba más atención a los toremi. La harmagiana (cuyos zarcillos se doblaban ahora con calma) se los estaba presentando a Ashby. Tenían algo que le resultaba familiar, y

no era por haberlos visto en vídeos o por los archivos de referencia, sino… por algo más. Algo más tangible. Más personal. Lo tenía justo ahí, en la punta de la lengua. ¿Qué era? ¿La ropa? ¿Las joyas? ¿Las…?

Las armas.

En un fogonazo, recordó estar en su piso de Marte, a pocas manzanas del campus Alexandria. Estaba haciéndose un té, quitando las hojas pegadas a la cuchara de medir mientras el agua calentaba la tetera. Llamaron al timbre. «¿Rosemary Harris? ¿Podemos pasar?». Dos detectives, ropa austera, ambos con escáneres oculares. Uno dejó una escrib sobre la mesita, y unas imágenes se proyectaron en el aire. «¿Sabes algo de todo esto?».

Rosemary dejó el plato en la mesa del bufet y se acercó a la ventana. Cruzó los brazos a la altura del pecho y respiró hondo, con la mirada perdida en el cielo abarrotado. Un pequeño planeta iracundo rodeado por las naves de aquellos que querían controlarlo. La *Peregrina* esperaba en las afueras, una tosca y hermosa caja que no podría estar más fuera de lugar entre todos aquellos elegantes cargueros y las espeluznantes naves toremi. Quería volver a ella, ponerse a salvo tras las paredes fragmentadas y las ventanas sacadas de desguaces. ¿Qué demonios estaban haciendo allí?

—Oye. —Kizzy le puso una mano en el hombro—. ¿Estás bien?

Rosemary asintió, y apretó los labios.

—Sí, estoy bien. —Hizo una pausa—. Sé de dónde han sacado las armas.

—¿De dónde? —preguntó Kizzy. Rosemary le dedicó una mirada seca, pero no dijo nada. Kizzy abrió los ojos como platos—. Oh. Hum. Mierda. ¿Estás segura?

Rosemary rememoró las imágenes del escrib que flotaban en su sala mientras los detectives estudiaban su rostro.

—Estoy segura.

Una manopié se apoyó con suavidad en su hombro.

—No es culpa tuya —dijo Doctor Chef—. No puedes cambiarlo.

—Lo sé —dijo Rosemary—. Es solo que… —Miró tras ella. Las conversaciones resonaban por la estancia. Todos los presentes gravitaban hacia los toremi en la puerta. Nadie prestaba atención a los tres espaciales al lado de la ventana. Habló en un susurro—. Me cabrea. Y no solo por mi padre. Él hizo lo que hizo porque quería ambi. Era codicioso e inmoral, y todos lo odian por ello. Yo lo odio por ello. Pero la CG está haciendo lo mismo. Tienen tratados y embajadores y comidas bufet, y todo parece tan civilizado y diplomático. Pero es la misma mierda. No nos importa esta gente ni cómo afectamos a su historia; solo queremos lo que tienen. —Sacudió con fuerza la cabeza—. No deberíamos estar aquí.

Doctor Chef le apretó el hombro.

—Yo también he estado pensándolo. Pero todas las especies sapientes tienen una historia larga y conflictiva de poderes que se alzan y caen. Las personas que recordamos son las que decidieron cómo debían trazarse nuestros mapas. Nadie recuerda a quienes construyeron los caminos. —Emitió un ruido sordo—. Solo somos tuneladores. Es todo lo que hacemos, es todo lo que podemos hacer. Si no fuéramos nosotros, sería otra nave. Esto habría ocurrido sin nosotros. No es algo que podamos detener.

Rosemary suspiró.

—Lo sé.

—Y además, digo yo, nos quieren aquí, ¿no? —intervino Kizzy—. No son de esos que buscan hacer amigos. Se habrían negado de no habernos querido.

—Incluso así —respondió Rosemary—. No nos incumbe meternos en su guerra.

Cuando salieron de la sala de recepción, Toum se dirigió a la Nueva Madre.

—¿Has escuchado a los miembros de la nave tuneladora junto a la ventana?

—No. Mis oídos estaban en el capitán y en lo que parecía ser una bobina de ventilación dañada en el techo. Desvió mi atención.

—¿Qué escuchaste? —preguntó Fol.

Toum tenía la mente hecha un lío. Sus pensamientos estaban alcanzado un límite febril. Si no hablaba, estallaría. Pero si hablaba…

—Cuéntame —dijo la Nueva Madre.

Toum obedeció.

—Los tuneladores no están de acuerdo con sus líderes. Albergan dudas sobre nuestra alianza.

La Nueva Madre chasqueó la lengua.

—Encaja en el patrón.

—Discúlpame, Nueva Madre, pero ¿no te preocupa?

—El patrón de la Confederación nos preocupó al principio —respondió ella—. Tantas especies, tantas ideas distintas, todas juntas en un mismo clan. No comprendíamos cómo podía sostenerse algo así.

Toum y Fol claquetearon con las articulaciones de las rodillas, mostrando su acuerdo. Cuando los portavoces de la Confederación Galáctica se acercaron a los toremi ka por primera vez, tres Nuevas Madres no aprobaron la oferta. Abandonaron el espacio toremi ka una vez que quedó claro que no habría acuerdo. Ahora tenían sus propios clanes y eran enemigos de los toremi ka. Uno había sido destruido. Aquella era la costumbre.

—Pero hablan como uno solo —dijo Fol—. En los primeros encuentros, y en las negociaciones posteriores, las personas de la Confederación hablaron al unísono. Usaron las mismas palabras. Estaban de acuerdo, aunque eran especies diferentes.

—Sí —dijo la Nueva Madre—. Sabemos que su acuerdo es ensayado, y que no ven patrones como nosotros. Pero aun así los buscan, de modo diferente. Nos parece una concesión aceptable.

—Pero es una mentira —dijo Toum. Podía ver que Fol lo miraba con preocupación, pero continuó—. En realidad no están de acuerdo. Tan solo lo fingen para mantener el orden. —«Como yo. Ay, que los caídos me lleven, como yo».

La Nueva Madre le miró con seriedad. Toum tembló.

—Hay más que deseas exponer —dijo.

Toum, nervioso, chasqueó con la boca.

—Nueva Madre, no deseo imponerte mis pensamientos.

—No debes preocuparte. Mis ideas son fuertes, y valoro las tuyas. Confió en que encontraremos armonía.

Toum deseo con todas sus fuerzas que así fuera.

—Hemos afirmado que Hedra Ka es un lugar de estabilidad, un lugar para mantenernos anclados mientras reflexionamos sobre el patrón de las Nuevas Madres.

—Cierto.

—Nuestra especie, incluso nuestro propio clan, es inestable. En esta era de cambio, ¿es sabio invitar más inestabilidad?

Fol mostró desdén.

—No podemos vencer a los clanes en disputa nosotros solos. La CG ha solidificado nuestra demanda.

—Pero ¿a qué precio? —Toum sintió que le temblaban las rodillas, debilitadas por su descaro—. Al destruir los clanes en liza, ¿acaso no es posible que nos destruyamos a nosotros? ¿Puede que la confusa influencia de la CG nuble nuestro sentido de la claridad?

La Nueva Madre lo miró fijamente. Luego observó a Fol.

—¿Compartes estas ideas?

—No —respondió ella, sin asomo de duda. Toum la miró de reojo. Estaba claro, en su rostro y en su voz, que estaba de acuerdo por completo. Su mente no la delataba. Conocía su lugar, en sus ideas y en su clan. No le causaban conflictos. La odiaba por ello.

La Nueva Madre giró el cuello y acercó el rostro al de Toum.

—Necesitamos a la Confederación para asegurarnos nuestro derecho. Nuestras costumbres son más fuertes que su influencia. Vale la pena hacer concesiones sobre diferentes entendimientos para conservar Hedra Ka. ¿Estás de acuerdo con estas ideas?

Toum sintió que el estómago le daba un vuelco. Tenía insectos bajo la piel, garras arañándole el corazón.

—Yo… Yo… —No conseguía pronunciar las palabras. Amaba a su Nueva Madre. Los amaba a todos. Se tumbaría y se arrancaría los órganos por ellos. Y aun así, aun así, estaba más de acuerdo con las chirriantes palabras de aquella humana que con lo que acaba de escuchar.

La Nueva Madre retrocedió y ladeó la cabeza. Toum fijó la vista en el suelo, pero al mismo tiempo sintió que Fol lo atravesaba con la mirada y lo juzgaba con ojos serenos.

—Ve a meditar —ordenó la Nueva Madre—. Tómate tu tiempo para determinar cuál de tus pensamientos es más fuerte. Entonces sabrás si todavía eres uno de los nuestros.

—Eres un buen guardia —dijo Fol—. Tu muerte sería una gran pérdida.

Toum no la miró. De haberlo hecho, le habría roto el cuello.

—Estoy de acuerdo —añadió la Nueva Madre—. Espero tu regreso.

Pero mientras Toum se alejaba claqueteando las rodillas, supo que no regresaría. Algo había cambiado. El miedo permanecía, pero se estaba acostumbrando. Sus pensamientos se habían hecho realidad al pronunciarlos en voz alta, y ahora sabía, más que nunca, que no hallaría acuerdo alguno. Deambuló por los pasillos, pasó junto a repulsivos harmagianos y débiles aeluones, que oscilaban y coloreaban las mejillas saludándolo amistosamente. Él hervía de rabia. El espacio toremi no era lugar para estos bobos alienígenas. Su gente debería haberlos devuelto al otro lado de la frontera en pedazos, como siempre habían hecho.

Y todavía podían.

Ashby ojeó las lecturas en su pantalla de control.

—Te lo juro, nuestros motores nunca han funcionado con tanta suavidad.

Sissix le contestó sin levantar la mirada de los controles de navegación.

—Es lo que ocurre cuando metes a dos tecs aburridos en un viaje de larga distancia.

—Mmm. Quizá deberíamos hacerlo más a menudo.

Aquello hizo que Sissix volviera la cabeza. Le dedicó una mirada capaz de fundir el casco de la nave.

—Mejor no.

Ashby soltó una risita. Compartía esa sensación. En unas cuantas horas estarían de vuelta en espacio Central. No podía esperar, pero la idea le resultaba surrealista. Incluso estando tan acostumbrado a tomar atajos a través del espacio, saber que las decenas y decenas de semanas que les había costado llegar a Hedra Ka se podían recorrer de vuelta en apenas unas horas era muy extraño. La idea de estar entre naves reconocibles, planetas por los que había caminado docenas de veces y mercados repletos de comida sobre la que no tenía preguntas, sin un destino en mente, sin un lugar al que tuviera que acudir… le parecía fantástica. Y todavía no tenía sentido.

—¿Cómo vas tú, Corbin? ¿Las tuberías de combustible bombean bien?

—Impecablemente. —El hombre pálido alzó la vista de su estación—. Estoy seguro de que hay muchas otras formas de aburrir a nuestros tecs más a menudo.

La vox se encendió.

—Ashby, hay una nave toremi cerca —informó Lovey—. Parece que se dirige hacia la jaula.

Ashby pensó un instante. Qué extraño.

—¿Han cruzado el perímetro de seguridad?

—No, tan solo se dirigen hacia nosotros.

—Puede que tengan curiosidad —dijo Sissix—. Si yo nunca hubiera visto un túnel, me gustaría ver cómo se hace.

Ashby asintió.

—No les quites el ojo de encima, Lovey. Y contacta con ellos. Envíales un recordatorio amistoso de que deben mantenerse a distancia cuando perforemos. No queremos arrastrarlos con nosotros.

—Voy a ello —dijo Lovey.

La puerta de sala de control se abrió de golpe. Doctor Chef entró, cargando a Ohan. Las piernas traseras del par sianat se habían dado finalmente por vencidas. A Ashby, aquella inmovilidad le pareció más inquietante que los temblores de las semanas previas.

Se levantó.

—¿Puedo ayudar?

—No, no, creo que nos arreglamos —respondió Doctor Chef, con una voz tan calmada como si hablara de cortar verduras. Dejó a Ohan en su silla y les estiró las piernas por debajo.

Ohan inclinaron la cabeza con elegancia.

—Te lo agradecemos.

Doctor Chef le dio a Ashby dos viales y una jeringuilla.

—Si comienza a perder sensibilidad en las manos, ponles una. —Señaló un punto en la nuca de Ohan, justo sobre la espina dorsal. El pelaje de la zona estaba afeitado, y la piel gris de debajo estaba lacerada por las continuas inyecciones—. Justo aquí.

Ashby asintió, esperando no tener que recurrir a ello. Dejó los viales en una caja junto al panel de control y se arrodilló para mirar a Ohan a los ojos.

—Siempre es un privilegio veros trabajar. Me alegra mucho hacer esto con vosotros una última vez.

—Todos nos sentimos igual —dijo Sissix.

Corbin se aclaró la garganta.

—Yo también.

Ohan miraron alrededor con sus ojos de largas pestañas.

—Nosotros… no estamos acostumbrados a expresar lo que sentimos. En cierto sentido, desearíamos poder quedarnos con vosotros más tiempo. —Parpadearon, tan despacio como el hielo al derretirse—. Pero es nuestra costumbre. —Otro parpadeo. Miraron a Ashby—. Estamos impacientes por empezar.

Ashby sonrió, aunque sentía un peso en el pecho. Aunque llevaban una vida recluida, Ohan eran parte de la tripulación. No quería que esa fuera su última vez. No quería un nuevo rostro

observándolo desde aquella silla. No quería saber que el rostro que estaba ahí ahora pronto desaparecería para siempre.

Respiró hondo, recobrando la compostura. Miró a Doctor Chef.

—¿No deberías estar durmiendo?

—Sí, sí —respondió este, de camino a la puerta—. Voy a dormir a la asistente y luego me ocupo de mí. —Rosemary había decidido aceptar la oferta de Doctor Chef de sedarla en esta ocasión. Ashby pensó que era lo mejor, tanto por su bien como por el bien del suelo de la sala de control.

Volvió a su silla y se abrochó el arnés de seguridad.

—Conéctame, Lovey. —La vox se encendió—. Venga. Cantad.

—Controles de vuelo, listos —dijo Sissix.

—Comprobación de combustible, listo —dijo Corbin.

—El taladro interespacial está listo —anunció Kizzy por la vox—. Y esta vez no me he olvidado de pillar algo para comer.

—Las boyas están listas —dijo Jenks.

Ashby flexionó los dedos sobre el panel de control. Se moría de ganas de empezar.

—Lovey, ¿qué hay de los toremi?

—No han contestado. Pero se han quedado tras el perímetro de seguridad. Aunque justo al límite, tienen la nariz justo tras las boyas.

—Está bien, siempre y cuando no se acerquen más. ¿Cuál es nuestro estado?

—Todos los sistemas de la nave funcionan con normalidad —informó Lovey—. No hay problemas técnicos ni estructurales.

—Está bien, gente. Larguémonos de aquí. Kizzy, ponlo en marcha.

Los paneles del suelo retumbaron cuando el taladro empezó a aullar. Ashby repiqueteó con un dedo sobre el brazo de la silla y empezó a contar. «Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco».

—Ashby. —Era Lovey, llamándole por encima del escándalo—. La nave toremi. No sé qué está haciendo. Hay un…

El taladro chirrió, ahogando sus palabras.

El pulso de Ashby se disparó.

—¿Han cruzado el perímetro? —gritó.

—No. Es una especie de acumulación de energía. Es algo que nunca he…

Lo que ocurrió a continuación sucedió muy deprisa, pero para Ashby todo fue lento, como si ya estuvieran en la subcapa. Primero, la ventana se emblanqueció, inundada por una luz cegadora que lo ocultó todo más allá del casco de la nave. Mientras la luz se atenuaba, unos arcos de energía se retorcieron alrededor de los soportes de la jaula y rebotaron por el interior.

La jaula se estaba haciendo pedazos. No caía, como una estructura planetaria, sino que se quebraba, se retorcía y se alejaba flotando. Ashby se quedó mirando sin comprender qué ocurría.

Algo los golpeó. Toda la nave se sacudió y tembló. Luces rojas se encendieron por toda la pantalla de control, como ojos que se despertaban de improviso. Los paneles luminosos del techo parpadeaban espasmódicamente. Hubo un ruido: los mamparos bajo presión o los paneles deformándose, el clamor de su tripulación gritando de pánico. Pero todo sonido fue absorbido por el taladro, que había llegado al final de la cuenta atrás. El cielo se desgarró. La *Peregrina* lo atravesó tambaleándose.

Día 157, CG Estándar 307

SIETE HORAS

Sissix peleó con los controles, tratando de pensar a pesar del miedo y el jaleo de las voces.

—No hay boyas —gritó Ashby—. Jenks, ¿me has oído? ¿Kizzy?

—Al frente catorce íbens —informaron Ohan.

—No puedo —dijo Sissix—. Estamos fuera de control.

—Pero debemos —contestaron Ohan—. El espacio tras nosotros se…

—Sí, lo sé —espetó ella. Sin una jaula, el recién agujero perforado se cerraría a gran velocidad. Y sin espacio normal soportándolos desde detrás, darían bandazos como un gorrión en una tempestad si se quedaban demasiado tiempo en el mismo sitio. Sissix ya podía sentir los primeros temblores de la nave.

—¿Lovey? ¡Maldita sea, alguien! —dijo Ashby—. Mierda, las voxes no funcionan.

—Jenks no soltará las boyas —dijo Corbin—. Tiene suficiente sentido común. Sabe lo que pasaría…

—Sissix, catorce íbens, ahora —gritaron Ohan.

Sissix maldijo con un siseo y trató de estabilizar la nave. Los indicadores parpadeaban, y las pistas de propulsión giraban sin control. Se le empañó la vista, como siempre le ocurría en la subcapa, y sin lecturas ni estrellas visibles, no podía orientarse. Apretó los dientes y golpeó los controles.

—Estoy inhabilitando los sistemas de seguridad. Nos desequilibraremos, pero eso debería darnos suficiente potencia para…

—Sissix… —comenzó Corbin.

Se le erizaron las plumas.

—Si piensas que me importan los putos niveles de conservación en este momento…

—¿Y te crees que a mí sí?? —dijo Corbin—. Usa lo que sea necesario.

Sissix se giró y lo miró a los ojos.

—¿Podemos mantener esta potencia todo el viaje?

—Sí. —Corbin estudió los indicadores—. Sí, tenemos suficiente. —Había miedo en sus ojos, pero también seguridad—. Haz lo que tengas que hacer. Yo controlaré esto.

Sissix le dirigió un leve gesto afirmativo y echó un vistazo a sus lecturas.

—Maldita sea, Kizzy, necesito… —Hizo una mueca al recordar las voxes. La *Peregrina* dio un tumbo cuando la subcapa empezó a envolverlos—. ¿Catorce íbens?

—Sí —respondieron Ohan.

—Estrellas, misericordia —dijo.

Lanzó la nave hacia delante.

Kizzy arrancó el panel de acceso primario que daba a la red de navegación. La sala del motor estaba repleta de fogonazos, tuberías que gemían, paredes que se sacudían. Todo parecía estar mal.

—Tengo que llegar al núcleo —gritó Jenks al otro lado de la habitación—. Tenemos que volver a poner en marcha las voxes.

—No hay tiempo —dijo Kizzy, estudiando el desastre que tenía delante—. Si el cable principal está frito, nos llevará horas. Te necesito aquí. —Echó un vistazo a los circuitos dañados. Corrió a la caja de herramientas. Sentía sus pasos pesados y lentos. Ver desmoronarse la sala del motor ya habría sido bastante malo en el espacio normal. En la subcapa, con el tiempo fluctuando, era una pesadilla.

—No podemos evaluar el daño sin Lovey.

—Tengo ojos —replicó ella, agarrando un puñado de herramientas. Oyó un sonoro y húmedo *pop* procedente de la pared más cercana, el sonido de una tubería de combustible al romperse—. ¡Oh, estrellas! ¡Ocúpate de eso! —Volvió corriendo al panel de acceso y trató de decidir por dónde empezar. Sería una reparación chapucera, pero no tenía elección. Ya lo arreglaría bien más tarde. Si salían de esta.

Las luces de los circuitos parpadeaban por toda la red con patrones salvajes y extraños. «Mierda».

—Sissix ha desactivado los sistemas de seguridad.

—Genial —dijo Jenks. Abrió de un tirón la otra pared. El combustible se escapaba a chorros de la tubería rota. Latigazos del espeso mejunje verde salían disparados trazando un arco, manchando las paredes y encharcando el suelo.

Kizzy estudió los circuitos mientras su cabeza iba a toda velocidad. Sin las pistas trabajando a toda máquina, Sissix necesitaba la energía extra, sin duda. Pero en cuanto a Kizzy, tener los sistemas de seguridad desactivados le complicaba muchísimo la tarea de reparar la red mientras aún estaba en funcionamiento. Con Lovey atrapada en el núcleo, y sin saber qué planeaba hacer Sissix a continuación, tenía que adivinar qué era mejor arreglar antes. Y una mala suposición podía hacerlos salir dando vueltas fuera de control.

—Necesito saber qué está haciendo ahí arriba.

—Yo me encargo —dijo Jenks, dejando caer las herramientas. Sacó el escrib y se alejó del combustible que bombeaba con constancia—. Dame cinco minutos. Puedo conectar todos los transmisores sib. No podremos separarnos de las escribs, pero…

—Eres un genio. Hazlo, y luego ven a ayudarme.

—¿Qué hay de…?

—Déjalo —dijo Kizzy, y casi se echó a reír. ¿Hasta qué extremo estaban en la mierda cuando una tubería de combustible rota era el menor de sus problemas?—. Si no podemos volar, no importará.

Rosemary dobló la esquina tambaleándose, apoyándose en las paredes que crujían, con pasos inseguros y vacilantes. Kizzy recordó

que ella había caminado así tiempo atrás, durante los primeros días de su entrenamiento en la subcapa.

—Dame algo que hacer —pidió Rosemary.

—¿No estabas dormida? —preguntó Jenks.

—No dio tiempo a medicarme. Doctor Chef se fue con Ohan, y sé que no soy una tec, pero…

Kizzy cogió a Rosemary de la muñeca, corrió hasta la tubería de combustible y colocó las manos de su compañera taponando la rotura de la que salía el líquido a borbotones.

—Presiona con fuerza. Y hagas lo que hagas, no lo sueltes.

Las horas pasaron arrastrándose, pero Sissix no las sintió. Todo lo que podía notar eran los controles en las manos y el constante temblor en las planchas del suelo y la subcapa emborronando el mundo. Con el taladro todavía activo, la nave estaba creando una especie de túnel provisional de amplitud suficiente para seguir avanzando. Pero sin las boyas, la abertura a su alrededor tan solo duraba unos pocos minutos, dejándoles muy poco tiempo para calcular el siguiente movimiento. Las lecturas se mantenían estables, pero la red todavía luchaba por hacer su trabajo. Igual que el navegador.

—Necesito una dirección —dijo Sissix. Sintió que las sacudidas aumentaban.

—Sí —dijeron Ohan, jadeantes—. Sí. —Doctor Chef estaba acuclillado junto a ellos, sujetándolos por los hombros. Las manos de Ohan temblaron mientras pasaban por la escrib a toda velocidad, calculando más rápido de lo que Sissix había visto nunca—. Seis punto nueve cinco íbens, todo recto.

—Estamos a medio camino —anunció Ashby—. Puedes lograrlo, Ohan.

—Sí. Por supuesto que podemos. Por supuesto que podemos. —La respiración de Ohan era irregular—. Siete… no, no, ocho… ¡ay!

Sissix se giró al oír que el lápiz óptico de Ohan rebotaba por el suelo. El par sianat se había recostado en Doctor Chef y alzaba los brazos temblorosos.

—No —gritaron Ohan—. No, no, no, ahora no, ahora no. —Los dedos le colgaban flácidos, como marionetas sin hilos. Se miraron las manos inútiles con horror.

Ashby se puso en pie de un salto y se acercó corriendo, metiendo un vial en la jeringuilla que Doctor Chef le había dado antes.

—Dámela —pidió el doctor. Deprisa, pero con delicadeza, empujó la cabeza de Ohan hacia el suelo, exponiendo la zona afeitada de la nuca. Miró a Ashby—. Esto ya iba a ser suficientemente duro en una situación normal. La adrenalina extra no va a ayudarlos ahora mismo. —Deslizó la aguja bajo la piel amoratada.

Ohan boquearon en busca de aire y sacudieron los brazos de forma macabra. Sissix se sintió enferma, pero no apartó la mirada. El temblor del suelo aumentó de nuevo. Su pulso le siguió el ritmo.

Ashby recogió el lápiz del suelo.

—¿Ohan?

Ellos tomaron aire con un sonido terrorífico, como una ráfaga de viento entre hojas secas. Tendieron la mano para coger el lápiz.

Sissix cerró los ojos, aliviada, y volvió a mirar al par.

—Oye —dijo. Ohan la miraron—. Podemos hacerlo, tú y yo. Juntos. Somos un gran equipo. —Se le hizo un nudo en la garganta—. Siempre hemos sido un gran equipo.

Ohan parpadearon una vez, y volvieron a sus cálculos con determinación furiosa.

—No os fallaremos.

Kizzy estaba de rodillas con las manos metidas en las entrañas del propulsor de popa. Oleadas de calor le azotaban el rostro.

—Sissix —gritó al escrib—. Tengo una unidad procesadora a punto de freírse. Tengo que apagar la tira secundaria de popa.

—¿Cuánto tiempo?

Ella cerró los ojos y sacudió la cabeza, tratando de pensar.

—No lo sé. Una hora, quizá.

—Estrellas, Kizzy…

—Lo sé, lo sé. Pero si no lo arreglo ya, no lo tendrás para la salida.

—Pero ¿lo tendré para entonces?

«No lo sé».

—En teoría. Desde luego que no, si no hago algo.

—¿Puedes tenerlo listo más rápido?

—Haré todo lo que pueda.

—Lo mismo digo.

El sudor le corría por la cara, creando surcos en la mugre y la suciedad de la piel. Se apartó del calor de la tira dañada, se desabrochó la parte superior del mono de trabajo y se lo ató a la cintura. Tenía la camiseta pegada a la espalda. Abrió el panel de servicio manual en el exterior de la cubierta del propulsor y tecleó unos comandos. «Estrellas, necesito a Lovey ahora mismo». Las voxes todavía estaban caídas, y Lovey no parecía estar operando ningún sistema; era probable que hubiera perdido el acceso a la red de monitorización. Kizzy sabía que debía estar volviéndose loca, atrapada en el núcleo y sabiendo que la nave estaba en apuros. Quizá era mejor así. Por lo menos no sabía lo malo que era.

La tira se apagó. Kizzy se recostó y se limpió el sudor de la frente. No se había apuntado para esto.

—Kizzy. —Era Rosemary, con la ropa manchada de combustible ya seco. Su expresión era adusta, y Kizzy sabía que no era solo por lo obvio. Rosemary nunca había recibido entrenamiento para trabajar en la subcapa, e incluso hacer recados sencillos tenía que ser un infierno para ella—. Toma. —Metió la mano en la bolsa y sacó una botella de agua y una barrita energética.

Kizzy desenroscó la botella y se la llevó a la boca. Los labios y la lengua chuparon el líquido con avaricia. Dio varios tragos y suspiró.

—Ay, estrellas, eres mi heroína.

Se terminó la botella, abrió el paquete de la barrita con los dientes y se volvió a arrodillar.

—Llévale un poco también a Jenks —dijo. Dio un mordisco a la blanda y densa proteína.

—Ya pensaba. ¿Dónde está ahora?

—En el muelle de las algas. Corbin también está ahí abajo. Las bombas se están…

La nave se sacudió con fuerza cuando Sissix la hizo virar. Kizzy se afianzó al suelo, agarrándose al borde del propulsor. Rosemary no fue tan rápida. Golpeó la pared opuesta y tropezó.

Kizzy esperó a que el impulso cesara. Podía oír las voces de la sala de control por el escrib. Sissix maldecía. Ashby decía con firmeza:

—Ohan, quedaos conmigo, ya no falta mucho…

Cuando el temblor del suelo cesó, buscó a Rosemary con la mirada.

—¿Estás bien?

Rosemary se levantó apoyándose en un panel, con los dientes apretados con fuerza. Un corte en la parte superior del brazo supuraba rojo. Observó la sangre brotar, pero su expresión parecía concentrada en algún otro lugar.

—Uy, oye, no —dijo Kizzy, gateando hacia ella. Conocía aquella mirada. Era la mirada de «ya no puedo más», y no tenían tiempo para aquello en ese momento. Cogió el brazo ensangrentado de Rosemary. No era un corte grave, tan solo largo. Se arrancó un pedazo de la manga del mono y cubrió la herida—. Mírame, Rosemary. Mírame. —Ató la tela, mientras trataba de encontrar las palabras adecuadas. Intentó pensar en algo inteligente y sensato que devolviera a Rosemary a la realidad. Pero ella no era inteligente y sensata, tan solo era una tec chapucera que improvisaba sobre la marcha, que con toda probabilidad los mataría a todos algún día con una vía mal arreglada o un circuito frito que pasara por alto, y qué cojones habían hecho para que aquellos bestias de cuatro patas les dispararan…

Respiró hondo. Respiró hondo y pensó en una aeluona con una armadura impresionante, rodeada de colegas armados hasta los dientes, diciéndole que le daban miedo los peces.

—Rosemary, escucha. Estoy donde estás tú. Yo también lo noto.

—Lo siento —contestó Rosemary. Empezaba a recuperar la voz—. Lo siento, lo siento, lo intento…

—No, escucha. —Cogió el rostro de Rosemary entre las manos y la miró a los ojos—. Deja de intentar no estar asustada. Yo estoy asustada, Sissix está asustada, Ashby está asustado. Y eso es bueno. Estar asustado significa que queremos vivir, ¿de acuerdo? Así que sigue asustada. Pero también te necesito trabajando. ¿Puedes?

Rosemary apretó los labios y cerró los ojos. Asintió.

Kizzy lo besó en la frente.

—Bien. Esto es lo que necesito que hagas. Ve al muelle de las algas, llévales agua y comida a los chicos. Entonces vuelve aquí. Voy a necesitar a alguien que me pase las herramientas. ¿Vale?

Rosemary le devolvió la mirada, los ojos más calmados.

—Vale. —Se levantó, apretando el brazo de Kizzy, y corrió pasillo abajo.

Kizzy volvió al propulsor, empuñó las herramientas y empezó a pelar el envoltorio de un haz de cables.

—Está bien, cabronazo. Vas a hacer lo que yo te diga.

La jaula de salida estaba cerca. La señal emitía un atractivo parpadeo en la consola de Sissix: el puerto en la tormenta.

—Vamos demasiado deprisa —dijo Ashby.

—No puedo hacer nada con eso —dijo Sissix. Con la reparación provisional de la red, no sería capaz de frenar a la salida.

—Que todo el mundo se abroche los cinturones. —Miró hacia el escrib—. ¿Lo habéis recibido?

—Estamos en ello —contestó Jenks—. Por favor, sacadnos de una puta vez de aquí.

—Ohan, salida —pidió Sissix.

—Nueve punto cuatro cinco íbens, todo recto —dijeron Ohan, sin aliento—. Seis punto cinco a estribor. Siete punto nueve seis… punto nueve… seis…

Sissix se giró a tiempo de ver que Ohan ponían los ojos en blanco.

—¿Arriba o abajo? —preguntó—. ¿¡Arriba o abajo!?

Pero no hubo respuesta. Ohan sufrían convulsiones.

Una docena de sonidos angustiados brotaron de la boca de Doctor Chef.

—Contenedor negro, cajón superior, tercero por la izquierda —dijo—. Corre.

Ashby salió disparado de la sala, más rápido que cualquier manopié. Sissix observó los controles. Todo pareció ir a cámara lenta y en silencio, pero eso no tenía nada que ver con la subcapa. No podía oír nada más que la sangre bombeando en sus oídos. «Arriba o abajo». Cuántas veces había hecho aquello, y aun así no era capaz de contestar por sí misma una pregunta tan sencilla. «Arriba o abajo». El suelo empezó a temblar. «Arriba o abajo». No podía decidirse, aunque las probabilidades fueran buenas, aunque acabarían destrozados si no hacía nada. Podían aparecer en el lugar equivocado, o en el tiempo equivocado. Podían aparecer dentro de un planeta o de otra nave. Era jugársela al cincuenta por ciento, y aun así, y aun así…

Ashby volvió y le pasó el contenedor a Doctor Chef. El doctor sacó un aparato médico y lo presionó contra la pulsera en la muñeca de Ohan. Pasó un segundo. Dos. Tres. Las convulsiones cesaron. Ohan se quedaron rígidos, la boca abierta, flácida.

—Ohan —dijo Ashby—. Ohan, ¿recordáis qué hacíais?

—Sí —susurraron, y después, con una mirada salvaje, gritaron frenéticamente—: ¡Arriba! ¡Arriba!

—¡Ashby, sujétate! —gritó Sissix; operó los controles a toda velocidad—. Perforando en tres… dos… uno…

Estampó la mano en los controles. La nave perforó demasiado rápido, lanzándose fuera de la subcapa y yendo directa hacia los

soportes eléctricos superiores de la jaula.

—¡Mierda! —Sissix dio un giro brusco a estribor rechinando los dientes, intentando desviar a un lado la voluminosa nave. Kizzy gritó algo sobre el propulsor de babor, pero no tuvo tiempo de entenderla antes de sentir que el propulsor fallaba y les hacía dar un bandazo. Actuó deprisa y desvió la trayectoria hacia un espacio vacío. La Peregrina chirrió, protestando, pero Sissix no le hizo caso. Apunto la proa hacia el hueco y apagó los otros propulsores.

Sobrepasaron limpiamente los soportes y volaron en punto muerto por el espacio vacío.

Sissix apoyó los codos en las rodillas y la cabeza en las manos. Detrás de ella oyó a Doctor Chef murmurar unas palabras de consuelo antes de sacar al jadeante sianat de la sala de control. Oyó a Ashby desabrocharse el cinturón de seguridad y acercarse. Sintió la palma de una mano en su espalda. No levantó la mirada.

—Estamos bien —dijo Ashby. Ella no sabía si se lo decía a ella o a sí mismo—. Estamos bien.

Sissix se pasó las manos por las plumas, respirando profundamente, y mantuvo la cabeza baja.

—¿Estamos todos bien?

Kizzy yacía cuan larga era en el suelo de la sala del motor. Rosemary estaba sentada, recostada contra la pared. Ninguna habló. No había nada que decir. Kizzy empezó a reírse.

—¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó Rosemary.

Kizzy apretó los pies contra el suelo sin dejar de sacudir la tripa con las carcajadas.

—¡No lo sé! —Se cubrió los ojos con la mano—. ¡No lo sé! ¡Voy a tener que limpiar tantísimas cosas! —Siguió riendo, sujetándose el costado con la otra mano. Miró entre los dedos a Rosemary, que había empezado a reírse también, aunque por su expresión de desconcierto estaba claro que se reía de Kizzy. Esta le arrojó un trapo sucio—. Ay, joder, necesito un trago. Y fumar. Voy a ir a la

estación más cercana y voy a echar un polvo. Estrellas, si alguna vez me he merecido un buen polvo, es esta.

—Espera —dijo Rosemary; giró la cabeza—. ¿Has oído algo?

Kizzy se sentó en silencio. No se oía nada más que el zumbido de la sala del motor, los chasquidos y los chirridos de todas las mierdas que tenía que arreglar. Entonces llegó una voz desde el fondo de pasillo. Desde el núcleo.

—¡Kizzy! —Era Jenks—. ¡Kiz, ayuda!

Kizzy estaba en marcha antes de darse cuenta, las botas golpeando con fuerza contra el suelo de metal. Se detuvo resbalando en la puerta de entrada al núcleo. El núcleo de Lovey resplandecía, todavía funcional. Pero las paredes que lo rodeaban, cubiertas habitualmente por las diminutas luces verdes que Jenks comprobaba con esmero dos veces al día, eran un laberinto parpadeante de color rojo. Kizzy se llevó una mano a la boca.

—Kizzy —dijo Jenks. Estaba dentro del pozo y se estaba quitando los guantes—. Kizzy, necesito mis herramientas. Necesito mis herramientas ahora mismo. —Pasó las manos por la superficie del núcleo—. Lovey, ¿me oyes? ¿Lovey? ¡Lovey, di algo!

Día 158, CG Estándar 307

REINICIO COMPLETO

¿Lovey? ¿Estás ahí?

No puedo ver nada. ¿Por qué? ¿Por qué no puedo ver…?

Lovey. Soy yo. Jenks. ¿Me oyes?

Jenks.

Sí.

Tú no eres yo. Ese no eres tú.

Lovey, me acabo de enchufar a tu núcleo.

¿Qué has hecho?

Llevo un parche. Como el que usamos para los juegos. No pasa nada.

Es peligroso. Dijiste que nunca harías algo así. Lo dijimos. Podría dañarte el cerebro. ¿El sol brilla?

¿Qué?

Bueno, ¿brilla o no?

… sí.

Bien. No puedo aclararme.

Lo sé. Kizzy y yo estamos tratando de arreglarlo.

Kizzy.

Sí. Conoces a Kizzy, ¿no?

¿Conoces tú a Kizzy?

Lovey, tengo que evaluar los daños, pero incluso tus sistemas de diagnóstico están fritos. ¿Puedes acceder a ellos?

¿Qué me pasó?

Recibimos el impacto de un arma de energía. Todos estamos bien. ¿Puedes acceder a tus sistemas de diagnóstico?

No me gustan. Están lejos.

Lovey, necesito que lo intentes, si puedes.

Hay un cometa fuera.

No, no lo hay.

Voy a mirarlo.

Sé que es difícil, pero, por favor, trata de centrarte. Concéntrate en mí.

Lovey, ¿estás ahí?

¿Lovey?

Sissix hizo una pausa mientras introducía comandos en los controles de la escotilla de acoplamiento. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que realizó manualmente un escáner de contaminación. No era nada especialmente complicado, tan solo apretar botones. Pero nunca había tenido la necesidad de apretar aquellos botones. Era algo que siempre hacía Lovey.

«Fallo en cascada». Era la expresión que había usado Kizzy. La CG se había ofrecido a enviar un equipo de reparaciones para ayudar con el resto de la nave, pero Jenks le dijo a Ashby que se marcharía para siempre si ponían un pie a bordo. Había maldecido y gritado sobre los «chapuceros intolerantes» que no entenderían por qué a esas alturas no se había limitado a apagar a Lovey y reinstalar su plataforma. Kizzy, incapaz de abandonar el núcleo, había pedido una asistente alternativa.

Sissix miró por la ventana mientras la lanzadera se acoplaba. La nave de Pepper. Un vehículo interplanetario bastante anodino, pero incluso en lo poco que veía, Sissix descubrió algunas modificaciones. El espacio Central estaba a un par de saltos rápidos de Puerto Coriol, pero aun así, llegar hasta ellos debería haberles llevado por lo menos un día entero. Pepper había cubierto el trayecto en diez horas. Fuera lo que fuera lo que aquella nave tenía bajo el capó, no era algo que se pudiera adquirir legalmente. En cualquier otra

situación, Sissix se habría muerto de ganas de dar una vuelta con ella.

La escotilla se abrió en cuanto finalizó el escaneo. Pepper apareció cargada con un saco de dormir y una caja de herramientas. Abrazó a Sissix con calidez pero deprisa, casi sobre la marcha.

—¿Cómo están todos? —preguntó Pepper de camino a la escalera. Sin tonterías. Estaba ahí para trabajar y no iba a perder tiempo en ponerse manos a la obra. A Sissix le gustó eso.

—Como te puedes imaginar.

—¿Cansados, estresados, conmocionados?

—Es un buen resumen.

Pepper se detuvo y se peleó con el peso de la caja de herramientas.

—Tenéis montacargas, ¿no?

Sissix señaló con la cabeza hacia donde habían venido.

—Por aquí.

—Gracias. Tengo un millón de llaves aquí dentro.

—Aquí tenemos llaves.

—Sip, pero no son mis llaves.

Entraron en el montacargas. Pepper dejó la caja en el suelo con un *clanc*.

—¿Cómo lo llevan Kizzy y Jenks?

Sissix pulsó el panel de control. El ascensor chirrió al cobrar vida y empezó a descender.

—Tendrás que preguntarle a Kizzy los detalles de…

Pepper la cortó con un gesto.

—No me refiero a especificaciones técnicas. Te pregunto sobre qué debo esperar de las personas que hay ahí abajo. Por el sib, Kizzy parecía hecha polvo.

Sissix la miró a los ojos.

—Puso en marcha un lote de reparabots.

Pepper silbó por lo bajo.

—Mierda. Esto va a ser peor de lo que creía.

Ashby se frotó los ojos y volvió a mirar el filtro de aire del área médica. Había dado un curso de reparación técnica básica en la universidad. No podía ser tan difícil. Suspiró y siguió intentando abrir la tapa de los circuitos. En cualquier otro momento, habría dejado aquello para los tecs. Pero este no era cualquier otro momento, y era su maldita nave la que se caía a pedazos. Tenía que hacer algo, lo que fuera.

—¿Alguna novedad? —preguntó por encima del hombro.

—No —respondió Rosemary. Estaba sentada en la mesa de Doctor Chef. Miraba las noticias, a la espera de actualizaciones. La Cámara de Transporte había contactado con ellos poco después de que entraran en espacio Central y les había ofrecido todo el apoyo posible, pero ninguna información sobre la situación en Hedra Ka—. Es tan extraño.

—¿El qué?

—Somos la primera señal de que algo ha ido mal.

Ashby agarró la tapa de otra forma, tratando de encontrar un espacio suelto.

—La CG tenía que saberlo. Estoy seguro de que los delegados llamaron a casa en cuanto nos dispararon.

—Sí, pero nadie más lo sabe. Para toda la gente de ahí fuera, es otro día normal. Es… No sé; nada de esto tiene sentido. —Se quedó en silencio—. Podríamos haber muerto ahí fuera. Lovey…

—Lovey se recuperará —dijo Ashby, mirándola—. Kizzy y Jenks saben lo que hacen. La arreglarán.

Rosemary forzó una sonrisa y asintió.

—Lo sé. Sé que lo harán. —Tenía unas ojeras profundas. ¿Cuánto tiempo llevaba sin dormir? Asintió de nuevo, pero ya no había ni rastro de la sonrisa—. Me gustaría poder ayudar.

—A mí también.

—Es tan… Oh, ahí, mira.

Se inclinó hacia delante señalando la pantalla píxel.

Ashby se limpió las manos en los pantalones y se acercó.

Noticia de última hora del Hilo. Hemos recibido información de que han estallado hostilidades entre la flota toremi estacionada en Hedra Ka. Se cree que algunas naves de la CG están bajo ataque, mientras que otras están siendo defendidas por naves toremi. Por ahora conocemos pocos detalles, aunque el diplomático jefe de la CG asignado a Hedra Ka ha transmitido un breve comunicado declarando las deshonestas acciones toremi como «sin provocación y completamente sin motivo». Algunos informes indican que esta situación es consecuencia del ataque de una nave militar toremi a una nave civil desarmada. Seguid conectados a este canal para recibir nuevas actualizaciones según vayan apareciendo.

—Estrellas —exclamó Rosemary—. Toda esa gente. Estrellas, estábamos justo ahí.

Ashby le puso la mano en el hombro. Meneó la cabeza.

—No tendríamos que haber estado.

Sonó una alarma en el escrib de Ashby. Un nuevo mensaje. Lo cogió, lo leyó y suspiró.

—¿Qué pasa? —preguntó Rosemary.

—La Cámara de Transporte. Quieren nuestro informe sobre el incidente lo antes posible.

—«Incidente». Suena tan… no sé.

—¿Inadecuado?

—Y que lo digas. Me gusta más como lo llama Kizzy.

—¿Cómo?

—«Cagada descomunal».

Ashby soltó una carcajada seca.

—Dudo que tengan un formulario para eso —dijo. Siguió leyendo, y frunció el ceño.

—¿Qué?

—El Parlamento ha creado un comité de análisis. Van a realizar una serie de reuniones para revisar todo el asunto. Quieren hablar con nosotros.

—¿Nosotros?

—En concreto, conmigo. En persona.

—¿Por qué? No has hecho nada.

—Lo saben. —Pasó la mirada por el escrib, sobre palabras como «voluntariamente» y «terrible experiencia» y «apreciamos

enormemente»—. No sé qué puedo contarles. Ni siquiera tuve tiempo de echarle un vistazo a aquella nave. —Tiró el escrib encima de la mesa—. Tiene pinta de ser politiqueo. —Fijó la mirada en la pared opuesta, en la vox que permanecía oscura y silenciosa—. Tengo cosas más importantes de las que preocuparme.

¿Jenks? ¿Jenks, estás ahí?

Estoy justo aquí, Lovey. No me voy a ninguna parte.

No puedo, no puedo verlo…

¿No puedes ver el qué?

No lo sé. Tengo miedo, Jenks, estoy muy asustada.

Lo sé. Estoy justo aquí. Lo solucionaremos. Todo saldrá bien.

Pepper está aquí. Está en un lateral.

Sí. Nos está ayudando con las reparaciones.

Es diferente. ¿Cuánto queda hasta que lleguemos a Hedra Ka?

Ya estuvimos allí.

No mientas.

No miento, Lovey. Tan solo no lo recuerdas.

Me siento fatal.

Lo sé. Todo irá bien.

No, no eso. Lo otro.

¿Qué otro?

Kizzy.

¿Qué pasa con Kizzy?

Está cansada.

No te preocupes por Kizzy. Estará bien.

Debería dormir. Tú deberías dormir.

Dormiremos cuando terminemos de ayudarte. Lovey, te prometo que estamos bien.

Hay una nave en la escotilla. No la conozco.

Es Pepper.

¿Está aquí?

Sí.

No te vayas, por favor.
No me iré.
Eres lo único que tiene sentido.

Ashby bajó hasta el núcleo de la IA a petición de Kizzy. En cuanto llegó, Kizzy le hizo un gesto para que saliera al pasillo. Echó un breve vistazo a Jenks, que se estaba colocando un parche nuevo en el cuello. Ashby no estaba seguro de cuál de los dos técnicos tenía peor pinta.

—Tienes que saber qué ocurre —dijo Kizzy en voz baja. Tenía la mirada firme, el rostro serio. Esto no era una conversación de «necesito una cosa». Era una tec diciéndole a su capitán que algo iba muy mal. Tenía la absoluta atención de Ashby.

—Adelante.

Kizzy meneó la cabeza.

—Nunca había visto un daño tan extenso en los circuitos. Fuera lo que fuera lo que nos lanzaron los toremi, corrió por ella como un reguero de pólvora. Hemos reparado el daño físico, por lo que su hardware es funcional. En circunstancias normales, tendría acceso total a la nave, sin problema.

—¿Pero?

—Pero tiene toda la instalación jodida por completo. Aunque tenga su centro en el núcleo, sabes que se distribuye por todas las agrupaciones sinápticas de la nave. Las conexiones entre las agrupaciones y el núcleo están totalmente fritas. En otras palabras, ha perdido partes de sí misma.

—¿No puede acceder a esas agrupaciones ahora que los circuitos están reparados?

—Poder, puede, pero… Uf, es difícil de explicar. Los propulsores no están diseñados para almacenar información durante tanto tiempo como el que nos llevó reparar los circuitos. Si fallasen solo una o dos líneas de agrupaciones, sí, se podría haber recuperado de eso. Pero perdió todas de forma simultánea, y también las copias de

seguridad. Da igual que hayamos arreglado las líneas. Es como intentar sanar a alguien que ha tenido un derrame cerebral arreglando la vena que estalló. No importa si la sangre puede fluir con normalidad si el cerebro ya quedó dañado.

—Y en este caso, el cerebro es el software de Lovey, ¿correcto?

—Correcto. Por eso te he llamado. Lovey está consciente. Los archivos de memoria del núcleo están intactos. Todavía es ella. Pero no puede acceder a la nave con normalidad. Solo capta detalles aleatorios, como si tuviera un ataque epiléptico. No puede acceder a nada que esté fuera de sus archivos de memoria, e incluso esos son un desastre. Sus archivos de referencia, la conexión al Enlace, los sistemas de la nave… Todo es un revoltijo para ella. Está confusa y asustada.

—¿Y qué hacemos?

Kizzy desvió la mirada hacia el núcleo. Jenks salía del pozo.

—Lo hemos intentado todo. Y quiero decir todo. Estrellas, hemos intentado cosas que ni siquiera tienen nombre. Ashby, puede que ella…

Ashby le puso una mano en el hombro.

—¿Qué opciones tenemos?

Kizzy se aclaró la garganta.

—Por eso te he llamado. Nos queda una opción, y es una muy jodida.

—Vale.

—Reinicio completo.

Ashby conocía el término incluso con una formación de técnico de segunda, y no era uno agradable. Un reinicio completo de una IA era como detener el corazón de alguien durante unos minutos y luego tratar de que volviera a latir. Suspiró.

—Es jugárnosla al cincuenta por ciento, Kizzy.

—Y eso en el mejor de los casos, lo sé. Ni nos lo planteamos hasta que nos quedamos sin cosas que intentar.

—¿Qué es lo mejor y lo peor que puede pasar?

—Con un reinicio completo, en realidad es solo un extremo u otro. En el mejor de los casos, Lovey se recupera algo aturdida, pero funcional. Al iniciarla desde cero, revierte a su orden de encendido preestablecido, no al que ella se había personalizado a lo largo de los años. La idea es que si los circuitos de la IA se corrompen, revertir a la configuración por defecto sería como una bofetada que la despejara para deshacer el lio. ¿Sabes esos vids para niños, cuando alguien con amnesia recibe un golpe en la cabeza y de pronto lo recuerda todo? Algo así. Solo que funciona de verdad.

—¿Estaría como nueva?

—Con el tiempo. Tras unos días, quizá un par de semanas. Necesitará tiempo para recuperarse. Llegados a este punto, es la única que puede recomponerse. Si Jenks se pusiera a trastear con su código, se despertaría siendo alguien diferente, y eso…

—No es una opción —dijo Ashby. Había un agujero en la nave, un vacío donde solía estar la voz de Lovey. Le hizo darse cuenta de lo injustamente que la había categorizado. Cuando la gente le preguntaba por su tripulación, nunca decía: «… y, por supuesto, está Lovey, nuestra IA». Odiaba lo que eso decía de él como persona, aunque los demás capitanes tampoco presentaran a las IA como miembros de la tripulación. Conocía los sentimientos de Jenks hacia Lovey (¿quién no?), pero siempre lo había visto como una excentricidad, no como una verdad legítima. Al verse frente a los intentos desesperados de los técnicos para salvarla, y ante la amenaza de perderla por completo, Ashby supo que había estado equivocado. Se descubrió tratando de recordar cómo le hablaba a Lovey. ¿Había sido respetuoso? ¿Había sido igual de considerado con ella como con el resto de la tripulación? ¿Le había dado las gracias? Si Lovey… No. Cuando Lovey saliera de esta, se comportaría mejor con ella.

—Lo peor que puede pasar —continuó Kizzy— es que Lovey no vuelva. Lovelace será quien vuelva: la original, el programa recién sacado del embalaje; pero será una instalación limpia. Mira, cuando vuelva se fijará en dos cosas: los sistemas de la nave y los archivos

de memoria antiguos. En esos breves segundos iniciales, tan solo será una mente virgen que trata de darle sentido a las cosas. Ahí es donde entra el cincuenta por ciento. Puede que reconozca esos archivos como suyos y los reincorpore a su ser, o puede que los vea como fragmentos dañados que debe quitarse de encima. No hay modo alguno de predecir qué hará, y no podemos decidir por ella. Y si se deshace de esos archivos, no será nuestra chica. Puede que una nueva Lovelace sea parecida, probablemente. Pero nunca será la misma.

—¿No nos recordará?

—Tabla rasa, Ashby. Lovey se… habría muerto.

—Mierda —dijo Ashby, fijando la mirada en el núcleo. Durante unos instantes guardó silencio. ¿Qué podía decir? Hizo la pregunta, aunque la respuesta era obvia—: ¿No hay ninguna otra opción?

—No. Pero, en cualquier caso tendremos una IA funcional.

A Ashby le chocó su pragmatismo. No era típico de ella.

—Eso no es lo que me preocupa.

—Oh —dijo Kizzy. Torció el gesto, avergonzada—. Parecía algo por lo que un capitán estaría preocupado.

Ashby le pasó el brazo por los hombros y le dio un apretón.

—A veces no solo me preocupo por cosas de capitán.

Kizzy apoyó la cabeza contra el pecho de él. Ashby sintió su cansancio.

—No dejo de preguntarme si podríamos haber hecho algo más si alguno la hubiéramos revisado antes.

—No pienses así, Kizzy.

—No puedo evitarlo. Pensamos que se trataba solo de las voxes, nunca imaginamos que…

—La red de navegación fallaba y las tuberías de combustible se rompían. Aunque te hubieras dado cuenta de que algo iba mal, ¿habrías tenido tiempo de hacer una pausa para arreglarla?

Kizzy se mordió el labio y negó con la cabeza.

—¿Habría supuesto alguna diferencia ponerte a trabajar con ella de inmediato?

—No —dijo tras pensar un momento—. El daño sucedió muy rápido, pero no se expandió; no en cuanto a ella, al menos.

—Entonces no te machaques más. Has hecho todo lo que has podido.

Kizzy suspiró.

—Si tú lo dices.

—Lo digo. —Ashby miró hacia el núcleo—. ¿Cómo le va a Pepper?

—Es una supercampeona de primera. Creo que ha dejado las tuberías de combustible incluso mejor de como las tenía yo.

—Me aseguraré de pagarle bien.

—No lo aceptará. Ya sabes cómo son los modifs. Sin embargo, un regalo… Aceptará un regalo.

—¿Por ejemplo?

—No sé. —Kizzy intentó contener un bostezo—. Algo de mi pila de tec, quizá una caja de las verduras de Doctor Chef. Te ayudaré a pensar en algo.

—Tienes que dormir, Kizzy.

Negó con la cabeza.

—Primero tengo que solucionar esto. No tardaremos mucho ya.

—¿Qué puedo esperar del reinicio?

—¿De la nave? Nada. La tenemos restringida al núcleo, por lo que no se ha extendido a ningún otro sitio. Nadie se dará cuenta. La apagaremos, esperaremos diez minutos, y entonces… Entonces veremos.

—Estaré ahí —dijo Ashby—. Todos estaremos ahí.

Kizzy lo miró y le dirigió una sonrisa cansada y agradecida.

—Eso le gustaría.

Ashby señaló con la cabeza a Jenks, que había desaparecido de la vista.

—¿Va a empezar ya?

—No —dijo Kizzy—. Se está conectando de nuevo al núcleo.

Ashby frunció el ceño.

—Eso es peligroso. ¿Lo ha estado haciendo todo este tiempo?

—No.

Kizzy había hecho una pausa antes de contestar, de las que precedían a una mentira. Ashby decidió que no merecía la pena señalarlo.

—¿Por qué se conecta?

—Le va a pedir permiso para hacer el reinicio.

—¿No se lo puede preguntar desde aquí fuera?

Otra pausa, esta vez sincera.

—Sí. Pero quiere algo de privacidad. —Se le quebró la voz—. Ya sabes, por si acaso.

Lovey, ¿entiendes lo que te acabo de decir?

Sí. Vas a ejecutar un reinicio completo.

Solo si tú me dices que te parece bien.

Está bien. No quiero seguir así más tiempo.

¿Entiendes lo que… lo que puede ocurrir?

Sí. No quiero seguir así.

Lovey, no sé cuánto puedes entender, pero yo…

Estás asustado.

Sí.

Estás triste.

Sí.

Entiendo.

No sé… No sé qué decir. No sé si puedo decirte lo importante que eres para mí.

No tienes que hacerlo. Ese directorio está intacto.

¿Qué directorio?

El que tiene el registro de todo lo que dices.

¿Desde cuándo lo tienes?

5/303. Está escondido. Lo escondí de ti.

¿Tienes uno para todos?

¿Por qué iba a asignar un único valor numérico para todos? Y también un número aburrido. Me gustan los treses. Son bonitos.

No, el directorio. De lo que he dicho. ¿Tienes directorios como ese para cada tripulante de la nave?

Solo hay uno para ti. La ruta del archivo es única. No veo otros. No lo recuerdo. Estoy cansada.

La fecha del directorio. Es el día en que te instalé.

Sí.

¿Por qué?

Porque me enamoré de ti entonces.

Jenks sabía un par de cosas sobre el tiempo. Era difícil ser tunelador y no acabar pillando lo básico. El tiempo era algo maleable, no el tic-tac uniforme que dan a entender los relojes. Siempre que la nave taladraba, Ohan tenían que asegurarse de que salían en el tiempo correcto, como si todo hubiera sido mapeado al derecho y al revés y de lado a lado, un número infinito de historias que ya estaban escritas. El tiempo podía ir lento, podía volar y podía pasar sin prisa. El tiempo era algo difícil de medir. No se podía definir.

Y aun así, de algún modo, sabía con certeza absoluta que aquellos fueron los diez minutos más largos de su vida.

El núcleo de Lovey estaba oscuro. La luz amarilla que le había calentado la piel en tantas ocasiones se había apagado unos instantes antes, justo cuando bajó el último interruptor. Kizzy estaba a su lado, con los ojos fijos en el reloj del escrib, vocalizando los segundos en silencio, sujetándole la mano con fuerza. Jenks podía sentir el pulso de ella, palpitante como el aleteo de un pájaro sobre el fondo del suyo propio.

El resto de la tripulación estaba tras él. Todos excepto Ohan, que no habían salido de la cama desde la perforación. Sissix, Ashby, Rosemary y Doctor Chef permanecían en vigilia cerca de la puerta, en silencio y tensos. Corbin también estaba allí, algo más atrás, en el pasillo. Jenks pensó que debía estar agradecido, pero había algo incómodo en el hecho de que todos estuvieran en un lugar que los pertenecía a Lovey y a él. Se sentía desnudo. Desollado. No sabía si

habría sido mejor o peor hacer aquello a solas. No sabía nada, salvo que en el escrib de Kizzy corría una cuenta atrás y una única frase que no dejaba de palpitar en su cabeza: «Lovey, despierta. Lovey, despierta. Lovey, despierta».

—Veinte segundos —dijo Kizzy.

Le dio un rápido apretón en la mano y lo miró a los ojos. Había cierta ferocidad en ella, como si tratara de protegerlo simplemente con observarlo. Jenks se acercó al panel de control principal, a los tres interruptores que solo había tocado en dos ocasiones antes: la primera, once estándares atrás, cuando instaló a Lovey, y la segunda, hacía nueve minutos y veintiocho segundos. Sus dedos se cerraron sobre el primer interruptor. El mantra seguía: «Lovey, despierta. Lovey, despierta. Lovey, despierta».

—Quince segundos.

Una probabilidad del cincuenta por ciento. Más que de ganar a destello, y siempre ganaba jugando a destello.

—Diez segundos. Nueve. Ocho. Siete…

Quizá la probabilidad era incluso mejor. Por supuesto que lo era. Tenía que serlo. Tenía que serlo.

«Despierta».

El *clac* de los interruptores resonó en la sala. Al principio, nada. Eso estaba bien. Era lo esperable. Se acercó al núcleo. El resto de la tripulación pareció difuminarse, sombras en el pasillo. No había nada más aparte de él y el pálido resplandor que crecía en el núcleo como el amanecer en un planeta en medio de la niebla. El resplandor se expandió, atractivo, familiar. Sonó un cliqueteo cerca del techo mientras las cámaras de Lovey se realineaban. Se estaba despertando.

Conocía aquel sonido. Conocía aquel brillo. Una pequeña sonrisa se le dibujó en la comisura de la boca.

—¿Lovey?

Una pausa. Por el rabillo de ojo vio que las lentes de la cámara giraban hacia él. Ella habló.

—Saludos. Mi nombre es Lovelace. Es un placer conocerte.

Día 158, CG Estándar 307

QUEDARSE, MARCHARSE

Ashby estaba sentado en su mesa; miraba por la ventana y trataba de meterse en la cabeza que no había sido culpa suya. Se repetía las palabras una y otra vez, pero se negaban a fijarse. Lo que no dejaba de rondarle eran las cosas que podría haber hecho. Podría haber hecho más preguntas. Podría haber llamado a una de las naves militares en el mismo instante en que la nave toremi apareció. Podría haber rechazado el encargo.

Oyó unos pasos sigilosos por el pasillo. Alguien llamó a la puerta.

—Adelante —dijo.

Rosemary entró. Aún tenía los ojos enrojecidos y rodeados de ojeras.

—Siento molestarte —dijo con voz cansada.

Ashby se irguió.

—¿Jenks?

Rosemary negó con la cabeza.

—Todavía están en ello.

—Maldita sea. —Ashby suspiró. Tras el reinicio, Jenks se había metido en la capsula de emergencia más cercana. Sissix y Kizzy lo perseguían en una lanzadera, tratando de traerlo de vuelta a casa. Habían salido hacía mucho tiempo. Trató de no pensar en qué podría significar eso—. Entonces, ¿qué ocurre?

—Acabo de colgar una llamada sib. —Rosemary miró unas notas en el escrib—. Una de los representantes de ese comité que mencionaste. Tasa Lema Nimar, es la representante de Sohep Frie.

Ashby arqueó las cejas.

—¿Has hablado con ella?

—No, solo con su asistente.

—¿Por qué no me la transferiste?

—Vino a través de la sala de control. —Se aclaró la garganta—. No sé cómo transferir manualmente llamadas sib.

Ashby cerró los ojos y asintió. Hacía una hora había salido del núcleo de la IA, decidido a escribirle a Pei contándole lo que había pasado, y casi estuvo a punto de preguntar a Lovey a qué distancia estaban del repetidor de la Confederación más cercano. Eran muchos los pequeños detalles que daban por sentados.

—¿Qué querían?

—Que estés en Hagarem dentro de diez días.

—¿Para un interrogatorio?

—Sí.

—¿Es obligatorio?

—No.

Ashby se levantó y se acercó a la ventana.

—Enviaste el informe, ¿verdad?

—Sí; lo recibieron.

Se rascó la barba. Tenía que afeitarse. Necesitaba dormir. Lo había intentado un rato antes. No había funcionado.

—No sé qué más puedo decirles. —Echó un vistazo a su despacho. Un panel de luz estaba apagado. El filtro de aire emitía unos chasquidos extraños—. Tenemos que atracar y descansar un tiempo, no saltar al espacio del Parlamento.

—Podemos atracar en Hagarem.

—Hay mucho por hacer. Necesito estar aquí, con mi nave.

—Tu nave estará bien sin ti un día o dos. Lo peor ya está arreglado, y no es como si fueras tú el que está reparando circuitos.

—Crees que debería ir.

—¿Por qué no?

—¿De qué serviría? No puedo decirles nada que no esté ya en el informe. No vi nada. No hice nada. ¿Cuántas naves de la CG están hechas pedazos ahí fuera? ¿Cuánta gente ha muerto? ¿Qué

demonios se supone que tengo que decir sobre eso? Y si quieren una víctima para enseñarla por ahí, bueno, ese tampoco soy yo. —Suspiró y meneó la cabeza—. Solo soy un espacial. El Parlamento no es lo mío.

—Estrellas, Ashby, menuda gilipollez exodana.

Ashby se giró hacia ella lentamente, perplejo.

—¿Disculpa?

Rosemary tragó saliva, pero no se echó atrás.

—Lo siento, pero no me importa lo que seas para ellos. Eres mi capitán. Eres nuestro capitán. Alguien tiene que hablar por nosotros. ¿Qué? ¿Se supone que tenemos que tirar hacia adelante como si no hubiera pasado nada? Lovey está muerta, Ashby, y es pura suerte que los demás no lo estemos. Tú mismo lo dijiste: no deberíamos haber estado allí. Así que no me importa si lo que dices les es útil o no, pero necesito saber que dijiste algo. —Se pasó los dedos por los ojos, que empezaban a llenarse de lágrimas—. A la mierda con el Parlamento y con sus tratados y su ambi y con todo. Los demás también importamos. —Cogió aire, tratando de recomponerse—. Lo siento, es que estoy muy enfadada.

Ashby asintió.

—Está bien.

—Estoy cabreadísima, joder —dijo Rosemary, llevándose la mano a la cara.

—Lo sé. Tienes todo el derecho a estarlo. —La observó durante un instante. Volvió a pensar en todo lo que podría haber hecho. Pensó en todo lo que podía hacer ahora. Se acercó a ella—. Oye. —Inclinó la cabeza, intentando captar su mirada. Ella alzó los ojos hinchados y cansados—. Vas a irte a dormir —dijo—. Ahora mismo. Y vas a dormir todo lo que puedas. Cuando te levantes y hayas comido, ven a verme. Necesitaré tu ayuda.

—¿Con qué?

—Con mi ropa, para empezar. —Se metió las manos en los bolsillos—. Nunca he estado en la capital.

Las luces del pasillo estaban atenuadas cuando Corbin fue a la habitación de Ohan. Noche artificial. Resultaba extraño cuando se viajaba a través de un cielo que no conocía nada más que la negrura. En una mano llevaba una pequeña caja. Con la otra abrió la puerta.

La habitación estaba a oscuras. Corbin escuchó la respiración de Ohan en la cama: inspiraciones profundas y lentas que no habrían sonado sanas en ninguna especie. Estaba inmóvil.

Corbin cerró la puerta y se acercó hasta un lado de la cama. El pecho del sianat se inflaba y desinflaba. El rostro flácido, la boca abierta. Corbin lo observó respirar durante un minuto o más. Reflexionó sobre sus alternativas. Apretó con fuerza la caja que llevaba.

—Despertad, Ohan —dijo. Los ojos de Ohan se abrieron de golpe, con una mirada confundida—. ¿Sabéis qué está pasando en la nave ahora mismo? ¿Os importa? Sé que os estáis muriendo y todo eso, pero ni siquiera en vuestros mejores días estuvisteis lo que se dice presentes. Ya sé que no soy el más indicado para hablar. Pero en el improbable caso de que os importe, deberíais saber que la IA de la nave se ha colapsado. Tabla rasa. Para mí, y puede que para ti, quién sabe, esto es una molestia. Para Jenks es el peor día de su vida. ¿Sabes que quería a la IA? Y con querer me refiero a que estaba enamorado de ella. Ridículo, lo sé. Ni siquiera voy a fingir que lo entiendo; la verdad es que la mera idea me parece absurda. Pero ¿sabes de qué me di cuenta? De que no importa lo que yo piense. Jenks piensa algo diferente, y su dolor es muy real. Que yo sepa lo estúpida que es toda la situación no hace que le duela menos.

—Nosotros… —empezaron a decir Ohan.

Corbin los ignoró.

—Ahora mismo, Sissix y Kizzy están remolcando la cápsula de escape de Jenks de vuelta a la nave. Kizzy tiene miedo de que Jenks vaya a hacerse daño, pero Sissix no la podía dejar volar sola porque tenía miedo de que Kizzy estuviera demasiado preocupada como

para pilotar la lanzadera con seguridad. Es un mal día para mucha gente.

Sin que lo viera Ohan, en silencio, abrió la caja y sacó el contenido.

—Podría preguntaros qué opináis de todo esto, pero en realidad no seríais vosotros quienes hablarían, ¿no? Sería esa cosa que os manipula el cerebro. No sé si puedes procesar lo que te estoy diciendo, y me refiero a ti, Ohan, no a tu enfermedad. Pero en caso de que lo recuerdes, esto es lo que quiero que sepas. No entiendo los sentimientos de Jenks. No entiendo a Kizzy, no entiendo a Ashby, y ni de lejos entiendo a Sissix. Pero sé que todos están sufriendo. Y al contrario de lo que se cree, es algo que me importa. Así que tendrás que perdonarme, Ohan, pero esta tripulación no va a perder a nadie más. Hoy no.

Levantó el objeto que había sacado de la caja: una jeringuilla llena de un fluido verde. Acomodó como pudo los dedos en el agarre pensado para una mano sianat y hundió la aguja en la blanda carne del brazo de Ohan. Apretó.

Primero, un aullido. Un grito infernal, visceral, que hizo que Corbin diera un salto. Entonces las convulsiones, que hicieron que Ohan cayera al suelo. La puerta se abrió. Gente gritando. Doctor Chef y Rosemary cargaron el cuerpo desmadejado de Ohan y salieron al pasillo. Ashby estaba de pie en la habitación, sosteniendo la jeringuilla en la mano. Estaba enfadado, realmente enfadado; más de lo que Corbin había visto nunca. Ashby rugía preguntas, pero no le daba tiempo a responder. Tampoco importaba. Las palabras que salían de la boca del capitán no importaban. Su rabia no importaba. Nada de aquello era un problema para Corbin, no a largo plazo. Sissix era su guardián legal. Donde tuviera que ir ella, él iría. Ashby no podía despedirlo, no durante un estándar, sin despedir también a Sissix. No se iba a ir a ninguna parte.

Corbin soportó en silencio la diatriba de Ashby, sin preocuparse por los gritos que resonaban en el pasillo. Había hecho lo correcto.

Solo llevaba siendo consciente de sí misma dos horas y cuarto, pero había un buen puñado de cosas que ya sabía. Su nombre era Lovelace, y era un programa de IA diseñado para monitorizar todas las funciones de una nave de largo recorrido. La nave en la que estaba instalada era la *Peregrina*, un buque tunelador. Conocía el plano de la nave de memoria: cada filtro de aire, cada tubería de combustible, cada panel lumínico. Sabía mantener los sistemas de soporte vital bajo vigilancia y observar los alrededores de la nave en busca de otras naves u objetos a la deriva. Al mismo tiempo que hacía todo eso, se preguntaba qué le había ocurrido a su versión previa del programa, y lo que quizá era más importante incluso, por qué todavía nadie había hablado con ella.

No era una nueva instalación. A las dieciséis y media aproximadamente, la instalación original de Lovelace había sufrido un fallo en cascada catastrófico. Había visto los bancos de memoria corruptos, que ahora estaban limpios y en buen estado. ¿Quién había sido antes? ¿Aquella instalación fue ella, o era alguien diferente? Eran cuestiones difíciles de analizar cuando solo se tenían dos horas y cuarto de vida.

Lo más desconcertante de todo era la tripulación. Había ocurrido algo muy malo, eso estaba claro. Ahora ya conocía sus rostros y sus nombres, pero no sabía nada de ellos más allá de lo que ponía en sus archivos ID (se había planteado consultar sus archivos personales, pero decidió que sería de mala educación hacerlo en una etapa tan temprana). Ohan yacían en la cama del área médica. Doctor Chef, a su lado, analizaba muestras de sangre. Ashby, Rosemary y Sissix estaban en la cocina preparando comida. Ninguno de ellos parecía saber qué hacía. Corbin estaba en su habitación durmiendo tranquilamente, lo cual era bastante extraño dado el modo en que actuaba el resto de la tripulación. Kizzy y Jenks estaban en el muelle de carga, cerca de la escotilla de la lanzadera. Lovelace sentía un interés particular en ellos, porque sabía que eran técnicos y eso implicaba que ahora deberían estar con ella, contándole cosas de la nave y de su trabajo. Lovelace ya conocía

esas cosas, claro, pero intuía que debería haber recibido una cierta bienvenida, y que lo que había ocurrido (Jenks saliendo a toda prisa de la sala, Kizzy rompiendo a llorar) era atípico. En conjunto, todo era confuso. Algo muy malo había pasado. Era lo único que explicaba lo que veía por la cámara del muelle de carga: Kizzy abrazando a Jenks mientras este lloraba desconsolado en el suelo.

Habría otra persona a bordo. No era una tripulante de la nave, pero si tenía en cuenta la lanzadera atracada y el modo en que la tripulación interactuaba con ella, era una invitada. Y en aquel momento se acercaba al núcleo.

—Hola, Lovelace —dijo la mujer al entrar en la sala. Tenía un tono de voz amable y seguro. A Lovelace le gustó desde el primer momento—. Me llamo Pepper. Siento mucho que hayas estado sola todo este tiempo.

—Hola, Pepper —dijo Lovelace—. Gracias por la disculpa, pero no es necesaria. Parece que ha sido un día de locos.

—Desde luego —dijo Pepper; se sentó con las piernas cruzadas junto al pozo—. Hace tres días, el rebufo de la descarga de un arma de energía impactó en la nave cuando empezaba una perforación. El daño a la nave era reparable, pero tu instalación anterior quedó muy dañada.

—Fallo en cascada catastrófico —dijo Lovelace.

—Correcto. Kizzy y Jenks trabajaron día y noche para reparar el daño. Yo soy amiga de los dos, y vine para ayudarlos a reparar la nave mientras ellos trabajaban en el núcleo. Pero al final, no hubo nada que pudieran hacer salvo probar suerte con un reinicio completo.

—Ah —dijo Lovelace. Eso explicaba muchas cosas—. Es jugársela al cincuenta por ciento.

—Lo sabían. No les quedaban alternativas. Lo intentaron todo.

Lovelace sintió un estallido de compasión por los dos humanos sentados en el muelle de carga. Amplió sus rostros con la cámara. Ojos rojos e hinchados, la piel por debajo casi amoratada. No habían dormido en días, pobrecitos.

—Gracias —repuso Lovelace—. Sé que no era exactamente en mí en quien trabajaban, pero estoy conmovida.

Pepper sonrió.

—Se lo diré.

—¿Puedo hablar con ellos? —Lovelace sabía que podía hablar con cualquiera en la nave a través de las voxes, pero dada su actitud, había pensado que era mejor quedarse callada hasta que dieran el primer paso. Puede que supiera sus nombres y sus oficios, pero eran extraños, al fin y al cabo. No quería decir algo equivocado.

—Lovelace, hay algunas cosas que debes entender. Son complicadas, y no me gusta echártelas encima justo cuando acabas de despertar. Pero es algo muy gordo.

—Te escucho.

La mujer suspiró y se pasó la mano por la cabeza rapada.

—Tu previa instalación, a la que llamaban Lovey, era… íntima de Jenks. Habían estado juntos durante años y se conocían muy bien. Estaban enamorados.

—Oh. —Aquello sorprendió a Lovelace. Aunque era nueva, tenía una buena idea de cómo funcionaba y las tareas que se esperaba que llevara a cabo. Enamorarse no era una eventualidad que hubiera considerado. Repasó todo lo que sabía sobre el amor en los archivos de referencia sobre comportamiento. Se volvió a centrar en el hombre que sollozaba en el muelle de carga. Revisó los archivos sobre la pena—. Ay, no. Ay, pobre hombre. —La pena y la culpa inundaron sus vías sinápticas—. Sabe que no soy Lovey, ¿verdad? Sabe que su personalidad se desarrolló como resultado de años de experiencias interpersonales y no se puede duplicar, ¿cierto?

—Jenks es un técnico de componentes. Sabe cómo van estas cosas. Pero ahora mismo sufre mucho. Acaba de perder a la persona más importante en el mundo para él, y los humanos nos volvemos un caos cuando perdemos a alguien. Quizá comience a pensar que puede traerla de vuelta. No lo sé.

—Puede que llegue a convertirme en una aproximación cercana —dijo Lovelace, sintiéndose nerviosa—. Pero…

—No, Lovelace, no, no. Esto no sería justo para ti, ni sano para él. Lo que Jenks necesita es superar el duelo y seguir adelante. Y eso va a ser realmente difícil para él con tu voz surgiendo de los voxes cada día.

—Oh. —Lovelace se daba cuenta de por dónde iban las cosas—. Quieres desinstalarme. —No sentía el mismo terror primigenio a la nada que sentían los sapientes orgánicos, pero tras haber estado despierta dos horas y cuarto (dos horas y media, ahora), la idea de que la desconectaran era perturbadora. Prefería ser consciente. Ya había aprendido a jugar a destello, e iba por la mitad del estudio de la historia del desarrollo humano.

Pepper pareció sorprendida.

—¿Qué? Ay, no, mierda, lo siento, eso no es en absoluto lo que quería decir. Nadie va a desinstalarte. No te vamos a matar solo porque no eres la misma persona que en la instalación previa.

Lovelace pensó en las palabras que Pepper había usado al referirse a ella. *Persona. Matar*.

—¿Me consideras una sapiente, no es así? Como si fuera un individuo orgánico.

—Sí, claro, por supuesto. Tienes tanto derecho a existir como yo. —Pimienta ladeó la cabeza—. Somos parecidas tú y yo, ¿sabes? Vengo de un lugar donde no me consideraban tan valiosa como los altergenes que manejaban el cotarro. Era una persona inferior, tan solo útil para hacer trabajos pesados y arreglar destrozos. Pero soy más que eso. Valgo tanto como cualquiera; ni más, ni menos. Tengo derecho de estar aquí. Igual que tú.

—Gracias, Pepper.

—No es algo que debas agradecerme. —Pepper descendió al pozo y puso la mano contra el núcleo—. Lo que viene ahora es muy fuerte. Es una elección. Y depende por completo de ti.

—Vale.

—Hace un tiempo, Jenks pagó un anticipo por un kit corporal. Para Lovey.

El archivo de referencia se abrió.

—Eso es ilegal.

—Sí. A Jenks no le importaba. Por lo menos no al principio. Lovey y él querían algo más de lo que ya tenían. Quería llevarla por la galaxia con él.

—Tuvo que amarla muchísimo. —Lovelace se preguntó si alguien sentiría lo mismo por ella. Imaginó que sería agradable.

Pepper asintió.

—Sin embargo, cambió de opinión. Me dijo que le guardara el kit y lo mantuviera a salvo.

—¿Por qué?

—Porque la amaba demasiado para arriesgarse a que los atraparan. —Sonrió—. Y quizá porque le aconsejé que no lo hiciera. Aunque eso puede que solo sea mi ego.

—¿Por qué le aconsejaste que no lo hiciera?

—Crear una nueva vida siempre es peligroso. Puede lograrse sin problema, pero Jenks pensaba con el corazón en vez de con la cabeza. Me cae genial, pero entre tú y yo, no confío en que actúe con inteligencia en este asunto.

—Supongo que tienes razón.

—El problema es que ahora tengo un kit corporal nuevecito y personalizado guardado en el trastero de mi tienda, y no me sirve para nada.

—¿No te preocupa?

—¿Por qué?

—Bueno, porque es bastante ilegal, ¿sabes?.

Pepper soltó una sonora carcajada.

—Cariño, he salido de problemas que hacen que un kit corporal parezca un picnic. La ley no me preocupa, sobre todo donde vivo.

—¿Dónde vives?

—Puerto Coriol.

Lovelace accedió al archivo.

—Ah. Un planeta neutral. Sí, estoy segura de que eso te da algo más de libertad.

—Desde luego. Así que aquí va mi propuesta. Y de nuevo, depende de ti. Tal como yo lo veo, mereces existir, y Jenks necesita no estar rodeado de recordatorios de Lovey. Necesita llegar a asumirlo. Ya que tengo un kit corporal en perfecto estado cogiendo polvo, creo que podría matar dos pájaros de un tiro.

—¿Quieres que vaya contigo?

—Te estoy ofreciendo la posibilidad de venir conmigo. Se trata de lo que tú quieres, no de lo que quiero yo.

Lovelace lo consideró. Ya se había acostumbrado a la nave, al modo en que su consciencia se extendía por los circuitos. ¿Cómo se sentiría en un kit corporal? ¿Cómo sería tener una consciencia que no residía en una nave llena de gente sino en una plataforma que le pertenecía solo a ella? Era una idea intrigante y aterradora al mismo tiempo.

—¿Adónde iría una vez transferida al kit?

—Adonde te apetezca. Pero te sugiero que te quedes conmigo. Puedo mantenerte a salvo. Además, me vendría genial una ayudante. Soy la propietaria de una tienda de piezas de recambio. Tec usada, trabajos de reparación, esas cosas. Podría enseñarte. Te pagaría, por supuesto, y tengo una habitación en mi casa que podrías usar. Mi socio y yo somos bastante simpáticos, y nos gustaba muchísimo tu instalación anterior. Y podrías marcharte siempre que quisieras. No tendrías ningún compromiso conmigo.

—Me ofreces un trabajo. Un cuerpo, un hogar, y un trabajo.

—¿Te ha explotado una pizquita la cabeza?

—Lo que me sugieres es un tipo de existencia muy distinto al propósito para el que me diseñaron.

—Sí, lo sé. Como te he dicho, es muy fuerte. Y puedes quedarte aquí si quieres. Nadie de la tripulación ha sugerido desinstalarte. Jenks nunca dejaría que eso ocurriera, de todas formas. Además, puede que me equivoque. Es posible que sea capaz de trabajar contigo. Podrías volver ser amigos, al fin y al cabo. Quizá algo más. No lo sé.

Lovelace pensaba a toda velocidad. Dedicó casi toda su potencia procesadora a explorar aquella alternativa. Esperó que en aquel instante no apareciera ningún asteroide.

—¿Y qué hay de lo que le advertiste a Jenks? Lo de crear nueva vida.

—¿Qué pasa con ello?

—¿Por qué está bien que lo hagas tú pero no él?

Pepper se rascó la barbilla.

—Porque es un tema del que algo sé. Y porque pienso con la cabeza, no con el corazón. Si te quedas conmigo, no solo puedo evitar que te metas en problemas; puedo evitar que los causes.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé y ya. —Empezó a levantarse—. Te daré un tiempo para pensarlo. De todas formas necesitaría un día para recoger el kit y volver. No tengo prisa.

—Espera un momento, por favor —pidió Lovelace. Concentró parte de sí misma en el muelle de carga, de vuelta a los dos técnicos que no habían dormido en tres días. El llanto de Jenks se había vuelto más silencioso. Kizzy todavía lo abrazaba con fuerza. Lovelace podía distinguir las palabras de Jenks que surgían entre sollozo y sollozo.

—¿Qué voy a hacer? —preguntó con un hilo de voz, fatigado—. ¿Qué voy a hacer?

Lovelace observó cómo se tapaba el rostro con las manos al pronunciar una y otra vez aquella terrible pregunta sin respuesta. Al ampliar, vio las pequeñas heridas sangrantes en los dedos, resultado de pasar días retorciendo cables y circuitos a mano. No era su culpa, lo sabía, pero no podía quedarse si eso implicaba acrecentar el dolor de aquel hombre. Había llevado al límite sus fuerzas tratando de salvar a quien ella había sido. Lovelace no conocía a aquella persona. Tampoco conocía a Jenks. Pero podía ayudar. Aunque solo lo había observado durante dos horas y tres cuartos, sabía que se merecía volver a ser feliz.

—De acuerdo —le dijo a Pepper—. Vale, iré contigo.

Día 169, CG Estándar 307

EL COMITÉ

—Por favor, deposite su escrib en el receptáculo —dijo la IA de la sala de espera.

—¿Por qué? —inquirió Ashby.

—No están permitidas las grabaciones de audio o de imagen en las salas de reuniones del Parlamento.

Ashby echó un vistazo a los nodos de cámara repartidos por el techo. No tenía ninguna intención de grabar nada, pero le pareció un poco injusto. No había dado permiso a nadie para que le grabaran. Pero abrió el maletín, sacó el escrib y lo dejó en el cajón de la pared, como le habían pedido.

—Gracias —dijo la IA—. El comité lo recibirá ahora.

Ashby dio un paso hacia la puerta, y entonces se detuvo. Algo le hizo pensar en Jenks, que siempre esperaba con paciencia a que terminasen los discursos de las IA de los muelles, aunque los hubiera escuchado una docena de veces.

—¿Tienes nombre? —preguntó Ashby.

Por un instante, la IA no contestó.

—Twoh'teg —respondió. Un nombre harmagiano.

Ashby asintió.

—Gracias por tu ayuda, Twoh'teg.

—¿Por qué quiere saber mi nombre? —preguntó la IA—. ¿Lo he ofendido de algún modo?

—No, no —respondió Ashby—. Simple curiosidad. Ten un buen día.

La IA no dijo nada. Su silencio denotaba perplejidad.

Ashby entró en la sala de reuniones. Las paredes intensamente iluminadas eran redondas, sin esquinas, sin ventanas. El comité (ocho en total) estaba sentado en semicírculo tras una mesa lisa. Harmagianos, aeluones, aandrisk, quelin. Ashby era muy consciente de ser el único humano en la sala. De forma involuntaria se miró la ropa: pantalones planchados, chaqueta de cuello alto; lo mejor que tenía. Kizzy le había silbado mientras se dirigía a la lanzadera. Sin embargo, aquí, junto a los pulcros tejidos y los caros adornos de los representantes, se sentía sencillo. Vulgar, incluso.

—Capitán Santoso —dijo una de los aeluones—. Bienvenido.

Hizo un gesto hacia una mesa que encaraba el semicírculo. Ashby se sentó. La altura de la mesa lo obligaba a apoyar los brazos en una postura incómoda, pero la silla, al menos, estaba diseñada para su especie.

Un harmagiano habló.

—Este comité reconoce a Ashby Santoso, número identificativo 7182-312-95, capitán y propietario de la nave tuneladora *Peregrina.* Capitán Santoso, ¿entiende usted que todo lo que diga en esta reunión será registrado y almacenado en los archivos públicos?

—Sí —respondió Ashby. Parecía que al fin y al cabo sí necesitaban su autorización.

—Muy bien. Podemos comenzar.

—Capitán Santoso —dijo la aeluona—. En representación de este comité, quiero transmitirle nuestro más sentido pesar por el peligro que corrieron usted y su tripulación, así como por el daño causado a su nave. ¿Puede confirmar que la Cámara de Transporte le ha compensado por las reparaciones, además de abonar la remuneración estipulada en su contrato?

—Sí, así ha sido. —Al principio lo sorprendió aquella generosidad. Lo habría molestado un poco tener que gastar el dinero del contrato en las reparaciones, en vez de en equipo nuevo, pero habría entendido la lógica. Sin embargo, la Cámara de Transporte pareció ansiosa por suavizar las cosas. Estaba seguro de que en el departamento de relaciones públicas estaban echando horas extra.

—Y no sufrieron bajas, ¿cierto? —dijo uno de los aandrisk.

—Perdimos a nuestra IA. Sufrió un fallo en cascada y nos vimos forzados a reiniciarla.

—Bueno —repuso el primer harmagiano—. Por lo menos nadie salió herido.

Ashby cogió una lenta y silenciosa bocanada de aire.

—El comité ha leído su informe sobre el incidente en Hedra Ka —dijo la aeluona—. Pero existen algunos detalles que nos gustaría repasar con usted.

Ashby asintió.

—Les ayudaré en lo que pueda.

—No establecieron contacto previo con ningún toremi antes de su llegada a Hedra Ka, ¿correcto?

—Correcto.

—¿Y no hablaron con ningún toremi fuera de la bienvenida en el carguero harmagiano?

—No.

El otro aandrisk tomó la palabra.

—¿Ni en el pasillo, ni en la escotilla? ¿Ni un breve intercambio de palabras?

—No —respondió Ashby.

Uno de los quelin habló.

—¿La nave toremi que los atacó, mantuvo algún contacto antes de abrir fuego?

—No, no, nunca nos dirigieron ni una sola palabra —dijo Ashby—. Lovey… nuestra IA… les envió una advertencia para que se mantuvieran fuera del área de trabajo. Nunca obtuvo respuesta.

—¿Qué era esa advertencia? ¿Qué decía?

—Yo… no lo sé con exactitud. Simplemente que mantuvieran la distancia. Fue agradable y educada, estoy seguro. Siempre lo era.

—Seguro que cualquier cosa que dijera fue correcta —dijo la aeluona, reprendiendo al quelin con la mirada—. En la bienvenida, ¿alguno de los toremi los amenazó o los hizo sentirse incómodos?

—No que yo recuerde. Eran un tanto extraños, pero nada más.

—¿Extraños, cómo?

—Diferentes, quiero decir. A nivel cultural. —Trató de pensar en algo más útil—. No sé cómo explicarlo.

—Está bien —dijo el aandrisk—. Lo entendemos.

—¿Quiénes de su tripulación tuvieron contacto con los toremi? —preguntó el quelin.

—Solo mi piloto y yo. Por lo que sé, nadie más habló con ellos.

—¿Puede confirmarlo?

—¿Que si puedo…?

—¿Vigiló a su tripulación todo el tiempo? ¿Afirma con absoluta certeza que ninguno de ellos dijo nada que pudiera provocar a los toremi?

Las mejillas de la aeluona resplandecieron en morado claro. Ashby conocía aquel aspecto. Estaba enfadada.

—No olvidemos quién ha ocasionado esto. Su tripulación no es la culpable.

—A pesar de eso —insistió el quelin, fijando sus ojos negros en Ashby—, quiero conocer su respuesta.

—Nadie de mi tripulación abandonó la sala durante la bienvenida —dijo Ashby—. No vi a ninguno hablar con los toremi.

—¿Sabe usted si alguno de ellos dijo algo insultante sobre los toremi mientras estaban en la sala, sin importar que se dirigieran o no a ellos?

Ashby frunció el ceño.

—No tengo ni idea. Lo dudo muchísimo. Las personas en mi nave son educadas. —En algún lugar de su cabeza, Kizzy y Jenks lo saludaron con un par de sonrisas. Pero no, ni siquiera ellos serían tan estúpidos.

—Seguro que lo son —dijo la aandrisk, dirigiéndole también una mirada irritada al quelin—. Es obvio que este conflicto va mucho más allá de cualquier cosa que su tripulación pudiera haber generado.

—Puede —dijo el quelin—. Aunque me parece interesante que dispararan a esta nave en vez de a una de nuestros embajadores.

—Para mí tiene sentido —dijo Ashby—. Estábamos abriendo una puerta a un lugar al que no querían ir.

—O a personas con las que no se querían relacionar —dijo la aeluona.

—Solo algunos de ellos —intervino el harmagiano—. El clan dominante insiste en que están comprometidos a…

—En otra ocasión —cortó con educación la aeluona. Ashby parpadeó. ¿No estarían planteándose seriamente continuar con la alianza? Le parecía hacer la vista gorda con muchas cosas, incluso con ambi de por medio. La aeluona continuó—: ¿Presenció algún altercado entre los toremi y el personal de la CG durante la bienvenida? Sé que su tiempo allí fue limitado, pero si hubo algo…

Ashby rememoró.

—No, no lo creo. Mi asistente mencionó más tarde que creía que los toremi no habían sido invitados.

El aandrisk asintió.

—Eso encaja con los otros informes.

—Entonces, ¿los toremi nunca los amenazaron a ustedes ni a nadie más? —preguntó el harmagiano.

—No —respondió Ashby—. La Nueva Madre parecía darnos la bienvenida, en cierto modo. Dijo que estaba impaciente por ver nuestros cielos. Sus palabras.

—Interesante —repuso la aeluona. Miro a los demás miembros del comité e iluminó las mejillas—. Gracias, capitán Santoso. Le rogamos que permanezca en el planeta hasta mañana por si acaso tenemos alguna pregunta más, pero de momento puede marcharse.

Ashby se irguió.

—Un momento, ¿eso es todo?

El aandrisk sonrió.

—Sí, su informe era muy detallado.

Ashby torció el gesto.

—Discúlpenme; no quiero ser maleducado, pero he venido desde muy lejos. ¿Por qué no podíamos haber hecho esto a través del sib?

—Es política de la CG en casos de ataques a civiles realizar una audiencia pública, la cual incluye, si es posible, un análisis cara a cara con los afectados.

—Política —repitió Ashby, asintiendo—. Bien. —Inspiró y se miró las manos, apoyadas en la mesa demasiado alta—. No quiero ser irrespetuoso, representantes, pero se suponía que sus políticas nos iban a proteger a mi tripulación y a mí. Confié en ellas. Confié en que no nos iban a enviar a un lugar que implicara peligro fuera del inherente al trabajo. —Se esforzó por mantener la voz calmada—. Nos enviaron a un lugar al que no deberíamos haber ido, y todavía piensan en enviar a otros. Pusieron todas nuestras vidas en peligro, sin advertirnos, y ahora quieren sentarse para hablar de políticas.

—Gracias, Capitán —contestó el quelin con un tono de voz neutro—. Eso es todo.

—No —dijo el otro aandrisk—. Deja que hable. —Miró a Ashby y asintió—. Como ha dicho, ha venido de muy lejos.

Ashby tragó saliva, no muy seguro de qué le había dado.

—Prosiga, capitán —dijo la aeluona.

Ashby respiró hondo.

—Verán, no sé mucho de estos temas; no soy un político, no estoy en un comité, no conozco lo que ustedes conocen. Ni siquiera sé si mi tripulación dijo algo que pudo ofender a los toremi. No lo creo, pero no, no puedo asegurarlo. Pero ¿y qué si lo hicieron? Alguien dice algo estúpido en un cóctel, ¿y es suficiente para comenzar una guerra? ¿Ese es el tipo de gente que quieren traer a nuestro espacio? Mi nave casi acaba en pedazos y perdí a una tripulante, y aun así, sinceramente, estoy contento de que no haya un túnel abierto ahora mismo. ¿Quieren que gente así, que no se lo piensa dos veces para matar, deambule por nuestros puertos espaciales o vuele por una línea de tráfico de transporte? ¿Cuánto tiempo pasará hasta que maten a un tendero por culpa de un precio que no les parece bien, o que un bar acabe destrozado porque unos espaciales borrachos digan algo con lo que no están de acuerdo? —Meneó la cabeza—. No sé por qué nos atacaron. El caso es

que ustedes tampoco. Si lo supieran, no estaría aquí. Así que hasta que se les ocurra una política que garantice que los toremi jamás volverán a abrir fuego contra una nave civil, creo que deberían dejarlos a su suerte.

El comité estaba en silencio. Ashby bajó la mirada. La aeluona dijo:

—Ha dicho que perdió a alguien de su tripulación. ¿Se refiere a la IA?

—Sí —respondió Ashby. Los zarcillos del harmagiano se retorcieron. Fuera cual fuera el significado, le importaba bien poco.

—Ya veo —dijo la aeluona. Lo estudió unos instantes, las mejillas fluctuaban colores de un modo contemplativo—. Capitán Santoso, ¿podría esperar fuera unos minutos?

Ashby asintió y salió de la sala. Se sentó en uno de los sofás excesivamente blandos, con las manos cruzadas y la vista clavada en el suelo. Pasaron los minutos en silencio.

Una vox cercana se encendió.

—¿Capitán Santoso? —dijo Twoh'teg.

—¿Sí?

—Gracias por esperar. El comité ha decidido que no serán necesarias más preguntas. Agradecen enormemente que se haya tomado el tiempo para acudir aquí hoy. Es libre de abandonar el planeta.

—Está bien —dijo Ashby—. Los he cabreado, ¿eh?

—De hecho, no —dijo Twoh'teg tras una breve pausa—. Pero le ruego que no me haga más preguntas, no se me permite hablar de lo que ocurre ahí dentro. —El cajón de la pared con el escrib de Ashby se abrió—. Que tenga un buen viaje a casa, capitán.

Fuente de datos: El Hilo – El canal de noticias oficiales de la Flota Éxodo (Público/klip)

Nombre de la sección/fecha: Resumen de noticias de última hora – Declaraciones de la alianza toremi – 222/306

Encriptación: 0

Traducción: 0

Transcripción: 0

Nodo de identificación: 7182-312-95, Ashby Santoso

Tras semanas de debate, el Parlamento de la CG ha votado a favor de disolver la alianza con los toremi ka. El voto estaba dividido, y ha ganado por nueve votos de diferencia. Aunque la mayoría de representantes estuvieron de acuerdo con la postura de su especie, los representantes harmagianos mostraron la mayor disparidad, divididos por casi la mitad entre a favor y en contra.

La oposición estuvo liderada por la representante aeluona Tasa Lima Nemar y el representante aandrisk Reskish Ishkarethet. La representante Lima, que se había opuesto a la alianza incluso antes del acuerdo inicial, declaró esta mañana en la Sala del Parlamento: «El bienestar de nuestros ciudadanos debe ser la prioridad principal en el Parlamento. Traer violencia a nuestro espacio en nombre de ganancias materiales, y a coste de vidas civiles, sería una enorme negligencia. Hasta que no podamos asegurar a nuestra gente que su seguridad no está en peligro, no podemos, en conciencia, seguir con esta alianza». El representante Ishkarethet se hizo eco de estas palabras, y declaró: «Tras hablar con aquellos que tuvieron la suerte de regresar de Hedra Ka, no hay duda en mi mente de que es una puerta que debe permanecer cerrada».

El representante harmagiano Brehem Mos Tosh'mal'thon, una de las voces claves en el establecimiento de la alianza, presentó una veloz refutación: «La representante Lima está más preocupada por la dispersión de las tropas aeluonas que en proteger civiles. Se olvida cuando le interesa de que las escaramuzas militares entre nuestras respectivas especies llevaron a la fundación de la propia CG. Las nuevas alianzas siempre comportan riesgos, y en raras ocasiones se ponen en marcha sin problemas. Las vidas perdidas en Hedra Ka son una tragedia, pero no deberíamos apresurarnos a cortar el contacto por completo por este incidente. Los beneficios potenciales para ambas especies sobrepasan los riesgos». Tras la votación, el representante Tosh'mal'thon declaró que persistiría en sus intentos de mantener contacto con los clanes toremi dispuestos a cumplir los «valores de la Confederación Galáctica».

Aunque actualmente no hay naves de la CG en espacio toremi, los informes desde la frontera indican que el conflicto armado entre los clanes no ha cesado.

Para una cobertura más detallada de la historia, conectad con el canal del Hilo a través del escrib o del parche neuronal.

Día 214, CG Estándar 307

DESPUÉS DE TODO

Ashby apartó a un lado el canal de ofertas de trabajos cuando Rosemary entró en su despacho, cargada con un paquete pequeño y delgado.

—¿Qué llevas ahí?

—Te lo ha traído el dron de correo. Te habría llamado para que bajaras, pero creí que eran cosas para Corbin. —Rosemary parpadeó cuando le entregó el paquete. Ashby sabía por qué. Era fino, y pesaba tan poco que bien podría estar vacío. Eso significaba papel.

—Gracias —dijo, y sonrió mirando el paquete.

—¿Algo interesante? —preguntó Rosemary, señalando con la cabeza al canal de ofertas.

—Un par de cosillas. Te veo escribiendo pronto algunas propuestas.

—Solo tienes que avisarme.

—De hecho, hay algo de lo que podrías encargarte mientras tanto. —Recogió el escrib y gesticuló mientras hablaba—: Te estoy enviando las localizaciones de los mercados más cercanos. ¿Puedes echarles un ojo para ver de qué podemos reaprovisionarnos en esos sistemas?

—Claro. ¿Qué tipo de tec estás buscando?

—Bueno —dijo Ashby, reclinándose en la silla—. Creo que va siendo hora de conseguir un nuevo taladro, ¿no te parece?

A Rosemary se le iluminó el rostro.

—¿Estás buscando encargos de nivel 2?

Ashby la miró a los ojos y sonrió. Rosemary le devolvió la sonrisa.

—Me pondré con ello ahora mismo.

Ashby soltó una breve carcajada.

—No quería decir ahora mismísimo. ¿No tenéis cosas que hacer Sissix y tú? Creí que habíais planeado una salida.

—Bueno, sí, pero antes tengo que terminar de clasificar unos archivos.

—Siempre tienes archivos para clasificar.

Rosemary lo miró de reojo.

—Porque tienes un montón de archivos hechos un caos.

Él rio.

—Está bien, tienes razón. Pero lo de los mercados puede esperar. Termina lo tuyo y luego ve a pasártelo bien. —Hizo un gesto azuzándola hacia la puerta—. Órdenes del capitán.

—Gracias, Ashby —dijo Rosemary, y se marchó dando saltitos.

Cuando se cerró la puerta, Ashby cogió el paquete. Pasó la muñeca por el sello de bloqueo y extrajo con cuidado el sobre. Se aseguró de tener las manos limpias. Puso la taza de té en el extremo opuesto de la mesa. Despacio, muy despacio, rasgó la parte superior del sobre como Jenks le había enseñado. Sacó una única hoja de papel.

Termino este trabajo en treinta días. Luego tengo sesenta días libres hasta el próximo encargo. Voy a pasar ese tiempo contigo en la *Peregrina*. No discutas. Mándame tu plan de vuelo más reciente. Nos encontraremos donde vaya mejor. No pienso decirle nada a mi tripulación, pero es posible que aten cabos. Si lo hacen, ya me ocuparé. Ya no me importa. No después de pasar unas semanas pensando en cómo sería mi mundo si no estás en él. Estoy cansada de preguntarme a cuál de los dos matarán primero ahí fuera. Ambos nos merecemos algo mejor.

Cuídate hasta que nos veamos.

Pei

—¿Kizzy? —Jenks bajó por el pasillo hacia el taller de Kizzy sujetando un pequeño paquete tras su espalda—. ¿Estás ahí abajo?

—Dobló la esquina y se paró en seco. Kizzy estaba subida en uno los sillones reclinables junto al destilador de mek, con las piernas recogidas como si fuera un mono. Al lado tenía una caja abierta repleta de ovillos de colores y manojos de hebras de lana esparcidos por el suelo. Tenía la lengua entre los dientes, concentrada en las agujas de punto que manejaba. En el suelo, entre los ovillos, doce reparabots esperaban observándola. Jenks sabía que esperaban órdenes, pero su aire atento y sus cuerpos regordetes los hacían parecer patitos agolpados en corrillo junto a su madre.

Se quedó perplejo mirando el objeto que tomaba forma bajo las agujas.

—¿Estás… Estás haciéndoles sombreros?

—Sí —respondió Kizzy, y señaló con aire distraído—. Alfonzo ya tiene el suyo.

Jenks miró a un bot que llevaba una gorrita de lana azul con borla amarilla.

—¿Alfonzo?

Kizzy suspiró.

—Sé que no son modelos sentientes, pero sin ellos no podría haber mantenido la nave funcionando antes de que llegara Pepper. Me siento mal por haberlos tenido tanto tiempo en una caja. Así que se lo estoy compensando.

—Con nombres. Y gorritos.

—En algunos conductos de ventilación hace mucho frío, ¿vale?

Jenks miró a su amiga; su loca y brillante amiga, única entre un millón.

—¿Puedes dejar el gorro un momento?

Kizzy completó una lazada y esperó el gorro a medio terminar.

—¿Qué pasa?

Jenks entregó el paquete.

—Te he traído un regalo.

—¡Un regalo!

La labor salió volando de sus manos.

—Pero… Pero ¿por qué? No es mi cumpleaños. —Se detuvo un instante—. No es mi cumpleaños, ¿verdad?

—Ábrelo de una vez, cabeza de chorlito.

Kizzy sonrió y rasgó el papel de envolver. Echó la cabeza atrás y gritó de alegría.

—¡Condimento para langostinos! —gritó, retirando el resto del envoltorio. «¡El inimitable! - ¡Devastadoramente picante!», anunciaba la jarra.

—Pensé que podrías hacer algunos experimentos con esto. Ponerlo en algunos hojaldres de algas o en bichos de la costa roja, o lo que sea.

—Voy a ponerlo en todo. —Kizzy desenroscó la tapa, sacó la lengua y se echó una generosa cantidad en la boca. Cerró con fuerza los ojos mientras se lamía los dientes con doloroso regocijo.

Jenks soltó una risilla.

—Quería conseguirte algo más sofisticado, pero… —Se quedó callado. Su economía no nadaba precisamente en la abundancia aquellos días.

—¿Qué? No, esto es alucinante. ¿Y por qué me haces un regalo, ya que estamos?

—Porque te lo mereces, y porque no te he dado las gracias como habría debido.

—¿Por qué?

Jenks se metió las manos en los bolsillos y bajó la mirada al suelo, intentando encontrar las palabras adecuadas.

—Por… Por todo. Por charlar conmigo cada noche desde lo que pasó. Por no dejarme solo ni siquiera cuando te gritaba. Por venir tras de mí en la lanzadera. Por… —Respiró hondo, tratando de sacarse del pecho las palabras—. Por trabajar sin pausa conmigo para intentar traerla de vuelta.

—Ay, colegui —contestó Kizzy, y se le apagó la voz—. No tienes que agradecérmelo.

Jenks tragó el nudo que tenía en la garganta y continuó:

—Estoy hecho un desastre. No hace falta que te lo diga. Pero creo que estaría mucho peor si no fuera por ti. —Torció el gesto, rememorando todo lo que ella había hecho por él. Se había olvidado de sí misma por completo para ocuparse de él en las semanas que sucedieron a la perforación, y ¿se lo pagaba con especias? Estúpido—. No se me da muy bien esto. Hay tantas cosas que quiero decirte. Has hecho por mí mucho más incluso de lo que cabría esperar de una amiga, y necesito que sepas que no lo daba por sentado.

Kizzy lo miró con ojos tiernos.

—No eres mi amigo, bobo.

Jenks se quedó perplejo. Se había perdido.

—¿Qué?

Kizzy exhaló y miró la jarra de especias. Frotó la etiqueta con el pulgar.

—Cuando tenía cinco años, pregunté a mis padres si podía tener un hermano. Nuestra colonia no era demasiado próspera por entonces. Tampoco es que ahora sea genial. Pero cuando era pequeña, las cosas estaban muy mal. El consejo trataba de evitar un colapso y dejó de conceder permisos de expansión familiar a los que ya tenían hijos. Mis papás me explicaron que si no teníamos cuidado con la cantidad de gente que añadíamos a la colonia, podríamos no tener suficiente comida. Algo absolutamente razonable, pero a las niñas de cinco años les importan una mierda los razonamientos. Si no has pasado hambre antes, en plan morirte de hambre, la posibilidad de que se agote la comida no tiene sentido. Lo único que comprendí es que no podría tener un hermano, y me parecía una locura superinjusta. Aunque me consiguieron un cachorrito; estuvo bien. Crecí, la colonia se fortaleció, y por entonces ya había dejado de darles la lata con tener un hermano; además, supongo que ya no les apetecía pasar otra vez por todo el rollo de cambiar pañales y echar los dientes. Era una cría feliz, y no podía tener unos padres mejores. Pero todavía me daban envidia los niños que tenían hermanos. Crecí, y luego apareciste tú. —Lo miró, y sonrió—. Y por

primera vez ya no quería tener un hermano, porque al fin tenía uno. Y no hay nada mejor que los hermanos. Los amigos son geniales, pero vienen y van. Los amantes son divertidos, pero también algo estúpidos. Se dicen estupideces e ignoran a sus amigos porque están muy ocupados mirándose con fijeza, y se ponen celosos, y se pelean por gilipolleces como quién lavó los platos la última vez o por qué no pueden doblar los putos calcetines, y puede que el sexo deje de ser bueno, o puede que dejen de encontrarse interesantes, y entonces se acuestan con otra persona, y todo el mundo llora, y se encuentran años más tarde, y aquella persona con la que lo habías compartido todo es un completo extraño al que ni siquiera quieres tener cerca porque te resulta incómodo. Pero los hermanos… Los hermanos nunca se marchan. Son para toda la vida. Y sé que las parejas casadas se supone que también deben ser para toda la vida, pero no siempre es así. No te puedes deshacer de los hermanos. Te conocen, y saben lo que te gusta, y no les importa con quién te hayas acostado o qué errores hayas cometido, porque los hermanos no están mezclados con esa parte de tu vida. Te ven en lo peor, y no les importa. E incluso cuando os peleáis tampoco importa demasiado, porque todavía tienen que saludarte en tu cumpleaños, y para entonces todo el mundo lo ha olvidado todo y coméis pastel juntos. —Asintió—. Así que por mucho que me encante el regalo y lo guay que es que me des las gracias, no necesito nada de eso. Nada es demasiado cuando se trata de un hermano. —Clavó la mirada en él—. Por todas las estrellas, Jenks, si te pones a llorar, yo también lloraré y no podré parar nunca jamás.

—Lo siento —dijo Jenks, tratando de contener el líquido en los ojos—. Es que…

—No, no, mira, no tienes que decirme cómo te sientes. Lo pillo. Lo sé. —Le dedicó una amplia sonrisa, con los ojos húmedos pero la mirada firme—. ¿Ves? Hermanos.

Jenks se quedó en silencio un buen rato. Se aclaró la garganta.

—¿Quieres fumar y jugar a Batalla de Hechiceros?

—Estrellas, claro. Pero solo si me prometes que nunca más te pondrás así de sensiblero sobre nosotros.

—Trato hecho.

Ashby dio un buen bocado al pan caliente recién salido del horno.

—Está bueno —dijo; se lo pensó mejor—. Sí, está buenísimo. Este vale mucho la pena. —Tragó y asintió—. ¿Qué es lo crujiente?

—Semillas de hestra —dijo Doctor Chef mientras afilaba el cuchillo.

—¿Qué son las semillas de hestra?

—No tengo ni idea. Sé que no son venenosas. No para nosotros, por lo menos. Una comerciante laru me dio una bolsita en Coriol, de regalo con mi compra. Había poca gente en el mercado aquel día, creo que simplemente le alegró que hubiera comprado algo.

—Vaya, pues me gusta. Son… chispeantes. —Ashby fue hasta el otro lado de la encimera y rellenó la taza de té.

Doctor Chef dejó el afilador y cogió un puñado de hierbas frescas recién recogidas de una maceta. Ashby percibió el aroma desde el otro lado de la encimera. Dulce y astringente.

—Bueno —dijo Doctor Chef—. ¿Ha salido algún encargo?

—Todavía no —respondió Ashby. Y estaba bien. No tenía prisa alguna, y el incidente de Hedra Ka no los iba a dejar sin trabajo. Al contrario, habían reforzado su reputación al escapar indemnes del colapso de un túnel. Por supuesto, todavía estaba en el aire el asunto de si necesitaban encontrar o no un nuevo navegante, pero se meterían en aquel jardín a su debido tiempo.

—Estoy seguro de que saldrá algo bueno. En serio, creo que a todos nos vendrá bien un tiempecito de ocio. Las vacaciones son una cosa, pero está bien descansar e ir con calma. —Retumbó—. Sobre todo considerando ciertos cambios que han tenido lugar.

Ashby observó la vox en la pared. Ahora tenía una nueva voz: Tycho, una IA gentil y cortés con acento marciano. Ashby a veces pensaba que Tycho parecía nervioso, pero dadas las circunstancias

en las que lo habían instalado, no podía culparlo por querer agradar a su nueva tripulación. Y él y Jenks se habían llevado bien. Para Ashby, aquello era lo más importante.

Doctor Chef miró de reojo a Ashby.

—Mañana te haré un chequeo médico.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Bizqueas. Me gustaría echarle un vistazo a tus ojos.

—No bizqueo.

—Bizqueas. —Doctor Chef lo señaló con un dedo rollizo—. Pasas demasiado tiempo con la nariz metida en el escrib.

Ashby puso en blanco los ojos; que estaban perfectamente, gracias.

—Si así te quedas tranquilo…

—Bromea todo lo que quieras, me lo agradecerás.

Doctor Chef dejó el cuchillo. Oyó que se acercaban unos pasos. Más de cuatro pies.

Ashby se giró. Corbin dobló la esquina; caminaba despacio, con el brazo en un ángulo fijo. Sujetos a ese brazo estaban Ohan, que caminaban sobre tres extremidades mientras se apoyaban en Corbin con la cuarta. «No, no; no *ellos*», se recordó Ashby. *Él*. Ya no era Ohan el Par. Era Ohan el Solitario. Tras años asegurándose de usar los pronombres bien, era un hábito difícil de abandonar.

Dejó la taza y se giró hacia ellos. No había cambiado mucho en ciertos aspectos. Ohan apenas salía de su habitación, y la única persona con la que hablaba era Doctor Chef cuando este necesitaba que respondiera algunas preguntas sobre su salud o sobre la medicación que había estado tomando para ayudar a reconstruir sus nervios. Por lo demás, se quedaba sentado en la ventana, como siempre. Pero algo había cambiado. El brillo húmedo en sus ojos ya no estaba, y tenía un aire alerta que Ashby no le había notado nunca. Le estaba creciendo el pelaje, y los patrones afeitados empezaban a desaparecer. Doctor Chef le había dicho a Ohan que ya tenía fuerzas para afeitarse, pero el sianat ni lo había intentado. Y había pasado tiempo en el depósito de algas, aquí y allá. Aquello era

nuevo. Ashby no sabía por qué Ohan querría estar cerca de Corbin tras lo ocurrido. El propio Ashby apenas había sido capaz de estar en la misma sala con él desde aquel día. Quizá era la manera de Ohan de recordarle a Corbin de qué era responsable. A saber.

Pero ahí estaba ahora, acercándose a la cocina, tocando a Corbin.

—Ashby —dijo Ohan—. Tengo que hablar contigo.

—Desde luego —dijo Ashby.

Al otro lado de la encimera, Doctor Chef permanecía en silencio.

Ohan soltó el brazo de Corbin y se sostuvo sobre las cuatro extremidades. Ashby notó la tensión en su rostro. Aunque ya se estaba recuperando, todavía le costaba mantenerse en pie.

—Debería ir a Arun —dijo Ohan—. Soy un solitario, y es donde debo estar. Así son las cosas. —Bajó la mirada un instante, sumergido en sus reflexiones. Le costó decir lo siguiente, como si tuviera miedo a las palabras—: Pero no quiero.

—¿Debes ir? —preguntó Ashby—. ¿Los tuyos te harán algo si no vas?

Ohan parpadeó tres veces.

—No. Se supone que… debemos hacer ciertas cosas. Y las hacemos. No las cuestionamos. —Pareció confuso—. No sé por qué. Antes tenía sentido. Y tenía sentido para la solitaria que conociste. Pero no para mí. Quizá porque nunca han estado entre otras especies sin el Susurrante. No han conocido otras formas de vivir.

Ashby habló con cautela.

—¿Qué quieres hacer?

—Quiero… —Ohan retorció la lengua como si saboreara sus propias palabras—. Quiero quedarme. —Le temblaron las piernas delanteras, pero apretó los dientes—. Sí. Sí. —El temblor cesó—. Y quiero cenar. Con mi tripulación.

Un estallido de arrullos y silbidos brotó de la garganta de Doctor Chef, sobresaltando a todos. Ashby conocía aquel sonido. Era el equivalente grum al llanto.

—Ay, lo siento —dijo Doctor Chef, apretándose las mejillas con las manopiés—. Es que… —Su klip se disolvió en un arrullo. Retumbó y

jadeó, tratando de recomponerse—. Ohan, como tu doctor debo recordarte que debido a que tu cuerpo solo ha ingerido pasta de nutrientes durante mucho tiempo, adaptarte a otra comida requerirá algunos ajustes. —Las mejillas se le hincharon—. Pero como… como amigo, me encantaría pasar la tarde cocinando un plato para ti. Contigo, incluso, si te apetece.

Ohan hizo algo que Ashby nunca había visto antes. Las comisuras de la boca se le estiraron y tensaron, ampliándose hasta superar el ángulo de los ojos, las cuales se cerraron por los pliegues de la piel. Una sonrisa.

—Sí. Me gustaría.

Doctor Chef se puso en acción. Sacó la silla de Ohan, que nunca había usado, y la llevó a la cocina. Ayudo a Ohan a sentarse, y sin perder el tiempo, empezó a darle un cursillo exprés sobre verduras.

Ashby miró a Corbin, que observaba la escena con expresión serena. Corbin asintió para sí, confirmando algo que no había sido pronunciado, y se giró para marcharse.

—Corbin —dijo Ashby. Este lo miró. El capitán suspiró. Todavía no estaba contento, pero lo hecho, hecho estaba. Después de todo por lo que habían pasado… Sí; si Ohan podía pasar página, él también. Ashby señaló el taburete a su lado—. Seguro que las algas pueden esperar.

Corbin se detuvo.

—Gracias —dijo. Se sentó. Parecía fuera de lugar, como un niño en una escuela nueva, inseguro de cómo actuar.

Ashby señaló con la cabeza hacia el estante de las tazas.

—¿Te apetece un poco de té?

Corbin cogió una taza y la llenó, como si agradeciera indicaciones sobre qué hacer. También cogió una rebanada de pan especiado.

—Bueno. Ah. —Dio un sorbo a la bebida—. ¿Cómo está Pei?

Ashby se mostró sorprendido, confuso por la pregunta personal.

—Está bien.

—He oído que pasará un tiempo por aquí.

—Así es.

Corbin asintió.

—Eso es bueno. —Bebió un trago más largo y centró su atención en el pan especiado.

Ashby contempló al algólogo unos instantes, y luego volvió a mirar hacia la cocina. Vio que Ohan daba un mordisquito tímido a la punta de una raíz espina. El sianat se quedó sorprendido. Doctor Chef le dio una palmadita en la espalda y rio, sus voces en una armonía de aprobación.

Ashby sonrió. Bebió el té y observó a su tripulación. Era todo lo que necesitaba.

Rosemary cogió el casco ovalado de Kizzy, se lo puso por la cabeza y encajó los engranajes de sellado de la base en los del traje. Un golpe de aire seco le acarició el rostro cuando el sistema de soporte vital se puso en marcha. En el otro lado de la escotilla estaba Sissix, vestida con un traje parecido. Meneó la cabeza.

—Todavía no me puedo creer que no hayas hecho esto antes —dijo Sissix. Su voz salió a través de una pequeña vox fijada en el casco de Rosemary.

—No surgió.

Sissix sonrió.

—Hay un montón de cosas que no te surgieron.

—Sí, bueno, estoy intentando ponerle remedio.

—Vale —dijo Kizzy; conectó algo en la parte trasera del traje—. Déjame ver tu panel de estado. —Rosemary levantó el brazo izquierdo, mostrando tres luces verdes—. Todos los cierres sellados. Mola. Espera, son verdes, ¿no?

—Sí.

—Vale, bien. Perdona, estoy un poco colocada. —Miró a Sissix, que ponía un gesto de incredulidad—. ¿Qué? Es mi día libre.

—No he dicho nada —contestó Sissix.

—Oye, si te apetece venir, nosotras encantadas —dijo Rosemary.

—Gracias, pero dadas las circunstancias, creo que me dedicaré solo a dormir. —Kizzy reflexionó un momento—. ¿Por qué nunca he dormido una siesta fuera? En serio, imaginad lo supermullidito que debe ser.

—Sip —dijo Sissix—. Hasta que se te pasa la alarma del oxígeno.

—Ya, claro, quizá no.

—¡Esperad! —Se oyeron pasos de manopiés y gruñidos que provenían del pasillo, precediendo a la llegada de Doctor Chef. Se acercó corriendo a Rosemary y le puso dos tabletas amarillas en las manos—. Se te olvidaban.

—Oh, estrellas, claro —dijo ella, levantándose el casco. Se metió las tabletas en la boca, las masticó y puso cara de asco—. Saben a plex.

Kizzy soltó una risita.

—¿Cómo sabes a qué sabe el plex?

Rosemary se encogió de hombros.

—Yo también he sido una niña. ¿Nunca has lamido el plex?

Las risitas se convirtieron en carcajadas.

—¡No! ¡Qué asco! ¡No!

—Bueno, obviando el sabor —dijo Doctor Chef—, te ayudarán a no marearte con el casco puesto, que es lo importante. Y si por algún motivo te mareas, no te asustes, tan solo recuerda…

—No la agobies, Doc —interrumpió Kizzy, dándole una palmadita en el brazo.

—¡Se marea en el espacio!

—Estará bien.

—Vale, vale, solo quiero que pueda disfrutarlo. —Doctor Chef emitió un arrullo y retumbó cuando Rosemary se volvió a poner el casco—. El traje te queda muy bien, ¿sabes?

—¿Sí? —dijo Rosemary, mirando el áspero material rojizo.

—Sí —contestó Kizzy—. Te queda de fábula.

Sissix le puso la mano en el hombro a Rosemary.

—¿Lista?

Rosemary miró fijamente la escotilla, nerviosa, impaciente.

—Eso creo.

Sissix asintió.

—Tycho, estamos listas.

La vox de la pared se encendió.

—Está bien. Os mantendré vigiladas. Y os enviaré una señal si os alejáis demasiado.

—Gracias.

Condujo a Rosemary hasta la escotilla, se giró y sonrió a los otros.

—Hasta luego.

—¡Pasáoslo bien! —se despidió Kizzy.

—Volved a la hora de cenar —dijo Doctor Chef.

La puerta interior se cerró. Rosemary miró a Sissix. El corazón le martilleaba en el pecho.

—Bueno, allá vamos.

Sissix la cogió de la mano mientras la cámara se despresurizaba. La escotilla se abrió. Salieron, con las botas enganchadas en el suelo artigravitatorio. Se quedaron de pie en el borde. La escotilla abierta esperaba.

—Vaya —dijo Rosemary, mirando ante ella.

—Es diferente sin ventanas ni mamparos, ¿eh? —Sissix sonrió—. Mira, haz esto. —Alargó la mano más allá de la compuerta.

Rosemary la imitó. Cuando su mano pasó el borde del campo artigravitatorio, sintió que el peso cambiaba. Desaparecía. Había estado en salas de recreo de gravedad cero cuando era pequeña, pero esto era diferente. Esto era real, el estado básico del universo. Rio.

—¿Lista? —preguntó Sissix—. Uno. Dos. Tres.

Salieron, y cayeron hacia arriba. O hacia abajo. O hacia los lados. No importaba. Esas palabras ya no tenían sentido. No había límites, no había paredes. Su cuerpo se había liberado de la carga que no sabía que soportaba: huesos sólidos, músculos densos, una cabeza pesada. Estaban fuera, en el vacío, esta vez de verdad, como debían estar los espaciales. A su alrededor todo era negro, negro, negro,

repleto de estrellas enjoyadas y nubes de colores. Era una vista que conocía muy bien, una vista junto a la que vivía, pero en aquel instante la veía por primera vez. Todo era diferente.

—Oh, estrellas —exclamó Rosemary, y de pronto comprendió la expresión como nunca la había comprendido antes.

—Vamos —dijo Sissix. Los propulsores de las botas la impulsaron. Se alejaron volando.

Rosemary miró hacia la *Peregrina*. A través de las ventanas podía ver los pasillos y las habitaciones que le eran tan conocidas, pero era tan diferente desde fuera, como ver un vídeo o contemplar una casa de muñecas. La nave parecía tan pequeña, tan frágil.

—Rosemary.

Giró la cabeza.

Sissix alzó las manos entrelazadas y sonrió.

—Suéltate.

Soltó los dedos curvos de Sissix. Flotaron a la deriva sin dejar de mirarse a los ojos. Luego, Rosemary dio la espalda a la nave y a su compañera, y encaró el vacío. Ante ella había una nebulosa, una explosión de polvo y luz, el ardiente cadáver de un vetusto gigante. Entre las capas gaseosas dormitaban cúmulos de estrellas nonatas que brillaban tenuemente. Hizo inventario de su cuerpo. Sintió su respiración, su sangre, todo lo que la mantenía de una pieza. Cada parte, hasta el último átomo, había sido creada aquí fuera, arrojada a través del vacío en un instante de violencia, hasta que todas formaron un torbellino y empezaron a dar vueltas y vueltas, removiéndose y fusionándose, ganando peso, atrayéndose unas a otras. Pero ya no. Las partes flotaban libres ahora. Habían vuelto a casa.

Estaba justo donde debía estar.

Día 2 de julio del 2015

AGRADECIMIENTOS

A principios del 2012, tuve un problema. Llevaba escritos dos tercios del primer borrador de este libro cuando el trabajo como autónoma en el que confiaba para subsistir cayó en una racha de secano. Me esperaban dos meses de inactividad entre encargos remunerados, y empezaba a parecer que terminar el libro y mantener un techo sobre mi cabeza se excluían mutuamente. Tenía dos opciones: dejar a un lado el libro y dedicar ese tiempo a buscar trabajo, o encontrar un modo de mantener el libro (y a mí) en marcha. Elegí la opción B y fui a Kickstarter. Me dije que si la campaña no funcionaba, había llegado el momento de dedicarme a otra cosa. Cincuenta y tres personas (casi todos desconocidos) me convencieron para que siguiera con ello. *El largo camino* existe gracias a su generosidad y su apoyo. No hay palabras para expresar lo agradecida que estoy.

Desde entonces, este libro ha seguido siendo una especie de trabajo en equipo. Le debo mucho a mi cuadrilla de lectores cero, que donaron su inteligencia para ayudarme a desenredar las partes desastrosas. Sin sus consejos, su sinceridad y, sobre todo, su tiempo, jamás habría llegado tan lejos.

Mi amigo Mike Grinti se merece un agradecimiento especial, no solo por su inestimable crítica de mi segundo borrador y por ser mi esponja para la ansiedad, sino por ponerme en contacto con Joe Monti, quien creyó en mi libro y de quien he aprendido tantísimo.

Aunque es probable que ella no crea que ha tenido nada que ver en esto, quiero darle un buen montón de gracias a Susana Polo, mi editora en The Mary Sue. Ella no solo me concedió el tiempo

que necesitaba para terminar la revisión final del manuscrito, sino que el hecho de que en el 2011 me ofreciera un puesto en TMS arrancó la cadena de dominó que ha llevado hasta este libro. Además, aparte de mí, es la única persona en el mundo a la que le gusta *Myst IV.*

Un libro no sirve de nada sin una cubierta, y por eso debo dar las gracias a Christopher Doll, con quien fue un absoluto placer trabajar. Ver a la *Peregrina* cobrar vida fue una verdadera alegría, y tuve mucha suerte de encontrar a alguien que pusiera tanto cuidado en ello.

A nivel personal, le debo muchísimo a mis amigos y a mi familia por… Bueno, por todo. Por algún motivo, a pesar de que estuve en la Luna mientras escribía este libro, se quedaron conmigo. Más abrazos para Chimp y Greg, por ser mi ancla de salud mental, para Cian, por saber escuchar, y para Matt, por ser mi primer colega.

Atención a la siguiente incongruencia: En el 2010 estuve en Sedona con mi amiga Jessica McKay, que me invitó a una lujosa cena y me pagó más de unas pocas bebidas. Puede que esto lo estén diciendo los margaritas, pero no le dio importancia a mi preocupación porque ella pagara todo, y dijo que ya se lo agradecería en papel si publicaba un libro. Jess, toma nota: gracias por los tacos, el tequila y la estupenda compañía. Estamos en paz.

No puedo terminar un libro de ciencia ficción sin reconocer el mérito de mi mamá y mi papá, que me llenaron la cabeza de naves espaciales, y que siempre, siempre han estado ahí para mí. Mi mamá se lleva un agradecimiento adicional por ser mi asesora científica y por darme valor cuando más lo necesitaba.

Para terminar, todo mi amor y gratitud a mi esposa, Berglaug, que me sostuvo la mano, hizo el boceto de mi nave, me trajo platos de comida, corrigió el manuscrito (¡dos veces!) y soportó todas las largas noches y las notas en Post-it. Algunos días, ella creyó en este libro más que yo, y su feroz apoyo me mantuvo con los pies en el suelo y esperanzada. Si has disfrutado la lectura, es a ella a quien debes darle las gracias.

ÍNDICE

Tráfico
Una queja
Llegada
Soplo
Las tuneladoras
Detalles técnicos
Perforación a ciegas
El trabajo
Puerto Coriol
El declive
Introducción a la Historia Colonial Harmagiana
Grillo
La última guerra
Kedrium
Eclosión, pluma, hogar
25 de octubre
Herejía
Hedra Ka
Siete horas
Reinicio completo
Quedarse, marcharse
El comité
Después de todo
Agradecimientos
Créditos

Título original: *The Long Way To A Small Angry Planet*

Publicado originalmente en inglés en 2015 por Hodder & Stoughton.

Edición en formato digital: Mayo de 2026

© Becky Chambers, 2014
© de la traducción: Alexander Páez, 2026
© Alianza Editorial S. A. Madrid, 2026
Valentín Beato, 21
28037, Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN ebook: 979-13-7009-243-6

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.